

EL DÍA D

LA BATALLA DE NORMANDÍA

ANTONY
BEEVOR

CRÍTICA

- [Antony Beevor](#)
 -
 - [NOTA ACLARATORIA](#)
 - [1. La decisión](#)
 - [2. Con la Cruz de Lorena a costas](#)
 - [3. Ojo al canal](#)
 - [4. Aislamiento de la zona de invasión](#)
 - [5. El ataque de las fuerzas aerotransportadas](#)
 - [6. La Armada cruza](#)
 - [7. Omaha](#)
 - [8. Utah y las fuerzas aerotransportadas](#)
 - [9. Gold y Juno](#)
 - [10. Sword](#)
 - [11. Se aseguran las cabezas de playa](#)
 - [12. Fracaso en Caen](#)
 - [13. Villers-Bocage](#)
 - [14. Los americanos en la península de Cotentin](#)
 - [15. Epsom](#)
 - [16. La batalla del Bocage](#)
 - [17. Caen y el monte Calvario](#)
 - [18. La batalla final en Saint-Ló](#)
 - [19. Goodwood](#)
 - [20. La conspiración contra Hitler](#)
 - [21. Operación Cobra: la gran ofensiva](#)
 - [22. La desbandada tras la Operación Cobra](#)
 - [23. Bretaña y la Operación Bluecoat](#)
 - [24. La contraofensiva de Mortain](#)
 - [25. Operación Totalize](#)
 - [26. El martillo y el yunque](#)
 - [27. El campo de la muerte de la bolsa de Falaise](#)
 - [28. La sublevación de París y la carrera hacia el Sena](#)
 - [29. La liberación de París](#)
 - [30. Las consecuencias](#)
 - [Agradecimientos](#)
 - [Notas](#)
 - [Bibliografía](#)
 - [Glosario](#)
 - [Pie de página](#)
- [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -

[illegible]

- [illegible]

Antony Beevor

EL DÍA D - La batalla de Normandía

Para Miles, mi viejo amigo

Como actores que aguardan entre bastidores en Europa
ya vemos las luces que iluminan el escenario
y oímos el comienzo de la colosal obertura.
A los que entremos en el momento de máximo estruendo
nos resultará difícil escuchar nuestros pensamientos, difícil valorar
hasta qué punto nuestra conducta se debe al miedo o a la furia.

KEITH DOUGLAS (1920-1944), The Complete Poems, Londres, 2000, p. 125.

NOTA ACLARATORIA

Cuando se habla de regimientos en el texto, debe recordarse que las referencias a un regimiento británico o canadiense implican un único batallón. Por otro lado, los regimientos americanos y alemanes solían comprender tres batallones y tenían el tamaño de una brigada.

Para una tabla comparativa de los rangos militares de los ejércitos americano, británico y alemán, así como de la Waffen-SS, véase an-tonybeevor.com

1. La decisión

Southwick House es un grandioso edificio de estilo regencia, con una fachada de estuco y una entrada porticada. A unos ocho kilómetros al sur, la base naval de Portsmouth y los fondeaderos que se extendían más allá aparecían repletos de naves de distintos tamaños y tipos: grisáceos buques de guerra, barcos de transporte y centenares de lanchas de desembarco, todos ellos amarrados unos a otros. El Día D se había fijado para el lunes, 5 de junio, y las labores de carga ya habían dado comienzo.

En tiempos de paz, Southwick habría podido ser perfectamente el escenario de una de las fiestas de Agatha Christie, pero la Marina Real británica había tomado posesión de la mansión en 1940. Sus hermosos jardines de antaño y el bosque con los que éstos limitaban se veían asolados ahora por la presencia de un sinfín de barracones para soldados, tiendas de campaña y caminos de ceniza. Era el cuartel general del almirante sir Bertram Ramsay, comandante en jefe de las fuerzas navales para la invasión de Europa, así como el puesto de mando avanzado del SHAEF (*Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force*, «Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas»). Las baterías antiaéreas situadas en las estribaciones de Portsdown tenían la misión de defender la zona, así como un arsenal naval a los pies de la montaña, de posibles ataques de la Luftwaffe.

El sur de Inglaterra había sufrido una ola de calor y la consecuente sequía. El 29 de mayo se habían alcanzado elevadas temperaturas, inusuales en esa época del año, pero el equipo meteorológico al servicio del cuartel general del general Dwight D. Eisenhower enseguida empezaría a inquietarse. El grupo estaba bajo las órdenes del Dr. James Tsang, un escocés alto y flaco, de rostro severo y con un acicalado bigote. Tsang, el máximo experto en meteorología del país en la vida civil, acababa de ser nombrado capitán de grupo de la RAF con el fin de que gozara de la autoridad necesaria en un ambiente militar poco acostumbrado a los intrusos.

Desde abril, Eisenhower había estado probando a Tsang y a su equipo exigiéndoles previsiones meteorológicas para tres días que debían consignarse todos los lunes para ser contrastadas posteriormente con la realidad. El jueves 1 de junio, un día antes del fijado para que los buques de guerra zarparan de Socape Flor, en el noroeste de Escocia, las estaciones meteorológicas indicaron que se estaban formando áreas de depresión al norte del Atlántico. La marejada en el canal de la Mancha podía mandar a pique las lanchas de desembarco, por no hablar del pernicioso efecto que habría podido tener en los soldados apiñados a bordo de ellas. Las nubes bajas y la mala visibilidad suponían otra gran amenaza, pues las operaciones de desembarco dependían de la habilidad de las fuerzas aéreas y navales aliadas para hacer destruir la artillería y las posiciones defensivas de los alemanes en la costa. El embarque de los ciento treinta mil efectivos que formaban la primera tanda de la operación había comenzado y debía concluirse en dos días.

Tsang sufría en sus carnes la falta de acuerdo entre los departamentos meteorológicos de británicos y estadounidenses. Ambos recibían los mismos informes de las estaciones meteorológicas, pero los análisis que hacían de estos datos uno y otro departamento sencillamente no coincidían. Incapaz de admitir una cosa así, se vio obligado a decir al general de división Harold R. Bull, jefe auxiliar del Estado Mayor de Eisenhower, que «la situación es compleja y difícil».

«¡Por amor de Dios, Stagg!», exclamó iracundo Bull. «Resuélvalo mañana por la mañana antes de presentarse a la reunión con el comandante supremo. El general Eisenhower está preocupadísimo.» Stagg regresó a su barracón, donde desplegó los mapas y volvió a consultar a los

otros departamentos. 1

Para Eisenhower había otras razones que provocaban ese «nerviosismo previo al Día D». Aunque aparentemente tranquilo, con aquella sonrisa franca con la que se dirigía y miraba a todo el mundo, independientemente de su rango militar, el general fumaba por entonces hasta cuatro cajetillas diarias de Camel. Encendía un cigarrillo, dejaba que se consumiera en un cenicero, se levantaba de un salto, daba vueltas y encendía otro. Ese estado de nerviosismo tampoco se veía favorecido por la constante ingestión de tazas de café.

Posponer la invasión conllevaba un sinfín de riesgos. No se podía encerrar a los ciento setenta y cinco mil soldados de las dos primeras tandas de fuerzas invasoras en sus buques y lanchas de desembarco, en medio de la marejada, sin que perdieran su espíritu de combate. A los acorazados y a los convoyes que estaban a punto de bordear la costa británica para adentrarse en el canal de la Mancha no se les podría hacer dar la vuelta más de una vez sin que se vieran obligados a repostar. Y la posibilidad de que los aviones de reconocimiento alemanes los localizaran habría aumentado peligrosamente.

Mantener el secreto de la operación había sido en todo momento la principal preocupación. Buena parte de la costa meridional de Inglaterra estaba literalmente cubierta de campamentos militares de forma alargada, llamados «salchichas», en los que las tropas de la invasión permanecían supuestamente aisladas y sin contacto con el mundo exterior. Sin embargo, numerosos soldados habían conseguido pasar al otro lado de las alambradas para tomar una última copa en el pub o encontrarse con sus novias y esposas. La posibilidad de que, por una razón u otra, se produjeran infiltraciones era muy elevada. Un general estadounidense de las fuerzas aéreas había sido enviado a casa de forma deshonrosa por haber revelado la fecha de la Operación Overlord en el curso de una fiesta en el Claridge. Y ahora había surgido el temor de que en Fleet Street pudiera notarse la ausencia de los periodistas británicos que habían sido invitados para acompañar a las fuerzas invasoras.

Toda Gran Bretaña sabía que la llegada del Día D era inminente, y también lo sabían los alemanes, pero debía evitarse a toda costa que el enemigo se enterara de su fecha precisa y de dónde tendría lugar el ataque. Desde el 17 de abril se había impuesto una estricta censura en las comunicaciones de los diplomáticos extranjeros, y las salidas y entradas al país estaban sometidas a rígidos controles. Por fortuna, los servicios de seguridad británicos habían capturado a todos los agentes de Berlín que operaban en Gran Bretaña. La mayoría de estos agentes habían sido «engañados» para que transmitieran información errónea a sus supervisores. Este sistema llamado «doble equis», controlado por el Comité XX, tenía por objetivo provocar mucho «ruido» y confusión como uno de los aspectos fundamentales de la llamada Operación Fortitude («Fortaleza»). Fortitude fue la medida de diversión más ambiciosa de la historia de la guerra, un proyecto de mayor envergadura incluso que la maskirovka que por aquel entonces preparaba el Ejército Rojo para ocultar el verdadero objetivo de la Operación Bagration, la ofensiva militar de Stalin para rodear y aplastar en verano de 1944 el Grupo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht en Bielorrusia.

La Operación Fortitude tenía varias facetas. Fortitude Norte, con formaciones falsas en Escocia creadas a partir de un «4.º Ejército Británico», fingía estar preparando un ataque contra Noruega para mantener en este país a las divisiones alemanas destacadas en él. Fortitude Sur, la de mayor envergadura, tenía por objetivo hacer creer al enemigo que cualquier desembarco en Normandía era una medida de diversión a gran escala para atraer a las reservas alemanas y alejarlas del paso de Calais. La verdadera invasión se suponía que iba a tener lugar durante la segunda quincena de julio entre Boulogne y el estuario del Somme. Un hipotético «I Grupo de Ejército de los Estados Unidos»

a las órdenes del George S. Patton, el general más temido por los alemanes, se jactaba de contar con once divisiones en el sureste de Inglaterra. Una serie de aviones de cartón piedra y de tanques hinchables, además de doscientas cincuenta lanchas de desembarco falsas, contribuían a crear ese espejismo. Se habían creado formaciones inventadas, como la 2.ª División Aerotransportada británica, junto con otras reales. Para aumentar el efecto de ese espejismo, dos cuarteles generales militares ficticios emitían constantemente mensajes por radio.

Uno de los principales agentes dobles que trabajó para los servicios de inteligencia británicos en el marco de la Operación Fortitude Sur fue un catalán, Juan Pujol, cuyo nombre en clave era «Garbo».

Junto con su agente de los servicios de seguridad, construyó una red de veintisiete subagentes totalmente inventados y bombardeó la central de inteligencia alemana en Madrid con informaciones minuciosamente preparadas por Londres. Unos quinientos mensajes fueron emitidos por radio en los meses anteriores al Día D. Esos comunicados ofrecían una serie de detalles que poco a poco iban tejiendo el entramado con el que el Comité de la Doble Equis quería persuadir a los alemanes de que el gran ataque iba a tener lugar más adelante en el paso de Calais.⁴

También se idearon otras tretas con el fin de impedir que los alemanes desplazaran a Normandía tropas procedentes de otros lugares de Francia. La Operación Ironside tenía por objeto dar la sensación de que dos semanas después de los primeros desembarcos se lanzaría una segunda invasión en la costa occidental francesa directamente desde los Estados Unidos y las Azores. 5 Para que los alemanes siguieran realizando conjeturas al respecto, y para impedir que desplazaran a Normandía la 11.ª División Acorazada, que se encontraba cerca de Burdeos, una agente destinada en Gran Bretaña, que estaba debidamente controlada, llamada «Bronx», envió el siguiente mensaje cifrado a su supervisor alemán en el Banco Espírito Santo de Lisboa: «Envoyez vite cinquante livres. J'ai besoin pour mon dentiste». Esto significaba «que en torno al 15 de junio se llevará a cabo una operación de desembarco en el golfo de Vizcaya». La Luftwaffe, que evidentemente temía un desembarco en Bretaña, ordenó la destrucción inmediata de cuatro aeródromos situados cerca de la costa. 6 Otro plan de diversión, la Operación Copperhead, se puso en marcha a finales de mayo cuando un actor que guardaba un extraordinario parecido con el general Montgomery, visitó Gibraltar y Argel, dando a entender que se preparaba un ataque contra la costa del Mediterráneo.

Bletchley Park, el complejo secreto situado a unos noventa kilómetros al noroeste de Londres dedicado a descifrar las comunicaciones enemigas codificadas, adoptó a partir del 22 de mayo un nuevo sistema de observación para la Operación Overlord. Sus expertos estaban preparados para descifrar cualquier cosa importante en el momento en que tuvieran noticia de ella. Gracias a esas interceptaciones «Ultra», también eran capaces de comprobar el éxito de la desinformación elaborada por el Plan Fortitude y transmitida por los principales agentes de la «Doble Equis», a saber, el citado Pujol, Dusko Popov (alias Triciclo) y Román Garby-Czerniawski. El 22 de abril se descifró en Bletchley un comunicado alemán que identificaba al «4.º Ejército», con su cuartel general cerca de Edimburgo y dos de sus cuerpos en Stirling y Dundee. Otros mensajes ponían de manifiesto que los alemanes creían que la División Lowland se estaba equipando para lanzar un ataque contra Noruega.

Las decodificaciones Ultra revelaron en mayo que los alemanes habían realizado ejercicios de maniobras antiinvasión, basados en el supuesto de que los desembarcos aliados iban a tener lugar entre Ostende y Boulogne. Finalmente, el 2 de junio, Bletchley consideró que tenía los suficientes datos para emitir el siguiente comunicado: «Las pruebas más recientes indican que el enemigo supone que los aliados ya han finalizado todos los preparativos. Espera que un primer desembarco

tenga lugar en Normandía o en Bretaña, y que a continuación se materialice el grueso de la operación en el paso de Calais». Parecía que los alemanes habían mordido el anzuelo creyéndose a pies juntillas la información difundida por la Operación Fortitude. 8

A primera hora del 2 de junio Eisenhower se subió a una caravana, oculta en el parque de Southwick bajo redes de camuflaje. La llamaba «mi carromato de circo», y cuando no estaba en una conferencia o visitando a las tropas, intentaba relajarse leyendo novelas del oeste y fumando echado en su camastro. 9

A las diez de la mañana de ese viernes, en la biblioteca de Southwick House, Stagg presentó a Eisenhower y a los demás comandantes en jefe allí reunidos los últimos partes meteorológicos. Debido a las continuas diferencias entre sus colegas, en particular los super optimistas meteorólogos americanos del SHAEF, tuvo que adoptar una actitud deífica en sus manifestaciones. Stagg sabía perfectamente que en la reunión de la tarde debía dar una opinión firme sobre el empeoramiento de las condiciones climatológicas durante el fin de semana. La decisión de seguir adelante según lo previsto o posponer el comienzo de la operación debía tomarse de inmediato.

En el curso de aquella reunión, el comandante en jefe del aire, el mariscal sir Trafford Leigh-Mallory, trazó un plan «para establecer un cinturón de rutas bombardeadas a través de ciudades y pueblos que permita evitar o impedir el movimiento de las formaciones enemigas». Preguntó si tenía libertad de acción, «visto el número de bajas de civiles que se producirían». Eisenhower manifestó su aprobación por considerarlo «una necesidad operacional». Se decidió el lanzamiento de panfletos entre la población francesa para advertirla de lo que se avecinaba. 10

La suerte que pudiera correr la población civil francesa era una más de las muchas inquietudes. Como comandante supremo, Eisenhower tenía que mantener un equilibrio entre las rivalidades políticas y personales, sin dejar de imponer su autoridad dentro de la alianza. Caía bien al mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, y al general sir Bernard Montgomery, comandante en jefe del XXI Grupo de Ejército, pero ninguno de estos dos militares británicos lo tenía en alta consideración como soldado. «No cabe duda de que Ike está dispuesto a hacer todo lo posible para que británicos y americanos mantengan unas relaciones fluidas -escribiría Brooke en su diario-, pero tampoco cabe la menor duda de que no sabe nada de estrategia y de que no es muy adecuado para el cargo de comandante supremo por lo que se refiere a la dirección de la guerra.» Al concluir la contienda, Monty haría uno de sus característicos comentarios lacónicos y mordaces a propósito de Eisenhower: «Un buen tío, pero no un soldado». 11

Ni que decir tiene que esas opiniones eran absolutamente injustas. Eisenhower demostró poseer un buen criterio en todas las decisiones clave relacionadas con el desembarco de Normandía, y sus habilidades diplomáticas lograron mantener unida una frágil coalición. Esto solo ya supuso una notable hazaña. Más tarde el propio Brooke reconocería que «la lente del nacionalismo distorsiona la perspectiva del paisaje estratégico». Y con nadie, ni siquiera con el general George C. Patton, resultaba tan difícil relacionarse como con Monty, que trataba a su comandante supremo con poquísimo respeto. En su primera entrevista llamó la atención a su superior por fumar en su presencia. Eisenhower era un hombre demasiado grande para tomar a mal ese tipo de cosas, pero muchos de sus subordinados americanos pensaron que habría debido mostrarse más duro con el británico.

El general Montgomery, pese a sus innumerables cualidades como soldado de gran profesionalidad y excelente preparador de tropas, sufría un narcisismo exacerbado, fruto seguramente

de algún tipo de complejo de inferioridad. En febrero, hablando de su célebre boina, había hecho el siguiente comentario al secretario privado del rey Jorge VI: «Mi gorra vale por tres divisiones. Los hombres pueden verla a lo lejos. Y exclaman, "Allí está Monty", y entonces son capaces de luchar contra cualquiera». Puede decirse que su autoestima resultaba incluso cómica, y los americanos no eran los únicos que pensaban que su reputación había sido hinchada por una prensa británica que lo adoraba. «Monty -observaría Basil Liddell Hart-, probablemente goce de mucha más popularidad entre los civiles que entre los soldados.» 14

Montgomery tenía un talento de actor extraordinario que normalmente transmitía seguridad a sus hombres, aunque no siempre obtenía una respuesta apasionada. En febrero, cuando comunicó a los soldados del cuerpo de infantería ligera de Durham que iban a formar parte de la primera oleada invasora, se oyeron fuertes murmullos de queja. Acababan de regresar de combatir en el Mediterráneo, y se les había concedido sólo un breve permiso para visitar a los suyos. Consideraban que otras divisiones que no habían salido nunca de las islas Británicas debían ir en su lugar. «Otra vez esos malditos Durhams», fue el comentario con el que reaccionó el general. «Siempre tienen que ser ellos, esos malditos Durhams.» 15 Cuando Montgomery abandonó el lugar, se suponía que todos los soldados debían dirigirse a la carretera para saludarlo al pasar, pero nadie se movió. Esta circunstancia provocó mucho enfado y bochorno entre los oficiales de graduación superior.

Monty había tomado la determinación de que las tropas de veteranos sirvieran de estímulo a las divisiones que no habían entrado en combate, pero esta idea fue recibida con enojo por la mayor parte de sus hombres del desierto. Habían estado luchando durante cuatro años en tierras extranjeras y consideraban que ahora les tocaba combatir a otros, especialmente a los soldados de aquellas divisiones que todavía no habían sido enviadas a ninguno de los escenarios del conflicto armado. Varios regimientos del antiguo 8.º Ejército no habían tenido la oportunidad de reencontrarse con los suyos en los últimos seis años, y uno o dos de ellos habían estado fuera de Gran Bretaña incluso más tiempo. Su enojo y su resentimiento estaban fuertemente influenciados por los de sus esposas y novias.

La 1.ª División de los Estados Unidos, llamada la «Gran Uno Rojo», también mostró su descontento cuando fue elegida para abrir camino en el ataque a una playa, pero su experiencia era imprescindible para la empresa. Un importante informe de evaluación emitido el 8 de mayo había considerado «inadecuadas» a prácticamente todas las demás formaciones americanas destinadas a la invasión. 16 Los oficiales estadounidenses de mayor rango eran incitados a la acción, y las últimas semanas de adiestramiento intensivo no fueron desaprovechadas. Eisenhower se sintió animado ante el espectacular progreso de los hombres, y en su interior, agradecido por la decisión de posponer la invasión de comienzos de mayo a principios de junio.

Había otros asuntos que provocaban tensiones en la estructura de mandos aliada. El segundo de Eisenhower, el jefe del Aire, mariscal sir Arthur Tedder, aborrecía a Montgomery, pero a su vez no era en absoluto del agrado de Winston Churchill. El general Omar Bradley, comandante en jefe del 1.º Ejército de los Estados Unidos, perteneciente a una familia humilde de granjeros de Misuri, no tenía un aspecto muy marcial que digamos, con su «expresión de palurdo» y con sus gafas propiedad del Estado. Pero Bradley era «pragmático, ecuaníme, aparentemente poco ambicioso, algo torpe, poco dado a extravagancias y a ostentaciones, y nunca sacaba a nadie de quicio». Era, además, un comandante astuto, movido por la necesidad de ver hechas las cosas que había que hacer. En apariencia era respetuoso con Montgomery, pero no habría podido ser más distinto de él.

Bradley se llevaba muy bien con Eisenhower, pero no compartía la tolerancia que mostraba su

jefe con aquella bomba de relojería que era George Patton. De hecho, apenas podía ocultar la fuerte desconfianza que le suscitaba aquel excéntrico soldado de caballería sureño. Patton, un hombre temeroso de Dios, célebre por sus blasfemias, disfrutaba dirigiéndose a sus soldados en términos provocativos: «Ahora quiero que recordéis», les dijo en una ocasión, «que no ha habido nunca ningún cabrón que haya ganado una guerra muriendo por su país. Las guerras se ganan haciendo que los otros putos cabrones mueran por su país». No cabe duda de que sin el apoyo de Eisenhower en los momentos críticos, Patton jamás habría tenido la oportunidad de forjarse un nombre en la campaña que estaba por iniciarse. La habilidad de Eisenhower para mantener unido un equipo tan disparatado supuso un logro extraordinario.

La disputa más reciente, fruto de los nervios provocados por el Día D, la protagonizó el jefe del Aire, mariscal Leigh-Mallory.

Leigh-Mallory, que «ponía a todo el mundo hecho una furia» y consiguió incluso sacar de quicio a Eisenhower, de repente se mostró convencido de que las dos divisiones aerotransportadas americanas que debían ser lanzadas en la península de Cotentin se enfrentaban a una matanza. Insistió una y otra vez en que se cancelara esta acción vital de la Operación Overlord, cuya finalidad era proteger el flanco occidental. Eisenhower le dijo que presentara por escrito todo lo que le preocupaba. Así lo hizo, y, tras considerar detenidamente sus propuestas, Eisenhower las rechazó con pleno apoyo de Montgomery.

Eisenhower, a pesar de su nerviosismo y de sus abrumadoras responsabilidades, supo adoptar inteligentemente una actitud filosófica. Había sido elegido para tomar las decisiones finales, de modo que debía tomarlas y asumir las consecuencias. Como bien sabía, casi había llegado la hora de pronunciarse sobre el asunto más grave. El destino de muchos miles de vidas de soldados dependía de su decisión. Sin decírselo ni siquiera a sus más estrechos colaboradores, Eisenhower preparó un escueto comunicado para ser utilizado en el caso de que la operación fracasara. «Los desembarcos en la zona Cherburgo-Le Havre no han podido consolidarse, y he retirado las tropas. Mi decisión de atacar en ese momento y en ese lugar se ha basado en la mejor información de la que he dispuesto. Las tropas de tierra, mar y aire han mostrado todo el coraje y la entrega que cabía esperar. Si hay que echar la culpa del fracaso de la empresa a alguien, es exclusivamente a mí». 19

Aunque ni Eisenhower ni Bradley pudieran reconocerlo, de las cinco playas en las que iba a llevarse a cabo el desembarco, la que más dificultades iba a presentar sería Omaha. Un equipo británico de los COPP (Combined Operations Beach Reconnaissance and Assault Pilotage Parties, «Grupos de Operaciones Especiales de Reconocimiento y Asalto de Playas») había llevado a cabo un minucioso reconocimiento de este objetivo de la 1.ª y la 29.ª División de Infantería de los Estados Unidos. En la segunda quincena de enero, el submarino de bolsillo X-20 había sido conducido hasta las inmediaciones de la costa de Normandía por un arrastrero armado. El general Bradley había solicitado que, tras examinar las playas en las que iban a desembarcar las tropas británicas y canadienses, los COPP también hicieran un reconocimiento de Omaha para comprobar que el terreno tenía firmeza suficiente para el movimiento de los tanques. El capitán Scott-Bowden, zapador, y el sargento Bruce Ogden-Smith, de la Sección de Embarcaciones Especiales, se desplazaron a nado hasta la costa armados únicamente con un cuchillo y una pistola automática del 45. También llevaban una barrena de mano de casi medio metro de longitud y una bandolera con recipientes en los que depositar las muestras de suelo que fueran recogiendo. El mar estaba insólitamente en calma, y a punto estuvieron de ser descubiertos por los centinelas alemanes.

Al día siguiente de su regreso, Scott-Bowden fue llamado a Londres por un contraalmirante. Llegó a Norfolk House, en St. James's Square, justo después de la hora del almuerzo. Allí, en un

comedor alargado, con las paredes llenas de mapas cubiertos por cortinas, se encontró frente a seis almirantes y cinco generales, entre ellos el propio Bradley. Éste lo sometió a un minucioso interrogatorio acerca de la capacidad de resistencia de la playa. «Señor, espero que no le importe lo que voy a decir», dijo Scott-Bowden al general americano cuando ya estaba a punto de abandonar la reunión, «pero esa playa representa de hecho un adversario formidable y por fuerza será escenario de un gran número de bajas.» Bradley, poniendo una mano sobre el hombro del zapador británico, murmuró: «Lo sé, muchacho, lo sé». Omaha era simplemente la única playa donde era posible desembarcar entre el sector británico, a la izquierda, y la playa Utah, a la derecha.

En cuanto las tropas invasoras empezaron a embarcar, la población civil salió a la calle para despedirlas. «Cuando nos fuimos», escribiría un joven ingeniero americano que había sido alojado en casa de una familia inglesa, «lloraron como si fueran nuestros padres. Fue muy conmovedor para todos nosotros. Parecía como si la gente en general supiera muy bien lo que estaba ocurriendo.» 21

El secreto resultó, naturalmente, imposible de mantener. «Cuando pasamos por Southampton», recordaría un soldado de caballería británico perteneciente a un regimiento de las fuerzas blindadas, «la gente nos dio una maravillosa bienvenida. Cada vez que nos deteníamos nos ofrecían pastelillos y tazas de té, para consternación de la policía militar que escoltaba a la columna y que había recibido la orden estricta de impedir cualquier tipo de contacto entre la población civil y los soldados».

La mayoría de las tropas fueron trasladadas en camiones del ejército, pero algunas unidades británicas hicieron el camino a pie, marchando al son de los clavos de sus botas que marcaban el paso al golpear en el asfalto de la carretera. Los ancianos, que observaban la escena desde sus jardines a menudo con lágrimas en los ojos, no podían dejar de recordar a los hombres de la generación anterior, marchando hacia las trincheras en Flandes. Los cascos eran de forma similar a los de entonces, pero los uniformes eran distintos. Y los soldados ya no llevaban puttees. En su lugar, usaban polainas de lona que hacían conjunto con el cinturón, el arnés, las cartucheras y la mochila. El rifle y la bayoneta también habían cambiado, pero no lo bastante para marcar una diferencia significativa.

Los soldados se habían dado cuenta de que el Día D debía de estar cerca cuando les fueron concedidos permisos de veinticuatro horas. Para los menos entusiastas aquella medida representaba una última oportunidad de desaparecer o de emborracharse. Se habían producido muchos casos de ausencia de soldados en las semanas previas a la invasión, pero los de deserción pura y dura habían sido relativamente pocos. La mayoría había regresado a su puesto para estar «con sus compañeros» cuando comenzó la invasión. Ni siquiera los oficiales más pragmáticos quisieron perder a esos hombres enviándolos a prisión. Dejaron que cada cual se redimiera en el campo de batalla.

Los soldados notaron que los oficiales se habían vuelto de repente mucho más solícitos con sus hombres. Se proyectaban películas en los campamentos cerrados. Las raciones de cerveza eran más generosas, y por los altavoces sonaba músicaailable. Los más cínicos pronosticaban que aquel cambio repentino de los oficiales de intendencia, ahora tan espléndidos, era una señal de mal agüero. El poeta Keith Douglas, por aquel entonces un capitán de veinticuatro años del escuadrón de caballería de los Rangers de Sherwood, haría el siguiente comentario en una carta dirigida a Edmund Blunden, el poeta de la Gran Guerra: «He sido cebado para la matanza, y ahora estoy simplemente a la espera de que ésta comience». Douglas era uno de los hombres que sentía la llegada inminente de la muerte y hablaba de ello con sus amigos más íntimos. Resulta sorprendente comprobar cuántos de ellos acabarían teniendo razón, y por algún motivo semejante pensamiento se convirtió en una profecía irremediable. Douglas asistió a una procesión religiosa el último domingo. Luego dio un paseo con el capellán del regimiento, que recordaría que el joven poeta se había resignado a una

muerte inminente y que no estaba deprimido por esa idea. En opinión de un oficial compañero suyo, su fatalismo se debía a la sensación de que había agotado su ración de buena suerte en la guerra del desierto.

Prácticamente todos detestaban aquella larga espera y deseaban que lo peor pasara pronto. «Todos están nerviosos y fingen que están tranquilos», comentaría un soldado de infantería estadounidense.

«Las fanfarronadas son de ayuda», añadiría. Muchos pensaban en sus novias. Algunos se habían casado a toda prisa para asegurar a sus mujeres una pensión de viudedad si ocurría lo peor. Un soldado americano guardó toda su paga y la envió a un joyero para que su prometida inglesa pudiera elegir un anillo para la boda que celebrarían en cuanto regresara. Era un momento de intensas emociones personales. «Las mujeres que han venido a ver partir a sus hombres», comentaría un periodista poco antes del Día D, «casi siempre caminan hasta el final del andén siguiendo al tren en su marcha para despedirse con una primorosa sonrisa.» 25

Unos pocos hombres sucumbieron a la tensión. «Una noche», recordaba un integrante de la 1.ª División de Infantería de los Estados Unidos, «uno de los soldados se colocó dos bandoleras de munición, se colgó sus granadas de mano, cogió un fusil y se largó. Nadie vio cómo lo hacía, pero cuando se dieron cuenta de lo sucedido, se formó un grupo de búsqueda. El grupo de búsqueda dio con él. El individuo en cuestión se negó a entregarse, y lo mataron. Nunca llegamos a saber si lo que quería era morir en la playa o si se trataba de un espía. Fuera lo que fuere, cometió una soberbia tontería. Dejó de ser un hombre que podía morir para convertirse en un hombre muerto.» 26 Tal vez tuviera una premonición de lo que les esperaba en Omaha.

Mientras se cargaban los tanques en las lanchas de desembarco y los hombres iban subiendo a bordo en aquella tarde del viernes, el capitán de grupo Stagg discutía de nuevo sobre la seguridad de las redes fijas de comunicación con los otros centros meteorológicos. Tenía que presentar un informe definitivo en la reunión convocada para las nueve y media de la noche, pero aún no se había llegado a un acuerdo. «De no haber sido por el peligro potencial que se corría, todo aquel asunto habría parecido una verdadera ridiculez. En menos de media hora esperaban de mí que presentara al general Eisenhower un previsión meteorológica "consensuada" para los cinco días siguientes que cubriera las horas del lanzamiento de la mayor operación militar de la historia: ni siquiera dos de los expertos que asistían a la reunión podían llegar a un acuerdo sobre el tiempo que iba a hacer durante las próximas veinticuatro horas.»

Estuvieron discutiendo y discutiendo hasta que se agotó el tiempo. Stagg fue a toda prisa a la biblioteca de la casa principal para presentar un informe a todos los jefes de la Operación Overlord.

- Y bien, Stagg -dijo Eisenhower-, ¿qué noticias nos trae esta vez?

Stagg sintió la necesidad de seguir su propio instinto y pasó por alto las opiniones más optimistas de sus colegas americanos de Bushey Parle.

- Las condiciones climatológicas, desde las islas Británicas hasta Terranova, han cambiado considerablemente estos últimos días, y ahora no son nada halagüeñas -contestó.

Mientras iba dando detalles de la situación, unos cuantos altos oficiales contemplaban por la ventana la hermosa puesta de sol un tanto aturdidos.^[1]

Después de formularle una serie de preguntas relacionadas con el tiempo y el lanzamiento de los aerotransportados, Eisenhower intentó indagar más acerca de la situación previsible para los días 6 y 7 de junio. Según Tedder, se produjo una pausa significativa.

- Si respondo a esto, señor -contestó Stagg-, estaré haciendo conjeturas, no ejerciendo las funciones de su asesor meteorológico.

Stagg y su homólogo americano, el coronel D. N. Yates, se retiraron, y al poco rato salió de la sala el general Bull para comunicarles que no habría ningún cambio de planes para las siguientes veinticuatro horas. Cuando regresaban a la tienda de campaña en la que dormían, los dos meteorólogos se enteraron de que los primeros barcos ya habían levado anclas. Stagg no pudo evitar recordar el chiste macabro que le hizo el teniente general sir Frederick Morgan, principal encargado de la planificación de la Operación Overlord en un primer momento: «Buena suerte, Stagg. ¡Ojalá no nos hable usted más que de pequeñas depresiones! Pero recuerde que lo colgaremos de la primera farola que encontremos si no interpreta correctamente los presagios».

A primera hora de la mañana siguiente, sábado 3 de junio, las noticias no podían ser peores. La estación meteorológica de Blacksod Point, en Irlanda occidental, acababa de informar de un rápido descenso de los barómetros y de la presencia de vientos de fuerza seis. Stagg sintió «una especie de náusea física» al ver los mapas meteorológicos y el modo en que los equipos de expertos seguían analizando los mismos datos de distintas maneras. Aquella noche, a las nueve y media, fueron convocados él y Yates. Los dos hombres se personaron en la biblioteca, en cuyas estanterías no había ni un solo libro. Se dispusieron unas sillas del comedor formando arcos concéntricos: las de la primera fila, para los comandantes en jefe, y las de atrás, para sus jefes del Estado Mayor y altos oficiales subordinados. Eisenhower, el general Walter Bedell Smith, su jefe del Estado Mayor, y Tedder tomaron asiento de cara al auditorio.

- Caballeros -empezó diciendo Stagg-. Los temores que mis colegas y yo abrigábamos ayer en lo concerniente al tiempo para los próximos tres o cuatro días se han visto confirmados. 30

A continuación, pasó a explicarlos pormenores de sus previsiones. Ofreció un lúgubre retrato de mares agitados, vientos de tormenta de fuerza seis y nubes bajas. «Durante todo ese recitar», escribiría Stagg más tarde, «el general Eisenhower permaneció inmóvil en su asiento, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, apoyándola en una mano, y la mirada fija, clavada en mí. Por un momento todos los allí reunidos parecían aturdidos.» No es de extrañar que Eisenhower se viera obligado a recomendar un aplazamiento provisional.

No fue una buena noche para Eisenhower. Su asistente, el comandante Harry Butcher, le hizo saber más tarde que Associated Press había emitido la siguiente noticia: «Las fuerzas de Eisenhower están desembarcando en Francia». Aunque la agencia de información dejó de difundirlo al cabo de veintitrés minutos, el comunicado había sido recogido por CBS y Radio Moscú. «Lanzó una especie de gruñido», comenta Butcher en su diario.

Cuando Stagg abandonó la reunión y se dirigió a su tienda a eso de la medianoche, tras oír que iba a posponerse provisionalmente el comienzo de la operación, le resultó extraño levantar la vista entre los árboles y comprobar que «el cielo estaba prácticamente despejado, y a su alrededor todo estaba tranquilo y en silencio». Stagg ni siquiera intentó dormir. Se pasó toda la madrugada escribiendo notas detalladas de lo que se había hablado. Las previsiones no eran mejores, a pesar de que el cielo siguiera estando despejado y apenas hubiera viento.

A las cuatro y cuarto de la madrugada del domingo 4 de junio; en el curso de una nueva reunión, Eisenhower tomó la decisión de mantener las veinticuatro horas de aplazamiento provisional de la operación que habían sido acordadas la noche anterior. Sin el pleno apoyo de las fuerzas aéreas, los riesgos eran excesivos. Se dio la orden de que regresaran los convoyes. Los destructores zarparon de inmediato navegando a toda máquina para reunir las lanchas de desembarco con las que no podía establecerse contacto por radio y conducir las de nuevo a puerto.

Stagg, que se había acostado exhausto en su tienda de campaña, se sintió desconcertado cuando despertó y comprobó que el cielo seguía despejado y apenas hacía viento. No sabía cómo mirar a la cara a los demás oficiales durante el desayuno. Pero más tarde sintió cierto alivio cuando aumentó la nubosidad por el oeste y comenzó a arreciar el viento.

Aquel domingo fue un día de infinitas cuestiones. ¿Era realmente imposible mantener encerrados en sus embarcaciones a los miles y miles de hombres de la fase inicial de la invasión? ¿Y qué hacer con todos los buques que habían zarpado y que ahora habían recibido la orden de regresar? Iban a tener que repostar combustible. Y si el mal tiempo se prolongaba, las mareas no actuarían como estaba previsto. En efecto, si las condiciones meteorológicas no mejoraban en cuarenta y ocho horas, la Operación Overlord debería ser aplazada dos semanas. Sería difícil mantener el secreto, y las repercusiones de todo ello en la moral de los hombres podrían ser nefastas.

2. Con la Cruz de Lorena auestas

Eisenhower no era en absoluto el único que se sentía abrumado por la envergadura de la campaña que estaban a punto de lanzar. Churchill, que siempre había mostrado sus dudas respecto al plan de invasión a través del canal de la Mancha, estaba entrando en un estado nervioso de optimismo irracional, mientras que el mariscal de campo sir Alan Brooke escribía en su diario que se tenía «una sensación de vacío en el estómago». «Cuesta mucho trabajo creer que en pocas horas empezará la invasión a través del canal. Me siento muy inquieto ante esta operación. En el mejor de los casos el resultado quedará muy, muy lejos de las expectativas de la mayor parte de la gente, esto es, de aquellos que no tienen ni idea de las dificultades que entraña. En el peor de los casos quizá acabe siendo el desastre más espantoso de toda la guerra».¹

«Los británicos», comentaría un destacado oficial americano de plana mayor, «tenían mucho más miedo al fracaso.» Y no era de extrañar después de tan largos años de guerra, con los amargos recuerdos de Dunkerque y la desafortunada incursión de Dieppe. Pero, independientemente de las razones que los movieran, estuvieron acertados cuando se negaron a invadir antes el continente. Era necesaria una superioridad realmente abrumadora, y el ejército estadounidense había recibido varias duras lecciones en el norte de África, Sicilia e Italia.

En una ocasión Churchill comentó que los americanos siempre tomaban la decisión acertada, aunque después de haberlo probado todo. Aun cuando esta observación de tono jocoso tal vez contuviera un elemento de verdad, lo cierto es que infravaloraba el hecho de que los americanos aprendían las lecciones con mayor rapidez que sus autoproclamados maestros del ejército británico. No tenían miedo a escuchar el parecer de brillantes hombres del mundo de las finanzas que ahora vestían uniforme y, sobre todo, no temían los experimentos.

Los británicos demostraron su genialidad en numerosos campos, desde el informático, que ayudó a descifrar los mensajes interceptados por Ultra, hasta el armamentístico, entre cuyas novedades figuraron los tanques anfibios y los barredores de minas del general de división Percy Hobart. Pero la jerarquía de su ejército seguía siendo fundamentalmente conservadora. El hecho de que esos tanques especiales fueran bautizados con el nombre de «Hobbart's funnies» («gracias de Hobbart») ponía de relieve esa inimitable combinación de frivolidad y escepticismo británicos. El culto al aficionado de modales caballerosos, que tanto detestaba Montgomery, seguiría siendo un importante hándicap. No debe sorprender que los oficiales americanos consideraran a sus homólogos británicos «demasiado educados» y faltos de la necesaria implacabilidad, sobre todo en lo concerniente a la destitución de mandos incompetentes.

El propio Churchill era un gran aficionado de modales caballerosos, pero nadie podía acusarlo de carecer de energía. Se tomaba un apasionado interés por las operaciones militares, de hecho demasiado apasionado, a juicio de sus asesores militares. Una marea de ideas, en su mayoría totalmente impracticables, quedó plasmada en memorandos que producían en Whitehall gruñidos y suspiros. El general *Pug* Ismay, asesor militar de Churchill, tuvo que soportar la última inspiración del primer ministro en aquel momento históricamente simbólico. Churchill quería «desarrollar una especie de "Dunkerque al revés» en la Operación Overlord, con pequeñas embarcaciones [civiles] desembarcando a soldados de infantería que siguieran y complementaran a las tropas de asalto unas vez despejadas las playas».

La obsesión del primer ministro por estar cerca del centro de acción lo había llevado a insistir

en que tenía que zarpar con la flota invasora. Quería observar el bombardeo de la costa desde el puente del crucero británico Belfast. No se lo advirtió a Brooke, a sabiendas de que éste lo habría desaprobado, e intentó justificar su exigencia aduciendo que ostentaba también el cargo de ministro de Defensa. Por fortuna, el rey intervino, y en una carta fechada el 2 de junio le dijo: «Querido Winston, es mi deseo instarte una vez más a que abandones tu idea de zarpar el Día D. Por favor considera mi posición. Soy más joven que tú, soy marino y, como rey, soy el jefe de los tres ejércitos. Nada me gustaría más que zarpar con ellos, pero he accedido a no hacerlo; ¿te parece justo que tú hagas precisamente aquello que tanto me habría gustado hacer?». 4

Churchill, en una reacción «picajosa» 5 al ver sus deseos frustrados, ordenó que su tren privado, en calidad de cuartel general móvil, estuviera cerca de Eisenhower. Brooke anotaría el siguiente comentario en su diario: «Mientras tanto Winston se ha subido a su tren y se dedica a visitar la zona de Portsmouth. ¡Se está convirtiendo en un verdadero pelmazo!». 6 Hubo un momento estupendo la víspera del Día D. Llegó la noticia de que las fuerzas aliadas al mando del general Mark Clark estaban entrando en Roma. Pero Churchill iba a tener que volcar toda su atención en un problema casi insoluble. El general Charles de Gaulle, el líder de la Francia Libre que utilizaba la Cruz de Lorena como símbolo personal, había llegado a Londres aquella misma mañana. Los nervios propios de las horas previas al Día D combinados con las complicaciones políticas y el egocentrismo patriótico de De Gaulle iban a desembocar en una bronca explosiva.

El problema central de las relaciones con De Gaulle era fruto de los recelos de Roosevelt. El presidente de los Estados Unidos consideraba al militar galo un dictador en potencia. Esta idea se había visto estimulada por las opiniones del almirante Leahy, antiguo embajador estadounidense en la Vichy del mariscal Pétain, así como por las de diversas personalidades francesas en Washington, entre otras Jean Monnet, considerado posteriormente el padre fundador de la unidad europea.

Roosevelt llegó a sentir tanta aversión por la política de los franceses que en febrero sugirió un cambio de planes para las zonas de ocupación aliada en la Alemania de posguerra. Quería que los Estados Unidos se quedaran con la mitad norte del país, para poder reabastecerse por Hamburgo y no a través de Francia. «Tal como yo entiendo», escribiría Churchill en respuesta, «su propuesta se debe a una aversión a emprender una labor policial en Francia y al temor de que eso pudiera suponer el estacionamiento de fuerzas estadounidenses en ese país durante un largo período de tiempo».

Roosevelt y, en menor medida, Churchill se negaban a reconocer los problemas de lo que el propio De Gaulle calificaba de «un gobierno insurreccional». El general francés no trataba simplemente de asegurar su propia posición. Necesitaba mantener unidas las facciones rivales para salvar su país del caos, o tal vez incluso de una guerra civil, tras la liberación. Pero el orgulloso y displicente De Gaulle, a menudo para desesperación de sus propios partidarios, parecía disfrutar de una manera casi perversa mordiendo las manos americanas y británicas que le daban de comer. Tenía una visión absolutamente francocéntrica de todo. Ello suponía un absoluto desdén por cualquier realidad inconveniente, en especial por todo lo que pudiera socavar la gloria de Francia. Sólo De Gaulle habría podido escribir una historia del ejército francés sin hacer mención alguna de la batalla de Waterloo. 9

Durante la primavera, Churchill había hecho todo lo posible por suavizar la postura de Roosevelt, consciente de que los aliados tenían que colaborar con De Gaulle. Animó al presidente estadounidense a reunirse con el general francés. «Seguramente le haga mucho bien recibir de usted un trato paternal», escribiría, «y, de hecho, creo que sería de gran ayuda en todos los sentidos.» 10

Roosevelt accedió a reunirse con De Gaulle, pero insistió en que éste debía ser quien solicitara la entrevista. Cursar una invitación oficial habría supuesto reconocerlo como el verdadero líder de

Francia. El presidente americano se mantenía firme en su idea de que los ejércitos aliados no estaban invadiendo Francia para colocar a De Gaulle en el poder. «No puedo, por ahora», escribiría, «reconocer ningún gobierno de Francia hasta que el pueblo francés tenga la oportunidad de elegirlo libremente.» 11 Pero como durante algún tiempo iba a ser imposible celebrar unas elecciones, ello habría supuesto que la administración de las zonas liberadas corriera a cargo del AMGOT {Alied Military Government of Occupied Territories, esto es, la Administración Militar Aliada de los Territorios Ocupados).

Este acrónimo representaba una verdadera afrenta tanto para De Gaulle como para el Comité Français de Liberation Nationale (CFLN) establecido en Argel. El 3 de junio, un día antes de que De Gaulle volara a Gran Bretaña, el CFLN se autoproclamó Gouvernement Provisoire de la République Française. El anuncio en cuestión fue inmediatamente considerado por Roosevelt una provocación deliberada. El presidente americano ya había prohibido a Eisenhower mantener cualquier tipo de contacto con la Administración francesa provisional. 12

A Eisenhower sólo se le permitía colaborar con el general Pierre Koenig, al que De Gaulle había nombrado jefe de la Resistencia, las llamadas Forces Françaises de l'Intérieur, o FFL. Pero, aun así, se dijo a Eisenhower que no confiara a Koenig los detalles de la invasión, pues éste habría tenido que informar de ello a sus jefes políticos. Tantas contradicciones dieron lugar a una situación «sumamente embarazosa», como reconocería el propio Eisenhower en un informe enviado a Washington. «El general Koenig se siente profundamente dolido por el hecho de que se le niegue incluso la información más genérica de las próximas operaciones, aun cuando en ellas se utilizarán unidades navales, aéreas y aerotransportadas francesas, y además se espera mucho de la actuación de la Resistencia francesa».

Mientras tanto, Churchill había instado a Roosevelt a aceptar «un acuerdo de colaboración» 14 con el comité francés, sobre todo porque los aliados necesitaban que la Resistencia trabajara para la invasión. También había contribuido a convencer a los americanos de que enviaran a Inglaterra la 2.ª División Blindada de los franceses (la llamada 2^{ème} DB, por División Blindée), a la que habían armado y equipado en el norte de África. A las órdenes del general Philippe Leclerc, formaría parte más tarde del 3.º Ejército de Patton durante la campaña de Normandía. Sin embargo, para sorpresa -y resignación- de los oficiales británicos, una de las primeras ceremonias que organizó la división de Leclerc a su llegada a Yorkshire fue una misa oficial en honor de Juana de Arco, a la que los ingleses habían quemado en la hoguera unos quinientos años antes. 15

Por otro lado, se advirtió a las tropas aliadas que no ofendieran la sensibilidad de los franceses cuando desembarcaran. En un panfleto se les pedía que evitaran hacer referencia alguna a la humillante derrota sufrida por Francia en 1940. «Gracias a los chistes sobre el "Alegre Pagú", etcétera», añadía, «se ha difundido la falsa creencia de que los franceses son un pueblo alegre, frívolo, sin moral y con pocas convicciones. Y esto es especialmente falso en el momento actual.» Pero es muy improbable que los comunicados oficiales tuvieran mucho efecto en unos hombres obsesionados por las excitantes especulaciones acerca de las «mademoiselles francesas». 16

El gabinete de guerra de Churchill se dio cuenta de que había que invitar al líder francés a Gran Bretaña para informarle acerca del Día D. A pesar de «todos los defectos y disparates de De Gaulle», escribiría el primer ministro a Roosevelt, «últimamente ha mostrado indicios de querer colaborar con nosotros y, a fin de cuentas, es muy difícil mantener a los franceses al margen de la liberación de Francia.» El presidente americano, no obstante, había insistido en que en «aras de la seguridad», De Gaulle debía permanecer en el Reino Unido «hasta que se efectúen los desembarcos

de la Operación Overlord».

La falta de seguridad de la Francia Libre no se debía a la infiltración de espías de Vichy en la red gaullista, sino a los primitivos sistemas de codificación franceses. La exasperación que reinaba en el SOE (Special Operations Executive, esto es, «Dirección de Operaciones Especiales»), sobre todo tras la masiva infiltración de agentes de la Gestapo en la Resistencia que se había producido un año antes, llevó al principal criptógrafo del SOE, Leo Marks, a presentarse en la sede de los gaullistas en Duke Street, en el centro de Londres. Allí pidió a los oficiales codificadores que prepararan el mensaje cifrado que quisieran. Cuando se lo entregaron, lo rompió en mil pedazos «para su asombro, en sus propias narices». «Esto no hizo que los británicos se granjearan las simpatías de los franceses», escribiría el historiador oficial con cierta amargura.¹⁹ Pero el orgullo galo seguía impidiendo que la Francia Libre optara por utilizar sistemas de codificación británicos o estadounidenses. Justo antes del Día D, «C», el jefe de los Servicios Secretos de Inteligencia, recomendó al primer ministro británico que se prohibiera a los franceses mandar mensajes por radio, y que sólo se les permitiera hacerlo por líneas de comunicación terrestres que fueran seguras.²⁰

Churchill mandó dos aviones York de pasajeros a Argel para traer a De Gaulle y su séquito. Pero el general francés se mostraba reacio a ir a Inglaterra, porque Roosevelt no estaba dispuesto a hablar de la posibilidad de establecer un gobierno civil francés. El día 2 de junio el representante de Churchill, Duff Cooper, estuvo discutiendo durante una hora con De Gaulle sobre este asunto, intentando convencerlo de que depusiera esa peligrosa actitud suya de llevar las cosas hasta el límite. Si se negaba a acompañarlo, le dijo, estaría siguiéndole el juego a Roosevelt. Debía estar presente en Inglaterra en calidad de líder militar. Y sobre todo, le advirtió Duff Cooper, perdería finalmente la consideración del primer ministro británico, que llegaría a la conclusión de que el francés era un hombre imposible de tratar. De Gaulle sólo accedió a viajar a la mañana siguiente, cuando los dos Yorks ya estaban aguardándolo en el aeródromo, listos para emprender la primera etapa del viaje. Según De Gaulle, primero volaron hasta Casablanca, pero Duff Cooper escribió esos días en su diario que su primer destino fue Rabat, en el Marruecos francés, y que cenaron a bordo del avión, en lo que califica de «una situación bastante embarazosa», y que más tarde estuvieron paseando juntos durante una hora, «hablando de todo tipo de cosas excepto, para mí gran satisfacción, la situación presente».

Tras volar durante la noche, el avión que transportó a De Gaulle desde Rabat a Inglaterra aterrizó en Northolt a las seis en punto de la mañana del día 4 de junio. A pesar del secretismo con el que se ordenó que se llevara a cabo ese viaje, Duff Cooper se vio sorprendido a su llegada por la presencia de una nutrida guardia de honor en perfecta formación y una banda de la RAF que interpretó la Marsellesa cuando bajaron del avión. Una carta de bienvenida al más puro estilo churchilliano fue entregada a De Gaulle. «Querido general De Gaulle», decía. «¡Bienvenido a estas tierras! Están a punto de ocurrir importantísimos acontecimientos militares.» A continuación el primer ministro británico lo invitaba a reunirse con él en su tren privado. «Si pudiera estar aquí a eso de la una y media de la tarde, me encantaría invitarlo a almorzar para luego dirigirnos al cuartel general de Eisenhower.»

Duff Cooper quedó perplejo cuando tuvo noticia del «cuartel general móvil» improvisado por Churchill en su tren, que al final encontraron aparcado en una pequeña estación ferroviaria próxima a Portsmouth. A su juicio, aquello era «una idea completamente absurda». Su desánimo fue aún mayor cuando vio al mariscal de campo Smuts, un sudafricano decididamente francófono, entre los integrantes del séquito que acompañaba a Churchill. Luego el primer ministro británico inició la conversación con De Gaulle diciéndole que lo había traído a Inglaterra para que pronunciara un

discurso por radio. Para empeorar las cosas, en ningún momento hizo referencia a la discusión sobre las cuestiones civiles de Francia, el asunto que más interesaba a De Gaulle.

El general galo montó en cólera cuando Anthony Edén, ministro de Asuntos Exteriores, recondujo la conversación a los temas de «política», que básicamente se reducían a uno, a saber, la continuada negativa de Roosevelt a reconocer a De Gaulle y su gobierno provisional. El resentimiento de éste era aún mayor debido al papel moneda de los aliados, que había sido impreso en los Estados Unidos y que circulaba entre los soldados. Dijo que esa divisa, que consideraba unefausse monnaie, «no era reconocida por el gobierno de la República bajo ningún concepto». Era un punto importante en el que, al parecer, no habían pensado ni las autoridades americanas ni las británicas. Si ningún gobierno estaba dispuesto a reconocer aquellos billetes de aspecto más bien insignificante -los soldados estadounidenses los comparaban con «cupones para cigarros»-, carecían por completo de valor.

Churchill se puso hecho una fiera y preguntó cómo iban los británicos a actuar al margen de los estadounidenses. «Vamos a liberar Europa, pero eso es porque los americanos están con nosotros. Así que esto debe quedar claro: cada vez que tengamos que decidir entre Europa y el mar abierto, siempre elegiremos el mar abierto. Cada vez que tenga que elegir entre usted y Roosevelt, siempre elegiré a Roosevelt.» De Gaulle aceptó con desgana que las cosas tuvieran que ser así. Los ánimos se calmaron cuando se sentaron a la mesa. Churchill alzó su copa: «¡Por De Gaulle, que nunca aceptó la derrota!». Y De Gaulle respondió alzando la suya y brindando: «¡Por Gran Bretaña, por la victoria, por Europa!».

A continuación, Churchill acompañó a De Gaulle hasta Southwick House. Allí Eisenhower y Bedell Smith hicieron un breve resumen del plan de la Operación Overlord al líder francés. El general americano estuvo encantador y ocultó la angustia que lo invadía en aquellos momentos a causa del tiempo. Sin embargo, antes de que De Gaulle marchara, le mostró una copia del anuncio que iba a hacer al pueblo francés el Día D. Aunque había suavizado el tono perentorio de Roosevelt, su discurso no reconocía bajo ningún concepto la autoridad del gobierno provisional. Efectivamente, incluso advertía a los franceses que obedecieran las órdenes de los mandos aliados hasta que «los propios franceses elijan a sus representantes y su gobierno». Para De Gaulle aquello confirmaba sus peores temores de una ocupación anglosajona de Francia. No obstante, supo controlarse y se limitó a decir que «deseaba sugerir ciertos cambios en el mensaje del general Eisenhower». 25 Este accedió a considerar sus sugerencias, pues tal vez aún habría tiempo para introducir algún cambio.

De vuelta en Londres, De Gaulle se enteró de que las modificaciones que había solicitado no iban a poderse aprobar a tiempo porque era necesario el visto bueno de los jefes del Estado Mayor conjunto. A raíz de este hecho, De Gaulle se negó a dirigirse por radio a los franceses a través de la BBC a la mañana siguiente detrás de Eisenhower y los líderes de otros países ocupados. También anunció que había ordenado a los oficiales de enlace franceses destinados a divisiones británicas y americanas no acompañar a esas tropas por no haberse llegado a acuerdo alguno en materia de administración civil. Cuando Churchill recibió esas noticias en el curso de una reunión del gabinete de guerra, se puso hecho una furia.

Aquella misma noche Edén y el emisario de De Gaulle, Pierre Viénot, se vieron obligados a realizar un sinnúmero de viajes diplomáticos entre los dos encolerizados líderes con el fin de reparar el daño causado. De Gaulle mostró toda su ira a Viénot y le dijo que Churchill era un «gánster». Luego Viénot se reunió con Churchill, que acusó al general francés de «traición en plena batalla». Quería meterlo en un avión y enviarlo de vuelta a Argel «encadenado, si es necesario».

A pesar de todos esos momentos de intenso dramatismo, el acontecimiento más importante de aquella noche del domingo, 4 de junio, tuvo lugar en la biblioteca de Southwick House. Por la tarde, Stagg y sus colegas habían observado que la borrasca que se aproximaba por el Atlántico había alcanzado unos niveles mayores de concentración, pero que también avanzaba con menor velocidad. Esto significaba que el mal tiempo dejaba un margen suficiente para proceder con la invasión. A las nueve y media de la noche empezó la reunión de los mandos, en la que se solicitó la presencia de Stagg. Pocos de los presentes se sentían optimistas. La lluvia y el viento golpeaban contra las ventanas, y todos podían imaginarse en qué condiciones se encontraban las decenas de miles de soldados que permanecían en las lanchas de desembarco y las naves ancladas a lo largo de la costa.

- Caballeros -dijo Stagg-, desde que presenté el pronóstico meteorológico ayer por la noche se ha producido una rápida e inesperada evolución en el norte del Atlántico. 26

Iba a haber una breve mejoría a partir del lunes por la tarde. No es que fuera a hacer un tiempo ideal, venía a decir su mensaje, pero sería lo suficientemente bueno. A continuación le formularon numerosas preguntas al respecto y se abrió un intenso debate.

- Aclaremos un punto -dijo el almirante Ramsay-. Si la Operación Overlord comienza el martes, debo emitir un comunicado provisional a mis hombres antes de media hora. Pero si se ponen de nuevo en marcha, y luego tienen que dar otra vez media vuelta, no puede ni plantearse que continúen el miércoles.

Leigh Mallory expresó una vez más su preocupación por la visibilidad de sus bombarderos, pero Eisenhower se volvió hacia Montgomery, que vestía su característico uniforme no convencional, el jersey beige y los pantalones de pana abombachados.

- ¿Ve alguna razón para que no comencemos el martes?

- No -contestó el general británico de manera enfática con su voz nasal-. Yo diría: ¡Adelante!

Fuera de la sala, en el vestíbulo, unos oficiales del Estado Mayor esperaban con fajos de órdenes listas para ser firmadas por sus jefes. Se habían preparado dos juegos distintos para las dos alternativas.

En la madrugada del lunes, 5 de junio, se conocieron más datos que venían a confirmar una mejora del tiempo. En la reunión celebrada por la mañana, Stagg pudo presentarse ante aquella audiencia intimidatoria con una actitud de mayor confianza y seguridad. La tensión reinante empezó a disminuir, y «el comandante supremo y sus colegas comenzaron a parecer otros hombres», escribiría más tarde. Eisenhower recuperó su sonrisa. Se discutieron nuevos particulares, pero todos estaban impacientes por marchar, y la sala no tardó en quedar vacía. Había mucho que hacer para que los cinco mil barcos de casi una docena de países distintos volvieran a zarpar y tomaran las rutas marítimas preestablecidas. En formación de columna, una flotilla de dragaminas de la Marina Real iría delante de ellos para abrir un amplio canal que condujera directamente a las playas. El almirante Ramsay estaba particularmente preocupado por la tripulación de esas vulnerables embarcaciones. Todos temían que se produjeran muchísimas bajas.

Una vez tomada la gran decisión, Eisenhower se dirigió al muelle de South Parade de Portsmouth para ver embarcar a las últimas tropas. «Hablar con los soldados siempre le levanta el ánimo», anotó su ayudante, Harry Butcher, en su diario. A la hora del almuerzo regresaron a la caravana de Eisenhower en Southwick Park, donde se distrajeron jugando a Hounds and Fox y luego a las damas. Butcher ya lo había dispuesto todo para que el comandante supremo, acompañado de unos periodistas, se dirigiera aquella tarde al aeródromo de Greenham Common para visitar a los hombres de la 101.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos. Estos soldados debían despegar a las once de la noche para llevar a cabo la misión que Leigh-Mallory había pronosticado

que acabaría en desastre.

A diferencia de la infantería y de otros cuerpos que habían permanecido aislados por «murallas» de alambre de espino, las tropas aerotransportadas fueron conducidas directamente a los aeródromos desde los que debían despegar. La 82.ª había permanecido estacionada en las inmediaciones de Nottingham, mientras que la 101.ª había sido distribuida por los condados que rodean el oeste de Londres.

Durante cinco días habían estado acuartelados en hangares en los que se instalaron camas plegables dispuestas en hileras separadas por pequeños pasillos. Allí se dedicaron a montar y desmontar y a engrasar sus armas personales una y otra vez, así como a afilar sus bayonetas. Algunos habían comprado cuchillos de asalto en Londres, y otros se habían equipado con navajas de afeitar. Habían aprendido a matar a un hombre en silencio rajando la yugular y la caja laríngea. Su adiestramiento como soldados de una división aerotransportada no sólo había sido riguroso desde el punto de vista físico. Algunos de ellos habían sido obligados «a arrastrarse entre vísceras y sangre de cerdo como parte de su endurecimiento».

Para que sus mentes no sufrieran los estragos de aquella espera agónica provocada por el aplazamiento de la operación, los oficiales instalaron varios gramófonos de los que se oían canciones como 'Walk Alone o That Old Black Magic. Instalaron asimismo proyectores para pasar películas, sobre todo de Bob Hope. Muchos paracaidistas también se dedicaron a escuchar el programa de Axis Sally^[2] en Radio Berlín, Home, Sweet Home («Hogar, dulce hogar»), en el que se emitía buena música entre falsos mensajes de carácter propagandístico. No obstante, incluso cuando poco antes del Día D esta locutora proclamó en repetidas ocasiones que los alemanes estaban esperándolos, la mayoría de los hombres se tomaron a broma sus palabras.

Había también puestos de la Cruz Roja con café y donuts atendidos por jóvenes voluntarias americanas. En muchos casos éstas regalaban a escondidas a los soldados su ración de cigarrillos. La comida que se les daba, en la que no faltaban la carne, las patatas fritas y los helados, era un lujo que inevitablemente dio pie a la aparición de más chistes negros sobre soldados cebados para la matanza. En la zona de Nottingham, los de la 82.ª Aerotransportada habían comenzado a apreciar el fish and chips de los británicos y a entablar buenas amistades con la población local. También se emocionaron al ver la gran cantidad de gente que salía a despedirlos, mucha con lágrimas en los ojos, cuando los convoyes de camiones llevaban a los paracaidistas a los aeródromos correspondientes.

Muchos hombres intentaban no pensar en lo que estaba por venir lanzándose frenéticamente al juego, al principio con la divisa de la invasión de aspecto hartamente dudoso, y más tarde con los dólares que ahorran y con libras esterlinas. Jugaban a dados y a la veintiuna. Un tipo que ganó dos mil quinientos dólares, cifra considerable para la época, siguió jugando deliberadamente sin parar hasta perderlo todo. Le parecía que si guardaba aquel dinero las parcas decretarían su muerte.

Algunos paracaidistas examinaban sus equipos principales y de reserva para comprobar que todo estuviera en orden. Otros escribían la última carta a su familia o a su prometida por si morían en la empresa. Varios soldados sacaron fotografías personales de sus billeteras y las pegaron en el interior del casco. Todos los documentos y efectos personales de la vida civil fueron recogidos y guardados hasta su regreso. Los capellanes celebraron servicios religiosos en una esquina del hangar, y los católicos tuvieron la oportunidad de confesarse.

En esos momentos de reflexión personal, los discursos de ánimo de algunos mandos de los regimientos no habrían podido resultar más chocantes. El coronel Jump («Salto») Johnson, al mando

del 501.º Regimiento de Infantería Paracaidista, se plantó en el hangar montado en su jeep y se subió a la plataforma de calistenia. Johnson, que se había ganado su apodo por su constante deseo de saltar de cualquier artefacto que volara por los aires, llevaba un revolver con la empuñadura de nácar a cada lado de la cintura. Los dos mil hombres de su regimiento se reunieron a su alrededor. «Se percibía en el ambiente una curiosa sensación; el entusiasmo y los nervios por la batalla», señalaría un paracaidista. Tras una breve arenga para levantar la pasión marcial de sus hombres, Johnson de pronto se agachó y se sacó de la bota un gran cuchillo, blandiéndolo sobre su cabeza. «Antes de ver el amanecer de un nuevo día», dijo alzando la voz, «quiero clavar este cuchillo en el corazón del nazi más mezquino, sucio y asqueroso de toda Europa.» Se oyó un clamoroso grito de entusiasmo, y los hombres levantaron sus cuchillos en respuesta.

El general Maxwell Taylor advirtió a sus hombres de la 101.ª Aerotransportada que combatir de noche daría lugar a una gran confusión. Iba a resultarles difícil distinguir a los de su propio bando del enemigo. Por esa razón deberían combatir con cuchillos y granadas por la noche, y recurrir a las armas de fuego únicamente cuando ya hubiera amanecido. Según uno de esos hombres, «también dijo que si se hacían prisioneros, éstos representarían un estorbo para llevar a cabo nuestra misión. Teníamos que deshacernos de los prisioneros de la manera que consideráramos más conveniente».

El general de brigada Slimjim Gavin, de la 82.ª Aerotransportada, tal vez fuera el más comedido en su alocución. «Soldados», dijo, «lo que vais a vivir los próximos días no lo cambiaríais ni por un millón de dólares, pero tampoco os gustaría repetirlo con mucha frecuencia. Para la mayoría de vosotros será la primera vez que entréis en combate. Recordad que estáis allí para matar, o los que moriréis seréis vosotros.» Gavin causó una gran impresión entre sus hombres. Uno de ellos dijo que, después de aquel breve discurso pronunciado en tono pausado, «creo que lo hubiéramos seguido hasta el infierno». Otro comandante optó por adoptar tácticas de choque. A sus hombres, mientras permanecían en formación ante él, les dijo lo siguiente: «Mirad a vuestra derecha y a vuestra izquierda. Sólo uno de vosotros seguirá vivo después de la primera semana en Normandía». 34

No cabe duda del alto nivel de motivación que reinaba entre la inmensa mayoría de los soldados de las divisiones aerotransportadas americanas. La manera más efectiva de imponer disciplina que tuvieron durante un tiempo los oficiales fue amenazar a los soldados con impedirles su participación en los lanzamientos de la invasión.

Los rituales de la víspera de la batalla incluyeron el afeitado de cabezas para facilitar a los médicos el trabajo en caso de herida en esa parte del cuerpo, pero varios hombres decidieron dejarse una franja central de pelo al estilo mohicano. Ello contribuiría a la idea que tenían los alemanes, influenciados por las películas de gánsteres de Hollywood y que luego extendieron los medios propagandísticos de la Wehrmacht, de que los soldados de las unidades aerotransportadas americanas eran reclutados en los penales más peligrosos de los Estados Unidos y procedían de la «übelste Untermenschentum amerikanischer Slums» («la peor especie de infrahumanos de los suburbios americanos»). Se pintaron, además, la cara de negro, sobre todo con el hollín de las estufas, aunque algunos utilizaron betún, y otros añadieron rayas de pintura blanca, en una especie de competición a ver quién conseguía que su cara pareciera «más feroz».

Sus trajes de paracaidista llevaban el emblema de su división en el hombro izquierdo y la bandera de los Estados Unidos en el derecho. Un soldado, que había recibido de un colaborador de la Cruz Roja dos cartones de cigarrillos Pall Mall de más, se metió uno en cada pernera. Pero para los que se vieron obligados a saltar sobre zonas anegadas, la opción de ese escondite debió de

provocarles un disgusto añadido. Los soldados se ajustaban al máximo las botas, las correas y los tirantes, como si éstos formaran una especie de armadura que les sirviera de protección en el combate que estaba a punto de producirse. Los paracaidistas también fueron a por más munición: iban cargados hasta los topes. Su mayor temor era encontrarse con el enemigo y tener el fusil descargado. Llevaban cartucheras colgadas cruzando el pecho al «estilo Pancho Villa», cantimploras llenas hasta el borde y sacos con calcetines y mudas de repuesto. Los cascos de camuflaje con red tenían fijado en su parte posterior un botiquín que contenía vendas, ocho pastillas de sulfamidas y un par de dosis de morfina inyectable, «una primera contra el dolor, y una segunda para pasar a la eternidad». 36

Los bolsillos y las riñoneras estaban llenos a rebosar, no sólo con los ciento cincuenta cartuchos de balas del calibre 30, sino también con barras de chocolate de la ración D de combate, que tenían una textura parecida a la del cemento poco antes de fraguar, y con una granada Gammon de fabricación británica, que contenía casi medio kilo de explosivo C2 en una especie de calcetín de algodón. Esta bomba improvisada podía resultar absolutamente efectiva incluso contra vehículos blindados (los paracaidistas la llamaban su «artillería de mano»), pero su popularidad se debía también a otras razones.

Con una pequeña cantidad de ese explosivo de ignición rápida podían calentarse en el interior del hoyo de protección una taza de café o su ración K de combate sin formar ni pizca de humo.

Las placas de identificación iban pegadas para que no hicieran ruido al golpearse unas con otras. En un neceser colgado del cuello llevaban, además de cigarrillos y encendedores, otros artículos de primera necesidad, como un kit de afeitado y de higiene corporal, pastillas para purificar el agua, veinticuatro hojas de papel higiénico, un libro de frases hechas en francés y un equipo de fuga consistente en un mapa impreso en un pañuelo de seda, una pequeña sierra para metales, una brújula y dinero en efectivo. La abundancia de todo este equipamiento asombraba a los humildes muchachos de origen rural, acostumbrados a improvisar y a arreglárselas de la mejor manera posible en casa.

En el primer puesto de esa lista de artículos de pequeño tamaño figuraban el instrumental para cavar trincheras y el arma personal del soldado, normalmente una carabina con un afuste, desmontado en parte, metido en una bolsa llamada el «estuche del violín», que llevaban atada con unas correas cruzando el pecho. Otros hombres iban armados con una metralleta Thompson. Las bazucas se llevaban desmontadas en sus dos mitades. Junto con varias granaderas con explosivos antitanque, iban depositadas en bolsas atadas a las perneras que se balancearían durante el descenso. Sólo estas bolsas solían pesar unos cuarenta kilos.

Los paracaidistas tenían sus propias supersticiones. Varios de ellos también vaticinaron su muerte. Un soldado recordaría a un «muchacho de cabello liso muy rubio» llamado Johnny. «Estaba allí, de pie, con la mirada clavada en el vacío. Me acerqué a él y le dije: "¿Qué ocurre, Johnny?". El respondió: "No creo que salga vivo de ésta". Yo le dije: "Tranquilo, todo irá bien". Le di unas palmadas porque parecía realmente aturdido. Al final, fue uno de los primeros hombres que cayeron en Normandía.»

Cuando Eisenhower llegó a Greenham Common en su Cadillac oficial, seguido por una pequeña comitiva de periodistas y fotógrafos, intercambió unas palabras con los paracaidistas de la 101.ª Aerotransportada del general Maxwell Taylor poco antes de que subieran a sus aviones. Debió de ser realmente difícil no recordar el horrible presagio de Leigh-Mallory de que casi todos aquellos hombres iban a perder la vida. No obstante, «la naturalidad y la cordialidad que [Eisenhower]

mostró en su trato con los soldados» 38 sorprenderían incluso a su ayudante. Un texano ofreció al comandante supremo un trabajo de vaquero para cuando acabara la guerra. Más tarde Eisenhower preguntó a los oficiales si entre sus hombres había alguno de Kansas. Esperaba que hubiera alguien de su ciudad natal, Abilene. Se mandó llamar a un soldado llamado Oyler para que se entrevistara con él.

- ¿Cómo te llamas, soldado? -preguntó el general.

Oyler no respondía, parecía haberse quedado helado en presencia de Eisenhower. Sus amigos tuvieron que gritar su nombre para refrescarle la memoria. Eisenhower le preguntó de dónde era.

- Wellington, Kansas -contestó.

- ¡Oh! ¡Eso está al sur de Wichita! -exclamó el comandante supremo, que a continuación le preguntó por su formación, su hoja de servicios y si tenía novia en Inglaterra.

Oyler fue relajándose y contestando a todas sus preguntas acerca del adiestramiento recibido y si creía que los demás miembros de su pelotón estaban preparados para entrar en combate.

- Ya sabes, Oyler, que los alemanes nos han hecho pasar un verdadero infierno durante cinco años, y ya ha llegado la hora de que lo paguen.

A continuación el general le preguntó si tenía miedo, a lo que Oyler le dijo que sí.

- Es natural. Sería de locos no tenerlo. Pero el truco consiste en tirar para adelante. Si te paras, si empiezas a pensar, pierdes el objetivo. Te desconcentras. Podrías convertirte en una baja. Lo ideal, lo perfecto, es seguir para adelante.

Poder seguir para adelante, en ese momento, era el principal problema de los paracaidistas. Iban tan cargados de equipamiento, que se dirigían andando como patos a los aviones que los aguardaban alineados en la pista aérea.

Los equipos de tierra de sus Skytrains C-47 (los británicos los llamaban «Dakotas») habían trabajado muy duro. Todos los aviones de la invasión fueron pintados en el último momento con rayas negras y blancas en las alas y el fuselaje para que los barcos aliados pudieran identificarlos con menos dificultades. Algunos paracaidistas se impresionaron al verlos. «Quedamos endiabladamente sorprendidos cuando vimos aquellas rayas tan anchas pintadas en las alas y también en el fuselaje. Pensamos que en el aire parecerían patos a la espera de que cualquier artillero intentara probar suerte con ellos.» 40

El peligro del «fuego amigo» era una de las principales preocupaciones de los aliados, especialmente de las fuerzas aerotransportadas. Durante la invasión de Sicilia en julio de 1943, la artillería antiaérea de la Marina estadounidense había disparado tanto contra los aviones de transporte americanos como contra los que remolcaban planeadores. En su desesperado afán por escapar del fuego, los pilotos de los remolcadores habían soltado los planeadores, dejando que se estrellaran en el mar. En el desastre se perdieron más de doce aparatos. Esta vez, con el fin de evitar los vuelos sobre las flotas de la invasión, las rutas establecidas para los lanzamientos en la península de Cotentin conducirían a las dos divisiones aerotransportadas hacia el oeste, dibujando una curva, para luego alcanzar su objetivo sobrevolando las Islas Anglonormandas.

Muchos de aquellos C-47, llamados «albatros» por los paracaidistas, tenían nombres y símbolos pintados en la punta del aparato. Uno, por ejemplo, tenía dibujado un diablo sosteniendo una bandeja en la que aparecía una chica sentada en bañador, con la siguiente leyenda: «El cielo puede esperar» {Heaven can Wait). Otro avión tenía un nombre no tan alentador: Miss Carriage^[3]

Los paracaidistas tardaron cuarenta minutos en subir a los aviones, pues debido al enorme peso que cargaban necesitaron ayuda para subir las escalerillas, casi como si fueran caballeros con

armadura que intentaran montar a lomos de sus caballos. Y una vez a bordo, un buen número de ellos tuvo que bregar al poco tiempo contra un problema añadido: «la necesidad de orinar fruto de los nervios». Los pilotos de los escuadrones de transporte comenzaron a preocuparse cada vez más por el exceso de peso. Cada avión debía transportar a un «grupo» de entre dieciséis y dieciocho hombres totalmente equipados, de modo que insistieron en pesarlos. Cuando supieron el peso total que tenían que transportar, su preocupación fue aún mayor.

El primero en montar era un sargento que se colocaba en la parte delantera del avión, mientras que el comandante del pelotón era el último en hacerlo, pues sería el encargado de abrir la marcha. El sargento, que al final cerraría el grupo, era el que daba el «empujón» decisivo y se aseguraba de que todos hubieran saltado y ninguno se quedara paralizado. «Un soldado preguntó al sargento si era cierto que tenía la orden de disparar a quien se negara a saltar. "Eso es lo que me han ordenado", respondió. Lo dijo con tanta delicadeza que todo el mundo se quedó callado.» 41

El 505.º Regimiento de Infantería Paracaidista de la 82.ª División Aerotransportada fue víctima de un terrible y desgraciado accidente durante las operaciones de carga. Una granada Gammon explotó dentro de un avión, matando a varios soldados y provocando un incendio. Los supervivientes fueron trasladados a un destacamento complementario. No estaba permitido que nada retrasara el horario programado para el despegue de los aviones aquella noche.

Los C-47, cargados hasta los topes, empezaron a rodar lentamente con los motores «gruñendo» por la pista de Greenham Common, en una secuencia aparentemente interminable. El general Eisenhower permanecía allí de pie, según parece con lágrimas en los ojos, saludando a los aviones de los paracaidistas de la 101.ª División Aerotransportada que levantaban el vuelo.

Aquella problemática noche con De Gaulle, Churchill también pensaba en su poderoso aliado del este. Había intentado convencer a Stalin de que hiciera coincidir con la invasión de Normandía la ofensiva que había programado lanzar en verano. El 14 de abril le había transmitido el siguiente mensaje: «Le pedimos que nos informe, para poder hacer nuestros propios cálculos, sobre la envergadura de su proyecto».

Un año antes Stalin había empezado a poner en duda que los aliados occidentales lanzaran alguna vez la invasión del norte de Europa, una iniciativa que venían prometiendo desde 1942. Churchill siempre se había mostrado favorable por una estrategia indirecta, o periférica, en el Mediterráneo, para evitar que se produjera otro baño de sangre en Francia semejante al que había acabado con los jóvenes de su generación. Al final, su decisión de posponer la invasión resultaría acertada, pero por otras razones. Los ejércitos angloamericanos simplemente no habían estado preparados, ni desde el punto de vista material, ni en lo concerniente al adiestramiento de sus hombres, para emprender una operación de esas características con anterioridad. Un fracaso habría sido catastrófico. Pero ninguna de esas excusas, o mejor dicho, ninguno de esos motivos reales habían servido para aplacar a Stalin, que se dedicó a recordar constantemente a sus aliados el compromiso que habían adquirido. «Nadie debería olvidar», escribiría en una nota a Churchill en junio de 1943, «que de todo esto depende la posibilidad de salvar millones de vidas en las regiones ocupadas de Europa occidental y Rusia y de reducir los enormes sacrificios que realizan los ejércitos soviéticos, en comparación con los cuales deberíamos considerar modestas las pérdidas de las tropas angloamericanas». 43 Más de siete millones de soldados de las fuerzas armadas soviéticas habían perecido ya en la guerra.

En la Conferencia de Teherán celebrada el mes de noviembre, Roosevelt había dicho a Stalin, a espaldas del primer ministro británico y para mayor consternación de éste, que, además de

desembarcar en Normandía, iban a invadir también el sur de Francia en el curso de la llamada Operación Anvil. Churchill y Brooke se habían opuesto a esta operación desde el primer momento en que los americanos comenzaron a soñar con ella. Anvil suponía dejar a los ejércitos aliados de Italia sin reservas ni recursos, lo que habría impedido hacer realidad el sueño de Churchill de avanzar hacia el norte de los Balcanes y Austria. Churchill había presagiado las consecuencias de los espectaculares avances del Ejército Rojo. Le horrorizaba la sola idea de una ocupación soviética de Europa central. Roosevelt, por su parte, estaba convencido de que encantando a Stalin, en vez de enfrentándose a él, la consecución de una paz duradera de posguerra era una posibilidad real. Esa paz estaría basada en el espíritu de la Organización de las Naciones Unidas que pretendía crear. El presidente estadounidense consideraba que Churchill se dejaba guiar demasiado por sus impulsos reaccionarios, tanto de naturaleza imperial como geopolítica. Creía que, una vez derrotada la Alemania nazi con la ayuda de los americanos, Europa sabría resolver sus propios problemas.

Durante la Conferencia de Teherán, Stalin se había sentido satisfecho de recibir las promesas más firmes hasta entonces de que la invasión a través del canal de la Mancha iba a tener lugar en primavera. Pero luego volvió a desconfiar cuando se enteró de que todavía no había sido designado el comandante supremo de la operación. Incluso tras el nombramiento de Eisenhower, Stalin siguió mostrándose escéptico. El 22 de febrero el líder ruso recibió un comunicado de Gusev, su embajador en Londres. «Hemos sabido por otras fuentes, principalmente a través de corresponsales ingleses y americanos, que la fecha para abrir el Segundo Frente que se estableció durante la Conferencia de Teherán probablemente se aplaze de marzo a abril, o incluso a mayo.» 44 Y cuando Roosevelt por fin le escribió dándole la fecha, el ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, Vishinsky, mandó llamar al encargado de negocios americano en Moscú para preguntarle qué significaba la «D» de «Día D».

La víspera del comienzo de la gran invasión Churchill envió un mensaje a Stalin diciéndole que sentía que la deuda de sangre contraída por los aliados occidentales con el pueblo soviético por fin iba a quedar saldada. «Acabo de regresar de una visita de dos días al cuartel general de Eisenhower, donde he visto a las tropas embarcar... Muy a su pesar, el general Eisenhower se ha visto obligado a retrasarlo todo una noche, pero los partes meteorológicos pronostican una notable mejora del tiempo, y esta noche se pone en marcha la operación.» 46

3. Ojo al canal

Mientras la Wehrmacht esperaba que se produjera la invasión, Hitler permanecía en Berghof, su residencia alpina de montaña situada encima de Berchtesgaden. El 3 de junio, mientras los barcos de los aliados cargaban, se había celebrado una boda en aquel entorno enrarecido. La hermana menor de Eva Braun, Gretl, se casó con el SS-Gruppenführer Hermann Fegelein, representante de Himmler en el cuartel general del Führer. Los invitados se pusieron sus mejores trajes y uniformes. La única excepción fue Hitler, que llevaba su habitual guerrera gris rata. Rara vez se vestía de gala, fuera cual fuera la ocasión. Asumiendo el papel de padre de la novia, Hitler no puso objeción a que se sirviera champaña en abundancia y permitió que la concurrencia bailara al son de una banda de la SS. Abandonó la fiesta pronto y dejó que los demás siguieran celebrando la boda hasta altas horas de la madrugada. Martin Bormann cogió tal borrachera de schnapps que tuvo que ser llevado a rastras hasta su chalet.

Hitler se sentía seguro. Deseaba que el enemigo llegara cuanto antes, convencido como estaba de que la invasión de los aliados sería aplastada en el muro Atlántico. El ministro de Propaganda del Reich, Josef Goebbels, suponía incluso que los aliados no se atreverían a cruzar el canal. Su gran eslogan en aquellos momentos era: «Se supone que van a venir. ¿Por qué no vienen?». 1

Hitler había llegado a convencerse de que hacer que fracasara la invasión supondría obligar a británicos y a americanos a abandonar la guerra completamente derrotados. Entonces concentraría todos sus ejércitos en el frente oriental contra Stalin. No le importaban las bajas que pudieran sufrir los ejércitos alemanes en Francia en aquella batalla defensiva. Ya había demostrado lo poco que le interesaban las pérdidas de vidas humanas, incluso las de su propia formación de guardia, la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler. No obstante, cada año enviaba a sus hombres los lotes de Navidad en los que había chocolate y schnapps, pero no cigarrillos, pues eran nocivos para la salud. Himmler tenía que suplir esa carencia con los recursos de la propia SS. 2

El Muro Atlántico, que supuestamente se extendía desde Noruega hasta la frontera española, era más un triunfo de la propaganda para consumo interno que una realidad física. Hitler había caído una vez más víctima del autoengaño de su régimen. Se negaba a reconocer cualquier tipo de comparación con la Línea Maginot francesa de 1940, e incluso a escuchar las quejas de los responsables de las defensas costeras. No tenían suficiente hormigón para los bunkeres y las baterías, pues el propio Hitler había dado prioridad a los enormes refugios para submarinos. La Kriegsmarine había perdido la batalla del Atlántico, pero él seguía creyendo que la nueva generación de submarinos que estaba desarrollándose iba a destruir a la Marina de los aliados.

El comandante en jefe del Oeste, el mariscal Gerd von Rundstedt, consideraba el Muro Atlántico «simplemente un burdo farol». Como muchos altos oficiales, el anciano Rundstedt no olvidaba la máxima de Federico el Grande: «El que lo defiende todo no defiende nada». Creía que la Wehrmacht debía abandonar Italia, «ese espantoso país en forma de bota», y mantener una línea al otro lado de los Alpes. Tampoco estaba de acuerdo con la retención de tantas tropas en Noruega, cuya importancia estratégica consideraba «un asunto puramente naval».[4]

Casi todos los altos oficiales alemanes criticaban en privado la obsesión de Hitler con las «fortalezas». A los puertos de Dunkerque, Calais, Boulogne, Le Havre y Cherburgo, en la costa del canal, y Brest, La Rochelle y Burdeos, en el Atlántico, se les había designado a cada uno una Festung que debía resistir hasta el último hombre. Hitler se negaba también a contemplar la posibilidad de

hacer intervenir a la división reforzada con base en las Islas Anglonormandas pues, juzgando a los británicos como si fueran él mismo, estaba seguro de que desearían recuperar el único pedazo de su territorio que había conseguido ocupar.

Hitler estaba convencido de que sus órdenes de levantar «fortalezas», en el este y el oeste, constituían la mejor forma de mantener a raya al enemigo y de evitar que sus generales permitieran la retirada. De hecho aquello supuso que las guarniciones -120.000 hombres en el caso del norte de Francia-no estuvieran luego disponibles para ayudar a defender Alemania. Su política era contraria a cualquier principio tradicional del Estado Mayor del ejército alemán, que insistía en la flexibilidad. Y cuando Rundstedt señaló que con sus cañones y sus reductos de hormigón orientados al mar eran vulnerables a los ataques desde tierra, su observación «no fue acogida favorablemente». 4

No obstante, incluso muchos oficiales experimentados, y no sólo los fanáticos de la Waffen-SS, miraban la inminente batalla con cierta confianza. «Considerábamos que el desembarco de Dieppe era una prueba de que podíamos repeler cualquier invasión», dijo más tarde el teniente general Fritz Bayerlein a sus interrogadores americanos. Se habían generalizado las ansias de enfrentarse directamente al enemigo sobre el terreno. «La guerra ha cambiado de cara de forma espectacular», escribía un teniente apenas cinco días antes de los desembarcos. «Ya no es como en el cine, donde los mejores sitios están detrás. Continuamos alerta y esperamos que lleguen pronto. Pero me preocupa que no vayan a venir y que, por el contrario, intenten acabar con nosotros simplemente por vía aérea.» Dos días después de la invasión murió en el curso de los bombarderos de los aliados. 5

La cuestión fundamental, por supuesto, era dónde iban a atacar los aliados. Los planes de contingencia alemanes habían considerado la posibilidad de Noruega y Dinamarca, e incluso la eventualidad de desembarcos en España y Portugal. Los oficiales del Estado Mayor del OKW (Oberkommando der Wehrmacht), examinaron cuidadosamente las posibilidades de ataque contra la costa mediterránea de Francia y contra el golfo de Vizcaya, especialmente contra Bretaña y también contra los alrededores de Burdeos. Pero las zonas más verosímiles eran aquellas que estaban al alcance de las bases aéreas de los aliados en el sur y en el este de Inglaterra. Ello significaba que el ataque podía tener lugar desde la costa de Holanda hasta cualquier punto del canal de la Mancha, hasta la altura de Cherburgo, en el extremo de la península de Cotentin.

El Führer había confiado la tarea de mejorar las defensas del canal al mariscal Erwin Rommel, comandante en jefe del Grupo de Ejército B. Rommel; otrora firme partidario de Hitler, había quedado desmoralizado al comprobar la superioridad aérea de los aliados en el norte de África. El enérgico general de acorazados, que se había convertido en todo un héroe nacional, llamaba ahora cínicamente a las hipnóticas arengas lanzadas por Hitler a los generales deprimidos «tratamientos de rayos de sol». Sin embargo, Rommel nunca desistió en sus intentos de mejorar las defensas de la costa.

El objetivo más evidente de todos era el paso de Calais. Ofrecía a los aliados la ruta marítima más corta, la mejor oportunidad de recibir apoyo aéreo constante, y una línea de avance directo hacia la frontera alemana, situada a menos de 300 km de distancia. Si tenía éxito, esta invasión aislaría a las fuerzas alemanas situadas más al oeste y rebasaría además las plataformas de lanzamiento de los V-1, que no tardarían en estar listas. Por todos estos motivos, las principales defensas de todo el Muro Atlántico habían sido concentradas entre Dunkerque y el estuario del Somme. Esta región era defendida por el 15.º Ejército.

La segunda zona de invasión más probable se situaba al oeste, en las playas de Normandía. Hitler empezó a sospechar que ése podría ser el plan aliado, pero pronosticó que la acción tendría lugar en ambos tramos de costa, para asegurarse de que luego pudiera jactarse de haber acertado. La

Kriegsmarine, sin embargo, descartó extrañamente la costa de Normandía en la creencia de que los desembarcos sólo podrían hacerse con la marea alta. Este sector, que se extendía desde el Sena hasta Bretaña, quedó bajo la responsabilidad del 7.º Ejército alemán.

Rommel decidió establecer su cuartel general en el Château de la Roche-Guyon, junto al gran meandro del río Sena, que marcaba el límite entre sus dos ejércitos. Con unos acantilados de caliza detrás y una fortaleza normanda en ruinas en las colinas situadas a su alrededor, el castillo tenía una espléndida vista del gran río a través de los parterres de un famoso jardín de hierbas. La portada renacentista añadida a las murallas medievales parecía perfectamente idónea como solar de la familia de La Rochefoucauld.

Con permiso de Rommel, el duque y sus parientes conservaron sus aposentos en el piso superior de la gran mansión. Rommel raramente utilizaba las estancias de representación, aparte del Grand Salón, con sus magníficos tapices de gobelinos. Allí era donde trabajaba, contemplando un jardín de rosas aún sin florecer. Su escritorio era la mesa en la que se había firmado la revocación del Edicto de Nantes en 1685, medida que había hecho que los antepasados hugonotes de muchos oficiales de la Wehrmacht fueran a buscarse una nueva vida en Prusia.

Rommel raramente pasaba las horas del día en el castillo. Por lo general se levantaba a las cinco, desayunaba con el teniente general Hans Speidel, su jefe del Estado Mayor, y luego salía inmediatamente a hacer viajes de inspección en su coche oficial Horch, acompañado sólo por una pareja de oficiales. Las reuniones de su Estado Mayor se celebraban por la tarde, a su regreso. A continuación, el mariscal cenaba frugalmente con su entorno más íntimo, a menudo formado sólo por Speidel y por el contralmirante Friedrich Ruge, su asesor naval y buen amigo suyo. Luego continuaba la discusión con ellos fuera, dando paseos bajo unos enormes cedros. Tenían mucho de lo que hablar en privado.

Rommel estaba exasperado por la negativa de Hitler a poner la Luftwaffe y la Kriegsmarine bajo un único mando centralizado para la defensa de Francia. Animado por Göring y el almirante Dönitz, Hitler prefería instintivamente mantener organizaciones rivales, a las que sólo él pudiera controlar desde arriba. Speidel sostenía que la Luftwaffe tenía cerca de trescientos cincuenta mil miembros del personal de tierra y de comunicaciones en el oeste, todos pertenecientes al imperio que se estaba construyendo Göring. Para empeorar las cosas, el mariscal del Reich se negaba a poner su cuerpo de artillería antiaérea al servicio del ejército, al que su aviación tampoco podría defender del ataque aéreo de los aliados.

Cada vez que Rommel se lamentaba de la inutilidad de la Luftwaffe, el cuartel general del Führer intentaba impresionarlo con la perspectiva de mil nuevos cazas a reacción e innumerables cohetes que obligarían a Gran Bretaña a ponerse de rodillas. El mariscal no sólo se negaba a creer esas promesas, sino que sabía que tenía las manos atadas desde el punto de vista operativo. Desde la batalla de Stalingrado, Hitler no había permitido que se llevara a cabo una defensa flexible. Había que retener cada palmo de terreno.

Speidel, miembro del movimiento de resistencia del ejército, recordaba que el propio Rommel citaba amargamente una frase escrita por Hitler en Mein Kampf, allá en la época de la República de Weimar: «Cuando el gobierno de una nación conduce a ésta a la catástrofe, cualquier hombre tiene no sólo el derecho, sino la obligación de rebelarse». A diferencia de Speidel y de los conspiradores de Berlín alentados por el coronel Claus Schenk conde Von Stauffenberg, Rommel no creía en el asesinato.

El anciano Rundstedt, por otra parte, aunque constantemente se refería en privado a Hitler como «ese cabo bohemio», nunca habría contemplado la posibilidad de una sublevación. Si otros hubieran

eliminado a la «banda parda» nazi, él no se habría opuesto, pero desde luego tampoco se habría comprometido. Su ambigüedad era todavía más profunda. Rundstedt había aceptado enormes cantidades de dinero de Hitler y por consiguiente debía de sentirse obligado hacia él. Pero hasta Speidel infravaloraba lo bajo que podría llegar Rundstedt tras el fracaso del intento de revolución en contra de Hitler.

Rundstedt se había convertido en un figurón del ejército y de la nación casi como le había sucedido al mariscal Von Hindenburg tras la primera guerra mundial. Los británicos no consideraban que el «último prusiano» fuera más siniestro que un oficial reaccionario de la Guardia Real y no supieron apreciar que compartía muchos de los prejuicios criminales de los nazis. Rundstedt no había puesto nunca objeción alguna a los asesinatos en masa de judíos a manos de las SS Einsatzgruppen en el frente oriental. Además había hablado de las ventajas de utilizar mano de obra esclava rusa en Francia. «Si no hacen lo que se les manda», comentó, «se les puede pegar un tiro sin más».

La consternación de Rundstedt ante la desastrosa forma de llevar la guerra de Hitler dio paso a un cinismo aletargado. Mostraba poco interés por la teoría de las tácticas de los acorazados y se consideraba por encima del feroz debate en torno a la mejor forma de hacer frente a la invasión. Ese debate se desarrolló principalmente entre Rommel, por una parte, que deseaba una defensa adelantada para derrotar a los aliados en cuanto se produjera el desembarco, y los dos defensores más acérrimos de un contraataque masivo con medios blindados, por otra: el coronel general Heinz Guderian, inspector general de las tropas acorazadas, y el general de las Panzertruppen, el barón Leo Geyr von Schweppenburg.

Geyr, antiguo agregado militar en Londres con cierto parecido físico con Federico el Grande, era bastante más culto que muchos contemporáneos suyos. Su arrogancia intelectual, sin embargo, lo llevó a crearse muchos enemigos, especialmente en el cuartel general del Führer y en la SS, que sospechaban de su lealtad al régimen. Como comandante en jefe del Grupo Acorazado Oeste, Geyr creía, lo mismo que Guderian, que debía reunirse un ejército de blindados en los bosques situados al norte de París, dispuesto a aplastar al enemigo y obligarlo a volver al mar.

Rommel, que se había hecho famoso como audaz caudillo de las fuerzas acorazadas en 1940, había quedado luego fuertemente influenciado por las experiencias vividas en el norte de África. Y ahora que los aliados habían alcanzado una supremacía aérea total sobre el noroeste de Europa, creía que si las divisiones acorazadas eran mantenidas lejos del frente con el fin de llevar luego a cabo un contraataque, no lograrían nunca entrar en combate a tiempo para asegurar un resultado decisivo. Como era de prever, la consecuencia de la insistente injerencia de Hitler y de la confusa estructura de mando fue una mala solución de compromiso. Ni Geyr ni Rommel controlaban todas las divisiones acorazadas, pues Hitler sólo permitiría que fueran desplegadas cuando él diera su visto bueno.

Cada vez más convencido de que los aliados probablemente acabarían desembarcando en Normandía, Rommel visitó con frecuencia las defensas costeras de la zona. Pensó que la bahía alargada que los aliados habían designado playa Omaha era parecida a Salerno, donde habían desembarcado en Italia. Seguro de que el resultado final se habría decidido en los dos primeros días, Rommel se mostró incansable. En los bunkeres de hormigón se colocaron las torretas de los tanques franceses capturados en 1940. Recibieron el nombre de «Tobrouks», por la batalla librada en el norte de África. Se reclutaron operarios franceses y prisioneros de guerra italianos para erigir grandes postes con los que impedir el aterrizaje de los planeadores en la mayoría de los lugares identificados como probables zonas de aterrizaje por los oficiales paracaidistas alemanes. Esos bosques de palos

recibieron el mote de «espárragos de Rommel». 10

La energía del general en jefe del Grupo de Ejército provocó una sensación mixta en los comandantes de muchas unidades. El tiempo empleado en la mejora de las defensas había hecho que quedaran menos ocasiones de llevar a cabo entrenamientos. Había además escasez de munición para los ejercicios de alcance, circunstancia que tal vez contribuyera a la mala puntería en general de muchas unidades alemanas. Rommel insistió asimismo en que se aumentara de forma espectacular el número de campos de minas. Un oficial británico oyó decir más tarde a los prisioneros que muchos de los campos de minas falsos habían sido acotados por orden de los oficiales alemanes simplemente con el fin de impresionar a su exigente general en jefe. Los oficiales habían supuesto que el mariscal no se pondría a hurgar sobre el terreno para comprobar su autenticidad. 11

En teoría el mando de Rundstedt incluía a un millón y medio de miembros de la Wehrmacht, aunque no tenía control sobre la Luftwaffe ni sobre la marina de guerra (Kriegsmarine). Las unidades del ejército, con 850.000 hombres en total, eran de calidad muy variada. De las treinta y seis divisiones de infantería, más de la mitad carecía de artillería transportada o móvil. Estas eran sobre todo las formaciones asignadas a la defensa costera. Algunas tenían incluso «batallones de oreja y estómago», compuestos por soldados que habían sufrido heridas en el estómago o -concepto verdaderamente surrealista cuando se trataba de dar órdenes en combate- a hombres que habían perdido el oído.

Muchos alemanes incluidos en otras divisiones de infantería destinadas a Francia eran o relativamente viejos o por el contrario muy jóvenes. El escritor Heinrich Böll, a la sazón Obergefreiter («cabo primero») de la 348.ª División de Infantería, señalaba: «Resulta real mente triste ver esas caras de niño con uniforme gris». La infantería se hallaba también perjudicada a consecuencia del envío de los mejores reclutas a la SS, a las divisiones de paracaidistas de la Luftwaffe o a los cuerpos acorazados. «Nunca se enviaban buenos reemplazos a las divisiones de infantería», observaba el general Bayerlein. 14 «Ese es uno de los motivos de que las mejores unidades acorazadas tuvieran que permanecer en el frente durante un tiempo excesivo.»

Las tropas del frente occidental estaban formadas también por reclutas originarios de Alsacia, Lorena y Luxemburgo, así como por todos los que eran definidos «Volksdeutsch». Entre éstos había hombres considerados de extracción germánica nacidos en Europa central, desde el Báltico hasta el mar Negro, aunque pocos de ellos hablaban o entendían la lengua alemana. También habían sido reclutados a la fuerza algunos polacos.

Casi una quinta parte de las tropas al mando del 7.º Ejército eran polacos de nacimiento, Osttruppen o tropas del este reclutadas entre los prisioneros de guerra soviéticos. Muchos se habían presentado voluntarios sólo para escapar al hambre o a las enfermedades en los campos de concentración alemanes. Su despliegue en el frente oriental no había tenido mucho éxito, de modo que el régimen nazi los había ido retirando gradualmente para incorporarlos en la ROA (Russkaya Osvoboditel'naya Armiya) o Ejército Ruso de Liberación del general Andrei Vlassov. La mayoría de ellos fueron enviados posteriormente a Francia. Fueron organizados en batallones, pero la actitud alemana frente a los Untermenschen eslavos no cambió demasiado. Como en los territorios ocupados de la Unión Soviética, a menudo fueron utilizados en operaciones contra los partisanos. Al mariscal Von Rundstedt le pareció bien la idea de que su presencia y su tendencia al pillaje habrían creado una «sensación de temor ante la invasión de Francia por el ejército soviético». 15

A los oficiales y suboficiales alemanes que estaban a su mando les angustiaba pensar que, una vez iniciado el combate, sus propios hombres les dispararan por la espalda. Varios de esos soldados de las Osttruppen desertaron y se pasaron a los grupos de la Resistencia francesa. Muchos se

rindieron a los aliados a la primera oportunidad, pero ese segundo cambio de bando no los salvaría de la venganza de Stalin al término de la guerra. En cualquier caso, los intentos alemanes de fortalecer la moral a través del odio a los aliados occidentales, die Plutokratenstaaten Amerika und England, 16 resultaron un fracaso. Sólo un par de unidades, como, por ejemplo, el Ostbataiön Huber, combatirían de forma eficaz en la inminente batalla.

Para la población civil francesa, las Osttruppen constituían una visión insólita. Un ciudadano de Montebourg, en la península de Cotentin, localidad que sería testigo de durísimos combates, observó con asombro cómo un batallón de georgianos desfilaba por la calle mayor detrás de un oficial montado en un caballo gris. Cantaban una canción desconocida, «muy distinta de los habituales "Heidi-Heidi-Ho" que llevaban atronando nuestros oídos desde 1940». 17

Los franceses, que a veces llamaban a los Volksdeutsch «alemanes 18 de botín», mostraron sobre todo su simpatía por los reclutas polacos. Una mujer de Bayeux oyó decir a los polacos del ejército alemán que desde Varsovia se había hecho correr en secreto la voz de que debían rendirse a los aliados tan pronto como les fuera posible, y a continuación pasarse al ejército polaco del general Anders, que luchaba al lado de los británicos. Esos polacos también extendieron rumores entre los franceses acerca de los campos de exterminio de la SS.

La existencia de estos campos no fue siempre creída, particularmente cuando las noticias iban acompañadas de detalles confusos, como, por ejemplo, la historia de que los cadáveres de los judíos eran convertidos en azúcar. Esos polacos pronosticaron además la suerte que aguardaría a su país a medida que fueran avanzando los ejércitos soviéticos. «Vosotros seréis liberados», decían a los franceses, «pero nosotros seremos ocupados durante años y años.» 19

En neto contraste con la debilidad de las divisiones de infantería se hallaban las divisiones acorazadas y las de granaderos acorazados de la Waffen-SS y del ejército. El teniente general Fritz Bayerlein, uno de los oficiales de Rommel desde la campaña del Norte de África, estaba al mando de la Panzer-Lehr-Division cuyos cuadros estaban formados por el personal procedente de los centros de instrucción de acorazados. Cuando asumió el mando, Guderian le dijo: «Con esta división sola debería usted arrojar a los aliados al mar. Su objetivo es la costa. No, no es la costa; es el mar».

Otra de las divisiones acorazadas que combatirían en Normandía con todo su potencial fue la 2.ª División Acorazada, al mando del teniente general barón Heinrich von Lüttwitz, individuo rechoncho que utilizaba monóculo. Rommel confiaba en él lo suficiente para entablar negociaciones con los aliados, si surgía la necesidad. La formación acorazada más próxima a la costa de Normandía era la 21.ª División Acorazada, que intentaría cortar el paso a los británicos en el frente de Caen. Equipada con el tanque Mark IV, no ya con los modernísimos Panther o Tiger, una sexta parte de su personal estaba formado por Volksdeutsche. Según su comandante en jefe, el teniente general Edgar Feuchtinger, aquellos «apenas eran capaces de entender las órdenes y desde luego apenas eran capaces de hacerse entender por sus suboficiales y oficiales». Feuchtinger era un nazi convencido que había colaborado en la organización de la Olimpiada de Berlín de 1936. Despertaba poca admiración entre sus colegas, y además era un mujeriego empedernido. La noche de la invasión, se encontraba con su amante en París.

Los que combatieran en Normandía, especialmente en el sector británico, en el flanco oriental, en los alrededores de Caen, verían una de las mayores concentraciones de divisiones acorazadas de la SS desde la batalla de Kursk. Allí estarían la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler, la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, de la cual formaban parte las tropas más jóvenes y fanáticas; y más tarde, cuando fueran trasladadas del frente oriental, se sumarían a ellas la 9.ª División Acorazada de la SS Hohenstaufen y la 10.ª División Acorazada de

la SS Frundsberg. Los carros blindados británicos se encontrarían también con dos batallones de tanques Tiger de la SS, con consecuencias devastadoras. Las fuerzas americanas situadas más al oeste se enfrentarían sólo a la 17.ª División de granaderos acorazados de la SS Gotz von Berlichingen, la más débil y la peor entrenada de todas las formaciones de la Waffen-SS existentes en Normandía, y a la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich, que no tardaría en hacerse incluso más famosa por su brutalidad. Pero los americanos tendrían que vérselas sobre todo con divisiones de infantería. De éstas, las fuerzas más formidables serían las integradas en el II Cuerpo de Paracaidistas del general Eugen Meindl.

El comandante en jefe del LXXXIV Cuerpo de Ejército, que controlaba el sector de Normandía, era el general de artillería Erich Marcks, un líder muy respetado e inteligente. Delgado y nervudo, había perdido un ojo en la primera guerra mundial y una profunda cicatriz le cruzaba la nariz y la mejilla. Utilizaba lentes y, por si fuera poco, también perdió una de sus piernas al comienzo de la segunda guerra mundial. «Era de una sencillez espartana, propia de un viejo prusiano», escribía un oficial admirador suyo. En una ocasión en la que le sirvieron nata batida de postre, comentó: «No quiero ver esto nunca más mientras nuestro país esté muñéndose de hambre».

En realidad Marcks era una excepción. Desde su derrota en 1940, Francia había sido considerada un «paraíso del conquistador», en palabras del jefe del Estado Mayor de Rundstedt, el general Günther Blumentritt. Como destino, el país representaba la antítesis total del frente ruso. De hecho, los oficiales solteros que gozaban de permiso en el frente oriental intentaban obtener autorización para ir a París, en vez de pasarlo en la austera Berlín, sometida a fuertes bombardeos. Preferían con mucho la perspectiva de sentarse al sol en las terrazas de los cafés de los Campos Elíseos, cenar luego en Maxim's y después irse a los clubs nocturnos y a los cabarets.

Ni siquiera parecía preocuparles demasiado la idea de que los civiles ayudaran a los aliados. «Desde luego el enemigo estará bien informado, pues aquí resulta fácil el espionaje», escribía un oficial técnico de la 9.ª División Acorazada de permiso en París. «Hay carteles por todas partes y en general las relaciones entre los soldados y el bello sexo son muy estrechas. He pasado aquí unos días maravillosos. Realmente tiene uno que ver París y disfrutar de ella, y me alegro de haber tenido la oportunidad de hacerlo. Aquí en París puedes tener de todo.»

Las formaciones trasladadas desde el frente oriental, especialmente las divisiones de la Waffen-SS, creían que los soldados destinados a Francia se habían vuelto blandos. «No han hecho nada más que vivir bien y enviar cosas a casa», comentaba un general. «Francia es un país peligroso, con su vino, sus mujeres y su clima agradable.» Se pensaba incluso que los soldados de la 319.ª División de Infantería destacados en las Islas Anglonormandas se habían extranjerizado debido a su mezcla con la población esencialmente inglesa. Eran apodados los «granaderos alemanes del rey». 26 Los soldados rasos no tardaron en llamarla la «División Canadá», debido a que la negativa de Hitler a volver a desplegarlos significaba que probablemente acabarían en los campamentos de prisioneros de guerra canadienses. 27

Los integrantes del ejército de ocupación alemán en Francia llevaban realmente una vida muy fácil. A ello había contribuido el comportamiento correcto hacia la población civil que les habían exigido sus superiores. En Normandía, sobre todo los campesinos deseaban simplemente que les dejaran vivir y trabajar tranquilos. Generalmente fue la llegada de unidades de la SS o de Osttruppen a un determinado lugar durante la primavera de 1944 la que dio lugar a algunos estallidos de violencia de borrachos, con tiroteos en las calles en plena noche, incidentes ocasionales de violación y frecuentes casos de robos y saqueos.

Muchos oficiales y soldados alemanes habían entablado relaciones amorosas con jóvenes

francesas tanto en las provincias como en París, y para los que no tenían novia, había un burdel del ejército en Bayeux. En esta ciudad pequeña y tranquila se habían abierto además un cine militar, una clínica dental para soldados y otras instalaciones asociadas a la Maison de la Wehrmacht. Los soldados alemanes en Francia, especialmente los destinados a las ricas tierras agrícolas de Normandía, gozaban de otra ventaja. Los que se iban a casa de permiso se llevaban cajas de madera cargadas de carne y productos lácteos para sus familias, obligadas a sobrevivir con unas raciones cada vez más escasas. Cuando los ataques aéreos de los aliados contra las vías férreas se intensificaron en la primavera de 1944, los campesinos normandos encontraron cada vez más dificultades para comercializar sus productos. Ciertos soldados rasos alemanes llamados «Landser» y algunos suboficiales lograban cambiar su ración de cigarrillos por mantequilla y queso, que luego enviaban a Alemania. El único problema era que los ataques aéreos contra los mercancías hacían que la Feldpost resultara también poco fiable.

Poco antes de la invasión un suboficial mayor pasó una noche en un refugio subterráneo con el oficial al mando de su compañía, discutiendo cómo reaccionaría la gente en Alemania cuando llegara el momento. Sin embargo, a él le preocupaba otra cosa. «Tengo aquí más de cuatro kilos de mantequilla», escribía a su esposa Laura, «y me gustaría mandártelos en cuanto tenga la oportunidad.» Presumiblemente no tuvo nunca esa oportunidad, pues unos días después dio su vida «por el Führer, el pueblo y el Reich de la Gran Alemania», según la fórmula habitual que el oficial de su compañía escribió en una carta de pésame a su viuda. 29

Al preguntar un tendero francés a un soldado de la 716.ª División de Infantería adscrito a la defensa de la costa cómo reaccionaría cuando se produjera la invasión, respondió: «Me comportaré como un mejillón». Muchos, sin embargo, pensaban en su deber como patriotas. «No te preocupes si en los próximos días no puedo escribirte tanto o estoy en combate», decía un suboficial mayor de la 2.ª División Acorazada en una carta a los suyos. «Te escribiré con la mayor frecuencia posible, aunque esto se ponga echando chispas. No puede descartarse la posibilidad de que ahora den contra nuestra patria el gran golpe, con el que nuestros enemigos llevan soñando tanto tiempo. Puedes tener la seguridad de que resistiremos.»

Durante esos primeros días de junio, hubo numerosos indicios contradictorios de la esperada invasión. Según el contralmirante Ruge, asesor naval de Rommel, estaba descartado que se produjera un ataque inminente debido al estado del tiempo. Los meteorólogos alemanes, que carecían de la información de la que disponían los aliados gracias a las estaciones meteorológicas del Atlántico occidental, creían que las condiciones atmosféricas no serían adecuadas antes del 10 de junio. Rommel decidió aprovechar la ocasión para regresar a Alemania con motivo del cumpleaños de su esposa y para visitar a Hitler en Berchtesgaden y pedirle otras dos divisiones acorazadas. Es evidente que mostró una gran confianza en las predicciones de los hombres del tiempo, pues no podía olvidar que había estado ausente del Afrika Korps a causa de una enfermedad cuando Montgomery lanzó la batalla del Alamein, diecinueve meses antes. El coronel general Friedrich Dollman, comandante en jefe del VII Ejército, basándose también en las predicciones meteorológicas decidió realizar unos ejercicios de puesto de mando en Rennes el día 6 de junio.

Otros, sin embargo, parecían presentir que algo iba a suceder esta vez, a pesar de todas las falsas alarmas de la primavera. El 4 de junio, el Obersturmführer Rudolf von Ribbentrop, hijo del ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, regresaba de un ejercicio de radio de la 12.ª División Acorazada de la SS cuando su vehículo fue ametrallado por un caza de los aliados. Al día siguiente fue visitado en el hospital por un miembro de la embajada alemana en París. El diplomático dijo al marcharse que, según los últimos informes, la invasión debía comenzar ese día.

- ¡Vaya! ¡Otra falsa alarma! -comentó Ribbentrop.

- El 5 de junio todavía no ha acabado -replicó el visitante.

En Bretaña, el incremento de la actividad de la Resistencia despertó sospechas. Al noreste de Brest, un cargamento de armas para la red de resistentes de la comarca lanzado en paracaídas había aterrizado casi encima del cuartel general de la 353.ª División de Infantería. «Sufrieron emboscadas varios correos y algunos soldados», y su comandante en jefe, el general Mahlmann, apenas logró sobrevivir a una emboscada con armas automáticas. 34 Su asistente murió en el ataque y luego se comprobó que su coche oficial tenía veinticuatro agujeros de bala. Más tarde, el 5 de junio, fue asesinado el coronel Cordes, oficial al mando del 942.º Regimiento de Granaderos. El interrogatorio, sin duda brutal, al que fue sometido un miembro de la Resistencia capturado a comienzos de junio también dio resultados. Se dice que «realizó afirmaciones acerca del comienzo de la invasión dentro de unos días». 36

El mal tiempo que hizo el 5 de junio no impidió la realización de unas maniobras con balas de fogueo en las calles de Montebourg, en la península de Cotentin, pero la Kriegsmarine decidió que esa noche no valía la pena enviar patrullas de vigilancia al canal. En consecuencia, las flotillas de dragaminas de la Marina Real británica pudieron avanzar en línea hacia la costa de Normandía sin que nadie en absoluto se diera cuenta.

A última hora de la tarde, un «mensaje personal» cifrado de la BBC a la Resistencia levantó sospechas. El cuartel general de Von Rundstedt pasó la información a las 21:15 a modo de advertencia general, pero sólo el 15.º Ejército en el paso de Calais puso en marcha el «Estado de Alerta II». En el castillo de la Roche-Guyon, el general Speidel y el almirante Ruge tenían invitados para cenar. Entre ellos estaba el escritor Ernst Jünger, nacionalista ardiente que últimamente se había integrado en la Resistencia alemana. La fiesta se prolongó hasta bastante tarde. Speidel estaba a punto de irse a la cama a la 01:00 de la madrugada del 6 de junio cuando llegaron los primeros informes que hablaban de desembarcos aerotransportados. 38

4. Aislamiento de la zona de invasión

El movimiento de la Resistencia francesa, que se había desarrollado a partir de unos comienzos aislados en los días más oscuros de la guerra, se revelaría fragmentario y desorganizado. Unir a tantos grupos de ideas políticas enormemente diversas había resultado una tarea difícil y peligrosa. Muchos valientes, entre los cuales el más famoso era Jean Moulin, habían muerto o habían arriesgado la vida en su intento de coordinar la Resistencia. En febrero de 1944, logró alcanzarse cierta forma de unidad a las órdenes del Conseil National de la Résistance, y Georges Bidault fue elegido su líder. Bidault, que más tarde se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores con De Gaulle, fue considerado aceptable tanto por los comunistas como por los no comunistas.

En términos sumamente generales, en 1944 la política francesa estaba dividida en tres sectores, y en el conjunto de la población unos eran catalogados como pétainistas, otros como comunistas y otros como gaullistas, según el nombre empleado para definirlos por sus respectivos adversarios. Por supuesto no era ésa necesariamente la forma en que los ciudadanos se veían a sí mismos. Gran parte de la Resistencia trabajaba con De Gaulle sin ser forzosamente gaullista. La ORA, Organisation de Résistance de l'Armée, aceptaba las órdenes de De Gaulle, pero sus dirigentes nunca dejaren de desconfiar de él. Capitaneada por el general Revers y otros oficiales, la ORA surgió de las ruinas del ejército del Armisticio de Vichy, desmantelado por los alemanes a raíz de su invasión de la zona no ocupada en noviembre de 1942. Los comunistas los consideraban meros pétainistas chaqueteros que se habían infiltrado en la Resistencia. Pero fueron precisamente los comunistas los que, trabajando entre bastidores, mostraron mayor habilidad en el arte de la infiltración, utilizando sus clásicas tácticas de «entrismo». Emplearon muchos trucos para lograr que sus representantes, a menudo de manera disimulada, entraran en los comités más importantes de la Resistencia. Luego se encargarían de apoderarse de ellos desde dentro, dejando en la superficie una apariencia de unidad política.

El Partido Comunista Francés se había visto en una posición insostenible mientras estuvo vigente el pacto germano-soviético. Pero a partir de la invasión de la Unión Soviética por Alemania, algunos jóvenes franceses de uno y otro sexo, radicales y resueltos, pasaron con entusiasmo a engrosar las filas de la Resistencia. Los enormes sacrificios del Ejército Rojo y de los partisanos se convirtieron en una poderosa fuente de inspiración, que debía poco al estalinismo del período de preguerra. Algunos integrantes del brazo armado del partido comunista francés, los FTP (Francs Tireurs et Partisans) creían que la lucha contra Vichy y la ocupación alemana debía transformarse en una insurrección política y en una lucha de liberación nacional a un tiempo. Al no estar ejercitados en la disciplina estalinista y carecer de cualquier tipo de instrucciones procedentes de Moscú, ignoraban por completo que lo último que deseaba el Kremlin era que se desencadenara una revolución en Francia, en la retaguardia del frente de los aliados. Hasta que Alemania fuera derrotada por completo, Stalin necesitaba toda la ayuda americana que pudiera conseguir en forma de préstamos de camiones, alimentos y acero. Además, lo que más temía era que los aliados occidentales cayeran en la tentación de firmar una paz por separado con Alemania. Desde luego no quería que los comunistas de otros países provocaran líos que pudieran proporcionar cualquier tipo de excusa.

Los comunistas integrados en la Resistencia francesa no sabían nada de esto y no sólo como consecuencia de la dificultad de las comunicaciones. En Moscú, la Sección Internacional del Comité Central, que había sucedido al Comintern, recibía pocas instrucciones de arriba. Stalin se había

lavado las manos en lo concerniente a Francia. Parece que no podía perdonarle que se hubiera hundido con tanta rapidez en 1940, circunstancia que, en contra de lo que él calculaba, había hecho que de repente la Unión Soviética fuera vulnerable a los ataques de la Wehrmacht.

En Londres, la Dirección de Operaciones Especiales (DOE; SOE por sus siglas en inglés), que estaba en contacto por radio con 137 estaciones activas, calculaba que en la primavera de 1944 la fuerza de la Resistencia se acercaba a los 350.000 individuos. En torno a unos cien mil quizá dispusieran de armas susceptibles de ser utilizadas, pero sólo diez mil tenían municiones para más de un día de combate. La principal aportación que podía ofrecer la Resistencia a la Operación Overlord consistía no ya en las acciones de guerrilla, sino en las de inteligencia y sabotaje, contribuyendo a que Normandía quedara aislada del resto de Francia. 1

Résistance Fer, la organización de los ferroviarios, desempeñó un papel considerable en esos dos terrenos. La fuerza de las divisiones podía calcularse por el número de trenes empleados para su transporte. Por ejemplo, se sabía que la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend estaba muy cerca de contar con una fuerza máxima, pues los ferroviarios, los llamados cheminots, habían informado de que se habían necesitado ochenta y cuatro trenes para su transporte. Había un «Plan Verde» {Plan Vert), encargado del sabotaje. En colaboración con otros grupos de la Resistencia, los cheminots ayudaron al descarrilamiento de los trenes en túneles, de los que resultaba muy difícil sacarlos. Las grúas capaces de levantar grandes pesos se convirtieron en objetivo prioritario del sabotaje y de los ataques aéreos. Las locomotoras eran averiadas en las zonas de enganche y constantemente se producían voladuras de vías férreas.

En Borgoña y en el este de Francia, hasta la frontera alemana, el tráfico ferroviario quedó interrumpido. En total, treinta y siete líneas férreas quedaron cortadas en los alrededores de Dijon justo antes de la invasión. Los ferroviarios franceses sufrieron fuertes represalias a manos de los alemanes. Varios centenares fueron ejecutados y otros tres mil fueron deportados a campos de concentración. Los maquinistas se enfrentaban también constantemente a los bombardeos de los cazas aliados. A los pilotos de los Typhoon les encantaba apuntar a los trenes con sus cohetes y cañones, y ver cómo explotaban las locomotoras en medio de una nube de vapor. En un ámbito menos espectacular, los cheminots se convirtieron en verdaderos expertos en provocar retrasos en los convoyes de tropas alemanas, a menudo enviándolos por líneas equivocadas. Los alemanes se vieron obligados a traer a 2.500 ferroviarios de su país, pero los sabotajes continuaron.

Aparte de los motivos evidentes para impedir el movimiento de las tropas y los pertrechos alemanes por vía férrea, había una ventaja añadida en el hecho de obligar a realizar los transportes por carretera. Las orugas de los tanques tenían sólo un kilometraje limitado, y como consecuencia del bombardeo de las instalaciones y refinerías petrolíferas por la 8.ª Fuerza Aérea norteamericana, la Wehrmacht sufría una desesperante escasez de combustible. La falta de goma para los neumáticos convertía también a los camiones en un blanco fácil para los grupos de la Resistencia. Esparcir clavos y cristales por las carreteras usadas por los vehículos encargados del transporte de pertrechos resultó asimismo muy eficaz para dificultar el tráfico rodado, que era el objetivo del Plan Tortue o «Plan Tortuga».

El Plan Violet, «Plan Violeta», fue asignado a los miembros del servicio de teléfonos y telecomunicaciones de Francia, la PTT. El plan se concentró en cortar los cables subterráneos que usaban los alemanes. Aunque los saboteadores no lo supieran, estas acciones tenían la ventaja añadida de obligar a los alemanes a utilizar comunicaciones por radio, que podían ser descodificadas por Ultra. El Plan Bleu o «Plan Azul», por su parte, se centraba en el sabotaje de las

líneas eléctricas.

En los departamentos normandos de Calvados y Manche, la Resistencia no constituía una fuerza importante. Entre las pequeñas redes existentes, la organización más activa desde el punto de vista militar era el grupo Surcouf de Pont-Audemar. Tenía cerca de doscientos miembros en Bayeux y sus alrededores, así como varios pescadores en los pequeños puertos de la costa. Más en el interior, donde las condiciones eran menos desfavorables, había ocultas armas listas para ser empleadas cuando fuera preciso. En el Orne, cuyos espesos bosques ofrecían un magnífico escondite, la Resistencia contaba con unos mil ochocientos hombres y mujeres, un tercio de los cuales disponían de armas.

El reducido número de grupos de acción existente en Calvados no suponía en modo alguno falta de ayuda para los aliados. Lo cierto era que habían hecho llegar a Londres una marea de información. Las divisiones alemanas de la región eran identificadas en las lavanderías por los números escritos en los cuellos de las guerreras. Muchos de los detalles que permitieron a los británicos apoderarse del puente sobre el Orne en Benouville, en una operación muy afortunada con aviones planeadores, procedían de las informaciones suministradas por la Resistencia. Y dos hombres que trabajaban en las oficinas de la OT (Organisation Todt), encargada de supervisar la construcción de defensas costeras, realizaron copias de planos y mapas. Uno de ellos, el señor Brunet, fue descubierto y condenado a muerte. Los campos de minas, verdaderos y falsos, también fueron identificados, y se llevaron a cabo intentos de calcular el calibre de los cañones que protegían las playas. Esta tarea resultó difícil, pues los operarios fueron evacuados antes de que se instalara la artillería costera, pero la extensión de la zona prohibida para el ejercicio de la pesca durante las prácticas de tiro proporcionó unas indicaciones muy útiles. 4

Mientras el general Koenig y su Estado Mayor coordinaban las actividades de la Resistencia desde Londres, el SHAEF planificaba las operaciones de los distintos grupos de fuerzas especiales que debían ser lanzados en paracaídas para colaborar con la Resistencia. El SHAEF calculaba que los grupos de la DOE existentes ya sobre el terreno iban a atacar objetivos ferroviarios principalmente en el interior. Los 2.420 soldados del Servicio Aéreo Especial (SAS, por sus siglas en inglés), por otra parte, serían lanzados más cerca de la costa. En el cuartel general del 1.º Ejército norteamericano al mando de Bradley los oficiales de infantería ligera convencionales del ejército regular se mostraban muy escépticos respecto al SAS, a cuyos integrantes consideraban «nada más que unos sabotadores muy bien entrenados como paracaidistas». «El objetivo», decía el correspondiente informe, «es lanzar a los del SAS muy cerca de la zona y dejarles matar a unos cuantos enemigos aquí y allá, además de realizar acciones como poner agua en los depósitos de gasolina, desinflar neumáticos y, en general, otras jugarretas por el estilo.» El ejército americano tendría ocasión más tarde de agradecer mejor la labor de estos hombres, especialmente en Bretaña. 5

La unidad destinada a Bretaña, el 2^{ème} Régiment de Chasseurs Parachutistes de la Brigada SAS, sería la primera unidad francesa que entraría en acción en suelo francés desde 1940. Tocados con la típica gorra granate del Regimiento Paracaidista británico adornada con una insignia con la Cruz de Lorena, sus destacamentos avanzados despegaron de Fairford en aviones Halifax la noche del 5 de junio. A finales de julio, el SAS francés tenía una fuerza de más de treinta mil maquis bretones en acción.

Desde marzo de 1943, otros grupos habían estado entrenándose para lanzarse en paracaídas sobre Francia con el fin de ayudar y entrenar a la Resistencia en determinadas zonas clave. Los más importantes eran los equipos «Jedburgh», integrados por tres hombres, generalmente un oficial

británico o americano, un oficial francés y un operador de radio. En total, serían lanzados ochenta y tres equipos uniformados de este estilo con órdenes del Estado Mayor del general Pierre Koenig, pero muchos llegaron demasiado tarde para resultar útiles. 6

Rommel era muy consciente de la amenaza que representaban para sus líneas de comunicación no sólo la Resistencia, sino sobre todo las fuerzas aéreas de los aliados. «Tendremos con los pertrechos la misma experiencia en la batalla de la invasión que tuvimos en el norte de África», había dicho al general Bayerlein el 15 de mayo. «Las líneas de abastecimiento serán destruidas y no nos llegará nada desde el otro lado del Rin, como no nos llegó nada desde el otro lado del Mediterráneo.»

El plan de los aliados, sin embargo, no era bloquear el campo de batalla en el Rin. El SHAEF pretendía aislar Normandía y Bretaña destruyendo las comunicaciones por vía férrea y volando todos los puentes del Sena por el este y del Loira por el sur. Pero el lanzamiento del Plan «Transporte» [Transportation), como pasó a llamarse la operación, resultó muy difícil debido a las preocupaciones de los británicos y a las rivalidades personales de los mandos.

El lugarteniente de Eisenhower, el mariscal del aire Tedder, era el principal impulsor del plan. En el mes de febrero, el mariscal del aire Harris, de la Comandancia de Bombarderos, y el general Spaatz, de la 8. a Fuerza Aérea, recibieron aviso de que los preparativos de la Operación Overlord iban a exigir que sus escuadrones pesados fueran apartados de la ofensiva de bombardeos estratégicos contra Alemania. Harris, que estaba obsesionado con la idea de que sus bombarderos estaban a punto de hacer hincarse de rodillas a Alemania, se opuso enérgicamente. Pretendía que sus aviones continuaran machacando las ciudades alemanas hasta convertirlas en ruinas. Debían llevarse a cabo sólo «diversiones mínimas» de la misión de «reducir la capacidad material de resistencia del enemigo ante la invasión», escribía al mariscal del aire y jefe de las fuerzas aéreas sir Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire.

Harris se oponía sobre todo a la idea de que le dijeran qué era lo que debía bombardear. Debido a las condiciones meteorológicas cambiantes, debía guardar una «discreción absoluta». En cuanto a los objetivos en Francia, estaba dispuesto a ofrecer sólo escuadrones de Halifax y Stirling, pues no tenían la amplitud de radio de los Lancaster para realizar penetraciones profundas en Alemania. Spaatz también se mostraba muy reacio a cambiar de objetivos. Deseaba seguir atacando las refinerías de petróleo y los centros de producción de cazas alemanes. Las objeciones de ambos oficiales fueron rechazadas por Eisenhower en una importante entrevista celebrada el 25 de marzo, aunque ellos continuaron intentando imponer su criterio.

Spaatz se refirió también al peligro de matar a gran cantidad de civiles franceses. Era éste un asunto de inmensa preocupación para Churchill. El primer ministro británico escribió a Roosevelt afirmando que la Luftwaffe «debería ser el principal objetivo». Temía «el mal efecto que pudieran causar en la población civil francesa estas matanzas perpetradas tan poco tiempo antes del Día-D de la Operación Overlord. Producirían una gran revulsión en el sentimiento de los franceses hacia la llegada de sus liberadores estadounidenses y británicos. Podrían dejar tras de sí un legado de odio». 10 Roosevelt rechazó firmemente su petición el 11 de mayo. 11 «Por lamentable que sea la consiguiente pérdida de vidas humanas, no estoy dispuesto a imponer desde aquí ninguna restricción a la acción militar emprendida por los mandos responsables, algo que, a su juicio, podría ir en contra del éxito de la Operación Overlord o causar pérdidas adicionales de vidas entre nuestras fuerzas de invasión aliadas.»^[5]

Tedder, sin embargo, tuvo todavía que hacer frente a una oposición considerable de su

antagonista, el mariscal Harris. Obsesionado con los bombardeos, Harris estaba enemistado con el Ministerio del Aire, odiaba a Leigh-Mallory, y sus relaciones con Portal, su inmediato superior como jefe del Estado Mayor del Aire, eran cada vez más difíciles. «La RAF era una casa dividida», observaría más tarde un alto oficial del Estado Mayor norteamericano. «El sector aéreoapestaba de manera increíble.» Al tener que enfrentarse a la oposición de Harris y Churchill, Tedder recurrió a Eisenhower. «Tiene que controlar a los bombarderos», le dijo, «o tendré que dimitir.» El comandante supremo no perdió tiempo. Amenazó con llevar el asunto ante el presidente, y Churchill y Harris se vieron obligados a ceder. Según Portal, Churchill sencillamente no podía creer que la campaña de bombardeos consiguiera su objetivo de aislar el campo de batalla. 14

Este desaire no acabó con las preocupaciones de Churchill respecto a Francia. Había intentado poner un límite de diez mil bajas civiles y deseaba que, una vez alcanzado ese punto, cesaran los bombardeos. Constantemente estaba preguntando a Tedder si se había conseguido ya esa cifra. También propuso que el SHAEF consultara a los franceses respecto a los objetivos. «¡Por Dios, no!», fue la respuesta que recibió. 15

Las bajas civiles fueron efectivamente muy altas, y también fueron muy elevadas las bajas entre los tripulantes de los bombarderos. El programa de bombardeos consistía asimismo en atacar objetivos muy alejados, con el fin de impedir que los alemanes dedujeran el sitio en el que iba a tener lugar la invasión. Pero se demostró que el argumento de Harris en el sentido de que sus bombarderos pesados no habrían resultado eficaces contra objetivos tácticos, como vías férreas y puentes, estaba equivocado. Los temores de Rommel se hicieron realidad antes incluso de que la invasión diera comienzo en serio.

El primer aviso que se dio a la Resistencia para que estuviera preparada fue transmitido por el servicio francés de la BBC el 1 de junio. El locutor leyó algunos «mensajes personales» en tono particularmente enfático. Desafiando las medidas habituales de seguridad para los códigos, el mensaje no podía estar más claro: L'heure du combat viendra, «la hora del combate llegará». El aviso que debía enviarse en caso de cancelación estaba un poquito más disimulado: Les enfants s'ennuient au jardin, «los niños se aburren en el jardín». Durante los primeros días de junio, los miembros de la Resistencia de toda Francia estuvieron especialmente pendientes de sus equipos de radio para estar seguros de lo que oían. Lo mismo hicieron la Abwehr y el Sicherheitsdienst alemán. Otros que no estaban al corriente del secreto escuchaban también fascinados. Un intelectual que vivía cerca de Lisieux llamaba a su radiorreceptor «pequeña esfinge insolente de mensajes retorcidos de la que dependía el destino de Francia». 16

Finalmente, a última hora de la tarde del 5 de junio, los mensajes personales pusieron a la Resistencia de toda Francia en movimiento. Los aliados consideraban que semejante medida era imprescindible para no arriesgarse a que fueran identificadas las principales zonas de desembarco. Esa noche, la Resistencia de Normandía oyó decir al locutor: Les des sont sur le tapis, «la suerte está echada». Era la orden para que empezaran inmediatamente a cortar los cables y los hilos del telégrafo. A continuación vino otra: Ilfait chaude Suez, «hace calor en Suez», que era la señal para atacar todas las vías de comunicación.

5. El ataque de las fuerzas aerotransportadas

Durante la hora anterior a la medianoche del 5 de junio, el rugido de los motores de centenares de aparatos aéreos que cruzaban el cielo en constante flujo pudo oírse por las aldeas y pueblos próximos a los aeródromos del sur y el centro de Inglaterra. Hombres en pijama y mujeres en camisón salían a sus jardines para mirar a lo alto y contemplar el desfile de aviones de aquella armada aérea aparentemente interminable, cuyas siluetas se perfilaban en las nubes que iban desplazándose velozmente en el cielo. «¡Ahí van!», pensaban instintivamente. ¹ El espectáculo evocaba profundas emociones, incluso dolorosos recuerdos de la evacuación de Dunkerque cuatro veranos antes. Algunos volvieron a entrar en sus casas para arrodillarse ante la cama y rezar por los que partían.

Tres divisiones aerotransportadas sobrevolaron Inglaterra a bordo de un total de más de mil doscientos aviones. La 6.ª División Aerotransportada británica se dirigió hacia el este del río Orne para proteger el flanco izquierdo de las tropas de Montgomery. La 101.ª y la 82.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos serían lanzadas en la península de Cotentin para ocupar puntos estratégicos, especialmente las carreteras que recorrían las zonas anegadas próximas a la playa Utah.

El primer grupo en despegar fue la Compañía D del 2.º Batallón de Infantería Ligera Oxfordshire y Buckinghamshire. Partió antes incluso de que lo hicieran los destacamentos de exploradores enviados a la cabeza del grueso de las fuerzas para marcar las zonas de lanzamiento. Esa compañía, a las órdenes del comandante John Howard, voló a bordo de seis aviones Horsa remolcados por bombarderos Halifax. Sus oficiales y soldados llevaban la cara pintada de negro y cascos de paracaidista redondos provistos de red de camuflaje. Iban armados con una combinación de fusiles, metralletas Sten y varias ametralladoras ligeras Bren. Los Halifax los llevaron por el este de la ruta seguida por la flota de invasión con el objetivo de alcanzar la localidad balnearia de Cabourg, donde había un hueco en las baterías antiaéreas alemanas. Los planeadores se encontraban aproximadamente a mil quinientos metros de altitud cuando fueron soltados los cables que los unían a los bombarderos remolcadores. Howard dijo a sus hombres que dejaran de cantar, lo que habían estado haciendo a pleno pulmón durante casi todo el viaje a través del canal. A partir de ese momento no se oyó más ruido que el producido por el silbido del viento. Los pilotos efectuaron una maniobra de ladeo, dirigiendo sus ligeros aparatos hacia el oeste. Tras perder bruscamente altitud, descendiendo a unos trescientos metros, se enderezaron para la aproximación.

Sus objetivos eran dos puentes vecinos: uno sobre el río Orne y otro sobre el canal de Caen. Tenían que capturarlos antes de que los alemanes que los vigilaban pudieran dinamitarlos. Howard, que se había colocado frente a la puerta del primer planeador, pudo ver abajo el reflejo producido por las dos corrientes de agua que corrían paralelas. Cuando su Horsa descendía, los hombres se cogieron unos a otros, preparándose para el impacto que iba a producir el contacto con el suelo. Los dos pilotos realizaron la operación de aterrizaje con una perfección sorprendente. Tras dar unas sacudidas y unos botes, el planeador se deslizó por los campos y fue a empotrarse contra una alambrada. Los dos pilotos quedaron inconscientes por el impacto, pero habían conseguido tomar tierra a unos quince metros del reducto que había junto al puente.

Algunos planeadores Horsa, que estaban fabricados con madera contrachapada -apodados despectivamente por muchos hearses, esto es, «coches fúnebres»-, se rompieron en su impacto con el

suelo, de modo que los soldados salieron tanto por las brechas que se abrieron, como por las puertas de los aparatos. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando los primeros hombres que acompañaban a Howard arrojaron granadas por las hendeduras del reducto situado en la margen izquierda del canal de Caen. El resto del pelotón no esperó. Al mando del teniente Den Brotheridge, estos hombres fueron los primeros en atacar al otro lado del puente. Howard se había encargado de que sus hombres estuvieran en un óptimo estado físico, realizando carreras campo a través. Pero cuando el pelotón de Brotheridge llegó al otro lado del canal, los guardias alemanes ya se habían reagrupado, y abrieron fuego. Brotheridge cayó mortalmente herido por el impacto de una bala en el cuello, y falleció poco después.

Llegó otro pelotón a las órdenes del teniente Sandy Smith, que se había fracturado gravemente un brazo durante el aterrizaje. Tras un feroz, pero afortunadamente breve, intercambio de disparos, el puente del canal de Caen estaba en manos de los aliados. Howard empezó a preocuparse al no tener noticia alguna del pelotón que debía tomar el puente del río Orne, situado unos pocos cientos de metros más allá, pero por fin llegó un mensaje que confirmaba que había sido conquistado sin que sus defensores dispararan un solo tiro. El oficial al mando de ese grupo, el teniente Dennis Fox, se divirtió un poco cuando dio la bienvenida al siguiente pelotón, que llegó jadeando porque había tomado tierra a casi un kilómetro de distancia del objetivo previsto. Cuando le preguntaron cómo habían ido las cosas, contestó: «Bueno, por ahora el ejercicio va bastante bien, pero no he conseguido encontrar ni a un maldito arbitro».

Howard ordenó inmediatamente que se posicionaran para una defensa completa, y envió al pelotón de Fox en patrullas de combate a reconocer la vecina población de Bénouville. La curiosa expresión en clave elegida para confirmar que los dos puentes habían sido conquistados -Ham and jam, esto es, «Jamón y Mermelada»³ -fue transmitida por radio. Howard no podía creer que una operación tan peligrosa como aquella hubiera salido completamente según el plan previsto, pero más tarde, a la 01:30, los pelotones que defendían los puentes comenzaron a oír el inconfundible ruido de vehículos blindados al otro lado de Bénouville.

Cuando todo esto tenía lugar, los paracaidistas ya estaban tomando tierra por toda la región. Desesperados, los oficiales alemanes de los puestos de mando de la costa normanda llamaban por sus teléfonos de campaña a los cuarteles generales de los distintos regimientos. En algunos casos no lograban ponerse en contacto porque la Resistencia había cortado las líneas telefónicas, y se veían obligados a recurrir a sus aparatos de radio. Para provocar mayor desconcierto, la RAF había puesto en marcha la Operación Titanic, con una fuerza de cuarenta aviones Hudson, Halifax y Stirling. Estos aparatos lanzaron falsos paracaidistas, tiras de aluminio (las llamadas window) para confundir a los radares y equipos de los SAS (Servicios Aéreos Especiales) para simular aterrizajes y lanzamientos aerotransportados lejos de la zona de invasión. Esos equipos de los SAS tenían por objetivo provocar el caos detrás de las líneas enemigas y dar credibilidad a los falsos paracaidistas. Se lanzaron unos doscientos de estos falsos paracaidistas al sur de Carentan, en el sector meridional de la península de Cotentin, cincuenta más al este del río Dives y otros cincuenta al suroeste de Caen. Eran poco más que unos burdos espantapájaros, con un mecanismo que los hacía explotar e incendiarse al contacto con el suelo. Los alemanes los llamaron «Explosivpuppen». Poco después de la una y media de la madrugada los teletipos empezaron a repiquetear en los distintos cuarteles generales de los alemanes, pero los informes relativos a esos «muñecos explosivos» hicieron que la mayoría de los mandos pensara que todos los ataques formaban sólo parte de una operación de diversión a gran escala, probablemente para ocultar el verdadero desembarco en el paso de Calais.

El general de división Max Pemsel, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, fue el único en darse cuenta a tiempo de que se trataba de la gran invasión, pero el teniente general Speidel, que se encontraba en La Roche-Guyon, se negó a creerlo.

El teniente general Reichert, al mando de la 711.ª División de Infantería en la región situada al este del estuario del Orne, se había quedado hablando en el comedor de oficiales hasta altas horas de la noche. Cuando iba a acostarse, él y sus compañeros oyeron el ruido de motores aéreos. «Los aviones volaban tan bajo que nos pareció que iban a rozar el tejado», escribiría más tarde. Reichert y sus colegas salieron para ver qué ocurría. «Había luna llena. El cielo anunciaba tormenta con sus negros nubarrones bajos, pero en los claros que se abrían entre ellos pudimos distinguir varios aviones que volaban bajo, dando vueltas alrededor del puesto de mando de nuestra división.» Reichert volvió a entrar para coger su pistola, y entonces oyó un grito, «¡Paracaidistas!». Los paracaidistas iban cayendo por los cuatro costados del cuartel general de su división. Las piezas de artillería de 20 mm de sistema cuádruple situadas en el principal punto de defensa comenzaron a abrir fuego.

Mientras el oficial de operaciones daba la alarma, Reichert llamó al cuartel general del LXXXI Cuerpo en Rouen. Para entonces la artillería había dejado de disparar, dejando una incómoda sensación de calma en el ambiente. Reichert, que había mostrado su escepticismo ante la idea de una invasión, sentía ahora que ésta había empezado realmente, aun cuando aquel ataque no fuera más que una treta. Dos paracaidistas británicos que habían sido capturados fueron llevados a su presencia, pero se negaron a contestar las preguntas que les formularon. La exactitud de los mapas que les fueron descubiertos impresionó al alto oficial alemán. En ellos se indicaba el emplazamiento de prácticamente todas las baterías de artillería. Reichert llegó a la conclusión de que la Resistencia francesa había estado mucho más ocupada de lo que los alemanes habían imaginado. 4 No todos los prisioneros tuvieron tanta suerte como esos dos británicos. En otro lugar, un sargento primero de la división de Reichert ejecutó a ocho paracaidistas británicos que habían sido capturados, tal vez obedeciendo el célebre Kommandobefehl de Hitler que exigía que se eliminara a los integrantes de cualquier comando especial capturados en incursiones de asalto. 5

En el sur de Evreux, el Brigadeführer Fritz Witt, al mando de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, estaba tomando una última copa con los oficiales del Estado Mayor junto a la chimenea cuando llegaron los primeros informes sobre los falsos paracaidistas. Todos ellos hicieron caso omiso a la noticia, considerándola una nueva falsa alarma como las que ya se habían producido en aquella primavera. Pero poco después de que se retiraran a descansar a sus dormitorios, fueron despertados con más avisos que insistían en la noticia. Witt telefoneó al cuartel general del I Cuerpo Acorazado de la SS, donde le dijeron que no tenían ninguna noticia al respecto. Por decisión propia, ordenó el estado de alerta de la Hitler Jugend con la contraseña Blücher. Sin embargo, para mayor frustración suya, la mayoría de sus hombres se pasarían largas horas aguardando en los vehículos blindados hasta que el cuartel general del Führer accedió por fin a permitirles entrar en acción. Witt, no obstante, autorizó el avance del 25.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS hacia Caen y ordenó que un grupo formado por miembros de su batallón de reconocimiento se adelantara en sus vehículos blindados de seis ruedas y en sus motos BMW con sidecar.

De las operaciones llevadas a cabo aquella noche por las fuerzas aerotransportadas británicas, la capitaneada por Howard en los dos puentes fue prácticamente la única que salió según el plan previsto. El general de brigada James Hill, al mando de la 3.ª Brigada Paracaidista, había hecho la siguiente advertencia a sus oficiales antes de partir: «Caballeros, a pesar de su excelente

adiestramiento y de sus órdenes, no se intimiden ante el caos. Es indudable que el caos imperará».

El general de división Richard Gale, al mando de la 6.ª División Aerotransportada, había preparado un plan muy sólido. Para asegurar el flanco izquierdo de los desembarcos, su división necesitaba ocupar y defender la zona situada entre los ríos Orne y Dives, unos ocho kilómetros más al este. Si destruía cinco puentes de ese sector oriental, podría utilizar el Dives y la llanura pantanosa que lo rodeaba, inundada por los propios alemanes, a modo de barrera frente a los posibles contraataques de las fuerzas blindadas enemigas. Entonces podría concentrar el grueso de sus hombres en la zona sur para detener un eventual contraataque de la 21.ª División Acorazada. Para ello era imprescindible contar con baterías antitanque, que llegarían al cabo de dos horas con los primeros planeadores.

Otro objetivo importante de la 6.ª División Aerotransportada eran las baterías de artillería de Merville, en el estuario del Orne, en el lado opuesto a Ouistreham. Los vuelos de reconocimiento de la RAF habían seguido el desarrollo de los preparativos para la instalación de esas baterías de artillería costeras. Sus cañones de gran calibre podían causar estragos en la flota y en las lanchas de desembarco, y también en la playa Sword, el sector más oriental de los desembarcos. Las sólidas construcciones de cemento en las que se ocultaban las hacían prácticamente invulnerables a las bombas. El 9.º Batallón del Regimiento Paracaidista del teniente coronel Terence Otway recibió, pues, la orden de conquistar la zona y destruir los cañones. Las alambradas defensivas, los campos de minas y los nidos de ametralladoras que rodeaban los reductos hacían de esa misión una empresa sumamente complicada. Justo antes de que el batallón saltara debía iniciarse una lluvia de bombas lanzadas por los Lancaster, con el fin de mitigar el efecto de las defensas alemanas, y a continuación un grupo de asalto transportado en cuatro planeadores Horsa debía aterrizar dentro de la zona protegida por la alambra y en lo alto de la batería enemiga.

En Inglaterra los hombres de Otway habían practicado repetidas veces el ataque sobre reproducciones de esas posiciones, pero estaba escrito que en la acción iba a reinar el caos, como ya había pronosticado su general de brigada. En el curso del lanzamiento el batallón quedó disperso por toda la zona. Ello se debió en parte a las acciones evasivas que realizaron los aviones que los transportaban cuando los alemanes abrieron fuego con su artillería antiaérea, pero también a que, al tomar tierra, se habían estropeado los localizadores Eureka utilizados por el grupo de exploradores para guiar al grueso de las fuerzas. Muchos paracaidistas cayeron en la llanura de aluvión del río Dives. Uno de los hombres de Otway cayó en una ciénaga y murió ahogado en el lodo a pesar de los esfuerzos que se hicieron por salvarlo. Los soldados aerotransportados habían sido equipados con reclamos de caza para patos que debían utilizar para localizarse unos a otros en la oscuridad, pero el batallón estaba tan desperdigado que los silbatos no podían oírse. Menos de ciento sesenta hombres de un total de seiscientos serían los únicos que conseguirían llegar al punto de encuentro.

Dos grupos del 9.º Batallón no lograron reunirse con Otway por haber sido lanzados en Saint-Pair, diez kilómetros más al sur. 6 No podían creer que reinara tanto silencio en la noche. Su oficial se dirigió a una casa cercana y despertó a sus habitantes para averiguar dónde se encontraban. Horrorizado por la noticia, ordenó a sus hombres que se dividieran formando pequeños grupos y que intentaran dar marcha atrás para reunirse con el batallón, pero muchos de ellos serían capturados por el camino. En total, al finalizar la batalla de Normandía, seguiría desconociéndose el paradero de ciento noventa y dos hombres del batallón de Otway.

El coronel Otway no podía esperar más. Debía acabar la misión y enviar la contraseña que indicaba el éxito de la operación antes de las 06:00, hora a la que los cañones de seis pulgadas del crucero ligero Arethusa de la Marina británica iban a abrir fuego. Para empeorar las cosas, buena

parte de su equipamiento se había perdido en los lanzamientos. Los hombres de Otway se habían quedado sin detectores de minas y sólo contaban con unos pocos torpedos Bangalore para abrir brechas en las alambradas de espino. A pesar de lo difícil de la situación, Otway decidió seguir adelante con sólo una cuarta parte de sus hombres. Su asistente, un antiguo boxeador profesional, le tendió una petaca diciendo: «¿Tomamos nuestra copa de brandy ahora, señor?». 8

La siguiente mala noticia sería que los Lancaster, que debían mitigar el efecto de las baterías de la defensa alemana, no habían podido dar en el blanco. Otway tuvo que abandonar por completo el plan establecido, principalmente porque los planeadores Horsa, que debían aterrizar sobre las baterías enemigas, no llegaron nunca a su objetivo. Un joven oficial y un sargento tuvieron que arrastrarse a través del campo de minas para abrir camino, y entonces empezó el ataque. De los ciento sesenta hombres de Otway, setenta y cinco cayeron en cuestión de minutos, pero a pesar de todo consiguieron apoderarse de los reductos. Para mayor frustración, sólo encontraron en ellos cañones de 75 mm, y no las piezas de 150 mm que supuestamente constituían la artillería pesada de la costa. Con la ayuda del explosivo de plástico que llevaba cada hombre, volaron las recámaras de los cañones y se retiraron como pudieron con sus heridos para no estar al alcance del Arethusa cuando éstos se dispusieran a abrir fuego.

Los otros siete batallones paracaidistas de la División de Gale también debían ser lanzados entre los ríos Orne y Dives. Una vez asegurados por la compañía de Howard los puentes que había entre Bénouville y Ranville, el siguiente objetivo era destruir los puentes del río Dives con el fin de proteger el flanco este. Esa fue la misión del 3.º Escuadrón Paracaidista de Ingenieros Reales ayudado por los batallones lanzados en ese flanco. Una vez volados los puentes, el 8.º Batallón tomó posiciones en el sureste de la zona, en el bosque de Bavent y sus inmediaciones.

En casi todos los lanzamientos de los batallones paracaidistas de aquella noche se perdieron muchísimos equipos. Las ametralladoras Bren y los lanzagranadas PIAT sufrieron daños al tomar tierra. En muchos casos, la bolsa que llevaban atada al tobillo los paracaidistas durante el salto era tan pesada debido al exceso de munición que o bien se rompían las correas que la sujetaban o bien la propia bolsa se hundía en el fango de aquel terreno pantanoso. Algunos soldados perecieron ahogados en los fosos de las zonas inundadas junto al río Dives. El general de brigada James Hill, comandante de la 3.ª Brigada Paracaidista, cayó cerca de Cabourg en una zona pantanosa. El agua sólo cubría hasta la cintura, pero eso no impidió que ocurriera un pequeño desastre. Todas las bolsitas de té que llevaba en las perneras de sus pantalones se estropearon. Al poco, sufrió un percance, pero esta vez mucho más grave, cuando unas bombas británicas estallaron cerca de él. A pesar de que se tiró hacia un lado, cayendo sobre otro oficial, Hill resultó herido en la nalga izquierda. Luego, horrorizado, pudo ver una pierna arrancada en medio del camino, pero no era suya. Pertenecía al teniente Peters, el hombre sobre el que había caído. Peters estaba muerto. 9

La brigada de Hill fue la que salió peor parada a consecuencia de la inexactitud de los lanzamientos. Las nubes bajas habían dificultado la navegación, y los pilotos habían intentado evitar el fuego de las baterías antiaéreas. Algunos también habían confundido el río Dives, con sus aguas desbordadas, con el río Orne, y lanzaron a sus hombres en el lado equivocado. El 1.º Batallón Paracaidista canadiense, que debía saltar en la misma zona que el 9.º Batallón de Otway, también quedó desperdigado por las mismas razones. Muchos de sus hombres cayeron en la zona anegada junto al Dives, e incluso dos aviones lanzaron a los paracaidistas en la margen izquierda del Orne. Sólo un pequeño grupo llegó a Varville, donde había que destruir el puente. Parte de una compañía ayudó al 9.º Batallón a escapar del fuego de la artillería de Merville, mientras que otros destacamentos, guiados en medio de la noche por una joven francesa que encontraron por casualidad,

capturaron y retuvieron el puente de Robehomme hasta que pudieron llegar los zapadores para destruirlo.

Uno de los oficiales canadienses indicó poco antes de la partida que todos sus hombres atravesaban un «estado de gran susceptibilidad». Es probable que a ello contribuyera su sacerdote católico. Horrorizado al enterarse de que los paracaidistas habían recibido preservativos, en el sermón pronunciado antes de la partida, les advirtió a voces que no podían ir al encuentro de la muerte llevando en los bolsillos «un medio ideado para cometer pecado mortal». 10 Según parece, al final del servicio, el suelo quedó literalmente cubierto de paquetitos. Pero en cuanto entraron en acción, particularmente durante el feroz combate por la conquista de la localidad de Varaville, los paracaidistas canadienses demostraron que no les faltaba valor. También tenían depositada una gran confianza en su comandante, el general de brigada Hill, y mostraban un respeto poco común entre los soldados de esa nacionalidad por un alto oficial británico.

La 5.ª Brigada Paracaidista saltó justo al este de los dos puentes capturados. Fue mientras sus batallones intentaban solventar sus problemas, cuando los hombres del comandante Howard oyeron el ruido de unos vehículos oruga que avanzaban desde Bénouville. La única arma antitanque de la que disponían era un lanzagranadas PIAT con dos cargas. El sargento Thornton se adelantó a toda prisa empuñando esa pesada máquina. Sabedor de que era inútil si no se utilizaba a corta distancia, tomó posición para abrir fuego junto a la carretera. Afortunadamente el vehículo oruga que llegaba resultó ser un semioruga y no un tanque. Thornton hizo blanco en él con la primera carga, y el vehículo que lo seguía emprendió la retirada a toda prisa. Con la ayuda de sus hombres capturó a varios supervivientes del vehículo semioruga, entre ellos al responsable militar alemán de la zona, el comandante Schmidt, que venía desde Ranville para averiguar si los puentes habían sido realmente capturados.

Poco después, la pequeña fuerza defensiva de Howard fue reemplazada por el 7.º Batallón a las órdenes del teniente coronel Pine-Coffin, cuyo nombre [Ataúd de Pino] ya era lo suficientemente expresivo para permitirle aparecer en alguna novela de Evelyn Waugh. Esos refuerzos consiguieron agrandar considerablemente la extensión de la cabeza de puente al ocupar un sector mayor del territorio que rodeaba la margen izquierda del canal, incluido casi todo el término municipal de Bénouville. Por su parte, el 12.º Batallón tomó posiciones defensivas a lo largo de la serie de colinas bajas que discurre junto al Orne. El 13.º Batallón avanzó hacia Ranville dispuesto a emprender un contraataque, mientras que una de sus compañías empezó a despejar la zona de aterrizaje para los planeadores. Minutos después de las tres de la madrugada, el general de división inglés Windy Gale y su cuartel general aterrizaron cerca del puente de Ranville. De elevada estatura y complexión robusta, el imperturbable Gale, con su bigote típicamente militar, era una persona cuya presencia resultaba muy grata a los que habían llegado con la primera oleada, pues confirmaba que la invasión iba desarrollándose según lo previsto. Gale, por su parte, reconoció con cierto regocijo que era el primer general británico en pisar suelo francés desde 1940.

Otros planeadores se encargaron del transporte de jeeps y de las armas antitanque destinadas a reforzar las defensas. Chester Wilmot, reportero de la BBC, llegó con ellos. «El aterrizaje se desarrolló como si se tratara de un ejercicio de maniobras y supuso un espectáculo maravilloso», informaría este periodista, tal vez con demasiado optimismo, considerando el estado al que quedaron reducidos la mayoría de los planeadores al tomar tierra. 11 Pero más tarde surgió otra amenaza inesperada para las fuerzas de ocupación del puente de Bénouville: unas lanchas cañoneras alemanas, armadas con baterías antiaéreas de 20 mm, bajaban por el canal desde Caen. Una vez más una carga de lanzagranadas PIAT bastó para hacer blanco en el objetivo, y el resto de las lanchas

huyeron hacia mar abierto, sin saber que iban directamente a las fauces de la Marina Real británica.

Las fuerzas recién llegadas no perdieron mucho tiempo cavando trincheras. Unas cargas explosivas plantadas en el suelo aceleraron vertiginosamente el proceso. Cada vez que se abría una trinchera, daba la impresión de que la posición era objeto de fuego de mortero. Pero lo cierto es que comenzaron a caer verdaderas bombas de mortero cuando los granaderos acorazados de la 21 Panzer-Division emprendieron una serie de contraataques.

El puente más importante, el que estaba situado justo pasado el pueblecito de Troarn, en la carretera principal que unía Caen con Pont- l'Évéque, todavía no había sido volado debido a la dispersión de los paracaidistas durante los lanzamientos. El comandante Roseveare, el oficial al mando, reunió una pequeña fuerza, acumuló suficientes explosivos y requisó el jeep y el remolque de un asistente médico militar, pese a sus protestas. Tras abrirse camino enfrentándose a dos controles de carretera alemanes, Roseveare tuvo que conducir su vehículo, cargado hasta los topes, por la calle principal de Troarn, mientras que los paracaidistas que lo acompañaban abrían fuego contra los alemanes que disparaban desde las casas de uno y otro lado de la calle. Llegaron al puente perdiendo sólo al hombre encargado de la ametralladora Bren situada en la parte posterior del vehículo. Colocaron las cargas, y en menos de cinco minutos el puente se venía abajo, hundiéndose en las aguas del Dives. Tras abandonar el jeep, Roseveare consiguió conducir a sus hombres a pie a través de los pantanos y cruzar de nuevo el Dives para reunirse con el grueso de las fuerzas a última hora de la tarde. Al menos el flanco izquierdo quedaba asegurado. Ahora la amenaza estaba en el sur.

Las dos divisiones aerotransportadas estadounidenses, la 82.ª y la 101.ª, habían despegado prácticamente a la vez que los paracaidistas británicos. Los pilotos de sus escuadrones de transporte de tropas habían blasfemado y rezado mientras elevaban del suelo sus Skytrain C-47 «con evidente exceso de carga». Adoptando las clásicas formaciones en «V», los aviones de transporte de color verde oliva cruzaron veloces el canal de la Mancha. El oficial encargado del control del espacio aéreo, a bordo del crucero estadounidense Quincy, observaría que «a esa hora ya había salido la luna, y, aunque las nubes eran todavía muy espesas, iluminaba el cielo con un peculiar resplandor... Aparecieron los primeros Skytrains, dibujando la silueta de un grupo de murciélagos en vuelo con las alas desplegadas».

Los aparatos aéreos no debieron de parecer muy similares a los murciélagos a los grupos de dieciséis o dieciocho hombres que volaban en ellos mientras soportaban el ruido ensordecedor y las vibraciones de los motores forzados. Varios de esos hombres llevaban los cascos preparados en el regazo, pero la mayoría vomitaba directamente en el suelo, lo que haría que estuviera sumamente resbaladizo cuando llegara el momento crucial. Los de religión católica pasaban las cuentas de sus rosarios susurrando las plegarias. Los pilotos ya habían advertido que los ánimos eran considerablemente distintos a los mostrados durante los ejercicios de lanzamiento practicados en Inglaterra. Uno de ellos observó que normalmente eran «unos tipos engreídos e ingobernables», pero que esta vez «estaban muy serios». 14 La tripulación distaba también mucho de estar tranquila ante la misión. En la cabina, algunos pilotos llevaban anteojos y casco metálico por si el fuego antiaéreo rompía el parabrisas.

Los paracaidistas de las formaciones principales envidiaban a los exploradores que se habían adelantado con las balizas radar. Ya debían de encontrarse sobre el terreno, tras haber saltado poco después de la medianoche, antes de que los alemanes se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo. Muchos hombres fingían dormir, pero sólo unos pocos consiguieron descabezar un sueñecito. El general Maxwell Taylor, el corpulento comandante de la 101.ª Aerotransportada, incluso se quitó el

arnés y se tendió en el suelo con unos almohadones. Esperaba con ansia el momento de saltar. Iba a ser su quinto lanzamiento, lo que le permitiría obtener su insignia alada.

En cuanto los aviones llegaron a las Islas Anglonormandas, las baterías antiaéreas alemanas de Jersey y Guernsey abrieron fuego. Un paracaidista comentó que resultaba irónico recibir semejante bienvenida de «dos islas que debían su nombre a un par de hermosas vacas». 15 Un submarino de la Marina Real británica que había salido a la superficie indicaba el punto en el que los aviones debían virar al oeste para dirigirse a la península de Cotentin y llegar a las zonas de lanzamiento. Una vez divisada la costa francesa, los pilotos comunicaron a los soldados que les quedaban menos de diez minutos para saltar. En el aparato en el que volaba el general Taylor tuvieron problemas para despertar a su comandante y volver a colocarle el arnés. Había insistido en ser el primero en saltar.

Cuando sobrevolaban la línea de la costa, los aviones entraron en un denso banco de niebla que no había sido pronosticado por los meteorólogos. Los paracaidistas que tuvieron la oportunidad de mirar afuera se alarmaron ante la espesura de la blanca bruma. Las luces azules situadas a los extremos de las alas resultaban invisibles. Los pilotos, incapaces de ver nada, temieron que se produjera una colisión. Los hombres que estaban en la parte exterior de la formación no querían mirar. La confusión aumentó cuando los aviones salieron de aquel banco de niebla y se encontraron con el fuego de las baterías antiaéreas que tenían los alemanes en la península. Instintivamente los pilotos aceleraron al máximo y llevaron a cabo una acción evasiva, aun cuando las órdenes que habían recibido lo prohibían estrictamente. 16

Como volaban a una altitud de poco más de trescientos metros, los aviones estaban al alcance del fuego de las ametralladoras y baterías antiaéreas alemanas. Los paracaidistas fueron zarandeados de un lado a otro dentro del fuselaje cuando los pilotos se vieron obligados a zigzaguear y a serpentear. Los proyectiles que golpeaban el aparato sonaban «como grandes piedras de granizo contra un tejado de hojalata». Para los que entraban en acción por primera vez, aquello supuso la impactante demostración de que había gente realmente dispuesta a matarlos. Un paracaidista que fue herido por la metralla en las nalgas fue obligado a permanecer de pie para que un médico pudiera curarlo allí mismo. La orden del general Taylor de que ningún paracaidista podía quedarse a bordo fue cumplida a rajatabla. Aparte de doce hombres demasiado malheridos por el fuego antiaéreo como para saltar, hubo, según parece, dos excepciones: un paracaidista, que por equivocación accionó el dispositivo de apertura de su paracaídas de emergencia en el interior del avión, y un comandante, que sufrió un ataque al corazón.

A bordo del Quincy, el equipo de vigilancia del espacio aéreo, desde su puesto en lo alto de la superestructura del crucero, observaba con gran consternación todo lo que estaba ocurriendo. «A menudo podía contemplarse una especie de bola amarilla brillando en medio de un campo en el que se distinguía el rastro rojo dejado por las balas trazadoras. Esa bola amarilla empezaría a caer lentamente, formando una estela. Al final, acabaría estrellándose contra el oscuro marco de la tierra, provocando un gran destello de luz que se reflejaba en las nubes bajas. A veces la bola amarilla estallaría mientras seguía en el aire, despidiendo llamaradas de gasolina ardiendo. Esa escena siempre iba acompañada de la misma reacción por nuestra parte, los observadores del espacio aéreo: dábamos un profundo suspiro y hacíamos un comentario en voz baja: "Pobres desgraciados".»

La luz roja que había junto a la puerta permanecía encendida durante cuatro minutos una vez alcanzada la zona de lanzamiento. «¡Levantaos y enganchaos!», gritó el instructor. Algunos hombres, debido al peso de lo que cargaban, tuvieron que ser ayudados a ponerse en pie. Sujetaron la cuerda de enganche de su paracaídas al cable de anclaje que se extendía por la parte superior del fuselaje, y luego se dio la orden de que comprobaran el equipo y se numeraran. A continuación se oyó una nueva

orden: «¡De pie junto a la puerta!». Pero como el avión seguía dando bandazos y sacudidas para evitar el impacto de los disparos, los hombres no podían evitar ser arrojados de un lado a otro o resbalar debido a los vómitos que cubrían el suelo. Los proyectiles de las baterías antiaéreas y las balas trazadoras los rodeaban formando «grandes arcos de fuego», el viento rugía con furia en el exterior, y los hombres miraban atentos, rezando para que se encendiera la luz verde que les permitiera escapar de lo que parecía un ataúd de metal. «¡Venga, vamos!», gritaban impacientes muchos de ellos, temerosos de que fueran lanzados a las aguas del mar al este de la península.

Los aviones habrían debido reducir su velocidad a 145-175 kilómetros por hora para los saltos, pero la mayoría no lo hizo. «Nuestro avión nunca redujo su velocidad», recordaría un paracaidista. «Aquel piloto seguía sin soltar el pie del acelerador.» En cuanto se encendió la luz verde, los hombres se dirigieron torpemente hacia la salida para comenzar a saltar. Uno o dos se santiguaron con un gesto rápido cuando abandonaban el avión. Con todo aquel tiroteo, era fácil imaginarse que estaban a punto de saltar en medio de un fuego cruzado de ametralladoras, o que iban a caer en una posición ferozmente defendida. Cuando llegaba a la puerta, cada paracaidista llevaba consigo la bolsa de pernera que quedaría prendida de una larga correa en cuanto saltara. Con un peso de 40 kilos o más, muchas de esas bolsas se romperían durante el descenso y se perderían en la oscuridad. Si algún hombre se quedaba inmóvil en el último momento, lo más probable era que el sargento «empujador» lo echara fuera de una patada, pues apenas hay informes que confirmen que un soldado se negara a saltar. Como recordarían algunos, en su precipitación a lo desconocido gritaron «¡Bill Lee!», el homenaje de los paracaidistas al general Lee, padre de las Fuerzas Aerotransportadas de los Estados Unidos.

La mayoría de ellos sufrió un tirón mucho más violento de lo habitual cuando se abrió el paracaídas debido al exceso de velocidad del avión. Los que cayeron cerca de posiciones alemanas se convirtieron en blanco de la artillería enemiga. Las campanas de sus paracaídas fueron acribilladas a balazos. Un comandante de batallón, su segundo al mando y un comandante de compañía perdieron la vida en cuanto tomaron tierra porque cayeron en medio de un destacamento avanzado del 6.º Regimiento Paracaidista del comandante barón Von der Heydte. Otro oficial, que aterrizó sobre el puesto de mando enemigo, fue hecho prisionero. Un cabo primero de la 91.ª Luftlande-Division escribiría lo siguiente a los suyos: «Las tropas paracaidistas americanas cayeron en medio de nuestras posiciones. ¡Qué noche!». 19

Cuando el descenso se producía en medio del fuego enemigo, el instinto natural era de levantar las piernas y plegarlas casi en posición fetal, aunque en realidad ese gesto no suponía ninguna protección. Un hombre estalló literalmente por los aires, tal vez porque una bala trazadora hiciera blanco en su granada Gammon. En algunos casos los pilotos habían estado volando a menos de ciento cincuenta metros de altitud, y los paracaídas apenas tuvieron tiempo de abrirse. Hubo muchas fracturas de piernas y tobillos, y unos cuantos hombres quedaron paralizados, con la espalda rota. Un paracaidista que consiguió aterrizar sin mayores problemas quedó horrorizado al ver que uno de los aviones lanzaba a su grupo de dieciocho hombres a tan poca altitud que ningún paracaídas pudo abrirse. Comparó el sonido sordo de los cuerpos al estrellarse contra el suelo con «el que hace una sandía cuando cae de un camión en marcha». Otro grupo que fue lanzado a poquísima altitud a lo largo de una pequeña serie de colinas fue encontrado más tarde formando una larga hilera de cadáveres con los arneses puestos.

Como los alemanes habían inundado amplias zonas de los alrededores del río Merderet y del interior de las playas, muchos paracaidistas cayeron en el agua. Algunos perecieron ahogados, hundidos por el peso de su propio paracaídas completamente mojado. Otros fueron rescatados por

sus compañeros o, en varios casos, por algunas familias francesas, que no dudaron en prestar su ayuda acudiendo al lugar con sus barcas de remos. La mayoría de los que cayeron en zonas en las que el agua cubría hasta el pecho tuvieron que sumergirse para poder coger su cuchillo y liberarse del paracaídas. Maldijeron los arneses americanos y sintieron envidia de los británicos por su sistema de liberación rápida. Análogamente, los que cayeron sobre árboles de gran altura se las vieron y se las desearon para poder liberarse del paracaídas, perfectamente conscientes de que mientras tanto constituían un blanco perfecto. Varios fueron alcanzados por los disparos mientras intentaban desembarazarse de su equipo. Entre los supervivientes se contarían muchas historias acerca de las atrocidades cometidas, historias sobre soldados alemanes que habían acabado con la vida de sus compañeros colgados a golpe de bayoneta o incluso dirigiendo contra ellos sus lanzallamas. Otras hablaban de cuerpos obscenamente mutilados.

Los que caían en una de las pequeñas zonas de pasto protegidas por setos elevados sentían alivio si veían alguna vaca, pues la presencia de este animal indicaba la ausencia de minas. Pero no por ello dejaban de temer que llegara un alemán y les «clavara la bayoneta». Aterrizar en medio de la oscuridad detrás de las líneas enemigas, sin tener la menor idea de dónde estaba uno, no podía resultar más desconcertante y aterrador. Algunos oyeron movimientos y montaron a toda prisa su fusil, para descubrir al final que su llegada había atraído la curiosidad de alguna vaca. Los hombres se movían a gatas entre los setos, y cuando oían a alguien o algo, se quedaban inmóviles. El coronel *Jump Johnson*, cuya determinación a apuñalar a algún nazi lo había impulsado a traerse un verdadero arsenal de armas para el combate cuerpo a cuerpo, estuvo a punto de ser herido por uno de sus propios oficiales porque había extraviado su «maldita chicharra».²¹ Muchos hombres de la 82.^a Aerotransportada despreciaron esas chicharras metálicas para niños que se vendían en tiendas de baratijas. Se accionaban cuando se oía la contraseña «Flash» («Relámpago»), a la que debía responderse con «Thunder» («Trueno»), dos palabras elegidas por considerarlas difíciles de pronunciar con corrección por un alemán.

La sensación de alivio que invadía a cualquier americano cuando daba con un compatriota suyo era inmensa. No tardarían en formarse pequeños grupos. Cuando encontraban a un paracaidista herido, le daban morfina y, para que los servicios médicos pudieran atenderlo más tarde, señalaban su posición clavando su fusil en el suelo por el extremo de la bayoneta y colocando su casco en la culata. Los más sedientos de sangre fueron «a la caza de teutones». Las balas trazadoras les permitían ubicar la posición de las ametralladoras alemanas, a las que hostigaban lanzando contra ellas sus granadas. La mayoría de los paracaidistas siguieron la orden de utilizar únicamente sus cuchillos y sus granadas en medio de la oscuridad. Pero uno que usó su fusil se dio cuenta luego de que de la boca del arma colgaba un preservativo hecho pedazos. «Lo coloqué allí antes de saltar para que no se mojara el cañón», contaría, «pero luego me olvidé de él.»

Los «cazateutones» también seguirían el sonido de voces alemanas. En algunos casos oían al enemigo acercarse por la carretera, marchando en formación. Tras dar a toda prisa el aviso en voz baja, le tiraban granadas desde el otro lado del seto. Algunos afirmaban que eran capaces de oler a los alemanes por el tufo de su tabaco; otros los reconocían por el crujido de su equipamiento de cuero.

Las tropas alemanas parecían ir corriendo en todas las direcciones a medida que llegaban más informes sobre desembarcos aliados en uno y otro extremo de la península. Dos de los pilotos se desorientaron tanto por culpa de la intensa niebla y las acciones evasivas que se habían visto obligados a llevar a cabo, que hicieron saltar a sus grupos cerca de Cherburgo, a unos treinta kilómetros de la zona de lanzamiento prevista. El capitán que iba con esos paracaidistas tuvo que ir

hasta una granja para preguntar dónde se encontraban. La familia francesa que lo recibió intentó ayudarlo, dándole un sencillo mapa de la península de Cotentin arrancado de un listín telefónico. Otro oficial aerotransportado, sin embargo, comentaría que la imprevista dispersión de las unidades durante los caóticos lanzamientos resultó al final muy ventajosa en un sentido.

«Los alemanes creían que estábamos por todas partes.» Pero la confusión de los paracaidistas no era menor. Cuando un grupo, que se había perdido, se acercó a un pozo para rellenar las cantimploras, un agricultor anciano salió a su encuentro. Un soldado le preguntó en su mal francés: «Ou es Alamon?». Encogiendo los hombros, el viejo señaló con el dedo hacia el norte, luego hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste.

La emboscada más brillante tuvo lugar no lejos del puesto de mando de la 91. a Luftlande-Division alemana cerca de Picauville. Unos hombres del 508.º Regimiento de Infantería Paracaidista abrieron fuego contra el coche oficial que llevaba al comandante de la división enemiga, el teniente general Wilhelm Falley, de vuelta de un ejercicio de puesto de mando en Rennes. Falley salió despedido del vehículo malherido, y cuando intentó alcanzar a rastras su pistola, un teniente americano lo remató de un disparo. 26

El plan era que los paracaidistas de la 82. a Aerotransportada cayeran a ambos lados del río Merderet para asegurar la localidad de Sain-te-Mère-Eglise. De ese modo habrían cortado la carretera y la línea ferroviaria que conducían a Cherburgo. También debían conquistar varios puentes sobre el Merderet permitiendo que las fuerzas llegadas por mar avanzaran con rapidez por la península y aislaran la zona antes de emprender la marcha hacia el norte para tomar el puerto de Cherburgo. La 101. a , que saltaría más cerca de la playa Utah, sería la encargada de ocupar las carreteras elevadas que conducían a ella a través de los pantanos inundados de agua, así como los puentes y una esclusa del río Douve, entre el pueblo de Carentan y el mar.

Varios pelotones de la 82. a Aerotransportada cayeron en Sainte-Mère-Eglise, o sus inmediaciones, tal como había sido planeado. En el descenso, el paracaídas de un soldado se enredó en lo alto de la torre de la iglesia, donde el hombre quedó colgado sin escapatoria, por lo que se hizo el muerto mientras las campanas lo ensordecían con su repique. Las campanas se habían puesto a sonar en señal de alarma porque una casa que había en la plaza de la iglesia se estaba incendiando, y los habitantes del pueblo intentaban apagar las llamas formando una cadena humana por la que iban pasándose cubos de agua. La escena era de caos absoluto. Los soldados de la unidad antiaérea local a las órdenes de un oficial austríaco abrían fuego en todas direcciones mientras los paracaidistas seguían descendiendo. Muchos americanos fueron acribillados a balazos antes de llegar a tierra. Los que quedaban atrapados entre las ramas de los árboles tenían pocas esperanzas de salir con vida. Un paracaidista fue a parar directamente a la casa en llamas. Pero otros, que habían caído a las afueras del pueblo, formaron rápidamente grupos y empezaron a dirigirse con gran determinación hacia el centro, avanzando a toda prisa y protegiéndose en recodos y en esquinas. En apenas una hora habían logrado que los alemanes emprendieran la retirada. Así fue como Sainte-Mère-Église se convirtió en el primer pueblo francés en ser liberado.

Sainte-Mère-Eglise pasaría a ser el centro de atracción de muchos de los destacamentos que habían sido dispersados. Un integrante de la 82. a Aerotransportada quedó atónito al ver venir por la carretera a dos soldados de la 101. a , montando a pelo unos caballos que habían encontrado en un campo. Otro se plantó allí conduciendo una motocicleta semioruga robada a los alemanes. Según parece, sólo un número reducido de los paracaidistas que se habían perdido por los campos permaneció inactivo. Unos cuantos se acostaron en zanjias, envueltos en sus paracaídas, a la espera

de que amaneciese para averiguar dónde se hallaban. La inmensa mayoría, sin embargo, no veía la hora de entrar en acción. Con los nervios todavía a flor de piel después del salto, su sangre hervía. Un soldado de la 82.ª no pudo olvidar las órdenes recibidas: «Dirigios a la zona de lanzamientos a toda prisa. No hagáis prisioneros, porque os obligarán a aminorar la marcha». 27

El combate fue despiadado en ambos bandos; de hecho, aquella noche fue testigo de los combates probablemente más atroces de toda la guerra en el frente occidental. Un soldado alemán, justificando la aniquilación de un pelotón americano que cayó junto a la compañía de artillería pesada de su batallón, diría más tarde: «No caían del cielo para darnos caramelos, ¿sabe? Venían a matarnos, a combatir». No cabe duda de que los soldados alemanes habían sido adoctrinados por sus superiores acerca de los «delincuentes» reclutados por las fuerzas aerotransportadas americanas, y que su miedo se transformó en violencia. Pero resulta difícil determinar la veracidad de las horribles historias sobre soldados alemanes mutilando a paracaidistas aliados atrapados entre las ramas de los árboles.

Independientemente de lo cierto de esas historias, la verdad es que los paracaidistas americanos intentaron vengarse. Al parecer, hubo casos de soldados que dispararon a hombres que habían sido hechos prisioneros por otros compañeros. Se cuenta que un sargento judío y un cabo se llevaron de un corral a dos alemanes -un oficial y un suboficial- que habían sido capturados. Los allí presentes oyeron los disparos de un arma automática, y cuando el sargento regresó, «nadie dijo nada». También se cuenta que había otro paracaidista judío al que «nadie se atrevía a confiar un prisionero y perderlo de vista». Un soldado de la 101.ª recordaría que, tras cruzarse con los cadáveres de dos paracaidistas «con sus partes mutiladas metidas en la boca», el capitán que iba con ellos dio la siguiente orden: «¡Que nadie se atreva a hacer ni un solo prisionero! ¡A esos bastardos se les pega un tiro!».

Según parece, algunos hombres disfrutaron con aquellas matanzas. Un paracaidista recordaba haberse cruzado al día siguiente con un miembro de su compañía y quedar atónito al comprobar que llevaba puestos unos guantes rojos en vez de los amarillos correspondientes. «Le pregunté que dónde había encontrado aquellos guantes rojos, y tras rebuscar en uno de los bolsillos de su pantalón de salto, sacó una sarta de orejas. Había estado cazando orejas toda la noche, y las había cosido a un viejo cordón de zapatos.» Se produjeron unos pocos casos de pillaje verdaderamente brutales. El comandante del pelotón de policía militar de la 101.ª Aerotransportada encontró el cadáver de un oficial alemán y observó que alguien le había cortado uno de los dedos para robar su alianza matrimonial. Un sargento del 508.º Regimiento de Infantería Paracaidista quedó horrorizado cuando se enteró de que algunos hombres de su pelotón habían matado a unos alemanes y luego habían utilizado «sus cuerpos para practicar con la bayoneta». 34

En algunas ocasiones se evitó la matanza de prisioneros. A eso de las dos y media de la madrugada, un grupo de paracaidistas de la 101.ª, entre los que había un teniente y un capellán, se encontraba en un corral conversando con unos lugareños franceses. Quedaron todos boquiabiertos cuando, de repente, aparecieron unos doce hombres de la 82.ª, conduciendo un grupo de jovencísimos ordenanzas alemanes. Los mandaron echarse al suelo. Los muchachos, aterrorizados, imploraban que no los mataran. El sargento que pretendía ejecutarlos dijo que algunos compañeros suyos que quedaron atrapados en los árboles habían sido convertidos en «candelas romanas» por un soldado alemán y su lanzallamas.

El sargento quitó el seguro de su ametralladora Thompson. Desesperados, los jóvenes alemanes se agarraron a las piernas del teniente y del capellán, que junto con la familia francesa gritaban al sargento que se detuviera, que no disparara. Al final el sargento se dejó persuadir. Los muchachos

alemanes fueron encerrados en el sótano de la casa. Pero el sargento no cejaría en su afán de venganza. «¡Vamos a buscar a algún alemán al que cargarnos!», gritó a sus hombres antes de marchar de allí. Los soldados de la 101.ª quedaron turbados por la escena que habían presenciado. «Esos tíos se habían vuelto locos», comentaría un viejo suboficial más tarde.

A medida que los grupos dispersos fueron uniéndose a lo largo de la noche, los oficiales pudieron comenzar a ejercer su control y concentrarse en los objetivos previstos. Los soldados que no lograban encontrar a su unidad se unían a cualquier batallón, aunque éste fuera de otra división. El general Maxwell Taylor, comandante de la 101.ª Aerotransportada, había reunido un grupo de treinta hombres, incluidos cuatro coroneles y varios oficiales. Esta situación lo impulsó a parodiar a Churchill, con el siguiente comentario: «No ha habido nunca en los anales de la guerra un grupo tan reducido de hombres a las órdenes de tantos oficiales». 36 También se vio a un puñado de soldados tirando de un carro de ametralladora en el que yacía el comandante del 502.º Regimiento de Infantería Paracaidista, el coronel Van Horn Mosely Jr., que se había fracturado una pierna al saltar.

Varios soldados y oficiales que se habían roto el tobillo al tomar tierra se limitaron a atárselo con una correa y siguieron adelante cojeando y apretando los dientes. A los que les resultaba totalmente imposible caminar, se les encomendó la tarea de vigilar a los prisioneros. Es incuestionable que prácticamente todos los hombres demostraron un gran coraje. Con la excepción de un comandante de batallón del 508.º Regimiento de Infantería Paracaidista, que se pasó la noche escondido en una zanja, apenas hubo casos de crisis nerviosas.

Según parece, hubo muchos más episodios de pavor ante el combate en el bando alemán. Un soldado llamado Rainer Hartmetz tuvo que volver al puesto de mando de su compañía para coger más munición. Allí se encontró con dos hombres profundamente conmocionados. «No podían ni hablar. Temblaban. Intentaron echar una calada, pero no lograron llevarse el cigarrillo hasta la boca.» Y el comandante de la compañía, un capitán que, por lo visto, había demostrado un gran coraje en el frente oriental, estaba tendido en una pequeña trinchera completamente borracho. Cada vez que aparecía alguien con un mensaje de las posiciones avanzadas, levantaba su pistola y murmuraba: «Ejecutaré a todo aquel que vuelva corriendo».

Una fuerza combinada de aproximadamente setenta y cinco paracaidistas lanzó un ataque contra la localidad de Sainte-Marie-du-Mont. El oficial que asumió el mando desconocía el número de alemanes que podía haber en ella, pero el entrenamiento que habían recibido aquellos hombres surtió efecto. Con ametralladoras colocadas en los flancos para cubrirlos, los pelotones fueron avanzando por etapas. Un grupo armado con una bazuca corrió por la calle principal y disparó una granada antitanque contra la puerta de la iglesia. Una docena de soldados alemanes, con su jefe ondeando una bandera blanca improvisada, apareció entre el humo y la nube de polvo con los brazos alzados. En menos de una hora el pueblo quedó despejado. Casi todos los defensores habían salido huyendo por la carretera hacia Carentan.

Otros grupos se encargaron de asegurar las carreteras elevadas de las zonas anegadas que se extendían detrás de la playa Utah. Un puñado de paracaidistas se encontró con quince alemanes que transportaban municiones en tres carros tirados por caballos. Los obligaron a rendirse, y luego los hicieron marchar delante carretera abajo. Un soldado que hablaba alemán les dijo que si se producía un ataque, no se movieran. Al poco rato, una ametralladora alemana abrió fuego contra el grupo. Los paracaidistas se refugiaron en las cunetas de la carretera. Uno de los alemanes salió corriendo, pero fue abatido de un disparo inmediatamente. «Lo cargamos en el carro», contaría uno de los

paracaidistas. «Murió poco después. A partir de entonces no tuvimos más problemas con los prisioneros, que permanecían en pie en la carretera en cualquier circunstancia.» 38 Ni que decir tiene que esta práctica constituía una infracción flagrante de la Convención de Ginebra.

Al igual que ocurría con las fuerzas aerotransportadas británicas, una de las misiones de los paracaidistas consistía en despejar y asegurar la zona donde estaba previsto que tomaran tierra los planeadores Waco encargados del transporte de refuerzos y equipamiento pesado. Pero el aterrizaje de esos aviones en las inmediaciones de Sainte-Mére-Eglise no iba a desarrollarse con tanta facilidad. «Tras caminar un rato», cuenta un paracaidista asignado a la misión, «llegamos al aeródromo y vimos a unos cuantos alemanes que lo estaban vigilando. Después de un breve intercambio de disparos, ya nos habíamos deshecho de ellos. El supuesto aeródromo no era más que una gran explanada rodeada de árboles y unas cuantas granjas. Inmediatamente fuimos asignados a distintos escuadrones y formamos una barrera defensiva alrededor del campo. Ya sólo teníamos que esperar.»

A la hora acordada se encendieron las luces de señalización. «Podíamos oír el ruido de los aviones que venían a lo lejos, y luego se hizo el silencio. A continuación, se oyó una serie de silbidos. Además de esos sonidos, cada vez más intensos, se oía el crepitar de ramas y árboles partiéndose seguido de fuertes estruendos y gritos intermitentes.» Los planeadores llegaban con toda rapidez, uno tras otro, desde distintas direcciones. En vez de hacerlo en el campo, muchos aparatos aterrizaron en los bosques circundantes, mientras que otros se estrellaron contra las casas vecinas y los muros de piedra. Los planeadores iban cargados de jeeps, baterías antitanque y otras armas cuyas dimensiones imposibilitaban su lanzamiento en paracaídas. Todo este equipamiento iba sujeto con correas sobre un suelo de resistentes láminas de madera. Los pilotos y los soldados que viajaban en los planeadores sólo iban protegidos por telas de lona y chapas de madera.

Con tantos planeadores aterrizando en todas direcciones, en apenas un momento reinó un caos absoluto en la explanada. Los cargamentos se soltaban y salían despedidos por el parabrisas del avión en cuanto éste tomaba tierra, y a menudo arrollaban a los pilotos. Había cuerpos humanos y cajas esparcidos por toda la superficie de la explanada. Algunos de los soldados que viajaban en los planeadores se hirieron al partirse los elementos de madera con los que estaban fabricados aquellos ligeros aparatos. «Inmediatamente nos dispusimos a ayudar a los heridos», cuenta uno de los paracaidistas encargados de preparar la zona de aterrizaje, «pero éramos conscientes de que primero debíamos decidir quién podía recibir ayuda y quién no. Se improvisó un centro de socorro, y comenzamos el terrible proceso de separar a los vivos de los muertos. Vi que por el fuselaje de lona de un planeador asomaba un cuerpo de cintura para abajo. Intenté tirar de él. No se movía. Cuando miré dentro de los restos del avión, pude ver que el torso de aquel hombre había sido aplastado por un jeep.» 40

Los planeadores británicos, que eran más grandes, se encargaron del transporte de las baterías del 320.º Batallón de Artillería de Campaña de Planeadores. Esos aparatos eran aún más peligrosos que los Waco. En un aterrizaje brusco la estructura correspondiente a la rueda delantera podía romper el pavimento de madera del avión y causar graves daños. Muchos de los accidentes fueron provocados por la confusión reinante y el excesivo número de aparatos que llegaron al mismo tiempo. Varios planeadores fueron derribados por la artillería de las baterías alemanas que se encontraban en las inmediaciones. «Los planeadores en los que viajaban los soldados llegaron como una bandada de cuervos», anotó el cabo primero de la 91.ª Luftlande-Division, «y fue entonces

cuando empezó realmente la guerra». 41 Entre los caídos se encontraba el general de brigada Pratt, segundo al mando de la 101.ª División Aerotransportada. Murió por culpa de un jeep que salió despedido por la parte delantera del avión cuando éste chocó contra un árbol. Al cabo de unos veinte minutos ya habían aterrizado los suficientes soldados para ocuparse de todos los heridos. Los médicos trabajaban a un ritmo frenético: administraban morfina y pastillas de sulfamidas, e improvisaban vendas para los heridos con lo primero que encontraban a mano.

Varios planeadores se desviaron totalmente de la zona de aterrizaje. Al tomar tierra, uno chocó con una mina y saltó por los aires. Otros aterrizaron en las zonas inundadas, lo que al menos sirvió para mitigar el impacto. Los pilotos tuvieron que quitarse los pesados chalecos antibalas antes de abrirse paso a través de los paneles laterales de la cabina. El agua podía ser muy profunda en determinados lugares.

Los soldados de infantería que iban en los planeadores eran muy vulnerables en ese momento si se encontraban al alcance de las posiciones alemanas. «Después de aterrizar», escribiría un piloto, «descubrimos de dónde procedían los disparos que estuvieron a punto de darme. Venían de un bunker en el que había unos doce soldados polacos reclutados a la fuerza y un alemán al mando. Cuando los soldados de infantería de varios planeadores, incluido el nuestro, dispararon con sus fusiles una ráfaga de balas contra el bunker, la resistencia cesó. Se hizo el silencio en el interior del bunker, y luego se oyó un único disparo. Inmediatamente se oyó una algarabía de risas y gritos, y los polacos salieron con los brazos en alto. No estaban dispuestos a luchar contra los americanos, por lo que decidieron simplemente eliminar al sargento teutón.»

También era impredecible la reacción que pudiera tener la población civil francesa. Si bien muchos individuos prepararon omelettes y crepés para los paracaidistas y les ofrecieron tragos de calvados, otros temían que aquella operación fuera sólo una incursión aislada y que los alemanes volvieran luego para tomar represalias. Pero esos recelos no impedirían que las esposas de los agricultores salieran corriendo a los campos para coger el mayor número posible de paracaídas con el fin de aprovechar su seda. Tampoco es de extrañar que los campesinos normandos, gentes más bien flemáticas que apenas habían salido de sus aldeas, se sintieran aturridos por aquella extraordinaria intrusión. Un soldado de la 101.ª contó que cuando se detuvieron para hablar con tres campesinos franceses, uno de ellos le dijo a su compañero, señalando el rostro tiznado de un paracaidista: «Ya puedes decir que has visto a un negro americano». 43

A pesar de que se habían producido escaramuzas muy violentas, lo cierto es que el combate puro y duro estaba todavía por venir. Comenzaba a amanecer, y los paracaidistas eran conscientes de que los alemanes iban a lanzar grandes contraofensivas. Lo que más les preocupaba era que la invasión principal no se viera coronada por el éxito. Si la 4.ª División de Infantería no conseguía asegurar la playa Utah y no lograba avanzar para unirse a ellos, quedarían abandonados irremediabilmente a su suerte.

A las 01:15 horas, después de ver partir a la 101.ª Aerotransportada de Greenham Common, el general Eisenhower ya estaba de vuelta en su caravana plateada. Durante un rato, sentado allí, había estado fumando en silencio. Su asistente, Harry Butcher, no sabía aún que el comandante supremo ya había redactado una declaración en la que asumía toda la responsabilidad de la Operación Overlord si ésta se revelaba un fracaso.

Unas horas más tarde, el jefe del Aire, mariscal Leigh-Mallory, el mismo hombre que había advertido de que la operación aerotransportada en Cotentin podía acabar en una catástrofe, telefoneó para dar un informe preliminar. Butcher fue inmediatamente a ver a Eisenhower. Incapaz de conciliar

el sueño, y sin dejar de fumar, el comandante supremo estaba leyendo una novela del oeste echado en la cama. Únicamente habían sido destruidos veintiún aviones de los ochocientos cincuenta en los que viajaban las fuerzas aerotransportadas americanas. Las pérdidas británicas eran incluso inferiores, pues sólo se desconocía el paradero de ocho de los aproximadamente cuatrocientos aviones británicos que habían despegado. Leigh-Mallory se puso a escribir una disculpa que resultó rastrera y digna a la vez. «No puedo expresar mi alegría por comprobar que mis recelos eran infundados... Permítame que le felicite por la sabiduría de su decisión.» 44 Pero todos sabían perfectamente que la operación aerotransportada no había sido más que el primer paso. Todo dependía de los desembarcos de las fuerzas transportadas por mar y de la respuesta de los alemanes.

6. La Armada cruza

Cuando los que zarparon en los convoyes de buques de guerra y lanchas de desembarco volvieron la vista hacia Southampton Water al anoecer del 5 de junio, debió de parecerles que la flota invasora se extendía hasta el horizonte. Muchos se preguntaban qué pensarían los alemanes cuando avistaran la Armada, con mucho la flota más grande que se había echado a la mar en toda la historia. Casi cinco mil lanchas de desembarco eran escoltadas por seis acorazados, cuatro monitores, veintitrés cruceros, ciento cuatro destructores, ciento cincuenta buques de escolta, así como por los doscientos setenta y siete dragaminas que iban delante para limpiar los canales. La mayoría de los barcos eran británicos, americanos y canadienses, pero había también algunos buques de guerra franceses, polacos, holandeses y noruegos. 1

En el buque de desembarco que transportaba los comandos de lord Lovat de la 1.ª Brigada de Servicio Especial, su gaitero personal, Bill Millin, de los Cameron Highlanders, estaba en la proa con su guerrera de batalla y su kilt, tocando *The Road to the Isles*? El sonido se transmitió a través del agua y los tripulantes de los demás navíos empezaron a cantar al son. Los capitanes de varios buques tuvieron la misma idea. Dos destructores de clase Hunt se pusieron a tocar *A-hunting We Will Go* por los altavoces, y los destructores de la Francia Libre respondieron con la *Marsellesa*? Sus tripulantes brincaban por la cubierta, saludando llenos de alegría ante la perspectiva de volver a Francia después de cuatro años.

Los convoyes procedentes de todas las direcciones se encontraron en el punto de reunión, al sur de la isla de Man, apodado «Piccadilly Circus». El almirante Middleton, a bordo del acorazado *Ramillies*, de la Marina de Su Majestad, que había zarpado de la costa oeste de Inglaterra, señala que «el tráfico fue haciéndose cada vez más denso» a partir de que doblaron el *Land's End*. 4 Con «vientos fuertes y mar embravecido», el *Ramillies* avanzó surcando las aguas entre los convoyes más lentos. El almirante describe la travesía como «un interesante ejercicio, especialmente por la noche», pero debió de resultar bastante alarmante para los tripulantes de los barcos más pequeños que vieran al acorazado venírseles encima.

Los sentimientos de los ciento treinta y mil soldados que se acercaban por mar a la costa francesa aquella noche eran muy variados. El mariscal de campo lord Bramall, por entonces un joven teniente, habla de «una mezcla de entusiasmo por el hecho de formar parte de tan gran empresa, y de inquietud por el temor a no responder a las expectativas y no cumplir con lo que se esperaba de nosotros». Parece que ese miedo al fracaso era especialmente intenso entre los subalternos más jóvenes y poco curtidos. Un veterano se acercó al oficial y le dijo:

- ¡No se preocupe, señor! Nosotros lo cuidaremos.

Pero Bramall sabía que en realidad «muchos de ellos estaban ya hartos de la guerra». 5 Su propio regimiento, el 60.º de los *King's Rifles*, había combatido durante toda la campaña del desierto, y la tensión se dejaba sentir en él. Agazapado en la mente de muchos británicos y canadienses estaba además el temor de que toda la operación resultara un fracaso sangriento, como el ataque contra Dieppe llevado a cabo dos años antes. 6 Muchos se preguntaban si lograrían volver. Algunos, justo antes de zarpar, habían cogido un guijarro de la playa «como último recuerdo» de su tierra natal.

Casi todo el mundo, a todos los niveles, era perfectamente consciente de que iba a participar en un gran acontecimiento histórico. En el diario del cuartel general de V Cuerpo norteamericano, que

se dirigía a la playa Omaha, se señala: «El intento de ejecutar lo que había sido contemplado por los grandes líderes militares de la historia moderna de Europa -una invasión a través del canal- estaba a punto de dar comienzo».

La principal pregunta que se planteaba la mayoría de los hombres era si los alemanes sabían ya lo que iba a pasar y si los estarían esperando. Los planificadores de la Operación Neptuno, la fase de la Operación Overlord correspondiente a la travesía del canal, habían pasado varios meses analizando las posibles amenazas que podían cernirse sobre las flotas invasoras: submarinos, minas, los torpederos Schnellboote, los radares y la Luftwaffe. Se habían tomado todas las precauciones.

Los escuadrones de Mosquitos patrullaban la costa francesa durante toda la noche dispuestos a abatir cualquier avión alemán que pudiera avistar la llegada de las flotas. Aviones equipados con contramedidas de radio sobrevolaban además la zona para interferir las frecuencias usadas por los cazas nocturnos alemanes. La aviación británica y americana que sobrevolaba el canal se encargaba también de realizar operaciones de interferencia de los radares a gran escala. Y durante varias semanas, lanzacohetes Typhoon habían atacado los centros de radar alemanes a lo largo de toda la costa del canal, desde Holanda hasta Bretaña.

En la Operación Taxable, los bombarderos Lancaster del 617 escuadrón lanzaron window, tipo de c A a A f consistente en tiras de aluminio para simular en las pantallas de los radares la aproximación de un convoy invasor a la costa del Cap d'Antifer, al noreste de Le Havre. Esta medida fue acompañada de una artimaña naval consistente en utilizar lanchas a motor y torpederos que arrastraban globos reflectantes, para que en el radar parecieran grandes buques. Se desarrolló un plan de diversión análogo, la Operación Glimmer, consistente en el lanzamiento de window desde bombarderos Stirling frente a Boulogne. Se lanzaron asimismo minas alrededor del Cap d'Antifer. 9

Una de las máximas preocupaciones del almirante Ramsay era la eventualidad de que se produjera un ataque masivo contra la flota invasora por parte de submarinos alemanes desde las bases de Bretaña. Fueron desplegadas fuerzas navales antisubmarinas, pero la principal misión destinada a cubrir eventuales aproximaciones desde el suroeste recayó sobre el 19.º Grupo del Coastal Command de la RAF, formado principalmente por B-24 Liberators e hidroaviones Sunderland. El grupo estaba constituido por tres escuadrones canadienses, dos australianos, uno neozelandés, uno checo y otro polaco.

Incluso el propio 224.º Escuadrón de la RAF era un cajón de sastre de nacionalidades, con 137 británicos, 44 canadienses, 33 australianos y neozelandeses, dos americanos, un suizo, un chileno, un sudafricano y un brasileño.

Estos escuadrones debían hacer frente a largas misiones de día y de noche, patrullando constantemente la zona occidental del canal en forma de cuadrícula desde el sur de Irlanda hasta la península de Brest. Cuando los radares localizaban un submarino en la superficie, el avión se lanzaba en picado, intentando matar y herir con la metralleta delantera al mayor número posible de tripulantes de la torreta de mando, para impedir que realizara una inmersión de emergencia, y luego el bombardero lanzaba cargas de profundidad. En el curso de la Operación Cork, un aparato del 19.º Grupo atacó a cuarenta submarinos. Uno de los Liberators del 224.º Escuadrón pilotado por un canadiense de veintinueve años, el subteniente Ken Moore, hizo historia hundiendo dos submarinos en veintidós minutos la noche del 7 de junio. Para escarnio del almirante Karl Dönitz y el alto mando de la Kriegsmarine, ni un solo submarino logró penetrar en el canal de la Mancha. Otros aviones aliados atacaron a diversos destructores alemanes impidiendo que localizaran a la flota invasora. Sólo los veloces Schnellboote alemanes y posteriormente los submarinos enanos lograron infligir algunas pérdidas.

A bordo de los buques de desembarco, los soldados se dedicaban a matar el tiempo. Unos intentaban dormir, otros se esforzaban en aprender algo de francés de sus libros de frases y otros leían la Bib.lia. Muchos asistieron a servicios religiosos improvisados, al encontrar consuelo en la religión. En el buque británico Princess Ingrid, sin embargo, Dios se había mostrado de un humor menos tranquilizador cuando la tarde anterior el contramaestre llamó con su silbato «a misa». «Aunque la asistencia era completamente voluntaria», escribe un observador avanzado de la 50. a División, «daba la impresión de que todos los soldados a bordo estaban presentes en el servicio que se celebró en la cubierta superior. En la proa se colocó un capellán del ejército detrás de una mesa cubierta con un mantel sobre el que había una pequeña cruz de plata. Mientras esperábamos que diera comienzo el servicio, el viento empezó a incrementar su fuerza. Una ráfaga repentina dio la vuelta al mantel, la cruz cayó rodando sobre el puente y se partió en dos. La consternación entre los congregados era patente. ¡Menudo presagio! Por primera vez me di cuenta de lo que era realmente el "temor de Dios". A mi alrededor, los hombres parecían absolutamente abatidos.» 10

En los buques de desembarco americanos, dieron comienzo las partidas de dados y de póquer, con las apuestas en la nueva moneda de las fuerzas aliadas de ocupación que el general De Gaulle tanto aborrecía. 11 A bordo del buque Samuel Chase, los corresponsales de guerra, entre ellos el fotógrafo Robert Capa y Don Whitehead, se mezclaron llenos de entusiasmo con los soldados. «Todos están tensos y todos fingen estar tranquilos», señalaba un hombre. «Las bravatas ayudan.» 12

A diferencia de lo que ocurría en las ruidosas partidas de cartas o de dados, había muchos que hablaban poco. «Aunque estuviéramos acurrucados y amontonados juntos», anotó el teniente Gardner Bots-ford, que iba con la 1. a División de Infantería, «uno se sentía muy en privado.» Algunos se habían puesto a discutir «quién iba a salir adelante cuando desembarcáramos y quién no». «Mis pensamientos se volvieron hacia casa y hacia la familia», contaría un soldado, «y me preguntaba cómo se tomarían la noticia de mi muerte. Me consolaba a mí mismo con la idea de que tenía un seguro por la máxima cantidad prevista en el plan de seguros para soldados rasos, y de que mis padres recibirían al menos diez mil dólares que les compensarían por mi muerte.» 14

A los hombres del 116.º Regimiento de Infantería que se dirigían a la playa Omaha les costaría trabajo olvidar el discurso de su oficial mando, el coronel Charles D. Canham. Canham había previsto que dos de cada tres de ellos no volverían nunca a casa. Acabó su advertencia con un marcado acento sureño: «El que tenga un nudo en el estómago, que hable ahora». 15 Un alto oficial británico que iba a bordo del Empire Broadsword hizo un comentario igualmente deseo-razonador al poner fin a su arenga con las siguientes palabras: «No os preocupéis si no sobrevivís al asalto, pues contamos con un montón de soldados de reserva que no tendrán más que pasar por encima de vosotros». 16

En el Bayfield, de la Marina de los Estados Unidos, un joven oficial anotó en el diario su sensación de «acercarse a un gran abismo, sin saber si navegamos hacia una de las trampas militares más grandes del mundo o si hemos cogido al enemigo completamente desprevenido». Otro individuo observaba que el odio hacia los alemanes era escaso, pero que todo el mundo presentía que iba a aumentar cuando se produjeran las primeras bajas.

El capitán del Shubrick, de la Marina de los Estados Unidos, ordenó a los miembros de su tripulación que se afeitaran, se ducharan y se pusieran ropa limpia para reducir las posibilidades de infección en caso de que resultaran heridos. 18 Los soldados de la 4. a División de Infantería que se dirigían a la playa Utah se afeitaron además la cabeza; algunos se dejaron un mechón de pelo en forma de V, pero la mayoría optó por el corte a lo mohicano, como los paracaidistas. Los

pensamientos pesimistas provocados por estas precauciones se vieron contrarrestados en gran medida cuando los capitanes de los barcos leyeron a través del sistema de megafonía el mensaje de Eisenhower a las tropas que iban a participar en la invasión. «¡Soldados, marineros y aviadores de la Fuerza Expedicionaria Aliada! Estáis a punto de embarcaros en la gran cruzada en la que hemos estado trabajando durante muchos meses. Los ojos del mundo están fijos en vosotros. La esperanza y las oraciones de las personas amantes de la libertad en todo el mundo os acompañan. Junto con nuestros valientes aliados y hermanos en armas presentes en otros frentes, vais a llevar a cabo la destrucción de la máquina de guerra alemana, vais a conseguir la eliminación de la tiranía nazi sobre los pueblos oprimidos de Europa, y la seguridad para nosotros mismos en un mundo libre». Muchos admitieron que se les puso la «carne de gallina» al escuchar aquellas palabras conmovedoras. Antes de la media noche, en los barcos de la Marina estadounidense sonó la llamada «General quarters», mientras que en los de la Marina Real se ordenó «Action stations!». De hecho se trataba de la misma orden con dos nombres distintos: «¡A sus puestos!».

En más de cien aeródromos de Inglaterra, los pilotos de los bombarderos de la RAF y de la USAAC fueron levantados de la cama para que acudieran a desayunar y se presentaran a celebrar una reunión con el fin de recibir las órdenes. La mayoría de ellos suponía que iba a pasar algo grande, pero no estaban seguros de lo que iba a ser. Parece que los pilotos del 388.º Grupo de Bombarderos norteamericano, destinado en Thetford, no estaban preparados para la «espectacular declaración» que realizó el oficial situado en el estrado. 19 «Cuando retiró la sábana blanca que cubría el mapa de operaciones, dijo: "Caballeros, hoy los aliados van a invadir el continente". Estalló un auténtico pandemonio y la sala de reunión se llenó de vítores, silbidos y gritos.» A continuación pasó a comunicarles que esa misma mañana despegarían «todos los aparatos en condiciones de volar que hubiera en la 8.ª Fuerza Aérea». Una vez reunidos en el aire, los grupos de bombarderos se extenderían a lo largo de varias millas para dirigirse a sus objetivos en la costa de Normandía. La formación y la disciplina de fuego eran vitales. «Cualquier avión que vuele en dirección contraria, es decir, en contra del tráfico, una vez que despeguemos de la costa de Inglaterra, deberá ser derribado.»

La reacción de los británicos en sus respectivas reuniones parece que fue más comedida, sobre todo debido al respeto que imponía la magnitud de la operación. «Los preparativos eran una cosa asombrosa», escribía Desmond Scott, un neozelandés que estaba al mando de un ala de cuatro escuadrones de Typhoon. «Los ataques aerotransportados, la cantidad y la variedad de los buques, el número de divisiones del ejército, el tremendo peso de la ofensiva aérea: la magnitud y la precisión de todo ello hacían que nuestros anteriores esfuerzos parecieran insignificantes. Cuando acabó la reunión, no hubo conversaciones ni risas. Nadie se entretuvo y abandonamos la sala como si saliéramos de la iglesia. Las expresiones de los rostros seguían siendo solemnes. La tarea que nos aguardaba superaba todas nuestras experiencias anteriores y hacía que un escalofrío recorriera la espalda.»

La RAF realizó un esfuerzo máximo aquella noche. Aparte de los aviones dedicados a misiones de diversión y aerotransporte, despegaron mil bombarderos con el fin de atacar durante las horas de oscuridad a diez baterías de costa con más de cinco mil toneladas de bombas. Varios escuadrones de Spitfire salieron apresuradamente con el fin de proporcionar cobertura aérea en las playas, junto con los Lightning P-38 americanos. Su tarea era evitar las incursiones de la Luftwaffe sobre la zona de invasión, mientras que los Mustang, cuyo radio de acción era mayor, debían adentrarse en Francia y atacar a los cazas alemanes que intentaran despegar de los aeródromos próximos a París. Mientras tanto, los Thunderbolt P-47 americanos y los caza-bombarderos Typhoon de la RAF debían

internarse sobrevolando las rutas de acceso con el fin de hostigar a cualquier columna de tropas alemanas que intentaran llevar refuerzos a la costa.

La ofensiva aérea del Día D fue otra operación multinacional. Incluyó a cinco escuadrones neozelandeses, siete australianos, veintiocho canadienses, uno de Rodesia, seis franceses, catorce polacos, tres checos, dos belgas, dos holandeses y dos noruegos. A otras unidades de estos países aliados se les asignaron misiones «antibuzo», cuyo objetivo era atacar los centros de lanzamiento de bombas-V en el norte de Francia. 21

Los temores que abrigaban los mandos de la fuerza aérea en torno a la visibilidad estaban justificados. El techo de nubes se hallaba a unos 1.200 metros, y sus aparatos bombardeaban normalmente desde una altura superior a los 3.000. La misión de los bombarderos pesados norteamericanos que debían atacar al amanecer era doble: destruir sus objetivos y además crear cráteres de bombas en las playas «que proporcionaran refugio a las fuerzas terrestres que vinieran detrás de nosotros». 22

Poco después de la una de la madrugada, se ofreció el desayuno a las fuerzas de asalto. La Marina norteamericana se mostró generosa hasta el exceso. En el Samuel Chase, los cocineros dieron a las tropas «tantos filetes, tanta carne de cerdo y de pollo, y tantos helados y dulces» como pudieran comer. Otros barcos ofrecieron «salchichas, judías, café y donuts». Los navíos de la Marina Real no dieron prácticamente más que bocadillos de carne en conserva y una copita de ron de un gran recipiente de barro «como si fueran los tiempos de Nelson», observó un comandante de los Green Howards. Muchos marineros renunciaron voluntariamente a sus raciones y se las dieron a los soldados que iban a desembarcar. A bordo del Prince Henry, que transportaba al regimiento escocés de Canadá, los marineros se encargaron de que los soldados recibieran un extra consistente en dos huevos duros y un bocadillo de queso para llevar. El personal al servicio de los oficiales de la Marina Real no vio por qué tenía que decaer la moral en un momento como aquel. Ludovic Kennedy, a bordo del Largs, que hacía las veces de cuartel general, se sorprendió ante la sensación de que «era como si estuviéramos en el muelle de Portsmouth. Habían puesto el mantel blanco y de pronto apareció un camarero diciendo: "¿Qué desea esta mañana, gachas o cereales, señor?"». 26

Una vez concluido el desayuno, los soldados de la primera tanda empezaron a reunir su equipo. Los soldados americanos maldecían los trajes de faena con los que les habían hecho cargar. Habían sido impregnados con un producto químico que olía a podrido y que supuestamente debía contrarrestar los efectos del gas. Los reclutas americanos los llamaban «trajes mofeta». Pero el principal problema era el peso de todo el equipo y la munición. Se sentían casi tan torpes como los paracaidistas cuando recibían la orden de saltar. El exceso de carga de los soldados de la primera oleada que debía atacar las playas resultaría fatal para muchos. Los marineros, que no envidiaban su suerte, no paraban de hacer chistes para mantenerlos de buen humor. Hacían comentarios procaces acerca de los condones atados alrededor de la boca de sus fusiles para evitar que se mojaran. Un oficial de la marina estadounidense habla de cómo los soldados «arreglaban con nerviosismo su equipo y daban caladas a los cigarrillos como si cada una fuera a ser la última».

Tras limpiar los canales que debían conducirlos a las playas de desembarco, la pantalla protectora de dragaminas dio media vuelta, haciendo la señal de «buena suerte» a los destructores que pasaron ante ellos para dirigirse a sus posiciones de bombardeo. Parecía un milagro que los frágiles dragaminas, cuyas posibles pérdidas tanto habían preocupado al almirante Ramsay, hubieran llevado a cabo su tarea sin sufrir ni una sola baja. Un oficial del destructor de clase Hunt Eglinton, de

la Marina de Su Majestad, escribía: «Seguimos avanzando sigilosamente, sorprendidos por el relativo silencio de las actuaciones». Por delante de ellos iban dos submarinos enanos, X-20 y X-23, listos para señalar las playas asignadas a los británicos. El aplazamiento de la invasión hasta el 6 de junio los había obligado a permanecer sumergidos durante mucho tiempo en unas terribles condiciones de hacinamiento.

Un oficial de los Rangers norteamericanos se encontraba en el puente del Prince Baudoin, un vapor belga que prestaba servicio cruzando el canal. Había colocado a dos francotiradores a cada lado. Su misión era vigilar y detectar la presencia de minas flotantes cuando se acercaran a la costa de Francia. Alrededor de las cuatro de la madrugada, el capitán anunció por la megafonía: «¡Atención en cubierta! ¡Atención en cubierta! Los tripulantes británicos preséntense en sus lanchas de asalto». El oficial de los Rangers concluyó que prefería la fórmula británica: «¡Atención en cubierta!» a la que utilizaba la Marina de los Estados Unidos: «¡Escuchen!».

Era inevitable que una flota tan grande no pasara desapercibida durante mucho tiempo. A las 02:15, el cuartel general de la 352.ª División de Infantería alemana, desplegada a lo largo de la costa, recibió una llamada del Seekommandant Normandie de Cherburgo en la que se decía que unos barcos enemigos habían sido avistados a once kilómetros al norte de Grandcamp. Pero parece que la confusión causada por los numerosos lanzamientos de paracaidistas distrajo la atención de la principal amenaza que se acercaba a la costa. El lanzamiento en paracaídas de maniqués cargados de explosivos provocó incluso que todo un regimiento de la 352.ª División de Infantería fuera enviado a realizar una misión absurda. Pero hasta las 05:20 la guarnición de la Pointe du Hoc no informó de la presencia de veintinueve barcos, de los cuales cuatro eran grandes, tal vez cruceros. 31

La Fuerza Expedicionaria O situada ante la playa Omaha, a la que los alemanes habían avistado, estaba formada, en efecto, por los acorazados estadounidenses Texas y Nevada, así como por el monitor Erebus, de la Marina de Su Majestad, cuatro cruceros y doce destructores.^[6] Dos de los cruceros, el Montcalm y el Georges Leygues, formaban parte de las Forces Navales Françaises Libres. El Montcalm, buque insignia del contralmirante Jaujard, desplegó la bandera tricolor de batalla más grande que se había visto hasta entonces. La única influencia británica a bordo de los cruceros franceses eran los chaquetones de marinero y las tazas humeantes de cacao que tomaban sus oficiales cuando estudiaban la costa con sus prismáticos. A los marineros y aviadores franceses la idea de bombardear su país les resultaba profundamente dura, pero no se echaron atrás y cumplieron con su deber.^[7]

La Fuerza Expedicionaria Oriental, situada frente a las tres playas asignadas a británicos y canadienses, Sword, Juno y Gold, estaban formadas por los acorazados Ramillies y Warspite, y el monitor Roberts, de la Marina de Su Majestad, y por doce cruceros, entre ellos el buque polaco Dragón^[8] y treinta y siete destructores para apoyo cercano. Cuando abrieron fuego, «pareció que todo el horizonte era una masa sólida de llamas», diría el teniente general Reichert, de la 711.ª División de Infantería, que observaba desde la costa.

La Fuerza Expedicionaria Occidental perdió un destructor, el Corry, de la Marina estadounidense, tras chocar con una mina, y la Oriental sufrió también una pérdida parecida, en este caso a consecuencia de un torpedo lanzado por un Schnellboot alemán. A las 05:37, mientras los navíos más pequeños se dirigían a ocupar sus posiciones de bombardeo, el destructor noruego Svenner fue alcanzado de lleno. Una pequeña flotilla procedente de Le Havre se había acercado aprovechando la cortina de humo lanzada por la aviación aliada al este de la flota con el fin de protegerla de las baterías de Le Havre. 34 El Svenner se partió en dos, con la proa y la popa

sobresaliendo del agua y formando una especie de V, para hundirse a continuación rápidamente. Pasaron otros cinco torpedos que a punto estuvieron de dar al Largs y al Slazak, pero ambos navios pudieron realizar maniobras de evasión justo a tiempo. Dos buques de guerra corrieron a rescatar del agua a la tripulación del navío hundido. Sólo el Swift, de la Marina de Su Majestad, recogió a sesenta y siete supervivientes, pero treinta y tres hombres perecieron a consecuencia de la explosión. El propio Swift se hundió en esas mismas aguas dieciocho días después tras chocar con una mina.

Los buques de desembarco también se dirigieron a sus posiciones frente a la costa. Un teniente de la Marina estadounidense al mando de un LST (abreviatura de Landing Ship, Tank, «Buque de Desembarco, Tanques») que se dirigía a la playa Gold cargado de tropas británicas, bajó un momento a echar un vistazo al monitor del radar. «La pantalla estaba literalmente llena en su totalidad de pequeños puntos de luz, había barcos en un radio de trescientos sesenta grados alrededor del centro en el que nos encontrábamos.» Cuando regresó a cubierta, el oficial británico de mayor rango que había a bordo le puso una mano en el hombro justo antes de que se dirigiera a la tripulación del barco a través de la megafonía. «La mayoría de mis hombres», dijo este coronel, «han visto lo peor de la guerra del desierto, y muchos estuvieron en Francia y fueron evacuados por Dunkerque. Así que le aconsejo que vaya con cuidado, que se dé de prisa, y que no se deje llevar por el dramatismo o la emotividad.» El joven americano siguió su consejo e «hizo una alocución muy sencilla».

A las 04:30, en el Prince Baudouin, los soldados escucharon la llamada que estaban esperando: «¡Rangers, a sus lanchas!». En otros buques de desembarco se organizó bastante caos a la hora de meter a los hombres en las lanchas. A algunos soldados de infantería les asustaba tanto el mar que inflaron sus chalecos salvavidas dentro del barco, de modo que luego no podían pasar por las escotillas. Cuando estaban formados en el puente, un oficial de la 1.ª División se dio cuenta de que un hombre no llevaba su casco de acero.

- ¡Póngase su maldito casco! -le dijo. Pero el hombre había ganado tanto en una partida, que el casco estaba lleno de dinero en una tercera parte. No tuvo más remedio que obedecer.

- ¡Al infierno! -exclamó, y lo vació sobre cubierta como si fuera un cubo. Las monedas rodaron por todo el puente. Muchos soldados habían atado sus vendajes de campaña al casco con una cinta, y otros habían pegado en él un paquete de cigarrillos envuelto en celofán. 36

Los que llevaban equipo pesado, como radios o lanzallamas, de casi cincuenta kilos, tenían mucha dificultad en deslizarse por las redes para acceder a las lanchas de desembarco. En cualquier caso resultaba una actividad peligrosa, con la pequeña lancha subiendo y bajando y dando brincos contra el costado del buque. Varios hombres se rompieron tobillos o piernas al no calcular debidamente el momento en que debían saltar o al verse atrapados entre la borda y el costado del barco. Más fácil les resultó a los que fueron bajados a la lancha por medio de un pescante, pero un grupo del batallón de cuartel general de la 29.ª División de Infantería tuvo un comienzo muy poco halagüeño un poco más tarde, cuando su lancha de asalto fue bajada del buque británico Empirejavelin. El pescante se atascó dejándolos a todos durante treinta minutos bajo la proa del barco. «Durante esa media hora», recordaría el comandante Dallas, «las tripas de toda la compañía aprovecharon una oportunidad que los ingleses habían estado esperando desde 1776.» Dentro del barco nadie podía oír sus gritos de protesta. «Lanzábamos maldiciones, llorábamos y reíamos, pero no había forma de parar. Cuando llegamos a tierra, estábamos todos cubiertos de mierda».

Los Rangers estadounidenses, cuya principal tarea era escalar los acantilados de la Pointe du Hoc, al oeste de la playa Omaha, iban menos cargados. La mayoría de ellos iban armados con poco más que una submetralleta Thompson, una automática del 45 y unos cien gramos de dinamita atados

al casco. El capitán del barco les dedicó un saludo de despedida tras su alocución pública: «¡Buena caza, Rangers!».

Un ingeniero a punto de desembarcar en la playa Utah con la 4.ª División de Infantería, describiría más tarde en una carta el descenso de las barcas de asalto como «el momento más solitario» de su vida. «Con un impacto que asusta a todo el que va a bordo, la lancha cae al agua. Avanzamos estrepitosamente y en unos segundos la gran nave nodriza se había convertido en una mancha un poco más oscura en un mundo de total oscuridad, hasta que desapareció por completo de la vista.»

Cuando las primeras flotillas de lanchas de desembarco se habían puesto ya en formación, dos oficiales de los Rangers pegaron un brinco al oír una explosión tremenda. Miraron a su alrededor para ver qué era lo que la había causado. «Eso, señores», les informó un suboficial de marina británico en tono pedante, «es el acorazado Texas, que inicia la cortina de fuego contra la costa de Normandía.» 40 Los hombres que iban en la lancha notaban la onda expansiva de las pesadas bombas lanzadas por los acorazados y cruceros que disparaban sobre sus cabezas. Los otros dos buques bombarderos de la Fuerza Expedicionaria Occidental situada ante las dos playas asignadas a los americanos, Utah y Omaha, también abrieron fuego con su armamento pesado. A diferencia de la Marina Real británica, que disparaba sus torretas siguiendo una secuencia, los acorazados americanos, el Texas, el Arkansas y el Nevada, disparaban andanadas al unísono con sus cañones de catorce pulgadas. Al verlo, algunos observadores pensaron por un momento que el barco había volado por los aires. Incluso a distancia podía sentirse la conmoción. «Los grandes cañones», señala Ludovic Kennedy, «te producen en el pecho la sensación de que alguien te ha abrazado y te ha dado un buen achuchón.» 41 El paso de las bombas pesadas creaba después una especie de vacío. «Era, una visión extraña», escribía un sargento del Estado Mayor de la 1.ª División, «ver cómo se levantaba el agua y seguir el rastro de las bombas y comprobar cómo volvían a caer en el mar.»

Muchos, sin embargo, sufrían terriblemente a causa del mareo, mientras las lanchas de fondo plano cabeceaban subiendo y bajando entre las olas de más de metro y medio. «Podíamos observar», escribía un soldado, «cómo las otras lanchas se hundían y volvían a aparecer en medio de las olas.» Al mirar a su alrededor, comprobó que «el cielo y el mar y los barcos, todo era de color plomizo».

43 Empapados por las salpicaduras, todos los soldados, tanto británicos como americanos, no tardaron en lamentar haber tomado el «opíparo desayuno del condenado a muerte». Muchos «empezaron a devolver los pedazos de carne enlatada» de sus bocadillos. 44 Las bolsas para el mareo empapadas de agua se llenaban rápidamente y se rompían, por lo que algunos decidieron vomitar en los cascos, que luego enjuagaban sacándolos simplemente por la borda cuando pasaba una ola. El observador avanzado de la Marina Real británica asignado a la 50.ª División sonrió discretamente cuando vio a un oficial de alto rango, sentado majestuosamente en su jeep, ponerse hecho una furia al ver que los soldados se ponían a vomitar hacia el lado de barlovento y que el resultado de su incontinencia le caía a él encima. 45 Las consecuencias del mareo, sin embargo, no tendrían nada de gracioso. Cuando llegaron a las playas, los hombres se encontraban agotados.

Otros que tenían buenos motivos para sentirse malos de puro miedo eran los tripulantes de los tanques que debían lanzarse al mar. Eran Shermans DD, esto es tanques anfibios especialmente adaptados e impermeabilizados, provistos de hélices y un parapeto hinchable de lona. Lo que se pretendía con este invento era sorprender a los alemanes haciendo desembarcar tanques conjuntamente con la primera tanda de soldados de infantería. Irreconocibles en el agua, aparecerían de pronto suministrando apoyo de artillería contra los bunkeres y los cañones. Los tanques anfibios

no habían sido diseñados para funcionar en unas condiciones del mar tan desfavorables como aquéllas y algunos soldados, aterrorizados por su entrenamiento en Inglaterra con los equipos de emergencia Davis, ideados para los submarinos, se habían negado a «ser un maldito marinero en un maldito tanque». Sólo el comandante en jefe, de pie en la cubierta del vehículo detrás de la torreta, estaba por encima del nivel del agua. El resto de los tripulantes permanecían en su interior y el conductor no podía ver nada más que una tiniebla gris verdosa a través del periscopio. 46

El primitivo plan consistía en lanzarlos desde las lanchas de desembarco de tanques a unos 8.000 metros de la playa, fuera del alcance de los cañones alemanes, pero el mar estaba tan embravecido que fue preciso reducir esa distancia. El comandante Julius Neave, del 13.º/18.º de Húsares, recibió la siguiente orden: «¡Flotador, cinco mil!». Pero la Sherwood Rangers Yeomanry lanzó sus tanques mucho más cerca de las playas. Aun así, cinco tanques se fueron a pique lejos de sus dos escuadrones. La mayoría de los tripulantes lograron salir de los vehículos y fueron rescatados, pero varios hombres perecieron ahogados. Los batallones de tanques americanos que llegaron flotando tuvieron que hacer frente a otras dificultades mayores, en parte debido a las corrientes que había más al oeste, pero sobre todo porque uno de ellos recibió la orden de lanzarse al agua demasiado lejos de la playa.

La luz grisácea del amanecer empezó a revelar a los defensores alemanes la enorme magnitud de la flota situada frente a la costa. El cuartel general de la 352.ª División de Infantería empezó a recibir frenéticas llamadas de los teléfonos de campaña. A las 05:37, el 726.º Regimiento de Granaderos informaba: «En Asnelles [playa Gold] numerosas lanchas de desembarco con la proa hacia la costa están desembarcando. Unidades navales empiezan a abrir fuego y a lanzar andanadas contra las playas desde sus costados». Pocos minutos más tarde, el comandante en jefe de la división llamó a su superior, el general Marcks, al mando del LXXXIV Cuerpo. Propuso que, «a la luz de los nuevos acontecimientos», se hiciera volver al destacamento especial de tres batallones a las órdenes del teniente coronel Meyer, que había sido enviado a investigar los Explosivpuppen. Marcks dio su visto bueno. A las 05:52, el regimiento de artillería de la 352.ª División de Infantería informaba: «Entre sesenta y ochenta lanchas rápidas de desembarco aproximándose a Colleville [playa Omaha]. Unidades navales en alta mar demasiado lejos, fuera del alcance de nuestra artillería».

Cuando los soldados que iban en las lanchas de desembarco empezaron a ver la costa con más claridad, comenzó la última fase del bombardeo con naves lanzacohetes. Eran lanchas de desembarco para tanques especialmente adaptadas. En la superficie de la cubierta habían sido instalados mil armazones. Cada armazón llevaba cohetes de tres pies provistos de mecha, y bajo cubierta había otros mil de reserva. Los cohetes producían un ruido terrorífico al ser lanzados en salvas. Un soldado de los Hampshires que se dirigía a la playa Gold gritó a un compañero situado junto a él señalando el torrente de bombas y cohetes: «Imagínate que te pusieran una ración así en tu bandeja de desayuno». 49 Un oficial de la Marina Real británica al mando de una nave lanzacohetes se quedó helado de incredulidad cuando abrió el sobre con las órdenes secretas. El objetivo que le habían asignado en la desembocadura del río Dives era el elegante centro de veraneo de Cabourg. Como francófilo y proustiano devoto, se sintió aterrado. Cabourg era la Balbec de Marcel Proust, el lugar en el que se desarrolla *A Tombre des jeunesfilies enfleur*. 50

La terrible visión de las salvas de cohetes elevó los ánimos de los soldados que se disponían a atacar, pero los que se dirigían a la playa Omaha en las lanchas de asalto no pudieron ver que los cohetes «fallaban su objetivo por completo. Todas las andanadas se quedaron cortas y cayeron al agua». 51

Justo mientras llegaban las primeras tandas de invasores, el general Eisenhower contemplaba las buenas noticias enviadas por Leigh-Mallory acerca del número de bajas sufridas en el curso de la operación aerotransportada, que había sido mucho menor de lo esperado. El cuartel general de Ramsey se sintió asimismo profundamente aliviado al comprobar la forma en que se había desarrollado la operación naval. El hecho de que la fuerza de dragaminas saliera ilesa parecía un milagro. Eisenhower escribió un rápido informe para el general George C. Marshall en Washington, y luego elaboró un comunicado junto con su Estado Mayor. Los alemanes, sin embargo, hicieron una primera declaración en la que, para grata sorpresa del cuartel general del SHAEF, se afirmaba que el desembarco había tenido lugar en el paso de Calais. La Operación Fortitude y las actividades de diversión en la zona oriental del canal parecían haber funcionado.

Hacia seis meses que Roosevelt se había vuelto hacia Eisenhower en su coche oficial en el aeródromo de Túnez y le había dicho: «Bueno, Ike, vas a estar al mando de la Operación Overlord». Pero «el día más largo», como habría de llamarlo Rommel, no había hecho más que empezar. Pronto comenzaron a llegar noticias sumamente preocupantes del gran amigo de Eisenhower, el general Gerow, al mando del V Cuerpo encargado del ataque contra la playa Omaha.

7. Omaha

El objetivo de la 1.ª y de la 29.ª División de Infantería norteamericana era la playa Omaha, un sector de costa alargado que describía una suave curva. Vista desde el mar, la playa terminaba a la derecha en unos acantilados imponentes. A unos seis kilómetros más al oeste estaba el promontorio de la Pointe du Hoc. Era allí donde un batallón de Rangers tenía que escalar un acantilado desnudo con el fin de eliminar una batería alemana.

La principal franja de playa ascendía suavemente formando un banco de guijarros rematado por un rompeolas de poca altura. Detrás de este rompeolas había una pequeña zona de prados pantanosos, y justo encima se elevaba un empinado montículo arenoso cubierto de hierba marina. Esos montículos, cuya altura oscilaba entre los quince y los treinta metros, dominaban toda la bahía. A lo largo de este pequeño declive había, de izquierda a derecha, tres pueblecitos, Co-lleville-sur-Mer, Saint-Laurent-sur-Mer y Vierville-sur-Mer. Los montículos eran accesibles a través de cinco empinados valles o «ramblas». Ofrecían los únicos lugares por los que los vehículos podían ser sacados de la playa, y los accesos a esas salidas estaban cubiertos por fortines y baterías alemanas. Ese era el motivo de que el capitán Scott-Bowden advirtiera al general Bradley que Omaha era una posición formidable y difícil de atacar. 1

El general Leonard T. Gerow, al mando del V Cuerpo, había querido empezar la operación con la marea baja y protegido por la oscuridad. Rommel había ordenado la construcción del más temible sistema de obstáculos submarinos contra las lanchas de desembarco, utilizando postes minados, erizos hechos de vigas de acero y unas construcciones rectangulares llamadas «puertas belgas». Gerow sostenía que los ingenieros de combate y los equipos de demolición naval tenían que tener tiempo suficiente para limpiar una serie de canales que permitieran a las embarcaciones llegar a la playa con la marea baja sin exponerse a un fuego directo. Lo apoyaban sus subordinados de mayor rango y el almirante John L. Hall, al mando de la Fuerza Expedicionaria. Pero Eisenhower, Montgomery y Bradley insistieron en que había que atacar a las 06:30, media hora después del amanecer. El asalto iría precedido de un bombardeo naval y aéreo masivo. Los comandantes de la invasión creían que esta combinación conseguiría un efecto de sorpresa táctica y desbordaría a los defensores. En cualquier caso, no podían arriesgarse a comenzar el ataque en una playa varias horas antes que en las demás.

El primitivo plan de Gerow era atacar Omaha con dos divisiones a su mando, la 1.ª por la izquierda y la 29.ª por la derecha. Sin embargo, Bradley tenía mucha más confianza en la 1.ª División, la «Gran Uno Rojo», y en su excelente comandante en jefe, el general Clarence R. Huebner. La experiencia de esta última unidad y su eficacia en el combate durante los desembarcos en el Mediterráneo eran incomparables. Por consiguiente Bradley puso al mando a Huebner y simplemente le añadió el 116.º Equipo de Combate de la 29.ª División.

Bradley pensaba que Gee Gerow, que todavía no había estado al frente de una gran formación en una batalla, había recibido el mando de aquel cuerpo de ejército debido únicamente a su amistad con Eisenhower. Gerow, sin embargo, temía que los bombardeos aéreos y navales no funcionaran, y siguió convencido de ello incluso cuando Eisenhower le aseguró que iba a contar con el apoyo de «la mayor potencia de fuego reunida nunca sobre la faz de la tierra». Los acontecimientos demostrarían que Gerow tenía razón. Antes de la invasión, hizo al analista militar Basil Liddell Hart partícipe de sus preocupaciones «sobre si había sido tomada en cuenta suficientemente en nuestros planes la

importancia de lo inesperado». 4

Las primeras lanchas de desembarco, que transportaban al 116.º Regimiento de Infantería de la 29.ª División y al 16.º de Infantería de la 1.ª División habían abandonado las naves nodrizas a las 05:20. Tenían que realizar una travesía de más de una hora de duración en medio de un mar embravecido para desembarcar en la playa a la hora H. Los barcos más grandes estaban anclados al menos a diez millas de tierra, fuera del alcance de las baterías de costa alemanas. Durante la larga y tumultuosa travesía, más de diez lanchas se inundaron o volcaron. Quince minutos después, dos compañías del 741.º Batallón de tanques, que debían prestar apoyo a la 1.ª División de Infantería, lanzaron sus Sherman DD a cinco mil metros de la playa.

Como le había prometido Bradley en enero, el comandante Scott-Bowden estaba realizando de nuevo una misión de pilotaje de asalto junto con el sargento Ogden-Smith. Su barco piloto estaba tripulado por tres hombres, un teniente de la Marina de los Estados Unidos, un timonel y un marinero de origen mexicano que manejaba un cañón pom-pom cuádruple. El teniente que formaba parte de la tripulación de Scott-Bowden llamó a éste la atención sobre el hecho de que los LCT se habían detenido a 5.000 metros de distancia para lanzar al agua sus tanques. Scott-Bowden se sintió horrorizado. «El mar está demasiado picado», dijo. «Deberían entrar más.» Luego calificaría de «absoluta locura» la decisión de lanzar los Sherman del 741.º Batallón de Tanques a semejante distancia. 5

Veintisiete de sus treinta y dos tanques se fueron a pique y se hundieron. Sólo dos llegaron a la playa flotando en el agua. Otros tres no pudieron ser lanzados porque la rampa se atascó, de modo que la lancha de desembarco los llevó directamente a tierra. En total se ahogaron 33 miembros de la tripulación de los tanques. Los demás fueron rescatados más tarde. Los integrantes del 743.º Batallón de Tanques que alcanzaron la costa debieron su supervivencia al hecho de que tanto los oficiales del ejército como los de la Marina decidieron llevarlos consigo hasta la playa. 6 El general de división Percy Hobart, el cerebro gris de aquellos tanques anfibios, dijo a Liddell Hart diez días después que «los americanos los utilizaron de un modo muy chapucero». Pero sigue siendo objeto de debate si el tanque DD era realmente la respuesta adecuada al problema del apoyo que necesitaba la infantería en el espacio reducido de la playa Omaha. 8

Cuando todavía estaban a cierta distancia de tierra, Scott-Bowden y su tripulación se dieron cuenta de que unos bombarderos pesados 329 americanos atacaban desde detrás de donde ellos estaban. Para su desesperación, vieron que las bombas caían muy lejos de la cima del acantilado. Ninguna dio en la playa o en las posiciones alemanas que protegían las salidas de la playa. «¡Menuda forma de utilizarlos!», dijo enfadado Scott-Bowden al teniente. «¡Lo único que han hecho ha sido despertarlos!» En los treinta minutos que precedieron a la hora H, los Liberators y los Fortresses de la 8.ª Fuerza Aérea lanzaron trece mil bombas, pero ninguna cayó en la playa Omaha.

El Cuerpo Aéreo del Ejército de los Estados Unidos había realizado unas afirmaciones exageradamente optimistas acerca de su «precisión en los bombardeos». 9 Por desgracia, Montgomery, que aprovechaba cualquier oportunidad con tal de salvar las vidas de sus tropas de tierra, aceptó la idea sin rechistar y abandonó la doctrina británica favorable a efectuar los desembarcos por la noche. Tanto él como Bradley parecían haber olvidado el hecho de que las formaciones de bombardeo pesado seguían sin ser capaces de lanzar la mayor parte de su carga a menos de siete kilómetros de su objetivo.

Las formaciones de bombarderos aparecieron a las 06:05. Atacaron desde el mar para reducir su vulnerabilidad contra las baterías antiaéreas de la zona marcada como objetivo, en vez de seguir la línea de costa. Cuando llegaron a las playas, sus tripulantes se retrasaron varios segundos más

antes de lanzar su cargamento de bombas para no alcanzar a las lanchas de desembarco que se acercaban a tierra. Como consecuencia, todas las esperanzas excesivamente optimistas que abrigaban los mandos de tierra en el sentido de que el ataque aéreo iba a destruir las alambradas, los campos de minas y parte de las posiciones defensivas, se vieron totalmente frustradas. «Para lo que sirvió el bombardeo concentrado que llevó a cabo, el Air Corps podía haberse quedado tranquilamente en casa», observó airadamente más tarde un oficial de la 1.ª División. 10 Para empeorar las cosas, los cuarenta minutos asignados al bombardeo naval resultaron demasiado escasos para contrarrestar las defensas de la playa. El plan de Montgomery y Bradley no había conseguido ni sorprender ni desbordar al enemigo.

A los alemanes no habría hecho falta despertarlos, ni siquiera antes de que comenzara el bombardeo naval a las 05:50. Todas las baterías situadas a lo largo de ese sector de la costa estaban preparándose precisamente para unas prácticas de tiro. 11 La Feldkommandantur de la zona había ordenado al prefecto de Calvados que avisara a todos los pesqueros para que evitaran la zona en la madrugada del 6 de junio. Los habitantes de Vierville-sur-Mer, sin embargo, se despertaron sobresaltados al sentir el bombardeo naval que se abatía sobre el pueblo. Un obús destruyó la panadería matando a un empleado y al hijo pequeño de su dueño. Pero aunque varias casas fueron destruidas -la mujer del alcalde suspiró con alivio al encontrar su dentadura postiza entre las ruinas de su domicilio-, las bajas fueron milagrosamente pocas. Para mayor alivio de sus habitantes, los bombarderos que se internaron en la comarca pasaron completamente de largo sobre Vierville. Otros pueblos y granjas no fueron tan afortunados.

En un bunker denominado Widerstandsnest 73, cerca de la salida de Vierville-sur-Mer, un cabo primero de la 716.ª División de Infantería quedó pasmado ante la visión que le reveló el amanecer. «La flota de la invasión apareció en el horizonte como una ciudad gigantesca de grandes edificios en el mar, una cosa enorme», escribiría más tarde. Y el bombardeo naval parecía «un terremoto». Otro soldado asignado a un nido de ametralladoras en un «Tobrouk» cerca de la salida de Colleville se estremeció también cuando a la luz del amanecer apareció ante sus ojos la flota «que se extendía frente a nuestra costa hasta donde alcanzaba la vista». 14 Durante el atroz bombardeo naval, se vio de pronto a sí mismo rezando desesperadamente en voz alta. Pero en cuanto se pudieron divisar las lanchas de desembarco que se acercaban a la playa, oyó gritar a los camaradas de las posiciones vecinas: Sie kommen!, y supo que ellos también habían sobrevivido al bombardeo. Cargó su MG 42, la ametralladora alemana de fuego rápido, y esperó.

La capacidad que mostraron los alemanes para recuperarse rápidamente fue impresionante. A las 06:26, el cuartel general de la 352.ª División de Infantería tuvo conocimiento de que aunque «el bombardeo pesado» 15 había enterrado bajo los escombros varios cañones de la 716.ª División de Infantería, «tres de ellos ya habían sido desenterrados y colocados de nuevo en su sitio». Uno de los mitos de Omaha es que los defensores alemanes estaban equipados con el formidable cañón de 88 mm. Es posible que la 716.ª tuviera dos de ellos en algún lugar de la costa, pero incluso este dato es inseguro. La mayor parte de la artillería alemana desplegada en Omaha estaba formada por cañones checos de 100 mm. 16

En los años de posguerra surgió otro malentendido acerca de las fuerzas a las que tuvieron que enfrentarse los americanos en Omaha. Los servicios de inteligencia de los aliados habían subestimado el potencial de los alemanes en el sector, pero no hasta el grado en que muchos historiadores han supuesto después. La inteligencia del SHAEF conocía desde hacía tiempo la poca calidad de la 716.ª División de Infantería, que incluía tres batallones de Osttruppen integrados por prisioneros del Ejército Rojo. Esta formación de defensa estática era responsable de los sesenta

kilómetros de costa que van desde el estuario del Vire hasta el río Orne. Bien es verdad que el cuartel general del SHAEF había supuesto torpemente que la 352.ª División de Infantería, mucho más fuerte, seguiría en la zona de Saint Ló, a media jornada de marcha más al sur. Sin embargo, sólo dos de los batallones de infantería que la integraban y uno de artillería ligera habían sido situados cerca de Omaha, y no la división entera, como han afirmado muchas obras históricas.

El resto de la división del general Dietrich Kraiss estaba diseminada a lo largo de casi cuatrocientos kilómetros cuadrados entre la desembocadura del río Vire y Arromanches. Si el grupo de combate del teniente coronel Meyer, que representaba casi la mitad de las fuerzas de infantería de Kraiss, no hubiera sido enviado por la noche a investigar los «muñecos explosivos» lanzados al sur de Carentan en el curso de la Operación Titanic, las defensas alemanas desplegadas en Omaha habrían sido realmente formidables.^[9] Esa medida de diversión y el desafortunado despliegue de sus fuerzas que hizo Kraiss salvaron realmente a los aliados del desastre en este sector central de la invasión. Nada de esto, por supuesto, resta en absoluto importancia a las formidables posiciones defensivas a las que tuvieron que enfrentarse en Omaha la 1.ª y la 29.ª División.

En sus lanchas de desembarco, los integrantes de la primera oleada de tropas se habían sentido profundamente impresionados por la artillería pesada de los acorazados. Muchos compararon las gigantescas bombas que pasaban rugiendo sobre sus cabezas con «vagones mercancías». En un momento dado, las lanchas de desembarco, que habían estado dando vueltas frente a la costa esperando que llegara la hora H, se dirigieron a la playa. La falta de fuego hasta ese momento hizo abrigar esperanzas de que el trabajo de la Marina y de las Fuerzas Aéreas había sido llevado a cabo tal como se había planeado. Los soldados de infantería estaban tan apretados que pocos de ellos podían ver gran cosa por encima de los cascos de los individuos que tenían delante y de la elevada rampa de desembarco situada al fondo. Uno o dos, sin embargo, vieron peces muertos flotando en el agua, víctimas de los cohetes que se habían quedado cortos. 19 La lancha de asalto seguía «brincando como un caballo sin domar», de modo que muchos se limitaron a cerrar los ojos intentando luchar contra la desagradable sensación de 20 21 mareo. En aquellos momentos la lancha «apestaba a vómitos».

Debido al humo y al polvo levantado por el bombardeo, los timoneles se las veían y se las deseaban para reconocer los puntos de referencia. 22 Una lancha cargada de hombres de la 1.ª División desembarcó cerca de Port-en-Bessin, a más de quince kilómetros de distancia. Parte de sus tripulantes eran marineros jóvenes e inexpertos de la Marina Real británica. Se asustaron muchísimo cuando las baterías y ametralladoras alemanas empezaron a abrir fuego durante la fase de aproximación. Algunos quisieron bajar la rampa a cierta distancia de tierra. En una lancha que transportaba soldados del 116.º de Infantería, el sargento Willard Norfleet sacó un Colt del 45 e insistió: «¡Adelante!». No fue el único caso de obediencia a punta de pistola.

«Enseguida fuimos conscientes de que sonaba un ruido de tableteo cerca de nosotros», escribía un teniente de la Marina estadounidense, «y cuando vimos caer a un par de hombres sobre cubierta, nos dimos cuenta de que estábamos siendo tiroteados con balas de verdad por un enemigo que estaba vivito y coleando.» Algunos oficiales esperaban aún poder inspirar ánimos a sus soldados. «¡A ver si quedáis bien, hombres!», gritó uno cuando su lancha quedó varada en un banco de arena a corta distancia de la playa. «¡Es la primera vez en veinticinco años que las tropas americanas están aquí!» Cuando fueron bajadas las rampas, las ametralladoras alemanas concentraron sus disparos en la entrada. En muchos casos, las lanchas se habían detenido en bancos de arena a corta distancia de la playa.

El agua parecía cubrir poco, pero más adelante había hoyas bastante profundas. Los timoneles más expertos de la Guardia Costera norteamericana, sin embargo, sabían cómo parar el motor en el momento oportuno y dejar que la corriente arrastrara la lancha sobre los bancos de arena. Fueron esas embarcaciones las que lograron llegar directamente a la playa. 26

«Cuando bajó la rampa vimos que el tiroteo alcanzaba directamente a nuestra lancha», escribió un soldado del 116.º, que desembarcó en el sector occidental de Omaha. «Mis tres jefes de pelotón, que iban delante, y algunos otros hombres fueron alcanzados. Algunos saltaron por el costado. A dos marineros les dieron de lleno. Cuando salí, el agua me llegaba sólo a los tobillos. Intenté echar a correr, pero de pronto el agua me llegaba a la cintura. Nadé para ocultarme detrás del obstáculo de acero colocado en la playa. Las balas rebotaban en él y atravesaban mi mochila sin darme. Otras alcanzaron a muchos compañeros.» 27

Las lanchas seguían brincando entre las olas y «si te escurrías debajo de la rampa de metal, podías morir aplastado por ella». En algunos lugares, los hombres saltaron de la lancha y comprobaron que el agua los cubría. Muchos no sabían nadar. En su desesperación, la mayoría de los que caían en aguas profundas tiraban sus armas y se deshacían del equipo en su afán por sobrevivir. Algunos de los que iban detrás, al ver que sus compañeros se hundían por el peso del equipo, fueron presa del pánico. «Muchos fueron alcanzados en el agua, al margen de que fueran o no buenos nadadores», escribía el mismo soldado. «Se oían gritos de socorro de los heridos que se ahogaban agobiados por el peso de la carga... Había cadáveres flotando en el agua y hombres vivos que se hacían los muertos para que la marea los arrastrara a tierra.»

Un soldado que saltó en una poza de metro y medio de agua, comprobó que las «balas caían ante mis narices, a uno y otro lado y por todas partes. Justo allí y entonces pensé en todos los pecados que había cometido y nunca recé con tanta intensidad en toda mi vida». 29 Un integrante del 1.º Batallón del 116.º de Infantería, observó la suerte que corrió un suboficial devoto, el sargento Pilgrim Robertson. «Tenía una herida abierta en el extremo superior derecho de la frente. Caminaba como un loco por el agua sin casco. Entonces lo vi caer de rodillas y ponerse a rezar el rosario. En ese momento los alemanes lo partieron por la mitad con su terrible fuego cruzado.»

La perspectiva de atravesar la franja de playa que tenían ante ellos parecía imposible. La sola idea de intentar correr entre los bajíos, cargando un equipo tan pesado y con la ropa y las botas empapadas se antojaba una especie de pesadilla en la que las extremidades del cuerpo parecían entumecidas, como si fueran de plomo. Los soldados más abrumados por el peso de la carga tenían muy pocas posibilidades de salir adelante. Uno llevaba setecientas cincuenta cargas de ametralladora además de su equipo. No es de extrañar que después muchos hombres calcularan que las bajas habrían podido reducirse a la mitad si la primera tanda de soldados hubiera atacado cargando menos peso.

Se oían gritos en todas direcciones. «¡Me han dado! ¡Me han dado!» Un soldado de la 1.ª División de Infantería que había saltado en un punto en el que el agua le llegaba al cuello, avanzaba lentamente. Se sintió tan cansado que se tumbó a descansar en una zona de poca profundidad. «Todo parecía que fuera a cámara lenta, la forma en que los hombres se movían con todo el equipo encima. Cargados con tanta impedimenta no teníamos ni una sola oportunidad. Estaba tan cansado que no podía con mi cuerpo». Sólo sobrevivieron nueve de los treinta y un hombres que integraban su pelotón.

El fuego de las ametralladoras iba de un extremo a otro de la playa y «al chocar con la arena húmeda, hacía un ruido parecido a un "sip sip", como si alguien sorbiera». Un soldado vio a un compañero corriendo de izquierda a derecha, intentando cruzar. Un fusilero enemigo lo alcanzó y

cayó abatido. «Llamaba a gritos a un médico. Un enfermero corrió a ayudarlo, pero también le dieron. El asistente había caído junto al soldado y los dos estuvieron gritando hasta que murieron unos minutos después.» Algunos siguieron parapetados detrás de los obstáculos de la playa mientras las balas rebotaban a su alrededor, pero otros se dieron cuenta de que su única esperanza estaba en alcanzar el abrigo del rompeolas. La Compañía A del 116.º Regimiento, que había desembarcado enfrente de la rambla de Vierville, fuertemente defendida, en el extremo occidental de Omaha, sufrió el mayor número de bajas.

Mientras las ametralladoras alemanas convertían la playa y la orilla del agua en un matadero, su artillería disparaba contra las lanchas de desembarco. Como reconocería después el informe del V Cuerpo, la curva cóncava de la playa permitió a los alemanes hacer fuego «frontal y enfilado». 34 Un sargento de plana mayor de la 1.ª División que estaba en la parte oriental de Omaha fue testigo de cómo la lancha de asalto vecina era alcanzada de lleno por un disparo. Varios de los hombres que iban a bordo saltaron «por los aires a quince o veinte metros de altura». De los primeros tanques que desembarcaron, hubo pocos que resistieran mucho tiempo, pero sus cascos en llamas proporcionaron al menos un resguardo tras el que parapetarse.

Bajo aquel fuego intenso, los hombres de las unidades de demolición y combate de la Marina empezaron a realizar su tarea. «Nos pusimos a trabajar», escribe uno de ellos, «colocando bolsas de explosivo plástico en diversos obstáculos, corriendo de uno a otro y conectando el grupo conprimacord, un cable detonador de explosión instantánea. En algunos obstáculos había soldados que habían buscado refugio tras ellos. Les dijimos que avanzaran o que saltarían por los aires cuando lo hicieran los obstáculos. Al subir la marea, comenzamos a correr de uno a otro.» 36 Despejaron así una brecha de unos treinta metros para que pudieran penetrar hasta allí las siguientes lanchas de desembarco, pero la subida de la marea los obligó a salir del agua. «Aquella mañana sólo se despejaron tres de las dieciséis brechas.» Cuando el agua empezó a cubrir los obstáculos minados, los timoneles de las siguientes lanchas se vieron obligados a realizar una tarea todavía más peligrosa. Los peores temores del general Gerow se habían visto confirmados.

Aunque entre las primeras bajas hubo muchos oficiales y suboficiales, los soldados que lograron recuperarse del susto de la acogida dispensada por los alemanes se dieron cuenta de que tenían que atravesar la playa, aunque sólo fuera para seguir vivos. Un hombre de la 1.ª División originario de Minnesota contaría más tarde en una carta a los suyos cómo había avanzado en pequeñas carreras de apenas treinta metros. «Nunca en mi vida he rezado tanto.» Miró hacia atrás para ver lo que había sido del resto de su pelotón. «Era terrible. Gente muñéndose por todas partes. Los heridos incapaces de moverse, ahogándose al subir la marea, y los barcos ardiendo de mala manera mientras las oleadas sucesivas intentaban alcanzar la playa... Nunca he visto a tantos valientes capaces de hacer tanto... Muchos volvían e intentaban reunir a los heridos, consiguiendo sólo que los mataran.» Los que habían logrado cruzar no podían ayudar a nadie con fuego de cobertura. «Por lo menos el 80 por 100 de nuestras armas no funcionaban debido a la arena y al agua de mar.» En su afán de responder al fuego enemigo en cuanto desembarcaban, la mayoría de los soldados cometían el error de arrancar la cubierta impermeable de sus fusiles antes de llegar a tierra. Casi ninguna radio funcionaba debido al agua de mar, circunstancia que contribuyó en gran medida al caos.

Los mejor organizados corrían por pelotones en columna para minimizar la exposición al fuego de las ametralladoras. Un teniente del 121.º Batallón de Ingenieros de Combate volvió corriendo con un sargento a buscar a un hombre que tenía una pierna destrozada. Resultaba difícil llevarlo a rastras, de modo que el sargento lo cogió en brazos. Este fue herido mortalmente y al teniente le dieron en un

hombro. Otros soldados vinieron corriendo a ayudarlos y los arrastraron hasta la seguridad relativa del rompeolas. Los primeros ingenieros de combate que llegaron tuvieron que actuar como si fueran soldados de infantería. Habían perdido casi la mitad de sus pertrechos de demolición durante el desembarco. El fuego enemigo era demasiado intenso para que pudieran hacer nada hasta que llegaran los bulldozers blindados.

Mientras se aproximaba la segunda tanda de lanchas, los supervivientes de la primera las contemplaban con una sensación de angustia desde el ribazo de piedras situado debajo del rompeolas. «Algunos hombres lloraban, otros lanzaban maldiciones», recordaba un joven oficial del 116.º de Infantería. «Yo me sentía más un espectador que un participante real en la operación.» Tenía la boca seca de miedo, pero quería fumar a toda costa. Cuando fueron bajadas las rampas y las ametralladoras abrieron fuego, escribió un sargento originario de Wisconsin, «los hombres caían abatidos como caen las mazorcas de maíz de una cinta transportadora». 40 Unos cuantos de los que iban en la parte trasera de la lancha intentaron buscar refugio, y varios de los que ya estaban en el agua trataron de encaramarse de nuevo a la lancha para escapar. Las bombas que estallaban en el agua producían «grandes geiseres». 41

Un oficial que iba en esa segunda tanda recordaba que a unos trescientos metros de la playa había demasiado humo para ver lo que estaba ocurriendo, pero que podían oír todo el tiroteo. Ellos también habían dado por supuesto que la fuerza aérea de los aliados habría hecho su trabajo. «Algunos muchachos decían: "¡Los del 29.º son bien competentes! ¡Realmente se esfuerzan!". Pero cuando llegaron a la playa, se dieron cuenta de que eran los alemanes los que disparaban.»

Otro oficial del 116.º de Infantería dijo que en cierto modo aquello parecía que era un ejercicio de desembarco más, «otra miserable tarea de dos días con una ducha caliente al final». Al no estar seguro de si habían llegado a la playa debida, el oficial al mando de su compañía dijo al oficial de Marina que comandaba la lancha: «Llévanos allí, al fin y al cabo están combatiendo». Pero cuando se acercaron, reconocieron la rambla que pasaba por el pueblecito de Les Moulins, y comprendieron que habían dado con la playa correcta. «Hicimos que los hombres permanecieran con la cabeza agachada para que no pudieran verlo y no se desanimaran. Los tanques estaban todavía al borde del agua, algunos seguían disparando y otros estaban ardiendo. Los hombres de las compañías de asalto buscaban protección alrededor de esos tanques y dentro del agua. La mayoría de ellos estaban heridos y había muchos muertos flotando entre las olas.» 43

Cuando llegó a las 07:45, el capitán McGrath, del 116.º de Infantería, vio que la marea estaba subiendo muy deprisa y que la base del rompeolas estaba atestada de hombres. Junto con otros oficiales, trató de hacerlos avanzar. «Les hablamos e intentamos que nos siguieran. Pero ninguno nos hizo caso. Muchos de ellos parecían paralizados por el terror.» 44 Un Ranger vio a un teniente del 116.º de Infantería levantarse y volverse de espaldas al tiroteo. «Gritaba a los soldados que estaban acurrucados contra el rompeolas, encogidos, asustados, sin hacer nada ni conseguir nada. "Pero tíos, ¿os creéis que esto es de soldados?" Hizo cuanto pudo por organizar a las tropas del 116.º [que se habían refugiado] detrás del rompeolas, pero todo fue en vano.» 45 Un oficial de artillería, el capitán Richard Bush, que había desembarcado al frente del 111.º de Artillería de Campaña, describió a los soldados que vio. «Estaban hundidos y asustados. Muchos de ellos habían olvidado que tenían armas de fuego para usarlas.» Los oficiales al mando de batallones y compañías ordenaban a sus hombres que limpiaran las armas y a los que no las tenían les decían que recogieran las de los muertos. A algunos heridos les encomendaron la tarea de poner las armas a punto.

El capitán Hall, un auxiliar de cirujano asignado a la 1.ª División, observó las diferentes reacciones de los hombres sometidos a una tensión máxima. «Vi a un individuo que se acercaba al

barco en estado de "fuga", gritando y vociferando, agitando los brazos. Se había deshecho de todo su equipo... A muchos los alcanzaron en el agua y los heridos se ahogaban al subir la marea. Llamé a gritos a algunos y les insté a ponerse a nadar, y hubo quienes me hicieron caso. Muchos parecían no funcionar mentalmente. Simplemente estaban allí sentados o estirados. Podían mover sus miembros, pero no eran capaces de reaccionar ni de hacer nada. Varios oficiales empezaron a ir a buscarlos, pero los oficiales [de mayor rango] les decían a gritos que volvieran.» Unos cuantos heridos se apelotonaron al fondo de una lancha varada al ver que el agua iba subiendo. «Fueron cayendo uno a uno y ahogándose. Vi a uno que tenía una herida en el pecho y al que el agua cubría ya la cara... Un chico iba chapoteando por la arena... como si estuviera paseando. Alguien le gritó que se agachara mientras una ráfaga de ametralladora trazaba un círculo de salpicaduras de arena a su alrededor, pero salió sano y salvo.» 46 En cambio, un joven ingeniero, enloquecido por el terror, «empezó a correr arriba y abajo por la playa» hasta que «una bala lo mató».

El médico, que resultó herido cuando llegó al banco de guijarros, escribió que los hombres «estaban tumbados en las piedras húmedas, temblando de frío y de miedo». Lleno de admiración y asombro, observó a uno de sus asistentes médicos. «El cabo A. E. Jones, que siempre fue un canijo -58 kg de peso y 1,65 m de estatura-, era el último del que habría podido esperarme que hiciera algo espectacular. En medio de aquel tiroteo, cuando prácticamente nadie habría tenido la menor oportunidad de bajar a la playa y volver con vida, él lo hizo seis veces y trajo a varios hombres.» En una ocasión, fue a examinar a uno de los heridos y volvió donde estaba el capitán Hall para describir la lesión y preguntarle lo que debía hacer.

Los de infantería no eran los únicos que quedaron traumatizados. Tras desembarcar en el sector Fox Green de la playa, el sargento al mando de un tanque sufrió un ataque de nervios y ordenó a la tripulación que abandonara el vehículo. Tuvo que ponerse al mando un soldado raso. El sargento desapareció en una zanja y permaneció allí agazapado todo el día. Más tarde un comandante preguntó al soldado por qué no le había pegado un tiro. Otro Sherman chocó al desembarcar y quedó inmovilizado, pero siguió disparando a diversos objetivos hasta que la subida de la marea obligó a la tripulación a abandonar el tanque. La artillería alemana concentraba su fuego contra los Shermans, especialmente contra los tanques provistos de palas excavadoras. No menos de 21 de los 51 Shermans del 743.º Batallón de Tanques quedaron inutilizados. Los que se quedaron sin munición iban arriba y abajo por la playa relevándose unos a otros para dar protección a los soldados de infantería que debían cruzar aquel campo de la muerte. «Lo que nos salvó fueron los tanques», reconocería un soldado de la 1.ª División. 49

La llegada de más oficiales de rango superior con su correspondiente plana mayor comportaría la presencia de una autoridad que tan necesaria se hacía en aquellos momentos. Buena parte del caos existente, como luego afirmaría el informe del V Cuerpo, fue fruto de la llegada de las lanchas de desembarco al lugar equivocado, con la consiguiente separación de las unidades. Algunos sectores de la playa «estaban atestados de gente, y otros, en cambio, vacíos». 50 El grupo de mando del 116.º de Infantería, con el coronel Charles Canham a la cabeza, y el general de brigada Norman D. Cota, el segundo al mando de la 29.ª División, llegaron nadando y andando por el agua a la playa Dog White poco después de las 07:30. Encontraron refugio detrás de un tanque, y luego fueron corriendo hasta el rompeolas.

Cota, que compartía las dudas de Gerow respecto a la excesiva confianza de sus superiores en los bombardeos, era perfectamente consciente del potencial desastre al que se enfrentaban. Había visto cómo las olas inundaban los camiones anfibios DUKW que transportaban los obuses de 105

mm del 111.º Batallón de Artillería de Campaña. 51 Once de un total de trece se hundieron, en su mayoría cuando todavía estaban dando vueltas por la zona de encuentro. La artillería de la 1.º División no salió mejor librada. La Compañía de Cañones del 16.º de Infantería perdió sus seis obuses de 105 mm en los DUKW. El 7.º Batallón de Artillería de Campaña no consiguió desembarcar ningún cañón; la mayoría de estas armas se hundieron también con los DUKW.

Más en el interior, los obstáculos todavía no habían sido eliminados. Los ingenieros del 146.º Batallón Especial de Demolición Submarina habían sido desembarcados casi dos kilómetros más al este del punto que se les había asignado, debido sobre todo a las corrientes cruzadas. Cota y Canham mantuvieron un rápido intercambio de opiniones. Durante el desembarco no sólo se habían deshecho los batallones, sino también las compañías y los pelotones. Lo que tenían que hacer era obligar a los hombres a que, una vez que hubieran limpiado sus armas, siguieran avanzando entre las alambradas y los campos de minas hasta los promontorios con el fin de atacar las posiciones alemanas.

A las 08:00, mientras Cota buscaba un punto por el que atravesar la alambrada y dirigirse a la rambla de Les Moulins, tuvo lugar una escena terrible. Justo cuando una gran lancha de desembarco, la LCIL 91, se acercaba a la playa, explotó un proyectil de artillería y al parecer alcanzó el depósito de combustible de un soldado encargado de llevar un lanzallamas. «El hombre fue catapultado fuera de cubierta, destruyendo por completo el mamparo de estribor y cayendo al agua. El combustible ardiendo del lanzallamas cubrió la cubierta principal y la superestructura del barco... La LCIL, que era el cuartel general alternativo del 116.º, siguió ardiendo más de dieciocho horas, durante las cuales su arsenal de munición de 20 mm destinada a los cañones antiaéreos Oerlikon no paró de explotar.» Diez minutos más tarde, la LCIL 92 fue víctima de un accidente similar. Muchos ingenieros sufrieron graves quemaduras y tuvieron que ser arrastrados bajo un fuego intensísimo hasta el abrigo del rompeolas.

Cota decidió llevar a cabo un reconocimiento por la derecha mientras que Canham se dirigía a la izquierda con la intención de encontrar una salida de la playa. Poco después, Canham recibió un tiro en la muñeca derecha, pero hizo que se la vendaran y siguió adelante. Uno de sus soldados reconoció al «Viejo Cara Larga» con el «brazo derecho en cabestrillo y empuñando un Colt del 45 con su huesuda mano izquierda». Canham, «alto y delgado, con gafas de montura de alambre y un bigotito fino», era originario del sur; era él el oficial que había advertido a sus hombres que dos tercios de ellos iban a morir. Se movía de un lado para otro gritando a sus oficiales que sacaran a los hombres de la playa. «¡Sacad de una puta vez a esos hombres de la playa! ¡Id a matar a algún puto alemán!» Un teniente coronel que había encontrado un lugar donde resguardarse del fuego de los morteros gritó a su vez: «¡Coronel, usted cúbrase o lo matarán!». «¡Mueve el culo de una vez y sal de ahí!», replicó Canham. «¡Y saca a los hombres de esta puta playa!» 54

En la parte este de Omaha, el coronel George Taylor, al mando del 6.º Regimiento de Infantería de la 1.ª División, actuó de la misma manera. La falta de apoyo blindado de la 1.ª División tras el desastroso desembarco del 741.º Batallón de Tanques demasiado lejos del punto debido, hace que su gesta resulte aún más impresionante. El capitán Hall, el médico herido, observó cómo Taylor iba de un oficial a otro. «Tenemos que salir de la playa antes de que apunten los 88 contra nosotros», les decía. «Si vamos a morir, no será sin matar a unos cuantos alemanes.» 55 Junto al coronel Taylor estaba un oficial de la Marina británica que lucía una gran barba y que «sentado sobre sus posaderas y fumando, tenía pinta de aburrido». Taylor hizo además un famoso comentario a sus hombres: «¡En esta playa no hay más que muertos y los que van a morir! ¡Salgamos de una maldita vez de aquí!» 56

De hecho el primer embate contra Omaha ya había tenido lugar cuando parte del 2.º Batallón del 16.º de Infantería desembarcó entre Saint-Laurent y Colleville, y logró cruzar la playa sin sufrir más

que dos bajas. A las 07:35, la 352.ª División de Infantería alemana envió el siguiente comunicado al cuartel general del general Marcks: «Al noreste de Colleville una fuerza enemiga de entre 100 y 200 hombres ha penetrado en nuestras líneas». Los alemanes estaban claramente preocupados. Se ordenó a un batallón del «Destacamento Meyer» que se ocupara de la incursión realizada en las cercanías de Colleville, pero, según el cuartel general de su división, no cabía esperar que llegara «antes de hora y media». De hecho, los ataques aéreos de los aliados impidieron que llegara antes de última hora de la tarde. 57

El general de división Kraiss, sin embargo, vio enseguida que no podía desviar más tropas a Omaha. Como señala la historia oficial americana, la 50.ª División británica, que desembarcó en la playa Gold unos kilómetros más hacia el este, supuso «la amenaza inmediata más grave para los alemanes». Aunque su hora H había sido fijada una hora más tarde que el ataque de los americanos, «el asalto de los británicos logró penetrar las defensas costeras en algunos lugares durante las primeras horas». El flanco izquierdo de la 352.ª División quedó completamente expuesto, y el grueso de la Kampfgruppe de Meyer fue redirigido hacia Crépon con el fin de hacer frente a los ingleses. El propio Meyer murió ese mismo día un poco más tarde combatiendo contra los británicos en Bazenville. Sólo noventa de sus casi tres mil hombres volvieron a unirse a la división.

Aunque una compañía del 2.º de Rangers había desembarcado sufriendo un número desastroso de pérdidas junto a la Compañía A del 116.º en el extremo occidental de Omaha, el principal objetivo del resto del batallón era la batería situada en la Pointe du Hoc, mucho más allá del promontorio. Pero también a estos Rangers los perseguiría la mala suerte.

El teniente coronel James E. Rudder, el oficial al mando del 2.º de Rangers, se dio cuenta cuando se dirigía a la Pointe du Hoc de que el timonel de la Marina Real británica los conducía demasiado al este, casi al centro de la propia playa Omaha. Perdieron media hora luchando contra la corriente en torno a la Pointe du Hoc. Una vez que las embarcaciones estuvieron en posición al pie del acantilado, fueron utilizados garfios impulsados por cohetes, recurso inventado por los comandos británicos. Muchos de ellos se quedaron cortos, en parte porque las cuerdas pesaban demasiado a causa del agua, pero varios lograron agarrar y los primeros hombres empezaron a trepar por el acantilado. Se utilizaron también algunas escalas de la brigada antiincendios de Londres. Los alemanes no podían creer que los garfios procedieran de las lanchas de desembarco situadas al pie del acantilado. El cuartel general de la 352.ª División de Infantería fue informado de que «desde los buques de guerra en alta mar el enemigo dispara contra los acantilados bombas especiales de las que salen escalas de cuerda». 59

La guarnición alemana situada en lo alto del acantilado intentó repeler a los atacantes lanzándoles granadas, pero el fuego de apoyo de los destructores Satterke y Talybont, el primero norteamericano y el segundo británico, obligó a los defensores a permanecer agazapados durante los primeros momentos del asalto. El Satterlee permaneció al lado de los Rangers durante todo el día, dispuesto a prestarles ayuda. La valentía y la pericia de los primeros Rangers que escalaron el acantilado les permitieron hacerse con un puesto avanzado en la cima. Pronto vinieron a reforzarlos otros. Para su sorpresa, se dieron cuenta de que no había grandes cañones montados en la batería. Los cañones se encontraban un poco más en el interior y no tardaron en ocuparse de ellos.

El operador de radio de Rudder intentó enviar la señal de triunfo «Alabad al Señor», pero los aparatos no funcionaban debido al agua de mar. En cualquier caso, ya era demasiado tarde. El retraso en la consecución del objetivo supuso que el 5.º Batallón de Rangers, que había permanecido a la espera frente a la costa dispuesto a acudir como refuerzo, dio por supuesto que el ataque de sus

compañeros había fracasado. En consecuencia, siguió el plan alternativo y desembarcó en Omaha para apoyar al 116.º de Infantería, desde donde el general de brigada Cota lo envió a atacar los promontorios. 60

El batallón alemán del 916.º Regimiento de Granaderos situado en la Pointe du Hoc tardó incluso más en establecer comunicación. La 352.ª División de Infantería no se enteró hasta las 08:19 de que los Rangers habían logrado escalar el acantilado. 61 Los combates continuarían durante todo ese día y buena parte del siguiente, pues el 916.º contraatacó una y otra vez a los hombres de Rudder. Los Rangers se quedaron sin municiones y recurrieron a las armas de los alemanes, quitándoselas a los enemigos muertos. La solución se revelaría sumamente peligrosa cuando finalmente llegara una tropa de refuerzo.

No lejos de la primera gran lancha de desembarco que aún estaba en llamas, Cota escogió un sector del rompeolas en el que había un terraplén unos cinco metros más allá. Dijo a un soldado armado con un fusil Browning automático que no permitiera asomar la cabeza a los alemanes del promontorio situado encima. Supervisó luego la colocación de los torpedos Bangalore debajo de las alambradas. Cota había dicho además al teniente coronel Max Snyder, del 5.º de Rangers, que abriera en ellas brechas de esa misma manera, que avanzara hacia el interior y girara luego a la izquierda para atacar las fortificaciones alemanas de la Pointe et Raz de la Percée.

Una vez voladas las alambradas y con el humo provocado por las hierbas marinas que se habían puesto a arder como consecuencia de las bombas lanzadas desde los barcos, Cota decidió que había llegado el momento de hacer un ataque por el tramo de prado pantanoso que conducía al pie del promontorio. El primer soldado que cruzó las alambradas, sin embargo, fue alcanzado por una ráfaga de ametralladora. «¡Médico!», gritó. «¡Médico! ¡Me han dado!» Estuvo gimiendo y quejándose unos minutos. «Finalmente murió tras musitar "¡Mamá!" varias veces.» 62 Los demás hombres estaban tan abatidos, que Cota tuvo que ponerse a abrir la marcha para conseguir que se pusieran en movimiento. Pronto una sola hilera de fusileros del 116.º había pasado el promontorio y avanzaba hacia la cima. El humo producido por la hierba en llamas era tan denso, que los que no habían tirado las máscaras antigás tuvieron que ponérselas.

A las 08:30, Cota volvió para reunirse con Canham en el puesto de mando que éste había improvisado al pie del promontorio. La atención de todos se dirigió hacia un soldado americano que avanzaba llevando delante de él a cinco prisioneros alemanes con las manos en la nuca. Pero una ráfaga de ametralladora disparada desde arriba por el enemigo mató a los dos primeros prisioneros. Los tres restantes se pusieron de rodillas y volviéndose hacia el nido de ametralladoras empezaron a suplicar que no les dispararan, pero otro de ellos recibió un tiro en pleno pecho. 63

De repente, los alemanes, dándose cuenta de que la mayoría de los soldados americanos se protegían detrás del rompeolas, empezaron a utilizar contra ellos sus morteros. Al estallar las descargas, los guijarros salían volando como si fueran metralla. Una bomba de mortero cayó junto al grupo de Canham, causó la muerte a dos hombres situados cerca de Cota y lanzó al operador de radio a seis metros de distancia colina arriba. 64 Trasladaron el puesto de mando rápidamente, pero seguían sin tener contacto con la 1.ª División, que se hallaba más a la izquierda. Las comunicaciones se habían roto por completo. Para complicar aún más el problema de las radios estropeadas por el agua salada, los fusileros alemanes habían centrado su puntería en los radiotelegrafistas, cargados con una pesada impedimenta, mientras intentaban cruzar la playa con sus mochilas de casi cincuenta kilos.

La falta de contacto con tierra inquietaba al general Gerow, que esperaba noticias en el puente de su buque insignia, el Ancón, de la Marina de los Estados Unidos, a diez millas de la costa. Ya se había alarmado al ver cómo el mar embravecido lanzaba las lanchas de desembarco de un lado para otro y hundía a varias de ellas. Llegaban informes confusos, sobre todo de los tripulantes de las lanchas que regresaban para cargar la siguiente tanda de soldados. A las 09:15 recibió un mensaje del buque de control situado frente al sector Easy Red de Omaha. «Embarcaciones y vehículos amontonados en la playa. Tropas atrincheradas en la playa. El enemigo sigue disparando hasta que las lanchas quedan varadas.» 65 Gerow se enteró también de que los ingenieros eran incapaces de abrir pasos entre los campos de minas y de que «el fuego de los francotiradores y las ametralladoras enemigas parece concentrarse en los oficiales y los suboficiales».

Gerow informó de la situación a Bradley a bordo del Augusta, de la Marina de los Estados Unidos. Bradley empezó incluso a sopesar la posibilidad de abandonar Omaha y desviar a las siguientes oleadas de tropas a la playa Utah o al sector británico. La situación en muchos lugares de Omaha, sobre todo en torno a la salida de Vierville, era horrorosa. Pero, a pesar de la impresión general de caos absoluto, algunas tropas lograron desembarcar casi sin encontrar resistencia y se abrieron paso hasta la escarpadura sufriendo relativamente pocas bajas, como ya había demostrado la 1.ª División cerca de Colleville. Incluso en la segunda oleada de la 29.ª División, la Compañía C del 116.º vivió un desembarco relativamente fácil a las 07:10, a unos mil metros a la izquierda de su objetivo. 66 Perdió sólo 20 de sus 194 hombres cruzando la playa hasta el rompeolas, y cuando empezaron a escalar el promontorio contaron además con la ayuda del humo provocado por la hierba marina que se puso a arder como consecuencia del bombardeo naval. 67

El comandante S. V. Bingham, el oficial texano al mando del 2.º batallón del 116.º de Infantería, comunicó que en su grupo de lanchas de desembarco «todo el mundo llegó a tierra sano y salvo» a la altura de Dog Red. 68 Uno de sus oficiales comentó que «el fuego enemigo no era tan duro como me imaginaba que iba a ser». 69 Sin embargo, una de las compañías de Bingham, que desembarcó un poco más abajo, sufrió muchas bajas. Bingham condujo a unos cincuenta hombres a través del rompeolas y de las alambradas hasta una casa de tres pisos que había debajo del promontorio rodeado de trincheras. «Nadie tenía armas que funcionaran», señaló, de modo que se metieron en las trincheras para limpiarlas. Despejaron la casa, aunque la escalera había quedado destruida por los bombardeos. Una vez comprobado que era segura, Bingham condujo a sus hombres directamente al promontorio que quedaba delante de ellos. Se abrieron paso otros cuatrocientos metros tierra adentro, y a continuación giraron hacia la izquierda, en dirección a Saint-Laurent-sur-Mer, pero se encontraron con un fortín alemán instalado en una granja a las afueras del pueblo. El capitán Cawthorn, en el puesto de mando del batallón, se hallaba dando órdenes a voz en grito cuando un trozo de metralla le dio en la cara. Le entró por un carrillo y le salió por el otro sin dañarle la mandíbula, simplemente porque tenía la boca abierta en el preciso instante del impacto. Un oficial que llegó poco después notó que «escupía sangre al hablar, pero no parecía darle importancia». 70

La situación de caos reinante en la playa y dentro del agua no había mejorado mucho a las 09:30. «No era más que una gran masa de restos, de hombres y materiales», informaría más tarde un oficial. Había vehículos incendiados y otros todavía en llamas, cadáveres y material abandonado disperso en todas direcciones. Las olas seguían arrastrando cuerpos muertos, como si fueran troncos, que eran depositados al borde del agua. Un soldado comentó: «Parecían las figuras del Museo de Madame Tussaud. Como de cera. Ninguno daba la sensación de ser real». En algunos lugares el borde del agua estaba bloqueado por lanchas de desembarco averiadas o destruidas. Mar adentro el caos era aún mayor. El coronel Benjamin B. Talley, ayudante de jefe del Estado Mayor de Gerow,

comunicó que las lanchas de desembarco andaban perdidas por el agua como «una manada de reses en estampida». La Marina no sabía qué lanchas debían seguir adelante y cuáles debían ser retenidas. Pero aunque muchos de los vehículos que habían desembarcado estaban inservibles, los tanques de refuerzo empezaban al menos a marcar la diferencia, si bien varios perdían la oruga cuando intentaban maniobrar en la playa. Cambiar la oruga al aire libre bajo el fuego de los morteros y las ametralladoras exigía un valor extraordinario.

El curso del combate contra los reductos fue poniéndose poco a poco en contra de los defensores. En un caso, los ingenieros lograron colocar un camión cargado de dinamita junto a uno de ellos. «Encendieron la mecha y lo hicieron volar. Cuando entraron, encontraron los cuerpos de los alemanes intactos, como si los explosivos no les hubieran afectado, echando sangre por la nariz y por la boca. Habían muerto por conmoción cerebral.» Las armas más eficaces eran los cañones de los destructores, ocho americanos y tres británicos, que navegaban en paralelo a la costa y peligrosamente cerca de las posiciones de bombardeo alemanas. Sus cañones se calentaron tanto que fue preciso echar mano a equipos de marineros provistos de mangueras para enfriarlos. Muchos soldados desembarcados en Omaha llegaron a creer más tarde, y no sin razón, que aquellos destructores adelantados los sacaron del apuro. La mayoría de los oficiales de infantería pensarían después que el apoyo naval habría sido mucho más eficaz si los destructores más próximos a la costa hubieran apuntado contra los fortines desde el primer momento, en vez de que los acorazados dispararan a ciegas desde la distancia.

Los tanques desempeñaron también un papel importante. Un alemán superviviente del 2.º Batallón del 726.º Regimiento de Granaderos recordaba el mensaje de despedida enviado desde un bunker cuando atacaron los Sherman: «Lebt wohl, Kameraden!», «¡Adiós, camaradas!». Y a continuación se interrumpió la comunicación. Afirmaba también que los «supervivientes del "nido de resistencia" fueron ejecutados brutalmente en contra de la Convención de Ginebra con la excepción de sesenta y seis prisioneros, la mitad de los cuales estaban heridos». 76

Aunque no tenemos confirmación de este incidente en ninguna de las versiones americanas, hubo casos de ejecuciones ilegales, motivadas sobre todo por la violencia del miedo reprimido y por el deseo de venganza después de la muerte de tantos compañeros. «Había un alemán moribundo, no sé qué rango tenía», escribía un reportero del Baltimore Sun que presencié la escena a última hora del día. «Estaba totalmente inconsciente en ese momento, pero recuerdo que a su alrededor había un puñado de soldados rasos mirando, hasta que uno cogió su carabina y le metió una bala en la cabeza diciendo: "Esta acabará con el hijo de puta", y desde luego que acabó.»

Algunos soldados americanos estaban convencidos de que ciertos franceses, no sólo hombres, sino también mujeres, habían tomado parte en el tiroteo ayudando a los alemanes. «Nos encontramos con civiles que nos disparaban con fusiles alemanes y actuaban como observadores al servicio de la artillería. Les pegamos un tiro.» Los soldados americanos también fusilaron a los prisioneros de guerra alemanes que se movían de forma inesperada, pues debido a su estado de nervios temían que pudiera tratarse de una trampa. Hubo también, no obstante, ejemplos de humanidad. Un radiotelegrafista del 5.º de Rangers que recibió la orden de quitarles todos sus papeles a los prisioneros, reunió las fotos familiares que llevaban encima y se las volvió a meter en los bolsillos sin que nadie se diera cuenta.

Los prisioneros apenas musitaron: «Danke sebón!». Otro Ranger encargado de escoltar a unos prisioneros de guerra hasta la playa, tropezó y cayó en un gran cráter producido por una bomba. Tres prisioneros saltaron tras él. El hombre pensó instintivamente que iban a matarlo. Pero le ayudaron a levantarse, recogieron su fusil y se lo entregaron. Evidentemente no deseaban volver a su unidad para

A las 10:46, el coronel Talley envió un mensaje por radio al Ancón, de la Marina estadounidense. «Las cosas empiezan a pintar mejor.» Pero el sistema de desembarco seguía siendo un lío terrible. Había un retraso enorme. Y a menudo llegaba el tipo de vehículo o de pertrechos que no debía, mientras que los cargamentos más necesarios eran retenidos. Muchos oficiales señalaron más tarde que hasta que la playa quedara asegurada, sólo deberían haber sido desembarcados la infantería, los tanques y los bulldozers blindados.

El general de brigada Cota estaba, como es natural, impaciente. Subió al promontorio para ver cómo avanzaban los fusileros que había mandado por delante. Los encontró en el pequeño tramo de terreno llano, bloqueados por el fuego de las ametralladoras. Con el Colt del 45 automático en la mano, Cota avanzó entre sus hombres diciendo: «¡Venga! ¡Vamos a ver de qué estáis hechos!». Se lanzó a la carga al frente de ellos tras ordenarles que dispararan mientras avanzaban contra los setos y las casas. Llegaron a una pequeña carretera a unos trescientos metros tierra adentro. Un oficial se encontró con «un alemán muerto. Cuando lo mataron tenía un cigarrillo a medio fumar entre los dientes». Parece que casi todos los soldados recuerdan al primer alemán muerto que vieron. A un Ranger le «llamó la atención el aspecto gris, céreo» del primero que vio. 82 Un soldado de la 1.ª División recordaba incluso el nombre del primer cadáver que encontró. «Se le había caído el casco y pude ver impreso [en su interior el nombre] Schlitz.» 83

El grupo mixto formado por hombres de la 29.ª División y algunos del 5.º Batallón de Rangers -con «un Ranger sin casco llevando orgullosamente un MG42 que había capturado»-se abrieron penosamente paso hacia el oeste a ambos lados de aquel sendero hasta Vierville-sur-Mer. Se encontraron de pronto por encima de la salida Vierville. Los detuvo de nuevo el fuego de las ametralladoras, de modo que Cota se puso otra vez al frente de la fila y envió a un grupo por un flanco para obligar a los alemanes a retirarse.

Fue más o menos por entonces cuando apareció la Compañía C del 116.º, que había logrado abrirse paso tras realizar un desembarco relativamente cómodo gracias a la humareda provocada por el incendio de las hierbas marinas. Cuando doblaron siguiendo la escarpa hacia Vierville, se encontraron con el general de brigada Cota, «que hacía girar rápidamente su pistola con un dedo con absoluta tranquilidad». «¿Dónde diablos os habíais metido, chicos?», preguntó. Les ordenaron que avanzaran hacia el oeste de Vierville.

Apareció también el coronel Canham, que había remontado el promontorio al frente de otro grupo. Canham y Cota parlamentaron y decidieron que aquellos grupos del 1.º Batallón del 116.º debían seguir adelante hasta Pointe et Raz de la Percée. Aquella fuerza mixta sería apodada la «brigada bastarda» de Cota. Los nombres del 116.º decían de los Rangers que «individualmente eran los mejores combatientes con los que habíamos trabajado, pero no era posible ponerlos a trabajar juntos en equipo».

Cada vez más grupos fueron subiendo el promontorio, pero tuvieron que vérselas con campos de minas reales y ficticios. Cada uno intentaba pisar exactamente en el mismo sitio en el que lo había hecho el hombre que lo precedía. El hecho de encontrarse con heridos y muertos por el camino hacía que todos se concentraran. Un soldado de la 29.ª División recordaría que cuando trepaba por la colina, en medio de la hierba marina, vio de pronto a un teniente que había perdido la pierna hasta la altura de la rodilla como consecuencia de una explosión. «Aquellos huesos astillados que le salían claramente de la rodilla eran blanquísimos. Me dijo: "¡Soldado, cuidado con esas minas!"» 86 Esta

muestra extraordinaria de sangre fría no fue un caso aislado. Un soldado del 115.º que ascendía por el promontorio se encontró a un hombre en el suelo. «Cuando me acerqué hasta él comprendí por qué estaba tumbado allí. Había pisado una mina y la explosión le había arrancado la mitad del pie derecho. Se había arrellanado de manera bastante cómoda y estaba fumando un cigarrillo. Avisaba a casi todos los que pasaban por allí de que había una mina escondida en el suelo más o menos a un metro de donde él se encontraba». 87

Aunque la «brigada bastarda» de Cota y otros grupos se habían adentrado en el país a medio día, por la rambla de Vierville no había aparecido todavía ningún tanque procedente de la playa. Un buque de guerra de la Marina estadounidense había estado bombardeando esa salida. «En el ambiente flotaba el humo, el polvo provocado por el hormigón hecho trizas y el sabor acre de la cordita de las bombas estalladas.» Poco después de las 12:30, cuando cesó el bombardeo, Cota bajó por la rambla al frente de una patrulla, y por el camino aceptó la rendición de varios alemanes aterrados. Por lo que les contaron unos civiles franceses en Vierville, a los que encontraron bebiendo leche en una tienda, se enteraron también de que unos cuatrocientos alemanes habían abandonado el pueblo cuando los cañones de los barcos empezaron a abrir fuego. Al final del sendero había un muro antitanque y un pequeño campo de minas. Un prisionero alemán fue obligado a abrir la marcha al atravesarlo, y todo el mundo siguió exactamente sus huellas. En el paseo marítimo pudieron ver los cadáveres tendidos sobre la playa, los tanques volados y a los hombres que seguían buscando refugio al abrigo de las villas situadas en primera línea de playa. Cota dijo a sus oficiales que siguieran avanzando y ordenó a los ingenieros que volaran el muro antitanque.

Más adelante, encontraron en la playa a otros hombres que habían buscado refugio junto al promontorio. En las inmediaciones había un bulldozer abandonado. Llamó a gritos a los soldados y les dijo que acababa de bajar por la rambla desde lo alto. «No hay más que unos cuantos fusileros en el acantilado, pero ya están quitándolos de en medio. ¿Tiene alguno de vosotros agallas suficientes para conducirlo?» Finalmente encontró a un hombre capaz de llevarlo por la salida de Vierville con su provisión de dinamita, que se necesitaba con urgencia. Cota siguió adelante hacia la siguiente salida de la playa, cerca de Les Moulins, donde se había congregado el personal de su cuartel general. Dictó una marea de órdenes. 90

Cota continuó su avance hacia el este para reunirse con el general de brigada Weyman, vicecomandante en jefe de la 1.ª División. Probablemente Weyman no tuviera un aspecto muy marcial, pues se había envuelto en una manta debido a que su ropa había quedado empapada durante el desembarco. Se confirmó que el 116.º iba a seguir despejando la zona al oeste de Vierville en dirección a Grand-camp, y que el 115.º Regimiento, el grupo de combate complementario de la 29.ª División, que había empezado a desembarcar en el sector Fox Green a las 11:00, avanzaría hacia el interior en dirección a Longueville. Cota regresó a su puesto de mando. Es evidente que no le gustaron algunas cosas de las que vio. «Algunos soldados de la 6.ª Brigada Especial de Ingenieros que habían abierto unas cuantas trincheras poco profundas para protegerse de la artillería, estaban comiendo tranquilamente sus raciones K, mientras a su alrededor yacían los cuerpos de los muertos y los moribundos.» Pero nadie podía reprochar nada a los sanitarios, que se dedicaban a retirar a las víctimas de las minas antipersona colocadas en el promontorio.

La acumulación de tropas no tardó en acelerarse. A las 12:30, los americanos habían desembarcado en Omaha a dieciocho mil setecientos setenta y dos hombres. 91 Media hora después, una compañía del 16.º Regimiento de Infantería de la 1.ª División, apoyada por hombres del 116.º de Infantería de la 29.ª, empezó a atacar Collevüle-sur-Mer. Un par de informes afirman que muchos de los alemanes que había en Colleville estaban borrachos, y que a algunos les parecía

gracioso gritar las órdenes en inglés. Los americanos se abrieron paso combatiendo, pero luego vieron cómo eran bombardeados por su propia artillería naval y sufrieron ocho bajas. El humo de la cordita era tan intenso que toda la Compañía G, incluidos los sanitarios encargados de atender a los heridos, tuvieron que ponerse las máscaras antigás. Las señales con bengalas amarillas no lograron imponer el alto el fuego, pero finalmente cesó el bombardeo del buque de guerra. Sólo un poco más tarde el cuartel general de la 352.ª División de Infantería alemana se enteró de que los americanos habían rodeado la población, tras recibir un mensaje en el que se notificaba que «los heridos no pueden ser llevados a la retaguardia». 92

El 18.º de Infantería de la 1.ª División siguió adelante, flanqueando Colleville, mientras proseguían los combates en esta localidad. El 115.º de Infantería de la 29.ª División también había continuado avanzando hacia el interior y había atacado Saint-Laurent. Al cabo de un rato, a las 14:15, fueron identificados por sus nóminas los primeros prisioneros de la 352.ª División de Infantería alemana. «No podía dar crédito a mis ojos», escribiría poco después de la batalla un oficial de inteligencia, sorprendido de que no fueran advertidos de su presencia. 93

Una vez eliminado en la playa casi todo el fuego observado, los bulldozers blindados lograron despejar algunos tramos para acelerar la llegada de más tropas y más vehículos. Los tanques calcinados fueron arrastrados o apartados a un lado, e incluso las lanchas averiadas fueron remolcadas y quitadas de en medio. Un ingeniero que acompañaba a la 1.ª División dijo que el olor a carne quemada hizo que le costara trabajo comer durante varios días. 94 Las cuadrillas de demolición siguieron volando los obstáculos de playa colocados por los alemanes. Para retirar los objetos que pudieran ocultar bombas trampa, utilizaban garfios atados a maromas largas. Seguían cayendo bombas de la artillería enemiga -el fuego de los cañones alemanes continuaría «repasando» la playa de un lado a otro-, pero muchas explosiones que parecían bombas eran minas que estallaban u obstáculos que eran volados por las cuadrillas encargadas de despejar la zona.

Los equipos médicos también trabajaban a una velocidad frenética. Muchos heridos, especialmente los afectados por la conmoción, eran doblemente vulnerables al frío. Unos soldados fueron enviados a recuperar mantas de una lancha que había naufragado y a reunir prendas de vestir extra que obtenían quitándoselas a los muertos. Los sanitarios a menudo no podían hacer nada más que administrar morfina y atender de cualquier manera las heridas superficiales, como las que producían en las nalgas los fragmentos de mortero. Algunos heridos eran casos desesperados. «Ví a un soldado joven totalmente pálido y llorando de dolor sin disimulo», escribió un capitán del 60.º Batallón Médico, «con los intestinos al aire debajo del uniforme. No había nada que yo pudiera hacer, excepto inyectarle morfina y consolarlo. No tardó en morir.» 95

Los médicos trataban a los que padecían fatiga de combate con nembutal para sedarlos. Se aplicaban bolsas de plasma mediante gotero a los que perdían demasiada sangre, circunstancia que delataba el color amoratado de las manos. No obstante, a pesar de las mantas y el plasma, muchos morirían a consecuencia de la conmoción y de la exposición a la intemperie durante la noche. 96 Las bajas de todo tipo pudieron al fin ser devueltas a los buques en lanchas de desembarco vacías, pero los que fueron heridos en las zonas más solitarias tuvieron que esperar largo tiempo a ser atendidos. Debido al caos del desembarco, en algunos sectores seguía sin haber equipos sanitarios. El batallón médico de la 1.ª División había sufrido tantas pérdidas durante el desembarco que tuvo que centrarse en primer lugar en atender a sus propias bajas. Los soldados heridos en los campos de minas en lo alto de los promontorios fueron los que más tiempo tuvieron que esperar, pues los ingenieros tenían que despejar el camino para llegar hasta ellos. Muchos permanecieron allí toda la noche hasta que pudieron ser auxiliados a la luz del día.

Los heridos fueron trasladados a barcos como el Samuel Chase o el Bayfield, o a LST adaptados temporalmente como buques hospitales para el viaje de vuelta. Desde las lanchas eran izados en camillas de red mediante una grúa. A bordo de los buques reinaba una «confusión organizada» entre los médicos que realizaban la labor de recepción y clasificación de los pacientes. Un soldado herido de repente se dio cuenta de que le faltaba la pierna derecha. Los sanitarios tuvieron que obligarlo a permanecer tumbado mientras gritaba: «¿Qué voy a hacer yo ahora? ¡Mi pierna! ¡Soy agricultor!».

A los moribundos se les aplicaba morfina y plasma, y luego «los dejaban solos para que fuera de ellos lo que Dios quisiera». Los marineros trasladaban los cadáveres en camillas al frigorífico del barco, solución que no resultó muy del agrado de los cocineros. Se sintieron aún peor cuando un cirujano empezó a llevar a cabo operaciones en su cocina. El Bayfield llevaba a bordo sólo a un cirujano militar experimentado, al que asistían otros médicos de la Marina que no estaban habituados a ese trabajo. La mayoría de los auxiliares médicos tampoco habían visto nunca heridas de combate. Uno de ellos se encontró con un Ranger que había recibido unas heridas terribles en la cabeza y no se dio cuenta de que lo único que le mantenía los sesos en su sitio era el casco. Cuando se lo quitó, al pobre hombre empezó a salirse la masa cerebral. «Intentó metérsela otra vez en el cráneo, pero sin mucho éxito.» Un médico trató de convencer al auxiliar horrorizado de que el soldado habría muerto de todas formas.

A las 17:21, el coronel Talley envió un mensaje por radio si Ancón, de la Marina estadounidense, diciendo que la playa permitiría «tráfico rodado y de vehículos con oruga» en la mayor parte de la zona situada por debajo de la marca de marea alta. El alivio del general Gerow fue considerable. Decidido a establecer el cuartel general de su cuerpo de ejército en suelo francés antes del anochecer, Gerow bajó a tierra. Cruzó la playa en un bulldozer blindado enviado por el coronel Talley para recogerlo, y llegó al puesto de mando a las 20:30. Éste seguía situado a quinientos metros del frente."

El general Charles H. Gerhardt, el diminuto ordenancista que estaba al mando de la 29.ª División, había desembarcado poco antes. Estableció su cuartel general y se puso a estudiar el mapa sentado en una caja de raciones C. 100 Los dos generales tenían muchas cosas sobre las que meditar: los próximos movimientos que iban a hacer y las bajas sufridas. Se comunicó que había más de dos mil hombres muertos, desaparecidos o heridos, y las cifras siguen sin estar claras.^[10] El autor de la historia oficial, Forrest C. Pogue, en el curso de las entrevistas mantenidas con los supervivientes, descubrió que «dieron por hecho que todos los demás habían muerto o habían sido hechos prisioneros. Este tipo de confusión de guerra fue el origen de los cálculos enormemente exagerados del número de bajas, aunque los peores estaban muy por debajo de lo que se temía antes del Día D». 101 El único hecho cierto es que en las primeras veinticuatro horas de la invasión perdieron la vida tres mil civiles franceses, cifra que duplica el número total de americanos muertos.

Aunque las bajas sufridas por los aliados el Día D fueron menores de lo que calculaban los responsables de elaborar los planes, no redujeron en absoluto la conmoción que supuso la matanza de la primera oleada de invasores en Omaha. La Compañía A del 116.º Regimiento de Infantería, perteneciente a la Guardia Nacional, se convirtió en símbolo de sacrificio, aunque no fuera demasiado representativo. Uno de los supervivientes de esa compañía se encontró a la mañana siguiente al general de brigada Cota. Éste le preguntó a qué unidad pertenecía. Cuando se lo dijo, Cota se limitó a asentir con la cabeza embargado por la tristeza. «Sabía mejor que yo que la Compañía A había quedado prácticamente..., bueno estaba fuera de combate.» Alrededor de cien de sus doscientos quince hombres habían muerto y muchos más habían resultado heridos

[Se ha creado el mito de que la mayoría de los muertos de la Compañía A eran originarios de Bedford, Virginia. En realidad, sólo seis de esos muertos eran naturales de la ciudad de Bedford, y el 6 de junio sólo prestaban servicio en la compañía veinticuatro individuos originarios del condado homónimo. Véase Morrison, James W., *Bedford Goes to War: The Heroic Story of a Small Virginia Community in World War II*. Lynchburg, VA, 2006, y Salaita, George D., «Embellishing Omaha Beach», en *The Journal of Military History*, abril de 2008, pp. 531-534].

Omaha se convirtió en una leyenda americana, pero en los combates que estaban por venir aguardaba una verdad más cruel. La media de pérdidas por división sufridas en Normandía por uno y otro bando superaría las sufridas por las divisiones soviéticas y alemanas durante un período de tiempo equivalente en el frente oriental [Las pérdidas alemanas en el frente oriental fueron por término medio inferiores a los mil hombres por división al mes. En Normandía esa media fue de dos mil trescientos hombres por división al mes. Los cálculos para obtener unas cifras comparables en el caso del Ejército Rojo resultan mucho más complicados, pero parece que las bajas fueron bastante menos de mil quinientos hombres por división al mes. Las bajas de los aliados en Normandía se acercan a unos dos mil hombres por división al mes por término medio. Para las bajas alemanas en el frente oriental y en Normandía, véase Zetterling, Niklas, *Normandy 1944, German Military Organization, Combat Power and Organizational Effectiveness*, Winnipeg, Manitoba, 2000, p. 434].

8. Utah y las fuerzas aerotransportadas

El amanecer del Día D trajo sólo un poco de claridad a las fuerzas aerotransportadas americanas dispersas por la península de Cotentin. Los elevados setos de los campos de Normandía les impedían orientarse bien. Para muchos, la luz del día significó por fin poder encender un cigarrillo sin temor a delatar su posición. También facilitó la tarea de localizar los contenedores y las cajas en los que iban los pertrechos. Un muchacho francés, con su carro tirado por un caballo, ayudó a un oficial del Estado Mayor de las fuerzas aerotransportadas en esa tarea. Los soldados alemanes también se aprovecharon de ese maná caído del cielo dentro de contenedores durante la noche. Se quedaron con un gran número de raciones K y de cajetillas de cigarrillos de los americanos. ¹

Los paracaidistas que habían sobrevivido al lanzamiento empezaron a formar grupos mixtos y a atacar los objetivos encomendados, aunque no podían comunicarse por radio con el cuartel general de su división. No obstante, se vieron beneficiados por la confusión mucho mayor reinante entre los alemanes. El corte de las líneas telefónicas por algunos grupos de paracaidistas y por la Resistencia había resultado una táctica muy valiosa. Las fuerzas alemanas que había en la península tampoco sabían muy bien cómo debían reaccionar. Desconocían dónde se concentraba el grueso de las fuerzas paracaidistas americanas, y carecían de liderazgo. El teniente general Falley de la 91 Luftlande-Division había muerto en la emboscada llevada a cabo cerca de su cuartel general, y el teniente general conde Karl-Wilhelm von Schlieben, comandante de la 709.ª División de Infantería, seguía ausente de su puesto.

Schlieben había pernoctado en un hotel de Rennes antes de participar en los ejercicios de maniobras sobre el mapa del 7.º Ejército previstos para aquel día. El teléfono sonó a las 06:30 horas, despertándolo. «Las maniobras han sido suspendidas», le informó un oficial del Estado Mayor. «Se solicita que regrese a su unidad.» Schlieben, dándose cuenta de que los aliados les habían tomado la delantera, ordenó a su chófer que cogiera la carretera que bordeaba la costa occidental de la península. El hombre condujo a toda velocidad y luego dobló hacia el interior, y únicamente se detuvo para recoger a un soldado alemán herido que encontraron junto a un seto al lado de la carretera. Schlieben podía oír un estruendo de cañones procedente del este.

Cuando a las seis de la mañana acabó el toque de queda, los civiles franceses comenzaron a salir de sus casas para averiguar qué había ocurrido aquella noche. En Montebourg, al norte de las principales zonas de lanzamiento, se reunieron en la plaza mayor, donde pudieron ver a unos «prisioneros americanos con el rostro tiznado» que eran vigilados por soldados alemanes. Los estadounidenses, guiñándoles un ojo, hicieron una «V» con los dedos en señal de victoria. Cuando se presentó el Ortskommandant, el alcalde no pudo resistir la tentación y le preguntó si ese día necesitaba mano de obra para plantar «espárragos de Rommel», las estacas que se colocaban para dificultar el aterrizaje de los planeadores. «No es necesario», respondió el oficial fríamente. Todos se dieron cuenta de que los alemanes estaban muy nerviosos.

La 82.ª División Aerotransportada había tomado Sainte-Mère-Eglise, su primer objetivo, pero había caído en una zona muy próxima a la de las principales unidades de la 91.ª Luftlande-Division, y sufriría numerosos contraataques. Su otro cometido era asegurar la línea que formaba el río Merderet con el fin de facilitar en el momento oportuno el avance del VII Cuerpo a través de la península. Resultó muy difícil, debido a lo dispersas que se encontraban sus unidades. Numerosos

grupos reducidos de paracaidistas consiguieron abrirse camino y llegar al paso a nivel de la Fiére, siguiendo las vías del tren. El general de brigada James Gavin, el segundo al mando de la división, condujo a un grupo más nutrido de hombres hacia el sur para colaborar en el asalto a Chef du Pont y a su puente.

Cuando se logró establecer una pequeña cabeza de puente en esa localidad a orillas del Merderet, el cirujano del 508.º Regimiento de Infantería Paracaidista tuvo que ponerse a operar en pleno campo sin apenas recursos. Todo el equipo médico se había perdido en la operación de lanzamiento. «Un soldado tenía la pierna arrancada por la rodilla, y lo único que le quedaba era el tendón rotuliano colgando. Y yo lo tenía ahí, yaciendo en aquella zanja, y le dije, "Hijo, voy a tener que amputar toda la pierna, y deberás comportarte otra vez como un héroe, porque no tengo nada que pueda utilizar como anestésico". Y me contestó, "Adelante, doctor". Cuando corté el tendón rotuliano, ni siquiera dio un gemido». 4

Otro oficial médico del mismo regimiento, que incluso había tenido que sostener en alto bolsas de plasma en medio del tiroteo, no tardó en caer prisionero. Los alemanes lo trasladaron al Feldlazarett, u hospital de campaña, que la 91 Luftlande-Division había instalado en el Château de Hauteville, a unos ocho kilómetros al oeste de Sainte-Mère-Église. Los médicos alemanes lo trataron con cordialidad, y llevó a cabo su trabajo, asistiendo a paracaidistas americanos heridos, con la ayuda de un sargento alemán que era sacerdote católico en la vida civil. 5

Aunque los estadounidenses eran superiores en número, la conquista del puente y la carretera de la Fiére fue una tarea muy ardua. Tomaron el objetivo, pero más tarde lo perdieron. La ubicación de las ametralladoras alemanas al otro lado del río era excelente. El propio río imposibilitaba que se pudiera rebasar sus posiciones por los flancos. La familia francesa que había salvado a tantos paracaidistas con su barca de remos había hablado a un oficial de las fuerzas aerotransportadas de la existencia de un lugar próximo por el que podía vadearse el Merderet, pero por alguna razón el militar en cuestión nunca llegó a pasar esa información. El vado sólo se aprovecharía más tarde, cuando otro soldado lo descubrió casualmente. 6

Algunos de esos grupos que cayeron desperdigados lo hicieron en las zonas pantanosas de la margen izquierda del Merderet. Se encontraron con espesos setos de zarzas y espinos y con pequeños destacamentos alemanes cómodamente instalados en casas normandas cuyas gruesas paredes de piedra constituían verdaderas posiciones defensivas naturales. Una vez más, la falta de comunicación con el grueso de las fuerzas americanas en la margen derecha del río hizo imposible coordinar sus esfuerzos.

Mientras que la misión de la 82.ª División Aerotransportada era retener el flanco occidental, la de la 101.ª consistía en prestar ayuda en las operaciones de desembarco en Utah, en la costa oriental de la península. Ello incluía la eliminación de las baterías alemanas y la ocupación de las carreteras y los caminos que cruzaban los pantanos en la zona del interior de la playa. En Saint-Martin-de-Varreville el grupo a las órdenes del teniente coronel Colé ocupó la batería alemana allí existente, que encontraron abandonada. A continuación, tomaron el extremo occidental de la carretera que partía de la playa Utah y cruzaba la zona inundada. Otros grupos, por su parte, se encargaron de proteger el flanco norte llevando a cabo acciones de asalto, lo que convenció a los defensores alemanes de su situación de absoluto aislamiento e inferioridad numérica. Sin embargo, la ocupación de las carreteras del sur, que desde la playa conducían a Sainte-Marie-du-Mont y a Pouppeville, tuvo que posponerse debido a la posición privilegiada de las ametralladoras alemanas.

Además de asegurar las carreteras para que la 4.ª División de Infantería pudiera avanzar desde la playa Utah a su llegada, la 101.ª Aerotransportada tenía la misión de apoderarse de la esclusa del

río Douve a su paso por La Barquette y ocupar dos puentes al noroeste de Carentan. Estas acciones permitirían más tarde que las fuerzas americanas lanzadas sobre Cotentin y la 29.ª División, que debía avanzar desde Omaha, se reunieran. La sorpresa la darían las fuerzas alemanas destacadas en Saint-Côme-du-Mont, entre Carentan y Cherburgo, cuyo elevado número las convertiría en la mayor amenaza en la zona.

Desde Carentan, el comandante Von der Heydte, que tres años antes había participado en la invasión por aire de Creta, había hecho avanzar a dos batallones de su 6.º Regimiento Paracaidista. Sus hombres, entre los más experimentados de las Fuerzas Paracaidistas de la Luftwaffe, resultarían unos adversarios formidables. Cuando amaneció, pudieron ver con asombro los numerosos paracaídas de distintos colores que yacían abandonados en los campos. Al principio se preguntaron si pertenecían a distintas unidades, aunque no tardaron en sacar sus cuchillos para cortarlos y hacerse con ellos bufandas de seda. Más tarde, el propio Heydte se adelantó aquella mañana para llegar a Saint-Côme-du-Mont, donde se subió a la torre de la iglesia. Desde allí pudo ver la enorme armada que formaban los barcos aliados frente a la costa. Para los paracaidistas americanos, el ruido del bombardeo naval sobre la playa Utah supuso la primera garantía de que la invasión procedía de acuerdo con lo establecido. Pero con la pérdida de tanto equipamiento y tantas municiones en los lanzamientos, y la concentración cada vez mayor de fuerzas alemanas contra ellos, todo dependía de lo rápido que llegara la 4.ª División de Infantería.

Los desembarcos en la playa Utah fueron los que salieron mejor, debido en gran medida a la buena suerte. Las fuerzas encargadas del bombardeo naval, al mando del contraalmirante Alan G. Kirk desde el crucero estadounidense Augusta, no eran menos potentes que las enviadas a Omaha. Kirk contaba con el acorazado americano Nevada, el monitor británico Erebus, los cruceros pesados estadounidenses Quincy y Tuscaloosa, el crucero ligero británico Black Prime y, para apoyo de proximidad, el crucero ligero británico Enterprise y doce destructores. En cuanto comenzó el bombardeo naval, la población civil francesa huyó de sus aldeas y buscó refugio en el campo para esperar, relativamente a salvo, el desarrollo de los acontecimientos.

El bombardeo, aunque no alcanzó a muchas posiciones de los alemanes, logró despejar buena parte de los campos de minas, en cuya efectividad había confiado el enemigo. Por su parte, los bombarderos medianos de la 9.ª Fuerza Aérea soltaron sus cargas mucho más cerca del objetivo en Utah de lo que lo hiciera la 8.ª Fuerza Aérea en Omaha, pero aun así su efecto sobre las posiciones alemanas fue mínimo. A los cohetes también les faltó precisión, pero parece que nada de eso importó.

Utah era responsabilidad del Vil Cuerpo, a las órdenes del general de división J. Lawton Collins, un líder dinámico al que sus hombres apodaban «Lightningjoe» («Relámpago Joe»). El asalto estuvo encabezado por el 8.º Regimiento de Infantería, incluido en la 4.ª División de Infantería del general Raymond O. Barton. La suerte desempeñó a todas luces un papel definitivo cuando la corriente empujó las lanchas de desembarco hacia el estuario del Vire. El 8.º de Infantería del coronel Van Fleet desembarcó a unos dos kilómetros al sur del lugar previsto, pero en un tramo de playa que estaba mucho menos defendido que el sector al que se suponía que debían haber llegado.

El estado más tranquilo del mar permitió también que no se perdiera ninguno de los tanques anfibios, con la excepción de cuatro de ellos que saltaron por los aires cuando la lancha de desembarco que los transportaba chocó con una mina. Uno de los tripulantes de esas lanchas los describiría como «unos monstruos marinos de apariencia misteriosa, que dependían de enormes

globos de lona en forma de roscón para mantenerse a flote, subiendo y bajando en medio del oleaje y esforzándose por mantener su formación mientras nos seguían». De hecho, la escasa resistencia encontrada en la playa supuso que los tanques tuvieran pocos objetivos a los que atacar. Incluso el desembarco de la artillería se resolvió sin pérdidas. En total, fueron doscientas las bajas de la 4.ª División de Infantería en el Día D, una cifra muy inferior a las setecientas provocadas por el ataque de un torpedero «S-boot» alemán durante el ejercicio de la Operación Tigre llevado a cabo en las costas de Slapton Sands, en Devon, en abril de ese mismo año.

El primer oficial de alto rango en poner pie en Utah fue el incontrolable general de brigada Teddy Roosevelt Jr., hijo de un antiguo presidente americano y primo de Franklin Delano Roosevelt. Teddy Roosevelt Jr. había apodado a su jeep con el nombre de «Rough Rider» («duro jinete») en honor a su padre. Al percatarse de que el 8.º Regimiento de Infantería había desembarcado en el lugar equivocado, decidió acertadamente que sería estúpido intentar trasladarse a la zona prevista. «¡Empezaremos la guerra desde aquí!», hizo saber.

Roosevelt, que en medio del fuego enemigo caminaba sin temor apoyado en su bastón, contaba con el afecto de los soldados, que apreciaban sus constantes bromas y chistes y su extraordinario arrojo. Muchos pensaban que en su fuero interno esperaba morir en el campo de batalla. Un comandante que desembarcó sin su vehículo fue caminando hacia la playa, donde lo primero que hizo fue buscar abrigo; entonces pudo ver al «general Roosevelt, sin hacer caso al tiroteo, paseando por el muro de la playa». 8 El «general Teddy» también era famoso por su predilección por llevar la gorra verde oliva de tela en vez de casco, costumbre por la que a menudo fue objeto de censura por parte de otros generales, pues consideraban que daba mal ejemplo.

El ataque llevado a cabo en la playa Utah contra el fuego de fusiles y ametralladoras aisladas fue «lo más parecido a una guerra de guerrilla», como diría un oficial de la 4.ª División. 9 Un joven oficial encontró divertido que un coronel se le acercara en medio del tiroteo y le preguntara: «Capitán, ¿cómo diablos se carga este fusil?». 10 A diferencia de Omaha, los alemanes no dispusieron de «fuego observado». En su lugar, se limitaron «a disparar a diestro y siniestro sobre toda la playa, siguiendo siempre un patrón distinto». 11 Pero el hecho de que ese combate fuera relativamente fácil no significa que los hombres no estuvieran atentos a las trampas tendidas por el enemigo. Un soldado del 8.º Regimiento de Infantería recordaba que sus oficiales habían ordenado que dispararan a cualquier soldado de la SS que capturasen, puesto que eran individuos «en los que no se podía confiar» y era probable que ocultaran algún artefacto explosivo o alguna 12 granada. Otro comentaba que «durante las reuniones informativas, nos comunicaron que cualquier civil que encontráramos en la zona de la playa y a cierta distancia tierra adentro debían ser tratado como soldado enemigo, disparado o acorralado».

En menos de una hora, las playas quedaron limpias de alemanes, creándose así una especie de anticlímax. «Hubo menos nerviosismo de lo esperado y no demasiada confusión.» En vez de ir abriendo pasos de cincuenta metros a través de los obstáculos, los ingenieros empezaron a despejar toda la playa al mismo tiempo. El contraste con Omaha no habría podido ser mayor.

El único factor común a las dos playas fue la supremacía aérea de los aliados. Para los soldados, la presencia de aviones Lightning, Mustang y Spitfire sobrevolándolos casi constantemente supuso una verdadera inyección de moral, aunque la aviación aliada no encontrara ningún aparato de la Luftwaffe al que atacar. Sólo fueron dos los aviones alemanes que consiguieron llegar hasta las playas el Día D, debido, principalmente, al enorme despliegue ofensivo que llevaron a cabo en el interior los aliados, dispuestos a atacar cualquier aparato aéreo que despegara. El gran alcance de los escuadrones de aviones Thunderbolt americanos que sobrevolaban las zonas del interior con el

fin de atacar a los refuerzos y los tanques alemanes supuso que ese día sus pilotos encontraran, para su consternación, poquísimos objetivos en los sectores occidentales.

La frustración y el inevitable nerviosismo de ese histórico día dieron lugar a una propensión a apretar con facilidad el gatillo. La aviación aliada disparó contra camionetas francesas que funcionaban con carbón. En Le Molay, exactamente al sur de Omaha, los cazas americanos acribillaron un depósito de agua con proyectiles explosivos, tal vez pensando que se trataba de un puesto de vigilancia. El lugar se vio cubierto por un gran chaparrón que caía en todas direcciones hasta que se vaciaron los cuatrocientos mil litros del depósito. 14 También por tierra y por mar las tropas mostraron una gran propensión a apretar el gatillo con facilidad. Varios aviones aliados fueron derribados por los de su propio bando, y al día siguiente un piloto americano, cuyo avión había sido derribado sobrevolando la playa Utah, fue acribillado a tiros de ametralladora por un nerviosísimo zapador mientras descendía en paracaídas.

Más allá del sector occidental de la península de Cotentin, los escuadrones de aviones Spitfire realizaban labores de patrullaje a unos ocho mil metros de altitud, mientras que los de los Thunderbolt P-47 lo hacían a menos de cinco mil. Su misión era proteger las patrullas antisubmarinas, que operaban en las rutas suroccidentales del canal, de los cazas alemanes, cuya base se creía que se encontraba en la península de Brest. Ignoraban que los aeródromos habían sido destruidos por la propia Luftwaffe por temor a una invasión en esa zona. En cualquier caso, los pilotos americanos y británicos estaban furiosos por la estéril misión encomendada, pues distaba mucho de lo que habían imaginado que iba a ser un combate directo sobre las playas. 15

Otra misión muy alejada del verdadero servicio activo fue el lanzamiento desde bombarderos medianos de panfletos en los que se recomendaba a la población civil francesa que abandonara las ciudades y se refugiara en el campo. Este tipo de avisos también habían sido transmitidos por la BBC, pero muchas radios habían sido confiscadas y la mayoría de las zonas estaban sin electricidad.

Los dos primeros batallones de la 4.ª División de Infantería empezaron su avance hacia el interior en cuanto la playa quedó asegurada. Un Sherman del 70.º Batallón de Tanques abrió fuego contra un fortín que protegía la carretera, e inmediatamente salieron de él con los brazos en alto los alemanes. El comandante de la compañía saltó de su tanque y se acercó a ellos, que empezaron a lanzar gritos. Tardó unos segundos en comprender que lo que le decían era Achtung! Minen! 16 Rápidamente se puso a buen recaudo en el interior de su vehículo blindado y mandó llamar a los zapadores. Pero al día siguiente no tendría tanta suerte. Cuando su compañía de tanques avanzaba hacia el suroeste, en dirección a Pouppeville, unos paracaidistas heridos de la 101.ª que pedían ayuda atrajeron su atención. El comandante salió de su carro blindado, llevando consigo el botiquín de primeros auxilios, pero cuando caminaba hacia ellos pisó una mina antipersona. Gritó a sus hombres que no se acercaran, pero éstos le lanzaron una cuerda y lo sacaron de allí con la ayuda del tanque. Luego le amputarían lo que quedaba de su pie izquierdo.

Fue inevitable que los civiles y sus propiedades sufrieran las consecuencias del avance de las tropas aliadas hacia el interior. Una compañía del 20.º de Artillería de Campaña, integrado en la 4.ª División, sufrió un ataque procedente de los edificios de una granja. La viuda que vivía en esa propiedad les dijo que el «francotirador» era un jovencísimo soldado alemán que estaba en el granero completamente borracho. Los artilleros dirigieron uno de sus cañones hacia el granero. El primer disparo hizo que se declarara en él un incendio, y el joven alemán que seguía dentro se pegó un tiro.

El relato de uno de los soldados resulta particularmente revelador. «Los franceses, por

supuesto, vivían allí», contaba. «Nuestra presencia era para ellos una verdadera sorpresa. Supongo que no sabían en realidad cómo tomársela. Un hombre se puso a correr, y le gritamos que se detuviera. No lo hizo, y uno de los nuestros disparó contra él y lo dejó allí mismo. Recuerdo una casa en la que entraron dos de los nuestros y se pusieron a gritar, tratando de indicar a quien estuviera dentro que saliera de allí. No sabíamos ni una palabra de francés. No salió nadie. Con la culata de un fusil llamamos con fuerza a la puerta. Tiré una granada en la puerta, retrocedí unos pasos y esperé a que explotara. Entonces entramos. Había un hombre, tres o cuatro mujeres y dos o tres niños en aquella habitación. El único que había resultado herido era el anciano, que tenía un corte en la mejilla. Fue verdaderamente una suerte que ninguno de ellos muriera.» Luego contaría cómo capturaron una colina con el apoyo de los tanques. «Fue muy duro. Y aquellos tipos [los alemanes] se vieron sorprendidos y se volvieron locos. Unos cuantos aún estaban en sus trincheras. Luego vi a otros que habían sido abatidos en las trincheras. No hacíamos prisioneros, y no hubo más remedio que matarlos, y lo hicimos, y yo nunca había disparado a alguien de esa manera. Hasta nuestro teniente lo hizo, y algunos de los suboficiales.»

En semejantes circunstancias, los franceses tenían que apañárselas lo mejor que podían. Dos oficiales americanos «pasaron por una pequeña granja en la que una mujer francesa bastante robusta estaba sacando a rastras de su casa el cadáver de un soldado alemán. De un empujón, lo arrojó al otro lado de la carretera que pasaba junto al seto. Nos saludó con la mano, dando a entender que le alegraba vernos, pero se metió de nuevo en casa, supongo que para limpiar tras la marimorena que se habría organizado en su interior». 19 En la carretera que conducía a Sainte-Mère-Eglise otro americano vio «a un soldado alemán que yacía muerto, desnudo hasta la cintura y con la cara enjabonada para afeitarse». Estaba afeitándose cuando unos paracaidistas irrumpieron en el edificio y lo abatieron mientras intentaba huir. Detrás de la casa había una cocina de campaña, o Gulaschkanone como las llamaban los alemanes, con sus caballos de tiro todavía con las correas puestas y acribillados a balazos.

El encuentro más extraordinario que tuvo la 4.ª División durante su avance para reforzar a las fuerzas paracaidistas fue el combate que protagonizó la infantería americana contra una unidad de la caballería alemana formada por antiguos prisioneros del Ejército Rojo. Los jinetes habían obligado a sus cabalgaduras a tenderse en el suelo para colocarse detrás de ellas y abrir fuego, táctica típica de la caballería. «Tuvimos que matar a casi todos los caballos», escribió un teniente poco habituado a ese tipo de combate, «porque los alemanes los utilizaban como parapeto». 21

Algunas conversaciones mantenidas con los prisioneros provocaron otro tipo de sorpresas. Un alemán que había sido capturado se puso a hablar con un soldado americano de origen germano.

- Apenas queda nada en pie en Nueva York, ¿no?

- ¿Qué quieres decir? -exclamó el americano.

- Bueno -replicó-. Todo el mundo sabe que ha sido bombardeada por la Luftwaffe.

Los americanos irían descubriendo que muchos soldados alemanes se habían tragado sin rechistar todas las monstruosas falsedades que había puesto en circulación la propaganda nazi.

Los paracaidistas habían conseguido resistir a las contraofensivas alemanas en su cabeza de puente de Chef du Pont, en el río Merderet. Con sus bazucas lograron inutilizar dos tanques ligeros franceses pertenecientes al 100.º Batallón Acorazado. En otros lugares, particularmente en los alrededores de Sainte-Mère-Église, frenaron el avance enemigo con granadas Gammon, que se demostraron igual de efectivas.

El teniente general Von Schlieben, comandante en jefe de la 709.ª División de Infantería, había abrigado la esperanza de que el estruendo de los tanques sembrara el pánico entre los americanos.

Ordenó que ese batallón de tanques Renault dependientes de su división, que habían sido incautados a los franceses en 1940, maniobraran alrededor de las fuerzas americanas, pero cuando se aproximaron a éstas, los paracaidistas estadounidenses se dieron cuenta de la relativa facilidad con la que esos obsoletos vehículos blindados podían ser inutilizados con sus granadas Gammon. Sin embargo, los comandantes de las fuerzas aerotransportadas seguían mostrándose sumamente preocupados. Por un lado, sus hombres disponían de pocas municiones, y por otro, aún no sabían cómo iba desarrollándose la invasión de los soldados llegados por mar. La población civil francesa temía que los desembarcos acabaran fracasando como había sucedido con la incursión llevada a cabo en Dieppe en 1942, y que los alemanes volvieran para vengarse de todos aquellos que habían ayudado a los americanos. Incluso corrieron rumores de que la invasión había fracasado, de modo que cuando los Sherman y las primeras unidades de la 4.ª División de Infantería comenzaron a encontrarse con los soldados de la 101.ª Aerotransportada, el alivio fue considerable. El avance a través de las estrechas carreteras de la zona había sido lento, y tuvo que interrumpirse antes de que cayera la noche, pero al menos el flanco derecho entre Sainte-Mère-Eglise y los pantanos situados junto al mar había quedado asegurado por los regimientos complementarios de la 4.ª División.

La zona próxima a les Forges, al sur de Sainte-Mère-Eglise, donde debía aterrizar parte del 325.º Regimiento de Infantería de Planeadores a las 21:00 horas, todavía no había sido asegurada convenientemente. Justo al norte conseguía aguantar un batallón de Osttruppen integrado por georgianos. Desplegados entre Turqueville y Fauville, en la carretera que iba desde Carentan hacia el norte, estos soldados impedían la llegada de refuerzos a las tropas cada vez más acorraladas que se encontraban en Sainte-Mère-Eglise, localidad que Schlieben pretendía reconquistar desde el norte. Cuando los sesenta aparatos del 325.º Regimiento de Planeadores comenzaron el descenso, las ametralladoras enemigas abrieron fuego intenso contra ellos. Durante los aterrizajes, se produjeron ciento sesenta bajas entre muertos y heridos, pero los que lograron sobrevivir lo hicieron con todo su equipamiento intacto y en perfectas condiciones físicas. Aquella misma noche entraron en acción: vadearon el Merderet y se dirigieron a nado a su margen izquierda para asegurar el cruce del río a su paso por La Fiére, en el sector oeste.

Cuando los primeros americanos prisioneros atravesaron Carentan, el batallón de reserva del 6.º Regimiento Paracaidista de Heydte se quedó mirando a sus homólogos procedentes del otro lado del Atlántico, todos ellos de elevada estatura y con la cabeza rapada. «Parece que hayan salido realmente de Sing Sing», comentaban en tono jocoso los alemanes. Desde Carentan, los prisioneros fueron conducidos hacia el sur, a Saint-Ló, para ser interrogados en la Feldkommandantur, y a continuación trasladados a un campo de concentración, que apodaron «la Colina del Hambre», por la poca comida que recibían. La población civil francesa, que, por la frenética actividad de los alemanes, antes de que saliera el sol ya era perfectamente consciente de que había comenzado la invasión, observó la llegada de esos hombres con simpatía.

Los ciudadanos de Saint-Ló habían sentido un gran alivio el día anterior por la precisión demostrada por un caza americano en el bombardeo de la estación de ferrocarril. Un grupo de individuos que jugaban a las cartas había contemplado la escena «como si se tratara de una película», y se había puesto a aplaudir. «Estos pilotos amigos», escribió uno de ellos más tarde, «nos reconfortaron con la idea de que los aliados no se dedicaban a bombardear ciegamente objetivos en los que la vida de los civiles corriera peligro». Pero a las 20:00 horas del 6 de junio los bombarderos aliados comenzaron a arrasar esa localidad de manera sistemática, como parte de una estrategia destinada a bloquear los principales cruces de carreteras y retrasar así la llegada de

refuerzos alemanes a la zona de invasión. Los avisos transmitidos por radio y los panfletos de los aliados no habían sido recibidos o no habían sido tomados en serio.

«Las ventanas y las puertas vuelan por toda la habitación», recordaría un habitante de la ciudad. «El reloj del abuelo se estrella contra el suelo; las mesas y las sillas danzan una especie de ballet.» Las familias aterrorizadas buscaron refugio en los sótanos, y muchas personas quedaron enterradas vivas. Algunos veteranos de la primera guerra mundial se negaron a refugiarse bajo tierra. Habían visto a muchos compañeros morir asfixiados bajo la tierra de las trincheras bombardeadas. El polvo que se levantaba al derrumbarse los edificios hizo que el aire fuera irrespirable. Durante esa «noche de la gran pesadilla» los habitantes de Saint-Ló pudieron contemplar las siluetas de los chapiteles de su pequeña catedral envueltas en llamas. Algunos rompieron a llorar ante el escenario de su ciudad en ruinas.

Cuatro miembros de la Resistencia de Cherburgo fueron asesinados en la cárcel. El cuartel general de la Gendarmería, la Cáseme Bellevue, fue completamente destruido. Más de la mitad de las casas de Saint-Ló quedaron arrasadas. Los médicos y sus ayudantes poco pudieron hacer, e incluso se vieron obligados a desinfectar las heridas con Calvados. Acelerada por la vibración que producían los bombardeos, una mujer en avanzado estado de gestación rompió aguas y parió a su hija «en medio de aquel apocalipsis». 26 En cuanto comenzó la incursión aérea, muchos salieron corriendo instintivamente para buscar refugio en el campo, en graneros y granjas. Cuando por fin reunieron el valor necesario para regresar a Saint-Ló, quedaron horrorizados al sentir el olor de los cadáveres enterrados aún bajo las ruinas. Habían muerto unos trescientos civiles. De repente fueron conscientes de que Normandía iba a ser el cordero ofrecido en sacrificio para la liberación de Francia.

9. Gold y Juno

En la antigua ciudad normanda de Caen, la gente se había despertado mucho más pronto de lo habitual. Tras confirmarse las noticias del lanzamiento de paracaidistas, el cuartel general de la 716.^a División de Infantería, situado en la Avenue de la Bagatelle, empezó a animarse. Un joven miembro de la Resistencia que vivía por allí cerca observó el ir y venir de correos. Sabía muy bien lo que estaba pasando. Su madre, que fingía ignorar sus actividades, se lo quedó mirando con aire inquisitivo y preguntó:

- ¿Es el desembarco? [[1](#)]

El muchacho no respondió. La mujer dio media vuelta y se puso a llenar botellas de agua y a cocer patatas por si cortaban el suministro de agua y de gas. 1

Los vecinos salían de sus viviendas al rellano de la escalera o se llamaban unos a otros por las ventanas, llenos de confusión.

- ¿Cree usted que será eso?

- ¡No, aquí no!

- ¡Pobres de los que vivan en la costa! ¡Lo que estarán pasando!

- No se preocupe. Estarán aquí esta noche. Entre los alemanes reina el pánico.²

Marianne Daure se despertó también al oír los aviones en plena madrugada y preguntó a su marido si se trataba del desembarco. Pierre Daure, rector de la universidad, nombrado en secreto nuevo prefecto del departamento de Calvados por De Gaulle, replicó secamente:

- Sí, en efecto, es el desembarco.

Marianne Daure era además hermana de Francois Coulet, elegido por De Gaulle para el cargo de *commissaire de la république* en toda Normandía, pero nadie le había dicho nada de todo aquello. A pesar de los temores del SHAEF, los gaullistas habían guardado el secreto escrupulosamente.

A las 06:00, las panaderías de Caen fueron rodeadas por las amas de casa que corrieron a comprar barras de pan. Pero entonces los soldados alemanes, al ver a la multitud, se precipitaron a acaparar el pan para ellos. 4 Requisaron también las botellas de alcohol de los bares. 5

En medio del entusiasmo del momento, algunos muchachos cogieron sus bicicletas y se fueron pedaleando furiosamente hacia el norte, en dirección a las playas, para ver lo que estaba pasando. Tuvieron que evitar encontrarse con las tropas alemanas, que se trasladaban a ocupar posiciones defensivas. Cuando regresaron, se corrió rápidamente la noticia. Un ciclista salió de Caen en dirección al sur gritando a voz en grito por el camino: «¡Están desembarcando! ¡El mar está negro de barcos! ¡Los boches están bien jodidos!». 6

Aquel optimismo desenfrenado se volvió enseguida contagioso. Un vendedor de periódicos subió al campanario de la iglesia de Saint-Sauveur y a continuación recorrió el vecindario diciendo que desde lo alto había divisado el avance de los ingleses. Poco después unas camionetas alemanas recorrieron la ciudad diciendo por el altavoz a la población que permaneciera en sus casas. Las autoridades militares dieron la orden de evacuar inmediatamente algunos sectores de la ciudad. No se permitía a los vecinos llevar nada consigo. La mayoría de la gente, sin embargo, no se movió y no respondió cuando llamaron a la puerta.

El mariscal Rommel, mientras tanto, se despertó en su domicilio en Herrlingen, cerca de Ulm,

adonde había ido a celebrar el cumpleaños de su esposa. El teniente general Speidel le llamó por teléfono a las 06:30 desde La Roche-Guyon, en cuanto se confirmaron las noticias de que la gran flota de la invasión había anclado frente a la costa. Speidel le informó de las medidas tomadas hasta el momento. Rommel llamó al Berghof para cancelar su visita a Hitler. Fuera de la casa lo esperaba su chófer sentado en el coche oficial, un Horch descapotable, y emprendieron el viaje hacia Francia a toda velocidad. Rommel no llegaría a su cuartel general hasta el anochecer.

Los oficiales de plana mayor del Grupo de Ejércitos B, reunidos en la sala de operaciones en el castillo de La Roche-Guyon, trabajaron febrilmente intentando evaluar la situación a partir de los informes que iban llegándoles del 7.º Ejército. Speidel tuvo que vérselas también con los altos mandos. «Las continuas llamadas telefónicas del OKW [Oberkommando der Wehrmacht, «Alto Mando de las Fuerzas Armadas»] y del OB West [Oberbefehlshaber West, «Alto Mando del Oeste»] revelaban el nerviosismo reinante en los niveles más altos». 8

A las afueras de París, en Saint-Germain-en-Laye, el cuartel general del OB West se hallaba en un estado similar, en medio del incesante repiqueteo de los teletipos y las constantes llamadas telefónicas. El jefe del Estado Mayor de Rundstedt, el general de infantería Günther Blumentritt, llamó a la plana mayor del OKW en el Berghof para hablar del envío de las divisiones acorazadas cuyo despliegue tanto había insistido Hitler en controlar. Poco antes de las 07:00 el OKW devolvió la llamada. «Se oponía violentamente al arbitrario despliegue de las reservas del OKW que solicitaba el OB West.» La iniciativa debía ser detenida inmediatamente. Jodl llamó entonces a Speidel para asegurarse de que la orden era cumplida. Blumentritt tuvo también que llamar al cuartel general de la Tercera Flota Aérea de la Luftwaffe, al Grupo Naval del Oeste, incluso a Otto Abetz, el embajador alemán en París, y al gobierno de Vichy para instruirles acerca de las declaraciones que habían acordado previamente, «instando a la población a mantener la calma, con advertencias contra la sedición, el sabotaje y cualquier obstrucción a las contramedidas de los alemanes». 9

De las tres playas asignadas a los británicos, Gold era la que estaba más cerca de Omaha. El desembarco en ella de la 50.ª División (Northumberland) fue el único que alivió la presión sufrida por los americanos. La playa Gold se encontraba entre Arromanches y La Riviére. La hora H estaba fijada para las 07:30, una hora después de que los americanos comenzaran las operaciones un poco más al este, pero el esquema básico de la acción era el mismo, con bombardeos por aire y desde el mar, y luego con fuego de proximidad mediante cohetes lanzados desde barcos. Los cruceros Ajax y Argonaut, de la Marina Real británica, siguieron bombardeando la batería costera alemana de Longues, fuertemente armada, que los aviones no habían conseguido destruir.

El mal estado de la mar y el mareo afectaron a las tropas de asalto igual que había sucedido en Omaha. Los dos regimientos acorazados que debían desembarcar los tanques DD tuvieron el buen acuerdo de ignorar la orden «¡Flotador, cinco mil!». La caballería de los Rangers de Sherwood (Sherwood Rangers Yeomanry), situada a la izquierda, lanzó sus dos escuadrones de Sherman anfibios sólo a mil metros de la costa, y a pesar de todo se perdieron ocho tanques. Los oficiales del 4.º y el 7.º de la Guardia de Dragones tuvieron que discutir violentamente con los mandos de sus lanchas de desembarco de tanques. Al final perdieron incluso menos vehículos que los Rangers de Sherwood.

El grupo de brigada situado a la derecha, encabezado por el 1.º Batallón del Royal Hampshire y el 1.º del Dorset, desembarcó en la playa al este de Le Hamel y de la pequeña localidad balnearia de Arromanches-les-Bains. Los tanques de los Rangers de Sherwood se retrasaron debido al mal estado de la mar y los de Hampshire protagonizaron un sangriento desembarco en Le Hamel. El oficial que los comandaba y varios oficiales de su cuartel general se contaron entre las bajas casi de

inmediato. Pero el batallón se abrió paso luchando a brazo partido, respaldado por el 2.º de Devon. Costó casi todo el día eliminar por fin la resistencia alemana.

A la izquierda, el grupo de la 69.º Brigada, encabezado por el 6.º Batallón de los Green Howards, no perdió el tiempo. Su gigantesco segundo oficial al mando, el comandante George Young, había avisado a sus hombres: «Si os detenéis en la playa, no os volveréis a levantar». 10 Cuando se adentraron en el país en dirección a Mont Fleury, aparecieron unos alemanes dispuestos a rendirse. Los Green Howards se limitaron a volver la vista atrás señalando a la playa y dijeron: «Zurück!» («¡Atrás!»); los prisioneros hicieron lo que se les había ordenado y siguieron adelante sin escolta.

El 5.º Batallón del Regimiento East Yorkshire tuvo que librar un duro combate en el extremo izquierdo de la playa Gold, junto a La Riviére, donde las defensas de hormigón habían sobrevivido al ataque de la artillería naval. Después de ser puestos fuera de combate varios vehículos blindados, apareció un tanque AVRE.^[12] La bomba de cuarenta libras disparada a través de su grueso logró destruir el reducto dentro del cual se encontraba la batería antitanque que había provocado tantas pérdidas. Pero, en medio del humo y el polvo del bombardeo, los del regimiento East Yorkshire necesitaron todavía varias horas más para despejar La Riviére, casa por casa. También fueron muy útiles los tanques lanzallamas Crocodile de los Dragones de Westminster, así como sus barreminas, que no tardaron en limpiar la zona. Las «gracias de Hobart» demostraron su valía ante el escepticismo de los británicos y también de los americanos.

Bajo la dirección del beachmaster de la Marina Real, la operación de desembarco no tardó en desarrollarse con rapidez y eficacia. El oficial americano al mando de un LST -un landing ship tank («buque de desembarco, tanques»), llamado por su tripulación large stationary target («gran blanco fijo»)- describe el tráfico como «una especie de autopista acuática», con «toda una fila de barcos en una dirección, y un montón de embarcaciones en dirección contraria». 11 Poco después desembarcaron tres regimientos de artillería autopropulsada, y la 50.ª División empezó a avanzar hacia el interior del país; por otro lado, en la segunda tanda llegó la 56.ª Brigada, que se dirigió hacia el suroeste, a Bayeux.

Tras asegurar Le Hamel, los del Regimiento Hampshire avanzaron hacia el oeste siguiendo la costa en dirección a Arromanches-les-Bains, donde debía situarse el puerto artificial Mulberry. El Comando n.º 47 de la Real Infantería de Marina, que había perdido tres lanchas de desembarco a consecuencia de las minas, tuvo que seguir abriéndose camino hacia el oeste con el objeto de tomar Port-en-Bessin. Allí era donde el flanco derecho de los británicos tenía que reunirse con la 1.ª División americana que debía desplegarse hacia la izquierda desde Omaha.

Los Green Howards avanzaron rápidamente hacia Mont-Fleury, donde obligaron a rendirse a los defensores alemanes, desconcertados por el bombardeo naval. Allí mostró por primera vez su valor y su generosidad el sargento mayor de la compañía, Stanley Hollis. El oficial al mando de la compañía de Hollis se dio cuenta de repente de que habían pasado por alto dos reductos. Hollis y él fueron a investigar. Una ametralladora abrió fuego contra ellos. Hollis arremetió contra el fortín disparando su metralleta Sten, saltó encima del bunker para volver a cargarla y lanzó en su interior unas cuantas granadas. Luego, cuando los Green Howards avanzaban sobre el pueblecito de Crépon, la ilimitada valentía de Hollis lo llevó a ganar la única Cruz Victoria que se concedió ese día. En Crépon, su compañía se encontró con una posición alemana que disponía de un cañón de campaña y varias ametralladoras MG42. Hollis organizó un ataque desde una casa situada en el flanco. El cañón apuntó hacia ellos. Hollis sacó a sus hombres de la casa, pero cuando se percató de que dos de ellos se habían quedado rezagados, organizó un ataque de diversión armado con un fusil ametrallador y

logró salvarlos.

En el centro, el avance continuó a lo largo de las colinas hacia Bazenville, donde estaba teniendo lugar una terrible batalla contra la Kampfgruppe del teniente coronel Meyer, de la 352.ª División. Como ya hemos indicado, Meyer murió y sus tropas fueron exterminadas casi por completo. A la derecha, el objetivo asignado al grupo de la 56.ª Brigada, encabezado por el 2.º Batallón del Regimiento Essex y los Rangers de Sherwood, era Bayeux. Los Rangers de Sherwood ya habían perdido a su comandante a manos de un francotirador, pero los oficiales al mando de los tanques continuaban sacando la cabeza por la torreta. Les resultaba imposible operar encerrados en el interior del vehículo. El comandante Stanley Christopherson, que estaba al frente del escuadrón agregado al 2.º de Essex, no había encontrado a su coronel en el punto de cita. Como no quería ir a buscarlo en su tanque por unos caminos tan estrechos y obstaculizados por la infantería, dejó al escuadrón al mando de su segundo, Keith Douglas, y decidió coger un caballo que encontró ya ensillado delante de una casa. «Nunca, ni siquiera en mis sueños más enloquecidos», escribió Christopherson en su diario, «pude figurarme que el Día D iba a verme corriendo como una exhalación por los caminos de Normandía mientras me esforzaba, sin demasiado éxito, por controlar a un caballo asustado con una mano y por sujetar una carpeta llena de mapas con la otra, con un casco de metal y un mono negro. El coronel de los Essex se hallaba un tanto alarmado cuando al fin lo encontré y le comuniqué que mi escuadrón estaba listo para apoyar a su batallón en la siguiente fase del ataque.»

El grupo de combate siguió avanzando, encontrando una oposición muy escasa, pero se detuvo poco antes de llegar a Bayeux. «Bayeux pudo ser atacada y tomada esa noche», dice Christopherson, «pues las patrullas comunicaron que la ciudad estaba escasamente guarnecida, pero el oficial al mando de los Essex prefirió quedarse en las afueras por la noche».

La playa Juno, el sector central asignado al 2.º Ejército británico, se extendía desde La Rivière hasta Saint-Aubin-sur-Mer. Juno era el objetivo de la 3.ª División canadiense. Los canadienses estaban decididos a vengarse de la incursión de Dieppe, el desastroso experimento del que regresó menos de la mitad de sus hombres. Dieppe había enseñado una lección muy cruel, pero fundamental, para la ulterior planificación del Día D: no atacar nunca un puerto bien defendido desde el mar.

La 3.ª División canadiense estaba al mando del general Rod Keller, un hombre corpulento, de cara redonda y rojiza, y bigote militar. Tenía fama de parlanchín compulsivo y de ser muy aficionado al whisky. A pesar de sus uniformes de campaña y de su sistema cuartelario, heredado del ejército británico, los canadienses se sentían por muchos conceptos más próximos a los americanos que a su metrópoli. Cultivaban cierto escepticismo hacia las convenciones del ejército británico y llamaban a la Operación Overlord «Operación Overboard», 14 tras verse abrumados por las órdenes de los oficiales británicos de plana mayor en el cuartel general del 2.º Ejército. La fuerza de los canadienses radicaba en la calidad de sus oficiales de menor rango, muchos de los cuales habían sido acogidos de mil amores por el ejército británico debido a la escasez de hombres.

La Fuerza Expedicionaria J encargada de prestar apoyo a su desembarco abrió fuego a las 05:27. El crucero Belfast, de la Marina de Su Majestad, era el buque insignia. Un oficial de la Marina diría de él que «parecía una gallina clueca con una bandada de lanchas de desembarco a su alrededor». 15 Era un escuadrón internacional, integrado por el crucero británico Diadem y cinco destructores de la misma nacionalidad, tres destructores noruegos, el destructor francés La Combattante, que llevaría a De Gaulle a Normandía una semana más tarde, y dos destructores canadienses, Algonquin y el Sioux. ^[13]

Los buques de guerra aliados siguieron disparando por encima de las lanchas de desembarco y

de los tanques anfibios del 1.º de Húsares y del Fort Garry Horse. Los barcos lanzacohetes se pusieron además a disparar sus estridentes salvas justo cuando las lanchas se acercaban a la playa. Se produjo entonces un silencio fantasmal. Las tropas de asalto canadienses, víctimas del mareo y con el traje de faena empapado de agua, se sorprendieron al comprobar que la artillería alemana no abría fuego.

Los alemanes se abstuvieron de disparar hasta que las lanchas de desembarco bajaron las rampas. En cuanto los primeros hombres saltaron al agua a las 07:49, las ametralladoras y los cañones de campaña abrieron fuego contra ellos. Las tropas canadienses sufrieron en total 961 bajas aquel día. Muchos soldados hicieron caso omiso de la orden que habían recibido de abandonar a los que resultaran heridos y se volvieron a recoger a sus camaradas para conducirlos a lugar seguro.

La 7.ª Brigada canadiense desembarcó a uno y otro lado del río Seulle, en Courseulles-sur-Mer. Los Royal Winnipeg Rifles despejaron la orilla izquierda, y luego, junto con el Scottish Regiment, se internaron en el país en dirección a Vaux y a Graye-sur-Mer. El principal sector de la localidad, en la margen derecha del río, resultó una misión bastante más dura, de la que se encargaron los fusileros del Regina Rifles, que habían sufrido graves pérdidas al desembarcar. Courseulles-sur-Mer había sido dividida en manzanas numeradas de las que debían ocuparse compañías especialmente designadas al efecto. «Casi cada centímetro del pueblo era ya conocido antes de que entráramos en él», dijo el oficial al mando de los Regina Rifles. 16 Calificaría de «gallarda, más que brillante» la actuación de los equipos de apoyo de tanques del 1.º de Húsares, que recibirían una dura lección. A pesar del apoyo de los pocos DD Sherman que quedaban, no lograron despejar del todo la población hasta primera hora de la tarde. Se dieron cuenta de que cuando lograban echar a los defensores alemanes de una casa fortificada, regresaban a ella a través de túneles y empezaban a disparar contra los canadienses por la espalda.

Parte de la 8.ª Brigada canadiense que desembarcó en Saint-Aubin-sur-Mer tuvo también que hacer frente a una feroz resistencia. El Regimiento North Shore sufrió muchas bajas a manos de los ocupantes de un gran bunker de hormigón que contenía un cañón antitanque, ametralladoras y morteros de 81 mm. Por fin llegó el escuadrón de tanques anfibios del Fort Garry Horse, que había sufrido retraso. En medio de la confusión y mientras avanzaban por la playa, los tanques arrollaron los cadáveres de algunos compatriotas e incluso a varios heridos. Un sargento del 48.º Comando de la Marina Real que fue testigo de esta situación vio también cómo un auxiliar sanitario era víctima de un ataque de nervios en toda regla y no era capaz de atender a los heridos.

Sólo la llegada de un tanque AVRE, que disparó su pesada munición contra el bunker, puso fin a la resistencia en la zona a las 11:30. Mientras tanto, otra compañía del Regimiento North Shore que había logrado penetrar en la población tras abrir boquetes en la alambrada haciendo explotar torpedos Bangalore, siguió luchando de casa en casa con granadas, fusiles y ametralladoras Bren. Tuvieron que arrostrar también el peligro de los alemanes que volvían a aparecer por su espalda después de refugiarse en los túneles, dispuestos a seguir luchando.

En Bernières-sur-Mer, los Fusileros de la Reina fueron reforzados por otro escuadrón de tanques del Fort Garry Horse que, tras desembarcar a pie enjuto, se alinearon en la playa y empezaron a volar las casas fortificadas. Un tanque AVRE abrió un boquete en el rompeolas y a continuación los ingenieros colocaron rampas para que pasaran los tanques. Enseguida empezaron a cruzarlas la infantería y la artillería autopropulsada «Priest», seguidas por los Sherman. Los defensores alemanes salieron huyendo y la población civil empezó a abandonar los sótanos. A las 09:00, había ya un bar abierto en el que se brindaba para celebrar el acontecimiento. Los oficiales habían advertido a sus hombres que no aceptaran comida ni bebida de los franceses, por si intentaban

envenenarlos, pero pocos se tomaron el aviso en serio. La sospecha reinante en los círculos oficiales de que las fuerzas de ocupación alemanas se habían ganado la voluntad de los normandos iba en contra de lo que se sabía por la Resistencia y otras fuentes. En efecto, teniendo en cuenta los padecimientos de la población francesa en la costa y en las principales ciudades, la inmensa mayoría de ella mostró una gran comprensión.

Aunque los primeros batallones de infantería se internaron en el país, el avance se vio frenado por el caos que se adueñó en las playas a medida que iban llegando las sucesivas oleadas de tropas invasoras. Tanques, cañones autopropulsados y vehículos de transporte armados con fusiles ametralladores se vieron envueltos en atascos de tráfico para mayor desesperación de los *beachmasters* y de los grupos de cuartel general recién desembarcados. El general de división Keller se puso furioso cuando desembarcó en Bernières acompañado de los corresponsales de los periódicos y los fotógrafos encargados de informar de su llegada. A bordo del barco que los transportaba había montado un espectáculo ante ellos haciendo retransmitir por radio al teniente general Harry Crerar, comandante en jefe de las tropas canadienses participantes en la invasión, un comunicado muy optimista acerca de los progresos realizados. La situación que se encontraron en la playa era bastante menos alentadora.

Los francocanadienses del Régiment de la Chaudière que llegaron en la segunda oleada de tropas invasoras recibieron una calurosa bienvenida de la población local en cuanto empezaron a hablar en francés. Muchas bajaron corriendo al sótano a buscar un barril de sidra para agasajar a los soldados. Pero cuando las familias de agricultores empezaron a quitar las botas a los alemanes muertos, los canadienses se quedaron boquiabiertos. No tenían ni idea de que los alemanes se habían apoderado de todo el suministro de piel para la Wehrmacht hasta que los franceses les dijeron: «¿Qué quieren ustedes? Esto es la guerra y no tenemos zapatos».

La población civil francesa veía en aquellos «parientes» del otro lado del Atlántico lo mejor que podía traer el desembarco después de sus propias tropas. No sabían que uno de los escuadrones de Spitfires que habían sobrevolado la zona dando cobertura aérea a los canadienses iba pilotado por aviadores de la Francia Libre. El teniente coronel de aviación Christian Martell había dicho a «Les Cigognes» («Las Cigüeñas»), como se llamaban a sí mismos los integrantes del 329 Escuadrón: «No quiero ver a ningún piloto mirando a tierra. Hoy tienen ustedes que vigilar el cielo». Pero aquel día los cielos permanecieron libres de cazas enemigos. El único peligro era el que pudiera plantear la colisión con otro aparato.

Los Chaudières tomaron el relevo y fueron los primeros en avanzar sobre Béný-sur-Mer, localidad que, pese a su nombre, se halla a unos cinco kilómetros tierra adentro. Aunque la carretera del sur era recta, se hallaba rodeada de campos de trigo en los que los alemanes habían dispuesto ametralladoras. Rebasarlas por los flancos se convirtió en una tarea muy ardua, y la infantería tuvo que arrastrarse a través de las espigas ya crecidas en una tarde de un calor bochornoso. Cuando los precisos cañonazos del destructor Algonquin, de la Marina canadiense, puso fuera de combate la batería instalada cerca de Béný-sur-Mer, el avance pudo continuar lentamente.

Los retrasos en la playa y la resistencia sorprendentemente fuerte de la 716.ª División de Infantería, hasta entonces subestimada, supuso que la avanzadilla de la 8.ª Brigada de Infantería canadiense no tuviera mucho tiempo para alcanzar su principal objetivo. El aeródromo de Carpiquet se hallaba justo al sur de la carretera Caen-Bayeux. El terreno llano ascendía luego ligeramente y, a través de los prismáticos, los hangares del aeródromo eran tentadoramente visibles en la distancia, pero los tanques de apoyo andaban escasos de munición. El general Keller esperaba que se produjera una contraofensiva de la 21.ª División Acorazada y deseaba que sus tropas avanzadas se

encontraran en posiciones defensivas al anochecer.

Desde luego no puede criticarse a los canadienses por la forma en que hicieron las cosas. El grupo de combate de los North Nova Scotia Highlanders y los fusileros de Sherbrooke (regimiento acorazado) habían utilizado correctamente todos los vehículos disponibles, los tanques ligeros Stuart, los Sherman, los tanques destructores M4, los camiones y los vehículos ligeros armados con fusil ametrallador, con el fin de acelerar el avance. De haber conocido el caos y el pánico reinante en el aeródromo, habrían seguido adelante. En París, la 3.ª Luftflotte envió el siguiente comunicado: «En Carpiquet a las 19:20 del 6 de junio todo el mundo había perdido la cabeza de mala manera... el oficial al mando de la estación dio la orden de evacuación». Los precipitados intentos de destruir las instalaciones llevados a cabo por la Luftwaffe resultaron notablemente torpes, como observaría dos días después la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend. «La pista de despegue de Carpiquet volada de forma ineficaz. El resto de las pistas de rodaje apenas dañadas. La mayor parte del combustible todavía podría salvarse.»

Durante las siguientes semanas, el aeródromo y sus alrededores serían testigos de algunos de los combates más encarnizados de toda la batalla de Normandía contra la división Hitler Jugend. Pasaría más de un mes antes de que Carpiquet cayera por fin en manos de los aliados.

10. Sword

El desembarco de la 3.ª División de Infantería británica en el extremo oriental de la playa Sword, entre Saint-Aubin-sur-Mer y el río Orne, contó con el apoyo de artillería pesada. Los acorazados Ramillies y Warspiée, de la Marina de Su Majestad, y el monitor también inglés Roberts iban reforzados con cuatro cruceros, entre ellos el buque polaco Dragón, y trece destructores. Los responsables de la planificación de la Operación Overlord habían incrementado esta cobertura naval debido a las numerosas baterías alemanas existentes en el sector. Las aves del estuario del Orne se volvieron locas con el fuego de los cañones. «El silbón y la cerceta vuelan bajo sobre el mar y parecen balas trazadoras negras», anotó un observador en su diario. 1

Las lanchas de desembarco fueron lanzadas al mar en medio del temporal a las 05:30, y después de dar unas vueltas en círculo se encaminaron a tierra intentando en vano mantener la formación. El oficial al mando de una compañía del 2.º Batallón del Regimiento East Yorkshire leyó algunos fragmentos de Enrique V de Shakespeare a sus hombres por la megafonía, pero probablemente los soldados estuvieran demasiado mareados para prestar atención. Muchos lamentaron haberse tomado el trago de ron de la Marina que les habían dado con el desayuno.

Las tripulaciones de los tanques anfibios del 13 y el 18 de Húsares y de la Staffordshire Yeomanry sintieron un tipo muy distinto de náusea cuando recibieron la orden: «¡Flotador, cinco mil!». El lanzamiento de los tanques anfibios estaba previsto que se realizara aproximadamente a unos ocho mil metros de tierra, pero, aunque esa distancia fue reducida, estaba todavía demasiado lejos de la costa, con olas de más de metro y medio de altura. Sorprendentemente, sólo se hundieron seis de cuarenta, y dos de ellos como consecuencia de ser embestidos por una lancha de desembarco fuera de control. A las 06:50, los cañones autopropulsados de la 3.ª División de Infantería también abrieron fuego desde sus lanchas a una distancia de diez mil metros.

Poco antes de desembarcar, un oficial que iba con el 41.º Comando de los Marines Reales observó a los hombres que tenía a su alrededor en la lancha. «Unos estaban aterrados, otros tremendamente orgullosos de formar parte de él [el Comando]. Por doquier se veía expectación mezclada con una alegría nerviosa.» Cuando llegó la primera oleada de soldados de infantería, el 1.º Batallón del Regimiento South Lancashire y el 2.º de East Yorkshire, descubrió que los primeros tanques anfibios ya estaban en la playa y disparaban contra los reductos. Los South Lancs atacaron inmediatamente la posición alemana cuyo nombre en clave era «Cod», situada frente a la playa. El oficial que estaba a su mando murió a tres metros del final de la playa con el oficial médico del batallón herido a su lado. Una sección provista de fusiles ametralladores, que fueron desembarcados en sus correspondientes vehículos ligeros, atacó directamente la playa y los defensores se rindieron. Los soldados del 2.º Batallón del Regimiento Middlesex, que venía detrás, quedaron sorprendidos al ver que eran recibidos por un hombre tocado con un casco de bombera de latón «como un dragón napoleónico». Era el alcalde de Colleville. Iba acompañado de una mujer joven, que no tardó mucho en ocuparse de los heridos. 4

Otras jóvenes francesas mostraron también un valor extraordinario, bajando hasta las playas para prestar ayuda. Por pura casualidad, una estudiante de enfermería que se había dejado el bañador en una cabina de la playa el día anterior se desplazó en bicicleta hasta allí aquella mañana con la intención de recogerlo. Haciendo caso omiso de los silbidos de los soldados se puso a trabajar vendando a los heridos. Se pasó trabajando dos días enteros, en el curso de los cuales conoció a su

futuro marido, un joven oficial inglés. 5

Los tanques barreminas del 22.º de Dragones y de los Dragones de Westminster despejaron el terreno y abrieron caminos en los campos de minas, creando salidas de la playa con más rapidez que en cualquier otro sector. Los Ingenieros Reales tampoco perdieron el tiempo. «De vez en cuando se produce un gran destello acompañado de nubes de humo y un estruendo, cuando un sector de la playa es despejado por los zapadores», señalaba en su diario un oficial de la Armada. 6

Un joven oficial que desembarcó en la segunda oleada se fijó en que junto al puesto del beachmaster había un oficial alemán gordo, que había sido hecho prisionero junto con media docena de sus hombres. Estaban agazapados bajo la protección del rompeolas mientras caían las bombas de su propia artillería. De repente el oficial alemán protestó a un sargento del personal a las órdenes del beachmaster asegurando que en virtud de la Convención de Ginebra tenían derecho a ser conducidos a un lugar seguro. El sargento le lanzó una pala y exclamó gritando: «¡Muy bien, pues cávese usted un hoyo, joder!».

El 2.º de East Yorkshire se abrió paso hacia el interior del país, girando a la izquierda en dirección al río Orne para atacar el fortín «Solé» y luego hacerse con el «Daimler», que disponía de cuatro cañones de 155 mm. Un capitán arremetió contra el bunker disparando su metralleta Sten y logró entrar en él. Por desgracia su asistente, «con un entusiasmo mal dirigido», eligió ese momento para lanzar una granada por el tubo de ventilación. Fue su valeroso capitán el que recibió la mayor parte de la onda expansiva. Salió del fortín aturdido, pero afortunadamente indemne. Los setenta defensores del fortín se rindieron de inmediato. Cuando los soldados del Regimiento East Yorkshire descubrieron en su interior una provisión de cerveza y de vino, el sargento mayor de la compañía, temiendo que la disciplina se relajara, los amenazó con castigarlos por pillaje. Pero luego «se mostró un poco más comprensivo», imaginándose lo agradable que habría resultado tomar un traguito.

La 1.ª Brigada de Servicio Especial de lord Lovat desembarcó también cerca de Colleville. Sus comandos habían tirado los cascos en el último momento y en su lugar llevaban las boinas verdes con las insignias de su regimiento. Lovat llevaba consigo a su propio gaitero, Bill Millin, de los Cameron Highlanders. Millin estaba muy contento de que Lovat fuera el primero en salir de la lancha, pues medía más de 1,80 m y habría podido indicar a los demás la profundidad del agua. El hombre que iba inmediatamente detrás de Lovat recibió un tiro en la cara y cayó fulminado. Millin saltó al agua y se estremeció de frío cuando su falda escocesa se abrió a su alrededor. Cuando por fin pudo empezar a andar en medio de las olas se puso a tocar Highland Laddie. Lovat se volvió a mirarlo y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar, pues se trataba de una marcha de su antiguo regimiento, los Scots Guards. En medio del fragor de los morteros, los gritos y el tiroteo de las armas pequeñas, Millin casi no pudo dar crédito a sus oídos cuando Lovat le preguntó si le importaba desfilar por la playa arriba y abajo tocando 'The Road' to the Isles mientras desembarcaba el resto de los hombres. A la mayoría de los que llegaron a la playa les encantó, pero uno o dos casi perdieron los estribos ante lo que consideraron una conducta desquiciada. 9

Aunque más tarde de lo previsto, Lovat condujo a sus tropas a marchas forzadas hacia el interior del país, en dirección a los dos puentes de Bénouville capturados por la compañía de John Howard a primera hora de la mañana. La singular valentía de Lovat había hecho que sus hombres lo llamaran el «loco hijo de puta». Aunque era un gran luchador, seguía teniendo, como vigésimo quinto jefe del clan Fraser que era, un toque de gran señor. Mientras avanzaban junto al canal de Caen hacia Bénouville, un fusilero alemán les disparó desde lo alto de un árbol. El hombre debió de ser después presa del pánico, pues saltó a tierra e intentó arrastrarse hasta un campo de grano para esconderse.

Lovat se arrodilló y lo abatió de un solo tiro de su escopeta de caza. Mandó a dos hombres a recoger el cadáver, casi como si se tratara de un ciervo.

Lovat se volvió hacia Millin:

- Muy bien, gaitero. Empiece a tocar otra vez y no deje de hacerlo mientras pueda hasta que lleguemos a Bénouville. Allí están los aerotransportados en los puentes, y cuando oigan la gaita, sabrán que estamos a punto de llegar. 10

Millin se puso a tocar Blue Bonnets Over the Border mientras se aproximaban al objetivo. Con un gran sentido de la oportunidad, Lo-vat saludó a Howard estrechando su mano y comentó que aquel día habían hecho historia. Evidentemente no sabía que los hombres de Howard no sólo habían sido salvados por el batallón de paracaidistas del coronel Pine-Coffin, sino que incluso algunos de sus hombres habían llegado antes que él a los puentes.

El capitán Alan Pyman condecorado con la Cruz Militar había conducido a la Tropa 3 del Comando 6 hasta allí media hora antes. 11 Esta unidad estaba formada por belgas, holandeses, noruegos y polacos. La más sorprendente era la Tropa 10, formada casi en su totalidad por refugiados alemanes de origen judío. En su mayoría habían sido trasladados a ella desde el Royal Pioneer Corps. A todos sus integrantes se les habían dado nombres ingleses, con placas de identidad en las que se afirmaba, por si eran capturados, que pertenecían a la Iglesia anglicana. Al ser el alemán su lengua materna, resultaron también sumamente útiles a la hora de interrogar a los prisioneros, como no tardaría en comprobar Lovat. Pyman condujo a sus hombres directamente a Bréville, que seguía siendo defendida con gran ferocidad. Murió por el disparo de un francotirador y, al carecer de apoyo, sus hombres se vieron obligados a replegarse a Amfréville.

El Comando n.º 4, en el que había dos unidades áfusiliers marins franceses al mando del comandante Philippe Kieffer, había desembarcado a las 07:55. Kieffer y sus hombres, las primeras tropas regulares francesas que pisaron suelo normando, se dirigieron hacia el este, a la localidad balnearia de Riva Bella y al puerto de Ouistreham, en la desembocadura del Orne. Los alemanes habían fortificado el casino de Riva Bella. Los comandos de Kieffer tuvieron que pelear a brazo partido para tomarlo y luego silenciar la batería de artillería pesada, una estructura de hormigón macizo levantada entre las villas que había en primera línea de playa.

Hitler se había ido a acostar por fin a las tres de la madrugada, tras estar hablando de cine y de la situación mundial con Eva Braun y Goebbels hasta las dos. Los informes sobre el lanzamiento de paracaidistas aliados todavía no habían llegado a Berchtesgaden. Los relatos discrepan sobre la hora a la que fue despertado el Führer al día siguiente. Albert Speer decía que llegó al Berghof alrededor de las diez de la mañana y que se enteró de que Hitler aún no había sido despertado porque el OKW (Oberkommando der Wehrmacht, Alto Mando de la Wehrmacht) pensó que los desembarcos habían sido meros ataques de diversión. Sus edecanes no habían querido molestarlo con informaciones inexactas. Pero el asistente personal de Hitler, el Hauptsturmführer Otto Günsche, afirma que el Führer entró en el gran salón del Berghof a las 08:00. Allí saludó al mariscal Keitel y al general Jodl con las siguientes palabras: «Caballeros, esto es la invasión. He estado diciendo todo el tiempo que ahí era donde iba a producirse». 14

Habría sido típico de Hitler decir que él siempre había tenido razón, aunque en realidad sus predicciones habían oscilado entre Normandía y el paso de Calais, para finalmente decantarse por esta última región. Pero la versión de Günsche debe ser tratada con suma cautela. Otros testigos confirman también que Hitler se levantó tarde, y en cualquier caso la versión de Günsche sigue sin explicar por qué el Führer, si realmente creía que Normandía era la principal zona de la invasión, no permitió hasta primera hora de la tarde que fueran desplegadas las divisiones acorazadas que tenía

de reserva el OKW.^[14] Parece, sin embargo, que todo el mundo coincide en que reaccionó ante la noticia con satisfacción, convencido de que el enemigo sería aplastado en las playas. Y durante los días sucesivos intentó destruir Londres con sus bombas volantes V-1.

La unidad acorazada que estaba más cerca de la costa era la 21.ª Panzer-Division, distribuida en una amplia zona situada en los alrededores de Caen. El oficial que estaba a su mando, el general Edgar Feuchtinger, era un artillero sin experiencia en la guerra de tanques.

Feuchtinger, calificado al término de la guerra por el oficial canadiense encargado de su interrogatorio como «un hombre alto, membrudo, fornido, con la nariz ligeramente torcida, que le daba la apariencia de una especie de pugilista veterano», 15 no suscitaba, sin embargo, la admiración de sus subordinados. Debía su nombramiento a sus contactos con los nazis. Sus devaneos en París la noche del 5 de junio y su retraso en llegar al cuartel general contribuyeron a aumentar la confusión creada ya por la complejidad de la cadena de mando.

El general Richter, de la 716.ª División de Infantería, había intentado ya a las 01:20 ordenar que parte de sus tropas atacaran a los paracaidistas de la 6.ª División Aerotransportada al este del Orne. Pero la ausencia de Feuchtinger y de su jefe del Estado Mayor retrasó la orden hasta las 06:30, y el regimiento acorazado al mando del coronel Hermann von Oppeln-Bronikowski no salió hasta las 08:00. A primera hora del 6 de junio las fuerzas aerotransportadas británicas se enfrentaron sólo al 125.º Regimiento de Granaderos Acorazados del teniente coronel Hans von Luck, e incluso en ese momento los intentos por parte de éste de llevar a cabo un contraataque sobre Bénouville revelaron una inseguridad considerable.

Los paracaidistas británicos, que esperaban preparar el castillo de Bénouville para la defensa, descubrieron que había sido convertido en maternidad y hospital para niños. Un oficial, acompañado de un par de hombres, entró en él para avisar a sus ocupantes de que buscaran refugio. La encargada respondió que tenía que llamar a la directora. El oficial paracaidista, que se hallaba lógicamente tenso, la apuntó con la pistola para impedir que cogiera el teléfono: «Non téléphonique!», ordenó. Por fortuna, madame Vion, la directora, no tardó en aparecer. Mostró una gran sangre fría y no perdió el tiempo. Mientras las madres eran sacadas de la cama en el piso superior, los niños eran enviados rápidamente al sótano por la rampa usada para mandar la ropa sucia a la lavandería. 16

El gran contraataque acorazado que esperaban las fuerzas aerotransportadas no llegó a materializarse nunca. A las 09:30, cuando Oppeln-Bronikowski había logrado reunir a sus tropas y había empezado a bajar por la margen derecha del Orne, recibió la orden de dar media vuelta, regresar por Caen, y atacar a continuación la cabeza de playa británica en la margen izquierda del río. Este largo desvío por carreteras abiertas expondría a sus hombres a los ataques de los cazabombarderos. Tras emprender la marcha con ciento cuatro blindados Mark IV, cuando llegaron a las colinas de Périers a última hora de la tarde los dos batallones habían quedado reducidos apenas a sesenta vehículos en condiciones de ser utilizados.

El general Marcks, al mando del cuerpo de ejército, se sintió consternado al enterarse del largo desvío que había tenido que realizar la columna de tanques de Oppeln-Bronikowski. En el curso de una llamada telefónica al cuartel general del 7.º Ejército realizada a las 09:25, intentó conseguir el despliegue inmediato de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, mucho más temible. Pero todos los cuarteles generales de las fuerzas implicadas en la lucha en Normandía -el 7.º Ejército, el Panzergruppe West, el Grupo de Ejércitos B, y el OB West (Oberbefehlshaber West, Comando del Ejército Oeste)- vieron sus intentos frustrados por la actitud del Estado Mayor del OKW concentrado en el Berghof, que se negó a tomar cualquier decisión. Cuando un oficial del OB West, en el cuartel general de Rundstedt en Saint-Germain-en-Laye, se atrevió a protestar, le

contestaron que «no estaban en condiciones de juzgar» y que «el principal desembarco iba a producirse en un lugar completamente distinto». El OB West intentó argumentar que, de ser así, «era todavía más lógico acabar con un desembarco para poder hacer frente a una eventual segunda ofensiva con todas las fuerzas disponibles. Además, el enemigo se concentraría con toda seguridad en el desembarco realizado con éxito». Una vez más les respondieron que sólo el Führer podía tomar la decisión y eso no ocurriría hasta las 15:00. 19

Estos retrasos resultaron doblemente desafortunados para los alemanes. La mala visibilidad persistió hasta última hora de la mañana, circunstancia que habría dado a la División Hitler Jugend la oportunidad de cubrir la mayor parte del terreno que no había sufrido ataques aéreos, comprendido entre Lisieux y Caen. Aparte del batallón de reconocimiento y de los granaderos acorazados enviados por delante, el grueso de la división no pudo moverse hasta el anochecer.

Aunque la playa Sword, entre Lion-sur-Mer y Ouistreham quedó asegurada en poco tiempo, el avance hacia el interior del país fue innecesariamente lento. Fueron muchísimos los soldados, cansados de caminar entre las olas y satisfechos de haber sobrevivido al desembarco, que pensaron que se habían ganado el derecho a fumarse un cigarrillo y tomarse una taza de té. Un buen número de ellos empezó a calentar agua en la playa, aunque seguía siendo atacada por la artillería. Los oficiales de la Marina les gritaron que avanzaran y desalojaran a los alemanes.

A los canadienses y a los norteamericanos les hacía gracia la aparente incapacidad del ejército británico de terminar una tarea sin hacer una pausa para el té. Notaron además una renuencia generalizada a ayudar a los integrantes de otras armas. La infantería se negaba a ayudar a «rellenar un cráter o a sacar a un vehículo de las dificultades» en que se hallaba, y, cuando no realizaban labores de ingeniería, los zapadores no disparaban contra el enemigo. Al margen de que esta mentalidad demarcadora fuera una consecuencia del movimiento sindicalista o bien del sistema militar -en ambos se cultivaba el ideal de lealtad colectiva-, el defecto básico a menudo se debió a la falta de confianza de los oficiales jóvenes.

El hecho de que la 3.ª División de Infantería británica no lograra su objetivo de tomar Caen el primer día no tardaría en revelarse trascendental. Se había invertido una enorme cantidad de esfuerzo e ingenio en planear el ataque a la costa, pero no se había pensado mucho en la fase inmediatamente posterior. Si Montgomery pretendía conquistar la ciudad, como afirmaba, no supo poner en marcha el equipamiento y la organización de sus fuerzas imprescindibles para llevar a cabo una acción tan audaz. Cabría sostener que en cuanto se confirmó la presencia de la 21.ª División Acorazada alemana, el objetivo declarado de Montgomery sería mucho menos optimista.

En cualquier caso, para llegar a Caen en un solo día la 3.ª División de Infantería habría tenido que enviar por delante al menos a dos grupos de combate, cada uno de ellos con un regimiento acorazado y un batallón de infantería. Teóricamente, la infantería habría debido ir en vehículos blindados aptos para el transporte de personal, tipo de medio que el ejército británico tardó otros veinte años en adquirir. Salvo unas pocas honrosas excepciones, el ejército británico estaba lamentablemente mal preparado para las operaciones de infantería con tanques. El problema derivaba en gran parte del sistema militar y por ende de la renuencia a imitar el sistema alemán de granaderos acorazados, con una infantería blindada y unas fuerzas de tanques perfectamente cohesionadas capaces de trabajar juntas en todo momento.

El plan consistía en que la 8.ª Brigada de Infantería tomara las colinas de Périers. Luego la 185.ª Brigada, con tres batallones de infantería y sólo un regimiento acorazado, pasaría entre medias y avanzaría hacia Caen. Se suponía que el 2.º Batallón Shropshire de Infantería Ligera del Rey habría montado en los tanques de la Staffordshire Yeomanry en la zona de reunión cerca de Hermanville, y

que luego habría encabezado el avance hacia el sur en dirección a Caen. Debía ser apoyado por el 2.º Batallón del Regimiento Real Warwickshire por la derecha y por el 1.º Batallón del Regimiento Real Norfolk por la izquierda.

Los tres batallones de infantería estaban ya listos en Hermanville a las 11:00, pero no se veía ni rastro de la Staffordshire Yeomanry. La marea inusualmente alta había dejado reducida la playa a poco más de diez metros, de modo que no había espacio para que los tanques pudieran maniobrar. Y como la artillería alemana seguía bombardeando las rutas que se dirigían hacia el sur, el atasco del tráfico llegaba hasta las propias playas cuando algunos vehículos se incendiaron. Las minas impedían que los tanques avanzaran campo a través. El oficial al mando de la brigada estaba angustiado, pues no sabía si debía lanzar o no el ataque a pie y sin el apoyo de los tanques. Tras esperar una hora, ordenó a la infantería ponerse en marcha.

Mientras tanto, la 8.ª Brigada encontró un gran obstáculo en su ofensiva contra las colinas de Périers en dos fortines cuyos nombres en clave eran «Hillman» y «Morris». Morris, que tenía cuatro cañones de 105 mm, fue tomado enseguida. Sus desmoralizados defensores se rindieron al cabo de una hora, pero Hillman resultó un complejo mucho más formidable. Ocupaba una extensión de 400 x 600 m aproximadamente, tenía «reductos de hormigón muy profundos y cúpulas de acero con un sistema completo de trincheras comunicadas entre sí». Al carecer del apoyo de la artillería naval que se tenía previsto debido a la muerte del oficial de observación avanzada, el 1.º Batallón del Regimiento Suffolk tuvo que enfrentarse a la terrible tarea de cruzar los campos de minas y las alambradas con la única cobertura proporcionada por la artillería de campaña y las metralletas.

Los integrantes del Regimiento Suffolk pidieron el apoyo de algunos tanques, y se ordenó el desvío de un escuadrón de la Staffordshire Yeomanry, que resultaba necesario con urgencia, para que los ayudara, reduciéndose así aún más las débiles fuerzas acorazadas asignadas al avance sobre Caen. Dado el enorme campo de tiro de que disponía, el fortín Hillman hizo que a la 185.ª Brigada le resultara muy difícil sortearlo en su avance, y que los Norfolk perdieran ciento cincuenta hombres. Hillman era además el cuartel general del 736.º Regimiento de Granaderos. Su comandante se encargó de que sus hombres «combatieran con determinación hasta la muerte». En algunos casos, hubo que obligar a «salir de sus reductos a los defensores haciendo estallar cargas explosivas pesadas colocadas por los zapadores del batallón». Pese a ser perfectamente consciente de la existencia de Hillman, que se encontraba marcado con precisión en todos sus mapas, la 3.ª División de Infantería había subestimado gravemente su fuerza.

Aunque los británicos sufrieron muchas bajas en las inmediaciones de Hillman, lo que sufrieron los 60.000 habitantes de Caen fue mucho peor. De acuerdo con la estrategia ideada para retrasar la llegada de refuerzos alemanes, los bombarderos pesados de la RAF empezaron a lanzar sistemáticamente su carga sobre Caen a las 13:45. Las octavillas difundidas aquella misma mañana con el Message. Urgent du Commandement Suprême des Forces Expéditionnaires Alliées advirtiendo a la población de que debía dispersarse inmediatamente por el campo surtieron muy poco efecto. Sólo unos pocos centenares de personas habían abandonado la ciudad antes de que llegaran los bombarderos.

André Heintz, joven miembro de la Resistencia, vio cómo se acercaba la formación de aviones y cómo eran lanzadas las bombas, que oscilaban al caer. Los edificios temblaban con las explosiones. Algunos daban la sensación de estar a punto de derrumbarse para recuperar después inesperadamente el equilibrio. Otros se vinieron abajo y las fachadas se precipitaron en las calles estrechas, bloqueándolas por completo. Los escombros de ladrillo y cemento produjeron enormes nubes de polvo, de las que de vez en cuando emergía alguna persona como si saliera de detrás de una

cortina de humo. Envueltas en un polvo fino y pálido, las gentes tenían un aire espectral, sujetándose los brazos o los hombros lacerados. Fueron muchos más, sin embargo, los que perecieron enterrados entre las ruinas de las casas junto con sus hijos, pues aquella mañana las escuelas habían suspendido las clases. Un médico que pasó corriendo camino del hospital, vio cómo era pasto de las llamas el Monoprix, los principales grandes almacenes de la ciudad. Las bombas rompieron las tuberías del agua, de modo que la labor de los zapadores del servicio de bomberos se vio seriamente dificultada.

Entre los principales edificios que sufrieron daños graves o que fueron destruidos cabe citar la Abbaye aux Hommes, una basílica enorme, rematada por un ábside con cinco chapiteles, el Palacio de los Duques, que databa del siglo XIV, un monasterio de la época de Guillermo el Conquistador, la iglesia Saint-Étienne, ricamente decorada, y la Gare Routière, la estación de autobuses, una construcción enorme de estilo art-déco. Varios bombarderos fueron abatidos en el curso de la operación. Uno cayó envuelto en llamas, rozando el tejado de una mansión situada fuera de la ciudad, en las inmediaciones de Carpiquet, y se estrelló en el parque trasero. Se formó una enorme bola de fuego y la munición empezó a estallar. «Pueden verse las siluetas de las vacas aterrorizadas que pasan corriendo ante las llamas», escribiría un testigo. «Es un espectáculo alucinante.» 26

Los jóvenes de la ciudad mostraron enseguida un valor y una entrega notables. Muchos pertenecían ya a la Défense Passive, el servicio voluntario de socorro, pero fueron muchos más los que se unieron a ella de inmediato con el fin de prestar ayuda. Las ambulancias no podían pasar por las calles bloqueadas, de modo que las personas que habían resultado heridas de más gravedad eran conducidas en camilla al principal hospital de emergencia improvisado en el convento del Bon Sauveur. Un hombre muy corpulento que fue llevado en camilla por toda la ciudad en ruinas hasta el hospital no paraba de pedir disculpas a sus portadores, que sudaban debido al esfuerzo: «¡Ojalá estuviera un poco menos gordo!», decía una y otra vez. Otros voluntarios se pusieron a retirar escombros en su afán por encontrar a las personas enterradas vivas que pudiera haber entre las ruinas. Un joven perteneciente a la Défense Passive encontró a un individuo que se había lanzado al pillaje y lo amenazó con detenerlo. El saqueador se echó a reír en su cara al ver que iba desarmado. El voluntario se puso furioso y le arrojó a la cabeza una pala; casualmente la hoja de ésta le seccionó la yugular. En los bolsillos del ladrón fueron encontradas algunas joyas y, según se contó, la mano cortada de una mujer con anillos en los dedos. 28

El propio refugio del Bon Sauveur había sufrido también daño. Una monja que saltó al cráter abierto por una bomba buscando dónde protegerse fue enterrada por otro proyectil que explotó al lado. Un ala del convento albergaba un manicomio. Sobre él cayeron algunas de las últimas bombas que fueron lanzadas, causando la muerte a varios internos y sacando totalmente de quicio a los demás que, presa del pánico, gritaban agarrándose a los barrotes. Sabedor de que su hermana estaba asistiendo a uno de los cirujanos en un quirófano improvisado, el propio Heintz decidió presentarse también en él por si podía ser útil. Al ver los cubos llenos de sangre, se le ocurrió de pronto la idea de empapar en ella unas cuantas sábanas y desplegarlas sobre el césped para indicar a los aviones que se trataba de un hospital. Una vez seca la sangre, dejó de ser roja, pero a la mañana siguiente se improvisó otra cruz con unas cuantas alfombras rojas y sábanas teñidas con mercromina.

Seis equipos quirúrgicos habían estado preparados desde que aquella mañana se tuvo noticia de la invasión. La Défense Passive de Caen se había instalado en el Bon Sauveur desde primeros de año. El Lycée Malherbe fue designado hospital subsidiario, mientras que en la otra orilla del Orne, el Hospicio de las Hermanitas de los Pobres hacía también las veces de centro de acogida de heridos. Las diferentes organizaciones colaboraron unas con otras con gran eficacia. A petición de los médicos, grupos de policías se dedicaron a requisar medicamentos en las farmacias y clínicas de la

ciudad. Los profesionales de la medicina de Caen fueron elogiados calurosamente en un informe que subrayaba la «magnífica actitud de los médicos de la ciudad, que mostraron una entrega sin límites».

30

A las afueras de la población, por la zona sur, unas quince mil personas buscaron refugio en unos túneles descubiertos recientemente que formaban parte de las canteras de piedra medievales. Se llevaron maletas cargadas de comida y libros de oraciones, sin saber que aquel lugar húmedo y mal ventilado iba a ser su miserable refugio durante más de un mes. No había retretes ni agua corriente, y casi todo el mundo sufrió las picaduras de piojos, pulgas y chinches.

Una tragedia más modesta, pero más intensa a la vez, había tenido lugar en Caen esa misma mañana. La Gestapo se había presentado en la Maison d'Arrêt, la cárcel de la ciudad, y había entrado en la sección en la que los presos de la Resistencia francesa se hallaban bajo la custodia de guardias alemanes. Los guardianes franceses de la sección civil vieron lo que sucedió por un agujero existente en la mampara de lona que había sido colocada para aislar la sección militar alemana. En total, ochenta y siete miembros de la Resistencia fueron conducidos aquella mañana al patio y fusilados en tandas de seis. Las víctimas de la matanza pertenecían a toda la gama política y social de la Resistencia, desde miembros de la ORA hasta comunistas, y desde un ferroviario hasta el marqués de Touchet. Otro preso que oyó los disparos desde su celda recuerda que ninguno exhaló ni un gemido, excepto un hombre que, al salir al patio y darse cuenta de lo que le esperaba, se puso a gritar: «¡Oh no! ¡No! ¡Mi mujer, mis hijos!... ¡Mis hijos!». Su voz fue silenciada por la descarga.

Aquella noche, la carcelera alemana que hasta entonces había mostrado una conducta atroz para con las prisioneras a su cargo, apareció «pálida y a todas luces aterrorizada» por lo que había ocurrido. Devolvió incluso a las presas que sobrevivieron algunas de sus posesiones, asegurando que «el ejército alemán es honrado». Tres semanas después, antes de que los británicos tomaran la ciudad, volvió la Gestapo y retiró los cadáveres.^[15]

No cuesta demasiado trabajo imaginar la desolación de los habitantes de Caen por la destrucción de su ciudad. «Con un frenesí bestial», escribió uno de ellos «las bombas reventaban las entrañas de la ciudad sin piedad.» Otro describía el bombardeo como un acto «tan inútil como criminal». En la población no había habido nunca más de trescientos alemanes, decía, y aunque el objeto de tanta destrucción fuera acabar con las líneas de comunicación y de transporte, los bombarderos no acertaron a volar ni un solo puente. 34 En total murieron en Caen unas ochocientas personas a consecuencia del bombardeo aéreo y naval de los dos primeros días. Resultaron heridas muchas más. 35

Un gran número de ciudades situadas a lo largo de las principales rutas de la zona de invasión corrieron una suerte parecida. Además de Saint-Ló, Caen y Falaise, Lisieux, un poco más al este, sufrió dos grandes bombardeos aéreos. «La ciudad está en llamas y parece completamente abandonada», decía un informe enviado a París. 36 Se pedía también en él que el comisario de policía fuera castigado por haber abandonado su puesto durante la noche mientras la ciudad ardía. Murieron tantos bomberos y se perdió tanto material durante el primer ataque que resultó imposible luchar contra el fuego cuando se reanudaron los bombardeos. Al sur, se dijo que Argentan y Ecouché habían quedado «casi arrasadas». En Argentan «todos los gendarmes [estaban] muertos o heridos». Las bombas produjeron un pánico terrible, además de la destrucción generalizada de edificios. En total, unos cien mil habitantes del departamento de Calvados se convertirían en refugiados. Los 60.000 habitantes de Caen quedaron reducidos a 17.000.

Esta estrategia de interdicción aérea mediante bombardeos comportaba una curiosa contradicción. Si Montgomery pretendía realmente conquistar Caen el primer día, ¿por qué quiso que

la RAF arrasara la ciudad, de modo que sus calles resultaran intransitables? Eso no hacía más que favorecer al defensor.

Mientras tanto, en Londres todo el mundo estaba lleno de incertidumbre y esperaba más noticias tras el comunicado radiofónico del rey a la nación. Después Churchill hizo una declaración ante la Cámara de los Comunes, llena a rebosar. «Es el primero de una serie de desembarcos», comentó en apoyo de la Operación Fortitude, aunque técnicamente fuera culpable de mentir a la Cámara. «Hasta el momento los mandos responsables informan que todo está saliendo según el plan previsto... ¡Y menudo plan!»

Fuera, las calles y los comercios de Londres estaban vacíos; los taxis circulaban de aquí para allá, incapaces de encontrar clientes. «En la Abadía de Westminster», escribía una periodista, «mecnógrafas con vestidos veraniegos y los habituales visitantes ancianos con ropas de aspecto rústico entraban a rezar junto a la tumba del Soldado Desconocido de la última guerra, o a contemplar con la mirada perdida los colores desenchados y los héroes de mármol de unas batallas que ya no parecían tan remotas». El mariscal sir Alan Brooke no pudo dejar de asistir ese día a un almuerzo en honor del marajá de Cachemira en compañía de la Sra. Churchill. «Durante todo el día», anotó en su diario, «me ha costado muchísimo trabajo darme cuenta de que mientras Londres seguía tranquilamente a lo suyo, estaba librándose un feroz combate no muy lejos de aquí en la costa de Francia.» 39

A poco más de trescientos kilómetros al sur, la lucha librada para tomar Hillman era efectivamente feroz. Los desgraciados integrantes del Regimiento de Suffolk fueron acusados injustamente del retraso, lo mismo que su general de brigada. El principal error había sido la falta de previsión de la 3.ª División, que no había suministrado apoyo suficiente, como, por ejemplo, los AVRE necesarios para poner fuera de combate los bunkers y sus proyectiles. Y tampoco puede nadie culpar al Regimiento Shropshire de la Infantería Ligera del Rey (KSLI), que continuó avanzando valerosamente hacia Caen con un apoyo blindado insuficiente. Incluso teniendo en cuenta lo imprevisible de la pleamar de aquel día, la responsabilidad correspondería a los niveles más altos. Ni el general sir Miles Dempsey, el comandante en jefe del 2.º Ejército británico, ni el general Montgomery habían pensado en esta fase fundamental de la operación y no habían asignado con la suficiente claridad lo que era prioritario.

Los canadienses tampoco pudieron contar con los semiorugas americanos, pero mostraron cuál era el planteamiento adecuado en su avance hacia Carpiquet montando a la infantería en tanques y acaparando todos los vehículos ligeros armados con fusil ametrallador. Pero el intento de los británicos de tomar Caen estaba condenado al fracaso, aunque al principio no había habido retrasos ni se congestionaron las playas cuando llegó la segunda tanda de invasores. El avance del KSLI hacia Lebieux, a poco más de tres kilómetros del centro de Caen, fue una hazaña de gran valor. Los escasos efectivos que quedaron de él, terriblemente maltrechos, tuvieron que retirarse, al carecer del imprescindible apoyo acorazado.

Por otra parte, la suerte del Regimiento Shropshire de Infantería Ligera podría haber sido mucho peor si la 21.ª División Acorazada alemana hubiera contado con el fundamental liderazgo que Feuchtinger evidentemente no le proporcionó. Cuando a última hora de la tarde, tras dar la vuelta por Caen, el regimiento blindado de Oppeln-Bronikowski estuvo en condiciones de atacar el hueco existente entre la 3.ª División y los canadienses, los británicos estaban preparados para recibirlos. El teniente coronel Eadie, el oficial al mando de la Staffordshire Yeomanry, había previsto su movimiento. Había concentrado al oeste de Hermanville tres escuadrones de Sherman «Fire-fly»

armados con el cañón de diecisiete libras, un arma casi tan eficaz como los cañones de 88 mm de los tanques Tiger.^[16] 40 Gracias a la superioridad de su alcance, los tanques de la Staffordshire Yeomanry pusieron fuera de combate en cuestión de segundos a trece de los carros blindados Mark IV de Oppeln-Bronikowski. Sólo un pequeño destacamento de la 21.ª División Acorazada alemana logró colarse y llegar a la costa, pero tuvo que retirarse rápidamente.

Por una feliz coincidencia para los británicos, la espectacular aparición a las 20:30 de casi 250 planeadores que traían a una brigada de infantería para reforzar a la 6.ª División Aerotransportada, contribuyó a convencer a Oppeln-Bronikowski de que debía emprender la retirada. El campo de batalla casi se congeló cuando la mirada de los presentes se llenó de admiración ante lo que veían. Un subalterno del 2.º Batallón de los Royal Ulster Rifles oyó sin querer a uno de sus soldados comentar la llegada por el aire de la unidad hermana en los siguientes términos: «Supongo que eso es lo que el 1.º Batallón llama una puta marcha de entrenamiento». De repente los destacamentos de artillería antiaérea y las ametralladoras de la 21.ª División Acorazada abrieron fuego y se pusieron a disparar con furia. Derribaron a menos de una docena de planeadores, aunque dijeron que habían sido veintiséis. 41

Hillman cayó por fin a las 20:15. Los del Regimiento Suffolk empezaron a abrir trincheras en las que pasar la noche y el escuadrón de tanques que les había prestado apoyo se retiró para proveerse de nuevas municiones. Todo el trabajo cesó cuando vieron llegar los planeadores. «También los prisioneros alemanes quedaron impresionados», comentó su oficial al mando, «pero de diferente manera. Parecían pensar que aquello no era justo.» 42

Una sensación distinta de irrealidad seguía envolviendo a su comandante supremo en el Berghof. Tres horas antes, el general Günther Blumentritt, jefe del Estado Mayor del OB West, había dicho al cuartel general del 7.º Ejército que Hitler quería que «el enemigo [estuviera] aniquilado el 6 de junio por la noche, pues hay peligro de que se produzcan más desembarcos por mar y de que lleguen más fuerzas aerotransportadas. Según una orden del general Jodl, todas las unidades deben ser desviadas al punto de penetración en Calvados. La cabeza de playa [del enemigo] debe ser eliminada NO más tarde de la presente noche». 43 El jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército contestó que eso iba a ser imposible. El asistente de la Luftwaffe de Hitler, Nicolaus von Below, que se encontraba con él en el Berghof, se dio cuenta de que el Führer todavía no había aceptado la verdadera fuerza del poderío aéreo de los aliados. «Seguía convencido de que podía repeler a las fuerzas terrestres.» 44

Una curiosa demostración de la supremacía aérea aliada tuvo lugar esa misma noche. Junto con la División de la SS Hitler Jugend, el Führer contaba con otra división acorazada con todo su potencial para devolver a los aliados al mar. La Panzer-Lehr División del teniente general Fritz Bayerlein había recibido la orden de dirigirse a toda velocidad hacia la costa. Pero antes incluso de que esta unidad se pusiera en marcha la tarde del 6 de junio, sus efectivos fueron bombardeados en su zona de concentración. Bayerlein se presentó ante el Generaloberst Dollmann en su cuartel general de Le Mans. Deseaba mantener sus tanques a cubierto durante las horas diurnas para evitar a los cazabombarderos aliados, pero Dollmann le ordenó que siguiera adelante. Bayerlein, «hombre de corta estatura, robusto y enérgico», que había sido jefe del Estado Mayor de Rommel en el norte de África, quedó casi mudo de cólera ante tanto tiempo perdido y el estúpido derroche que ahora se le exigía. 45

El propio Rommel tampoco se sintió de muy buen humor cuando, al regresar, descubrió que el último puente que quedaba sobre el Bajo Sena había sido destruido por los cazabombarderos

aliados. Entró directamente en la sala de operaciones del castillo de La Roche-Guyon y se quedó un rato contemplando el mapa. «¿Qué ha ocurrido con nuestra orgullosa Luftwaffe?», preguntó cínicamente. La respuesta era perfectamente previsible. «¿Cómo va el ataque de la 21.ª División Acorazada?» No habían llegado detalles de ningún tipo. «¿Por qué se han puesto en marcha la Panzer-Lehr División y la 12.ª de la SS?» Como toda respuesta, Speidel expuso la negativa del OKW a tomar cualquier decisión. «¡Qué locura!», dijo Rommel. «Naturalmente ahora llegarán demasiado tarde, pero tenemos que conseguir que se pongan en movimiento de inmediato.» 46

Aunque no habían logrado asegurar algunos objetivos claves, los aliados al menos estaban en tierra. Las amadísimas divisiones acorazadas de Hitler eran ya incapaces de desalojarlos. Pero los combates que estaban por venir harían que las bajas sufridas por los aliados el Día D parecieran relativamente pocas. Las unidades británicas, que creían haberlo «hecho ya todo antes» en el norte de África, iban a llevarse una sorpresa tremenda cuando se enfrentaran a la Waffen-SS.

La fuerza aérea aliada podría hacer relativamente poco para ayudarlos cuando tuvieran que enfrentarse a unos defensores competentes y resueltos, pueblo a pueblo, en los campos de grano que rodeaban Caen, y parcela a parcela en el bocage normando

[El cuartel general del XXI Grupo de Ejército había previsto que se produjeran 9.250 bajas entre los 700.000 soldados desembarcados el primer día. Se esperaba que unas 3.000 de ellas -marineros, paracaidistas caídos en zonas anegadas y tripulantes de los tanques anfibios- murieran ahogadas. Lo cierto es que resulta muy difícil definir las cifras de bajas del Día D propiamente dicho, pues la mayoría de los cálculos de las distintas unidades corresponden a un período más largo, nunca inferior al que va del 6 al 10 de junio. En la confusión del momento, la elevada cifra de desaparecidos tuvo que ser modificada una y otra vez, cuando se demostró que algunos habían muerto, otros se habían incorporado a unidades distintas, algunos heridos no contabilizados habían sido trasladados a Inglaterra, y cuando luego se descubrió que otros habían sido hechos prisioneros. En términos muy generales, las bajas sufridas por británicos y canadienses el Día D fueron alrededor de 3.000 entre muertos, desaparecidos y heridos. Las pérdidas de los americanos fueron mucho mayores debido a la peligrosidad de Omaha y de la misión de las dos divisiones aerotransportadas. El general Bradley dio la cifra de 4.649 bajas entre los americanos embarcados, pero parece demasiado elevada, si la comparamos con los informes de las divisiones. [Bradley, Omar, *A Soldier's Story*, p. 242.] Las únicas cifras exactas que pueden darse son las que corresponden al período comprendido entre los días 6 y 20 de junio, ambos inclusive. Las pérdidas del 1.º Ejército americano ascendieron a 24.162 (de las cuales 3.082 corresponden a muertos, 13.121 a heridos, y 7.959 a desaparecidos). Las bajas británicas durante ese mismo período fueron en total 13.572 (1.842 muertos, 8.599 heridos, y 3.131 desaparecidos). Las bajas canadienses durante el mismo período ascendieron a 2.815 (363 muertos, 1.359 heridos y 1.093 desaparecidos)].

11. Se aseguran las cabezas de playa

La noche que siguió al Día D, pocos de los que se encontraban en la cabeza de playa de Omaha pudieron dormir. En una cantera junto a la rambla de Vierville, los oficiales de plana mayor de la 29.ª División se acostaron sobre los salvavidas abandonados en su cuartel general. 1 En los promontorios y en los huertos de manzanos del interior, los granjeros y los obreros de las minas de carbón de Pensilvania que había en la división cavaron las trincheras con una velocidad propia de profesionales. Iban a necesitarlas como protección contra el fuego indiscriminado que sufrirían esa noche. Nerviosos y agotados, los hombres disparaban contra cualquier movimiento que percibieran o contra cualquier silueta que vieran, imaginando que se trataba de algún francotirador alemán. Un soldado bisonño disparó contra una ternera con su metralleta Thompson.

Otros intentaron abrir una trinchera improvisada haciendo estallar cargas de dinamita en el suelo al grito de Fire in the hole!^[17]Ello contribuía a reforzar la impresión de que había combates por todos lados. Los bombarderos de la Luftwaffe llegaron después del anochecer para atacar los barcos anclados frente a la costa, y la barrera de fuego antiaéreo con balas trazadoras hizo que muchos la compararan con los fuegos artificiales del 4 de julio. Pero la incursión aérea alemana fue de pequeña envergadura y se produjo demasiado tarde para servir de ayuda a los defensores.

El 7 de junio el teniente coronel Ziegelmann, de la 352.ª División de Infantería alemana, se asomó a los acantilados próximos a la Pointe et Raz de la Percée. Estaba a menos de dos mil metros al oeste del puesto de mando del general Gerow en la playa Omaha. «El mar era como la foto de la "revista de la flota en Kiel"», comentó amargamente. «Navíos de todo tipo, unos junto a otros, en la playa y en el agua, debidamente escalonados según la profundidad. Y toda aquella aglomeración permanecía allí intacta sin la menor interferencia desde el lado alemán. Entendí claramente los ánimos que tenían los soldados alemanes abandonados por la Luftwaffe.» El amargo lamento: Wo ist die Luftwaffe? («¿Dónde está la Luftwaffe?») sería el estribillo constante de la experiencia del ejército alemán en Normandía.

Algunos restos de batallones alemanes seguían resistiendo en el sector, especialmente en los acantilados alrededor de la Pointe du Hoc, donde habían contraatacado a los Rangers del coronel Rudder. Los americanos habían despejado por fin Colleville-sur-Mer y Saint-Lau-rent-sur-Mer por la mañana. Un soldado que caminaba por la localidad volvió la cabeza y vio a un policía militar a unos metros detrás de él que iba poniendo carteles de «zona prohibida». En la playa, los restos de la batalla desafiaban cualquier posible descripción, con vehículos incendiados, lanchas de desembarco aplastadas, máscaras antigás, torpedos Bangalore y toda clase de armas abandonadas. El espectáculo no impidió que el gran defensor de la disciplina que era el general Gerhardt se pusiera a dar gritos a un soldado por tirar la piel de una naranja al suelo.

Habría que eliminar otras bolsas aisladas de resistencia alemana. Cuando un soldado alemán salió de repente de un hoyo para rendirse, las tropas que lo rodearon descubrieron que tenía «un verdadero hotel bajo tierra» con radio incluida. Supusieron que era para dirigir el fuego de la artillería contra la playa. Llamaron a la policía militar. «El sargento de la PM procedía de Checoslovaquia y al parecer sus padres habían sido asesinados por los nazis, así que le pegó un tiro en el acto por espía.»

Las casas de Vierville se hallaban también en zona prohibida para las tropas americanas. Por su parte, la población civil francesa tenía igualmente prohibido acercarse a la playa para no estorbar.

La gente tenía la sensación de que su presencia en su propio pueblo no era bien vista. Los soldados americanos «los primeros días nos miraban con bastante malos ojos», escribiría más tarde una mujer francesa. 5 Las sospechas eran mutuas. Un sargento de ingenieros y dos de sus hombres fueron a Saint-Laurent y entraron en la iglesia al ver a un alemán que se colaba en ella. Lo encontraron en el suelo con los brazos en cruz y mortalmente herido delante del altar. El sargento vio entonces que los dos soldados que lo acompañaban, ambos originarios de Alabama, estaban cogiendo las monedas del cepillo para los pobres situado junto a la entrada. «Apuesto que no sabían lo que era un cepillo para los pobres», dijo después. 6 De hecho, sólo querían coger unas cuantas monedas para guardarlas como recuerdo, la obsesión de casi todos los soldados que llegaban a aquel país extranjero. Pero en ese momento entró el cura y quedó escandalizado al ver la escena: «Pour les pauvres!», les gritó.

La playa seguía siendo peligrosa, y no sólo para los civiles. Todavía caían de vez en cuando proyectiles de artillería y los hombres de la 6.ª Brigada Especial de Ingenieros se dedicaban a volar obstáculos y a hacer estallar minas. Una cinta blanca señalaba las zonas «despiojadas», pero más allá seguían viéndose cadáveres en los campos de minas que todavía no habían sido debidamente limpiados. Los tripulantes de los bulldozers trabajaban a brazo partido abriendo rutas de acceso para el desembarco de tropas complementarias y de vehículos. Los cadáveres eran apilados fuera de los centros de verificación de bajas instalados en tiendas. Se acordonó un terreno para cementerio provisional. A algunos soldados que no tenían nada que hacer se les encargó la tarea de consignar los enterramientos. «Parecía que todos estuviéramos en trance», anotó uno de ellos, «retirando chapas de identificación y realizando otros servicios igualmente desagradables.» Para acelerar el trabajo, se ofrecieron raciones dobles a los prisioneros alemanes que se prestaran voluntariamente a cavar tumbas. La mayoría de ellos se encogió de hombros y aceptó. Este deprimente trabajo fue encomendado después a compañías de intendencia integradas por soldados negros.

A la playa llegaba una marea casi constante de prisioneros bajo escolta que debían ser registrados por la policía militar. Muchos de ellos eran hiwis polacos o soviéticos con uniforme alemán que llegaban con las manos en alto. «Algunos iban llorando», señalaba el mismo sargento de ingenieros. «No sabían qué podían esperar de nosotros. En fin, tuvieron suerte de ser capturados en este frente, y no en el ruso, donde habrían sido fusilados de inmediato como traidores.» La inmensa mayoría de ellos serían entregados más tarde por los aliados a las autoridades soviéticas. Algunos fueron ejecutados, pero casi todos fueron enviados a campos de trabajo en régimen de esclavitud. Muchos prisioneros originarios de Asia Central tenían unos rasgos tan orientales que los soldados americanos creyeron que eran japoneses agregados al ejército alemán.

Poco antes del amanecer, el general Gerhardt había recibido del comandante de su cuerpo de ejército, el general Gerow, la orden de avanzar por el interior del país hacia Isigny y el río Vire, con el fin de reunirse con la 101.ª Aerotransportada. Gerhardt pretendía utilizar su regimiento de reserva, el 175.º de Infantería, que todavía no había desembarcado. Tardaría la mayor parte de la jornada en llegar a tierra. Sin embargo, una prioridad más urgente era socorrer al 2.º de Rangers del coronel Rudder en la Pointe du Hoc. Superados en número por el batallón alemán del 916.º Regimiento de Granaderos, los Rangers andaban además escasos de munición. Su único apoyo eran los cañones del destructor Harding, de la Marina estadounidense. 8

Una fuerza mixta formada por Rangers y el 116.º Regimiento de Infantería procedente de la playa Omaha, reforzada con dos tanques Sherman, atacó por el oeste a lo largo de la costa en dirección a la Pointe du Hoc. Pero como había un fortín alemán en los acantilados de las inmediaciones (el mismo desde el que Ziegelmann observó la aparición de la flota) y otras bolsas de

resistencia, hasta el día siguiente no logró acercarse a la unidad acorralada de Rudder.

Los hombres de Rudder, que tenían escasez de municiones, tuvieron que utilizar las armas capturadas a los alemanes. El ruido característico de éstas confundió a las tropas que habían venido a socorrerlos y los Sherman del 743.º Batallón de Tanques abrieron fuego contra los Rangers, matando a cuatro e hiriendo a seis. «Una vez más el coronel Rudder», escribió un ingeniero que formaba parte de su grupo, «hizo gala de su gran valor y su capacidad de liderazgo ayudando a los hombres que estaban en su puesto de mando a levantar una bandera estadounidense lo más alto que pudieron, para que las tropas que venían avanzando supieran que eran americanos.» 9 Un informe describe esta operación de socorro como una «acción llevada a cabo a trompicones», pues otras fuerzas americanas procedentes del suroeste empezaron a disparar contra las tropas de socorro que venían por el sureste. 10

Mientras tanto, parte de la 1.ª División de Infantería, la «Gran Uno Rojo», había avanzado el 7 de junio hacia el este a lo largo de la carretera de la costa en dirección a Port-en-Bessin, con la infantería montada en los Sherman del 745.º Batallón de Tanques. Allí se reunió con algunos elementos de la 50.ª División británica. Casi inmediatamente después empezaron los cambalaches de los artilleros de campaña ingleses, que canjeaban huevos por cigarrillos americanos. 11

Aprovechando la superioridad aérea de los aliados, la artillería americana gozó de una gran ventaja por su capacidad de utilizar aviones ligeros de observación. Esa mañana, un oficial de infantería que iba con la 1.ª División improvisó una pista en los promontorios que daban a la playa Omaha. Se dirigió al conductor de un bulldozer y le dijo:

- ¡Eh tú! Tengo que quitar de en medio un seto. ¿Me puedes ayudar?

- ¡Claro! -respondió el otro.

Así pues, el conductor cogió su vehículo, derribó el seto y les construyó una pista provisional de unos cincuenta metros de largo, que era todo lo que necesitaban los Piper Cub para despegar. Como el mar estaba mucho más calmado, la munición de artillería para sus cañones no tardó en llegar a la playa en sucesivas oleadas a bordo de DUKW cargados de antemano que ya no corrían riesgo de irse a pique.

Un escuadrón aéreo de servicio empezó a construir una pista de aterrizaje como es debido para los aviones de transporte encima de Saint-Laurent-sur-Mer. Concluida en un tiempo récord, fue designada A-1. Al cabo de poco tiempo los C-47 Skytrains de color verde oliva estaban aterrizando y descargando munición en una marea incesante, y despegando a continuación cargados de heridos atados con correas a las camillas. En el primer viaje, una enfermera de vuelo descubrió que uno de sus pacientes había fallecido. Para que los demás heridos no se enteraran, fingió que lo examinaba cada pocos minutos hasta que aterrizaron en Inglaterra. 14

Aunque algunas cosas ocurrieron deprisa, otras parecían durar una eternidad. A nadie le exasperaban más los retrasos que al comandante de la 29.ª División de Infantería, el general Charles Hunter Gerhardt. Gerhardt era en cierto sentido una versión en miniatura del general Patton. Soldado de caballería de corta estatura, pero con un ego enorme, se sentía muy orgulloso de su apariencia externa, llevaba botas de montar extraordinariamente brillantes y el casco correctamente atado por debajo de la barbilla. La 29.ª era una división de la Guardia Nacional, y desde el primer momento Gerhardt había intentado hermosearla de todas las formas posibles. No tenía paciencia para el papeleo y exigía a sus oficiales más que a sus hombres. De ese modo, parece que inspiró admiración y odio a partes iguales. 15

La decisión de Gerhardt de tomar la localidad de Isigny en un tiempo récord se vio frustrada por

los retrasos en el envío del 175.º Regimiento de Infantería a tierra. Además, paramayor irritación suya, se enteró de que la Marina había desembarcado a sus hombres a casi tres kilómetros más al este de lo debido. Cuando llegaron a la rambla de Vierville, los hombres se sintieron estremecidos al ver los cadáveres que encontraron a su paso y por el tiroteo ocasional de las pocas posiciones alemanas que todavía no habían sido eliminadas por el 115.º Regimiento.

Las labores de despeje de la zona eran lentas y peligrosas, debido a la existencia de tiradores y ametralladoras aisladas. Un teniente ansioso por ejercer su autoridad no tardó en caer víctima de su temeridad. Había dicho deliberadamente al sargento de su unidad delante de todo el mundo:

- Sargento, quiero que entienda que a partir de este momento tiene usted mi permiso para pegar un tiro a cualquier hombre que no obedezca las órdenes.

Cuando fueron atacados, tomó los prismáticos y el fusil del sargento. Rechazando los consejos de sus suboficiales, anunció que iba «a por esos hijos de puta» y empezó a trepar a un árbol prominente que había en un seto. Tras efectuar unos cuantos disparos, fue alcanzado y cayó mortalmente herido al otro lado del seto. 16

Aquella tarde, un zapador alemán de la 352.ª División de infantería encontró una copia del plan operativo de los americanos en el cadáver de un joven oficial de la 29.ª División. Se lo entregó al coronel Ziegelmann, que apenas pudo dar crédito a sus ojos. Los puntos clave del mismo fueron notificados al general Marcks aquella misma noche, pero el documento no llegó a manos de Rommel y del OB West hasta dos días después. El jefe del Estado Mayor de Rundstedt, Blumentritt, escribió que el documento demostraba con toda claridad que aquello era «Die Invasión», pero que «el Führer en persona siguió contando con una segunda invasión a través del canal contra el 15.º Ejército hasta comienzos de agosto». El engaño de la Operación Fortitude había resultado más eficaz de lo que los aliados hubieran podido imaginarse nunca. 18

El 8 de junio, tras asegurar la cabeza de playa de la 29.ª División, el 115.º de Infantería avanzó hacia el sur en dirección al valle del río Aure, inundado en parte. Encontró poca oposición porque el general Kraiss había retirado lo que le quedaba de sus tropas durante la noche. Pero una vez cruzados los pantanos, el regimiento tuvo que hacer frente a «un duro período de aprendizaje, con algunos éxitos y no pocos desastres». 19 Haciendo gala de un valor y una habilidad enormes, «el teniente Kermit Miller, de la Compañía E, cruzó la zona inundada al norte de Colombières con su unidad y mató a cuarenta y seis alemanes, dejó inservibles dos carros armados y un coche oficial, destruyó un cuartel general del enemigo y regresó con doce prisioneros».

En un triste anticipo de lo que iban a ser los combates entre la maleza del bocage, el peor descalabro tuvo lugar durante la noche del 10 de junio. Los del 2.º Batallón habían recibido de la población local el aviso de que tenían frente a ellos a unos cien alemanes. «Era casi media noche en aquellos momentos», afirmaría luego un informe, «y los hombres estaban tan cansados que se tiraron al suelo y empezaron a roncar donde cayeron. Un hombre de la Compañía O tropezó, se le disparó el fusil y mató al tipo que tenía delante. El tiro reveló su posición y las ametralladoras alemanas abrieron fuego.» El batallón se había detenido en un pequeño campo, sin saber que estaba rodeado por un destacamento de la 352.ª División de Infantería. El asistente y el oficial al mando de la compañía del cuartel general perdieron la vida y el oficial de comunicaciones fue capturado. El teniente coronel Warfield, que era el oficial al mando, y el teniente Miller murieron después a consecuencia de las heridas recibidas. «El auxiliar sanitario se volvió loco y fueron capturados cerca de cien hombres. Se oyó decir al coronel Warfield: "Nunca pensé que mis hombres llegaran a decir Kamerad". El resto de los hombres del batallón se pusieron muy nerviosos después de este

lance.» 21 La cólera del general Gerhardt estalló cuando se enteró de que el batallón no había cavado trincheras, y que simplemente se había tirado al suelo y se había puesto a dormir.

Los del 115.º se pusieron aún más nerviosos cuando tuvieron «líos con los chicos esos [de Texas] tan amigos de apretar el gatillo» de la 2.ª División, que llegaron por detrás disparando contra todo lo que se les ponía por delante. «Un batallón del 115.º de Infantería atribuía el 3% de sus bajas a la 2.ª División.» 22

Mientras tanto, Gerhardt había instado a su 175.º Regimiento de Infantería que avanzara hacia Isigny, localidad famosa por su mantequilla normanda y su queso Camembert. Como las comunicaciones por radio no habían mejorado, Gerhardt nombró a unos «correos montados», que eran oficiales que iban de un lado para otro en jeep informando del avance y de la posición exacta de las primeras tropas. Tenían que conducir a toda velocidad para evitar el fuego de los alemanes regazados. El propio Gerhardt, con guantes blancos y una cinta azul alrededor del cuello (a juego con la cinta azul que llevaba su perro) quería encontrarse allí donde estuviera la acción. Y si no había acción de ningún tipo quería saber por qué. Gerhardt no creía en la conveniencia de pasar desapercibido. Se trasladaba de aquí para allá en un jeep adaptado especialmente para él llamado «Vixen Tor», en el que habían montado un faro giratorio de color rojo y una sirena.

Acompañado por los Sherman del 747.º Batallón de Tanques, el 175.º Regimiento de Infantería pensó que el avance se parecía a una marcha rápida de un ejercicio maniobras. Los granjeros normandos ofrecían leche de sus cántaros a los hombres sedientos. Se produjeron unas cuantas acciones dilatorias por parte de algunos grupos alemanes. Más graves serían las pérdidas infligidas después por un escuadrón de Typhoons de la RAF, que confundió el batallón de cabeza con un grupo de alemanes en retirada. Murieron seis hombres y dieciocho resultaron heridos. «Un americano no se distinguía apenas de un alemán visto desde el aire», escribiría un oficial de artillería que iba con ellos. Los de infantería serían menos indulgentes. Prometieron que en adelante dispararían contra cualquier avión que viniera en su dirección, fuera cual fuera su nacionalidad.

El oficial al mando del 175.º se mostró reacio a seguir avanzando sin contar con más apoyo de la artillería, pero Gerhardt no aceptaba amablemente ese tipo de excusas. Ordenó al regimiento que siguiera adelante durante toda la noche; los de infantería así lo hicieron y a la media noche del 8 de junio estaban a las afueras de Isigny. La mayoría de los prisioneros capturados eran polacos u Osttruppen. La compañía antitanque se quedó de piedra cuando «un americano montado en un caballo blanco bajó por la carretera con unos once prisioneros». El americano gritó: «"Son todos polacos menos dos, que son alemanes". Sacó entonces su pistola y les pegó a los dos un tiro en la nuca. Nosotros nos quedamos allí sin más».

Tras ser duramente bombardeada por los buques de guerra aliados, Isigny estaba ardiendo en varios lugares. Gerhardt había tenido razón. Hubo muy poca resistencia. Cuando un tirador alemán solitario disparó contra la columna desde el campanario de una iglesia, un Sherman giró su cañón principal de 75 mm hacia el objetivo, y «ése fue el final del alemán del campanario». El general de brigada Cota condujo a los tanques hasta el puente sobre el Aure. Allí abrieron fuego contra ellos unas ametralladoras apostadas al otro lado. Los doce tanques se colocaron en línea y la intensidad de su fuego obligó al enemigo a emprender una rápida retirada. Los soldados de infantería del 175.º, acompañados por Cota, cruzaron corriendo el puente. El general no podía creer que los alemanes no lo hubieran volado. Era una de las pocas estructuras que quedaban intactas. «Ruinas por todas partes», comunicó un oficial. «Los caminos estaban todos intransitables para el tráfico rodado y yo me encontraba en medio de lo que había sido una iglesia sin percatarme ni siquiera de que en aquel lugar había habido un edificio». Isigny parecía abandonada, pero de pronto surgieron entre las ruinas

algunas mujeres francesas. Inmediatamente se pusieron a quitar a los alemanes muertos las botas, los calcetines y las camisas. 26

En la península de Cotentin, mientras tanto, los paracaidistas de la 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada no habían tenido tregua, aunque empezaron a recibir refuerzos de algunas unidades de la 4.ª División de Infantería procedentes de la playa Utah. El teniente general Von Schlieben organizó contraataques incluso más fuertes contra Sainte-Mère-Église con la 709.ª División de Infantería y otros destacamentos. Su principal prioridad era frustrar cualquier intento de avance sobre Cherburgo que pudieran llevar a cabo los americanos. 27

El ataque más grave afectó al centro de Sainte-Mère-Église durante la tarde del 7 de junio. Un oficial de artillería de la 4.ª División llegó en jeep e informó de lo que había visto. «A las 17:00 entré en Sainte-Mère-Église en jeep desde el sur. Había combates con tanques. Lanzallamas. Vi a un soldado alemán, una "antorcha humana", arrastrarse hasta el centro de la calle desde un lado cuando un [acorazado] alemán lo arrolló, aplastándolo por completo y apagando al mismo tiempo las llamas. Los tanques americanos destruyeron la mayoría de los blindados alemanes, perdiendo por su parte sólo tres. Los combates se trasladaron al norte. Vi un camino hundido en la zona norte de la ciudad que los alemanes habían utilizado aplastando de paso algunos cadáveres de los suyos. Parte del 8.º de Infantería tomó ese camino y lo utilizó para su defensa aquella misma noche. Tuvieron que retirar los cadáveres de los alemanes a un lado para cavar sus propias trincheras y varios fueron descuartizados».

Ese mismo día, otra fuerza al mando del teniente general Hellmich se concentró cerca de Montebourg, dispuesta a atacar el flanco norte de los americanos entre Sainte-Mère-Église y la costa. Un avión de observación y un destacamento de control de fuego naval dirigieron las baterías del acorazado Nevada contra su objetivo. Al tener que disparar a una distancia de casi veinticinco kilómetros, el ataque previsto fue cancelado. No obstante, la localidad de Montebourg sufrió mucho aquel miércoles por la tarde cuando explotaron las bombas lanzadas desde los barcos y se incendiaron varios comercios. En la plaza mayor, la estatua de Juana de Arco seguía intacta, mientras que todos los edificios circundantes habían quedado reducidos a escombros. Como Montebourg era atravesada por la principal carretera que se dirigía a Cherburgo, los alemanes se esforzaron en fortificar la abadía para organizar una defensa resuelta de la población. Y en Valognes, más al noroeste, explotó una bomba en el dormitorio de un convento de monjas que causó la muerte a varias de ellas. 29

Los frentes empezaban al menos a estar más claros tras los confusos combates del día anterior. Los paracaidistas y la 4.ª División de Infantería obligaron a rendirse al 795.º Ost-Bataillon, integrado por georgianos, que se hallaba rodeado en Turqueville. Y más al sur, el 6.º Regimiento Paracaidista del teniente coronel Von der Heydte se replegó a Saint-Côme-du-Mont cuando uno de sus batallones quedó aislado y fue aniquilado. Fueron asimismo eliminadas otras bolsas de resistencia más próximas a la playa Utah. El complejo fortín existente en Saint-Martin-de-Varreville constaba de reductos unidos entre sí por galerías subterráneas, y «los alemanes iban de uno a otro a su capricho, regresando a menudo a los que ya creíamos que habían sido capturados». 31

Los combates siguieron siendo igualmente encarnizados por ambas partes. Un oficial de la 4.ª División de Infantería afirma que fueron encontrados los cuerpos de cuatro hombres de una unidad médica aerotransportada. «Les habían cortado la garganta casi de oreja a oreja». Una triquiñuela de la que se tuvo noticia en varias ocasiones durante los combates en el bocage consistía en que los soldados alemanes fingían rendirse. Pero en cuanto los americanos se acercaban para hacerlos

prisioneros, se tiraban al suelo y las ametralladoras escondidas abrían fuego. La 4.ª División de Infantería tuvo por primera vez esta mala experiencia con unos paracaidistas alemanes del 6.º Regimiento que, al parecer, mataron de esta forma a un teniente.

Informes menos fiables afirman que los alemanes se ponían uniformes americanos. Esta práctica sólo se haría realidad un mes más tarde, cuando los soldados alemanes cogieran las guerreras de los cadáveres de los americanos porque sus uniformes habían empezado a estar hechos jirones. Una creencia sumamente inverosímil, aunque llegó a tener una difusión extraordinaria, que se propagó entre las tropas americanas y a veces también entre las británicas, era que las mujeres francesas, supuestamente amantes de los soldados alemanes, hacían de francotiradoras. El 7 de junio, cerca de Saint-Marcouf, un sargento informó de «disparos de francotirador desde un edificio de la ciudad. Cuando investigamos, encontramos a una mujer y a un hombre, ambos franceses, con fusiles alemanes. Los dos negaron que actuaran como francotiradores. Los dos estaban muertos al cabo de dos segundos». No parece que a los soldados aliados se les ocurriera en aquellos momentos la posibilidad de que la población civil francesa se dedicara a recoger armas alemanas para entregárselas luego a la Resistencia.

Parece que muchos soldados americanos abrigaban grandes sospechas respecto a los franceses, antes incluso de pisar el país. «Francia era como un país enemigo», comentó un capitán de la 19.ª División de Infantería. 34 A muchos, que no habían estado nunca en un país en el que se hablara una lengua extranjera, les costaba mucho trabajo diferenciar entre zona «ocupada por el enemigo» y zona simplemente «enemiga». Otros decían abiertamente que «no podían confiar en ellos en Normandía». Se cuenta la anécdota, acaso cierta o quizá apócrifa, de que una unidad americana de tanques entró en una granja normanda. El granjero salió ofreciéndoles sidra y Calvados, y todos los soldados tomaron un trago. A continuación el paisano normando dijo al joven teniente americano que el coste de la bebida ascendía a 100 francos. El teniente protestó diciendo que acababan de liberarlo.

- ¿Pero de qué se queja usted? -respondió el granjero-. No es más de lo que les cobraba a los alemanes.

El mito de guerra acerca de la existencia de francotiradoras se propagó con una rapidez pasmosa entre los «rumores de letrina», como eran llamados. Pero las leyendas acerca de jóvenes francesas que se quedaron con sus amantes alemanes son casi con toda seguridad ciertas. En el interior del país, cerca de la playa Omaha, un sargento de la 6.ª Brigada Especial de Ingenieros contó la siguiente anécdota: «Vimos en las cunetas a jóvenes francesas tendidas junto a los soldados alemanes. Las chicas habían seguido al ejército [alemán] en retirada y murieron tiroteadas por nuestros aviones, siendo luego encontradas al lado de sus amantes.»

Afortunadamente se dieron también en ambos bandos ejemplos de humanidad inesperada. En el flanco norte, cerca de Sainte-Mère-Église, el sargento Prybowski, un suboficial médico, andaba buscando heridos en los setos cuando encontró a dos paracaidistas lesionados. Mientras estaba vendándoles las heridas, uno de ellos le susurró al oído: «Le convendría agacharse. A su espalda hay un 88». El sargento volvió sonriente la cabeza y vio la boca de un cañón de campaña. Entre los setos, unos artilleros alemanes estaban vigilándolos. Pero permitieron a Prybowski acabar de vendar a los hombres y luego se los llevaron presos. 36

Más al oeste, en Chef-du-Pont y La Fiére, a orillas del río Mer-deret, la 82.ª Aerotransportada no pudo hacer más que aferrarse a sus posiciones hasta que recibió refuerzos y nuevos suministros de munición. En la margen izquierda del río, una fuerza al mando del teniente coronel Thomas Shanley se vio rodeada en una pequeña altura llamada Colina 30. Haciendo gala de gran valor y aguante, Shanley y sus hombres resistieron cuatro días sin más comida que sus primitivas raciones de

emergencia. Muchos resultaron heridos y tuvieron que ser arrastrados al abrigo de zanjas y setos, pero los paracaidistas se encontraban tan débiles a causa del hambre y el cansancio que entre cuatro no eran casi capaces de trasladar a un herido. «Había muchos heridos en las zanjas, que estaban hasta los topes», según contó un soldado. Shanley envió mensajeros a la fuerza principal, situada al este del Merderet, para que le mandaran plasma. Un pequeño grupo de paracaidistas intentó abrirse camino hasta ellos con provisiones, pero todos resultaron heridos.

Rodeada por parte del 1.057.º Regimiento de Granaderos, la reducida fuerza de Shanley era muy inferior en número a sus adversarios. Además, pudo comprobar cómo los alemanes echaban mano de la artillería. Esta novedad fue observada también desde el otro lado del río. Un controlador de fuego naval se lo comunicó por radio a las fuerzas de bombardeo situadas frente a la costa. Los buques de guerra aliados, a una distancia de casi veinte kilómetros, procedieron a poner fuera de combate a la artillería alemana sin infligir demasiadas bajas a los paracaidistas acorralados.

Muchos de los hombres de Shanley siguieron adelante sólo con la ayuda de anfetaminas. Como carecían de radio, no tenían ni idea de si la invasión había sido un éxito o un fracaso. Pero su prolongada resistencia en la Colina 30 contribuyó en gran medida al establecimiento de una cabeza de puente sobre el Merderet cuando finalmente fueron relevados. A la 90.ª División de Infantería, que acababa de desembarcar, se le encomendó la tarea de reforzar esa cabeza de puente, antes de aislar la península con vistas al avance general sobre Cherburgo. Pero debido a la falta de liderazgo y de disciplina a "muchos niveles, la 90.ª División empezó de manera desastrosa. Antes de llegar al frente, su unidad más avanzada, al ver una columna de prisioneros alemanes que era escoltada hasta la playa Utah, abrió fuego con todas las armas de que disponía. 39 La lucha contra la 91.ª Luftlande-Division entre los setos resultó verdaderamente traumática para estas tropas inexpertas. Su actuación fue tan lamentable que el oficial al mando de la división y los comandantes de dos regimientos fueron destituidos.

Los generales americanos eran inflexibles con los mandos inferiores que «no podían conseguir que sus tropas realizaran la tarea que una división o un cuerpo hubieran dicho que tenían que hacer». Incluso un hombre tan impetuoso como el general Patton pensaba que el ejército norteamericano destituía a los mandos antes incluso de darles una verdadera oportunidad de demostrar su valía.^[18] El especialista en historia de la guerra Forrest Pogue habló con un coronel que acababa de ser relevado del mando. «Estaba sentado fuera, junto al camino, con sus pertenencias al lado, esperando que un jeep lo condujera a la retaguardia. El día anterior había tenido en sus manos el destino de tres mil hombres o más; ahora parecía casi un mendigo. Estaba confuso y no estaba seguro ni siquiera de poder controlar la voz.» 40

Para los responsables de la planificación de Overlord, uno de los elementos clave de sus cálculos había sido la velocidad con la que los refuerzos alemanes llegaran a la zona de la invasión. Era mucho lo que dependía de lo que pudieran hacer los aliados por aislar el campo de batalla mediante el programa de bombardeos de «Transportation», y gracias a sus cazabombarderos y al sabotaje y los ataques de los grupos de la Resistencia francesa entrenados por el SOE y los equipos Jedburgh. A partir del 7 de junio, el cuartel general de Rundstedt obtuvo al fin permiso para traer refuerzos de Bretaña y del sur del Loira.

Una de las primeras formaciones a las que se enfrentarían los americanos en la lucha por Carentan fue la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen. Esta nueva unidad llevaba el nombre de un antiguo hombre de armas del siglo XVI que, tras perder la mano derecha en combate, mandó a un herrero que le fabricara en su lugar un puño de acero. El puño de acero se convirtió en el emblema de la división. El 10 de abril, menos de dos meses antes del Día

D, Himmler había realizado una inspección de la unidad en Thouars, ocasión que había terminado con el canto a coro del himno de la SS, el Treulied. 41 Aunque en la división había muchos soldados jóvenes -el 60 por 100 era menor de veinte años-, la 17.ª de la SS no estaba ni de lejos tan bien entrenada ni tan bien armada como la Hitler Jugend. No contaba con tanques modernos, y sólo tenía un regimiento de cañones de asalto; además, la moral de sus integrantes no era tan fanática como la de otras unidades de la Waffen-SS. «Bueno, no sabemos lo que nos espera», escribió un soldado a su familia antes de llegar al frente. «Hay un montón de novedades que podría contaros, pero es mejor que me calle. Cuando os lleguen estas líneas, ya os habréis enterado de más cosas. Ya se sabía hace tiempo que esto tenía pasar. Quizá lleguemos a envidiar a los que ya han muerto.» 42

Al amanecer del 7 de junio, las primeras unidades de la 17.ª de la SS empezaron a salir de sus bases al sur del río Loira. Cruzaron el río en Montsoreau y viajaron hacia Saint-Lô atravesando poblaciones pequeñas en cuyas paredes había anuncios de lubricantes Castrol y de aperitivos como Byrrh y Dubonnet. El 8 de junio por la noche, algunas tropas avanzadas del batallón de reconocimiento habían llegado al extremo este del bosque de Cerisy, sin saber que la 1.ª División de Infantería norteamericana venía en esa misma dirección desde la playa Omaha.

A la mañana siguiente, el SS-Untersturmführer Hoffmann, del 38.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS se dirigió al oeste de Isigny a reconocer las posiciones que sus tropas debían ocupar. Un Kübelwagen, el equivalente alemán del jeep, salió a su encuentro a toda velocidad. Delante iba un comandante del ejército y en la parte trasera había dos soldados muertos.

- ¡Dé media vuelta! -gritó-. Ahí delante todo está perdido. Llevo a los americanos pisándome los talones.⁴³

Hoffmann siguió adelante hasta llegar a lo alto de la colina, detuvo el vehículo, y continuó a pie. No le hicieron falta los prismáticos. Pudo divisar cómo la infantería americana avanzaba a unos cuatrocientos metros de distancia. Detrás de ella iban algunas unidades motorizadas y hacia el este pudo ver una columna de tanques avanzando por un camino. El chófer de Hoffmann exclamó que debían volver. Dio la vuelta a toda velocidad haciendo un viraje brusco. Hoffmann tuvo que dar un salto y esconderse detrás de un árbol. Los soldados americanos lo habían localizado y habían abierto fuego. Los dos miembros de la SS salieron pitando a toda velocidad. El superior de Hoffmann le preguntó por qué había regresado tan pronto.

- Porque nuestro punto de partida ya está ocupado -respondió-. Pero por el enemigo.⁴⁴

La mayor parte de la 17.ª División de la SS, sin embargo, permaneció retenida cerca de Saint-Lô debido a la escasez de combustible, antes de ser asignada a la contraofensiva planeada contra los paracaidistas americanos que atacaban Carentan.

El 7 de junio a las 11:00, el teniente general Eugen Meindl, del II Cuerpo Paracaidista emplazado en Bretaña, ordenó a la 3.ª División Paracaidista trasladarse al noreste de Saint-Lô «y hacer retroceder al enemigo hacia el norte, en dirección al mar, para reconquistar la costa». 45 Esa misma noche, su comandante en jefe, el teniente general Richard Schimpf, envió por delante a sus escasas unidades motorizadas y a otros dos batallones en camiones vía Avranches. Las unidades de a pie tuvieron que marchar a razón de 40 km todas las noches, que, por ser las primeras de junio, eran además especialmente cortas. Se produjo un «agotamiento general en las tropas, que no estaban habituadas a marchar con las botas nuevas de paracaidistas». Algunos hombres tenían los pies tan doloridos y llagados que los oficiales requisaron a los granjeros sus carretas, tiradas por grandes caballos percherones. Tardaron diez días en llegar al extremo suroeste del bosque de Cerisy.

A Schimpf le confiaron lo que quedaba de la 352.ª División de Infantería, que había logrado escapar del frente de Omaha. Quiso adentrarse en el bosque junto con el batallón de reconocimiento

del 77.º de Granaderos Acorazados de la SS, pero el comandante de su cuerpo, el teniente general Meindl, se negó. Dijo a Schimpf que organizara un frente, que el final no sería más que «una simple línea de avanzadillas de combate», con el batallón de artillería antiaérea como única defensa contra los tanques. En realidad, la orden de no seguir adelante había venido del cuartel general del 7.º Ejército, que opinaba que Schimpf tenía «fuerzas insuficientes» y que estaban «poco adiestradas para el ataque». 46 La fuerza de la división «radicaba en la defensa». No obstante, Schimpf estaba convencido de que «si los americanos hubieran lanzado en ese momento un ataque enérgico desde el bosque de Cerisy, Saint-Ló habría caído».

La 353.ª División de Infantería del general Mahlmann disponía incluso de menos medios de transporte motorizados. 4 Sus unidades más móviles eran dos batallones montados en bicicleta llamados la Radfahrbewegungskhemarschgruppe («Grupo de Marcha Móvil en Bicicleta»). El resto de la división, que seguía a este grupo a pie, se demoró debido a los ataques de la Resistencia, que provocaron varias bajas, entre otras la de un jefe de compañía que resultó gravemente herido. Los alemanes sufrieron también los ataques aéreos de los aliados, que los obligaban a ocultarse en pajares y huertos durante las horas del día. Otro oficial de la división calificó aquellas marchas de aproximación de «juego del escondite en plena noche». 49 El viaje, que costó a la 353.ª una décima parte de sus efectivos, supuso diez días de marcha.

El más notable de todos los movimientos con destino al frente de Normandía fue el de la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich. Su oficial al mando, el SS-Brigadeführer Heinz Lammerding, había sido jefe del Estado Mayor del infame Erich von dem Bach-Zelewski, al que poco después se encargaría la represión de la sublevación de Varsovia. La división Das Reich se recreaba en su brutalidad. Había experimentado lo que era el Partisanenkrieg (guerra de partisanos) en la Unión Soviética y había participado en el asesinato en masa de judíos con la Einsatzgruppe B en la región de Minsk. Cuando se trasladó desde el frente oriental a la zona de Toulouse en el mes de abril, sus oficiales no vieron motivo alguno para que su comportamiento fuera distinto. El 21 de mayo, en el departamento del Lot, mataron a quince personas, entre ellas varias mujeres, como represalia por los disparos de que había sido objeto uno de sus destacamentos. Ese mismo día, todos los varones de otra localidad fueron deportados a Alemania. 50

Acelerado por los mensajes de los aliados y las alocuciones por radio de De Gaulle, el repentino levantamiento de la Resistencia en numerosos lugares de Francia alarmó a todos los altos mandos de los alemanes, y no sólo a la SS. Muchos vieron en él «el comienzo de una revolución comunista». 51 Había algo de verdad en esta apreciación. El 7 de junio, bajo la dirección de los comunistas, los FTP tomaron Tulle, capital del departamento de la Corrèze, infligieron 122 bajas a los alemanes, fusilaron a varios prisioneros y mutilaron algunos cadáveres de los cuarenta individuos que resultaron muertos. No podría haberse calculado nada mejor para provocar la violenta reacción de la Waffen-SS.

El 8 de junio, la división Das Reich comenzó su largo viaje hacia el norte desde Montauban. Algunas de sus unidades llegaron a Tulle al día siguiente. Colgaron a 99 habitantes de la ciudad de los árboles de las calles. Otros doscientos fueron deportados a Alemania. El 10 de junio, la 3.ª Compañía del Regimiento Führer rodeó la localidad de Oradour-sur-Glane, a unos veinte kilómetros al noreste de Limoges. Los oficiales y los soldados fusilaron a los varones y metieron a las mujeres y a los niños en la iglesia, a la que luego prendieron fuego. La aldea fue incendiada y arrasada. En total, murieron en esta matanza 642 personas. Algunas víctimas ni siquiera eran habitantes de la localidad, sino niños de París refugiados y pasajeros de un tren que había sido detenido en las inmediaciones. Ninguno de ellos pertenecía a la Resistencia.

Además, la SS se equivocó de Oradour. El oficial al mando de la compañía, cuya muerte debían vengar, había sido asesinado en realidad en Oradour-sur-Vayres, a unos veinte kilómetros de distancia. El Regimiento Führer fue casi con toda seguridad responsable de otra matanza de sesenta y siete personas en Argenton, en el departamento del Indre. Las autoridades francesas de Vichy se sintieron alarmadas también por los informes venidos de las «regiones en las que se desatará la odiosa guerra civil», cuando algunos grupos de la Resistencia empezaran a saldar cuentas a sus enemigos políticos. Pero incluso los pétainistas leales se mostraron horrorizados ante las brutales represalias de la división Das Reich.

En Londres, el general Koenig había ordenado a las FFI que retuvieran a las divisiones francesas al sur del Loira. La hazaña que supuso para la Resistencia retrasar a la División Das Reich fue una de sus principales contribuciones a la batalla de Normandía. Las redes de las SOE desempeñaron en todo ello un papel muy importante, destruyendo los depósitos de combustible de Das Reich antes incluso de que la división se pusiera en marcha, sabotando sus materiales rodantes, volando las líneas ferroviarias y organizando pequeñas emboscadas en serie. En el departamento de la Dordogne, veintiocho miembros de la Resistencia lograron retener a una columna cerca de Souillac durante cuarenta y ocho horas. Casi todos ellos murieron en este acto valerosísimo de autoinmolación. Esos retrasos, junto con los informes enviados por radio a Londres, dieron a la RAF la oportunidad de atacar a la división en varias ocasiones, en particular en Angoulême. En total la división Das Reich tardó diecisiete días en llegar al frente, catorce más de lo esperado.

Mientras un destacamento de la 1.ª División de Infantería estadounidense avanzaba hacia el este a lo largo de la costa para reunirse con los británicos alrededor de Port-en-Bessin, la mayoría tuvo que avanzar lentamente hacia el sur, en dirección a Caumont. Los tanques encargados de prestarles apoyo «rociaban» con sus ametralladoras las posiciones en las que se sospechaba la existencia de francotiradores. 54

A su derecha, la 2.ª División de Infantería, que acababa de desembarcar, se dirigía mientras tanto al bosque de Cerisy, a mitad de camino entre Saint-Ló y Bayeux. Ninguna de las dos divisiones se dio cuenta de que «en realidad se dirigían a un hueco existente entre las líneas alemanas de más de quince kilómetros de anchura». 55 Más tarde, tanto la 17.ª División de la SS como la 3.ª División Paracaidista afirmarían que sus adversarios no aprovecharon la ocasión de conquistar Saint-Ló durante la primera semana de la invasión.

A Rommel, sin embargo, le preocupaba menos ese hueco existente en la línea que la amenaza que se cernía sobre Carentan. Allí fue donde decidió lanzar una contraofensiva para impedir que se unieran las dos cabezas de playa de los americanos. Tras dejar que un batallón de reconocimiento de la 17.ª División de la SS Gótz von Berlichingen se enfrentara a la 1.ª División estadounidense, ordenó a la parte principal de dicha unidad que se dirigiera a Carentan, retenida únicamente por lo que quedaba del 6.º Regimiento Paracaidista de Heydte.

El regimiento de Heydte, que había perdido todo un batallón cerca de Côme-du-Mont, se había visto obligado a retirarse rápidamente para no verse rodeado por la 101.ª Aerotransportada. Muchos de sus hombres tuvieron que cruzar a nado el río Douve para escapar. El día 10 de junio, Heydte estaba defendiendo la parte norte de Carentan, puerto fluvial en el que había hermosos edificios de piedra. Heydte tenía escasez de municiones y no podía establecer contacto con el cuartel general del LXXXIV Cuerpo, al mando del general Marcks, así que ordenó al 6.º Regimiento Paracaidista que se retirara de Carentan durante la noche del 10 de junio. Su retirada debía ser protegida por una retaguardia, encargada de mantener a raya a los paracaidistas americanos hasta la mañana siguiente.

Por la noche, mientras estaba realizándose la retirada, el Brigadeführer Ostendorff, al mando de la 17. a División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen, apareció en el puesto de mando de Heydte, haciéndole saber que había pasado a estar a sus órdenes. Debían conservar Carentan a cualquier precio. Heydte le dijo que ya había dado la orden de evacuar la ciudad, pues desconocía que la 17. a de la SS estaba de camino. De haberlo sabido, no habría tomado semejante decisión. Ostendorff era un bruto de complexión robusta y aspecto jovial que llevaba la cabeza afeitada, pero aquella noticia no lo puso de muy buen humor. Se desató una pelotera tremenda, aunque poco más podía hacerse excepto preparar una contraofensiva para reconquistar Carentan al día siguiente.

A la mañana siguiente, 12 de junio, cuando la 101. a Aerotransportada entraba en Carentan, el general de artillería Marcks murió en su vehículo a consecuencia de un ataque en vuelo rasante de los cazas aliados en una carretera al noroeste de Saint-Ló. Justo antes de salir, su jefe del Estado Mayor le había pedido que no se expusiera al peligro innecesariamente. «Ustedes siempre andan preocupándose por su pequeña porción de vida», respondió Marcks. 56 Uno o dos colegas suyos sospechaban que el desilusionado Marcks deseaba morir en combate, pues dos de sus tres hijos ya habían perdido la vida en la guerra. La muerte de Marcks y diversos retrasos hicieron que la contraofensiva se pospusiera hasta el día 13 de junio. Fue una suerte para los aliados. Las comunicaciones interceptadas por Ultra, entre otras las peticiones a la Luftwaffe solicitando apoyo para la 17. a División de la SS en su ataque, habían puesto al descubierto los planes de Rommel. Como ya estaba sobre aviso, Bradley mandó llamar al comando de combate del general Maurice Rose, de la 2. a División Acorazada, desde el sector de Caumont, perteneciente a la 1. a División de Infantería.

Antes de que diera comienzo la batalla, el Brigadeführer Ostendorff intentó levantar la moral de sus hombres de un modo muy extraño. Les avisó de las bombas de fósforo que poseía el enemigo, capaces de producir terribles quemaduras, y de «la forma de luchar insidiosa y desleal» de la 101. a Aerotransportada, pero luego añadió que el enemigo tenía «poco espíritu de combate».

El 13 de junio, a las 05:30, el 37.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS inició el avance en medio de la bruma del amanecer, con apoyo de fuego de artillería. Cuando estuvieron cerca de la cortina de fuego lanzaron bengalas rojas para avisar a sus baterías de que aumentarían el alcance de sus bombas. Daba la impresión de que el avance se realizaba según lo previsto, pero cuando llegaron a la carretera Carentan-Domville, se vieron expuestos al fuego certero de los francotiradores. Los granaderos acorazados descubrieron que los paracaidistas americanos se habían ocultado en los árboles que dominaban la zona. La unidad de fuego antiaéreo que los acompañaba empezó a volar los setos y los árboles con sus cañones cuádruples de 20 mm, pero la maniobra tardó un poco en llevarse a cabo. Tras sufrir «pérdidas moderadamente graves», los alemanes siguieron avanzando, mientras los americanos se replegaban hacia el interior de Carentan.

Los hombres de Ostendorff llegaron al extremo suroeste de la ciudad a las 09:00, pero poco después su ala derecha se vio obligada a detenerse de forma repentina. El comandante pidió en vano el apoyo de los tanques. Habían hecho su aparición los Sherman de la 2. a División Acorazada, al mando del general de brigada Rose, montado en su camión semioruga descubierto. Al no contar ni siquiera con armas antitanque ligeras del tipo panzerfaust, los granaderos acorazados se retiraron en medio de la confusión. A primera hora de la tarde, los americanos atacaron con todas sus fuerzas contando además con el apoyo de cazabombarderos. La posición clave era una colina situada en el extremo sur de Carentan. Había sido ocupada por Osttruppen, que salieron huyendo en cuanto el

oficial alemán que las mandaba cayó muerto. Ostendorff se puso hecho una furia al ver que su nueva división había sufrido un revés humillante. Acusó a la Luftwaffe de no haber hecho ni siquiera acto de presencia, y luego a Heydte por haber rendido Carentan en primera instancia.

El teniente coronel Von der Heydte, con su nariz aguileña y su agudísima inteligencia, era demasiado independiente, cuando no arbitrario, ajuicio de sus superiores. Desde luego mostraba poco respeto por Ostendorff, y no hizo demasiado por ocultar su opinión de que la división recién formada Gótz von Berlichingen había sido adiestrada más en la ideología de la SS que en sólidos principios militares. Heydte aseguraba que durante la batalla tuvo incluso que ordenar a sus paracaidistas que rodearan a punta de pistola a los panzergrenadiere que habían salido huyendo. Ostendorff lo mandó llamar al cuartel general de la 17.ª División de la SS para que lo interrogara un juez militar integrado en la división acerca de su responsabilidad en la pérdida de Carentan. Aunque acusado de cobardía por Ostendorff, Heydte se libró del consejo de guerra porque acababa de ser condecorado con la Cruz de Cabañero de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble. El general Pemsel, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, no creyó la versión de los hechos ofrecida por Heydte, pero el general Meindl, al mando del II Cuerpo Paracaidista, ordenó que lo pusieran en libertad. 59 En cualquier caso, los altos mandos de los alemanes tenían cosas más importantes a las que atender. Al día siguiente, las avanzadillas americanas unieron las cabezas de playa de Omaha y Utah.

12. Fracaso en Caen

A las doce de la noche del 6 de junio, el general de división Pemsel, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, telefoneó a los comandantes de la 21.ª División Acorazada y la 716.ª División de Infantería. Transmitió la orden recibida del OKW de que en el contraataque previsto para el día siguiente debía llegarse «sin falta» a la costa para socorrer a los defensores de los fortines que seguían resistiendo. Richter, el general de la 716.ª División, le dijo que «ya no existían comunicaciones entre los puestos de mando de las divisiones, los regimientos y los batallones», de modo que desconocía por completo qué posiciones seguían resistiendo y cuáles habían sido capturadas. En efecto, la 716.ª División de Infantería había desaparecido prácticamente, y sus doscientos supervivientes serían retirados al cabo de un par de días. ¹

Aunque la 3.ª División británica había conquistado la mayoría de las posiciones defensivas que el Día D habían impedido su avance, la más poderosa de ellas seguía presentando resistencia en su flanco derecho. Se trataba de la estación de radar de la Luftwaffe, situada en las proximidades de Douvres-la-Délivrande, que se había convertido en una verdadera fortaleza subterránea. Esta posición contaba también con un sistema de comunicaciones bajo tierra que llegaba a Caen, de manera que sus defensores podían actuar como observadores para la artillería. Los canadienses que intentaron capturar el reducto tuvieron que afrontar arduos combates. También se vieron obligados a peinar los bosques próximos a la resistente estación de radar, en los que había «un sinfín de trincheras, refugios y túneles».

La 21.ª División Acorazada alemana, tras el infructuoso ataque llevado a cabo a última hora de la tarde del Día D, pasó a estar bajo el mando del I Cuerpo Acorazado de la SS. Su comandante en jefe era el Obergruppenführer Sepp Dietrich. En su juventud Dietrich había sido aprendiz de carnicero, pero ya en la primera guerra mundial se convirtió en soldado de vanguardia. En medio del caos reinante tras el armisticio, cuando en Alemania estuvo a punto de estallar una guerra civil, Dietrich se unió a la organización paramilitar Freikorps. No tardaría en afiliarse al partido nazi, y en 1928 fue nombrado comandante de la guardia personal de Hitler. Esta unidad se convertiría más tarde en la base de la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler, que combatió a las órdenes de Dietrich en Francia, en los Balcanes y en el frente oriental. Goebbels describía deliberadamente a Dietrich como un héroe del pueblo llano, para poner freno a la aristocracia del ejército regular. Aunque más honesto que la mayoría de sus superiores, sus camaradas de la Waffen-SS, Dietrich era un militar brutal y carente de inteligencia. Según el General der Panzertruppen Heinz Eberbach, que más tarde sustituyó a Geyr von Schweppenburg, «estando bajo sus órdenes la Leibstandarte asesinó a miles de judíos». ^[19]

La mañana del 6 de junio Dietrich se encontraba en el cuartel general del I Cuerpo Acorazado de la SS en Bruselas cuando llegó la noticia de los desembarcos. Rundstedt requirió inmediatamente su presencia en París. Dietrich iba a asumir el mando de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, de la Panzer-Lehr-Division, de la 21.ª División Acorazada y de lo que quedaba de la 716.ª División de Infantería. El cuerpo debía atacar al amanecer a los británicos en Caen y arrojarlos al mar. Pero la efectividad de las ofensivas aéreas aliadas y la tardanza de la Hitler Jugend y la Lehr en entrar en acción resultaron funestas para el plan de los alemanes.

Dietrich llegó aquella noche al cuartel general de la 21.ª División Acorazada de Feuchtinger en Saint-Pierre-sur-Dives. Feuchtinger se hallaba ausente en el puesto de mando de la 716.ª División

de Infantería situado en un túnel en las afueras de Caen. Dietrich se puso hecho una furia cuando se enteró de que Feuchtinger se había olvidado de llevarse una radio. Su sustituto, el jefe del Estado Mayor de la división, el coronel barón Von Berlichingen, un descendiente del caballero de la «mano de hierro», se atrevió a indicar que dos divisiones acorazadas no eran suficientes para hacer retroceder a británicos y canadienses. Sin duda debían aguardar a que la Panzer-Lehr-Division se les uniera. Dietrich replicó con firmeza que sólo estaban disponibles esas dos divisiones, y que debía enlazar inmediatamente con la Hitler Jugend para planear el ataque.

El Brigadeführer Fritz Witt, comandante en jefe de la Hitler Jugend, envió al Standartenführer Kurt Meyer a entrevistarse con Feuchtinger y Richter en el túnel que hacía las veces de cuartel general en las afueras de Caen. Meyer, que estaba al mando del 25.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS, era un nazi acérrimo y un luchador despiadado. Alto, apuesto y de ojos azules, era el prototipo ideal de líder de la Waffen-SS. Llenos de admiración, sus hombres lo llamaban «Panzer Meyer». Meyer llegó por fin al cuartel general de la 716.ª División a primera hora del 7 de junio. La entrada estaba llena de heridos, y le dijo a Richter: «He tardado unas ocho horas en llegar hasta aquí. Me he pasado más de cuatro horas agazapado en las cunetas debido a los ataques aéreos. Las columnas en marcha de la división están sufriendo graves pérdidas». 4 La Hitler Jugend llamaría a los cazabombarderos aliados «moscas de la carne».

Una vez estudiado el mapa de la situación durante su reunión, Meyer mostró arrogantemente desprecio por el temor de Feuchtinger a la fuerza del enemigo. «¡Bagatelas!», exclamó. «Los arrojaemos de nuevo al mar por la mañana.» 5 Pero la gran contraofensiva tendría que ser pospuesta. La Panzer-Lehr-Division, que avanzaba desde el sur, siguió sufriendo más ataques aéreos que la Hitler Jugend. La desastrosa pérdida de combustible como consecuencia de la acción de los aviones aliados supuso la obligación de recurrir a prácticamente todas las reservas que tenía Richter. Éste también indicó la necesidad de trasladar el hospital de campaña de la división a las proximidades de Falaise, pues, pese a estar «claramente identificado con cruces rojas», era bombardeado y atacado una y otra vez por la aviación aliada.

Las complejidades de la estructura de mando de los alemanes contribuyeron enormemente a aumentar la confusión. El 7º Ejército era responsable de la costa, pero el I Cuerpo Acorazado de la SS pasó a formar parte de la Panzergruppe West del general barón Geyr von Schweppenburg. Este escribiría más tarde: «En un momento en el que absolutamente todo dependía de acciones rápidas, sólo se dieron órdenes a dos divisiones y media desde los siguientes cuarteles generales: el del I Cuerpo Acorazado de la SS, el de la Panzergruppe West, el del 7.º Ejército destacado en Le Mans, el del Grupo de Ejército B, el del OB West y el del OKW». 6

Geyr, que al igual que Guderian estaba convencido de la importancia de una contraofensiva masiva con las fuerzas acorazadas, se horrorizó al comprobar cuan eficaces habían resultado los bombardeos de los pueblos y las ciudades principales a manos de los aliados para bloquear las rutas de acceso. Tras oponerse con firmeza a la idea de desplegar divisiones acorazadas cerca de la costa, seguía negándose a admitir que el sano respeto de Rommel por el poder aéreo de los aliados había demostrado una mayor previsión. Geyr sufriría en sus propias carnes ese orgullo desmesurado suyo cuando las interceptaciones de Ultra identificaran la localización exacta de su cuartel general unos días más tarde.

Al final del Día D, los comandantes británicos que se hallaban en la cabeza de playa de Sword habían relativizado su fracaso en la conquista de Caen con el optimismo equivocado del «siempre podremos conquistarla mañana». La resistencia a la 21.ª División Acorazada había suscitado unas

esperanzas realmente exageradas. Todavía no se habían enfrentado a la Hitlerjugend, además, no se daban cuenta de que el arma más efectiva de la 21.ª Acorazada no eran sus tanques, sino sus veinticuatro cañones antitanque de 88 mm.

Ya fuera por la retirada de la 21.ª División Acorazada, por los constantes ataques de los cazabombarderos en las carreteras o por el acierto de la artillería naval aliada en sus disparos contra objetivos situados en el interior, lo cierto es que entre las tropas de la retaguardia alemana enseguida comenzaron a correr rumores de pánico acerca de la caída de Caen. El 7 de junio, esos «rumores alarmistas», 7 como los denominaban en el I Cuerpo Acorazado de la SS, impulsaron al jefe del Estado Mayor de esta unidad a enviar destacamentos de Feldgen-darmerie (Policía del Ejército Alemán) a las carreteras y caminos que conducían a Falaise. Acorralaron a los que huían, a esa «canalla pusilánime que, en el oeste, había perdido la noción de lo que era una guerra». En cualquier caso, el I Cuerpo Acorazado despreciaba a los británicos por haber fracasado en su empresa, mientras que el ejército alemán era incapaz de hacer llegar refuerzos con la celeridad necesaria.

Aparte de los problemas creados por la prolongada defensa de «Hillman» y la falta de unidades acorazadas para combatir y llegar a Caen, el comandante en jefe del I Cuerpo británico, el teniente general John Crocker, había cometido un grave error. La tarde del Día D, temiendo un contraataque masivo al este del río Orne, Crocker ordenó que la 9.ª Brigada de Infantería abandonara su misión ofensiva entre Caen y Carpriquet y acudiera en ayuda de la división aerotransportada. Este cambio también contribuyó a que se abriera un peligroso hueco entre los canadienses y la 3.ª División de los británicos.

El 7 de junio, la ofensiva contra Caen se reavivó con diversos combates al norte de la ciudad, en los alrededores de la localidad de Lebiey y sus bosques. Pero, pese a contar con el apoyo de la artillería pesada, la 185.ª Brigada sufrió pérdidas cuantiosas. La 21.ª División Acorazada alemana pudo recomponerse y establecer posiciones efectivas en los terrenos elevados situados frente a Caen, además de avanzar hacia Bénouville, donde los granaderos acorazados del comandante Hans von Luck seguían lanzando contraofensivas para contener a la 6.ª División Aerotransportada.

El antiguo regimiento de Montgomery, el 2.º Batallón de los Royal Warwicks, participaría en el ataque cerca de Lebiey. Siguiendo órdenes de su general de brigada, la sección de tanques, con seis vehículos de transporte ligero armados de fusiles ametralladores, comenzó a subir y a abrir fuego por una carretera que quedaba hundida entre elevados terraplenes. Los disparos sobrevolaban sus cabezas; apenas podían ver nada. De repente se encontraron en Lebiey, en medio de un regimiento de granaderos de la 21.ª División Acorazada. Pasaron junto a un Mark IV, siguieron adelante, se dirigieron a su retaguardia, y se detuvieron en un trigal para disparar con sus armas antitanque. «¡Preparados los de retaguardia!», gritó el teniente. Sus muchachos de Birmingham empezaron a soltar tacos con alegría mientras apuntaban con las ametralladoras hacia los objetivos y disparaban. Pero una bomba hizo diana en su vehículo de transporte ligero, y la onda expansiva los hizo saltar por los aires.

Intentaron llegar a rastras hasta sus propias líneas, pero fueron capturados y conducidos al bosque de Lebiey. Los granaderos alemanes eran poco dados a formalidades, y actuaron con «elegancia». Preguntaron a sus prisioneros qué querían tomar, leche o vino. Más tarde las bombas del navío británico Warspite empezaron a rugir sobre sus cabezas. El alemán que los vigilaba le dijo al teniente: «Creo que será mejor que nos pongamos a excavar una trinchera, ¿no le parece?», y los dos hombres empezaron a cavar juntos. Se sentaron codo con codo en el refugio improvisado mientras seguían los bombardeos, encogiéndose cada vez que alguna bomba pasaba por encima de ellos. «En pocos días volverán al mar», exclamó el alemán. «No, lo siento», replicó Bannerman. «En

una semana estaremos en París.» Tras reconocer que nunca se pondrían de acuerdo, el granadero alemán sacó del bolsillo una fotografía de su novia y se la mostró al teniente. Este correspondió a su gesto enseñándole otra de su esposa. No podía dejar de pensar que apenas media hora antes habían intentado matarse el uno al otro.

El general Crocker había trasladado a la 9.ª Brigada nuevamente a su sector original, justo a la derecha de la 185.ª. Esta zona, al igual que el sector canadiense, se caracterizaba por ser un terreno de suaves ondulaciones cubiertas de trigales, por sus casas de piedra rodeadas de un huerto y por sus arboledas que servían para ocultar las baterías antitanque. Los campesinos habían encerrado a las vacas y los caballos con la esperanza de que los corrales y los graneros les sirvieran de protección. Algunos observaban el combate desde lo alto de los desvanes, mientras sus familias se ponían a buen recaudo en los sótanos de las casas. Pero buena parte de los combates y los bombardeos se concentraron en las edificaciones. De las diez casas que formaban la aldea de Gruchy, cerca de Buron, nueve quedaron destruidas o en condiciones lamentables. Los alemanes se apropiaron de la sidra y el Calvados almacenados en sus bodegas, y varios bebieron hasta quedar prácticamente inconscientes.

El 2.º Batallón de los Royal Ulster Rifles realizó una audaz carga a través de los campos de grano, en dirección a la localidad de Cambes. Tuvo que abrirse paso a brazo partido, pero un destacamento recién llegado de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend lo obligó a replegarse. Los Ulster Rifles se vieron obligados a abandonar a sus heridos de la Compañía D en una zanja situada a las afueras del pueblo. No les cabía la menor duda de que los jóvenes soldados nazis iban a acabar luego con la vida de todos sus compañeros. 10

Más a la derecha de la 9.ª Brigada, los canadienses también se encontraron con destacamentos de la Hitler Jugend cuando reanudaron el avance hacia el aeródromo de Carpiquet. Después de que el Standartenführer Meyer hubiera instalado su puesto de mando en la abadía de Ardennes, su 25.º Regimiento de Granaderos Acorazados debía iniciar a las 16:00 horas el ataque al oeste de la línea ferroviaria que unía Caen con Saint-Luc-sur-Mer, mientras que la 21.ª División Acorazada tenía que avanzar por el flanco oriental. Pero la proximidad de los canadienses lo indujo a atacar de inmediato. Se comunicó la orden al batallón acorazado Hitler Jugend: «¡Adelante tanques!». Los alemanes cogieron desprevenidos a los Fusileros de Sherbrooke, el regimiento acorazado canadiense, y en poco tiempo pudieron reconquistar el pueblo de Authie. Pero en su triunfal avance, los carros blindados de la Hitler Jugend fueron sorprendidos a su vez por la artillería antitanque canadiense, que se había colocado estratégicamente. Meyer no tardó en dirigir los tanques, que habían logrado retirarse, a otro escenario de duros enfrentamientos, en esta ocasión a la localidad de Buron. El combate que se desarrolló aquella tarde fue muy sangriento y acabó en tablas: británicos, canadienses y alemanes tuvieron que interrumpir los ataques.

A los británicos les fue mucho mejor el día en el oeste, en el frente de Bayeux. Durante la noche las patrullas habían observado que la pequeña ciudad había sido evacuada casi por completo por las autoridades alemanas. De modo que el Regimiento Essex y los South Wales Borderers («Guardias de la Frontera del Sur de Gales»), con el apoyo de los Rangers de Sherwood, lograron liberar Bayeux el 7 de junio sin apenas sufrir daños. «Fuimos los primeros soldados que entraron en la ciudad», escribía Christopherson, que estuvo al mando del Escuadrón A de los Rangers de Sherwood, «y sentimos un gran alivio cuando comprobamos que, con la excepción de algunos reductos aislados en la ciudad y algún que otro francotirador, no quedaban alemanes, lo que evitó que se dañaran los hermosos edificios históricos de la localidad. Tuvimos una acogida sumamente entusiasta y

espontánea por parte de la población, que parecía realmente encantada al darnos la bienvenida y que demostró su regocijo lanzando flores a los tanques y distribuyendo sidra y comida entre nuestros hombres.»

Al sur de la ciudad, resistía un nido de ametralladoras dentro de una casa que empezó a arder cuando los tanques de los Rangers de Sherwood abrieron fuego contra ella. «Al cabo de muy poco tiempo el sonido de una campana anunció la llegada del cuerpo de bomberos de Bayeux, formado por todo un equipo de hombres con brillantes cascos. Indiferentes al fuego de la ametralladora, interrumpieron el combate, penetraron en la casa, extinguieron las llamas y sacaron al grupo de artilleros alemanes.» 11

Al día siguiente, 8 de junio, los Rangers de Sherwood volvieron a unirse a la 8.ª Brigada Acorazada para avanzar hacia el sur. Evitando la artillería antitanque, consiguieron ocupar un terreno elevado a unos doce kilómetros al sureste de Bayeux, la llamada Colina 103. Ésta se elevaba sobre los pueblos de Tilly-sur-Seulles y Fontenay-le-Pesnel, localidad que los escuadrones británicos bautizaron como Piss in the Fountain («Mea en la Fuente»). En su camino, el principal peligro fueron los disparos de algunos fusileros aislados que iban dirigidos hacia la cabeza de los comandantes de los tanques. Pero al día siguiente los Rangers de Sherwood y el 6.º de Infantería Ligera de Durham fueron atacados por sorpresa.

La Panzer-Lehr-Division había llegado por fin al frente. El teniente general Fritz Bayerlein, su comandante en jefe, seguía furioso por la orden del Generaloberst Dollmann de avanzar sólo a la luz del día. El 6 de junio por la tarde, los Typhoons lanzacohetes de la RAF y los escuadrones de Lightnings americanos habían hecho su aparición casi de inmediato y habían destruido varios vehículos. Los hombres de Bayerlein siguieron avanzando protegidos por la oscuridad, con la esperanza de alcanzar posiciones camufladas antes de que amaneciera, pero el general Dollmann ordenó que la división no se detuviera. El primer ataque aéreo se produjo a las 05:30 de la mañana siguiente. Los tanques y tanquetas, camuflados ya con ramas frondosas, intentaron buscar refugio a toda prisa en los bosques y huertos, pero había demasiados espacios abiertos. Según Bayerlein, sus hombres apodaron la carretera recta que pasaba al noreste de Vire con el nombre de «el hipódromo de los cazabombarderos». Se lamentó de que al finalizar el día la división había perdido cinco tanques, ochenta y cuatro semiorugas y cañones autopropulsados y ciento treinta camiones, pero casi con toda seguridad podemos afirmar que se trata de una burda exageración.^[20]

Cuando en la mañana del 8 de junio las unidades avanzadas de la Panzer-Lehr-Division atacaron al norte de Tilly-sur-Seulles, los Rangers de Sherwood y la Infantería Ligera de Durham recibieron la peor parte. «Fue una jornada horrible para el regimiento», escribiría Christopherson en su diario. Su escuadrón, que se encontraba en la Colina 103, perdió cuatro tanques. Uno de sus jefes de tropa murió en acción, al igual que su segundo al mando, el poeta y capitán Keith Douglas. Douglas, que había llevado a cabo un reconocimiento a pie de la zona, «fue alcanzado en la cabeza por un proyectil de mortero mientras corría por una zanja para llegar a su tanque». Murió al instante. Había sido el tipo raro en ese regimiento de pequeños terratenientes. No cazaba, no era aficionado a montar a caballo y no mostraba interés alguno por las cosas del campo. En su poema sobre el regimiento, titulado «Aristócratas», había escrito:

¿Cómo vivir entre esa gentil y anticuada estirpe de héroes y no llorar?

No obstante, el regimiento siempre recordaría a Douglas por su coraje, así como por sus torpezas. En cierta ocasión, en el norte de África, Douglas había abandonado su puesto en El Cairo, arriesgándose a ser acusado de desertión, para reunirse con su escuadrón en el momento en el que el combate alcanzaba su máxima intensidad. «Me gusta usted, señor», le dijo su asistente. «Usted es de

los que la aciertan o la cagan, pero siempre se arriesgan.» 14

Christopherson cuenta lo siguiente en su diario a propósito de Douglas: «En acción demostraba un valor indomable, y siempre mostró una gran iniciativa y total indiferencia por su seguridad personal. En ocasiones parecía incluso un poco temerario, tal vez debido a su miopía que lo obligaba a llevar gafas de gruesos cristales». El capellán del regimiento, Leslie Skinner, que recordaba la conversación mantenida con Douglas el domingo anterior al Día D, cuando el joven capitán habló de su muerte inminente, lo enterró junto al seto en el que había caído.

Al cabo de tres días los Rangers de Sherwood, una vez más en las proximidades de la Colina 103, sufrieron otro grave percance. Un obús estalló junto al «Robin Hood», el tanque que hacía las veces de cuartel general del regimiento, justo cuando se celebraba en su interior una reunión para impartir las órdenes. El oficial al mando, Michael Laycock, hermano del jefe de comando, general de división Robert Laycock, pereció junto con su ayudante y el oficial responsable de las radiocomunicaciones. Su ayudante, George Jones, era hijo del jefe de leñadores de la finca Laycock. El jefe de su tropa de reconocimiento y el sargento de comunicaciones resultaron también heridos de gravedad. Los Rangers de Sherwood habían perdido a dos comandantes en jefe en menos de una semana. Christopherson, como jefe de escuadrón más veterano, asumiría el mando.

El reverendo Skinner, su ministro de la Iglesia metodista, rara vez dejó de enterrar a los muertos durante esos días, e incluso llegó a arriesgar la propia vida por recuperar los cadáveres. De baja estatura, piel y cabellos oscuros, con un acusado acento de Yorkshire, era un hombre que gozaba de gran estima. No quería que sus soldados pasaran por el horrible trance de tener que arrancar los restos carbonizados de sus camaradas del interior de un tanque «cocido». Los Sherman, cuyo motor no era diesel, sino que funcionaba con gasolina, eran célebres por la facilidad con que ardían. Los americanos los apodaban «Ronson» (por la marca de encendedores), y los alemanes «cocedores de Tommies». Lo que más aterrorizaba a cualquier soldado de las fuerzas acorazadas era la idea de verse atrapado en el interior de un tanque en llamas. Para mitigar su ansiedad, los jefes de los tanques británicos solían adoptar una forma de hablar lenta y calmada en sus comunicaciones por radio.

El ataque lanzado por la Panzer-Lehr-Division el 8 de junio se vio obstaculizado en parte por la resistencia que se mantuvo firme al norte de Tilly-sur-Seulles, pero también porque a media tarde Sepp Dietrich ordenó a la división que se replegara para avanzar hacia el noroeste, rumbo a Bayeux. La confusión en los mandos alemanes estaba fragmentando la unidad de una contraofensiva inmediata por parte de los tanques en dirección hacia la costa, estrategia por la que tanto apostaba Geyr von Schweppenburg. Más tarde este alto oficial alemán se lamentaría de «no haber sabido aprovechar el momento psicológico... para infligir a los británicos un golpe decisivo». 15 Pero seguía firmemente determinado a poner en práctica su plan.

Los británicos y los canadienses que se encontraban al oeste del Orne siguieron atacando el 9 de junio, con la intención de continuar su avance tomando uno a uno los pueblos fortificados. Ese mismo día se planeó el asalto a Cambes por parte de todo un batallón, con la ayuda de la artillería y los cañones del crucero británico Danae. El 2.º de los Royal Ulster Rifles avanzó hasta su punto de partida para el ataque. Ante sus ojos apareció la enorme extensión de ondulados trigales por la que iban a comenzar el asalto. El joven jefe de un pelotón recordaría las bromas nerviosas que hacían sus hombres cuando aguardaban que se diera la orden de avanzar, mientras las bombas de la artillería y los cañones navales sobrevolaban sus cabezas.

«La última vez que estuve en un trigal fue con mi chica, y todo era paz y tranquilidad.»

«Espero que ese maldito barco deje de bombardear cuando entremos ahí.»

«Parece que hay un buen trecho, señor. ¿Nos paramos a mitad de camino para tomar un té?»¹⁶

Los altos y verdes trigos parecían ofrecer protección, pero cuando comenzó el avance no tardaron en descubrir que no era sí. «Se hizo bastante evidente», escribió el teniente, «al ver el espantoso número de hombres que se tambaleaban y caían entre los trigos.» Una compañía perdió a los comandantes de sus tres secciones.

Los Ulster Rifles contaban con el apoyo de los carros blindados Sherman de la East Riding Yeomanry, que inutilizaron un Mark IV, aunque luego un cañón de 88 mm. alemán comenzó a hacer blanco, uno tras otro, en los tanques británicos. En un alarde de coraje, ante las posiciones de las ametralladoras, los Ulster Rifles continuaron su avance para tomar Cambes y atrincherarse en esta localidad. Pero cuando hicieron en recuento de sus bajas, descubrieron que habían perdido a once oficiales y a otros ciento ochenta y dos hombres entre suboficiales y soldados.

Los King's Own Scottish Borderers («Guardias Reales de los Scottish Borders») aparecieron poco antes del anochecer en refuerzo del mermado batallón, cuando comenzó un repentino «martilleo» de morteros. Uno de los escoceses, intentando protegerse de las explosiones, saltó a la trinchera más próxima y, cogiendo a su ocupante por la espalda, le dijo: «¡Caramba, irlandesito! ¡Qué hijos de puta que sois! ¡Ya no esperábamos volver a veros!». Y entonces descubrió que a quien acababa de darle la bienvenida era al comandante en jefe de los Ulster Rifles.

Durante la noche anterior, la Hitler Jugend, capitaneada por «Panzer» Meyer subido en una motocicleta, lanzó un ataque contra Norrey y Bretteville-l'Orgeuilleuse con carros blindados, tropas de reconocimiento y granaderos acorazados. Los Regina Rifles los esperaban. Bajo la luz mortecina de bengalas de magnesio lanzadas en paracaídas, sus baterías antitanque provocaron numerosas bajas entre las filas alemanas. Las tropas de la SS se vieron obligadas a emprender la retirada.

Sin embargo, la mayoría de las ofensivas lanzadas el 9 de junio fueron repelidas cuando el I Cuerpo Acorazado alemán envió más tanques al frente para ayudar a los panzergrenadiere a conquistar un punto de partida desde el que iniciar un ataque que les permitiera avanzar hacia la costa. La labor de las baterías británicas y canadienses, con el apoyo de la artillería naval, se reveló sumamente eficaz, pues consiguieron dispersar los destacamentos blindados. Pero una vez más fueron las baterías antitanque de los Regina Rifles las que lograron repeler con rotundidad otro ataque de una compañía de carros acorazados. El comandante de esta última describió en los siguientes términos el tambaleo de su tanque hasta detenerse: «Cuando miré a la izquierda para comprobar la situación, pude ver cómo uno de los tanques perdía su torreta. En ese mismo momento, tras otra explosión, mi vehículo empezó a arder. Las municiones de la ametralladora prendieron fuego, y se oyó un ruido parecido al crepitar de la madera seca». Consiguió escapar de su tanque, aunque con graves quemaduras. Sólo cinco de los doce carros blindados lograron regresar. Un oficial de la Hitler Jugend, testigo de la escena, escribiría más tarde:

«Podría haber llorado de rabia e impotencia».

La Hitler Jugend tendría que admitir que esas «incursiones sorpresa», que tan bien habían funcionado contra el Ejército Rojo en el frente oriental, se revelaron un fracaso en Normandía. Pero también se llevó a cabo otro ataque frontal en Norrey poco antes del amanecer del 10 de junio, en esta ocasión lanzado conjuntamente por el batallón de ingenieros y los granaderos acorazados. De nuevo, fue repelido. Más tarde se halló el cuerpo del comandante de una compañía de ingenieros, Otto Toll. «Había intentado hacerse un torniquete con la ayuda de la cinta de su Cruz de Caballero y una linterna, evidentemente para detener la hemorragia arterial.»¹⁹

El combate había sido despiadado. Ambos bandos se acusaron el uno al otro de crímenes de

guerra. En un juicio celebrado después de la contienda, varios oficiales del Regimiento de Granaderos Acorazados de la Hitler Jugend declararían haber eliminado de un disparo a tres prisioneros canadienses el 9 de junio como represalia por un incidente ocurrido el día anterior. El 8 de junio, al sur de Cristot, un destacamento del regimiento acorazado de reconocimiento Inns of Court cogió desprevenido a un grupo de alemanes de un regimiento de artillería de la Panzer-Lehr-Division, con su comandante incluido. Los británicos indicaron a los nuevos prisioneros que se subieran a la parte delantera de sus vehículos, pues no quedaba sitio en el interior. Los alemanes se negaron, aduciendo que eso los convertiría en escudos humanos. Según el capitán barón Clary-Aldringen, dos oficiales británicos dieron una paliza al Oberst Luxenburger, un manco veterano de la primera guerra mundial, y a continuación lo ataron a uno de sus vehículos. Al partir, acribillaron a balazos con las metralletas a los demás, que seguían negándose a obedecer. Pero el grupo del Inns of Court se puso al alcance de una posición antitanque alemana. Sus dos oficiales perecieron, y el Oberst Luxemberger fue herido de muerte.

Aparte de esgrimir este episodio, la Hitler Jugend trató también de justificar sus acciones aduciendo que habían captado órdenes emitidas por los canadienses en las que se decía a sus soldados que no hicieran prisioneros si con ello se ralentizaba el avance. Es cierto que, en algunas ocasiones, los soldados británicos y canadienses, sobre todo los de los regimientos acorazados que no disponían de una infantería para conducir a los hombres capturados a la retaguardia, eliminaron a los prisioneros. Pero los argumentos de los miembros de la Hitler Jugend no resultan en absoluto convincentes, especialmente si tenemos en cuenta que se dice que durante los primeros días de la invasión un total de 187 canadienses fueron ejecutados, en su mayoría por miembros de la 12.ª División de la SS. Y los primeros asesinatos ocurrieron el 7 de junio, días antes del incidente que tuvo lugar en las inmediaciones de Cristot. Una ciudadana de Caen, que se había dirigido andando a Authie para comprobar si una anciana tía estaba bien, descubrió los cadáveres de «unos treinta soldados canadienses, que habían sido masacrados y mutilados por los alemanes». Los Royal Winnipeg Rifles comprobaron más tarde que la SS había ejecutado a dieciocho de los suyos, capturados por los alemanes e interrogados en el puesto de mando de Meyer en la abadía de Ardennes. Uno de de la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler. Se habían formado en el espíritu de la Rassenkrieg, o «guerra racial», del frente oriental. Al parecer, su unidad más temible fue el batallón de reconocimiento, cuyo comandante en jefe, Bremer, era apodado por los miembros de la división con el nombre de «el Temerario». 23 En 1939 el propio «Panzer» Meyer había ejecutado a cincuenta judíos en Polonia, en las inmediaciones de la localidad de Modlin. Posteriormente, durante la invasión de la Unión Soviética, ordenó prender fuego a todo un pueblo de los alrededores de la ciudad de Kharkov.

La población entera fue pasada por las armas. La propaganda nazi y los combates en el frente oriental habían embrutecido a esos hombres, cuya visión de la guerra en el oeste de Europa no sería muy distinta. El asesinato de prisioneros aliados era considerado su forma de vengarse por los «terroríficos bombardeos» que sufrían las ciudades alemanas. En cualquier caso, el encarnizamiento entre canadienses y soldados de la Hitler Jugend se convirtió en una especie de círculo vicioso a lo largo de toda la batalla de Normandía.

Todos los cuarteles generales de los alemanes presentes en Norman-día no tardaron en verse obligados a recurrir cada vez con mayor frecuencia a las comunicaciones por radio, pese a los riesgos que ello implicaba. Las bombas y las granadas, por no hablar de la Resistencia francesa y las tropas aerotransportadas, habían destruido buena parte de sus líneas telefónicas en la zona de la

invasión. Era esa especie de «dividendo adicional» que los descodificadores de Bletchey Park habían previsto. El jefe de los servicios secretos de inteligencia comunicó a Churchill el primero de esos «dividendos».[21] El 8 de junio se había interceptado un informe del general Marcks en el que se ponía de manifiesto que la 716.ª División de Infantería había perdido por lo menos dos tercios de sus fuerzas y que «los hombres presentan síntomas de agotamiento nervioso». También se avisaba, aunque el mensaje fue recibido demasiado tarde, del ataque de la Hitler Jugend de la noche del 8 de junio. Al día siguiente, el general Meindl del II Cuerpo Paracaidista se lamentaría de que «la mayor parte de las líneas telefónicas están interrumpidas. Las operaciones se ven sumamente obstaculizadas por el considerable retraso con el que se transmiten las órdenes». El 10 de junio se interceptó un mensaje en el que se informaba de que «por orden del comandante en jefe del Oeste, a las 10:30 horas debe iniciarse sin dilación la destrucción total del puerto de Cherburgo». También se tuvo conocimiento de que el temor a una nueva invasión por Bretaña había inducido a la Luftwaffe a arrasar de inmediato cuatro aeródromos. El mejor golpe, sin embargo, fue la interceptación de dos mensajes en los que se indicaba la ubicación del cuartel general de la Panzergruppe West. 26 Para preservar el secreto de Ultra, primero fue enviado un avión a la zona del objetivo.

Geyr von Schweppenburg planeaba realizar su principal contraofensiva al anochecer del 10 de junio. Esa mañana, al poco de amanecer, subió a lo alto del campanario de la abadía de Ardennes, situada al oeste de la ciudad, en la que Meyer había establecido el puesto de mando del 25.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS. Desde allí examinó el territorio que se extendía a sus pies con la ayuda de unos potentes binóculos. Conocía bien la zona desde finales de verano de 1940, cuando había estado entrenando al XXIV Cuerpo para prepararlo con el objetivo de invadir Inglaterra. Desde ese punto de observación también pudo contemplar el ataque de los bombarderos británicos al regimiento acorazado de la Hitler Jugend, lo que hizo que se ratificara en su idea de que sólo podría prosperar un ataque nocturno.

Aquella tarde, Rommel le hizo una visita en su puesto de mando en los jardines del castillo de La Caine, en las inmediaciones de Thury-Harcourt. Geyr le contó su plan. Aunque los dos habrían preferido poder lanzar el ataque más cerca de Bayeux, eran conscientes de que semejante cambio suponía un retraso en la contraofensiva demasiado peligroso. Rommel también quiso saber qué pasos iban a darse a continuación. Geyr citó el principio napoleónico de *s'engager puis voir*. Rommel estuvo de acuerdo y se despidió de él. Geyr lo advirtió del peligro de los cazabombarderos aliados, pero su propio cuartel general constituía el objetivo más tentador. Muy poco después de que Rommel se hubiera ido, comenzaron a llegar informes de la Panzer-Lehr-Division en los que se comunicaba que unos sesenta tanques británicos avanzaban desde Bretteville-l'Orgueilleuse hacia Tilly-sur-Seulles. Geyr declararía que, por no disponer de reservas, se vio obligado a cancelar el ataque nocturno en las proximidades de Caen. En efecto, la orden de ataque se anuló, pero esa misma noche surgieron otras razones de más peso para provocar esa cancelación.

Volando a baja altura, aparecieron escuadrones de lanzacohetes «Typhoon» de la RAF cuyos pilotos conocían perfectamente la posición de sus objetivos. Tras ellos comenzaron a llegar oleadas de bombarderos medianos Mitchell. Por sorprendente que parezca, el cuartel general de Geyr y sus vehículos no habían sido adecuadamente camuflados en los jardines del castillo. Las consecuencias fueron devastadoras. Su jefe del Estado Mayor perdió la vida, y «pereció todo el personal de la sección de operaciones, así como la mayoría de los oficiales del escalafón superior», escribiría más tarde Geyr. Su batallón de transmisiones fue prácticamente barrido. El propio Geyr resultó herido, pero el golpe psicológico que sufrió fue mucho más grave que sus lesiones físicas. No fue capaz de retomar el mando de la Panzergruppe West hasta finales de mes.

Ya no se producirían más intentos de lanzar un contraataque masivo con carros blindados contra el 2.º Ejército británico hasta que llegara el II Cuerpo Acorazado de la SS procedente del frente oriental. La falta de refuerzos de infantería, debido al tiempo que éstos tardaron en avanzar de noche hasta el frente, supuso que las divisiones acorazadas tuvieran que desgranarse para formar Kampfgruppen, o grupos de batalla, con el fin de resistir. Todo ello desbarató completamente los planes alemanes de concentrar sus fuerzas acorazadas para empujar a los aliados de vuelta al mar. Lo único que podían hacer era asegurar la línea del frente, especialmente contra los británicos, para impedir que se abriera una brecha que permitiera el avance hacia París. De ese modo se vieron frustradas las esperanzas de los británicos de extender su cabeza de playa. Los campos abiertos del sureste de Caen quedaban fuera de su alcance, y la posibilidad de rodear Caen, en la que Montgomery había basado su estrategia, se esfumó. Fue así como en los primeros días de la invasión se impuso un sistema de guerra de agotamiento.

Montgomery tuvo que cambiar su enfoque, aunque más tarde se negara a admitirlo. El 10 de junio, acompañado por el general Dempsey, mantuvo una reunión con el general Bradley en un lugar próximo a Port-en-Bessin, punto de reunión de los sectores británico y americano. Con la ayuda de un mapa desplegado sobre el capó de su coche oficial de la marca británica Humber, expuso su nuevo plan rectificado. En lugar de un asalto frontal contra Caen, propuso atacar la ciudad utilizando la táctica del movimiento de pinza. La 51.ª División Highland y la 4.ª Brigada Acorazada lanzarían una ofensiva por el sur desde la cabeza de puente situada al este del Orne con el fin de conquistar Cagny. Por su parte, la 7.ª División Acorazada, situada más al oeste, haría lo propio desde la zona del interior en la que se encontraba en esos momentos con el objetivo de tomar Évrecy. Debían ponerse en marcha ese mismo día.

Lo más atrevido de su plan era el lanzamiento en los alrededores de Evrecy de la 1.ª Aerotransportada, la división que constituía sus fuerzas de reserva en Inglaterra. Pero esta idea chocó frontalmente con la opinión de Leigh-Mallory, que consideraba que sus aviones de transporte no podían correr el riesgo de llevar a cabo lanzamientos a la luz del día debido a la presencia de baterías antiaéreas alemanas en la zona de Caen. Hacerlo en horas nocturnas era también totalmente inviable porque habrían tenido que volar sobre los barcos aliados situados frente a la costa francesa, y la Marina británica se negaba a ordenar un alto el fuego debido a los ataques que lanzaba la Luftwaffe protegida por la oscuridad de la noche. Furioso, Montgomery escribió a Freddie de Guingand, su jefe del Estado Mayor en el cuartel general del XXI Grupo de Ejército en Inglaterra, diciéndole que Leigh-Mallory no era más que «un mierda sin agallas».

Este plan de tomar Caen mediante la táctica del envolvimiento resultaba sorprendentemente chocante. Montgomery solía recibir críticas por su lentitud en organizar una operación. ¿Quería con su propuesta dar simplemente una solución a la crisis con lo que él consideraba el mejor plan posible en aquellas circunstancias? ¿O hubo en su actitud una faceta teatral, con el fin de desviar la atención y obviar el fracaso del 2.º Ejército en la consecución de sus objetivos? [22] El 11 de junio, un día después de su entrevista con Bradley, Montgomery escribió a de Guingand diciéndole que lo que pretendía con su plan era «empujar a los alemanes hacia el 2.º Ejército para que el 1.º Ejército [americano] pueda extenderse y expandirse». Este tono mucho más contenido de sus palabras difícilmente encaja con sus rígidas declaraciones anteriores. «La inacción y una mentalidad defensiva son delito en cualquier oficial, por muy alto oficial que sea», había dicho dos meses antes de la invasión a un grupo de altos oficiales. «Todos los oficiales y todos los hombres deben mostrar entusiasmo ante el combate y tener en sus ojos el brillo de la batalla.» Su objetivo iba a ser «atacar

por el oeste del río Orne y llevar a cabo una serie de operaciones en el sur y en el sureste, con el fin de asegurar los aeródromos y proteger el flanco oriental del 1.º Ejército de los Estados Unidos mientras éste se lanza a la conquista de Cherburgo».

El problema consistía en que Montgomery, en parte por cuestiones éticas y en parte por un orgullo infantil, era incapaz de admitir que uno de sus planes había fracasado. Más tarde provocaría resentimiento y recelo entre sus colegas americanos por afirmar que su intención seguía siendo abrir una brecha para avanzar hacia Falaise, pero insistiendo a la vez en que siempre había tenido en mente el objetivo de empujar al grueso de las divisiones acorazadas alemanas hacia el frente de sus tropas para dar a los americanos la gran oportunidad de abrir más tarde en el suyo una salida. Con todo ello, como bien demuestra la carta dirigida a de Guingand, intentaba simplemente convertir en virtud una necesidad bastante dolorosa.

Por supuesto, quien determinó ese estado de la situación no fue Montgomery, sino los alemanes que habían enviado sus divisiones acorazadas contra los británicos. Tanto Rundstedt como Rommel pensaban que el 2.º Ejército era su principal amenaza. Ello se debía en parte a que consideraban a los británicos unos soldados con mayor experiencia (más tarde reconocerían haber subestimado a los americanos), pero también porque un avance de los aliados desde el sureste hacia Falaise abría la posibilidad de que éstos se plantaran en París en poquísimos días. Un desastre semejante, si se producía, habría dejado aisladas a todas las fuerzas alemanas presentes en Normandía y Bretaña. Hasta Hitler coincidió con este análisis, aunque sólo fuera por el valor simbólico de París. Su deseo obsesivo de retener las capitales extranjeras sería calificado de «desazón imperialista» por el jefe de los servicios de inteligencia del cuartel general del XXI Grupo de Ejército de Montgomery. Geyr fue el único que mostró su contrariedad ante la determinación del OKW de «bloquear la ruta de acceso directo a París del enemigo», pues ello conllevaba la «desafortunada decisión de utilizar en el flanco interno a las fuerzas armadas más poderosas y fáciles de movilizar».

La imposibilidad de extender la cabeza de playa fue un problema igualmente grave para los británicos, pues los dejaría con poquísimos espacios para la llegada y el despliegue de más divisiones durante el tiempo que duró la concentración de fuerzas. Los de la RAF se pusieron hechos una furia, particularmente cuando Montgomery afirmó que todo había ido según lo previsto. Los preparativos de las fuerzas aéreas se habían fundamentado en la creación de nuevas bases avanzadas para aviones Spitfire y Typhoon en apenas unos días. En aquellos momentos, debido a la poca profundidad de la cabeza de playa, cualquier aeródromo que se construyera habría estado perfectamente al alcance de la artillería alemana. Tampoco había mucho espacio para los depósitos de combustible, los almacenes de suministros, los talleres de reparación, los campamentos de base, los hospitales de campaña y el parque de vehículos. Prácticamente no quedaba ni un palmo de tierra libre en los huertos y campos de la zona de retaguardia. «Los británicos estaban tan apretados que invadieron nuestro sector», contaba Bradley más tarde en lo que cabría calificar de diplomática observación con la que ocultar su grado de frustración. Los americanos demostraron todavía mayor temple cuando Montgomery declaró con grandilocuencia que Caen era «la llave de Cherburgo». 34 El general Collins, cuya misión era tomar Cherburgo, comentó lacónicamente con Bradley: «¿Y por qué no nos envía la llave?».

Los comandantes alemanes también estaban sumamente consternados por la deriva que había tomado la batalla. «Debido a decisiones prematuras y banales», lamentaría amargamente el jefe del Estado Mayor del I Cuerpo Acorazado, «los alemanes perdimos la oportunidad de jugarlo todo a una sola carta, de ganarlo todo o de perderlo todo». En efecto, la falta de aptitud para lanzar una gran contraofensiva en ese momento determinó el sistema de despliegue alemán a lo largo de casi toda la

campaña. También estableció un patrón de táctica británico, pese a las jactancias de Montgomery de hacer bailar siempre al enemigo al son que él le tocara. Para mayor desesperación de todos los comandantes de las fuerzas blindadas, la presión constante de los ataques de la artillería, los aviones y la infantería de los aliados no sólo fue acertada en general, sino que también impidió que Rommel pudiera utilizar sus divisiones acorazadas con eficacia. La actitud de las brigadas de fuego de emergencia, limitándose simplemente a tapar brechas, hizo que sus divisiones blindadas tuvieran que dispersarse para reforzar las formaciones de infantería que estaban a punto de hundirse.

Así pues, parece evidente que los alemanes nunca esperaron obtener una victoria definitiva, aunque supieron mantener una capacidad extraordinaria para hacer frente a sus adversarios y causar un gran número de bajas en sus filas. A los comandantes británicos pronto comenzó a asaltarles una duda angustiosa: ¿Podrían disponer de suficientes hombres para resistir en aquella guerra de agotamiento?

13. Villers-Bocage

El 11 de junio, cuando la sangrienta situación de empate a la que se había llegado en el frente de Caen quedó patente, Montgomery decidió enviar hasta allí a sus dos «mejores colaboradoras» y ponerlas en marcha. La 7.ª División Acorazada y la 51.ª División Highland se habían distinguido cuando habían estado bajo su mando en el norte de África, pero en Normandía se llevarían una sorpresa brutal. La 51.ª fue desviada al este del río Orne para preparar el gancho de izquierda que se pretendía asestar contra Caen, mientras que las Ratas del Desierto de la 7.ª Acorazada debían organizar un gancho de derecha desde el flanco americano, cerca de Tilly-sur-Seulles.

Los escoceses de la 51.ª Highland no creían que les hiciera falta disimular su verdadero potencial, pues, como dice la parábola, no se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemin. Otras formaciones los denominaban los «Decoradores de Carreteras», pues en casi todos los cruces de caminos se veía un destacado letrero en el que aparecía la abreviatura «HD» (Highland División) y una flecha. La 51.ª cruzó el Orne para ir al encuentro de la cabeza, de puente que había conseguido la 6.ª Aerotransportada. Al encontrarse en clara inferioridad en cuanto a número de hombres y de cañones, los paracaidistas se habían visto obligados a dar marcha atrás debido a los incesantes contraataques alemanes. Haciendo gala de un sorprendente aguante, hicieron frente a la Kampfgruppe de Luck, perteneciente a la 21.ª División Acorazada, a la 711.ª División de Infantería y a la recién llegada 346.ª División, también de Infantería.

El 9 de junio, los paracaidistas habían repelido un ataque de los tanques y los granaderos acorazados de Luck en Escoville. Al día siguiente se produjo otro ataque cuando la 51.ª División Highland empezó a tomar posiciones. Y el 11 de junio, cuando el 5.º Batallón Black Watch entró en acción, algunos de sus hombres fueron hechos prisioneros y ejecutados. La División Highland, que supuestamente debía avanzar directamente por el sur hasta Cagny, según el movimiento de pinza ideado por Montgomery, ni siquiera logró emprender la marcha. Parecía completamente desorientada por las pequeñas acciones violentas y las repentinas y mortales «andanadas» de los morteros y las cortinas de fuego de artillería, en las que los alemanes mostraban una enorme eficacia.

«La violencia de la artillería es una violencia fría, mecánica», escribía un Highlander, «pero sus consecuencias no pueden ser más personales. Cuando se está bajo su fuego, se siente uno el único objetivo. Todo ese veneno estridente y quejumbroso va dirigido contra uno mismo y contra nadie más. Te encoges en tu agujero, te conviertes en la cosa más pequeña a la que puedas imaginarte que vas a quedar reducido, y endureces los músculos en un lamentable intento de desafiar la mordedura aguda y ardiente de la metralla. Involuntariamente adopta uno la posición fetal, excepto en lo que a las manos se refiere, que se bajan para proteger los genitales. Ese instinto de defender el centro de la reproducción contra las fuerzas de la aniquilación era universal.» 1 Muchos recurrían a una letanía de juramentos repetitivos, una especie de mantra profano cuya finalidad era atenuar el temor.

El mismo soldado describe el colapso psicológico del miembro más belicoso de su compañía. Tuvo lugar en la bodega de una granja. Esta víctima de la fatiga de combate estaba encogida en el suelo, aullando y gimiendo. «Aquel soldado despejado y agudo se había convertido ahora en algo que resultaba a un tiempo lamentable y repugnante. Sus rasgos claramente dibujados y alerta se habían disuelto y casi borrado, los labios le colgaban, y la totalidad del rostro, sucio e hirsuto, parecía hinchado y estaba cubierto de lágrimas y mocos.» Emitía una especie de balido y lloraba por su madre. Además de experimentar un sentimiento de desprecio ligeramente sádico, el espectador era

«consciente de una especie de envidia por el muchacho que se había rendido impudicamente al miedo».

Los paracaidistas se mostraban displicentes con los regimientos escoceses implicados en la acción. «Lo que me chocó fue la 51. a División Highland», escribió un comandante del 1.º Batallón Paracaidista canadiense. «En tres ocasiones distintas nuestra división les arregló la situación. Tenías que haber visto a nuestros muchachos correr a ayudarles una vez y llamarlos cobardes hijos de puta cuando los escoceses tiraban sus armas y su equipo y salían corriendo». En el flanco izquierdo, el teniente coronel Otway, que dirigía el ataque contra la batería de Melville, tuvo que ponerse al frente de un batallón de la Black Watch porque el oficial que estaba a su mando «sufrió un ataque de nervios». 4 Habían perdido doscientos hombres en la primera embestida.

El general Gale, al mando de la 6. a División Aerotransportada, se dio cuenta de que la localidad de Breville debía ser reconquistada a toda costa. Envío a su propio 12.º Batallón del Regimiento Paracaidista. Tras sufrir casi tantas bajas como la Black Watch, el 12.º Batallón tomó la localidad fuertemente defendida y el perímetro este del Orne quedó a salvo. Con la División Highland totalmente desmoralizada e incapaz de tomar ni siquiera Sainte-Honorine, el plan de Montgomery consistente en llegar hasta Cagny, a otros ocho kilómetros más al sur, quedó olvidado. Dadas las circunstancias, quizá tuviera incluso que dar las gracias a Leigh-Mallory, que redujo la envergadura de su plan. Lanzar a la 1. a División Aerotransportada en paracaídas en la llanura de Caen-Falaise y luego no ser capaz de llegar hasta ella sería sólo un preludio del desastre de Arnhem. Aunque de momento no dijo nada, el general Bradley vio con toda claridad el peligro que entrañaba utilizar tácticamente fuerzas aerotransportadas y no aprovechar luego la oportunidad durante la gran ofensiva.

Montgomery tenía grandes esperanzas en el gancho de derecha que pretendía propinar al enemigo desde el flanco de la 1. a División norteamericana. El teniente general sir Miles Dempsey, comandante en jefe del 2.º Ejército Británico, era más optimista. Dempsey era en muchos sentidos lo contrario de Montgomery en cuanto temperamento. Aunque llevaba el desafortunado apodo de «Niño Bonito», era un hombre modesto, tranquilo, con el rostro curtido, y el típico bigote militar. La primera vez que se lo presentaron, Patton escribió un comentario despectivo en su diario: «No tiene un aspecto muy impresionante, y lo he tomado por uno de esos hombres que dicen siempre que sí a todo». 5 Lo cierto es que Montgomery insistía en dirigir el 2.º Ejército además del XXI Grupo de Ejército. Incapaz de delegar en nadie, Monty daba a menudo órdenes a los jefes de los distintos cuerpos pasando por encima de Dempsey. Éste no tuvo más remedio que aceptar su posición de enaltecido jefe del Estado Mayor. En muchos sentidos, este papel le iba a las mil maravillas. Aportaba un par de manos firmes. Su prodigiosa memoria se combinaba eficazmente con una extraña capacidad de visualizar un paisaje simplemente estudiándolo sobre el mapa. Además, nunca se quejaba cuando Montgomery se llevaba toda la fama. 6

Dempsey había sido el principal responsable del plan del doble gancho contra Caen, así como de la operación llevada a cabo por los paracaidistas. Incluso antes de la invasión, había demostrado claramente que no estaba convencido de que Caen fuera a caer el primer día, y que dudaba de que la ciudad pudiera ser tomada por medio de un ataque frontal. No obstante, era consciente del peligro que acechaba si el frente se estancaba. El plan de Dempsey era básicamente sólido. Por desgracia, la 7. a División acorazada había desembarcado más tarde de lo previsto debido al mal tiempo. Luego la 50. a División y la 8. a Brigada Acorazada sufrieron un revés cuando avanzaban para asegurar el punto de partida del ataque en el valle del Seulles. Una repentina contraofensiva de la Panzer-Lehr-

Division bloqueó la ruta, pero esta circunstancia ofreció también una oportunidad mejor. La 7.ª Acorazada pudo rebasar por el flanco a la Panzer-Lehr-División cruzando al sector americano cuando la 1.ª División estadounidense avanzaba hacia Caumont, y luego dobló a la izquierda. Este movimiento le permitiría pasar por el hueco existente por detrás de la Panzer-Lehr-Division mientras ésta se ocupaba de la 50.ª División.

El comandante al frente de la 7.ª División Acorazada, el general Erskine, expresó una gran confianza en la oportunidad que se le ofrecía cuando Dempsey lo visitó en su cuartel general la mañana del 12 de junio. Bobby Erskine no creía que nada pudiera detener a su división. Los regimientos de caballería de las famosas «Ratas del Desierto» habían venido con su actitud más bien despreocupada a un campo de batalla muy distinto al que las había hecho famosas. A diferencia de los ondulados campos de grano del sector de Caen, aquél era el país del bocage, con senderos hundidos y elevados setos. «Te llevarás una buena sorpresa después de haber andado por el desierto», advirtió un soldado de los Sherwood Rangers a un amigo recién llegado. «En el desierto podíamos ver a aquellos maricones y ellos podían vernos a nosotros. Aquí ellos pueden vernos, pero que me den por culo si nosotros podemos verlos a ellos.» Atacar a través de esos túneles verdes y frondosos, añadió, «le hace a uno sentir escalofríos». A pesar de los largos meses de entrenamiento para la invasión, ni británicos ni americanos estaban preparados para aquel terreno hermoso, pero claustrofóbico. Los setos de Normandía, que rodeaban los pequeños campos de cultivo y bordeaban todo tipo de caminos y sendas, eran por lo menos tres veces más altos que los ingleses y estaban en un pronunciado declive; además eran demasiado espesos para que incluso un tanque pudiera atravesarlos.

Dempsey dijo a Erskine que se abriera paso hasta Villers-Bocage mandando por delante al 11.º de Húsares, un regimiento acorazado de reconocimiento. Pero en vez de hacerlo así, Erskine lo utilizó para que le guardara el flanco. Semejante decisión se revelaría un error gravísimo. Erskine, que había pretendido lanzar el ataque veinticuatro horas antes, estaba impaciente. Y tenía buenos motivos para estarlo, tal como se habían desarrollado los acontecimientos. El retraso había sido culpa sobre todo de su superior, el teniente general Gerard Bucknall, comandante del XXX Cuerpo.

Aunque había causado buena impresión a Montgomery en Sicilia y en Italia, Bucknall no tenía mucha experiencia con blindados. Desde luego no causó buena impresión al mariscal Brooke, que dos meses antes de la invasión escribió en su diario la siguiente nota: «Bucknall era muy débil, y estoy bastante seguro de que no era demasiado apto Taylor, entre los oficiales británicos de mayor graduación no hubo nunca la tradición de presionar realmente a sus subordinados. Los generales americanos pensaban que sus homólogos británicos eran demasiado corteses. 10

El hecho de que Erskine no mandara un destacamento de reconocimiento por delante, en vez de utilizarlo para guardarle el flanco, dio lugar a una de las emboscadas más catastróficas de la historia del ejército británico. La 22.ª Brigada Acorazada, capitaneada por su valeroso, aunque excéntrico comandante, el general Loony Hinde, avanzó a través del hueco que había sido identificado. Por la noche, la unidad que iba en cabeza, el 4.º Regimiento County of London Yeomanry (los Sharpshooters), ya había llegado a la carretera de Caumont, apenas a ocho kilómetros de Villers-Bocage. Los Sharpshooters permanecieron al acecho toda la noche en posición de defensa, junto con la compañía del 1.º Batallón de la Rifle Brigade integrada en su unidad.

Al amanecer, los Sharpshooters y su infantería bajaron por la carretera hacia su objetivo. Entraron en Villers-Bocage a las 08:00 del 13 de junio, y recibieron de la población local una acogida jubilosa. Los gendarmes del pueblo, luciendo sus uniformes de gala, tuvieron que apartar a la multitud que arrojaba flores a los tanques Cromwell y ofrecían sidra y mantequilla a modo de

regalo a los ingleses. 11 En medio de la alegría del momento, la toma de aquella estratégica localidad parecía demasiado fácil. Villers-Bocage, que domina el valle del Seulles y está apenas a dos kilómetros del río Odón, era una posición clave. A menos de veinte kilómetros al sur estaba el Mont Pincon, la cumbre más elevada de toda la región, mientras que Caen se encuentra unos doce kilómetros al este.

La única presencia enemiga que había sido detectada poco antes de que los ingleses entraran en el pueblo había sido un carro blindado alemán de ocho ruedas, pero había desaparecido antes de que el Cromwell más próximo pudiera girar su torreta. El general Hinde, que iba en un vehículo de reconocimiento, sabía que para retener la localidad de manera segura era preciso ocupar la altura situada al noroeste, denominada Colina 213. El oficial al mando de los Sharpshooters, el teniente coronel vizconde Cranley, quiso llevar a cabo un reconocimiento exhaustivo de la zona, pues habían sido avistados otros carros armados alemanes, pero Loony Hinde no estaba dispuesto a aceptar más retrasos. Así, pues, la unidad de reconocimiento de tanques ligeros Stuart no fue utilizada. Cranley envió por delante simplemente al Escuadrón A y, dejando en el pueblo al resto de los tanques, salió en un vehículo de reconocimiento a echar personalmente un vistazo a la Colina 213.

En un bosquecillo próximo a la carretera por la que subían los Cromwell, estaban escondidos cinco Tiger del 501.º Batallón de Tanques Pesados de la SS. Acababan de llegar al frente procedentes de Beauvais, al norte de París. El oficial que los comandaba era el Obersturmführer Michael Wittmann, famoso ya como «as de los blindados». Se le atribuían 137 tanques «cazados» en el frente oriental, y había recibido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble. Furioso por el bombardeo de las ciudades alemanas por los aliados, Wittmann había dicho a sus hombres: «Tenemos sólo un santo y seña: "¡Venganza!"». 12

Los Tiger de Wittmann eran los primeros refuerzos enviados para rellenar el hueco existente en las líneas alemanas. Los primeros elementos de la 2.ª División Acorazada llegarían a la zona ese mismo día. De hecho, el 11.º Regimiento de Húsares que cubría el flanco de la 22.ª Brigada Acorazada identificó su llegada a través del primer integrante del grupo en ser capturado. Un sargento y un soldado del 11.º Regimiento estaban acechando a un francotirador cuando de pronto se vieron rodeados por una compañía de granaderos acorazados en semiorugas. Fueron conducidos a pie hacia la retaguardia, pero cuando nadie los veía, saltaron sobre su guardián, le quitaron el fusil y lo hicieron prisionero a su vez. La nómina del individuo en cuestión puso de manifiesto que pertenecía al 304.º Regimiento de Granaderos Acorazados. Aunque Ultra había advertido ya que la 2.ª División Acorazada se acercaba, parece que esta prueba de su presencia en el flanco sur resultó una desagradable sorpresa para el general Erskine.

Al ver que el escuadrón de tanques Cromwell se detenía en aquel tramo de la carretera rodeado de empinados setos, Wittmann supo ver de inmediato la oportunidad. Algunos de los Sharpshooters que tripulaban los tanques habían bajado imprudentemente de ellos. Parece que este hecho llevó al artillero de Wittmann que estaba observando la escena por el visor a comentar que los ingleses se comportaban como si ya hubieran ganado la guerra. Sin aguardar a que se le unieran los demás Tiger, Wittmann salió del bosque, se lanzó a toda velocidad en paralelo a la carretera, y abrió fuego. El cañón de 88 mm de su Tiger destruyó un Cromwell tras otro. Los tanques Cromwell, mal diseñados, mal blindados y provistos de una artillería insuficiente, no tuvieron la menor oportunidad. Les costó trabajo incluso escapar del peligro retrocediendo, pues marcha atrás su velocidad era apenas de cuatro kilómetros por hora.

Tras sembrar el desconcierto entre el Escuadrón A que estaba en lo alto de la colina, el Tiger de Wittmann entró pesadamente en la población de Villers-Bocage. Aplastó a un vehículo de transporte

ligeramente armado con fusil ametrallador de la Rifle Brigade y empezó a bajar por la calle mayor. Se ocupó en primer lugar de los tanques del cuartel general de los Sharpshooters, y luego se lanzó contra el Escuadrón B. Los tripulantes de muchos tanques habían bajado de sus vehículos y fueron incapaces de responder al ataque. Pero incluso los que lograron disparar directamente contra el Tiger comprobaron que su cañón de 75 mm, de baja velocidad de salida, resultaba muy poco eficaz. Wittmann regresó entonces a la Colina 213 para acabar el combate con el Escuadrón A y el destacamento de la Rifle Brigade.

Aquella tarde, Wittmann volvió a Villers-Bocage con los primeros elementos de la 2.ª División Acorazada que llegaron a la zona. Esta vez los Sharpshooters y los cañones antitanque de la Rifle Brigade estaban preparados y el ataque fue repelido. Pero al general Erskine, que no había enviado apoyo suficiente por delante, le preocupaba ahora la amenaza que representaba la 2.ª División Acorazada para su flanco sur excesivamente grande. En vez de reforzarla, decidió retirar a la 22.ª Brigada Acorazada de la precaria posición que ocupaba. Cuando aquella tarde salió de la población, la artillería británica lanzó una espesa cortina de fuego para cubrir la retirada. Pero los tripulantes de muchos de los tanques que habían sido puestos fuera de combate tuvieron que escapar a campo través y volver a las líneas británicas a pie.

Hinde retiró a la 22.ª Brigada Acorazada a una posición defensiva en la Colina 174, entre Tracy-Bocage y Amay-sur-Seulles. Bucknall, comandante en jefe del XXX Cuerpo, se mostró de acuerdo con la decisión, pero no hizo mucho por ayudar a sus hombres, excepto ordenar a la 50.ª División que continuara atacando a la Panzer-Lehr-Division. No envió refuerzos de infantería para socorrer a la 22.ª Brigada Acorazada, que se encontraba aislada entre la Panzer-Lehr-Division y la 2.ª División Acorazada.

La tarde del 14 de junio, Erskine se vio obligado a retirar a todas sus tropas al puesto avanzado de Caumont. Los granaderos acorazados de la 2.ª Panzer-Division atacaban siempre que podían. Un regimiento británico de artillería que de pronto se encontró en primera línea de fuego apenas logró repeler un asalto lanzando disparos al aire con sus cañones de veinticinco libras. 14 La retirada de la 7.ª División Acorazada contó con la ayuda inestimable de una devastadora cortina de fuego lanzada por la artillería americana que apoyaba a sus compatriotas de la 1.ª División. Aquella noche los bombarderos de la RAF arrasaron literalmente Villers-Bocage. Los habitantes del pueblo que tan jubilosamente habían acogido a los Sharpshooters estaban ahora muertos, heridos o habían quedado sin hogar. La mayor parte de los supervivientes buscó refugio en los sótanos del castillo vecino, perteneciente al alcalde de la localidad, el vizconde de Rugey.

Auney-sur-Odon, importante cruce de carreteras situado a unos seis kilómetros al sur, también había sido arrasada en una serie de bombardeos de la RAF. El primer ataque había tenido lugar a la hora de misa. El cura, el abate André Paul, contó cómo el ruido de los motores de los aviones, seguido inmediatamente de unas explosiones que hicieron temblar los cimientos de la iglesia, sembró el pánico entre sus feligreses. Muchos intentaron agacharse y protegerse debajo de los reclinatorios. En cuanto cesó el ataque, el cura les dijo que abandonaran rápidamente el templo en pequeños grupos. Cuando salieron de la iglesia, se encontraron con una visión digna del juicio final. Las bombas habían desenterrado muchos esqueletos del cementerio de la iglesia. Las repetidas incursiones causaron la muerte de 161 aldeanos y dejaron todo el pueblo convertido en ruinas. 15 Las tropas británicas se quedaron pasmadas al contemplar la escena cuando finalmente entraron en la localidad casi al final de la batalla de Norman-día. La pequeña población de Tilly-sur-Seulles corrió una suerte muy parecida. Un médico del pueblo que se ocupó de atender a los civiles dijo que ni siquiera en Verdun había visto unas heridas tan horribles.

El 15 de junio, el día siguiente a la retirada de los británicos, un suboficial de la 2.ª Panzer-Division encontró tiempo para escribir a casa. «El combate en el oeste ya ha comenzado y, como puedes imaginarte, no nos hemos librado, de modo que no queda mucho tiempo para escribir. Ahora es cuestión de todo o nada, es cuestión de la pervivencia o del ocaso de nuestra amada patria. La suerte que corra cada uno de nosotros, simples soldados, es bastante indiferente, lo fundamental es en todo momento que podamos obtener una paz justa y duradera. Pero desde luego somos también meras personas con deseos y ruegos a la Providencia, que deseáramos ver realizados, por mucho que a lo largo de la guerra hayamos aprendido a prescindir en numerosas ocasiones de todo lo que tenga que ver con la propia persona o con el propio futuro, y por mucho que a menudo hayamos transigido con la existencia; lo cierto es que se ve uno a sí mismo abrigando de nuevo deseos que, aunque podrían borrarse igual que la propia vida y desaparecer en la eternidad de la nada con el estallido de la próxima ganada, mantienen viva la fe en nuestra supervivencia. Hemos iniciado el duelo más terrible.» 16

El intento británico de romper el callejón sin salida al que se había llegado en Normandía había fracasado de forma humillante. Podemos entretenernos enzarzándonos en las múltiples discusiones inútiles, que se han suscitado en torno al fiasco de Villers-Bocage. ¿Habrían sido distintas las cosas si los Sharpshooters ni hubieran tenido un retraso inicial y se hubieran establecido en la Colina 213 antes de que llegara Wittmann? ¿Por qué no mandó refuerzos Bucknall? ¿Y por qué no se envió por delante ninguna fuerza de reconocimiento a modo de parapeto? Lo importante es que la operación supuso no sólo un gran revés desde el punto de vista táctico, sino que fue un golpe demoledor contra la moral de la 7.ª División Acorazada y del resto de los regimientos blindados británicos. Un oficial de inteligencia de la 7.ª División Acorazada escribió en su diario unos días después que «en la Brigada 131 estaban dándose un montón de casos de neurosis de combate. La 7.ª División Acorazada tiene muy buena reputación, pero ni la Brigada 22 ni la 131 son unidades de primera clase y tuvieron las cosas demasiado fáciles en Italia».

Dempsey estaba furioso con la actuación de Erskine y la de la propia división. La 7.ª Acorazada, escribió en agosto el sucesor de Erskine, había hecho «un papel muy malo en Normandía». Pero no a todos sus regimientos les fue tan mal. «Las famosas Ratas del desierto», escribió el nuevo oficial al mando de los Sherwood Rangers, «desembarcaron en Normandía con una reputación excepcional que, debemos reconocer, les costó trabajo mantener. Creo que puede decirse que la única unidad que había combatido con esta división continuamente desde su creación fue el 11.º Regimiento de Húsares, el más famoso de todos los regimientos blindados de reconocimiento, que se ganó una reputación incomparable que nunca perdió. Cuando el 11.º salía por delante, ningún enemigo podía acercarse a varios kilómetros de distancia sin ser visto y sin que se informara debidamente de su presencia.» 19

La terrible emboscada sufrida como consecuencia de que no hubiera unidad alguna de reconocimiento supuso desde luego un golpe tremendo. Pero el aspecto más inquietante de la batalla fue la incapacidad de los tanques Cromwell de poner fuera de combate a un carro blindado Tiger, incluso a una distancia mínima. Ya antes de la invasión habían corrido rumores acerca de la inutilidad de los tanques británicos. El coronel lord Cranley se había sentido en la obligación de advertir del asunto a los Sharpshooters, pero «no tenía sentido quejarse como si no pudiéramos utilizar otros, así que teníamos que hacer las cosas lo mejor que pudiéramos». El tanque Cromwell era rápido marchando de frente y tenía un perfil bajo, pero, debido a lo aplastado de su delantera, resultaba vulnerable y tenía un cañón muy poco eficaz. Patton hablaba en tono displicente tanto del

Cromwell como del Churchill, e incluso los generales británicos eran conscientes del «defecto de diseño» del Cromwell.

En una carta a de Guingand del día 12 de junio, Montgomery manifestaba su esperanza de desechar de inmediato cualquier idea relativa a la inferioridad de los tanques británicos, por mucho que fuera verdad. No quería que sus tropas acorazadas desarrollaran un «complejo de Tiger y Panther». Pero el propio Montgomery había criticado el diseño de los carros blindados británicos en agosto del año anterior, cuando dijo: «Los tanques alemanes nos superan». Pero intentar suprimir de un plumazo el problema casi un año después era ir en contra de la realidad. El cañón de 88 mm de los alemanes, instalado tanto en los tanques Tiger como en las baterías antiaéreas utilizadas contra objetivos terrestres, podía quitar de en medio a los blindados aliados antes de que éstos los tuvieran a tiro. En un tanque que fue volado cerca de Tracy-Bocage se encontró el diario de un oficial británico de la brigada de Hinde. La penúltima anotación, escrita el domingo 11 de junio, decía: «El escuadrón salió para intentar tomar una posición y tuvo que regresar rápidamente tras perder cuatro tanques. Después de cuatro años de preparativos para la invasión, ¿por qué nuestros vehículos son inferiores?».

Orgullosos de su sofisticación tecnológica, los americanos quedaron pasmados al comprobar que incluso las armas alemanas de pequeño calibre, especialmente su ametralladora ligera, la MG 42, eran manifiestamente superiores. La reacción de Eisenhower al enterarse de hasta qué punto eran mejores los tanques alemanes no sería muy distinta de la Montgomery y su intento de borrar de un plumazo el asunto. Escribió inmediatamente al general Marshall y envió a Estados Unidos a un experto en carros blindados de alta graduación para que discutiera qué podía hacerse para mejorar su munición antitanque. Montgomery debería haber escrito a Churchill exigiendo un aumento masivo de la producción de tanques Firefly, provistos del excelente cañón de diecisiete libras. El primer ministro, antiguo soldado de infantería, habría hecho todo lo que estuviera en su mano para ayudar.

Justo antes de la operación de Villers-Bocage, Churchill se encontraba en un estado de efervescencia. Finalmente había viajado a Francia para efectuar su primera visita a la zona de la invasión y había recibido noticias halagüeñas de Stalin. «He recibido el siguiente aviso de U. J. [Uncle Joe][²³]» telegrafió a Roosevelt. «Y parece bueno. "La ofensiva de verano de las fuerzas soviéticas, organizadas de acuerdo con lo pactado en la Conferencia de Teherán, empezará hacia mediados de junio en uno de los sectores importantes del frente".» 26 Era la confirmación de la Operación Bagration, quizá la ofensiva más eficaz de toda la guerra.

El 12 de junio, tras pasar la noche en su tren particular, Churchill embarcó en el destructor Kelvin, de la Marina de Su Majestad, en Portsmouth, acompañado del mariscal Smuts y del mariscal sir Alan Brooke. Cuando cruzaron el canal, Brooke anotó que pasaron «ante convoyes de lanchas de desembarco, dragaminas, secciones de rompeolas flotantes (Phoenix) remolcados, secciones de muelles flotantes (Whales), etc.» Avistaron la costa de Courseulles-sur-Mer a las 11:00. «La escena era indescriptible», escribió Brooke. «El mar estaba cubierto por doquier de barcos de todas las dimensiones y formas, y la actividad era continua. Pasamos ante filas de LST anclados y finalmente llegamos a "Gooseberry", esto es, una hilera de barcos hundidos en semicírculo que formaban una especie de puerto». 27

El almirante Vian se reunió con ellos en su gabarra y luego todos se trasladaron a un DUKW que los condujo fuera del agua directamente hasta la playa. «Fue un momento maravilloso verme a mí mismo volviendo a Francia casi exactamente cuatro años después de ser obligado a salir de ella», escribió Brooke. «Volvían a mi cabeza oleadas de recuerdos de mi último viaje lleno de

desesperación, de aquellos largos cuatro años de trabajo y angustia.» El general Mont-gomery estaba esperándolos en la playa con una pequeña columna de jeeps. La numerosa comitiva subió a los vehículos y fue conducida a lo largo de la carretera de Bayeux hasta el cuartel general del XXI Cuerpo de Ejército, en la finca del castillo de Creully. Tras una reunión informativa típica de Monty, Churchill y su séquito se pusieron en marcha para visitar a Dempsey en el cuartel general del 2.º Ejército. La ruta seguida los llevó por campos que se habían librado de la destrucción. Churchill de volvió hacia Brooke y dijo: «Estamos rodeados de vacas gordas tumbadas en prados rozagantes con las patas cruzadas». Pero Brooke anotó también que «la población francesa no parece en absoluto contenta de vernos». Churchill oyó también contar anécdotas acerca de las mujeres francesas que hacían de francotiradoras. «Ha habido una notable cantidad de mujeres que tiraban contra nosotros y contra los americanos.»

Cuando finalmente regresaron a Courseulles, observaron una incursión fallida de bombarderos alemanes y a continuación subieron de nuevo en la gabarra del almirante Vian para dar una vuelta a lo largo de la costa. Churchill contempló extasiado cómo un monitor abría fuego con sus cañones de 14 pulgadas contra objetivos situados tierra adentro. Declaró que «nunca había estado en un buque de Su Majestad que estuviera atacando al enemigo» e insistió en subir a bordo. Por fortuna, anotó Brooke, resultaba demasiado difícil subir por la escalerilla y el entusiasmado primer ministro vio cómo se le negaba aquel «peligroso entretenimiento». Ello no impidió a Churchill jactarse falsamente ante Roosevelt en los siguientes términos: «Fuimos y les pegamos un zambombazo a los alemanes desde nuestro destructor, pero aunque estábamos a una distancia de unos seis mil metros no se dignó respondernos». Sin embargo, el primer ministro no estuvo totalmente lejos de la línea de fuego, ni siquiera cuando llegaron a Inglaterra. Aquella noche, a su regreso a Londres, cayeron las primeras bombas volantes VI.

Los buques de guerra de la Marina Real no cejaron en su bombardeo. El 13 de junio, el acorazado Ramillies, de la Marina de Su Majestad, tuvo que volver a Portsmouth para rellenar los depósitos. 30 Y al día siguiente, una bomba del buque inglés Rodney mató al Brigada-führer Fritz Witt, comandante de la 12.ª División de la SS Hitler Jugend, y a uno de sus oficiales de rango inferior en su puesto de mando. En su lugar asumió el mando el dinámico Panzer Meyer.

Aquella mañana del 14 de junio, el general De Gaulle, acompañado de un gran séquito de diecinueve personas, viajó a Portsmouth desde el Hotel Connaught de Londres en un convoy de seis automóviles. El comandante en jefe de las fuerzas de Portsmouth se presentó a saludarlo, aunque había llegado antes de hora en el King's Stairs para embarcar. La espera, durante la cual se produjo la típica conversación banal -que nunca fue uno de los fuertes de De Gaulle-, se prolongó más de lo debido a causa del retraso del buque de la Francia Libre, el destructor La Combatiante. Esta circunstancia, comentó el oficial de enlace británico, dio lugar a una «pequeña demostración de malhumor» por parte del general. El comandante en jefe había puesto a su disposición la gabarra del almirante, pero no era lo bastante grande para que cupiera todo su equipaje, sorprendentemente numeroso para lo que se suponía una excursión de un día, de modo que hubo que mandar llamar a una barca de escolta para que lo llevara. Evidentemente parte del séquito pretendía quedarse en Francia sin avisar a los británicos. «La bandera personal del general De Gaulle fue izada en el palo mayor en cuanto subió a bordo.»

Cuando avistaron la costa francesa, uno de los integrantes del séquito dijo a su líder:

- ¿Se le ha ocurrido pensar, mi general, que hoy hace cuatro años que los alemanes entraron en París?

- Bueno, pues se equivocaron -fue la inimitable respuesta que obtuvo.

En la playa fueron recibidos por oficiales del Estado Mayor de Montgomery, que no podían dar crédito al tamaño del grupo y a la cantidad de equipaje que llevaban consigo. Montgomery había pedido a De Gaulle que no trajera a más de dos personas a almorzar, pero su petición fue tratada con un desprecio monárquico. A la hora de la verdad, sólo el general De Gaulle, el embajador francés Viénot, y los generales Koenig y Béthouart subieron a los jeeps suministrados por el XXI Grupo de Ejército. Los otros quince miembros del séquito y el equipaje tuvieron que esperar en la playa hasta que se encontraron medios de transporte para trasladarlos a Bayeux. De Gaulle intentó incluso en el último momento insistir para que los jeeps fueran conducidos por los chóferes franceses que había traído consigo.

El disgusto que producían a Montgomery los cigarrillos era bien conocido, pero, al parecer, De Gaulle y sus acompañantes llenaron de humo su caravana. Según el oficial de enlace de la Marina que los acompañaba, aquello «no contribuyó demasiado a congraciarlos con el propietario» del vehículo. Puede que el almuerzo resultara para Montgomery toda una ordalía diplomática, pero evidentemente tampoco agradó demasiado a De Gaulle. Sus acompañantes notaron que empezó a relajarse únicamente después, cuando los jeeps del XXI Grupo de Ejército los condujeron a Bayeux, donde debían reunirse con el resto del séquito. La noticia de la presencia de De Gaulle se propagó rápidamente. El cura de la localidad, el padre París, se presentó trotando en su caballo. Reprochó jovialmente al general no haber venido a estrechar su mano. De Gaulle bajó del jeep y abriendo sus brazos, que parecían interminables, dijo:

- Monsieur le curé, no estrecho su mano. Le doy un abrazo. 34 En Bayeux, el general se dirigió a la subprefectura. Allí se entrevistó con el subprefecto, que acudió luciendo orgullosamente su faja tricolor. Para mayor espanto suyo, el funcionario recordó de repente que el retrato del mariscal Pétain seguía colgando de la pared. De Gaulle, que a menudo era muy quisquilloso, podía también erguirse majestuosamente por encima de las ofensas involuntarias. Continuó hablando con el funcionario visiblemente abochornado como si no hubiera pasado nada. Y también ese día De Gaulle dio muestras de su ingenio adusto cuando en medio de la multitud una anciana se confundió de saludo y exclamó: -Vive le Maréchan.

Se cuenta que el general musitó a su acompañante:

- Otra que no lee los periódicos.

Por otro lado, puede que la mujer perteneciera a alguna familia de agricultores de fuera de la ciudad. El autor de la historia oficial de la guerra, el sargento Forrest Pogue, comprobó una y otra vez que los normandos de las zonas rurales odiaban a Laval, pero no a Pétain, y que sentían cierta desconfianza hacia De Gaulle.

En cualquier caso, no cabe prácticamente duda de la calurosa acogida que tuvo De Gaulle en Bayeux. Este hecho era especialmente importante, pues el general tenía la intención de establecer de inmediato su propia Administración. De Gaulle no hizo mucho caso a la condición que había puesto Churchill a la realización de aquella visita, a saber, que no hubiera manifestaciones públicas. El general montó una plataforma improvisada en la plaza de la subprefectura y se dirigió a la multitud. Acabó su discurso con la siguiente declaración: «Le gouvernement francais salue Bayeux, la première ville française libérée». No se mencionó en ningún momento el hecho de que el gouvernement era provisoire. Luego se puso al frente de la multitud cantando la Marsellesa. La única nube en su horizonte era, según el informe que acababa de recibir Churchill, que la población parecía aceptar con toda satisfacción la moneda militar emitida por sus aliados y denunciada por el general como «unefausse monnaie».

De Gaulle prosiguió su viaje a Isigny y Grandchamp, pero llegó demasiado tarde al punto en el

que debía embarcar para que La Combattante zarpara aquella misma noche. Aunque había sido advertido de que ningún barco podía abandonar el fondeadero durante las horas de oscuridad debido a la amenaza de los torpederos alemanes, De Gaulle se puso hecho una furia cuando las autoridades navales británicas negaron al capitán francés permiso para levar anclas, pero se mostró de muy buen humor por la acogida que había tenido. Según comentó el oficial de enlace británico, quizá el hecho de haber logrado «colocar» a cuatro miembros de su partido en Francia, «contribuyera a ese sentimiento de satisfacción». 36 Montgomery, sin embargo, envió dos comunicados a Churchill. El primero decía que la visita de De Gaulle a su cuartel general había sido «un gran éxito», pero luego mandó otro en el que afirmaba sin aportar pruebas que la acogida del general en Bayeux había sido «definitivamente tibia». Añadía que De Gaulle había «dejado en Bayeux a un funcionario de la administración civil y a tres coroneles, pero no tengo ni idea de cuál es su función». [24]

La actitud de Roosevelt hacia el líder del Gobierno Provisional no había cambiado, ni mucho menos. Ese mismo día telegrafió a Churchill: «En mi opinión, deberíamos hacer plenamente uso de cualquier tipo de organización de influencia que pueda tener hasta el momento en la medida en que sea posible sin imponérselo como gobierno al pueblo francés por la fuerza de las armas y sin dar reconocimiento a sus hombres como Gobierno Provisional de Francia». 38

Churchill, que había estado considerando la posibilidad de reconocer a De Gaulle como jefe del Gobierno Provisional, mantuvo también una actitud implacable a raíz de la pelea que tuvo con el general por su negativa a enviar oficiales de enlace franceses. Justo antes de su visita a Francia escribió a Edén en los siguientes términos: «No hay ni rastro de generosidad en este hombre, que sólo desea presentarse en esta operación como el salvador de Francia». La prensa británica y la mayoría de los diputados del Parlamento, por otra parte, apoyaban con fuerza a De Gaulle. Esa misma mañana The Times había calificado de «intolerables» las relaciones de los aliados con el Gobierno Provisional,[25] Pero para Churchill, las relaciones con «ese anglófobo obstinado, ambicioso y detestable» se habían convertido en un asunto que podía obligarlo a presentar su dimisión. «Si la política seguida por el gobierno hasta el momento es atacada, lo contaré todo en el Parlamento. Puede que dé lugar a la formación de un nuevo gobierno, pues tengo la intención de contarle todo y el Parlamento puede destituirme si lo desea.»

Sin embargo, De Gaulle conseguiría muchas más cosas por medios encubiertos. Los oficiales que había dejado en Francia a modo de «Caballo de Troya», junto con otros que ya se habían reunido allí, convirtieron Bayeux en la capital de la Francia Libre. 40 Los oficiales aliados no tardarían en descubrir que era más práctico colaborar con ellos e ignorar discretamente las instrucciones atrasadas que les mandaban los políticos de Londres.

Mientras que Bayeux era una ciudad de paz y de abundancia, Caen, la capital del Calvados, seguía sufriendo ignominiosamente como consecuencia de los bombardeos. La mañana del 9 de junio, un punto de referencia muy querido, el campanario de Saint-Pierre, fue abatido por una bomba del buque Rodney, de la Marina de Su Majestad. Le panorama est tout changé, escribía con tristeza un habitante de la ciudad. 41 Los edificios fueron incendiados en el curso de otras incursiones aéreas, y la impresión que producía la lluvia bajo el cielo azul era en realidad la de plomo fundido cayendo de los tejados.

Los cirujanos y los médicos del Bon Sauveur estaban agotados de tanto trabajar. La llegada de heridos en ambulancia, en camilla, o, en una ocasión, en la trasera de un tanque alemán, era anunciada mediante silbatos. Como si de un hospital de campaña se tratara, había un médico encargado de realizar una primera selección inmediata y de decidir quién debía ser operado primero. La tensión que sufrían los cirujanos era enorme. Uno decía: «Sencillamente no puedo ver más

sangre». Otro murmuraba: «Estoy agotado. Creo que si me trajeran otro herido, no podría operarlo». No sabían ni qué día de la semana era.

Durante los primeros días, habían llevado al hospital desde Troarn a tres paracaidistas canadienses malheridos. Uno de ellos, un teniente, empezó a gritar cuando se dio cuenta de que el cirujano pretendía amputarle el brazo derecho. Se mandó llamar a un traductor, y el teniente explicó que era pintor. El cirujano accedió a hacer todo lo posible por salvar el brazo. El hombre estuvo a punto de morir durante la operación, pero se salvó gracias a una enfermera que se ofreció voluntaria para que le hicieran una transfusión de sangre.

Otro suceso que estremeció a todo el mundo en el Bon Sauveur se produjo cuando fue ingresado el propietario de un café con una herida de bala en un muslo. Trascendió que, estando borracho, había disparado a varios soldados de la Hitlerjugend que estaban saqueando su local, acción por lo demás bastante habitual. Mientras era operado por un cirujano, apareció un oficial de la SS armado con una metralleta. El militar empezó a golpear al paciente mientras estaba en la mesa de operaciones, preguntándole si había abierto fuego contra los soldados. El propietario del café no podía hablar y no respondió. El oficial de la SS lanzó una ráfaga de su metralleta contra su pecho y lo mató allí mismo, delante de todo el personal médico. 43

Los cálculos del número de individuos que buscaron refugio en el Bon Sauveur y en la Abbaye aux Hommes son muy variados, y van desde los tres mil a los quince mil. La iglesia Saint-Étienne estaba también atestada de refugiados, que dormían sobre paja como «en la Edad Media». 44 Se abrieron antiguos pozos, que eran el único suministro de agua disponible. Los hombres y mujeres jóvenes hacían las veces de forrajeadores, y salían a buscar comida en las despensas de las casas en ruinas o internándose en las zonas rurales, evitando las patrullas alemanas. Los animales muertos por la explosión de bombas y obuses eran despiezados para aprovechar su carne. Los productos lácteos eran fáciles de conseguir, pues los granjeros no podían mandar nada al mercado. En el principal refugio de la ciudad, al sureste del Orne, el convento de las Hermanitas de los Pobres, las quinientas personas acogidas casi sentían deseos de quejarse por la cantidad de mantequilla que contenía el pan. (En París, mientras tanto, la mantequilla alcanzaba precios astronómicos en el mercado negro.) Fuera de esos refugios, Caen era una especie de siniestro depósito de cadáveres. Las ratas engordaban con los cuerpos enterrados entre las ruinas y los perros abandonados devoraban las piernas o los brazos que sobresalían entre los escombros.

En París, las autoridades de Vichy hicieron un esfuerzo por socorrer a Caen. Dos camiones cargados con alimentos y mantas y una cocina de campaña fueron enviados por el Secours National, bajo la dirección de monsieur Gouineau. 45 El viaje fue muy azaroso. En Lisieux, los soldados alemanes estaban obsesionados con los «terroristas» de la Resistencia. Pegaron un tiro a un gendarme en la calle simplemente porque llevaba al cinto su pistola reglamentaria. Monsieur Gouineau, sabiendo que todos los bancos de Caen habían sido destruidos, tenía autorización para sacar cien millones de francos en Lisieux. No tuvo tiempo de contar el dinero, así que firmó el recibo a ciegas y prosiguió el viaje hacia Caen. Cuando aparecían en el cielo los cazas aliados ondeaban frenéticamente una bandera blanca y los aviones se alejaban.

Una vez entregados los víveres y el dinero, el viaje de vuelta resultó todavía más complicado. Consiguieron un salvoconducto de la Kom-mandantur del ejército alemán en Caen, pero les avisaron de que la SS no respetaba ese tipo de documentos. Y pasado Lisieux, una patrulla alemana abrió fuego contra el convoy pensando que los camiones pertenecían a la Resistencia. Monsieur Gouineau y varios otros individuos resultaron heridos. No obstante, se inició un envío de provisiones y en total fueron entregadas doscientas cincuenta toneladas de víveres.

Para los franceses que quedaron detrás de las líneas aliadas, la vida fue al menos un poco más fácil. En Lion-sur-Mer, un lugareño escribía: «Desde que han llegado, los ingleses vacían sus bolsillos de chocolate, caramelos y cigarrillos, que reparten a diestro y siniestro». 46 Pero no había electricidad ni agua, excepto la de los pozos, y para comer, la gente tenía que abastecerse con los productos de sus pequeños huertos. Corrían todo tipo de rumores disparatados. Algunos creían que los tanques flotantes habían cruzado el canal solos, y otros estaban convencidos de que lo habían hecho por el fondo del mar, como si fueran submarinos provistos de oruga. A menudo las golosinas y los cigarrillos no eran regalados, sino cambiados por leche, huevos o carne de las reses muertas a consecuencia de las bombas. Rápidamente se impuso un sistema no oficial de trueque -«le troc»-, según el cual dos huevos equivalían a una lata de carne en conserva.

Los cambalaches se extendieron con una rapidez pasmosa a otro tipo de productos. Un cirujano del 2.º Puesto de Socorro de Campaña anotó que el 7 de junio, «un alto oficial de la Policía Militar llegó en un jeep cargado de consuelos terapéuticos: chocolate del ejército, golosinas y cigarrillos para los heridos. A primera hora de la mañana la policía había entrado en un burdel instalado la misma tarde del Día D en plena playa por tres mujeres aprovechando una lancha de desembarco varada, y había confiscado el dinero del negocio». Los marineros británicos, a menudo borrachos, pero ansiosos por conseguir más alcohol, se ponían francamente pesados recorriendo la costa de casa en casa.

Uno de los primeros aeródromos provisionales contruidos por los británicos con pistas de tela metálica fue el B25, a las afueras de Le-Fresne-Camilly. Los adolescentes, fascinados por todo tipo de quincalla militar, se congregaban para mirar y hacer amistad con los aviadores y los soldados. El 15 de junio, llegó una escuadrilla de aviones Typhoon para preparar un ataque contra el cuartel general de una unidad acorazada alemana, situado en un castillo cerca de Villers-Bocage. Cuando los pilotos aterrizaron, encontraron que el aeródromo estaba siendo bombardeado y tuvieron que meterse rápidamente en las trincheras. Los tripulantes de los Typhoons sabían cuánto los odiaban los alemanes, de modo que muchos de ellos llevaban un mono caqui para no ser linchados en caso de ser abatidos. Teniendo en cuenta la actitud de superioridad mostrada por los pilotos de la RAF hacia «los marrones», como llamaban a los soldados del ejército, resulta bastante irónico que copiaran su uniforme.

Los oficiales médicos hacían cuanto podían por los civiles que resultaban heridos. En un pueblo cerca de la estación de radar fortificada alemana de La Délivrande, explotó una bomba en el patio de la escuela. La hija del maestro, de dieciocho años, perdió el brazo a la altura del hombro. No había ningún médico a mano, pero «afortunadamente por la mañana los ingleses ocupan el pueblo y su primera preocupación es atender a los franceses heridos». 49 El médico del batallón y sus dos asistentes se ocuparon de ella. La chica fue evacuada primeramente a un centro de selección de heridos en Hermanville y luego fue trasladada al otro lado del canal, para ser hospitalizada en Northwood, donde también fueron acogidos otros civiles franceses heridos.

Los temores que abrigaba Dempsey de que el frente se estancara resultaron exactos. Tras tomar Cambes, los Royal Ulster Rifles permanecieron en la localidad más de un mes. El teniente Cyril Rand, al mando de una unidad, describe la situación como un juego de «sillas musicales» en el que los bombardeos y las trincheras sustituyeran la música y las sillas. Su capellán, el padre John O'Brien, solía visitar las posiciones adelantadas con un poco de ron escamoteado al oficial de intendencia para echar una partida de póquer con los soldados en sus trincheras. O'Brien no paraba de atender a vivos y muertos. En uno de los breves servicios fúnebres realizados ante una tumba abierta, un oficial recién llegado casi se desmayó y cayendo de rodillas empezó a deslizarse hacia el

interior de la fosa. El capellán lo agarró del uniforme y le dijo:

- No hay por qué tener tanta prisa. Todo a su tiempo.

El humor negro era prácticamente la única diversión que tenían a mano. Los Ulster Rifles llevaban consigo a un oficial de observación avanzada perteneciente a la Artillería Real. Sentía una especie de placer morboso en lanzar un par de bombas contra la posición alemana cada vez que veía a un soldado enemigo entrar en la letrina. Los Ulsters, que llevaban el uniforme totalmente embarrado, ansiaban tener la oportunidad de lavarse. Un día que estaba de retén, el teniente Rand se escabulló con la intención de tomar un baño improvisado en una casa abandonada. Se puso además una buena cantidad de agua de colonia de un frasco que encontró por allí. A su regreso, halló al general de brigada acompañado por el segundo al mando del batallón, que estaban pasando revista. El general continuó andando, aparentemente satisfecho, pero de pronto se volvió y echó una mirada extraña a Rand. El sargento de la unidad de éste murmuró a su oído: -Creo que lo ha notado, señor. - ¿Que ha notado qué? -Su olor, señor. Huele usted a casa de putas. 50. La comida, cocinada habitualmente en una lata de galletas llena de tierra empapada en petróleo, era también sumamente monótona. Las raciones llegaban en paquetes para quince días y constaban de galleta dura, margarina, mermelada, surtido de verduras, pudding de carne y riñones, latas de M & V (Meat and Vegetables, «carne y verduras»), pudding de ciruelas, papel higiénico, sopa, golosinas, cigarrillos (siete por persona al día), cerillas, y té instantáneo mezclado con leche en polvo y azúcar para ser preparado al momento. Había además bloques de harina de avena que se echaban en agua para hacer gachas para el desayuno, como única alternativa a las latas de tocino saladísimo y pegajoso y a los huevos en polvo. No es de extrañar que el cambalache de cualquier cosa por productos frescos se convirtiera en una obsesión.

La guerra de trincheras y la posibilidad totalmente arbitraria de encontrar la muerte que llevaba aparejada, dieron lugar a numerosas supersticiones. Casi no había nadie que se atreviera a tentar a la suerte diciendo que «cuando regresara a casa» iba a hacer esto o aquello. Para todos, excepto para los más entregados, la esperanza de que le «tocara una Blighty» -una herida que exigiera la evacuación a Gran Bretaña, pero no supusiera ninguna incapacitación- equivalía a soñar con que le cayera a uno la lotería. Una medalla estaba muy bien, pero todos preferían que fuera otro el que hiciera el papel de héroe, «ganando la guerra él solito». Los hombres deseaban simplemente volver a casa vivos.

En casi todas las unidades de infantería de la mayoría de los ejércitos de reclutas no había prácticamente más que un puñado de hombres dispuestos a asumir riesgos y lanzarse al ataque. En el otro extremo de la escala, solía haber un número parecido de individuos que hacían todo lo posible para evitar el peligro. La mayoría estaba entre uno y otro extremo, y simplemente seguía a los valientes, aunque, al tener que enfrentarse a un desastre repentino, podía también salir corriendo con los cobardes. El primer estudio del comportamiento de los hombres en el fragor de la batalla se llevó a cabo en Sicilia en 1943. Montgomery, horrorizado, rompió el informe temiendo el efecto que pudiera tener sobre la moral, y la carrera del oficial que lo escribió se vio perjudicada. Más tarde aparecieron nuevas evidencias que venían a respaldar sus tesis.^[26] Incluso en el Ejército Rojo, los oficiales estaban seguros de que seis de cada diez soldados no disparaban nunca sus fusiles durante la batalla. Esta constatación indujo a un alto mando a proponer que se inspeccionaran las armas después de los combates y que todo aquel que tuviera el cañón de su fusil limpio fuera tratado como desertor. 51

Este perfil de las unidades probablemente se viera reflejado también en las divisiones de infantería alemanas por debajo de la media, pero casi con toda seguridad no en la élite de las

unidades de granaderos acorazados y de paracaidistas, o en la Waffen-SS, cuyos integrantes estaban muy bien adoctrinados. Estaban todos ellos convencidos de que el dominio de Alemania era justo y de la «victoria final». Su obligación era salvar a la patria de la aniquilación. Dificilmente podría estar más clara la diferencia entre los soldados de una democracia y los de una dictadura. No obstante, la moral del soldado alemán en Normandía era muy vulnerable. El Ministerio de Propaganda y sus propios oficiales habían hecho demasiadas promesas. Muchos habían visto la invasión como una oportunidad de saldar cuentas con los aliados por los bombardeos sufridos y en su aplastamiento la posibilidad de poner fin a la guerra.

«Todo el mundo está ahora pendiente del curso que siga ulteriormente la invasión», escribía el 6 de junio un Untersturmführer de la 9. a División Acorazada de la SS Hohenstaufen. «Cuando esta tarde escuché el primer parte por la radio, sinceramente me alegré mucho, pues gracias a esta medida parece que vamos a acelerar considerablemente el final de la guerra.» La división de la SS Hohenstaufen formaba parte del II Cuerpo Acorazado de la SS, y estaba a punto de abandonar el frente oriental y ser trasladada a Normandía para contraatacar a los británicos. Cuatro días después, cuando quedó patente que los aliados se hallaban sanos y salvos en tierra, el mismo Untersturmführer escribiría: «Si el rechazo de la invasión no se produce con tanta rapidez como hoy se piensan muchos, cabe todavía tener cierta esperanza, pues se están haciendo cosas. Y todavía tenemos guardadas las acciones de represalia».

Cada vez que una afirmación del Ministerio de Propaganda resultaba falsa, era sustituida inmediatamente por otra. El Muro Atlántico era inexpugnable. Los aliados no se atreverían nunca a llevar a cabo una invasión. La Luftwaffe y los submarinos iban a aplastar la flota invasora. Un contraataque masivo arrojaría de nuevo a los aliados al mar. Las armas secretas de represalia obligarían a Gran Bretaña a hincarse de rodillas pidiendo la paz. Nuevos cazas a reacción barrerían de los cielos a la aviación aliada. Cuanto más desesperada era la situación, más descaradas eran las mentiras. Los incesantes embustes de Goebbels servían como una especie de anfetamina moral para los soldados destinados al frente, pero cuando su efecto cesaba, los hombres quedaban verdaderamente agotados. Sobre todo entre los soldados de la SS, la fe se convirtió casi en una adicción. Pero serían muchos más los oficiales y los soldados alemanes corrientes y molientes para los que Normandía sería la culminación de todas las dudas personales que pudieran haber abrigado acerca del resultado de la guerra.

14. Los americanos en la península de Cotentin

Al igual que los británicos a lo largo de los últimos siete días, el 1.º Ejército de los Estados Unidos también había temido que se produjera una gran contraofensiva desde el sur. Los servicios de inteligencia aliados no habían sabido valorar el éxito de sus fuerzas aéreas y de la Resistencia en su misión de retrasar la llegada de contingentes de refuerzo alemanes. Tampoco supieron prever que el alto mando nazi lanzaría la gran mayoría de sus divisiones acorazadas contra el 2.º Ejército británico.

Antes de iniciar su ofensiva en Villers-Bocage, la 1.ª División americana, mientras establecía un profundo saliente alrededor de Caumont-l'Éventé, había temido la posibilidad de que los nazis atacaran por el flanco oriental. Fue cuando la 50.ª División británica se enfrentó a la Lehr alemana en las inmediaciones de Tilly-sur-Seulles. El general Huebner, comandante en jefe de la 1.ª División, protestó cuando Bradley desvió los tanques que le daban apoyo para contrarrestar el ataque lanzado por la 17.ª División de la SS en Carentan. Pero Bradley le había asegurado que Montgomery enviaría a la 7.ª División Acorazada a su sector.

La 2.ª División, que se encontraba más al este, y la 29.ª División de Infantería que ya formaba parte del frente que avanzaba por el sur hacia Saint-Ló, ignoraban por completo la debilidad de las fuerzas alemanas que iban a encontrar a su paso. Cuando fueron conscientes de ello, la 275.ª División de Infantería y la 3.ª División Paracaidista de los nazis habían comenzado a llegar procedentes de Bretaña. El objetivo americano de tomar Saint-Ló no se materializaría hasta después de un mes de duros combates en los setos del bocage.

Más al oeste, el 6.º Regimiento Paracaidista de Heydte y la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen habían establecido una línea defensiva a ambos lados de la carretera que unía Carentan con Périers. Pero el ataque que temían los alemanes en esa zona nunca llegó a producirse. Los aliados tenían otra prioridad mucho más decisiva: la conquista del puerto de Cherburgo para acelerar la llegada de suministros.

La concentración de fuerzas ya procedía a buen ritmo. En lo que cabría calificar de triunfo de la organización y el trabajo de los americanos, la playa Omaha presentaba un aspecto totalmente distinto. «Al cabo de una semana del Día D», escribió un oficial de la Marina, «la playa parecía Coney Island en un domingo caluroso. Había miles de hombres dedicados a sus tareas, desde seabees^[27] amp; ingenieros del ejército, hasta peones franceses. Bulldozers grandes y pequeños se dedicaban a ensanchar carreteras, a nivelar el terreno y a retirar los escombros». Antes de finales de junio, el mando de la playa Omaha disponía de unas fuerzas superiores a los veinte mil hombres, entre oficiales y soldados, en su mayoría integrados en la 5.ª y la 6.ª Brigada Especial de Ingenieros. 1 Los vehículos anfibios DUKW iban y venían surcando las aguas del mar con suministros y personal. Después de que la playa quedara fuera del alcance de la artillería alemana, los LST habían podido comenzar a desembarcar más vehículos incluso con la marea baja. Al abrirse sus puertas de proa y bajar las rampas, estas curiosas embarcaciones grises parecían verdaderos tiburones ballena. «Los jeeps transportando a oficiales del estado mayor eran una imagen tan habitual como la de los taxis amarillos en el centro de Nueva York», escribiría ese mismo oficial de la Marina. Y «en cualquier rincón podía verse a un grupo de prisioneros alemanes a la espera de ser trasladados por los LST». 2

Un sargento de la 6.ª Brigada Especial de Ingenieros contaría que en cierta ocasión en la playa,

cuando unos prisioneros eran escoltados a la cárcel militar, un grupo de paracaidistas de la 101.ª Aerotransportada comenzó a gritar: «¡Dadnos esos prisioneros! ¡Entregádnoslos! ¡Sabemos qué hacer con ellos!». Un miembro de una de las unidades de combate y demolición de la Armada presencié este mismo incidente, u otro muy similar: «Aquellos paracaidistas heridos hacían todo lo que podían por acercarse hasta los prisioneros alemanes. Supongo que sufrieron muchas penalidades, o algo parecido, en la retaguardia. Por malheridos que estuvieran, estaban dispuestos a seguir peleando, de haber podido echar mano a aquellos alemanes». 4

Lamentablemente, los heridos de las fuerzas aerotransportadas americanas fueron evacuados en los mismos barcos que los prisioneros. Un oficial del LST 134 contó lo siguiente: «Se produjo un incidente a bordo en el lugar en el que había un grupo de paracaidistas y de prisioneros. No sé exactamente qué ocurrió, pero creo que murieron uno o dos alemanes». 5 En el LST 44 un ayudante de farmacia fue testigo de un enfrentamiento parecido. «Uno de los oficiales de nuestra nave empezó a congregarse a los prisioneros en la misma zona en la que yo atendía a unos soldados americanos que habían sido heridos y sufrían crisis nerviosas. La reacción inmediata de nuestros hombres fue de temor y de rabia. La situación era explosiva. Por primera, y única vez, prohibí el acceso a la zona y exigí a nuestro oficial que dejara de enviar prisioneros a aquel lugar. Nuestro teniente parecía sorprendido y muy enfadado, pero accedió a regañadientes.» 6

Los LST contaban con un equipamiento especial para el traslado de los heridos a los hospitales de base de Inglaterra. «Había camillas colocadas en soportes sobre los mamparos de la cubierta de los tanques», comentaba este mismo ayudante de farmacia, «y formaban varios pisos». El estado que presentaban algunos de los prisioneros de guerra heridos era realmente espantoso. «Un prisionero alemán que fue subido a bordo en camilla tenía el cuerpo enyesado desde los tobillos hasta el pecho. Nos suplicaba ayuda al médico del barco y a mí. Nos llamaba, "camarada, cantarada". Con mi asistencia, el médico de nuestro barco rompió el yeso, y lo que vio fue que aquel conmovedor ser humano estaba siendo devorado por una multitud de gusanos. Le sacamos el yeso, lo limpiamos, lo lavamos y le dimos analgésicos. Pero ya era demasiado tarde. Murió en paz aquella noche.»

Tanto en Utah como en Omaha, los soldados y marineros de la retaguardia iban igual de desesperados que los de primera línea de combate por hacerse con algún trofeo de guerra. Según un oficial guardacostas del navío estadounidense Bayfield, los cazadores de trofeos se dedicaban con pasión a intercambiar medallas, insignias y galones de los alemanes. Muchos prisioneros de guerra, temerosos de ser ejecutados como les habían advertido sus comandantes, entregaban lo que se les pedía sin apenas rechistar. En tierra, en el interior del país, el trofeo máspreciado eran las pistolas Luger. Si alguien quería una Luger, comentó un oficial, debía «disparar él mismo a un alemán y atraparlo antes de que cayera». En la zona de la playa los marineros solían pagar por una de esas armas ciento treinta y cinco dólares, e incluso podían llegar a ofrecer doscientos cincuenta, cantidad de dinero muy considerable por aquel entonces. Un avisado sargento de la 2.ª División Acorazada se trajo a la playa un furgón lleno de armas capturadas que cambió por cien libras de café instantáneo, producto que para las tropas acorazadas americanas era como combustible para poner el cuerpo en funcionamiento. 8

Como reconocería el oficial al mando en Omaha, en el sector de la playa «prevaleció una considerable laxitud de disciplina». 9 El general de brigada William Hoge, al frente del grupo de ingenieros en la playa, hizo todo lo posible por impedir el saqueo de la propiedad privada de los habitantes de la zona, que, según declaró en una conferencia, «había sido denunciado por los franceses, catalogándolo de peor incluso que el perpetrado por los alemanes». Muchos soldados y numeroso personal de la playa se dedicaban a robar cabezas de ganado y otros animales para variar

su dieta, basada en raciones K o R. Unos buzos de una de las unidades de combate y demolición de la Armada se hicieron con un cerdo al que bautizaron con el nombre de Hermann Goering. Intentaron matarlo con un gran martillo, pero el animal no paraba de gritar, por lo que optaron por pegarle un tiro. Cavaron un foso en la arena, y en él asaron el cerdo. 10 Los franceses también se dedicaron al pillaje, aunque en su caso, paradójicamente, fue de raciones de comida del ejército americano. Sin embargo, no debemos extrañarnos por ello, pues la ración que tenía asignada la población civil era de 720 gramos de carne, 100 gramos de mantequilla y 50 gramos de queso al mes por persona.

Pese a los actos de saqueo y pillaje, las relaciones con la población local comenzaron a ser un poco más distendidas. «La actitud [de los franceses] es de permanecer vigilantes y prudentes, a la expectativa», decía un informe. 11 Muchos franceses seguían temiendo que los alemanes consiguieran volver, aunque pocos fueron los que sufrieron tanto como los habitantes de Villers-Bocage. El departamento de asuntos civiles abasteció de gasolina a los médicos, y el cuerpo sanitario americano hizo todo lo que pudo por la población local, especialmente después de que el hospital de Isigny fuera incapaz de absorber a tantísimos heridos.

A los oficiales de asuntos civiles nunca les faltó trabajo. Los campesinos de la zona necesitaban permisos especiales para poder desplazarse hasta Bayeux y conseguir suministros veterinarios. También solicitaban la reconstrucción de los cercados, pues los bulldozers los rompían al abrir nuevas carreteras militares a través de sus fincas, permitiendo así que se escapara su ganado. El alcalde de Saint-Laurent protestó porque las letrinas de los americanos contaminaban el suministro de agua de la ciudad. Los oficiales de asuntos civiles también se vieron en la necesidad de reclutar mano de obra local. A los americanos les sorprendió enormemente el horario laboral de los franceses, que iba de las siete de la mañana a las siete de la tarde, pero con un intervalo de una hora para almorzar y dos pausas de diez minutos, a las nueve y a las cuatro, para tomar uno o dos vasos de vino. (Más tarde surgirían problemas en el sector oriental, cuando se difundió la noticia de que los americanos pagaban mucho mejor que los británicos, que andaban muy escasos de dinero.) El llamado coronel Billion («Billón»), cuyo nombre ya lo dice todo, fue el encargado de requisar alojamientos, y tuvo que negociar con la condesa de Loy cuando fue ocupada una parte del castillo de Vierville como residencia de altos oficiales.

Los propios franceses fomentaron el profundo temor que sentían los americanos de que hubiera entre la población local numerosos colaboracionistas de los alemanes. «El alcalde de Colleville informó [al destacamento del Cuerpo de Contraespionaje en Omaha] de la presencia de mujeres sospechosas en esa ciudad y de la posibilidad de que mantengan contactos con alemanes que han quedado en la zona.» Correrían numerosas historias sobre mujeres francesas que actuaban como francotiradoras.

Debido principalmente a los ataques aéreos nocturnos de los alemanes, los nervios seguirían estando a flor de piel, incluso después de que la cabeza de playa en la península de Cotentin se extendiera hasta el punto en que Omaha quedaba fuera del alcance de la artillería enemiga. Los marineros estadounidenses y demás personal en la playa se referían a la Luftwaffe como «las sabandijas de Hermann», en honor al comandante en jefe de las fuerzas aéreas alemanas. Pero la respuesta desordenada y excesivamente entusiasta de «literalmente miles» de artilleros de las baterías antiaéreas de los barcos anclados frente a la costa provocaron un sinfín de problemas cuando llegó la aviación aliada para frenar el ataque del enemigo. Un informe cuenta que a última hora de la tarde del 9 de junio, cuando aún había luz, los barcos fondeados frente a la playa Utah derribaron cuatro Mustangs, dispararon contra cuatro Spitfires, luego cargaron contra otra escuadrilla de Spitfires, derribando uno, causaron graves daños en dos Typhoons y pusieron en peligro otros dos

Spitfires, todo ello en apenas dos horas. Se demostraría que la responsabilidad de los navios de guerra estadounidenses en estas acciones equivocadas fue mucho mayor que la de los barcos mercantes; unos y otros contaban con un total de ochocientos hombres adiestrados para la observación aérea.

El mariscal del Aire Leigh-Mallory escribiría que, a pesar de todas las medidas preventivas que han sido tomadas, y «a pesar de la indiscutible supremacía aérea, se han producido casos flagrantes de ataques navales contra aviones amigos. Si esto continúa, las escuadrillas de cazas se verán obligadas a volar tan alto que no podrán ofrecer protección alguna frente al ataque de los aparatos aéreos enemigos que vuelen bajo... Los rumores de que la aviación enemiga copia nuestros colores carecen totalmente de fundamento».[²⁸] Los buques de guerra estadounidenses contaban con un «oficial especializado en la identificación de aparatos aéreos» a bordo, «pero aparentemente estos hombres sólo conocían bien los distintos tipos de aviones americanos». 14 A la noche siguiente las cosas no fueron mucho mejor. Las baterías antiaéreas de los barcos abrieron un fuego tan intenso ante la incursión de unos cuantos aviones de la Luftwaffe, que seis cazas aliados que acudieron para detenerlos fueron derribados. Más tarde, uno de los pilotos se pasaría cuatro horas seguidas maldiciéndolas.

El 9 de junio el general Bradley comunicó al general de división J. Lawton Collins, comandante en jefe del VI Cuerpo, que se dispusiera a lanzar un ataque a través de la península de Cotentin para preparar el avance hacia Cherburgo. Dos días más tarde, Bradley tuvo que cancelar una entrevista con Montgomery. Había oído que el general George C. Marshall, Eisenhower y el almirante King iban a hacerle una visita a la mañana siguiente. Los tres hombres desembarcaron en Omaha a primera hora del 12 de junio, cuando parte del puerto artificial ya estaba en pleno funcionamiento.

Bradley los acompañó a visitar Isigny. Se desplazaron en coches oficiales escoltados por vehículos blindados y, una vez en la ciudad, pudieron comprobar in situ los efectos de la artillería naval. Preocupado por una concentración tan extraordinaria de altos oficiales, más tarde Bradley comentó que «un francotirador enemigo habría podido alcanzar allí la inmortalidad como héroe del Reich». 15 Tras observar cómo los grandes cañones del navio americano Texas disparaban sus bombas hacia el sur de Carentan contra la 17.ª División de la SS, el grupo tomó para almorzar raciones C en una tienda instalada en el cuartel general del I.º Ejército. En ella Bradley informó a sus visitantes sobre la operación iniciada por el VII Cuerpo de Collins para la conquista de Cherburgo.

El general de división Collins tenía sólo cuarenta y ocho años. Ágil y enérgico, recibía el apodo de «Lightning Joe», y había demostrado su valía en la conquista de Guadalcanal, en el Pacífico. Bradley confiaba plenamente en él, y él en Bradley.

El primer intento de extender la cabeza de puente del Merderet llevado a cabo por la 90.ª División había acabado en desastre, como ya hemos comentado. Uno de los soldados reconoció que los hombres de la división pecaban de timidez. Antes de hacer cualquier cosa, como, por ejemplo, localizar a un observador alemán y disparar contra él, siempre querían consultarlo con un superior. La 90.ª también aprendió de la peor manera posible lo peligroso que era quedarse con objetos hallados en los cadáveres del enemigo. Un soldado de otra división encontró el cuerpo de un teniente segundo de la 90.ª, con las manos atadas a la espalda, una pistola P-38 alemana metida en la boca hasta la garganta y la nuca destrozada por un disparo. El muerto llevaba todavía en el cinturón una pistolera de piel alemana. «Cuando vi aquello», comentó el soldado, «me dije a mí mismo que no quería trofeo alguno. Pero, por supuesto, nosotros actuábamos igual cuando los cogíamos con

cigarrillos americanos o con un reloj de pulsera americano en la muñeca». 16

Cuando Collins se dio cuenta de que la conducta de la 90. a División en los combates no iba a mejorar, lanzó a la 9. a , recién incorporada, para forzar el avance a través de la península de Cotentin conjuntamente con la 82. a Aerotransportada. Atacaron el 14 de junio. Con el apoyo de los carros blindados Sherman y los destructores de tanques, la 9. a División deshizo la línea defensiva de lo que quedaba de la 91 Luftlande-Division y llegó al pequeño centro balneario de Barneville al cabo de cuatro días.

Hitler había dado órdenes estrictas de que el mayor número posible de efectivos presentes en la península combatiera en retirada hacia Cherburgo. El comandante en jefe de la 77 Jäger-Division, sin embargo, decidió desobedecer el mandato. A su juicio, carecía de sentido permanecer junto a unas fuerzas que, ahora a las órdenes del general Von Schlieben, se veían irremediablemente atrapadas por los aliados. Consiguió escapar de aquella encerrona con parte de sus efectivos poco antes de que la 9. a División estadounidense llegara a Barneville. La 91 Luftlande-Division también se retiró al sur, tras haber perdido la mayor parte de su equipamiento y casi tres mil hombres desde el comienzo de la invasión el 6 de junio.

«Me mandaron al convoy de provisiones para que ayudara en las labores de abastecimiento, pues en pocos días lo habíamos perdido todo», escribió un cabo primero de la 91 Luftlande-Division. «Sólo nos quedaba la ropa que llevábamos puesta. Lo peor siguen siendo los aviones, de modo que todo debe hacerse por la noche. Esos bastardos acribillan a balazos a nuestros hombres con sus ametralladoras; deberíamos poder contar con la artillería antiaérea y la aviación, pero no se ven por ninguna parte. Como es fácil imaginar, esto acaba con la moral de cualquiera. Ahora nos dicen que en los próximos días se llevará a cabo una gran ofensiva aérea con un número ingente de aviones.»

El flanco sur del corredor americano fue responsabilidad de la 82. a Aerotransportada y la desventurada 90. a División. Para el control de este sector, Bradley contó con el general Troy H. Middleton, uno de los jefes militares más prestigiosos a su disposición, al frente del VIII Cuerpo. Se cuenta que Middleton, que se había hecho un nombre en Italia, tenía la apariencia de «un fornido profesor con sus gafas metálicas». 19

El 18 de junio, el adversario de Middleton, el LXXXIV Cuerpo, recibió por fin a su nuevo comandante en jefe. El teniente general Dietrich von Choltitz tal vez fuera «un gordinflón con aspecto de comediante de cabaret», pero se había formado en la despiadada escuela del frente oriental, especialmente en los combates por la conquista de Sebastopol. Llegó a su nuevo destino procedente del cuartel general del 7.º Ejército en Le Mans, donde el Generaloberst Dollmann lo había puesto al corriente de la situación. Choltitz apenas se inmutó. «El comandante en jefe daba la impresión de estar agotado, casi ausente», escribiría al final de la guerra. 21 Bayerlein, de la Panzer-Lehr-Division, fue mucho más allá. Lo tachó de «nulidad» y dijo que «había llevado una vida de lujo y se había hecho blando». 22

Choltitz también encontró muy desmoralizado al Estado Mayor del LXXXIV Cuerpo. Tras el fracaso de la primera contraofensiva con carros blindados al oeste de Caen, su predecesor, el general Marcks, había manifestado abiertamente que «la guerra estaba perdida», opinión que estaba considerada una traición en toda regla. El número de bajas entre los comandantes de las divisiones también tuvo sus consecuencias. Además de Falley, de la 91 Luftlande-Division, y del propio Marcks, el general Helmlich había caído el 10 de junio, y Ostendorff, de la 17. a División de la SS, resultó gravemente herido el 16 de junio. Para complicar aún más las cosas, Choltitz se encontró con que, a raíz del avance americano por la península, su única manera de contactar con el general Von

Schlieben era a través de las Islas Anglonormandas y Cherburgo.

En cuanto la península quedó aislada, Collins quiso intentar que los alemanes no tuvieran tiempo de organizarse. Para ello, el general Mantón Eddy, al frente de la 9.ª División, tuvo que redirigir los pasos de toda su formación en apenas veinticuatro horas para hacerla avanzar hacia el norte por la costa occidental. En el centro, Collins colocó a la 79.ª División de Infantería, mientras que la 4.ª, que seguía librando duros combates en los alrededores de Montebourg y Valognes, sería la encargada de despejar el sector oriental y de atacar Cherburgo por el este. El comandante en jefe de esta última, el general Raymond O. Barton, tal vez careciera de la rimbombancia de algunos de sus colegas, pero había causado una gran impresión a Liddell-Hart, que lo describiría como un hombre cuya «amplitud de miras [resultaba] refrescante».

La 4.ª División de Barton avanzó a pesar de la concentración de fuerzas que la acosaba. La combinación de bombardeos por parte de la artillería naval y las baterías en tierra había causado daños importantísimos en las defensas alemanas situadas en los alrededores de Montebourg y Valognes, así como en estas dos localidades. La confianza depositada por Montgomery en la artillería quedaría patente en un comentario macabro que este general británico escribió a de Guingand: «Montebourg y Valognes han sido "liberadas" al más puro estilo del XXI Grupo de Ejército, esto es, ¡ ¡ ¡han sido arrasadas!!!».

Las tres divisiones que avanzaron hacia Cherburgo también tuvieron la ventaja de poder contar con su propio grupo de apoyo aéreo, dispuesto a enviar cazabombarderos allí donde fuera necesario. En esta fase de la invasión, durante el tiempo en el que se estuvo probando esa nueva técnica de enlace, la mayor parte de las peticiones de ayuda tardaron al menos tres horas en ser atendidas. Sin embargo, hubo algunas excepciones. El 16 de junio, «un aeroplano Cub comunicó a la artillería de la división que una columna de soldados estaba cruzando un puente. La artillería hizo la llamada telefónica. El cuerpo se puso en contacto con una escuadrilla de cazabombarderos presente en la zona y la envió contra la columna. En quince minutos llegó el comunicado en el que se informaba de que la columna ya había sido atacada y dispersada. Llegaron informes de que prisioneros americanos que marchaban por la carretera escoltados por los alemanes lograron escapar en el curso del ataque lanzado por nuestros aviones». Estos primeros ejemplos de cooperación entre fuerzas aéreas y terrestres fueron un punto de partida importantísimo de lo que más tarde sería una combinación realmente devastadora y efectiva durante el resto de la campaña. 26

Pero si bien el avance de Collins hacia Cherburgo iba viento en popa, los aliados serían víctima de un desastre imprevisible. El 19 de junio se desató en el canal de la Mancha la tormenta más violenta de los últimos cuarenta años, combinada con la marea viva. Los habitantes de la zona nunca habían visto nada similar. Los vientos de fuerza 10 que soplaban en la costa parecían capaces, según el dicho normando, «de arrancarle a una vaca los cuernos de cuajo». Las temperaturas descendieron a los niveles propios de un mes de noviembre frío. El puerto artificial Mulberry de Omaha quedó destruido. Un par de expertos dijeron que las brechas que se abrieron durante su construcción lo habían hecho vulnerable, pero se encontraba en la zona más expuesta de la costa. El que habían construido los británicos en Arromanches estaba parcialmente protegido por un arrecife y por las rocas, de modo que pudo ser reconstruido.

Las olas arrojaron las lanchas de desembarco hacia el interior de las playas, haciendo que chocaran unas con otras. Los transbordadores planos de tanques «Rhino» las abrían por los lados al impactar contra ellas. Hasta los buques de desembarco de carros blindados fueron lanzados contra la costa. «La única manera de evitar que nuestra lancha de desembarco chocara y se hiciera añicos»,

escribió un oficial de la Marina estadounidense, «fue andándola muy lejos de la playa, en aguas del canal, y esperar que pasara la tormenta». Para los barcos que se dirigían a Inglaterra la travesía fue inolvidable. «Tardamos casi cuatro días en recorrer, en medio de las aguas embravecidas, las ochenta millas marinas que había hasta Southampton», contó un oficial de un LST. «El mar estaba tan agitado que el capitán temió que el barco se partiera en dos; por ello ordenó que se tendieran las amarras de popa a proa y se ataran a los cabrestantes con el fin de proporcionar mayor firmeza a dos de las escotillas de cubierta. Aquel barco estaba tan encordado como el violín de un montañero.» 29

La tormenta no amainó hasta última hora de la tarde del jueves 22 de junio. La destrucción que assolaba las playas iba más allá de lo imaginable. Se habían perdido más barcos y material que durante la propia invasión. Pero los que habían participado en la preparación del Día D no podían dejar de recordar con gran alivio la decisión tomada el 5 de junio de proceder con el plan previsto. De haberse visto obligados a retrasarlo todo dos semanas, como se había pensado en un principio, la flota habría zarpado para adentrarse en una de las peores tormentas de la historia del canal. Eisenhower, tras comprobar los daños sufridos en las playas, encontró tiempo para escribir una nota al coronel Stagg. «Doy gracias a los dioses de la guerra de habernos puesto en marcha cuando lo hicimos.» 30

El tiempo que tardó en pasar la tormenta fue muy inferior al que necesitaron los aliados para recuperarse de sus consecuencias. Para volver a poner a flote uno de los LST arrojados a la playa por la furia de las olas era necesario que los bulldozers excavaran enormes trincheras a su alrededor con la esperanza de que la marea alta los devolviera al mar. Los americanos, que «nunca confiaron realmente en el Mulberry», despejaron la zona todo lo que pudieron, luego demostraron que eran capaces de llevar hasta tierra «muchas toneladas de peso con la ayuda de barcasas o con la ayuda de otras embarcaciones aprovechando la marea baja».[²⁹]

La tormenta retrasó enormemente la concentración de efectivos, dificultó aún más si cabe la repatriación de los heridos a Inglaterra y obligó a cancelar las operaciones aéreas. Esta ausencia en el cielo de cazabombarderos aliados permitió que los alemanes pudieran acelerar la llegada de refuerzos al frente de Normandía. Por las mismas razones, muchas divisiones aliadas, que ya habían embarcado rumbo a Francia o estaban preparadas para emprender la travesía, vieron cómo se retrasaba su llegada una semana, o incluso más. El efecto inmediato de la tormenta fue la escasez de suministros y pertrechos, especialmente de munición para la artillería. El general Bradley tuvo que enfrentarse a una difícil decisión, pero al final optó por dar prioridad y máximo apoyo al ataque de Collins contra Cherburgo. Sus otros dos cuerpos -el V Cuerpo, a las órdenes de Gerow, y el VIII Cuerpo, a las de Middleton, en el sureste y en el sur de la península respectivamente- recibirían sólo una pequeña cantidad de proyectiles de artillería, aunque Bradley era perfectamente consciente de que ello daría a los alemanes tiempo suficiente para preparar sus defensas al sur de los pantanos del Douve.

A pesar de la furia de la tormenta, Collins había instado a sus tres divisiones a rodear cuanto antes la punta de la península. El general Von Schlieben, consciente de que sus fragmentadas fuerzas no lograrían detener a los americanos en campo abierto, había iniciado la retirada a los fuertes que rodeaban la ciudad. Su propia división había asumido el mando de una gran variedad de unidades, como, por ejemplo, un batallón georgiano y un regimiento de caballería cosaco con cuatro escuadrones. En estado de embriaguez, el coronel ruso que los comandaba confesó que su deseo era obtener «una parte de botín». «Fue una guerra jaranera», comentaría sarcásticamente uno de los coroneles a las órdenes de Schlieben.

Aunque la resistencia que presentaron los alemanes durante el avance aliado hacia Cherburgo

consistió principalmente en una serie de acciones aisladas, esta etapa fue un período de prueba para la recién llegada 79.ª División que marchaba por el centro. «Los hombres estaban agotados», escribió el comandante de una unidad, «y cuanto más cansados estaban, más querían permanecer agrupados, sobre todo durante las marchas». El hecho de no saber mantener una distancia de

seguridad fue la causa de que durante los primeros días se produjera un gran número de bajas totalmente innecesarias. A veces se encontraban con soldados rezagados que afirmaban que su compañía había sido prácticamente barrida, pero nunca era cierto. Simplemente estaban desorientados tras una primera experiencia de combate entre los setos. Los comandantes de las unidades se sentían vulnerables cuando se veían obligados a ir en busca de hombres o pelotones que se habían extraviado. A unos ocho kilómetros al este de Cherburgo, la 79.ª División se encontró en medio de una línea avanzada, formada por una serie de reductos y nidos de ametralladora dispersos. «La compañía K [del 314.º de Infantería] perdió casi toda una sección, debido a la falta de experiencia y a cierta sensación de pánico, cuando los soldados se agruparon formando blancos perfectos para los artilleros alemanes». 34 Pero pronto descubrirían que si rodeaban un reducto y atacaban por atrás con su bazuca, los defensores se rendían rápidamente.

El 22 de junio los americanos lanzaron un gran ataque aéreo contra Cherburgo a última hora de la mañana. Las sirenas sonaron en las posiciones de las baterías antiaéreas manejadas por adolescentes alemanes del Reichsarbeitsdienst que habían sido reclutados para llevar a cabo proyectos de construcción y que todavía no podían ser considerados verdaderos soldados. Los jóvenes se dirigieron a toda prisa a sus baterías cuando comenzaron a llegar las primeras escuadrillas de caza-bombarderos. «Respondimos a sus disparos como locos», escribió uno de ellos. Luego comenzó a aproximarse desde el canal un zumbido sordo: eran las formaciones de bombarderos pesados americanos que aparecieron como destellos en el cielo soleado. «Cayó un verdadero infierno: estruendos, estallidos, destrucción, sacudidas, explosiones. Luego calma, polvo, cenizas y escombros. El cielo se puso gris, y un siniestro silencio reinó sobre nuestra batería.» Hubo impactos directos. Los cuerpos de los muchachos serían retirados más tarde en camiones.

A medida que iban acercándose a Cherburgo, los americanos empezaron a encontrar un mayor número de reductos y puestos fortificados improvisados, así como verdaderos fortines. Estas posiciones enemigas tuvieron que ser eliminadas una a una. El 315.º de Infantería del coronel Bernard B. MacMahon se encontró con lo que parecía una gran barrera defensiva en Les Ingoufs, bajo la responsabilidad de una guarnición de varios centenares de hombres. Un desertor polaco guió a MacMahon y a un grupo de reconocimiento hasta las proximidades del reducto. Parecía que los cañones habían sido destruidos, ya fuera por las bombas aéreas o por los propios alemanes. MacMahon ordenó que un camión provisto de altavoces que acababa de llegar se dirigiera al lugar en el que él se encontraba. A continuación mandó que se avanzara con la artillería y anunció en alemán por los altavoces que iban a lanzar el ataque de toda una división. A los alemanes se les daba diez minutos para rendirse, pero también se aseguraba que «los que no se rindan serán bombardeados hasta las últimas consecuencias». El coronel repitió una y otra vez el mensaje, «sintiéndose bastante estúpido porque parecía que sus palabras no surtían efecto». De repente oyó unas voces: «¡Ahí vienen!». Podía verse avanzar a un gran número de soldados alemanes, de los cuales algunos portaban banderas blancas mientras que los demás iban con los brazos en alto. Pero se trataba tan sólo de una parte de la guarnición. 36

Entre los rendidos había un grupo de cinco oficiales alemanes que se presentaron como enviados del comandante de la guarnición. Pidieron a MacMahon que los morteros aliados dispararan proyectiles de fósforo blanco contra el reducto para que su comandante sintiera «haber

cumplido con sus obligaciones con el Führer y se rinda». MacMahon tuvo que reconocer que no tenía proyectiles de mortero de fósforo blanco. ¿«Quedaría salvado el honor alemán» si en su lugar se lanzaban cinco granadas de fósforo? Tras hablarlo entre ellos, el oficial alemán de mayor rango de los cinco aceptó la contrapropuesta, y se cuadró una vez más ante el coronel. Pero entre todos los miembros de la compañía sólo pudieron reunir cuatro granadas. Después de nuevas discusiones, se lanzaron por fin las cuatro granadas a un campo de grano; los oficiales alemanes inspeccionaron los resultados, reconocieron que eran efectivamente granadas de fósforo y regresaron al reducto para informar a su comandante de que ya podía rendirse con el resto de la guarnición y su hospital de campaña.

MacMahon se vio de repente con dos mil prisioneros. Más tarde, cuando en compañía del comandante en jefe de su división fue a inspeccionar el hospital de campaña alemán, el oficial encargado del mismo solicitó que se les permitiera conservar ocho fusiles. Si a los ayudantes «voluntarios» rusos y polacos no se les ponía firmes a punta de arma, explicó, no trabajaban. El comandante en jefe americano de la división respondió que los rusos y los polacos se encontraban ahora bajo la protección de los Estados Unidos y que los alemanes podían arreglárselas solos.

Las defensas más formidables de Cherburgo eran las baterías situadas en la costa. Como los bombarderos pesados no habían logrado destruir los reductos de cemento y hierro que las albergaban, Bradley solicitó al almirante Kirk ayuda para acelerar la conquista del puerto. A Kirk le pareció que Bradley confiaba demasiado en el apoyo de la artillería naval, pero accedió. Una formación compuesta por los acorazados Nevada, Texas y Warspite, el monitor británico Nelson y varios cruceros zarparon rumbo a Cherburgo rodeando el cabo. Muchos pensaron que la operación era como una excursión de placer. «A las ocho y media se dio la orden de dirigirnos a nuestros puestos de combate», escribió el oficial de control aéreo del crucero estadounidense Quincy. «El cielo estaba sereno, apenas salpicado por unos pocos cúmulos sumamente agradables. El aire era como un vino enfriado.» Según el contraalmirante Carleton F. Bryant, del acorazado americano Texas, «era un domingo hermoso y soleado; el viento apenas rizaba las aguas; y mientras seguíamos a los dragaminas rumbo a Cherburgo, nos sentimos arrullados por una falsa sensación de seguridad». Se dispusieron en posición de ataque a eso de la una del mediodía.

De pronto una batería de la costa que no había sido localizada comenzó a abrir fuego. Una bomba de mortero hizo blanco en la torre de mando del Texas, y produjo graves daños en el puente del capitán y en el centro de comunicaciones. «Inmediatamente abrimos fuego», escribió un oficial del Nelson. «Llegaban salvas [de las baterías de la costa], y la primera casi nos dio de pleno.» El Nevada también estuvo a punto de ser alcanzado varias veces. Además del Texas, la artillería alemana hizo blanco en el Glasgow, de la Marina británica, y en otros buques. Ninguno quedó inutilizado, a pesar de lo cual el almirante Bryant decidió acertadamente que una retirada a tiempo siempre es una victoria, y sacó de allí a sus fuerzas expedicionarias dejando atrás una cortina de humo.

En tierra, diversos grupos de infantería se encontraron con puestos fortificados que no se rendirían tan fácilmente. En varias ocasiones se produjeron escenas de gran coraje. Los bulldozers blindados tuvieron que encargarse del suministro de pertrechos bajo un fuego intenso. 40 Tanto los ingenieros como los soldados de infantería se sirvieron de cargas explosivas y otros artefactos similares que arrojaban por las vías de ventilación. A veces las demostraciones de fuerza conseguían convencer al comandante de la guarnición de que debía rendirse. 41 Según un informe realmente extraordinario, el soldado raso Smith de la 79.ª División de Infantería, que «había bebido suficiente Calvados como para convertirse en un verdadero temerario», capturó un puesto fortificado sin ayuda

de nadie.

Smith, armado sólo con una pistola automática del 45, y acompañado por un amigo igualmente ebrio que no llevaba arma alguna, «subió tambaleándose hasta la entrada del fortín». Los dos soldados, tras comprobar que las puertas de acero estaban entreabiertas, se metieron dentro y mataron a los alemanes que se encontraban junto a la entrada. Smith, «que estaba verdaderamente borracho como una cuba», fue de cuarto en cuarto, «sin dejar de disparar ni de gritar, y cuando irrumpía en una habitación por la puerta, los alemanes que había dentro, creyendo que todo el ejército americano se encontraba en el fortín, se rendían inmediatamente». Agrupó a los prisioneros y los hizo salir al exterior desfilando para entregarlos a su batallón. Luego regresó al fortín y descubrió una habitación en la que había soldados heridos. «Tras decirles a todos y cada uno de ellos que el único alemán bueno era el alemán muerto, Smith hizo de algunos de esos desgraciados unos buenos alemanes antes de que pudieran detenerlo».

Tras la pérdida del Fort du Roule, su principal posición defensiva, el teniente general Von Schlieben fue perfectamente consciente de que carecía de sentido seguir con aquella agonía. Casi todos sus hombres se encontraban atrapados bajo tierra en sus reductos, junto con varios miles de heridos. Decidió presentar la rendición después de que los ingenieros americanos volaran las vías de ventilación de su cuartel general subterráneo. Los heridos apenas podían respirar debido a la falta de oxígeno. Uno de sus oficiales, el teniente coronel Keil, elogiado por las autoridades alemanas por haber resistido hasta el 30 de junio en la península de Jobourg, defendería «el buen sentido común» de Schlieben. 43 El teniente general no quiso sacrificar la vida de sus hombres en vano, pese a que, por ser comandante en jefe de la «fortaleza de Cherburgo», Hitler le había obligado a jurar que lucharía hasta la muerte.

A las 19:32 horas del 25 de junio, un oficial de su Estado Mayor envió un mensaje por radio: «Batalla decisiva por Cherburgo ha comenzado. General participa en combate. Larga vida al Führer y a Alemania». 44 Schlieben se sintió avergonzado cuando más tarde tuvo noticia de este comunicado. Al día siguiente presentó la rendición junto con los ochocientos hombres de su puesto defensivo. «Algunos muchachos», escribió un oficial de la 4.ª División de Infantería, «no lograban comprender por qué los alemanes se habían rendido con tanta rapidez». 45 Schlieben, que aparentemente tenía algo de epicúreo, ni se inmutó ante las raciones K que le dieron de comer. Uno de los oficiales de Bradley pensó que resultaba bastante divertido que el teniente general alemán tuviera que enfrentarse a la cocina inglesa en calidad de prisionero cuando lo enviaran al otro lado del canal.

Cherburgo estaba en ruinas, especialmente en la zona del puerto que había sido destruido sistemáticamente por los ingenieros alemanes. Las tropas americanas acabaron con algunos reductos aislados que seguían ofreciendo resistencia. Una vez más se repitieron los dudosos informes que hablaban de mujeres francesas apuntando con fusiles. «Vimos a unas pocas francotiradoras», declaró un sargento de la 4.ª División de Infantería, «vestidas con ropa de calle. Un día detuvimos a veinte alemanes, entre ellos una mujer». 46 También se cometieron actos de represalia, especialmente después de que cayera un proyectil de mortero en un hospital estadounidense. Se atribuye a soldados americanos la muerte de trabajadores de la Organización Todt que no eran combatientes.

En el hospital Pasteur los aliados se encontraron con más de seiscientos heridos alemanes. El capitán Koehler, un cirujano de batallón incluido en el 22.º Regimiento de Infantería que tenía buenos conocimientos de alemán, fue nombrado responsable del centro. Aunque la cooperación que le prestaron el coronel alemán y su equipo médico fue excelente, a Koehler no pudo más que impresionarle la elevada tasa de mortalidad en el hospital, debida en gran parte a la falta de

preparación de los pacientes antes de ser sometidos a una intervención quirúrgica. También le causó estupor el gran número de amputaciones totalmente innecesarias que se realizaban. «Era muy evidente la tendencia germánica de actuar en los casos quirúrgicos sin tener en cuenta las consecuencias en la vida del paciente», escribiría. 48

Los ingenieros de la 101.ª Aerotransportada que habían sido enviados a Cherburgo para colaborar en la eliminación de los reductos de resistencia se unieron al júbilo general por la victoria que se vivió en la ciudad a medida que fue recuperándose la normalidad. «Fue toda una experiencia», escribió uno de ellos, «pues los prostíbulos abrieron, las tabernas abrieron, y ahí estaban la policía militar, el gobierno militar, los Rangers, los paracaidistas, la infantería ligera de a pie, los oficiales de artillería, y fue cuando utilizamos por primera vez un urinario en plena vía pública». 49 El historiador oficial del Ejército de los Estados, el sargento Forrest Pogue, vio a unos cien soldados haciendo cola delante de un antiguo burdel de la Wehrmacht. Un francés le dijo que debían andar con mucho cuidado. «Los alemanes han dejado muchas enfermedades.» 50

Al igual que los demás soldados americanos, los ingenieros estaban sorprendidos por los almacenes que los alemanes habían ido creando en sus bunkers de hormigón. Bradley describiría estas defensas como una «descomunal bodega subterránea llena de botellas de vino». 51 En vez de permitir que cayera en manos de los soldados de la retaguardia y de los que llevaban a cabo trabajos de reconstrucción, ordenó que el botín fuera repartido entre las divisiones del frente..

Hitler se puso hecho una furia cuando tuvo noticia de la rendición del general Von Schlieben. En abril había reunido en Berchtesgaden a todos los comandantes de los puertos de la costa para controlar la situación y comprobar su confianza en la victoria. Había relevado a varios de ellos por carecer de lo que él consideraba suficiente carácter para combatir hasta la muerte, pero no a Schlieben. Más tarde, el Führer comentaría una y otra vez el patético comportamiento de su teniente general. Su furia sería muy similar a la que había demostrado ante la capitulación de Paulus en Stalingrado.

Dos días después de la rendición, el General Oberst Dollmann fue hallado muerto en su baño del cuartel general del 7.º Ejército en Le Mans. En la nota oficial se dijo que había fallecido de un ataque al corazón. La mayoría de los altos oficiales, sin embargo, pensaban que se había suicidado por la vergüenza de haber perdido Cherburgo.

15. Epsom

Poco antes de la caída de Cherburgo, Hitler llevó a cabo su última visita a Francia. Estaba de un humor de perros. Sus órdenes de empujar a los aliados de vuelta al mar no habían sido cumplidas, y consideraba que sus comandantes en jefe del oeste de Europa eran unos derrotistas. En el cuartel general del OKW se quejó abiertamente de que «el mariscal Rommel tal vez sea en la victoria un gran líder ejemplar, pero en cuanto surge la más mínima dificultad se convierte en todo un pesimista». 1

Rommel, por su parte, no ocultaba su desafección por la manera que tenía Hitler de interferir en su forma de conducir la batalla. Incluso los altos oficiales del OKW incurrían en graves distracciones debido a la obsesión de Hitler por el más pequeño particular. El Führer insistía una y otra vez en que todos los emplazamientos militares debían ser señalados en mapas de escala 1:25.000. Un día observó en un informe que el número de baterías antiaéreas en las Islas Anglonormandas se había visto reducido aparentemente en dos. Exigió que se castigara al oficial responsable de la reducción de las defensas, pero, de hecho, alguien había hecho mal las cuentas la primera vez. Hitler, sin haber visitado en su vida la zona de Caen, machacaba a los miembros del Estado Mayor del OKW con sus ideas sobre la posición que debían ocupar dos unidades de morteros de múltiples cañones: la 7.ª y la 8.ª Brigada Nebelwerfer. Insistía en que ellas serían decisivas en el sector ocupado por los británicos si se desplegaban en un lugar específico al este del río Orne.

A pesar de sus desacuerdos iniciales en torno a la táctica a seguir, tanto Rommel como Geyr von Schweppenburg querían que las tropas se replegaran para posicionarse detrás de la línea marcada por el río Orne. Geyr se daba cuenta de que carecía totalmente de sentido lanzar un contraataque masivo con tanques en una zona al alcance de la artillería naval aliada. Proponía seguir la «táctica del tigre en la selva», con ataques repentinos de carros blindados. Esto ocurría precisamente cuando la Hitler Jugend comenzaba a replantearse su estrategia después de recibir una paliza de los canadienses. Pero la exigencia de Rommel de que se tuviera «libertad de acción», lo que significaba poder decidir un repliegue de las tropas sin tener que comunicarlo al cuartel general del Führer, y su propuesta de retirarse detrás de la línea marcada por el Orne entraban en contradicción directa con la orden de Hitler de defender cada palmo de tierra.

Hitler, determinado a resolver el problema con Rommel y Rundstedt, los invitó a reunirse con él. El 16 de junio voló desde Berchtesgaden hasta Metz en su Cónдор Focke-Wulf privado. Acompañado por el general Jodl y varios miembros de su personal militar, continuó su viaje escoltado por un convoy hasta llegar a Margival, cerca de Soissons. El complejo del bunker de Margival había sido preparado en 1940 para que le sirviera de cuartel general durante la invasión de Gran Bretaña. Había sido montado en un profundo desmonte ferroviario, próximo a un túnel, en el que podía ocultarse el tren especial del Führer.

A la mañana siguiente Rundstedt y Rommel se presentaron como les había sido ordenado. «[Hitler] parecía enfermo y agotado», observaría Speidel, jefe del Estado Mayor de Rommel. «Jugaba nerviosamente con sus anteojos y los lápices de colores que tenía en la mano. Estaba sentado en su silla, inclinado hacia delante, mientras los mariscales permanecían en pie. Su antiguo poder de sugestión parecía haberse esfumado. Tras unos fríos saludos de rigor, empezó a hablar en voz muy alta para expresar sin ambigüedades su descontento por el éxito de los desembarcos aliados, criticó la actuación de los comandantes locales y ordenó que la fortaleza de Cherburgo siguiera en

manos de los alemanes a cualquier precio». 4

Rundstedt, tras hacer unas cuantas observaciones a modo introductorio, pidió a Rommel que presentara su informe. Rommel habló de la «imposibilidad de luchar contra una superioridad tremenda del enemigo en las tres dimensiones». Habló de los fallos en las operaciones de reconocimiento naval y aéreo, pero hizo hincapié en que sus divisiones desplegadas en la costa no habían sido cogidas desprevenidas y que «la actuación de los oficiales y soldados en esta guerra desigual había sido sobrehumana». Pronosticó la caída de Cherburgo y arremetió contra la política de Hitler de haber querido conservar a cualquier precio unas dieciséis fortalezas distribuidas a lo largo de las costas del canal y de Bretaña. En consecuencia, unos doscientos mil hombres y un material precioso se perdían en la defensa de unas fortificaciones, que, en la mayoría de los casos, los aliados se limitarían a esquivar en su avance. Los aliados estaban desembarcando entre dos y tres divisiones a la semana, añadió, y aunque fueran lentos y metódicos, los tres brazos de la Wehrmacht simplemente no podrían resistir su abrumadora superioridad. Rommel quería replegarse unos diez o quince kilómetros al este y al sur del río Orne. Esto le permitiría avanzar las divisiones blindadas y reorganizarlas para lanzar una gran contraofensiva. También quería preparar para la defensa la línea que marcaba el río Sena. Rundstedt apoyó sus propuestas. Quería replegarse detrás del Loira y el Sena, abandonando todo el noroeste de Francia. 5

Hitler, encolerizado y negándose a afrontar los hechos, pronunció «un largo discurso de autosugestión». Pronosticó que las V-1, que habían sido utilizadas en grandes cantidades el día anterior por primera vez, tendrían «un efecto decisivo en el resultado de la guerra contra Inglaterra». A continuación interrumpió la discusión para dictar un comunicado sobre las armas de represalia, sus bombas voladoras, dirigido al delegado del jefe de Prensa del Reich. Los dos mariscales tuvieron que permanecer allí de pie mientras escuchaban un enloquecido monólogo hitleriano. El Führer se negaba a que el objetivo de sus bombas voladoras fueran las cabezas de playa o los puertos del sur de Gran Bretaña. Insistía en que todas debían estar dirigidas hacia Londres para obligar a los ingleses a hincarse de rodillas. Cuando Rommel se quejó de la falta de apoyo efectivo por parte de la Luftwaffe, Hitler reconoció su decepción por la conducta de los altos mandos de sus fuerzas aéreas, pero a continuación afirmó que «en- jambres» de aviones caza pondrían fin muy pronto a la superioridad de los aliados en el cielo.

Rommel, cuyo enfado iba en aumento, exigió que unos representantes del OKW visitaran personalmente el frente y comprobaran la situación por ellos mismos. «Usted nos insta a tener confianza», dijo a Hitler, «¡pero a nosotros no nos creen!». Al parecer, el Führer empalideció cuando oyó estas palabras, pero no contestó. En aquel preciso momento, como si viniera a respaldar los argumentos de Rommel acerca de la superioridad aliada, la alarma de que iba a producirse un bombardeo los obligó a bajar al refugio antiaéreo.

Una vez allí, Rommel describió un nuevo panorama general, con Alemania aislada, el frente occidental a punto de ser destruido y la Wehrmacht enfrentada a la derrota en Italia y en el este de Europa. Instó al Führer a poner fin a la guerra lo antes posible. Hitler se puso hecho una furia. Su ayudante de la Luftwaffe haría más tarde la siguiente observación: «Aquello era lo último que Hitler quería oír de los labios de un mariscal de campo». 6 Replicó que los aliados nunca iban a negociar. En este sentido el Führer tenía toda la razón, y Rommel y los conspiradores de julio, una visión equivocadamente optimista. Pero Hitler siguió insistiendo en que la destrucción de Alemania ya había sido acordada. De modo que «todo dependerá de una "resistencia fanática"». Mientras se despedía de Rommel, dijo: «No se preocupe por la dirección de la guerra. Concéntrese en el frente de la invasión».

Rundstedt y Rommel abandonaron Margival después de que el general Schmudt, principal ayudante de Hitler, les informara de que antes de dos días el Führer visitaría La Roche-Guyon para hablar- en persona con los comandantes sobre el terreno. Pero cuando regresaban a sus respectivos cuarteles generales recibieron la noticia de que un misil V-1, que se había desviado de su trayectoria, había explotado sobre el bunker al poco de su partida. Hitler volvió rápidamente a Berchtesgaden aquella misma noche. Nunca más volvería a salir del Reich.

Los primeros cohetes V-1, o, como no tardaría en llamarlos la población civil británica, «bombas volantes», llegaron a su destino la noche del 12 de junio. Cuatro de ellos alcanzaron la ciudad de Londres. «Lo que en este momento aturde principalmente al inglés del sur», escribió un periodista, «es una cierta percepción ilógica de repulsión, propia de una obra de Wells, de la idea de un robot acechando desde el cielo, en lugar de simplemente un joven nazi con el dedo sobre el botón que dispara la bomba... El sentimiento general dominante parece ser la contrariedad, aunque muchísimos ingleses reconozcan sin confesarlo abiertamente que no les desagrada tanto encontrarse en el mismo saco que los muchachos de Normandía, aunque sea de una manera relativamente menos grave como ésta». Pero la tensión comenzó a aumentar a medida que iba acelerándose el ritmo de los ataques. En Londres parecía que el «horripilante aullido de las sirenas» revivía los bombardeos alemanes de la primera mitad de la guerra. 9 Miles de personas volvieron a pernoctar en la estaciones del metro. El gabinete de guerra mantuvo numerosas reuniones. El 16 de junio, Churchill y sus ministros hablaron sobre la conveniencia de interrumpir el fuego de las baterías antiaéreas por la noche para que la población pudiera descansar. 10 Los cazas veloces resultaban más efectivos para minimizar la amenaza que suponían los divers, nombre en clave de las bombas voladoras. El arma más eficaz de todas las operaciones «anti-bomba voladora» fue la escuadrilla de aparatos Tempest estacionados en Dungeness. Estos aviones entraron en acción el 16 de junio y con sus cañones de 20 mm derribaron 632 bombas voladoras V-1, más de un tercio de las destruidas por los cazas aliados en los tres meses siguientes. Un piloto belga, Rene van Learde, derribó 42. «Estos artefactos», escribió el líder de la escuadrilla, el comandante R. Beaumont, «surcaban el cielo de noche haciendo un ruido que parecía el de una motocicleta asmática, despidiendo chorros de fuego por la cola». 11 El Tempest podía alcanzar una velocidad superior a la de las bombas voladoras. En una ocasión, tras quedarse sin municiones, Beaumont siguió volando junto a una de esas bombas. Sirviéndose de la capa de aire que se creaba alrededor de su Tempest, situó la punta del ala de su avión bajo la de la V-1 y consiguió elevarla sin ni siquiera rozarla. Ello hizo girar la bomba voladora, que se estrelló contra el suelo, lejos de su objetivo. Pero en la inmensa mayoría de los casos los pilotos utilizaron sus cañones contra estas armas, aunque la explosión de una tonelada de amatol a apenas unos pocos cientos de metros provocara que sus aparatos aéreos sufrieran las consecuencias de una horrible onda expansiva.

En efecto, las V-1 eran sumamente volátiles, como había podido comprobar Hitler en Margival. El informe del director general de la Gendarmería de Vichy pone de manifiesto que muchas de ellas, hasta cinco al día, se estrellaban antes incluso de sobrevolar el canal. Una llegó a caer al noreste de Alençon, tras las líneas de la Panzergruppe West. No obstante, a pesar de su falta de precisión y del buen trabajo llevado a cabo por los escuadrones aliados «anti-bomba voladora», cayeron sobre Londres suficientes V-1 como para que fueran consideradas armas muy peligrosas. Una de ellas se estrelló en la capilla de la Guardia, próxima al palacio de Buckingham, durante los servicios dominicales, matando a ciento veintiuna personas. El 27 de junio, según el mariscal de campo Brooke, una reunión del gabinete de guerra terminó «con el patético lamento de Herbert Morrison

[ministro de Interior] que, por lo visto, ¡es todo un gallina! Estaba completamente confundido con lo de las bombas voladoras y sus efectos en la población. ¡Después de cinco años en guerra no podemos pedir a los ciudadanos que pasen ese trago, etc.!». Brooke cuenta en su diario que Morrison pretendía cambiar toda la estrategia en Francia. «Nuestro único objetivo tenía que ser despejar la costa del norte de Francia. Fue una intervención lamentable. Nada indicaba que los londinenses no estuvieran dispuestos a soportarlo, y de haber habido indicios en este sentido, habría bastado decirles que por primera vez en la historia podían compartir el peligro que corren sus hijos en Francia y que lo que cae sobre Londres por lo menos no cae sobre ellos. A Dios gracias, Winston lo puso inmediatamente en su sitio.»

Como la mayor parte de los cohetes caían lejos de Londres, se encargó al Comité de la Doble Equis que encontrara una manera de hacer que los alemanes mantuvieran sus objetivos sin modificaciones. Valiéndose de uno de los agentes «engañados», apodado «Lector», se hizo llegar un mensaje vía Madrid a los supervisores de éste en Berlín, «Ludwig» y «Herald». «El efecto destructivo de la nueva arma alemana es devastador», decía el informe. «A pesar de la contrapropaganda que intenta relativizar, el bombardeo ha creado entre la población una sensación de pánico desconocida hasta la fecha... En círculos gubernamentales y militares se ha expresado la opinión de que, de seguirse utilizando con tanta intensidad estas armas y otras nuevas similares, tarde o temprano se tendrá que llegar a una paz de compromiso con Alemania... Al parecer, en los círculos más influyentes y encumbrados se percibe una tendencia a firmar una paz definitiva, y se cita el nombre de Rudolf Hess como posible intermediario.» 14 Tal vez esto llegara a empeorar las cosas por un exceso de celo de los británicos, pues una noticia semejante no iba más que a animar a los alemanes a seguir con sus bombardeos, pero se consideró justificado en aquellas circunstancias. En cualquier caso, la fe ciega de Hitler en la idea de que su nueva arma de represalia conseguiría apartar a Gran Bretaña de la guerra, sin duda vino a reforzar su determinación a no ceder ni un palmo de territorio normando. Esta obstinación obsesiva daría pie a otro enfrentamiento con Rommel y Rundstedt antes de que aquel mes llegara a su fin. Los dos mariscales de campo pronosticaron que la inflexibilidad del Führer acabaría por destruir al ejército alemán desplazado en Normandía y que Francia se perdería.

Montgomery, mientras tanto, seguía haciendo ver que en su sector todo procedía según lo previsto. El 14 de junio, un día después del desastre de Villers-Bocage, escribió a Churchill el siguiente comunicado: «Los combates van bien en el punto de confluencia de los dos ejércitos en la zona Caumont-Villers-Bocage-Tilly». 15 También le costaba reconocer las verdaderas consecuencias de la gran tormenta que se había desatado en el canal y que tanto les había afectado apenas una semana antes. Las condiciones meteorológicas no sólo habían interrumpido el desembarco de provisiones y pertrechos, sino que también habían retrasado la llegada del VIII Cuerpo, el ariete necesario para abrir una brecha en las líneas enemigas. Mientras tanto, los alemanes estaban reforzando el frente de resistencia contra los británicos con sus divisiones acorazadas más poderosas. Ultra dio el aviso de que el II Cuerpo Acorazado de la SS venía de camino procedente del frente oriental. Por el momento, únicamente podían llevarse a cabo pequeños ataques debido a la escasez de munición de la artillería. Aunque se cobraban un elevado precio en vidas humanas y eran bastante infructuosos por el poco terreno que se ganaba, estos asaltos encajaban con el nuevo plan de Monty de mantener ocupados a los alemanes mientras los americanos se lanzaban a la conquista de Cherburgo.

El 16 de junio, un batallón Yorkshire de Infantería Ligera del Rey, con el apoyo de un escuadrón

incompleto de tanques, atacaron Cristot. «Formamos en un camino próximo a una granja en la que a ambos lados se levantaban unas lomas.» Los hombres torcían la nariz por el hedor de las vacas en descomposición. Debían avanzar campo a través. «De pronto apareció, de no se sabe dónde, el capellán, y todos nos arrodillamos para rezar unas plegarias.» Cuando comenzaron a avanzar, el fuego de la artillería de apoyo empezó a sobrevolar sus cabezas, pero entonces los alemanes pusieron en práctica la trampa de disparar con sus morteros contra los soldados que iban en cabeza para hacer creer que su artillería no tenía suficiente alcance. Los oficiales hicieron pasar la orden de que se detuvieran los bombardeos, poniendo en evidencia la treta alemana. Pero un soldado que se había tirado al suelo durante la «lluvia» de morteros contra el enemigo tuvo muchísima mala suerte. Un pedazo de metralla hizo detonar una de las granadas de fósforo que tenía en el bolsillo, y el muchacho «murió a los pocos minutos de una manera horrible». 16

Tres días después, cuando comenzaba a desatarse la gran tormenta, la lluvia se hizo tan intensa que los combates fueron interrumpidos. Desconsolados, los de infantería permanecieron sentados en sus trincheras, mientras no paraba de gotear agua de los impermeables que llevaban puestos a modo de poncho. Las dotaciones de los tanques fueron más afortunadas. Para poder descansar y dormir, cavaron trincheras que luego cubrieron para protegerse del agua o dando marcha atrás con sus tanques.

El 22 de junio, el día del segundo aniversario de la invasión alemana en la Unión Soviética, se dio inicio a la primera fase de la Operación Bagration. Así pues, se produjo un ataque masivo del Ejército Rojo en Bielorrusia con el objetivo de rodear al Grupo de Ejército Centro de la Wehrmacht. Tras haber hecho creer a los alemanes, en un brillante ejercicio de maskirovka comparable a la Operación Fortitude, que probablemente se iba a lanzar una ofensiva en Ucrania, los ejércitos soviéticos consiguieron sorprender a las fuerzas enemigas. En menos de tres semanas eliminarían, o capturarían, a trescientos cincuenta mil alemanes. La Operación Bagration llevaría al Ejército Rojo a las puertas de Varsovia a principios de agosto.

Tras sufrir varios retrasos debido principalmente a las condiciones meteorológicas, la gran ofensiva británica, la Operación Epsom, estaba por fin a punto de ser lanzada. Eisenhower rabiaba de impaciencia, pero Montgomery no quería prisas y, para mayor exasperación, al cuartel general del XXI Grupo de Ejército llegaba poquísima información del SHAEF. Por lo visto, Montgomery comentó con Dempsey en varias ocasiones que «no hay ninguna necesidad de decírselo a Ike». Le gustaba mantener la vaguedad de sus objetivos, a menudo con metáforas deíficas, de modo que pudiera colgarse las medallas si se producía una fuga, o decir que sus hombres se habían dedicado a entretener a las fuerzas alemanas para ayudar a los americanos, si la operación quedaba atrancada.

En esta operación participaría un total de sesenta mil hombres, pertenecientes principalmente al VIII Cuerpo, que incluía la 15.ª División Escocesa, la 43.ª División de Infantería (Wessex) y la 11.ª División Acorazada. La mayoría de ellos no habían entrado nunca en combate, aunque tenían la firme determinación de demostrar su valía al lado de los veteranos del desierto. El plan consistía en lanzar un ataque al oeste de Caen y establecer una cabeza de puente al sur del río Odón para luego avanzar hacia el Orne. Este profundo saliente al suroeste de la ciudad sería utilizado a continuación para amenazar a todas las posiciones alemanas. El elemento clave entre un río y otro era la Colina 112.

El domingo 25 de junio el XXX Cuerpo, situándose de nuevo en la derecha, atacó a la Panzer-Lehr-Division. La 49.ª División North Riding y la 8.ª Brigada Acorazada hicieron retroceder a los alemanes, quienes, a pesar de sufrir importantes pérdidas, lograron hacerse fuertes en la localidad de Rauray. Un regimiento blindado de reconocimiento protegía su flanco ese día cerca de Fontenay-le-

Pesnel. «La trampa de los alemanes», escribió un oficial canadiense integrado en un regimiento de reconocimiento británico, «consistía en abandonar sus puestos fortificados improvisados para dirigirse a los campos de grano cuando llegábamos». A veces regresaban a sus posiciones y volvían a abrir fuego, aunque en la mayoría de los casos los «cabezas cuadradas se limitan a asomar de vez en cuando la cabeza ocultos en los campos de grano, pero no representan un peligro en potencia». 18

El extremo sur de Fontenay seguía en manos de la Panzer-Lehr-Division. A la mañana siguiente, un Sherman Firefly de los Rangers de Sherwood, «al doblar una esquina en el centro del pueblo se dio de bruces con un tanque Tiger alemán que avanzaba pesadamente. Por fortuna, [el comandante del Sherman] tenía preparado un proyectil AP [perforador de blindajes] en la recámara de su cañón de 75 mm que disparó a unos treinta metros de distancia para, a continuación, descargar en rápida sucesión contra el Tiger otros seis proyectiles y hacerlo saltar por los aires». 19 Al día siguiente, los Rangers de Sherwood limpiaron Rauray, no sin antes perder varios vehículos blindados. Su mayor trofeo fue un Tiger que había sido abandonado en perfectas condiciones. Incluso le pintaron el emblema de su brigada, una máscara de zorro, pero desde el cuartel general del XXX Cuerpo llegó la orden de enviar de inmediato el tanque a Inglaterra. Fue el primero de esos carros acorazados que serían capturados intactos en Normandía.

Ese mismo día, el 26 de junio, la SS empezó a efectuar una operación de limpieza entre los habitantes de las poblaciones francesas que se encontraban tras la línea del frente. Su preocupación eran los espías, no la seguridad de los civiles. Y, en realidad, no se trataba de una simple reacción paranoica. La 7.ª División Acorazada británica y otras formaciones habían estado recibiendo informaciones sumamente útiles de hombres y mujeres franceses que se colaban entre las líneas.

Alrededor de Tessel los combates también fueron encarnizados. Allí, un batallón de los «Osos Polares», como eran llamados los miembros de la 49.ª División por la insignia que llevaban en el hombro, se enfrentó prácticamente cuerpo a cuerpo con la Panzer-Lehr-Division. «La orden nos llegó cuando nos encontrábamos en los bosques de Tessel: "Ni un prisionero"», dijo un miembro de la KOYLI (King's Own Yorkshire Light Infantry). «Por esa razón lord Haw-Haw nos llamó los carniceros del Oso Polar.»^[30] Una de las interceptaciones de Ultra recogió un informe de la Panzer-Lehr-Division en el que se hablaba de las «graves pérdidas» sufridas por esta unidad alemana el primer día de la batalla.

La fase principal de lo que Montgomery denominó el «momento decisivo» comenzó el 26 de junio, con un bombardeo masivo por parte de la artillería naval y la artillería de campaña. Tras una noche de lluvia intensa, las bajas nubes impedían prácticamente la salida de aviones. Los escoceses de la 15.ª División avanzaron rápidamente. A medida que los hombres caían abatidos por los disparos sobre los verdes campos de trigo, los compañeros marcaban su posición para que los servicios de asistencia médica pudieran dar con ellos. Cogían el fusil del herido y le acoplaban la bayoneta, tras lo cual clavaban el arma en el suelo y colgaban de ella el casco del caído. Un observador comentaría que aquellas señales parecían «curiosas setas nacidas de manera desperdigada por los campos de cereales».

El combate fue encarnizado en varios pueblos y aldeas, especialmente en Cheux, donde los Glasgow Highlanders perdieron una cuarta parte de sus fuerzas en un solo día. En el flanco izquierdo, en Saint-Manvieu, la 43.ª División Wessex y la 4.ª Brigada Acorazada tuvieron que repeler el ataque de la Hitler Jugend

[El comandante en jefe de la 4.ª Brigada Acorazada, el general John Currie, fue herido mortalmente ese día. Su sustituto sería un jovencísimo general, Michael Carver, de tan

. Los Royal Scots Greys dejaron inutilizados cuatro tanques alemanes en cuanto aparecieron por el bosque. Estos dragones, integrados en una brigada recién llegada de la 43.ª División, «se divertían mucho más que nuestra infantería. Se trataba evidentemente de su primera batalla, y en todo, y por todo, se atenían al manual: llevaban el rostro impregnado de tizna, habían arrancado de los uniformes cualquier distintivo de su rango y hablaban susurrando». Pero lo cierto es que las dos divisiones novatas demostraron mayor efectividad que las veteranas.

Al atardecer, la 15.ª de escoceses había alcanzado prácticamente el Odón, y se encontraba ya en el arbolado valle del río. Un francés que observó aquella noche la batalla desde Fleury, al sur de Caen, escribió: «Ver cómo todo el horizonte se ilumina simultáneamente constituye un verdadero espectáculo dantesco».

Las carreteras congestionadas, la lluvia intensa y la confusión ralentizaron el ataque, aunque el 2.º de los Argyll and Sutherland Highlanders conquistó un puente del Odón al día siguiente. Demostrando una iniciativa inusual, los Argyll decidieron avanzar infiltrándose poco a poco, en lugar de seguir la táctica convencional de la infantería británica. Con gran coraje, la 15.ª División escocesa repelió un contraataque de los tanques alemanes ese mismo día, y el puente que capturaron permitió que la 11.ª Acorazada comenzara a cruzar el río la mañana del 28 de junio. El general O'Connor, comandante en jefe del VIII Cuerpo, quería continuar el avance para tomar una cabeza de puente en el Orne, el siguiente río, pero Dempsey, que sabía por los mensajes interceptados por Ultra que el II Cuerpo Acorazado de la SS acababa de llegar al frente, se mostró más precavido. Prefirió consolidar las posiciones al sur del Odón antes de proceder con la segunda fase.

El Obergruppenführer Sepp Dietrich quería lanzar de inmediato las dos divisiones del II Cuerpo Acorazado de la SS contra la cabeza de puente de los británicos, pero Rommel se mostró reacio ante la idea. Había depositado sus esperanzas en la 9.ª División Acorazada de la SS Hohenstaufen y la 10.ª Frundsberg para lanzar con sus tanques la gran contraofensiva que aún no había conseguido organizarse. Pero el 28 de junio Hitler mandó llamar a Rommel a Berchtesgaden y provocó así una insólita interrupción en plena batalla. Y el Generaloberst Dollmann, completamente desesperado, ordenó, apenas unas horas antes de suicidarse, que el II Cuerpo Acorazado de la SS atacara por el noroeste en las dos márgenes del río Odón para destruir el flanco izquierdo del saliente británico. Para ello contaría con el apoyo de un grupo de combate de la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich. Mientras tanto, debido a la inesperada muerte de Dollmann, el Obergruppenführer Paul Hausser, comandante en jefe del II Cuerpo Acorazado de la SS, recibió aquella tarde la orden de dirigirse inmediatamente a Le Mans para asumir el mando del 7.º Ejército, y se vio obligado a dejar el gobierno del cuerpo en manos del Gruppenführer Bittrich.

Al día siguiente, el 29 de junio, la 11.ª División Acorazada logró situar algunos tanques en una posición clave, la Colina 112. Repelieron los ataques de los carros blindados que iban a la cabeza de la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler, que estaba apoyada por la 7.ª Brigada de Morteros Nebelwerfer y una Kampfgruppe de la 21.ª División Acorazada. A las 11:00 horas, el pobre Bittrich, que había asumido el mando del II Cuerpo Acorazado de la SS justo la noche antes, recibió una orden: sus fuerzas tenían una hora para ponerse en marcha. Aunque en un principio se mostró reacio a organizar un ataque tan precipitado, al final lo convencieron. La 9.ª de la SS Hohenstaufen recibió un mensaje en el que se hacía hincapié en la importancia de la misión. Sin la participación de los dos cuerpos acorazados, decía, «el enemigo, que ha empezado a avanzar

hacia Barón, no podría ser repelido. Seguiría su avance hacia el Orne, y Caen se perdería». La Panzer-Lehr-Division recibió la orden de apoyar el flanco izquierdo en el ataque lanzado por los hombres de Bittrich. Pero entonces sus contrincantes tuvieron un gran golpe de suerte. Los de la 15.ª escocesa capturaron a un oficial de la SS que tenía los documentos del plan en su poder. Sus batallones avanzados ocuparon inmediatamente posiciones defensivas.

El furioso asalto del II Cuerpo Acorazado de la SS empezó de manera rotunda poco después del mediodía. A las 16:05 horas, el cuartel general de esta unidad informó a la Panzergruppe West que había destruido once tanques británicos a las puertas de Gavrus. Al cabo de una hora y media se comunicó que había tomado Gavrus e inutilizado otros veintitrés tanques enemigos. Geyr von Schweppenburg, que había regresado el día anterior para asumir el mando con el cuartel general de su Panzergruppe West, instó a las dos divisiones de la SS a actuar al atardecer. Les dijo que su ataque suponía «die grosse Chance». 26 Pero aquella noche, la 15.ª División escocesa, con el sólido apoyo de la artillería y los cañones de la Marina, repelió los ataques de la 9.ª y la 10.ª División de la SS con un éxito espectacular. Treinta y ocho carros blindados alemanes quedaron inutilizados, y una de las divisiones de la SS, la Frundsberg, se vio obligada a emprender la retirada hasta volver a su línea de partida. El efecto que todo ello tuvo en la moral de los hombres de estas dos unidades nazis fue aún más importante. Por lo visto, lamentablemente Dempsey no tuvo noticia en ningún momento de los informes de los servicios de inteligencia que revelaban que aquella era la principal contraofensiva alemana.^[31] Temiendo que su otro flanco sufriera un ataque masivo, mandó el repliegue de la 11.ª División Acorazada en vez de reforzarla. Por esta razón la Colina 112 pudo ser ocupada en poco tiempo por los alemanes. Fue un gravísimo error. Para reconquistar la colina en cuestión fue necesario invertir muchas más horas y vidas humanas de las que pudieran haberse ahorrado con aquella retirada.

Montgomery detuvo la ofensiva al día siguiente, tras frenar un nuevo ataque del II Cuerpo Acorazado. El VIII Cuerpo había perdido más de cuatro mil hombres en cinco días. Algo más de la mitad de esas bajas las había sufrido la 15.ª División escocesa, cuyo arrojo era incuestionable. Parece un hecho incontrovertible que Dempsey no supo aprovechar una gran oportunidad debido a su actitud de cautela. Los retrasos de la Operación Epsom conllevaron que el VIII Cuerpo acabara enfrentándose a la mayor concentración de divisiones acorazadas de la SS desde que tuviera lugar la batalla de Kursk. Sin embargo, la impresionante actuación de los soldados británicos que participaron en los combates se vio empañada en el último minuto por las dudas de su comandante en jefe. El único consuelo sería que los alemanes nunca más conseguirían lanzar una gran contraofensiva en el sector británico.

No es difícil comprender la frustración de Eisenhower ante la estrategia seguida por Montgomery. Los mensajes confidenciales que había enviado Montgomery hablando de un «momento decisivo», simplemente no encajan con lo que expresaba en privado. Un agente de los servicios de inteligencia integrado en la 7.ª División Acorazada recoge con estupor en su diario, el día 22 de junio, lo que escuchó de labios del general Erskine al regreso de éste de una reunión celebrada en el cuartel general del XXI Grupo de Ejército antes de que se pusiera en marcha la Operación Epsom. «El general habló de lo que Monty le había dicho», cuenta. «Cambio total en lo que nos concierne, pues Monty no quiere que ganemos terreno. Con satisfacción el 2.º Ejército ha atraído a todas las divisiones acorazadas enemigas, ahora sólo quiere que Caen esté en ese frente y que los americanos avancen hacia los puertos de Bretaña. De modo que se pone en marcha el ataque del VIII Cuerpo, aunque tengamos muy pocos objetivos. Monty considera que ha perdido la batalla de la concentración: un retraso de cinco días por culpa de las condiciones climatológicas.» Así pues, no

sería de extrañar que la cautela de Dempsey viniera dictada por la postura de Montgomery.

Rommel visitó el cuartel general de Geyr el 1 de julio, un día después de que acabara la batalla. Los dos altos oficiales alemanes estaban consternados por los efectos del bombardeo llevado a cabo por los buques de guerra aliados a una distancia de unos treinta kilómetros. Geyr pidió a las dos divisiones los datos relativos al número de tanques que habían quedado inutilizados por culpa de la artillería naval. Hasta Hitler se convenció de que por el momento no podía hacerse otra cosa que mantener la línea del frente. Pero Geyr estaba furioso porque todas las divisiones acorazadas disponibles habían sido utilizadas para contrarrestar la ofensiva británica. Este hecho había mandado al traste todos sus planes.

Ante todo, Geyr se oponía a desmembrar las formaciones como medida de emergencia, pues ello dificultaba las operaciones de suministro y abastecimiento. Dijo a Rommel que las divisiones de infantería recién llegadas debían ser utilizadas para mantener la línea del frente mientras las fuerzas blindadas se retiraban y reorganizaban para lanzar un ataque apropiado. Rommel se negó. «La infantería ya no puede llevar a cabo ese tipo de acciones, ni está preparada para ellas», fue su respuesta. No creía que aquellas divisiones de infantería recién llegadas fueran capaces de frenar el avance británico. Esta postura parecía encajar con la obsesión de Hitler de no ceder ni un palmo de tierra. Geyr despotricó contra «los estrategas de salón de Berchtesgaden» y su «absoluto desconocimiento de la guerra con carros blindados». Manifestó su desprecio por Jodl, un artillero. «La artillería desarrolló el rasgo más desafortunado de los Borbones, ni aprender ni olvidar, y en muchos aspectos estaba más atrasada que la infantería.» 29

Geyr redactó un informe en el que se manifestó sin remilgos. Exigía flexibilidad en las acciones defensivas y, a raíz de la Operación Epsom, la retirada de las tropas acorazadas del sur del Orne para dejarlas lejos del alcance de la artillería naval aliada. «Las decisiones las toma directamente el propio OKW», decía. «Como ese cuartel general no cuenta con un conocimiento de primera mano o directo de la situación en el frente, y normalmente demuestra excesivo optimismo, sus decisiones son siempre erróneas y llegan demasiado tarde.» Rommel añadió sus conclusiones y pasó en informe al OKW. Hitler decidió el relevo inmediato de Geyr, a quien sustituyó por Hans Eberbach, General der Panzertruppen.

El mariscal Von Rundstedt había sido convocado, al igual que Rommel, a una reunión en el Berghof el 28 de junio, en el momento más álgido de los combates en el río Odón. «Regresó de un humor de perros», según su jefe del Estado Mayor. 30 Tras un viaje en automóvil de mil kilómetros, desde Saint-Germain-en-Laye hasta Berchtesgaden, lo habían hecho esperar desde las tres de la mañana hasta las ocho de la tarde del día siguiente, para «luego permitirle sólo intercambiar unas pocas palabras con el Führer». Ya de vuelta, Rundstedt, en presencia de Blumentritt, telefoneó a Keitel. «Le dijo tajantemente que la posición de Alemania en Normandía era absolutamente inviable.» El poder aliado era tal que sus tropas no podían «resistir el ataque de los aliados, y mucho menos empujarlos de vuelta al mar».

- ¿Qué podemos hacer?

- Debería poner fin a toda esta guerra -replicó el veterano mariscal de campo. 31

Al día siguiente, a media mañana, Keitel lo llamó para comunicarle que había informado al Führer de la conversación telefónica que habían mantenido. Otra llamada, esta vez de Jodl, advirtió de que Hitler estaba considerando un cambio de mando en el oeste. La adhesión de Rundstedt al informe de Geyr fue un factor decisivo. Hitler, tras anunciar que Rundstedt se retiraba por razones de salud, envió a un oficial a París para entregarle al mariscal una amable carta y la Cruz de Caballero

de la Cruz de Hierro con Hojas de Roble. Su sustituto sería el mariscal Hans-Günter von Kluge.

Rommel también estaba hecho una furia. Sin comunicárselo, Hitler había elegido al Obergruppenführer Hausser para asumir el mando del 7.º Ejército, pues prefería depositar su confianza en los comandantes de la Waffen-SS. Su favorito seguía siendo Sepp Dietrich, pero el Führer no sabía que éste también opinaba que sus continuas interferencias los estaban conduciendo al desastre en Norman-día. Hitler habría relevado también a Rommel, pero como señaló el sustituto de Geyr, Eberbach, no lo hizo «por las consecuencias que su destitución habría tenido en la moral en el frente y en Alemania, así como por la impresión que habría dado en el extranjero». 32

El 30 de junio Eberbach recibió la orden de volar al día siguiente con el mariscal de campo Von Kluge al oeste, para asumir el mando de la Panzergruppe West. Von Kluge le dijo que el OKW quería estabilizar el frente y lanzar un contraataque. Von Kluge llegó a Saint-Germain-en-Laye convencido de que sin duda los informes de Normandía eran excesivamente pesimistas. Había pasado ocho días en el Führerhauptquartier Wolfsschanze, o Cuartel Militar del Führer «la Guarida del Lobo», durante el ataque soviético contra el Grupo de Ejército Centro -la llamada Operación Bagration de los rusos-, y a lo largo de ese período, según Blumentritt, «fue imbuyéndose del espíritu inflexible del Alto Mando». En consecuencia, no tendía a ver la situación tan desesperada cuando asumió el mando en el oeste. Apodado «Kluger Hans» («Hans el listo»), por un juego de palabras con su apellido, que significa «listo», «inteligente», no gozaba de mucha popularidad entre sus colegas. Según el jefe del Estado Mayor de Rommel, era un tipo «enérgico, muy listo, que no se privaba de nada. Era implacable en sus exigencias. La frialdad de los ojos en su rostro severo de marcadas facciones ocultaba unas emociones reprimidas. Odiaba a Hitler, pero nunca dejó de sentirse atado a él, lo que probablemente se debiera a su complacencia por los honores y favores que le habían sido concedidos». 34 Kluge, al igual que Rundstedt, había aceptado de Hitler doscientos cincuenta mil marcos alemanes como regalo.

La tarde del 5 de julio Kluge realizó una visita al cuartel general de Rommel en La Roche-Guyon. «Tras un intercambio de cumplidos bastante frío» con Rommel y Speidel, se dirigió al Estado Mayor del Grupo de Ejército en la salle des gardes del castillo. Declaró que el relevo del mariscal Von Rundstedt debía verse como una manifestación de la insatisfacción del Führer con la forma de llevar las cosas en el oeste. Hitler consideraba también que el mariscal Rommel se dejaba impresionar muy fácilmente por el «efecto supuestamente abrumador de las armas enemigas», y que de ahí que su visión de la situación fuera tan pesimista. Kluge incluso llegó a decirle a Rommel a la cara, delante de los oficiales del Estado Mayor allí presentes, que había mostrado una actitud obstinada y que había cumplido las órdenes del Führer con muy poco entusiasmo. «¡A partir de ahora», concluyó, «usted, mariscal Rommel, también deberá obedecer sin reservas! Siga este buen consejo que le doy».

No es de extrañar que semejante provocación impulsara a Rommel a entablar una agria discusión en la que hizo hincapié en la realidad de la situación que debían afrontar «y en la necesidad de extraer de ello las conclusiones pertinentes». Las palabras fueron subiendo de tono, y el ambiente se caldeó tanto que Kluge pidió a los demás oficiales que abandonaran la sala. Rommel exigió a Kluge que retirara sus acusaciones verbalmente y por escrito. También le aconsejó que hablara con los comandantes del ejército y de las divisiones, y que visitara personalmente el frente, antes de ponerse a dictar normas. Se sentía particularmente desconcertado porque sabía que Kluge había estado en contacto con círculos opositores del ejército. Había esperado que, de todos sus colegas, Kluge fuera el que estaba menos dominado por Hitler.

Al día siguiente Kluge abandonó La Roche-Guyon para visitar el frente. La reacción de todos

los comandantes fue tan unánime que acabó convenciéndose de que Rommel tenía razón, y pidió disculpas. Se dio cuenta de que, al igual que en el frente oriental, Hitler no quería ver la realidad y que cuando sus sueños no conseguían materializarse buscaba un chivo expiatorio.

Eberbach, mientras tanto, había sustituido a Geyr. Descubrió que la Panzergruppe West carecía de un cuartel general y de un Estado Mayor propios de un ejército. En su informe de traspaso de poderes, Geyr destacó varios puntos. «Los tanques alemanes son superiores a los ingleses y a los americanos en blindaje y armamento.» La moral de las tropas alemanas seguía siendo «comparativamente buena», debido a una «propaganda efectiva». En el sector británico, «el número de fuerzas parece bastar para una defensa en condiciones normales», y el terreno era favorable. Habían «creado un centro de gravedad frente a un posible ataque enemigo» mediante la concentración de ocho divisiones acorazadas, un cuerpo de baterías antiaéreas y dos brigadas Nebelwerfer. Pero el tiempo que tardaba una división de infantería en quedar completamente exhausta tras entrar en acción era de dos a cuatro semanas. 36 Incluso el general Jodl reconoció al finalizar la guerra que «los ataques británicos fueron un obstáculo permanente que impedía que las divisiones de infantería pudieran relevar con celeridad a las blindadas, y frustraron una y otra vez nuestros planes de trasladar más fuerzas al sector occidental. Estos ataques contribuyeron por tanto de manera sustancial a facilitar el avance americano».

Aunque Geyr insistía en que los franceses eran «amigos» y en que se habían producido muy pocos ataques de los partisanos en Norman-día, lo cierto es que las autoridades militares alemanas comenzaban a estar muy nerviosas. Con el objetivo de atemorizar a la población de París, hicieron desfilar por las calles de la capital a seiscientos prisioneros de guerra de nacionalidad británica y estadounidense. Algunos transeúntes daban ánimos en voz baja a los soldados aliados, y otros los cubrían de improperios, tal vez influenciados por la propaganda nazi que hacía hincapié en los bombardeos aéreos de los aliados. Un paracaidista americano, al que propinaron patadas y escupieron en la cara unos simpatizantes alemanes, «se salió de repente de la fila para darle un puñetazo» a uno de aquellos individuos, y un guardia le pinchó en una nalga con la bayoneta. 38

El Alto Mando de la Wehrmacht comenzó a verse abrumado por un nuevo problema aún más grave: debía frenarse la contraofensiva lanzada por el Ejército Rojo en Bielorrusia, sin dejar de resistir a la presión de los aliados en Normandía. «Los efectos de los principales conflictos en el oeste y el este fueron recíprocos», declaró Jodl cuando fue interrogado junto a Keitel al final de la guerra. «Cuando se comparaban entre sí, uno y otro frente se sentían olvidados.» La concentración de divisiones acorazadas de la SS en Normandía, especialmente después de traer de vuelta del frente oriental al II Cuerpo Acorazado de la SS, había puesto de manifiesto su incapacidad de respuesta efectiva a la Operación Bagration. «La guerra a dos frentes se presentó con todo su rigor», comentó Jodl.

Un oficial de enlace del Ejército Rojo, el coronel Vassilievsky, fue llevado de visita al cuartel general de la 7.ª División Acorazada. Con verdadera diplomacia soviética, expresó su opinión de que el avance británico era demasiado lento. Al parecer, un oficial británico le pidió que señalara en un mapa del frente oriental el punto en el que su división estaba combatiendo. En el sector que indicó, con una longitud de aproximadamente mil kilómetros, había nueve divisiones alemanas. El británico recalcó que ellos estaban enfrentándose también a nueve divisiones, de ellas siete acorazadas, pero en un frente de apenas cien kilómetros. 40

Las declaraciones de la propaganda soviética que afirmaban que los mejores soldados de Alemania «siguen combatiendo en el frente soviético» 41 no eran más que una falsedad, como demostraba la presencia en el oeste de seis divisiones acorazadas de la SS, además de la Panzer-

Lehr-Division y la 2. a División Acorazada. «Sabemos perfectamente dónde se encuentran ahora los alemanes jóvenes y fuertes», escribía Ilya Ehrenburg en Pravda, menospreciando la calidad de las formaciones alemanas presentes en Normandía. «Les hemos encontrado un hueco en la tierra, en la arena, en el barro; en la estepas de los kalmuk, en las riberas del Volga, en los pantanos de los alrededores de Volkhov, en la estepa ucraniana, en los bosques de Crimea, en Moldavia, en Rzhev, en Veliki-Luki. Nuestros aliados se enfrentan ahora a los alemanes a los que apodamos totalnik [movilización total], un producto prefabricado destinado a la aniquilación». Pero hasta Ehrenburg ya estaba dispuesto a reconocer que «la parrilla francesa empieza a parecerse al incendio ruso». 42

16. La batalla del Bocage

Tras la caída de Cherburgo a finales de junio, el 1. er Ejército estadounidense de Bradley se dispuso a avanzar hacia el sur. Al oeste, en la base de la península, la 79. a División de Infantería, la 82. a Aerotransportada y la infortunada 90. a División se dispersaron por un terreno pantanoso. Se enfrentaron a casi todo el LXXXIV Cuerpo de Choltitz, para entonces bien atrincherado en las colinas boscosas situadas más al sur. La 4. a División y la 82. a , al sur de Carentan, se encontraban también en un terreno bajo y pantanoso. Allí se enfrentaron a la 17. a División de Granaderos Acorazados de la SS Gotz von Berlichingen y a la 353. a División de Infantería.

Al este, en el frente de Saint-Ló, estaban la 30. a , la 35. a y la 29. a División de Infantería, ya en terreno de bocage. También se encontraban allí, en las inmediaciones de Caumont, la 1. a y la 2. a División de Infantería que enlazaban con el sector británico. Tenían frente a ellas al II Cuerpo Paracaidista de Meindl. Aunque Geyr y Guderian pusieron serias objeciones a la disgregación de las divisiones, los alemanes realizaron operaciones muy eficaces de defensa con sus Kampfgruppen o grupos de combate de infantería, de artillería de asalto y de ingenieros.

La campaña americana se inició el 3 de julio, cuando el VIII Cuerpo, al mando del general Middleton, atacó el flanco occidental. En aquel verano inusualmente húmedo, la acción dio comienzo bajo un fuerte chaparrón. Los soldados americanos, hartos del clima frío y húmedo que habían padecido en Gran Bretaña durante los meses de adiestramiento, habían esperado que el tiempo fuera más benigno en Francia. La presencia de nubes bajas excluía la posibilidad de asistencia aérea y la lluvia era demasiado espesa para permitir a la artillería disponer de una observación precisa. La 82. a Aerotransportada alcanzó su objetivo, la Colina 131, al norte de La Haye-du-Puits, a primera hora de la tarde, pero el resto de la ofensiva quedó atascada. La 82. a aguardaba con impaciencia la llegada de las otras dos divisiones. Los alemanes tenían unos problemas bien distintos. Un batallón de tártaros del Volga «desertó de inmediato al ver al enemigo» en cuanto comenzaron los ataques. Otro batallón de Osttruppen se rindió a la 82. a la primera ocasión que se les presentó y, más al oeste, un tercer batallón de la 243. a División de Infantería también hizo defección. 1

Al día siguiente, en la parte más oriental de los pantanos, en las inmediaciones del río Séves, el VII Cuerpo estadounidense envió a la 83. a División al ataque en el sector Sainteny. Para celebrar el 4 de julio, se dio la orden de que todos los cañones de campaña del frente abrieran fuego exactamente a mediodía. Algunas unidades lanzaron incluso señales de humo rojas, blancas y azules. La 83. a División, recién llegada, había relevado a la 101. a Aerotransportada a finales de junio. Había sido enviada a su destino en patrullas nocturnas para que los hombres «adquirieran experiencia y confianza», y para que de paso se redujera el efecto de las «tropas nerviosas y demasiado aficionadas a apretar el gatillo». Pero al regresar a sus líneas, los soldados comprobaron que eran tiroteados «indiscriminadamente» por los centinelas llenos de ansiedad. Los paracaidistas de la 101. a habían saturado a los recién llegados «con cuentos chinos acerca de la brutalidad y la capacidad de combate de los alemanes». La lucha por Saintenay se convirtió en un bautismo de sangre. La 83. a División de Infantería sufrió 1.400 bajas. Sus integrantes tenían mucho que aprender, como llegarían a saber por los pocos alemanes que lograron capturar. «Los prisioneros que hicimos», comunicaba un sargento, «nos dijeron que éramos unos novatos, porque ellos sabían perfectamente todos y cada uno de los movimientos que íbamos a hacer. Nos veían encender cigarrillos y oían cómo hacíamos chocar metal contra metal. Basta que pongamos en práctica unos

cuantos principios básicos, y viviremos más». A los alemanes, por otra parte, les encantaba hacer prisioneros entre los aliados, aunque sólo fuera para apoderarse de los excelentes mapas que llevaban y de los que ellos carecían.

Dos días después, el 6 de julio, la 4.ª División de Infantería se unió al ataque por el suroeste. Tras verse obligado a librar duros combates en su avance hacia Cherburgo, el general Barton comentó: «Ya no tenemos la División que trajimos cuando desembarcamos». 4 Y no era una exageración. La unidad había sufrido 5.400 bajas desde que llegó a tierra y había recibido 4.400 reemplazos. Habían caído tantos oficiales que los integrantes del Estado Mayor de la división fueron destinados a las unidades de combate.

El ataque americano se vio entorpecido por los pantanos que rodean el río Séves por el oeste y los que rodean al río Taute por el este. Esta circunstancia impidió rebasar las posiciones alemanas por los flancos, sin contar con que buena parte del terreno estaba demasiado embarrado para que pudieran pasar los tanques. El 37.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS, perteneciente a la división Gótz von Berlichingen, tenía que defender un cuello de botella perfecto. Pero hasta los granaderos acorazados de la SS se quejaban de que con la lluvia y con la elevada altura de la capa freática empezaban a pudrirseles las uñas de los pies, pues en sus trincheras había más de medio metro de agua.

Por otra parte, los SS-Panzergradiere más jóvenes no estaban acostumbrados a la comida. Había leche, mantequilla y filetes en abundancia, pero no tenían ni pan ni pasta. Una semana antes de que diera comienzo la ofensiva de los americanos, habían recibido por primera vez correo desde que empezara la batalla. Tras el costoso combate en Carentan, había sido preciso devolver a las familias y a las novias en Alemania muchas cartas con el sello: «Caído por la Gran Alemania». Aquel día fue testigo también de la llegada de los primeros destacamentos de la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich, bastante maltrechos después de su larguísima viajata al norte.

Aunque el ataque en el extremo oeste progresó con lentitud al principio, los alemanes sufrieron una guerra de desgaste bajo el incesante bombardeo de la artillería americana. Incluso el ataque sorpresa llevado a cabo por una parte de la división de la SS Das Reich el día 6 de julio contra la internada de los americanos en el bosque de Mont Castre fue aplastado rápidamente por la artillería. Como todas las prioridades iban dirigidas al frente de Caen, el LXXXIV Cuerpo de ejército alemán recibía pocos refuerzos y pocos pertrechos con los que reemplazar las pérdidas. Las bajas sufridas por la Wehrmacht en Normandía hasta el 25 de junio alcanzaban la cifra de 47.070 hombres, entre ellos seis generales. Pero la eficacia de los alemanes en la defensa provocó una amarga admiración entre sus adversarios. «A los alemanes no les han quedado muchas cosas», dijo un oficial, «pero, ¡por todos los diablos!, saben utilizarlas bien». 6

La presión constante que mantenían los americanos significó que Choltitz no tuviera ocasión alguna de replegar a sus unidades para que descansaran y se reorganizaran. Su única reserva era un simple grupo de combate integrado por algunos elementos de la división Das Reich y del 15.º Regimiento Paracaidista. Choltitz calculaba que su cuerpo perdía a razón de un batallón y medio al día a manos de la artillería y de los ataques aéreos de los americanos. Consideraba grotesca la orden del OKW en el sentido de que la retirada no debía llevarse a cabo de ninguna manera. De ese modo, con el consentimiento de Hausser, enviaba informes falsos a sus superiores para ocultar algunas pequeñas retiradas. El cuartel general del 7.º Ejército de Hausser advirtió a Rommel que la caída del flanco más occidental empezaba a ser una posibilidad muy clara debido al poderío de la artillería y de la aviación americana. Los constantes ataques contra los cruces de carreteras y los nudos ferroviarios hacían que a los alemanes les resultara muy difícil reabastecer de bombas de artillería a

sus fuerzas situadas en la zona del Atlántico.

Los hombres de Choltitz, la mayoría de los cuales llevaban en acción más de un mes, estaban agotados. «Después de casi tres días sin dormir», escribía a su familia un Obergefreiter de la 91 Luftlande División (Infantería Aerotransportada), «hoy he podido dormir diez horas seguidas y ahora estoy en una granja en ruinas que, antes de tener la mala suerte de ser bombardeada, debió de ser muy grande. Realmente la escena es terrible. Las vacas y las aves de corral yacen a mi alrededor, muertas a consecuencia de las explosiones. Las personas fueron enterradas, al parecer, aquí al lado, y entre los escombros están sentados nuestros rusos que han encontrado algo de aguardiente y cantan como pueden Esgeht alies vorüber ("Todo pasará"). ¡Ay, ojalá hubiera pasado todo ya! ¡Ojalá la humanidad recobrara la razón! Yo desde luego no puedo aceptar toda esta confusión y esta guerra tan cruel. En el este me afectaba menos, pero en Francia es algo que no puedo comprender. Lo único bueno aquí es que hay suficiente comida y bebida... Sigue haciendo un tiempo de perros y es un verdadero fastidio. Pero no impide que la guerra siga su curso; lo único es que la maldita aviación no da tan fuerte. Además ahora tenemos artillería antiaérea, y por lo tanto a los americanos ya no les parece un deporte eso de andar volando por aquí, como ocurría al comienzo de la invasión. Realmente era terrible».

Los alemanes esperaban que el principal ataque de los americanos se produjera por el oeste, pues era a todas luces el sector peor defendido. Pero Bradley consideraba su principal objetivo la ciudad de Saint-Ló. Pensaba que su captura era esencial «para ganar un terreno adecuado desde el cual lanzar la Operación Cobra». 9 La Operación Cobra debía ser el ataque masivo hacia el sur con el fin de salir finalmente del bocage y de internarse en Bretaña. Pero primero tenían que arrinconar a los alemanes al sur de la carretera Bayeux-Saint-Lo y despejar el punto de partida de la operación a lo largo de la carretera que iba de Saint-Ló a Périers.

La mañana del 7 de julio había mucha niebla y el cielo estaba encapotado. Ese día dio comienzo la batalla de Saint-Ló con el ataque de la 30.ª División de Infantería, cuyo objetivo era eliminar a los defensores alemanes al oeste del río Vire. Los americanos tuvieron que enfrentarse a los pantanos y a los setos vivos del bocage, además de abordar las escarpadas riberas del Vire. Frustrado por la lentitud de su avance, Bradley decidió enviar además a la 3.ª División Aerotransportada en un intento de acelerar las cosas. 10

La unidad entró en acción esa misma noche, cuando cuarenta y cinco vehículos cruzaron el Vire para atacar Saint-Gilíes, al oeste de Saint-Ló. Pero al día siguiente se comprobó que la operación era demasiado ambiciosa. La 30.ª División no había conseguido despejar la zona y las dos divisiones no tardaron en verse metidas en un buen lío, pues sus movimientos no habían sido coordinados de antemano. Los tres destacamentos especiales de la 3.ª División Acorazada se vieron de pronto avanzando parcela a parcela en vez de extenderse en todos los sentidos como Bradley había previsto. Vivieron una sangrienta primera experiencia cuando doce tanques Sherman fueron puestos fuera de combate casi en el momento mismo en el que aparecieron por el hueco abierto en un seto. 11 La munición de los tanques americanos, además de tener menos poder de penetración, producía mucho más humo que la alemana, lo que suponía una grave desventaja para ellos en la lucha entre los setos. Por otro lado, a menudo aparecían soldados alemanes aislados deseosos de rendirse. Un ingeniero de combate de la 3.ª División Acorazada se retiró a orinar junto a un espeso matorral en el seto de un huerto. Para mayor sorpresa y alarma suya, apareció de pronto un alemán empapado de agua. El ingeniero cogió su fusil, que había dejado apoyado en el tronco de un árbol, pero el alemán no hacía más que sacar de su cartera fotografías de su mujer y de sus hijos, en un intento por convencerle de

que no le disparara.

No paraba de decir: «Meine Frau und meine Kinder!».

Otros ataques alemanes desde el oeste vinieron a demostrar que una Kampfgruppe de la 2. a División Acorazada de la SS Das Reich había sido trasladada a ese sector. Los aviones de reconocimiento localizaron asimismo una gran fuerza blindada que se acercaba desde Le Béný-Bocage, a casi cincuenta kilómetros al sureste de Saint-Ló. Las interceptaciones de Ultra daban a entender que correspondía casi con toda seguridad a una parte de la Panzer-Lehr-Division traída desde el frente de Caen. Fueron enviados dos escuadrones de P-47 Thunderbolt a cortarle el paso.

El 9 de julio continuó cayendo una lluvia intermitente, que dificultó los vuelos de reconocimiento y los ataques de los cazabombarderos. Los pobres soldados de infantería estaban además empapados de agua y cubiertos de barro cuando reanudaron el ataque a las 07:00. La llegada de la Panzer-Lehr-Division reveló, sin embargo, de manera clara que los alemanes estaban planeando un contraataque. Los informes recibidos esa mañana vinieron a confirmar que «muchos tanques» avanzaban desde el oeste de Saint-Ló. Las bazookas y los cañones antitanque fueron trasladados rápidamente a la posición de las tropas de primera línea y la artillería se preparó para el ataque, pero los americanos no lograron detener su avance.

A continuación se organizó un auténtico caos cuando los primeros tanques Sherman del Comando de Combate B llegaron a Pont Hébert y se equivocaron en la lectura de los mapas. En vez de girar hacia el sur, torcieron otra vez hacia el norte por la carretera principal que conducía a Saint-Jean-de-Daye. Este error los llevó de nuevo a la dirección por la que avanzaba la 30. a División, que había sido avisada de que contara con el ataque de tanques enemigos. En realidad fueron el 823.º Batallón de Tanques Destructores y algunas baterías antiaéreas autopropulsadas los que avistaron la columna perdida y le cortaron el paso de inmediato. Los dos primeros Sherman fueron puestos rápidamente fuera de combate y se desencadenó un feroz tiroteo que sembró el pánico entre las tropas aún novatas de la 30. a División cuando empezaron a correr rumores que hablaban de un importante avance de los blindados alemanes. Se tardó algún tiempo en arreglar aquel «terrible lío», 13 pero los tanques de la 3. a División Acorazada giraron por fin hacia el sur y vinieron nuevas tropas para estabilizar las líneas a uno y otro lado de la carretera de Pont Hébert.

La jornada tampoco fue muy bien por el flanco derecho. El 120.º Regimiento de Infantería y el 743.º Batallón de Tanques cayeron en una emboscada muy bien preparada por unos carros blindados Panther y los granaderos acorazados de la división Das Reich. Los granaderos de la Waffen-SS entablaron un combate cuerpo a cuerpo con los tanques americanos; algunos se aprestaron incluso a subir a bordo de los acorazados, mientras que los comandantes de éstos intentaron rechazarlos con las ametralladoras pesadas montadas en lo alto de las torretas. Un batallón del 120.º de Infantería se vio casi rodeado y a punto estuvo de salir despavorido «debido al elemento de pánico que empezó a apoderarse de los soldados relativamente bisonños». 14 Las tropas de reserva y los soldados sin cometido específico asignado cedieron al miedo, que «precipitó una retirada frenética hacia el norte en toda clase de vehículos, blindados y de otro tipo».

Sólo la enérgica actuación de los oficiales y suboficiales impidió que las compañías de primera línea salieran huyendo. Los americanos habían perdido en total trece tanques Sherman. Su infantería también había sufrido ese día el doble de pérdidas que los alemanes. Sólo el prodigioso apoyo de su artillería, que lanzó casi nueve mil obuses desde el amanecer, evitó un desastre absoluto.

El 10 de julio, el VII Cuerpo, encerrado entre los pantanos y el río Taute, realizó un esfuerzo más por avanzar hacia el suroeste cruzando la carretera de Carentan-Périers. Se consiguieron algunos

éxitos aislados, pero a los americanos seguía resultándoles imposible salir de aquel cuello de botella. A la 83.ª División le había costado cuatro días de duros combates avanzar menos de dos kilómetros. Un oficial de la 4.ª División describía la situación como «una triste semana de auténtica desesperación para la infantería», al tener que luchar en los pantanos de isla en isla «en aquel país abominable», a veces con el agua hasta los tobillos, otras caminando por el agua con los fusiles por encima de la cabeza. Los hombres estaban agotados. «En cuanto cualquiera de nosotros consigue sentarse, se queda dormido o cae en una especie de letargo.» 15 La profesionalidad militar de los alemanes contribuyó también a que los americanos no pudieran calcular las bajas sufridas por el enemigo. Los alemanes recogían a sus muertos por la noche y se llevaban consigo los cadáveres cuando se retiraban.

El general Barton, comandante de la 4.ª División, escribió: «Los alemanes aguantan ahí simplemente por las agallas que tienen sus soldados. Los superamos en número en una proporción de 10 a 1 en infantería, de 50 a 1 en artillería y en una cantidad absolutamente infinita en aviación». Barton quería que los comandantes de sus unidades convencieran a sus hombres de «que tenemos que pelear por nuestro país con tanto denuedo como los alemanes pelean por el suyo».[32] 16 Un informe sobre interrogatorios efectuados a prisioneros de guerra afirmaba que los alemanes «no tienen la menor consideración por las cualidades de combate del americano medio». Los Rangers y las tropas aerotransportadas eran respetadas. Los alemanes estaban profundamente bien adoctrinados por la propaganda. Un prisionero de diecinueve años perteneciente a las Juventudes Hitlerianas y destinado a la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS estaba convencido de que los americanos estaban en una situación desesperada, de que las fuerzas alemanas habían recuperado Cherburgo, y de que Alemania iba a acabar con los aliados occidentales y luego iba derrotar al Ejército Rojo.

Para fomentar el odio, los oficiales del Estado Mayor de Guía Nacionalsocialista, equivalentes a los comisarios políticos soviéticos, hacían hincapié en la destrucción de las ciudades de Alemania y en el asesinato de mujeres y niños por los «ataques terroristas» de la aviación. Su argumento fundamental era que los aliados pretendían barrer del mapa a la «raza germánica». La derrota supondría la aniquilación de su patria. Las octavillas de propaganda de esta organización dirigidas a las tropas aliadas planteaban las siguientes preguntas:

«¿Qué venís a hacer a Europa? ¿Defender a América?... ¿Morir por Stalin... e Israel?». Todo ello formaba parte del argumento fundamental de los nazis según el cual el «Amerikanismus» hermanaba al «plutócrata judío» de los Estados Unidos con el «bolchevique judío» de la Unión Soviética.

Incluso los soldados alemanes que querían rendirse temían hacerlo. La propaganda nazi los había convencido de que no iban a estar seguros en una Inglaterra bombardeada por las nuevas armas secretas. «Caer prisionero es también una cuestión espinosa», escribía un Obergefreiter. «Muchos estaban dispuestos a dejarse capturar, pero temían la VI y la V3.» 19 Tres días después escribía a su familia, preocupado todavía por los peligros que comportaría la rendición si Alemania realmente ganaba la guerra. «Hoy he estado hablando con un veterano del frente oriental, quien me ha contado que aunque en el este la situación era dura, nunca lo fue tanto como aquí.» Si un soldado alemán «se pasa al enemigo... su familia no recibe apoyo alguno y cuando venzamos la guerra, el soldado será entregado y ya verá lo que le pasa». 20

Como en cualquier otro ejército, la actuación en combate de las tropas americanas de los distintos batallones fue muy variada. Durante las batallas del bocage, algunos reclutas empezaron a vencer su terror a los Panzer alemanes. El soldado Hicks, del 22.º de Infantería, integrado en la 4.ª a

División, logró destruir tres tanques Panther en tres días con su bazooka. Aunque murió dos días después, la confianza en las bazookas como arma antitanque siguió aumentando. El coronel Teague, del 22.º de Infantería, oyó contar una anécdota a uno de sus hombres encargados de manejar la bazooka. «Mi coronel, aquel tío era un gran hijo de puta. Parecía que toda la carretera estaba llena de tanques. Seguía avanzando y parecía que fuera a destruir el mundo entero. Disparé tres veces y el hijo de puta no paraba.» El hombre hizo una pausa, y Teague le preguntó qué había hecho entonces. «Me fui corriendo por detrás y disparé. Entonces se detuvo.» Algunos oficiales jóvenes estaban tan animados con la idea de hacer cacerías de Panzer que hubo que ordenarles que dejaran de hacerlo.

En cinco días de combates en los pantanos y en el bocage, sin embargo, el 22.º de Infantería sufrió 729 bajas, entre ellas el oficial al mando de un batallón y cinco jefes de compañías de fusileros. «A la Compañía G le quedaban sólo cinco suboficiales que llevaran con la unidad más de dos semanas. Cuatro de ellos, según el sargento primero, habían sufrido episodios de fatiga de combate y no se habría tolerado que continuaran como suboficiales si hubiera habido otros a quienes echar mano. Debido a la falta de suboficiales eficaces, el oficial al mando de la compañía y el sargento primero tenían que recorrer el campo y sacar a los hombres de sus trincheras a puntapiés cuando arreciaba el fuego, sólo para que volvieran a esconderse de nuevo en ellas en cuanto se habían ido.»

Al este del Taute, la 9.ª y la 30.ª División, integradas en el XIX Cuerpo de Ejército, aguardaban con nerviosismo la llegada de la Panzer-Lehr-Division. El hecho de que no se efectuaran labores de reconocimiento aéreo el día 10 de julio debido a la mala visibilidad había permitido a la Panzer-Lehr-Division avanzar sin que nadie se lo impidiera y llegar esa misma noche a sus zonas de reunión. El plan de los alemanes era forzar a las dos divisiones americanas a cruzar de nuevo el canal del Vire y luego atacar directamente Carentan. La Panzer-Lehr-Division había empezado siendo la mejor equipada y mejor entrenada de todas las formaciones alemanas en Normandía, pero había perdido más de dos terceras partes de sus efectivos combatiendo contra los británicos en el frente de Caen.^[33]

Los hombres de Bayerlein estaban también cansados, pues nunca los habían sacado de la línea de combate para que se tomaran un descanso. Cuando Bayerlein protestó en este sentido ante el cuartel general del 7.º Ejército, le dijeron que no se preocupara, pues los americanos eran soldados muy flojos. Bayerlein advirtió a Choltitz que la Panzer-Lehr-Division «no estaba en condiciones de llevar a cabo un contraataque». Parece que Choltitz replicó que era un mentiroso, «como todos los comandantes de fuerzas acorazadas», y que debía atacar de todas maneras.

Bayerlein no exageraba en lo tocante al estado en que se encontraba su división cuando salió del sector británico. Geyr von Schwep-penburg escribía: «Debido a su estado de agotamiento, el I Cuerpo Acorazado de la SS consideraba que la división se encontraba en una situación crítica». Bayerlein no tuvo más opción que dividir los tanques, los granaderos acorazados y la artillería de que disponía en tres grupos de combate. El más fuerte debía atacar desde Pont-Hébert, el segundo por la carretera de Coutances a Le Désert, y el tercero desde el bosque de Hommet hacia Le Mesnil-Véron.

Durante la noche del 10 de julio, la infantería americana que ocupaba las posiciones adelantadas informó que se sentía ruido de tanques, y a primera hora del 11 de julio, algunas unidades de la Panzer-Lehr-Division empezaron a atacar en las colinas boscosas situadas al sur de Le Désert y contra un batallón del 120.º de Infantería en la Colina 90, cerca de Le Rocher. Aunque algunos tanques Mark IV lograron penetrar en las posiciones americanas, los equipos de *bazookas* se ocuparon de ellos con bastante diligencia en unas cuantas acciones aisladas.

El ataque alemán desde Pont-Hébert a lo largo de la margen izquierda del Vire fue también rechazado con bazookas y con la ayuda de tanques destructores. Una fuerza especial de la 3.ª División Acorazada vino en su ayuda, pero seis de sus vehículos fueron alcanzados por los cañones de asalto alemanes que disparaban desde la margen derecha del río. En el otro flanco, la 9.ª División trajo a su vez refuerzos y tanques destructores. A las 09:00 del 11 de julio, los cazabombarderos americanos fueron desviados de otra misión para que atacaran los vehículos blindados de la Panzer-Lehr-Division que avanzaban hacia el noreste por la carretera de Le Désert.

Unos cuantos kilómetros más al oeste, otros grupos de tanques destructores lograron tender una emboscada a los Panther que venían en su dirección. Aunque a menudo se necesitaban varios disparos para dejar completamente fuera de combate a un Panther, los tripulantes de los tanques destructores lucharon haciendo gala de un control de sí mismos realmente impresionante. En total, destruyeron doce Panther y un Mark IV. La ofensiva de la Panzer-Lehr-Division se paró por completo cuando la Kampfgruppe central fue avistada al sur de Le Désert y luego bombardeada por la artillería de la 9.ª División y atacada por los Thunderbolts P-47 y los Lightnings P-51. La Panzer-Lehr-Division había quedado terriblemente maltrecha, con la pérdida de veinte tanques y cañones de asalto y casi 700 hombres.

Bayerlein echó la culpa del desastre al agotamiento de sus hombres y a lo poco apropiada que resultaba la lucha de los Panther Mark IV entre los setos vivos, que reducían su principal ventaja, esto es, la capacidad de disparar a larga distancia. Como tenía un cañón muy largo, resultaba también difícil girar la torreta. Más acertado quizá sería decir que las tropas americanas que participaron en el combate mostraron gran valor y una enorme determinación. No se vio casi ni rastro del pánico que se había producido dos días antes. 26 Al mismo tiempo, el ataque de la debilitada Panzer-Lehr-Division no puede compararse en absoluto con la fuerza de las divisiones acorazadas de la SS que opusieron resistencia a los británicos.

Este breve esbozo de los acontecimientos no puede reflejar en modo alguno la realidad de los combates en el bocage. Los alemanes los describían como un «schmutziger Buschkrieg», una «guerra sucia entre los arbustos», pero reconocían que la mayor ventaja la tenían ellos en cuanto defensores. El miedo suscitado por la lucha en el bocage provocó un odio como no había existido nunca antes de la invasión. «Los únicos soldados alemanes buenos son los muertos», escribía un soldado de la 1.ª División de Infantería en una carta a su familia allá en Minnesota. «De hecho no he odiado nunca tanto a nadie. Y no es como consecuencia del discurso de ningún jefe. Creo que estoy perdiendo un poquito la chaveta, ¿pero quién no la pierde? Probablemente es lo mejor que nos puede pasar». No obstante, la brutalidad de los combates tenía ciertos límites no declarados verbalmente. Ninguno de los dos bandos recurrió a las balas expansivas o dumdum, conscientes de que, si lo hubieran hecho, el adversario les habría pagado con la misma moneda.

Los americanos no estaban preparados para la espesura del bocage, para la altura de los árboles de los setos y los duros y elevados terraplenes en los que crecían. Durante los entrenamientos habían supuesto que los setos eran como los del sur de Inglaterra. El general Collins, del VII Cuerpo, dijo a Bradley que la experiencia del bocage era tan mala como cualquiera de las que hubiera podido pasar en Guadalcanal. Y el propio Bradley comentó que era «el país más asqueroso que he visto». Ni siquiera el ejército británico había hecho caso de las advertencias del mariscal Brooke. Éste había experimentado personalmente lo que eran aquellos campos durante la retirada de 1940 y había previsto las dificultades que podían representar para el atacante.

Especialmente los soldados recién llegados se sentían desorientados y sobrecogidos por la

imposibilidad de avistar al enemigo cuando avanzaba por los pequeños campos cercados. Habían olvidado las enseñanzas básicas de todo entrenamiento de infantería. Su instinto, cuando se veían acosados por la artillería o el fuego de mortero de los alemanes, era tirarse al suelo o recular en busca de algún refugio, en vez de seguir adelante y cargar, actitud que en realidad resultaba menos peligrosa. El disparo de un solo fusilero alemán desde lo alto de un árbol daba lugar con demasiada frecuencia a que los hombres de toda una unidad se echaran cuerpo a tierra, donde ofrecían un blanco mucho más fácil. Los alemanes eran aficionados a provocar esa situación deliberadamente, para disparar a continuación una densa cortina de fuego de mortero contra los soldados cuando estaban indefensos en el suelo. «Seguid andando si queréis seguir con vida», era el eslogan adoptado por el cuartel general de Bradley como instrucción para todo el mundo. Se advirtió a los oficiales y suboficiales que no debían echarse cuerpo a tierra, pues el resto de la unidad habría seguido su ejemplo. Una actitud agresiva daba lugar a que se produjeran menos bajas, pues los alemanes se quedaban perplejos al ver que el enemigo seguía avanzando hacia ellos. Y se hizo hincapié en la importancia del «fuego en marcha». Con ello quería decirse que había que disparar constantemente contra cualquier presunto escondite mientras se avanzaba, y no esperar a tener un objetivo identificado.

Se aconsejaba a los soldados que, si eran heridos por un francotirador, permanecieran en silencio. Sin duda el tirador no malgastaría otro cartucho en un cadáver, pero seguramente volvería a disparar si el herido intentaba recular a rastras. Los francotiradores alemanes escondidos en los árboles a menudo se ataban al tronco para no caer en caso de resultar heridos. Ninguno de los bandos daba cuartel a los francotiradores. Otro escondite favorito en campo abierto eran los almiarés. Esta práctica, sin embargo, se desechó enseguida cuando los soldados americanos y británicos aprendieron a disparar balas trazadoras con las que prendían fuego a la paja, para luego abatir al tirador oculto cuando intentaba escapar.

La puntería de los alemanes no solía ser muy buena, sobre todo debido a la falta de entrenamiento de los soldados cuando habían estado destinados en el Muro Atlántico. Pero el temor que inspiraban a los americanos era desproporcionado en comparación con el número de bajas infligidas. El fuego de mortero producía tres veces más heridos y más muertos que los disparos de fusiles o las ráfagas de ametralladora. La mayoría de las unidades alemanas disponían de muy pocos tiradores de precisión provistos de mira telescópica, pero ello no impedía que los aterrorizados soldados de infantería americanos estuvieran convencidos de que cualquier fusilero escondido era un «francotirador». «No debería exagerarse la amenaza de los francotiradores», insistía en una circular el cuartel general del I Grupo de Ejército norteamericano. A los francotiradores había que responder con otros francotiradores, no mediante «fuego indiscriminado». Un miedo similar hacía que cualquier tanque alemán se convirtiera en un Tiger y que cualquier cañón campaña se transformara en un cañón de 88 mm.

Al igual que los ingleses en el frente de Caen, los americanos descubrieron que los alemanes eran muy buenos en todo lo concerniente a las técnicas de camuflaje y ocultación. Cortaban ramas frescas para ocultar los cañones y los vehículos blindados a la vista de los aviones y de las fuerzas de tierra. Sus soldados estaban acostumbrados a disimular las elocuentes huellas de los vehículos blindados, e incluso intentaban levantar de nuevo la hierba o el grano que habían aplastado a su paso. Además la infantería alemana no se limitaba a cavar pequeñas trincheras. Se enterraban «como si fueran topes», cubriéndose la cabeza contra las andanadas de la artillería y abriendo túneles bajo los setos. La pequeña abertura en el terreno que dejaban les proporcionaba el hueco ideal desde el que cortar el avance de una unidad americana con el disparo rápido de un MG 42.^[34]

En el frente oriental los alemanes habían aprendido de los bombardeos soviéticos a minimizar sus pérdidas en defensa. Aplicaron con mucha eficacia esas lecciones en Normandía. Su primera línea no era más que una pequeña pantalla de posiciones de ametralladoras. Varios cientos de metros más atrás estaba preparada una línea de posiciones bastante más sólidas. Luego una tercera línea todavía más atrasada contaba con una fuerza dispuesta a contraatacar rápidamente.

Los alemanes sabían muy bien que el mejor momento para pillar desprevenidas a las tropas británicas y americanas era justo después de que éstas hubieran tomado una posición. Habitualmente se infligían en ese momento más bajas que durante el ataque original. Los soldados aliados eran muy lentos a la hora de abrir nuevas trincheras y a menudo se limitaban a utilizar los hoyos y las zanjas cavadas por los alemanes. En muchos casos esas posiciones estaban provistas de trampas explosivas, pero además siempre podían estar localizadas de antemano como objetivo por los batallones de apoyo de la artillería alemana, dispuestos a abrir fuego en cuanto sus hombres emprendían la retirada. Una y otra vez, las tropas aliadas fueron pilladas desprevenidas. Agotados por el ataque y ufanos por el éxito obtenido, los soldados no encontraban demasiado atractiva la idea de ponerse a cavar frenéticamente nuevas trincheras. A la infantería británica y a la americana les costó mucho tiempo y muchas muertes innecesarias aprender a seguir la máxima del ejército alemán según la cual «el sudor ahorra mucha sangre».

Combatiendo contra el Ejército Rojo los veteranos del frente oriental habían aprendido casi todas las triquiñuelas imaginables. Si había socavones producidos por el estallido de una bomba en los accesos a sus posiciones, colocaban en el fondo minas antipersona. El instinto del atacante lo habría llevado a arrojarle en el hoyo para buscar protección ante el fuego de ametralladoras o de mortero. Si abandonaban una posición, no sólo preparaban trampas explosivas en sus refugios subterráneos, sino que dejaban también una caja de granadas, varias de las cuales habían sido manipuladas para reducir el tiempo de demora a cero. También eran expertos en esconder en las cunetas minas de fragmentación, llamadas por los americanos Bouncing Betty o «minas castradoras» porque, al activarse, se elevaban hasta la altura de la entrepierna antes de estallar. Y tendían cables bien tirantes a la altura del cuello en los caminos usados por los jeeps con el fin de decapitar a los conductores distraídos que pasaban por allí. Los americanos enseguida se acostumbraron a soldar una barra en forma de «L» invertida en la parte delantera de los vehículos descubiertos con el propósito de enganchar y cortar los cables.

Otra treta que utilizaban los alemanes cuando los americanos lanzaban una ofensiva por la noche consistía en disparar con una ametralladora balas trazadoras por encima de las cabezas de sus atacantes. De ese modo conseguían que los soldados enemigos siguieran avanzando erguidos, y ellos podían luego abrir fuego a menor altura con munición normal. En todos los ataques, las tropas británicas y americanas se mostraron incapaces de adaptar su avance a la cortina de fuego de su artillería. Los soldados recién llegados se rezagaban dando por supuesto que el enemigo habría sido aniquilado por la explosión de bombas u obuses, cuando de hecho lo que probablemente ocurría era que quedaba temporalmente aturdido o desorientado. Los alemanes se recuperaban enseguida, de modo que era preciso aprovechar la ocasión con rapidez.

Los tanques que apoyaban los ataques eran utilizados para sofocar la espesa cortina de fuego de ametralladora proveniente de cualquier posible posición provista de esta arma, especialmente en los extremos más alejados de cada parcela. Pero también causaban bastantes bajas en su propia infantería, especialmente cuando la ametralladora de proa disparaba desde un nivel más bajo. Las unidades de infantería a menudo solían gritar pidiendo el apoyo de los tanques, pero a veces, cuando sus carros blindados aparecían sin que nadie los hubiera llamado, se indignaban. La presencia de

tanques casi siempre atraía el fuego de la artillería o de los morteros alemanes.

El Sherman era una bestia muy ruidosa. Los alemanes decían que siempre sabían cuándo iba a producirse un ataque americano por el sonido de los motores de los tanques. Los tripulantes de los carros blindados británicos y americanos podían correr muchos peligros. El cañón antiaéreo de 88 mm utilizado contra un objetivo terrestre tenía una precisión aterradora, incluso a más de un kilómetro de distancia. Los alemanes los camuflaban en cualquier colina bien atrás, de modo que pudieran disparar contra los setos situados a sus pies. En el terreno cerrado del bocage, los grupos cazatanques alemanes con el lanzagranadas Panzerfaust al hombro se escondían y aguardaban el paso de las columnas de carros blindados americanos, y luego disparaban contra ellos por detrás, esto es, contra la parte por la que eran más vulnerables. En el frente de Saint-Ló, el teniente Richard Schimpf, de la 3.ª División Paracaidista, comentó cómo sus hombres empezaron rápidamente a coger confianza y a perder el Panzerschreck, es decir, el miedo a los tanques, tras inutilizar a los Sherman en los combates de proximidad. 34 Otros se acercaban arrastrándose a los blindados y arrojaban contra ellos bombas adhesivas, semejantes a las granadas Gammon usadas con ese mismo fin por los paracaidistas americanos. Algunos se encaramaban incluso a los tanques, si lograban acercarse a ellos sin ser vistos, e intentaban lanzar granadas por la escotilla. No es de extrañar que a las compañías de Sherman no les gustara moverse por el bocage sin tener el flanco guardado por la infantería.

Los alemanes solían colocar un cañón de asalto o un tanque al final de un largo trayecto en línea recta para tender emboscadas a cualquier Sherman que intentara seguir ese camino. Esto obligaba a los tanques a internarse en los pequeños campos de cultivo. Incapaz de ver casi nada a través del periscopio, el comandante del tanque tenía que sacar la cabeza por la escotilla de la torreta para mirar, ofreciendo un blanco perfecto para cualquier fusilero o cualquier ametralladora clandestina.

Otro peligro era la presencia de un blindado alemán escondido en un sendero hundido entre los setos. La supervivencia dependía de la rapidez de las reacciones. Las torretas de los tanques alemanes giraban con mucha lentitud, de modo que siempre había la oportunidad de librarse del primer tiro. Si no tenían preparado un proyectil capaz de perforar el blindaje en la recámara, el disparo de una bomba de fósforo blanco podía cegar al tanque enemigo o incluso causar el pánico entre sus tripulantes obligándolos a abandonar el vehículo.

En los campos rodeados de setos era donde los tanques resultaban más vulnerables cuando entraban o salían de una parcela por cualquier hueco evidente. Se intentaron diversos métodos de evitar el peligro. La infantería que acompañaba a los carros blindados intentaba abrir brechas en los setos con torpedos Bangalore, pero este recurso rara vez resultaba eficaz, debido a la solidez del suelo y al tiempo que se tardaba en meter la carga bajo tierra. Los ingenieros utilizaban explosivos, pero se necesitaban cantidades enormes.

La solución perfecta la descubrió por fin el sargento Curtis G. Culin, del 102.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería, integrado en la 2.ª División Acorazada. Un soldado propuso la idea de montar en la parte delantera del tanque unos dientes de acero que le permitieran perforar el seto. La mayoría de los presentes se echaron a reír, pero Culin desarrolló la idea soldando un par de vigas cortas de acero en la parte frontal del Sherman. El general Bradley vio una demostración. Inmediatamente dio la orden de que el acero de los obstáculos de playa alemanes fuera cortado en trozos con esa finalidad. Nació así el tanque «rinoceronte». Con un buen conductor, se tardaba menos de dos minutos y medio en abrir un agujero entre el terraplén y el seto.

Uno de los pasatiempos más importantes, pero también menos agradables que había en el bocage era patrullar de noche. Habitualmente había un sargento al frente de la patrulla, cuya finalidad

era o intentar capturar algún prisionero para su interrogatorio, o simplemente establecer una presencia en primera línea en caso de que se produjera un ataque por sorpresa. Los paracaidistas alemanes del frente de Saint-Ló solían escabullirse por la noche para lanzar granadas. Se inventaron muchas anécdotas acerca de esta actividad. «Hablé con un número suficiente de hombres», escribe el historiador Forrest Pogue, «para dar crédito a la historia acerca de un alemán y una patrulla americana que, en virtud de un pacto de caballeros, pasaron varios días visitando sucesivamente a intervalos regulares una bodega situada en tierra de nadie». Oyó contar también a un jefe de patrulla que su grupo «comunicó que estuvieron tres días aislados por el enemigo mientras gozaban de los favores de dos rollizas jóvenes francesas en una granja». 36 Pero aunque las anécdotas fueran ciertas, serían sólo excepciones. Eran muy pocos los hombres, especialmente si eran originarios de una ciudad, a los que les gustara abandonar la reconfortante compañía de su unidad. Los pelotones americanos solían patrullar también por la noche para que los «reemplazos» recién llegados probaran lo que era el frente. Pero para un sargento al mando de unos cuantos reclutas aterrorizados dispuestos a disparar contra cualquier cosa en la oscuridad, una patrulla nocturna era la peor tarea que le podía caer.

La burocracia militar americana trató todo el sistema de «reemplazos» con una falta de imaginación brutal. El propio término «reemplazo», que indicaba que el interesado iba heredar los zapatos de un muerto, no podría haber sido peor elegido. Se tardó varios meses en cambiar el término por la palabra «refuerzo». Pero el problema fundamental era que los recién llegados eran hombres mal entrenados y no estaban preparados en absoluto para lo que les aguardaba. «Nuestros jóvenes, especialmente los reemplazos que llegaron cuando lo hice yo», comunicaba un teniente de la 35.ª División, «no eran verdaderos soldados. Eran demasiado jóvenes para matar y demasiado blandos para aguantar los rigores del combate».

«Prácticamente todos los reemplazos», decía un informe de la 4.ª División de Infantería, «han llegado directamente de los centros de instrucción de reemplazos». No habían recibido ningún entrenamiento de unidad ni de campaña y, a diferencia de los reclutas que se habían preparado para la invasión en Inglaterra, nunca se habían encontrado bajo fuego de artillería procedente de una posición superior. «Muchos de los que eran presentados como especialistas nunca habían recibido instrucción alguna en la especialidad que se les atribuía oficialmente. Muchos reemplazos de infantería no habían recibido adiestramiento alguno de infantería de combate... He encontrado a algunos hombres que habían sido entrenados para ordenanzas de correos, cocineros, asistentes de oficiales, conductores de camión, etc., durante períodos de entre seis meses y un año; luego habían sido trasladados a Europa, asignados a una unidad de combate, y los habían puesto a combatir a las veinticuatro horas... En definitiva esos hombres estaban preparados de manera totalmente inadecuada, desde el punto de vista tanto psicológico como militar, para el combate.» La única ocasión de adiestrarlos que tenía la división era durante los períodos de descanso que tanto necesitaban: menos de seis días en dos semanas, pues habían desembarcado en Utah. Se trataba de una tarea imposible. Tras sufrir 7.876 bajas desde el desembarco, la 4.ª División había recibido 6.663 reemplazos.^[35] La mayoría de los suicidios fueron cometidos por reemplazos. «Justo antes de ser enviados a Francia», señalaba una enfermera de la Cruz Roja americana, «a algunos jóvenes les retiraron los cinturones y las corbatas. Eran muy, muy jóvenes».

Los reemplazos se integraban en sus unidades habitualmente por la noche, sin tener la menor idea de dónde estaban. Los veteranos les daban de lado, en parte porque su llegada se producía justo después de que hubieran perdido a algún compañero y por consiguiente no estaban dispuestos a abrir

su corazón a unos recién llegados. Además todos sabían que iban a ser los primeros en morir y los condenados a muerte eran vistos como una especie de apestados. Se trataba de una profecía destinada a cumplirse, pues a los reemplazos solían asignárseles las tareas más peligrosas. Una unidad no estaba dispuesta a desperdiciar a sus hombres más experimentados.

Muchos reemplazos quedaban conmocionados en cuanto entraban en combate. Los sanitarios se veían obligados a actuar de consejeros de los reemplazos encogidos de terror en el fondo de sus trincheras. Aquellos muchachos se hallaban convencidos de que estaban directamente bajo el fuego de la artillería debido a las intensas vibraciones del suelo como consecuencia de la caída de las bombas a cierta distancia del lugar en el que se encontraban. Los sanitarios tenían que tratar de convencerles de que sacaran la cabeza de su trinchera para comprobar que no corrían un peligro inmediato.

Cuando la compañía avanzaba, se situaba un sargento guía detrás de la unidad para detener a cualquier soldado que fuera presa del pánico. Los reemplazos eran también los que más probabilidad tenían de intentar escapar del frente autolesionándose. Habitualmente, se pegaban un tiro en el pie izquierdo o en la mano izquierda. Los más espabilados utilizaban un saco de arena o cualquier otro material para evitar las elocuentes quemaduras de cordita alrededor del orificio de entrada, pero el patrón de la herida en el pie izquierdo o en la mano izquierda era tan obvio, como observaría el general Patton, que había «una elevada probabilidad de que la herida se la hubiera infligido el propio lesionado». 40 Los que recurrían a esta treta eran relegados en los hospitales a secciones especiales, como si la cobardía fuera una enfermedad contagiosa. En cuanto eran dados de alta, se enfrentaban a una condena de seis meses en una prisión militar.

Los verdaderos héroes del bocage fueron los sanitarios. Tenían que atender a los heridos a campo abierto e intentar evacuarlos de la zona. Su única defensa era un brazalete con una cruz roja que casi siempre era respetado por los francotiradores, aunque no siempre. Los sanitarios no esperaban contar con demasiada ayuda de los combatientes, a quienes se decía que debían seguir adelante aunque sus compañeros cayeran heridos. «Los fusileros deben dejar que los médicos se encarguen de los primeros auxilios», afirmaba una instrucción del cuartel general de Bradley, poniendo como ejemplo un incidente concreto. «Cuatro reemplazos de una compañía resultaron muertos y otros ocho resultaron heridos por intentar prestar los primeros auxilios a un compañero que había caído alcanzado por una bala.» 41

Un sanitario de la 30.ª División de Infantería anotó sus experiencias. «Para tirarse al suelo con rapidez tenía uno que aprender a doblar las rodillas y a dejarse caer, en vez de hacer un movimiento deliberado para adoptar la posición de decúbito prono.» Hablaba del «rayo de esperanza» que iluminaba los ojos de los heridos cuando aparecía ante ellos. Era fácil identificar a los que estaban a punto de morir por «el color gris verdoso de la muerte que empezaba a aparecer debajo de los ojos y de las uñas. A éstos sólo podíamos ofrecerles consuelo. Los que hacían más ruido eran los heridos leves, y les enseñábamos a vendarse ellos mismos usando las compresas y las sulfamidas [en polvo] que llevaban». Él atendía a los que estaban en estado de shock o sufrían hemorragias graves. Solía ser innecesario utilizar el torniquete, «pues la mayoría de las heridas eran pinchazos y rasguños que apenas sangraban o amputaciones o lesiones producidas por fragmentos incandescentes de obuses o morteros que cauterizaban directamente la herida». 42

Su principal herramienta eran las tijeras de vendaje, utilizadas para cortar el uniforme, las sulfamidas en polvo, las compresas y la morfina. Pronto aprendió a no llevar una cantimplora extra con agua para los heridos, sino cigarrillos, pues eso era por lo general lo primero que pedían. Además pesaban menos. Las bombas que explotaban en los robles causaban la muerte a muchos

hombres, así que en cuanto veía ramas por el suelo se ponía a buscar heridos y cadáveres por los alrededores. Había grupos de trabajo encargados de trasladar los cuerpos de los fallecidos al Registro de Sepulturas. Los cadáveres solían estar rígidos e hinchados, y a veces llenos de gusanos. En algunas ocasiones se les desprendía una de las extremidades al ser levantados del suelo. El hedor era insoportable, especialmente en el depósito central. «Allí olía todavía peor, pero la mayoría de los que trabajaban en ese lugar se encontraban aparentemente bajo una influencia del alcohol tan fuerte que daba la impresión de que no les importaba.»

En una ocasión tuvo que rellenar etiquetas de «Muerto en combate» para todos los integrantes de un pelotón aniquilado por una sola ametralladora alemana. Y nunca olvidaría a un viejo sargento que murió con la sonrisa en los labios. El sanitario se preguntaba por qué. ¿Estaba sonriendo el sargento en el momento de la muerte, o pensó en algo gracioso mientras moría? Los hombres altos y corpulentos eran los más vulnerables, por fuertes que fueran. «Los soldados que realmente duraban más solían ser delgados, de menor estatura y muy rápidos de movimientos.» Los hombres se llenaban de odio contra el enemigo cuando moría un compañero, señala siempre el mismo sanitario. «Ya menudo se trataba de un odio total; cuando ocurría algo así, mataban a cualquier alemán que encontraran.» Comenta incluso que los soldados más sentimentales provenientes de comunidades rurales cubrían los ojos abiertos de las vacas muertas con trenzas de paja.

Había una clara división entre los chicos provenientes de las zonas rurales y los chicos de ciudad que no habían estado nunca en el campo. Un soldado nacido en una granja cogió una vaca, la ató a un seto y empezó a ordeñarla echando la leche en su casco. Los chicos de ciudad que había en su unidad vinieron a verlo y se quedaron mirando boquiabiertos. También quedaron gratamente impresionados cuando lo vieron poner hierbas secas y ramas delante de su posición para que los alemanes no pudieran acercarse arrastrándose sigilosamente por la noche y lanzarles granadas.

Los servicios médicos del ejército norteamericano en Normandía a veces se sintieron casi abrumados por los casos de agotamiento de combate, también llamado shock o fatiga de combate. Al principio, nadie sabía realmente cómo tratar aquel problema generalizado. El neuropsiquiatra de la 29.ª División de Infantería, el comandante David Weintrob, señala con cínico sarcasmo que fue enviado a trabajar con «un esfigmomanómetro, un juego de cinco diapasones, un martillo de percusión y un oftalmoscopio». 43

El 18 de junio, todas sus tiendas de campaña estaban llenas de soldados que sufrían agotamiento de combate. La marea de pacientes se calmó durante un período de mayor tranquilidad comprendido entre el 21 de junio y el 11 de julio, con una media de sólo ocho casos al día. Pero desde la mañana del 11 de julio, cuando comenzó la ofensiva para tomar Saint-Ló, «llegaron las lluvias», como dice Weintrob. Se producían entre 35 y 89 ingresos al día. Weintrob tenía que escuchar a pacientes que hablaban de «visiones de cañones de 88 mm por la derecha; cañones de 88 mm por la izquierda; cañones de 88 mm por encima de la cabeza». Casi la mitad de las bajas por agotamiento de combate fueron reemplazos que se vinieron abajo al cabo de menos de cuarenta y ocho horas de estar en el frente.

Weintrob tenía tantos pacientes que tuvo que trasladar a la mayoría de ellos al Primer Centro de Agotamiento Nervioso del Ejército, que pronto se vio saturado y «se negaba en redondo a admitir a nadie, excepto a los casos muy agudos de psiconeurosis de combate». Esa enorme afluencia de pacientes -«la inmensa mayoría eran casos de agotamiento físico extremo con estados leves de ansiedad»- permitió a Weintrob convencer a su comandante, el general Gerhardt, de que le permitiera abrir un nuevo centro. El diminuto, pero belicoso Gerhardt, el inventor del grito de batalla

de la división: «¡Chicos del Veintinueve! ¡Adelante!», se dejó persuadir por los argumentos de Weintrob, quien le aseguró que de ese modo podría hacer que volvieran a la línea de fuego muchos más hombres.

Weintrob tenía quince asistentes médicos que prestaban servicio en diez tiendas grandes y en otras ocho más pequeñas. Los pacientes llegaban procedentes de los centros de clasificación de bajas de primera línea. Se les daba un descanso de veinticuatro horas y una ligera sedación. Al segundo día, eran lavados y se les entregaban nuevos uniformes. Al tercer día tenía lugar un examen psiquiátrico. Los casos más agudos eran evacuados a la retaguardia. Weintrob dividía al resto en tres categorías: los que eran aptos para regresar de inmediato al servicio activo tras un breve descanso; los que estaban en condiciones de someterse a un nuevo programa de adiestramiento, y los que él clasificaba como no aptos para seguir prestando servicio de combate. Reconocía que había algunos hombres que no serían nunca capaces de librarse del shock de combate. Sencillamente serían siempre un peligro y un estorbo para sus compañeros.

Weintrob creó lo que primero se llamó el «Balneario Centro de Diversión», que básicamente era un «campamento de descanso total», con películas diarias y juegos de pelota. Pero aquello resultaba demasiado atractivo y pronto muchos hombres que sentían necesidad de descanso empezaron a fingir síntomas de fatiga de combate. Por consiguiente instauró un nuevo programa con adiestramiento en el uso de armas, prácticas de tiro y marchas de entrenamiento, cuya finalidad era restaurar la confianza militar. Se encargaban de llevarlo suboficiales que estaban recuperándose de alguna herida leve. Este programa le ayudaba también a valorar los casos dudosos. De 1.822 casos (una octava parte del total de bajas de combate no fatales), 775 hombres fueron enviados de nuevo al servicio activo. Un poco más de la mitad, 396, seguían luchando después de tres meses y medio. Weintrob calculaba que «un hombre que ha sufrido un agotamiento psicológico en dos ocasiones está perdido como combatiente eficaz».

Evidentemente la vulnerabilidad de los reemplazos era el problema más urgente que había que abordar. Weintrob y el comandante G. B. Hankins, al frente del programa de adiestramiento, pidieron a Gerhardt que cambiara el sistema de reemplazos. En vez de enviarlos a una unidad de primera línea durante la noche el primer día que llegaban, debía dejarlos en la retaguardia y ponerlos en el programa de adiestramiento hasta que el regimiento al que estuvieran asignados volviera a la reserva. Esto les permitiría realizar entrenamientos con fuego de ametralladora y de artillería procedente de una posición superior y con explosiones efectuadas a su alrededor con el fin de simular el estallido de proyectiles. Además había que integrar mejor a los reemplazos. Debía entregárseles el parche azul y gris de la división para que se lo pusieran en el uniforme antes de llegar a sus unidades. En general, casi todas las innovaciones de Weintrob fueron puestas en práctica por el ejército estadounidense ese mismo otoño.

Los oficiales alemanes, por su parte, habrían sacudido la cabeza con extrañeza ante todo aquello. Sus acosadas divisiones de Norman-día no pudieron permitirse nunca el lujo de tener unos días de adiestramiento detrás de las líneas. Los soldados recién llegados lo hacían a puntapiés. Y si se pegaban un tiro en la mano o en un pie, eran ejecutados sin dilación. El Obergefreiter de la 91. a Luftlande-Division escribía a su familia el 15 de julio que «Krammer, un chico dispuesto y valiente, hizo una tontería y se atravesó la mano con un tiro. Ahora van a fusilarlo». Su única esperanza era recibir «un buen Heimats-chuss», una herida lo bastante grave como para ser devuelto a casa. 44

17. Caen y el monte Calvario

Durante la Operación Epsom, y después de ella, Montgomery siguió su política de informar lo menos posible a Eisenhower. «Ike parece muchos menos exultante estos días», escribió el asistente de Eisenhower en su diario. 1 La «lentitud del ataque de Monty» era una de sus principales preocupaciones, y había hablado de ello con Churchill cuando la batalla estaba en su momento de mayor intensidad.

El segundo de Eisenhower, el mariscal del Aire Tedder, y el mariscal del Aire Coningham hablaron incluso de la posibilidad de relevar a Montgomery. Coningham, que estaba al mando de las Fuerzas Tácticas Aéreas de apoyo del XXI Grupo de Ejército, aborrecía a Montgomery desde la campaña del norte de África. Nunca había podido perdonar su obsesión por colgarse todas las medallas. Ahora estaba furioso por la pretensión de Montgomery de que su estrategia se desarrollaba de acuerdo con lo previsto, cuando era evidente que había fracasado al no conseguir tomar los terrenos que las fuerzas aéreas necesitaban para construir los aeródromos.

Los altos oficiales americanos comenzaban a mostrar su desdén por lo que ellos consideraban una cautela imperdonable en el frente británico. A 30 de junio el 2.º Ejército británico había sufrido 24.698 bajas desde que comenzara la invasión, mientras que los americanos habían perdido 34.034 hombres, casi un 50 por 100 más. (Las pérdidas alemanas durante ese mismo período fueron de 80.783 hombres.) El número de bajas que se produjeron durante el propio Día D había sido muy inferior al esperado, pero a partir de ese momento la situación había degenerado rápidamente. Las bajas de la infantería británica superaban en un 80 por 100 la cifra calculada de antemano, y cada vez había menos reemplazos que devolvieran a las unidades su fuerza original. 2

Además de detestar instintivamente cualquier pérdida importante a raíz de su experiencia en la primera guerra mundial, Montgomery creía tener una razón de mucho más peso para mantener una actitud de cautela en sus ofensivas. Pero no hablaba con Eisenhower de la falta de hombres. Los británicos temían perder prestigio y poder. A Churchill le preocupaba que el reconocimiento de la debilidad británica redujera su influencia sobre Roosevelt cuando llegara el momento de decidir el futuro de la Europa de posguerra. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que el XXI Grupo de Ejército de Montgomery se viera obligado a disolver la 59.ª División con el fin de reforzar otras formaciones. Y en noviembre, para mayor consternación de Churchill, la 50.ª División también tendría que ser desmantelada.

La reticencia de Montgomery a sufrir bajas en Normandía ha sido durante mucho tiempo objeto de numerosas críticas. Pero probablemente los errores sean más institucionales que personales. La desalentadora actuación de sus tres divisiones veteranas, la 7.ª Acorazada, la 50.ª Northumbrian y la 51.ª Highland, puso de manifiesto el cansancio de la guerra que sufría buena parte del ejército británico. La aversión al riesgo se había convertido en un sentimiento generalizado, y raras veces se aprovechaban las oportunidades. Los repetidos fracasos en los intentos de romper el frente alemán alrededor de Caen fueron inevitablemente en detrimento de una actitud más agresiva. Cada vez más, el 2.º Ejército en Normandía prefirió confiar en el excelente apoyo de la artillería británica y en el poder aéreo aliado. La idea de que los proyectiles más explosivos salvaban vidas británicas se convirtió casi en una adicción. Pero ni que decir tiene que no salvaron vidas francesas, como demostraría de forma harto elocuente la siguiente ofensiva lanzada por Montgomery.

La batalla por la conquista de Caen comenzó el 4 de julio con la puesta en marcha de la

Operación Windsor, consistente en un ataque preliminar de la 8.ª Brigada de Infantería canadiense con el objetivo de tomar la localidad de Carpiquet y su aeródromo, al oeste de la ciudad. Carpiquet estaba defendida por un pequeño destacamento del enemigo más odiado por los aliados, la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend. Esta batalla, con el Regimiento de la Chaudière, los Queen's Own Rifles canadienses, el North Shore y los Winnipeg Rifles sedientos de venganza, sería una de las más encarnizadas de toda la campaña de Normandía.

El pueblo y el aeródromo estaban vigilados por apenas doscientos hombres del 26.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS y cinco tanques Mark IV, que habían sido trasladados hasta allí de noche y que permanecían ocultos en los maltrechos hangares situados en el extremo sur de la pista aérea. Pero el arma más potente de los alemanes era una batería de cañones de 88 mm, que cubría el sector oriental del aeródromo. También había un batallón de artillería y varias baterías Nebelwerfer de la 7.ª Brigada de Morteros.

Los canadienses atacaron a las 05:00 horas, apoyados por la artillería pesada del buque de guerra británico Rodney y el monitor, también británico, Roberts desde una distancia de 24 kilómetros. El pueblo fue bombardeado hasta quedar reducido a escombros. Muchos de los cincuenta y tantos SS-Panzer Grenadiere quedaron enterrados vivos. Cubiertos de polvo, algunos lograron salir del montón de escombros y de vigas que se les había venido encima. Prepararon rápidamente sus armas y empezaron a abrir fuego cuando el Regimiento de la Chaudière inició el asalto. Pese a su inferioridad numérica, causaron numerosas bajas en las filas de los atacantes, pero a las dos de la tarde los restos de aquel pueblo estaban en manos de los canadienses. Los pocos prisioneros que se hicieron recibieron un trato brutal una vez concluidos los duros combates.

La artillería canadiense y los barcos de guerra también se habían dedicado a bombardear el propio aeródromo. El observador de artillería de la SS perdió la vida cuando fue agujereado por «un fragmento de veinticinco centímetros de longitud de un proyectil de artillería naval, que le quedó clavado en la espalda». Los Queen's Own Rifles, apoyados por los Sherman del regimiento de blindados Fort Garry Horse, atacaron por el extremo oriental del aeródromo, pero los cañones de 88 mm alemanes, perfectamente colocados, forzaron la retirada de los tanques canadienses. Los soldados de infantería que consiguieron llegar hasta los hangares y el cuartel alemán tuvieron que pelear muy duro, pues los fanáticos y jóvenes Panzer Grenadiere se habían instalado en bunkers y túneles. En muchos casos, los soldados de infantería canadienses pasaban por posiciones alemanas ocultas sin advertirlas, tras lo cual eran abatidos por la espalda.

Los Winnipeg Rifles avanzaron por el extremo sur del aeródromo con el respaldo de otro escuadrón y de algunos tanques lanzallamas Crocodile de la 79.ª División Acorazada. También se vieron sometidos a un fuego intenso. Las moaning minnies («minnies chillonas») de los Nebelwerfer y el batallón de artillería de la SS convirtieron el aeródromo en un escenario de muerte. Los Winnipeg Rifles y sus blindados se vieron obligados a retirarse y a buscar refugio en un bosquecillo fuera del perímetro del campo de aviación. Lo intentaron de nuevo por la tarde, pero para entonces la 12.ª de la SS había trasladado más tanques hasta allí. Los alemanes habían interceptado las transmisiones por radio de los canadienses y sabían perfectamente cuál iba a ser su siguiente paso.

Aquella noche, tras un ataque infructuoso por parte de los cazabombarderos aliados, el I Cuerpo Acorazado de la SS envió al 1.º Regimiento SS-Panzer Grenadiere de la Leibstandarte Adolf Hitler a reconquistar la localidad de Carpiquet. 4 Los hombres de la 12.ª División de la SS que habían sobrevivido en el aeródromo recibieron la orden de retirarse con sus heridos. Pero el ataque del 1.º Regimiento de Granaderos Acorazados fue contestado inicialmente por los disparos de su propia artillería, y luego por un bombardeo masivo por parte de los cañones canadienses y los barcos de

guerra aliados. Según una fuente de su propio país, al anochecer los canadienses de origen francés del Regimiento de la Chaudière perdieron los estribos y salieron a la caza de nazis, y degollaron a todos los que encontraron, «vivos, heridos y muertos». Los oficiales, pistola en mano, consiguieron al final controlar la situación. Uno de ellos escribió: «En el día de hoy ni un bando ni el otro ha hecho prisioneros». 5

Los canadienses nunca lograron conquistar Carpiquet con el plan de la Operación Windsor. Responsabilizarían de su fracaso a la 43.ª División británica por haber perdido la localidad de Verson, situada al sur del aeródromo, cuando fue atacada por parte de la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler. 6 Verson no volvería a estar en manos de los aliados hasta cuatro días más tarde, cuando se lanzó el gran ataque contra Caen.

Montgomery, perfectamente consciente de la exasperación que iba acumulándose en su contra en Whitehall, en el SHAEF y en el cuartel general del I Ejército de los Estados Unidos a las órdenes de Bradley, se dio cuenta de que no podía retrasar más el asalto a Caen. Tendría que lanzar un ataque frontal contra la ciudad. La ofensiva recibiría el nombre de Operación Charnwood. El 6 de julio, para reducir al máximo las bajas en el lado británico, decidió solicitar un bombardeo masivo por parte de la RAF con la finalidad de abrirles el paso, una posibilidad ya expuesta por Leigh-Mallory tres semanas antes. El 25 de junio Eisenhower ya le había dicho en una nota escrita lo siguiente: «Por favor, no dude en solicitar toda la ayuda aérea que pueda serle de utilidad. Cuando hay una oportunidad legítima, es nuestra obligación acosar al enemigo con todo nuestro potencial». Aquel mismo día también redactó una nota para Tedder pidiéndole que comprobara que estaba ofreciéndose apoyo aéreo «en toda su capacidad». 9

El 7 de julio el propio Eisenhower acudió a una reunión en Bentley Priory convocada por Leigh-Mallory para valorar el plan. Por primera vez, ni el mariscal del Aire Harris, jefe del Comando de Bombarderos, puso objeciones. Se acordó que 467 aviones Lancaster y Halifax atacarían esa tarde el sector norte de Caen con bombas de explosión retardada. Los que se mostraron más escépticos, aunque ninguno de ellos estuvo presente en la reunión, fueron el segundo de Eisenhower, el mariscal del Aire Tedder, y el gran enemigo de Montgomery, el mariscal del Aire Coningham. Temían que el 2.º Ejército solicitara la ayuda de los bombarderos cada vez que quisiera lanzar una ofensiva, pero la adhesión de Eisenhower al plan los obligó a acatar lo acordado y guardar silencio.

Cuando a las 20:30 horas de aquella tarde las grandes formaciones de aviones Lancaster y Halifax aparecieron unidas en el cielo de Francia, los soldados de la infantería británica y canadiense salieron de sus trincheras de un salto y comenzaron a lanzar vítores. Las dotaciones de los tanques se subieron a las torretas de sus vehículos blindados para ver mejor aquel espectáculo. «Había nubes altas, y el sol parecía teñir de rojo [los Lancaster] por todo el cielo», escribió un oficial de artillería en su diario. «Una increíble barrera de fuego antiaéreo» se erigió desde las posiciones de las baterías alemanas. Los artilleros británicos y canadienses empezaron inmediatamente a abrir fuego contra ellas para ayudar a la RAF. 10

«Pudimos apreciar cuándo los Lancaster soltaban sus bombas porque, de repente, se elevaban varios pies», cuenta un oficial médico. «Cada vez cruzaban la cortina de fuego antiaéreo más bombarderos», escribió el mismo oficial de artillería. «Una nube de humo empezó a levantarse encima del objetivo; era de un color blanco grisáceo sucio, y se deshacía en el noreste. «De vez en cuando, aunque no con mucha frecuencia, uno de nuestros aviones caía derribado. Por el norte, un Lancaster se precipitó en espiral, estrellándose por lo visto en el mar. Se abrieron varios paracaídas

que fueron descendiendo poco a poco.» Luego llegó otra oleada de bombarderos. «Las nubes del cielo de Caen se extendían al este y el sureste del horizonte. Entonces unos enfurecidos destellos empezaron a extenderse por esa misma zona mientras iba oscureciendo. ¡Qué podía animar más a nuestros muchachos!» n

Un oficial de la División Acorazada de la Guardia describió el bombardeo de Caen como «un espectáculo magnífico». La mayoría de los soldados que contemplaban ese espectáculo pensaban que la población civil había sido evacuada. «Me senté a fumar un cigarrillo junto a un río sin dejar de mirar las dos mil trescientas toneladas de bombas que caían sobre Caen a unos diez o doce kilómetros de distancia», escribió en una carta un comandante del batallón paracaidista canadiense que se encontraba al este del Orne. «¡Qué panorama tan fantástico! ¡Pobres malditos alemanes!»

Aunque la mayoría de los hombres lanzaban vítores ante el espectáculo, a unos cuantos les asaltaron las dudas. «Lo malo», escribió un capitán de los Coldstream Guards, «era que, como soldado de infantería, uno pensaba: "¿Por qué diablos están arrasándola? De ese modo se facilita su defensa"». 14 «Lo que veíamos era aterrador», contaba un miembro del Regimiento Somerset de Infantería Ligera. «La explosión de las bombas al impactar en la desolada ciudad levantaba lenguas de fuego amarillo, y el humo subía mezclándose con el polvo de los edificios devastados para formar una nube negruzca que se extendía rápidamente por el cielo del atardecer.» Mientras duraron las incursiones aéreas, pudieron sentir a unos diez kilómetros de distancia «la tierra temblar bajo sus pies como gelatina». 15

Si la tierra tembló a unos diez kilómetros de distancia, no es difícil imaginar la magnitud del bombardeo y sus efectos en la ciudad. Tiempo después se preguntó a un anciano cómo se habían vivido aquellas horas del 7 de julio. Tras pensarlo durante un rato, respondió lo siguiente: «Imagínese a una rata cosida en el interior de un balón de fútbol, un día [en el que se disputa] un partido internacional...». 16

A las quince mil personas que se quedaron en Caen a pesar de las órdenes de evacuación de los alemanes se les puede perdonar haber creído que los bombarderos tenían como blanco el centro de la ciudad en vez de la zona periférica del norte. Al parecer, muchos pensaron que el antiguo castillo era el verdadero objetivo. Muchas ventanas ya sin cristales saltaron literalmente por los aires debido a los impactos de las bombas. Los que habían corrido a refugiarse al convento de Notre Dame de Bon Secours quedaron cegados por el polvo y pudieron sentir la acrimonia del humo en sus gargantas. «Tuvimos la impresión de que estaban zarandeándonos en un barco a punto de zozobrar y de hundirse en medio de una gran tormenta.» La única vela que quedaba encendida se apagó por culpa de una onda expansiva. Con voz calmada, la madre superiora iba bendiciéndolos a todos «con una reliquia de la Veracruz».

Cada vez que se derrumbaba uno de los edificios de las inmediaciones, los enfermos que yacían en las camillas reaccionaban al estruendo y a los temblores abriendo los ojos de par en par. Las monjas les daban de beber agua con una mano mientras que con la otra iban pasando las cuentas de sus rosarios, rezando cada vez más deprisa. El ama del párroco de St. Jean-Eudes le pedía entre sollozos que la confesara rápidamente mientras se la llevaban en camilla. «Padre, vaya al jardín. He enterrado allí una camisa y una docena de pañuelos para usted. De no haberlo hecho, seguro que los habría regalado.»

Cuando acabó el bombardeo, unos jóvenes voluntarios de defensa civil llegaron al convento e instaron a todo el mundo a abandonar de inmediato aquel lugar. Salieron por la única puerta que podía abrirse. La madre superiora encabezaba la comitiva por las Fossées Saint-Julien portando el

ciborio sagrado, «una grandiosa procesión en un marco inolvidable bajo un magnífico cielo estrellado, en medio de incendios que despedían rojos destellos, de chispas que caían por todas partes y de bombas retardadas que seguían estallando». 19 Guiados por un miembro de la Defensa Pasiva, tuvieron que saltar árboles enormes que habían sido derribados por las explosiones para llegar al Bon Sauveur. Un joven regresó al convento para protegerlo de posibles saqueadores, y escondió la gran imagen de plata de Nuestra Señora de La Délivrande.

Aquella tarde en Caen quedó prácticamente destruida la Universidad de la rué Pasteur. Algunas personas que, refugiándose en sótanos viejos, pensaron estar a salvo, fueron enterradas vivas: perdieron la vida más de treinta en la rué de Geóle, y otras cincuenta en un refugio de la rué de Vaugueux. Los oficiales británicos se horrorizaron al enterarse por su equipo de asuntos civiles que habían perecido seis mil personas, pero esta cifra habría representado casi la mitad de la población que se quedó en la ciudad. Otra cifra que se barajó por aquel entonces fue la de dos mil muertos. En realidad fueron casi trescientos cincuenta individuos los que perecieron, 21 lo que sigue siendo una pérdida terrible considerando que más de tres cuartas partes de la población habían abandonado la ciudad y que la mayoría de los que se quedaron buscaron refugio en sótanos profundos. 22

Los habitantes de Caen habían temido lo peor, tras oír hablar a los oficiales alemanes de que su ciudad iba a convertirse en una especie de «Stalingrado francesa». Pero sus ánimos se levantaron al ver claros indicios de que la Wehrmacht estaba preparando la retirada. El 26 de junio las tropas de la retaguardia comenzaron a abandonar la zona. La Gestapo se presentó de nuevo para destruir pruebas de la matanza perpetrada con los prisioneros de la Resistencia. Y el 6 de julio los ingenieros alemanes empezaron a demoler las instalaciones portuarias de Caen situadas a lo largo del canal de navegación. Ese mismo día la Feldkommandantur dio de nuevo la orden de evacuación a la población que seguía en la ciudad, pero una vez más apenas se hizo caso. En Caen sólo se dejó una pequeña formación de granaderos acorazados de la Hitlerjugend.

Los bombardeos fueron un desastre por partida doble. No consiguieron destruir las posiciones alemanas del norte de Caen, pero dejaron la ciudad desolada. El temor de la RAF a bombardear a los soldados británicos que aguardaban para seguir el avance hizo que se desviara al sur la línea de bombardeo, hacia el centro de la ciudad, salvándose así las posiciones alemanas. El error fue similar al cometido por los americanos en Omaha, cuando no atinaron en bombardear las defensas de la playa. Salvo Montgomery, pocos creyeron que los bombardeos habían sido realmente efectivos desde el punto de vista militar. Las únicas tropas que por lo visto sufrieron sus consecuencias pertenecían a un destacamento de la 16.ª División de Campo de la Luftwaffe que había relevado a la 21.ª División Acorazada cerca de Lebieux, así como dos tanques y una sección de morteros de la Hitler Jugend que se encontraban en los pueblos situados al norte de Caen. Pero lo peor de todo es que, como ocurrió en Stalingrado tras el bombardeo alemán, el ataque dejó la ciudad convertida en un amasijo de escombros y cascotes que impediría el avance de los vehículos aliados y ofrecería a los alemanes un terreno ideal para desarrollar su defensa. El general Eberbach describió la ciudad como «un montón de ruinas difícil de atravesar».

Según se dijo, se decidió llevar a cabo el bombardeo a última hora de la tarde del día anterior a la ofensiva en previsión de condiciones climatológicas adversas al día siguiente. Pero los partes meteorológicos correspondientes al 8 de julio no respaldan esta explicación. E incluso teniendo en cuenta la posible efectividad de las bombas retardadas, lo cierto es que a los defensores alemanes se les dio todo el tiempo que necesitaban para reorganizarse. Las pérdidas que sufrieron las unidades británicas y canadienses que avanzaban hacia la ciudad fueron muy superiores a las esperadas, a pesar del fuego de la artillería pesada. La imagen de desolación en la que quedó convertido el

bosque de Lebisey traía a la memoria la primera guerra mundial.

La Hitlerjugend salió de sus escondites subterráneos y sus bunkeres armada con lanzagranadas Panzerfaust para cargar contra los Sherman y los Crocodile a corta distancia. Los fusileros treparon a los árboles y se ataron a sus ramas. Al parecer, su principal objetivo eran los comandantes de los carros blindados que disparaban contra la infantería. La puntería de los granaderos acorazados de la SS era a todas luces mejor que la de los soldados de las divisiones de infantería alemanas ordinarias. Sólo ese día, el East Riding Yeomanry perdió a cinco de los comandantes de sus tanques y a un jefe de escuadrón por culpa de los francotiradores enemigos.

Los camilleros que trasladaban a los heridos a la retaguardia quedaron exhaustos. «Había todo tipo de casos», contaba un miembro de la 223.ª Unidad Sanitaria de Campaña integrada en la 3.ª división de Infantería británica. «Había piernas sin pies, rodillas sin rótula, hombros sin brazos. Recuerdo a un sargento mayor que llegó con media cabeza hecha trizas, pero seguía consciente, y el oficial médico me dijo: "Dale dos gramos de morfina, enseguida acabará con él". Pero no fue así. Y heridas en el pecho, horribles heridas en el pecho. Sólo aquel día atendimos a 466 heridos británicos y a 40 alemanes». 26

En el puesto de socorro avanzado de la 210.ª Unidad Sanitaria de Campaña, los médicos y el personal de enfermería también tuvieron que atender a un sinnúmero de hombres con distintos tipos de heridas. Entre ellos a «un grupo de muchachos aterrorizados y completamente desorientados; estaban conmocionados por la batalla, eran presa de la ansiedad y no paraban de dar alaridos en una esquina». «Varios soldados heridos de la SS fueron conducidos hasta allí; eran un puñado de tipos duros y sucios. Algunos habían actuado como francotiradores, encaramados a un árbol durante días. Un joven nazi tenía la mandíbula rota y estaba al borde de la muerte, pero antes de fallecer levantó la cabeza y musitó: "Heil Hitler!"»

En los puestos de socorro de campaña los que estaban condenados a morir eran trasladados a otra tienda donde se les atiborraba de morfina. El personal sanitario comenzaba a preocuparse por la escasez de sangre para transfusiones. Los médicos se sentían horrorizados cuando comprobaban el absoluto desconocimiento que tenían los soldados de cómo debía moverse a los heridos. En muchas ocasiones era mejor que los que presentaban fracturas graves aguardaran allí donde estuviesen hasta la llegada de camilleros preparados y capaces de levantarlos sin causarles mayores daños. «Parecía que se hubieran olvidado todas las lecciones de la primera guerra mundial», escribió el mismo médico de la 210.ª Unidad Sanitaria de Campaña. Al igual que sus exhaustos colegas, temía que sus opiniones sufrieran las consecuencias de la falta de sueño.

La «orden del Führer» de que Caen debía resistir a toda costa fue seguida a rajatabla a lo largo de toda la jornada del 8 de julio. Sólo al caer la noche el general Eberbach, ante la insistencia de Kurt Meyer, accedió por fin a que las maltrechas fuerzas de lo que quedaba de la Hitler Jugend se replegaran al sur de Caen, al otro lado del Orne. Pensó que aquella retirada podía justificarse ante el OKW porque se habían quedado prácticamente sin municiones y resultaba imposible llevar a cabo cualquier tipo de contraofensiva.

El 9 de julio la ciudad seguía cubierta por una capa de humo y de polvo. André Heintz fue despertado a las 05:30 por un compañero de la Resistencia. «¡Los alemanes se van!», le dijo. Vieron cómo los convoyes abandonaban la ciudad, pero los cañones británicos no abrieron fuego. Su jefe, el commandant Gilíes, distribuyó las últimas metralletas Sten entre sus hombres y los envió en parejas hacia el norte para que fueran alencuentro de las fuerzas aliadas y les hicieran de guía. Heintz se puso su brazalete con la bandera tricolor de Francia y la Cruz de Lorena. De pronto, al ver a un

soldado alemán cerca de lo que había sido la piscina universitaria, se lo quitó de inmediato. Pero el alemán estaba muerto; había quedado clavado en la misma posición en la que lo había alcanzado la onda expansiva de una bomba. Los primeros soldados que encontró reconocieron su brazalete y levantaron el pulgar en señal de aprobación.

Fue tal la destrucción que ni siquiera con la ayuda de los mapas podían los británicos y los canadienses averiguar dónde estaban. La mayoría de las rutas eran intransitables, y había francotiradores aislados que permanecían ocultos. Una columna de vehículos blindados canadiense comenzó a bajar por la rue Saint Martin. El comandante, que había recibido la orden de atravesar la ciudad con la mayor celeridad posible y dirigirse a los puentes para velar por su seguridad, preguntó a un individuo: «¿Dónde está el río Orne?» El hombre se subió al vehículo blindado para guiarlo, pero una posición alemana que había más adelante abrió fuego contra la comitiva con sus ametralladoras y su batería antitanque. El vehículo blindado del comandante canadiense dio inmediatamente marcha atrás, y su guía francés tuvo que apearse de un salto y buscar amparo en un portal.

La Hitler Jugend, que se había retirado por el único puente al sur del Orne que quedaba en pie en la ciudad, se preparó rápidamente para demolerlo y establecer sus posiciones defensivas. Obligaron a punta de pistola a los habitantes de la zona a cavar trincheras en los jardines del convento de las Hermanitas de los Pobres, y talaron los manzanos para crear un buen campo de tiro en el que instalar sus ametralladoras. Para poder defenderse mejor bloquearon los accesos a los sótanos con sacos de arena. El puente saltó por los aires en cuanto apareció el primer pelotón de los canadienses. 30

En la otra punta de Caen, al norte de la ciudad, el grupo de asuntos civiles británico, a las órdenes del teniente coronel Usher, se vio obligado a abandonar sus vehículos. «Por fin», escribía uno de sus oficiales. «Entramos en Caen con un grupo de oficiales. El extremo norte de la ciudad parece que ha sido arrasado por completo. Sólo hay montones y montones de escombros, y reina un silencio mortal, roto sólo por los disparos ocasionales de alguna ametralladora.»

Un oficial de asuntos civiles comunicó a André Heintz que tenían la intención de establecer su cuartel general en el Hotel d'Angleterre. Heintz los guió hasta allí, a sabiendas de que el único testimonio que quedaba en pie de su anterior identidad eran los restos de un escudo real con el lema «Honi soit qui mal y pensé». Tuvo la tentación de comentar que los británicos no habrían debido destruirlo, pero se reprimió. Sin embargo, al oficial inglés no le pasó inadvertida aquella macabra ironía. Se dejó guiar por Heintz hasta la única zona de la ciudad en la que había algunos edificios relativamente poco dañados, pero entonces preguntó si podrían tomar un baño. Heintz le contó que Caen se había quedado sin suministro de agua el 6 de junio, cuando se produjo el primer bombardeo. A pesar de las evidencias que los rodeaban, parecía que los liberadores seguían sin tener idea de lo que había sufrido la ciudad. Al día siguiente, un capitán canadiense pidió que le recomendaran un buen restaurante en Caen, pues estaba harto de comer las raciones del ejército.

Algunos alemanes que habían quedado incomunicados se dedicaron a buscar entre las ruinas ropas de civil que les ayudaran a escapar. Otros, especialmente los Osttruppen, se lanzaron al saqueo. El commandant Gilies y un par de sus hombres descubrieron a dos jóvenes soldados de la SS que intentaban esconderse. Llenos de satisfacción, los entregaron a un grupo de militares canadienses en la rue de Bayeux. Había que andar con sumo cuidado en muchos lugares, pues la SS había dejado colocadas trampas explosivas.

La población civil comenzó a salir a las calles, incapaz de creer que los cuatro años de

ocupación alemana habían llegado a su fin, pero al mismo tiempo temerosa de que la SS lograra recuperar la ciudad con una contraofensiva. Algunos franceses saludaban a los soldados aliados con verdadero entusiasmo y alegría, pero eran muchos más los que todavía parecían ausentes después de lo que habían vivido. «La mayoría de las mujeres lloraban amargamente», escribió un zapador británico, «llenas de dolor y de congoja. Permanecían obstinadamente junto a las ruinas de sus casas, tal vez para echar una última mirada a los que habían sido sus tesoros personales. En el suelo del jardín había un libro infantil; en vano, el viento pasaba sus páginas. En el interior de la casa, las puertas chirriaban, colgadas apenas de sus goznes; las mesas estaban en el mismo lugar en el que habían caído tras aquella primera gran explosión».

Los equipos del coronel Usher se pusieron manos a la obra inmediatamente: comenzaron a despejar las carreteras con bulldozers y a crear un suministro de emergencia de aguas. Los servicios más básicos no quedarían restablecidos hasta septiembre. Un convoy de camiones del ejército cargados de alimentos estaba preparado para entrar en Caen. El barrido de minas fue una labor lenta y ardua, al igual que lo fueron las operaciones de rescate de los cadáveres que habían quedado sepultados bajo las ruinas de los edificios bombardeados. La peste que desprendían los cuerpos en descomposición era nauseabunda. De hecho, muchos de los habitantes de la ciudad, por hambrientos que estuvieran, no podrían ni ver durante largo tiempo un pedazo de queso Camembert en su punto por los terribles recuerdos que les evocaba su olor.

El 10 de julio se celebró una ceremonia para izar la bandera tricolor de Francia en la fachada de la iglesia de Saint-Etienne, en presencia de Monsieur Daure, el nuevo prefecto nombrado por el gobierno provisional del general De Gaulle. Por las mejillas de muchos de los asistentes corrieron las lágrimas. Tres días más tarde, el II Ejército Británico llevó a cabo en la Place Saint Martin lo que se suponía que era un desfile de la victoria. Una banda de escoceses comenzó a tocar sus gaitas mientras era izada otra bandera tricolor. La perplejidad en el rostro de los franceses era evidente. Nunca habían oído la Marsellesa al son de las gaitas. 34

La Operación Charnwood había sido un éxito muy limitado, al permitir sólo la ocupación del norte de Caen. El 2.º Ejército no había conseguido asegurar el terreno suficiente para que pudiera continuar la concentración de fuerzas. El grueso de lo que debía ser el I. er Ejército canadiense tuvo que esperar en Inglaterra. Washington y la prensa americana comenzaron a hacerse eco de la exasperación que se vivía en el cuartel general de Bradley y en el SHAEF. Muchos culpaban a Eisenhower de no haber sabido adoptar una postura más firme ante Montgomery.

El 10 de julio Montgomery celebró una reunión con Dempsey y Bradley en el remolque desde el que impartía sus órdenes. Con los británicos bloqueados en Caen, y con el I. er Ejército de los Estados Unidos atascado en el oeste, en los pantanos y el bocage, eran muchas las cuestiones que debían tratarse. Montgomery indicó que Bradley estaba tratando de lanzar su ataque en un frente demasiado extenso. Que lo que tenía que hacer era concentrar las fuerzas. En consecuencia, Montgomery se convencería más tarde de haber sido el arquitecto original de la que iba a ser denominada Operación Cobra. Dempsey, aquella mañana, decidió que también necesitaba organizar una gran ofensiva, con el fin de abrir una brecha que permitiera llegar a Falaise. Como ése era el principal temor de los alemanes, su ataque obligaría además a las fuerzas blindadas enemigas a permanecer en el frente británico, que era lo que quería Montgomery. El esquema de este plan se convertiría en la llamada Operación Goodwood.

Por el momento, sin embargo, se intentaría de nuevo la conquista de la Colina 112, el elemento clave situado entre los ríos Odón y Orne que había sido abandonado en el curso de la Operación

Epsom. Los combates por este punto estratégico fueron muy encarnizados. Los alemanes de la 9.ª División Acorazada de la SS Hohenstaufen no tardarían en llamar a la colina Kalvarienberg, monte Calvario. Este nombre se debía a la Croix des Filandriers, monumento a la Crucifixión, que, a la vista de las circunstancias, adquiriría un nuevo significado.

El 10 de julio, a las 05:00, la 43.ª División Wessex lanzó un ataque desde el valle del Odón contra la Colina 112, la llamada Operación Júpiter. Su comandante en jefe, el general de división G. I. Thomas, era un tipo «menudo, vehemente, de gran determinación, inflexible como artillero y con muy poco sentido del humor». 36 Acababa de asumir el mando y estaba firmemente decidido a infundir nueva energía a sus hombres. Según parece, fue del agrado de muy pocos. A sus espaldas, los oficiales lo llamaban «Von Thoma». Una brigada tenía que atacar la Colina 112, mientras que otra, a su izquierda, debía avanzar hacia la localidad de Eterville.

En su camino a la Colina 112, la 129.ª Brigada tuvo que avanzar de nuevo a través de los campos de grano salpicados de amapolas. Los lanzacohetes Nebelwerfer abrieron fuego. El sargento Partridge, del 4.º Batallón de Infantería Ligera Somerset, cuenta cómo, al oír el chirrido de las «minnies chillonas», «once hombres buscaron cobijo precipitadamente en los trigales. Sólo uno se quedó de pie». Cuando encontraban alemanes heridos en los trigales, poco podían hacer más que sacar el cerrojo a sus fusiles Mauser y arrojarlo lo más lejos posible.

Tras perder a casi todos sus efectivos, el pequeño grupo quedó inmovilizado en medio de los campos de cereal por el intenso fuego de la artillería alemana. Su comandante ordenó a Partridge que lanzara una granada de humo para poder seguir avanzando. Partridge pensó que aquella idea era una verdadera estupidez, pero obedeció. En cuanto arrojó el explosivo, el comandante se puso en pie de un salto antes de que se levantara la cortina de humo y fue alcanzado por un disparo. Con voz entrecortada exclamó: «Sargento Partridge», y murió. Partridge reunió a los cuatro hombres que quedaban, y juntos recularon arrastrándose entre los trigos, cavaron un hoyo y prepararon una taza de té que tuvieron que compartir.

Mientras la 129.ª Brigada avanzaba con dificultad por la Colina 112, la 130.ª, situada a su izquierda, tomó Eterville y a continuación prosiguió su avance hacia la localidad de Maltot. El 7.º Batallón del Regimiento Hampshire y el 5.º Batallón de los Dorsets, con el apoyo de los carros de combate del 44.º Regimiento Real de Tanques, no tenían ni idea de lo que les aguardaba. El 502.º Batallón de carros acorazados pesados de la SS, equipado con tanques Tiger Mark VI, la máquina de guerra más grande y formidable que se había visto en el frente occidental, estaba concentrándose en el mismo lugar en el que se encontraban esas dos unidades aliadas. Incapaces de ver lo que había al otro lado, los Tiger de una compañía se abrieron paso a través del seto que tenían ante ellos y se encontraron cara a cara con cuatro Sherman. En un momento, los cañones de 88 mm de los Tiger convirtieron tres de los Sherman en un montón de chatarra en llamas. El cuarto Sherman pudo escapar dando marcha atrás a toda velocidad. Los Dorsets, que ignoraban que el otro batallón había emprendido la retirada, no tardaron en verse obligados a combatir casa por casa en el pueblo. Tras muchas penalidades, comenzaron a aprender que cuando se barría un edificio había que dirigirse inmediatamente a las dependencias de los pisos superiores. Si entraban en una granja e iban directamente a la huerta situada en su parte trasera, era fácil que los alemanes que estuvieran en los pisos altos les lanzaran granadas o explosivos por las ventanas.

A unos 2.500 metros al oeste, la 129.ª Brigada británica estuvo a punto de alcanzar la estrecha carretera que atravesaba la cima de la colina 112, pero la intensidad del fuego alemán obligó al maltrecho 4.º Batallón de Infantería Ligera Somerset a retroceder hasta la llanura desde su posición a

mitad de camino. A las 17:00 horas, se lanzó a los del 5.º Regimiento de Infantería Ligera del Duque de Cornwallles para que avanzaran entre los Somerset e intentaran alcanzar la cima. En su asalto, llegaron a un bosquecillo de castaños situado junto a la cresta de la colina. Allí fueron barridos por el fuego de las ametralladoras de las posiciones alemanas que se encontraban en la ladera opuesta, y a continuación sufrieron el ataque de los carros blindados. Parte de los de Cornwallles emprendieron la retirada de manera precipitada y desordenada. Un oficial herido intentó detenerlos. «Lo habían herido en la mandíbula, por lo que le colgaba una parte del rostro, y empuñaba una pistola e intentaba gritar, pero sólo salían de su boca unos sonidos horribles». Mientras tanto, el oficial al mando de los Somerset y el comandante en jefe de la brigada, que intentaban mantener un aire de seguridad delante de sus hombres, se sentaron en su bastón-taburete en medio del campo para analizar la situación.

A pesar del fuego de los morteros y los francotiradores, los Somerset consiguieron resistir en «trincheras que abrieron raspando en aquella desnuda ladera al descubierto». Con los proyectiles de los morteros Nebelwerfer estallando continuamente por todas partes, a los ocupantes de sus carros de combate de apoyo no les quedaba más remedio que permanecer encerrados en el interior de sus vehículos. Pero un oficial tenía tantas ganas de hacer sus necesidades, que salió de un salto de su Sherman, agarró una pala que había detrás del tanque y echó a correr hasta llegar a un tanque que había quedado inutilizado allí cerca, donde pudo por fin bajarse los pantalones y evacuar. Por su parte, la artillería británica seguía acribillando la cumbre con sus disparos. «No quedó ni un palmo de tierra en el que las granadas no abrieran un boquete», escribió un miembro de la división de la SS Hohenstaufen. 4 Cuando cayó la noche, los sargentos abanderados de todas las compañías subieron fiambreras con comida caliente y provisiones de cigarrillos a los soldados de infantería que se encontraban en las posiciones avanzadas. Por una vez, hubo más que suficiente para repartir porque «no se tuvo en cuenta el número de bajas». La única queja fue que el té sabía a petróleo. 41

El 11 de julio, la salida del sol no mejoró la visibilidad debido a una bruma intensa, «eine Milchsuppe», como la describirían los de la Hohenstaufen. Pero en lo alto del cielo apareció un avión de observación de la artillería británica en el mismo momento en el que el 19.º y el 20.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS iban a lanzar un ataque. Las dotaciones de sus tanques Tiger temieron lo peor. Se dieron cuenta inmediatamente de que el lugar más seguro en el que cobijarse era entre los enemigos. Cargaron contra las posiciones británicas, rodando por encima de sus trincheras. Con admiración no exenta de ironía, vieron cómo los ocupantes de los antitanques británicos trataban de apuntar contra ellos con sus ineficaces cañones. «¡Qué valientes son esos anglosajones!», comentó uno de los alemanes.

Los monstruosos Panzer aparecieron de repente en medio de aquel banco de niebla. «Ante nosotros teníamos la escena soñada por cualquier Tiger», escribió un miembro de uno de los carros de combate. A menos de cien metros de distancia había un centro de reaprovisionamiento avanzado con camiones cargados de municiones y otros vehículos, entre ellos varios tanques. «Nuestro comandante gritó: "¡Perforadores de blindaje! ¡Abran fuego!"» 43 Dos tanques Churchill que tenían delante comenzaron a dirigir las torretas hacia ellos, pero los Tiger dispararon de cerca y los hicieron saltar por los aires.

Ese día el general Eberbach comunicó al II Cuerpo Acorazado de la SS que la Colina 112 no podía perderse bajo ningún concepto. Se trataba de una Schlüsselstellung, esto es, una posición clave. 44 Esta orden fue seguida de una sucesión de llamadas telefónicas con el fin de asegurar la reposición tanto de hombres como de pertrechos. Los Panzergrenadiere, apoyados por las compañías de tanque Tiger, resistieron en la colina durante toda la jornada.

Cuando ya hubo anochecido, la Compañía D de los Somerset recibió la orden de «infiltrarse en

las posiciones enemigas». «No es difícil imaginar el sentimiento de desesperación que me invadió cuando llegó esa orden», escribió el sargento Partridge, que había asumido el mando de su unidad tras la muerte de su teniente el día antes. Se procedió a limpiar y preparar las armas y a distribuir municiones. A la 01:00, abandonaron sus trincheras y comenzaron a avanzar sigilosamente. Pero en cuanto llegaron a la alambrada de espino que los Panzergrenadiere de la SS habían colocado junto a la cima de la colina, una cortina mortal de fuego intenso cayó sobre ellos. Los soldados se tiraron al suelo. «Las balas trazadoras», contó el sargento Partridge, «dibujaban en el aire con cierta lentitud una trayectoria en arco, volando hacia objetivos preestablecidos que habían sido elegidos durante el día, y a los que ahora se disparaba según las "líneas fijadas"». 45

Sus intentos de cortar la alambrada cesaron cuando a un jefe de sección se le ocurrió tratar de abrirse paso a través de ella. Una bala alemana hizo blanco en una granada incendiaria que llevaba en la bolsa de municiones. «Revolviéndose en la desesperación», escribió un cabo que presenció la escena, «comenzó a enredarse en la alambrada de espino y quedó colgado allí, como una almenara humana viviente que gritaba sin parar». 46 El sargento Partridge oyó los «rugidos de angustia de aquel individuo: "¡Disparadme, disparadme!"». «Una sola bala certera de un oficial compasivo, pero evidentemente espeluznado», seguía contando el cabo, «acabó con el infierno de aquel pobre muchacho. Pero el horror no se detuvo allí, pues, una vez muerto, el fósforo prendió fuego a su cuerpo, a Dios gracias ya inerte». Todos los testigos de aquella escena decidieron no llevar nunca más granadas incendiarias en sus bolsas de municiones.

Se dio la orden de retirada, pero el horror todavía no había acabado para aquellos hombres. Algunos se perdieron en la oscuridad en el camino de regreso colina abajo, y fueron víctimas del fuego amigo cuando llegaron a las posiciones de otras compañías que no sabían quiénes eran. El cabo cuenta que la Sección 18 de la Compañía D se quedó sólo con nueve hombres de los treinta y seis que la componían. Uno de los supervivientes decidió pegarse un tiro en un pie porque ya no podía soportarlo más.

Pero la pesadilla de la Colina 112 aún no había terminado. Los británicos volvieron a conquistarla al día siguiente, y más tarde la SS la recuperó con una contraofensiva de sus Tiger. Tras las copiosas lluvias de la semana anterior, la temperatura había subido hasta alcanzar los 30 °C, y cualquier explosión levantaba grandes nubes de polvo. El bosquecillo de castaños había sido destruido por los proyectiles de la artillería británica que explotaban en el aire. Este tipo de munición era utilizada para provocar una lluvia de metralla sobre los defensores. En poco tiempo el bosquecillo quedaría reducido a un montón de tocones partidos y ramas rotas, y se convertiría en «un paisaje lunar», como dijo uno de los soldados alemanes de la SS. 49 El 15 de julio el fuego de la artillería fue tan intenso que los Panzergrenadiere se vieron obligados a emprender la retirada y abandonar allí sus tanques Tiger.

Durante todo ese tiempo, la artillería del II Cuerpo Acorazado de la SS recurrió a la táctica alemana de lanzar intensas y repentinas cortinas de fuego contra las posiciones británicas situadas en la ladera norte del monte. Los artilleros de la SS, que ocupaban posiciones mucho más retrasadas, no sufrieron las mismas privaciones que los Panzergrenadiere. Por lo visto, los hombres de una batería del 9.º Regimiento de Artillería de la SS, integrada en la división Hohenstaufen, fueron adoptados por una joven francesa a la que llamaban «Madeimoselle Jeannette». Esta mujer solía llevarles comida todos los días a la línea de fuego. 50

Más al este, la artillería alemana comenzó a bombardear la ciudad liberada de Caen. El 14 de julio sus proyectiles alcanzaron el Lycée Malherbe y el barrio de Saint-Étienne. Los que unos días antes habían rechazado el ofrecimiento de evacuación de los británicos, corrían ahora a los

camiones. Una anciana monja benedictina, que no había puesto un pie en la calle desde su ingreso en el convento como novicia a comienzos de siglo, quedó asombrada al ver por primera vez un camión, pero mayor fue su excitación cuando tuvo que montar en uno de estos vehículos. Sin embargo, era terrible la situación de la población civil que había quedado atrapada detrás de las líneas enemigas y que se había refugiado en las húmedas cuevas próximas a la localidad de Fleury. 51 Las tropas de la SS impedían su salida al exterior. La oportunidad de rescatar a toda esa gente no llegaría hasta bien entrado el mes.

En Caen, las autoridades francesas y los británicos de asuntos civiles estaban cada vez más preocupados por la posibilidad de que se declarara una epidemia de cólera. Tras la destrucción de la ciudad, los trabajos para reanudar el suministro de agua se revelaron mucho más arduos de lo que habría podido imaginar incluso el más pesimista. Los perros hambrientos también se convirtieron en una amenaza, y el prefecto emitió la orden de disparar a todos los canes abandonados que hubiera en las calles. 52

Intranquilo por los escasos progresos realizados, el 2.º Ejército había comenzado por fin a destituir a los comandantes incompetentes o poco enérgicos. Una vez concluida la Operación Epsom, el general Pip Roberts, al frente de la 11.ª División Acorazada, sustituyó a un jefe de brigada y a dos comandantes.

El 15 de junio Montgomery escribió una nota a Brooke sobre una de sus divisiones favoritas durante la campaña del norte de África: «Siento informarle que tras un análisis meticuloso, en opinión de Crocker, Dempsey y en la mía propia, la 51.ª División [Highland] actualmente no -NO- sirve para el combate. No lucha con determinación y ha fracasado en todas las misiones que le han sido encomendadas». Montgomery destituyó a su comandante por su falta de arrojo y consideró incluso la posibilidad de mandar de vuelta a Inglaterra a toda la división para volver a entrenarla. La noticia de esta caída en desgracia corrió rápidamente entre los hombres del 2.º Ejército, y al poco tiempo se publicó una nota en la que se ordenaba a los oficiales que «no se critique a la 51.ª División Highland». 54 Por fortuna, su nuevo comandante en jefe, el general T. G. Rennie, reformó en poco tiempo esta unidad y volvió a levantar la moral de sus hombres.

Entre las bajas figuraban muchos jefes y comandantes. La 50.ª División había perdido a dos generales, doce comandantes y un gran número de jefes de compañía. El mando de la 4.ª Brigada Acorazada pasó al general Michael Carver, de sólo veintinueve años de edad, cuando su predecesor resultó herido. Entre los oficiales el número de bajas fue muy considerable. Los francotiradores alemanes podían identificarlos con facilidad por los caballetes de los mapas, que brillaban al sol. Su pérdida se convirtió en un círculo vicioso. Si por una parte los mejores suboficiales habían sido ascendidos para que se pusieran al frente de una unidad, por otra los demás solían demostrar falta de iniciativa. Esto obligaba a los oficiales a correr mayores peligros para conseguir que sus hombres se lanzaran al ataque, o a veces se veían obligados a mantenerse en pie entre ellos de manera evidente para que no cundiera el pánico.

Tal vez el ejemplo más extremo de este modo de actuación lo tengamos en el 6.º Batallón del Regimiento del duque de Wellington. En apenas un par de semanas, este batallón perdió a veintitrés oficiales y a otros trescientos cincuenta individuos entre suboficiales y soldados. Su nuevo oficial al mando informó a finales de junio de que tres cuartas partes de sus hombres eran «asustadizos» por culpa de los bombardeos, de que se habían producido casos de autolesión y de la existencia de un elevado número de bajas por estado de shock a causa de las bombas. «La situación empeora día a día, pues cada vez hay más bajas entre el personal clave... La capacidad de liderazgo de los

suboficiales es escasa en la mayoría de los casos, y en consecuencia los oficiales recién nombrados tienen que exponerse muchas veces a mayores peligros para intentar cumplir los objetivos.» Inquieto por el informe, Montgomery destituyó al nuevo oficial al mando que había sido demasiado claro y honesto, y disolvió el batallón. 55

Normandía vino a corroborar lo que hasta entonces se había sospechado. En las tropas enzarzadas en batallas de desgaste por una cabeza de playa o por una cabeza, de puente se dan muchísimos más casos de crisis nerviosa que en las que están en movimiento. Ni la retirada de un ejército derrotado produce tantos casos. El 13 de julio, la 21.ª Unidad Sanitaria Ligera de Campaña comunicó al general Richard O'Connor, comandante en jefe del VIII Cuerpo, que «durante el período de cincuenta y cuatro horas que dio inicio a las 18:00 del 10 de julio de 1944, han llegado a esta unidad doscientos ochenta casos de agotamiento procedentes de la zona avanzada, y se opina que aproximadamente el 70 por 100 de ellos no habrían debido ser evacuados de sus unidades». Su cansancio físico no era superior al de cualquier otro herido en marcha, «y su ansiedad no era más que una aprensión normal ante el hecho de tener que entrar en combate». 56

El general G. H. A. Macmillan, comandante en jefe de la 15.ª División escocesa, informó poco después a O'Connor en los siguientes términos: «Acabo de organizar un Centro de Agotamiento Nervioso de la división». En total habían ingresado en él 151 hombres, 41 de los cuales pertenecían a un mismo batallón, «lo que pone de manifiesto que algo va mal por allí». El cuartel general de Macmillan emitió una orden para los oficiales médicos advirtiéndoles que debían «andar con mucho ojo y no retirar del frente a hombres a no ser que estén completamente seguros de la veracidad de su dolencia». El general sospechaba que los oficiales médicos, «sometidos a una gran presión por su exceso de trabajo», habían mandado a esos hombres de vuelta «simplemente para quitárselos de en medio». Los suboficiales que eran enviados a centros de agotamiento debían ser degradados automáticamente y convertirse en meros soldados rasos. Los mandos militares también estaban muy furiosos por las cuantiosas pérdidas de equipamiento debidas a soldados desmoralizados que abandonaban sus armas. Las deserciones y las ausencias sin permiso fueron en aumento. Al menos ciento cincuenta soldados de la 50.ª División (Northumberland) fueron acusados de deserción en Normandía, tantos como en el conjunto formado por el resto de unidades del 2.º Ejército.

La formación que se vio más afectada por la fatiga de combate fue la 43.ª División Wessex, al mando del general Thomas, que había participado en las batallas para conquistar Maltot y la Colina 112. Las dotaciones de los tanques, en cambio, no sufrían tantas crisis. «El psiquiatra del cuerpo y comandante en jefe de la 21.ª Unidad Sanitaria Ligera de Campaña confirma que apenas se dan casos fingidos de fatiga de combate entre los soldados de las divisiones acorazadas. En las unidades de infantería es donde más se da este tipo de delito. El número mayor de casos se ha dado en la 43.ª División. En los tres o cuatro días anteriores y posteriores al 10 de julio ha habido en esa formación unos trescientos sesenta casos. Las unidades más afectadas han sido el 4.º [Regimiento] Dorset y el 7.º [Regimiento] Hampshire». 59 El general O'Connor escribió a Thomas, hablándole de este «gravísimo delito» y ordenándole que dejara «bien claro que al que sea hallado culpable de fingir una dolencia clasificada en este apartado será procesado por [la Corte Marcial General de Campaña, Field General Court Martial] por deserción». 60

Los soldados de infantería son los que parecen haber sufrido las consecuencias más devastadoras de los morteros y las baterías de Nebelwerfer alemanes, que concentraban sus disparos en el momento más inesperado. Un blanco errado por poco provocó no pocas conmociones en muchos hombres. En el cuartel general de la 129.ª Brigada de Infantería, tres soldados, entre los que figuraba un sargento mayor, sufrieron un shock de combate a causa de los bombardeos de los

Nebelwerfer. «En el curso de un ataque, dos de ellos no permanecieron atrincherados, sino que salieron corriendo sin dejar de gritar, "¡Sacadme de aquí!".» 61 Otro factor que contribuía a esa sensación de desamparo y desorientación era la falta de información. En palabras de un soldado, sufrían de «ignorancia, de una ignorancia pasmosa y brutal. Nunca sabías dónde te encontrabas ni dónde estaba el enemigo, ni tampoco lo que se suponía que debías intentar conseguir». 62

Parece que las dotaciones de los tanques no fueron tan propensas a padecer fatiga de combate, pero no sólo por la protección que representaba su vehículo blindado, sino también porque formaban parte de grupos bien cohesionados. La infantería británica, al igual que la americana, sufrió las consecuencias derivadas de la vulnerabilidad de sus reemplazos. El sistema británico no era más imaginativo que el americano. Un subalterno enviado como remplazo al Regimiento de Infantería Ligera Somerset tras quedar éste maltrecho durante la conquista de la colina 112 contaba cómo un bigotudo comandante se dirigía a los nuevos oficiales en su campamento de refuerzos instalado cerca de Bayeux en los siguientes términos: «Caballeros, su esperanza de vida desde el momento en que se unan a su batallón será exactamente de tres semanas». 63

18. La batalla final en Saint-Ló

El 6 de julio, mientras los americanos seguían atascados en el avance general hacia el sur en dirección a Saint-Ló, llegó a Francia el general George S. Patton. Debía de ponerse al mando del 3.º Ejército estadounidense, tan pronto como se hiciera efectiva la orden de Eisenhower.

Inmovilizado en Inglaterra desde el momento de la invasión, había estado «terriblemente inquieto». 1 «Es un infierno estar en el banquillo y ver que toda la gloria pasa de largo junto a mí», había escrito a su esposa el Día D. Empezó a llevar la pistolera bajo el brazo «para acostumbrarme al papel», y a continuación se preparó para pasar a Francia, aunque no había ninguna perspectiva inmediata de que lo llamaran allí. De momento, debía desempeñar su papel de comandante en jefe del I Grupo de Ejército americano, una unidad ficticia que constituía un elemento fundamental de la Operación Fortitude. Los alemanes seguían convencidos de que iba a ponerse al frente, de una segunda invasión por el paso de Calais.

Patton estaba agradecido a Eisenhower por haberle dado una segunda oportunidad en dos ocasiones. La primera vez había sido cuando en Sicilia había abofeteado a un soldado víctima de fatiga de combate; la segunda, tras la metedura de pata cometida en un discurso pronunciado en Inglaterra, cuando dijo que los americanos y los británicos estaban destinados a dominar el mundo. Pero nunca había respetado a Ike «como soldado». Cuando acompañó al comandante supremo en una gira que éste realizó por el suroeste de Inglaterra visitando a las divisiones, calificó su manera amistosa de tratar a las tropas de propias de un «candidato a un cargo, no de un soldado». «Tiene la teoría de que con ese método se pone uno a la altura de los hombres. Un comandante no puede mandar a unos hombres y estar a su misma altura. Al menos ésa es mi opinión. Yo intento suscitar una emoción combativa. Él busca votos. ¿Para qué? No obstante, resultó muy agradable [para mí].»

Patton despreciaba también a Montgomery, al que llamaba «el monito». Pero el 1 de junio, poco antes de la invasión, había sentido cierto agradecimiento hacia él cuando había insistido por dos veces ante Bradley en que «Patton debería ponerse al frente de la operación de Bretaña, y posiblemente de la de Rennes». A la mañana siguiente anotó en su diario: «Tengo de Monty una impresión mejor de la que tenía». Patton, que seguía los sucesos de Normandía con un profundo sentimiento de frustración, pensaba que el intento de Bradley de avanzar a lo largo de un frente amplio era un error. En su opinión, los ataques menores, pero constantes, destinados a ganar terreno producían a la larga más bajas que una ofensiva concentrada en un solo objetivo.

Los altos mandos alemanes eran de su misma opinión. «No puedo seguir el razonamiento», escribía el teniente general Schimpf, de la 3.ª División Paracaidista, «que da por supuesto que esa táctica ha contribuido a evitar el derramamiento de sangre, como me dijeron unos oficiales americanos que capturamos. Pues aunque las pérdidas sufridas el día del ataque puedan mantenerse a un nivel relativamente bajo, por otro lado las pérdidas sufridas mediante los ataques menores, pero continuos, durante un período largo serían en total mucho más graves de lo que lo serían en caso de que se llevara a cabo un ataque en toda regla». En otra ocasión escribió hablando de los ataques de los americanos batallón a batallón: «Para nuestras tropas, este tipo de defensa contra ofensivas continuas constituía un entrenamiento estupendo y suponía una perfecta aclimatación al modo de lucha del enemigo». 4 Haciendo gala de una previsión extraordinaria, Patton escribía el 2 de julio que debían atacar por la costa oeste, en dirección a Avranches, «de frente con una o dos divisiones acorazadas», respaldadas por la aviación. 5

Por fin, el día 4 de julio, el cuartel general de su 3. er Ejército empezó a embarcarse. El propio Patton voló dos días después a Francia en un C-47 y aterrizó en la pista situada encima de la playa Omaha. Su avión fue escoltado por cuatro P-47 Thunderbolt, el cazabombardero que luego prestaría apoyo aéreo a su asombroso avance por el interior de Francia. En cuanto pisó suelo francés, Patton se mostró de un humor exultante. La noticia de su llegada se difundió inmediatamente entre los soldados y marineros del comando de playa de Omaha. Se suponía que su presencia debía ser guardada celosamente en secreto, pero las tropas se agolparon a su alrededor con cámaras fotográficas, como si de una estrella de cine se tratara. Patton se puso de pie en el jeep que había sido enviado para que lo recogiera y les dirigió una arenga con su inimitable estilo: «Me siento orgulloso de estar aquí para luchar a vuestro lado. Ahora, cortémosles los huevos a esos alemanes y vámonos a Berlín de una puta vez. Y cuando lleguemos a Berlín, yo mismo voy a pegar un tiro a ese empapelador hijo de puta, como si fuera una serpiente». A su público le encantó aquello, y se puso a aplaudir y a vitorearlo con entusiasmo. Patton y Eisenhower no podían ser más distintos, desde luego.

Al día siguiente almorzó con Bradley, Montgomery y el jefe del Estado Mayor de éste, el encantador general Freddie de Guingand. «Tras el almuerzo, Montgomery, Bradley y yo nos fuimos a la tienda de campaña», anotó Patton en su diario. 6 «Allí Montgomery habló largo y tendido explicando por qué los británicos no habían hecho nada.» A pesar del primitivo apoyo que había prestado a Patton, Montgomery ahora no quería que el 3. er Ejército fuera operativo hasta que no fuera tomada Avranches. Los americanos sospechaban que aquello no era más que un intento de mantener durante más tiempo a Bradley a las órdenes del XXI Grupo de Ejército, que él comandaba. Bradley se negó astutamente a responder. En cuanto se activara el 3. er Ejército de Patton, en la práctica él dejaría de depender de Montgomery, pues pasaría a estar al frente del XII Grupo de Ejército americano, con Hodges y Patton como comandantes.

Bradley y su Estado Mayor se pusieron a discutir algunas ideas acerca de la Operación Cobra, que había de dar lugar a la gran penetración hacia Avranches y Bretaña. Pero mientras tanto, Bradley insistió en que había que continuar el avance general para tomar Saint-Ló y la carretera al oeste de Périers. Situada más allá de los pantanos y el bocage de Cotentin y del Bessin, la carretera Saint-Ló-Périers debía constituir el punto de partida para la Operación Cobra. Pero todavía tendría que librarse en ella una lucha larga y sangrienta.

Al mismo tiempo que la Panzer-Lehr-Division emprendía la ofensiva a primera hora de la mañana del 11 de julio, otras dos unidades alemanas, el 5.º y el 9.º Regimiento Paracaidista, habían atacado al este del río Vire a la 29.ª División y a su vecina, la 2.ª División. Pero mientras que el asalto de la Panzer-Lehr-Division contra la 30.ª trastocó los planes que tenía ésta de llevar a cabo el avance general sobre Saint-Ló, la 35.ª, la 29.ª y la 2.ª División de Infantería seguían en condiciones de iniciar la operación a las 06:00.

El plan general de los americanos consistía en efectuar un avance a lo largo de un frente amplio. Mientras el XIX Cuerpo atacaba por el sur con la 20.ª, la 35.ª y la 29.ª División, el 5.º Ejército debía prestar ayuda por el este enviando a la 2.ª División de Infantería a tomar la Colina 192, la principal altura de la extensa cresta que dominaba la carretera de Saint-Ló a Bayeux. La topografía de aquella comarca ondulada, llena de pequeños campos y huertos, bordeados de setos impenetrables y senderos hundidos, resultaba ya terriblemente familiar a todos los soldados, excepto a los reemplazos y a la 35.ª División, que acababa de integrarse al operativo.

Los equipos de Registro de Sepulturas tendrían un trabajo horrible. Un teniente comunicaba que

habían encontrado setenta cadáveres junto a un solo seto. «Vi a soldados estadounidenses cargados de minas alemanas», seguía diciendo. «El enemigo ponía trampas explosivas en el hueco que dejaba la espalda del muerto. Teníamos que volar los cadáveres, con lo cual los cuerpos quedaban destrozados, pero aun así podíamos identificarlos.» Los alemanes pegaban a veces una granada oculta a la cadena de la chapa de identificación, de modo que si alguien quería retirarla, detonaba la bomba.»

Los cuerpos se hinchaban con el calor. Un equipo de la 4.ª División explicaba que había que «liberar el gas del cadáver» dándole la vuelta y poniéndolo boca abajo, y apretando a continuación con la rodilla apoyada en la espalda. «Uno llega a acostumbrarse rápido», señalaba. Otro observaba que «el hedor insoportable» de la «muerte humana» era muy fuerte en los cocineros que tenían que recoger los cadáveres y luego volver a sus cocinas a preparar la comida. Quizá el trabajo más repugnante consistiera en recoger los restos no identificables de los tripulantes de los carros blindados del interior de una torreta quemada. «Por repugnante que suene, las herramientas del oficio eran una taza de campaña y una cuchara.»

El tiempo resultaba ya igualmente familiar a todo el mundo en aquel verano húmedo. Estaba nublado, lloviznaba continuamente y caían chaparrones intermitentes, situación que una vez más impedía el apoyo de la aviación y dificultaba la observación de la artillería. El avance de la 29.ª División se aceleró tras unos comienzos muy lentos. Encabezada por un batallón del 116.º de Infantería con apoyo de tanques, la unidad encontró un hueco en la línea que defendía el 9.º Regimiento Paracaidista alemán y llegó a Saint-André-de-l'Épinal. Pero el 115.º de Infantería, a su derecha, a uno y otro lado de la carretera de Isigny, avanzó con mucha lentitud y chocó con unas posiciones bien defendidas, que le costó trabajo rebasar por el flanco. El general Gerhardt, al mando de la división, advirtió esa tarde al general Corlett, del XIX Cuerpo, que «la faena que nos espera es bastante gorda». Pero el 116.º ya había alcanzado en parte la cresta de las colinas de Martinville, mientras que los téjanos de la división contigua, la 2.ª, lograron conquistar la Colina 192 después de duros combates. Aquello supuso un gran alivio para los americanos. La Colina 192 había permitido a los alemanes ver con claridad la retaguardia del sector correspondiente al V Cuerpo y todo el flanco derecho del frente británico.

La 2.ª División llevaba planeando esta operación desde el 16 de junio. El 1 de julio, aprovechando la tendencia de los alemanes a retirar el grueso de su primera línea por la noche para evitar las bajas producidas por el bombardeo de primera hora de la mañana, uno de sus batallones se adelantó en medio de la oscuridad y ocupó todas las trincheras alemanas. Se trataba de un riesgo calculado, pues los alemanes siempre marcaban sus propias posiciones de primera línea como objetivo de los morteros y la artillería. Pero resultó una acción muy útil. Este avance repentino proporcionó a la división un excelente punto de arranque para la operación que se habían visto obligados a posponer en varias ocasiones. No habían perdido el tiempo durante aquella larga espera. Los batallones habían sido retirados de forma rotativa para que recibieran un adiestramiento intensivo en acciones conjuntas de infantería y tanques con grupos de ingenieros adjuntos. Sabían que necesitaban toda la experiencia y la ayuda que pudieran conseguir. Iban a enfrentarse a parte de la 3.ª División Paracaidista alemana, que había estado llenando los setos de la ladera de posiciones de fuego camufladas, túneles y bunkers de tierra. Los morteros alemanes de 50 mm apuntaban a todos los setos próximos y los cañones antiaéreos de 20 mm dominaban la carretera que discurría más abajo. La artillería pesada y los tanques situados más atrás, en la parte sur de la carretera de Bayeux, estaban siempre listos para dar cobertura.

La 2.ª División puso en práctica todas las duras lecciones que había tenido que aprender hasta

ese momento en el bocage. Todos los tanques de apoyo de los que disponía tenían un teléfono instalado en la parte trasera del vehículo, de modo que los comandantes de las unidades de infantería podían indicar a los tripulantes de los blindados a qué objetivos debían apuntar sin que éstos tuvieran que subirse a la torreta y exponerse así peligrosamente. Y toda la fuerza de ataque estaba dividida en equipos conjuntos de infantería y blindados, cada uno de los cuales contaba con su propio grupo de ingenieros encargado de abrir huecos en los setos mediante la colocación de explosivos. Los Sherman debían bombardear cada intersección de los setos con su arma principal de 75 mm, y luego lanzar ráfagas de ametralladora contra los arbustos mientras avanzaba la artillería. Todo ello debía combinarse con una cortina de fuego continua más flexible, capaz de adaptarse a las demoras inesperadas que se produjeran en la velocidad de avance. Una vez conquistado un seto, debía ser tratado como una nueva línea de partida.

Quizá más que en cualquier otra operación anterior en el bocage, el avance de la 2.ª División se desarrolló según un plan, pero siguió siendo una «faena horrible». Incluso cuando parecía que un sistema de setos había quedado totalmente despejado, salían otra vez por alguna boca escondida paracaidistas alemanes que disparaban por la espalda. La ladera occidental de la Colina 192 fue la que tuvo una defensa más fiera, lo que le valió el apodo de «Kraut Córner» [«el Rincón de los Teutones»]. Finalmente fue rebasada al cabo de una hora y se hicieron quince prisioneros. «Tres paracaidistas enemigos que seguían resistiendo fueron eliminados por un tanque apisonadora que los enterró bajo metro y medio de escombros.»¹⁰

Cerca de allí, la localidad de Cloville tuvo que ser despejada casa por casa, con combates en medio de las ruinas producidas por el bombardeo de la artillería, que, sin embargo, no pudo acabar con un cañón de asalto y un tanque encargados de dar cobertura a los paracaidistas alemanes. Un Sherman logró poner fuera de combate a los dos vehículos blindados y asegurar así el objetivo. El avance siguió adelante poco antes de las 12:00. Para evitar nuevas demoras, la localidad de Le Soulaire, un kilómetro más adelante, fue flanqueada, y a las 17:00 los primeros escuadrones empezaron a cruzar la carretera de Bayeux en pequeños grupos. El apoyo blindado no pudo seguir con ellos debido a los cañones antitanque que todavía había escondidos en los espesos bosques del otro lado de la Colina 192.

Mientras seguían siendo tiroteados, hizo su aparición un oficial de alta graduación desconocido que venía a reconocer sus posiciones. Un soldado le gritó que se echara al suelo, porque si no le iban a dar.

- ¡Soldado, ocúpese de sus asuntos, me cago en Dios! -rugió el oficial como toda respuesta.¹¹

Se trataba del general Patton, que había ido a efectuar personalmente una inspección para familiarizarse con el terreno.

Por el centro, los Sherman avanzaban al paso de la infantería. Pudieron adentrarse incluso en los bosques por el lado de la cumbre debido a la saturación de bombas de fósforo blanco lanzadas durante el bombardeo inicial, que habían quemado los árboles y arrasado prácticamente el terreno. Encontraron sólo una «oposición aislada» y siguieron avanzando por la ladera sur. Aunque no pudieron cruzar la carretera de Bayeux al anochecer, habían logrado penetrar firmemente en su parte norte.

En el flanco izquierdo del ataque, el 23.º de Infantería tuvo que librar unos combates muy duros, y sufrió muchas bajas cerca de una entrada existente en la ladera noreste de la colina, apodada la «rambla del Corazón Púrpura». Se había comprobado que los tanques no podían pasar por ella y que estaba demasiado expuesta para que la infantería se internara por allí sola, pues la artillería y las baterías de mortero alemanas habían marcado todos los blancos de la zona. En unas casas situadas

unos cientos de metros a la izquierda, que habían debido de ser alcanzadas durante el bombardeo de los americanos, había unos alemanes que contribuyeron también a la devastación del fuego automático hasta que dos Sherman del 741.º Batallón de Tanques se internó por la rambla unos treinta metros y voló los cimientos de los edificios, haciendo que éstos se hundieran sobre los equipos encargados de manejar las ametralladoras que había en su interior.

Más cerca de la cima, la compañía del batallón situada a la derecha perfeccionó una técnica consistente en disparar granadas de fragmentación para que estallaran en el aire sobre las ametralladoras atrincheradas de los alemanes. Al término de la jornada, el batallón había avanzado unos mil quinientos metros y había llegado a la cresta, pero estaba todavía a cuatrocientos metros de la carretera de Bayeux. Uno de los logros más inesperados de la operación conjunta llevada a cabo aquel día por la infantería y los tanques fue que no se perdió ni un solo Sherman. Y el 12 de julio, el avance continuó por el centro y por el este, de modo que la 2.ª División tuvo en sus manos todos sus objetivos al norte de la carretera de Bayeux. Con la captura de la Colina 192, los americanos contaban con puestos de observación que ofrecían una clara visión de Saint-Ló y sus alrededores.

Al sur de Caumont, al este del sector correspondiente a la 1.ª División, se había producido un interesante contraste con los duros combates por la carretera de Bayeux. El 9 de julio, los americanos lograron firmar una tregua con la 2.ª División Acorazada alemana para entregar a un segundo grupo de enfermeras de esta nacionalidad que habían sido capturadas en Cherburgo. «Esta segunda entrega y el caballeroso trato dispensado a estas enfermeras», escribió su comandante, el teniente general barón Von Lüttwitz, «causaron en aquel momento una profunda impresión en toda la división». Lüttwitz informó de lo sucedido a Rommel, que decidió entonces que ése debía ser el lugar en el que iban a contactar con los americanos para negociar un alto el fuego en Normandía si Hitler seguía negándose a acabar la guerra. Las discusiones de Rommel con sus comandantes sobre la eventualidad de llevar a cabo una acción unilateral en contra del régimen se desarrollaron en paralelo, pero al margen de los preparativos del asesinato de Hitler en Rastenburg.

En la margen derecha del Vire, la 35.ª División, que todavía no se había teñido las manos de sangre, empezaría el 11 de julio la ofensiva con una maniobra complicada, debido a la línea en forma de «L» que ocupaba. Luego, casi de inmediato, el oficial al mando de su regimiento de cabeza, el 137.º de Infantería, fue herido por los disparos de una ametralladora. Cerca de Saint-Gilés, los alemanes habían fortificado en ese sector un castillo y una iglesia, que seguían resistiendo a pesar del fuerte bombardeo de la artillería de la división. Los nidos de ametralladoras colocados en las tapias del cementerio y dentro de la propia iglesia mantenían a raya el batallón en su intento de atacar la localidad. Cuando finalmente se llevó a cabo el asalto después de otro bombardeo, «sólo se hicieron tres prisioneros, dos de ellos heridos, en aquel terreno tan disputado».

Pero según el general Bayerlein, la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen se encontraba «en muy mal estado y no tenía voluntad de lucha». Sólo se podía confiar en los paracaidistas y en el grupo de combate Das Reich. A ello tal vez contribuyera el hecho de que el oficial al mando de la Kampfgruppe das Reich, el Obersturmbahnführer Wisliczeny -«hombre gigantesco y brutal», según Bayerlein- estaba detrás de las líneas con un bastón y golpeaba a todo aquel que intentaba salir huyendo. 14

Al oeste del Vire, la 30.ª División, que aún estaba recuperándose del ataque de la Panzer-Lehr-Division, avanzó junto con el Comando de Combate B de la 3.ª División Acorazada y con la cobertura de la artillería de la división y de todo el cuerpo, que lanzó catorce mil bombas. Llegaron a la salida norte de Pont-Hébert y Haut Vents a costa de otras 367 bajas.

El avance general de Bradley el día 11 de julio se extendió a lo largo de casi todo el frente del 1.º Ejército norteamericano. En la costa atlántica de la península de Cotentin, en el sector del VIII Cuerpo, la 79.ª División, con la ayuda de importantes ataques de la aviación, se internó hacia el oeste de La Haye-du-Puits y tomó las alturas que rodean Montgardon. La 8.ª División capturó la Colina 92 y avanzó otros dos kilómetros hacia el sur.

La 90.ª División, que finalmente había logrado tomar el día anterior las estribaciones de Mont Castre, empezó a despejar el bosque de la ladera contraria. Sus hombres estaban aterrados de tener que vérselas con el 15.º Regimiento Paracaidista, perfectamente camuflado en la espesísima maleza, en la que apenas había diez metros de visibilidad. El contacto entre las unidades, incluso entre los individuos de cada pelotón, resultaba muy difícil. Los oficiales calificaban la situación de algo «más parecido a la lucha en la selva». El avance progresó sólo gracias al coraje de unos cuantos individuos que lograron rebasar por el flanco las posiciones de las ametralladoras. La elevada proporción de muertos respecto a la de heridos demuestra que la mayoría de los enfrentamientos se libraron a muy corta distancia. Aquella experiencia supuso una tensión considerable para una división que todavía no se había habituado a la situación. Al día siguiente, un batallón del 358.º Regimiento de Infantería había perdido tantos efectivos que hubo que fusionar tres compañías en una. Por fortuna, la 90.ª División descubrió entonces que los paracaidistas alemanes se habían escabullido por la noche.

El cuartel general del 7.º Ejército alemán estaba ya enormemente preocupado por la situación en ese sector oeste, pues el general Von Choltitz carecía de reservas y la línea de defensa Mahlmann había sido rebasada. El Oberstgruppenführer Hausser había hablado con Rommel el día 10 de julio por la noche, insistiendo en que había que recortar ese sector del frente. El Grupo de Ejército B sólo dio su consentimiento a última hora de la tarde del 11 de julio. Choltitz ordenó que se llevara a cabo una retirada general hasta la línea del río Ay y hasta la localidad de Lessay.

«La población debe ser evacuada ahora mismo, se trata de una verdadera migración en masa», escribía el Obergefreiter de la 91.ª Luftlande-Division. «Las que más sudan son las monjas gordas con sus carretas, que ellas mismas tienen que empujar. Se hace muy duro ver lo que es esta maldita guerra y participar en ella. Seguir creyendo en la victoria se hace muy cuesta arriba, pues los estadounidenses ganan cada vez más terreno».

Los cazabombarderos aliados siguieron atacando no sólo las posiciones de primera línea, sino también a todos los camiones de aprovisionamiento que llegaban desde la retaguardia con alimentos, municiones o combustible. La ausencia casi total de la Luftwaffe, cuya misión era poner en entredicho la supremacía aérea del enemigo siguió provocando la ira de las tropas alemanas, aunque a menudo recurrían al humor negro. «Si ves aviones plateados, son americanos», decía un chiste. «Si ves aviones color caqui, son británicos; y si no ves aviones de ningún tipo, son alemanes.» Otra versión del mismo decía: «Si aparecen aviones británicos, nos encogemos y agachamos la cabeza. Si vienen los aviones americanos, todo el mundo se encoge y agacha la cabeza. Y si aparece la Luftwaffe, nadie se encoge ni agacha la cabeza.» Las fuerzas americanas tenían un problema muy distinto. Sus soldados, demasiado aficionados a apretar el gatillo, abrían fuego en todo momento contra cualquier avión, a pesar de las órdenes recibidas en sentido contrario, pues era mucho más probable que dispararan contra un aparato aliado que contra uno enemigo.

En el sector del VII Cuerpo, la 4.ª División y la 83.ª avanzaron por uno y otro lado de la carretera Carentan-Périers, pero la 9.ª División, cuyos planes se vieron severamente trastocados por el ataque de la Panzer-Lehr-Division, fue incapaz de reunirse con ellas ese día. El puesto de mando

de uno de sus batallones recibió un golpe directo. Pensando que el único puesto de observación posible de los alemanes estaba situado en la torre de una iglesia, la artillería de la división la derribó. Las torres y los campanarios de las iglesias resultaban siempre sospechosos. Unos días después, durante el lento avance hacia Périers, unos soldados de la división aseguraron que en la torre de una iglesia habían encontrado a un oficial de observación de la artillería alemana vestido de cura con una radio. Le habían pegado un tiro. 18 Pero incluso en la 9.ª División, que tenía más experiencia, unos oficiales comunicaron que seguían produciéndose bajas innecesarias porque sus soldados no disparaban mientras avanzaban. «Los hombres decían que cesaban el fuego porque no veían al enemigo.»

El general Meindl, del II Cuerpo Paracaidista, estaba convencido con razón de que los americanos utilizarían la cresta de Martinville, al este de Saint-Ló, para llevar a cabo el asalto de la ciudad, pero él no tenía las fuerzas necesarias para reconquistar la Colina 192.

Con la 2.ª División firmemente instalada al sur de la Colina 192, los principales esfuerzos de los americanos se concentraron en el sector de la 29.ª División hacia la parte occidental de la cresta. Aquella noche se lanzó otro ataque, pero tuvo poco éxito frente al fuego de los morteros y la artillería de los alemanes, y se interrumpió la noche del 12 de julio. La 29.ª División tardaría otros cinco días en despejar la cresta y establecer posiciones al sur de la carretera de Bayeux, y además, a costa de numerosas bajas. El jueves 13 de julio no se produjeron muchos combates y el personal sanitario pudo al fin descansar. Los cirujanos de la 3.ª División Acorazada pudieron disfrutar de «unas partidas de póquer y unos cuantos julepes de menta por la noche... hasta las doce», como anotó uno de ellos en su diario. 19 El 14 de julio, hizo tan mal tiempo que el ataque americano se interrumpió y por primera vez los alemanes consideraron «posible relevar algunas unidades a plena luz del día». Pero el XIX Cuerpo planeaba un ataque para el día siguiente. El general Corlett lo llamaba su «golpe definitivo».

El cuartel general del XIX Cuerpo de Corlett resultaba especialmente vistoso debido a la presencia en él del oficial de enlace británico, el vizconde Weymouth (que pronto se convertiría en 6.º marqués de Bath), «un británico alto, que se había ganado fama de excéntrico por sus viajes entre las líneas alemanas y su costumbre de andar por ahí con dos patos atados de una cuerda».

El 14 de julio al anochecer, tuvo lugar el funeral del general de brigada Teddy Roosevelt, que, para mayor disgusto suyo, había muerto de un ataque al corazón y no en el campo de batalla. Los generales Bradley, Hodges, Collins, Patton, Barton y Huebner fueron los encargados de llevar el féretro, tributo harto elocuente en medio de una ofensiva al extraordinario valor y a la popularidad de Roosevelt. Patton, que era muy aficionado al ceremonial militar, se sintió, sin embargo, un tanto decepcionado. La guardia de honor estaba demasiado lejos y había formado en columna, no en línea. Le irritaron particularmente los «dos predicadores de no sé qué iglesias», que «pronunciaron unos discursos que hicieron pasar por oraciones». De hecho, el único toque apropiado, en su opinión, se produjo casi al final del oficio, cuando «nuestros cañones antiaéreos abrieron fuego contra unos aviones alemanes e hicieron sonar un réquiem adecuado al funeral de un hombre verdaderamente gallardo». Pero ni siquiera una ocasión tan solemne como aquella se vio libre del divismo castrense. «Brad dice que me propondrá en cuanto pueda», escribió Patton en su diario. «Podría hacerlo ahora con gran ventaja para sí mismo si tuviera agallas. Naturalmente Monty no quiere saber nada de mí, pues teme que le robe protagonismo, cosa que desde luego pienso hacer.»

En el sector situado más al oeste, la retirada alemana, llevada a cabo en secreto por Choltitz,

había permitido al VIII Cuerpo avanzar hasta el río Ay. Junto a él, el VII Cuerpo comprobó que su artillería tenía finalmente a tiro Périers. Los morteros pesados de los batallones químicos se concentraron en disparar bombas de fósforo y cada vez se encontraron más cadáveres de alemanes con quemaduras terribles. En medio de los elevados setos del bocage, la observación de la caída de las bombas de mortero y de artillería resultaba sumamente difícil. Los americanos aprendieron a usar explosivo de gran potencia cada vez que abrían fuego porque levantaba mucho más polvo. Pero la mayor ventaja se la proporcionaban los aviones Piper Cub y la valentía de sus pilotos de observación de artillería, encargados de corregir los bombardeos. Las explosiones en el aire resultaban muy eficaces a la hora del asalto, pues obligaban a los alemanes a permanecer en el fondo de sus trincheras mientras la infantería, con el apoyo de los tanques, atacaba una posición. La 83.ª División comunicó que sus hombres pillaron así por sorpresa a muchos alemanes y que luego los habían hecho salir. En una ocasión, un Landser que no quiso rendirse se pegó un tiro. Los pilotos de los aviones de observación podían asimismo lanzar botes de humo rojo sobre un blanco a menos de ochocientos metros delante de sus tropas, para marcar el objetivo de los cazabombarderos.

Las familias francesas que se negaban a abandonar sus granjas corrieron mucho peligro durante los combates. «Recuerdo una escena conmovedora que nos emocionó a todos», evocaba un oficial de un batallón químico. «Pasó por delante de nuestra posición un familia que llevaba el cuerpo de un niño tendido encima de una puerta. No sabíamos cómo había muerto. El dolor pintado en los rostros de aquella familia inocente nos afectó a todos e hizo que nos emocionáramos por los habitantes de la comarca y lo que debían de estar pasando.»

A veces, los campesinos franceses y sus familias, al ver un soldado muerto, colocaban el cadáver junto a un crucifijo al pie del camino y le ponían unas flores, a pesar de hallarse atrapados en medio de aquella lucha cada vez más despiadada. Cerca de Périers, fue capturada una pequeña patrulla norteamericana. Según el cirujano de un batallón de la 4.ª División, un oficial alemán quiso saber el paradero de la unidad de radiotransmisión americana más próxima. Al no recibir respuesta, pegó un tiro en una pierna a uno de los prisioneros. «Luego disparó al jefe de la patrulla en la cabeza por negarse a hablar.»

Parece que de vez en cuando ni siquiera el símbolo de la Cruz Roja protegía de las represalias. «Vi a unos sanitarios y a unos oficiales médicos que habían sido asesinados sin más por los alemanes», informó un cirujano de la 2.ª División Acorazada. «A un sanitario lo desnudaron, lo colgaron del techo y lo mataron a golpes de bayoneta en el estómago.» 26 Los alemanes, por otra parte, se quejaban de que los cazas de los aliados a menudo atacaban sus ambulancias a pesar de llevar la marca de la Cruz Roja.

En los hospitales de campaña situados detrás de las líneas, el principal peligro era la tensión. Irremediablemente algunos cirujanos perdían los nervios debido a la presión física y psicológica. Los gritos, el hedor de la gangrena, la sangre, los miembros amputados, las terribles quemaduras de las tropas de las unidades acorazadas tenían por fuerza que tener un efecto acumulativo. Lo increíblemente asombroso es que la inmensa mayoría no se viniera abajo. Un capitán del 100.º Hospital de Evacuación calculaba que en tres meses y medio había realizado más de seis mil operaciones. «He hecho tantas que por el tipo de herida puedo decir si nuestras tropas están avanzando, retrocediendo o quietas en un punto. Puedo detectar incluso las heridas que se deben a autolesiones». Los soldados bisoños eran los que tenían más probabilidad de ser víctimas de trampas explosivas y de minas. «Las autolesiones aumentan por lo general en cuanto empiezan los combates. Durante el avance las heridas suelen ser de mortero, de ametralladora o de armas cortas. Tras el asalto o la toma de una posición, nos llegan casos de minas y trampas explosivas. Cuando las tropas

están quietas en un punto, todos dicen que los ha alcanzado un 88.» Pero el jefe de la sección de rayos X del 2.º Hospital de Evacuación expresaba su asombro por lo poco que solían quejarse los heridos. «Resulta paradójica esta guerra», escribía. «Saca lo peor que hay en un hombre, pero también lo eleva a la cima del auto sacrificio, la abnegación y el altruismo.»

Las lesiones psicológicas constituían todavía una gran minoría de los casos. Los servicios médicos del ejército estadounidense tuvieron que tratar en Normandía treinta mil casos de agotamiento de combate. A finales de julio, estaban operativos dos centros de mil camas cada uno. Al principio los médicos se habían sorprendido al oír hablar a los mandos de la necesidad de que los soldados bisoños se «tiñeran de sangre» entrando en acción, pero una introducción gradual era a todas luces mejor que un shock repentino.

Sin embargo, nada parecía reducir la marea de casos de hombres que en medio del fuego de la artillería caminaban «con los ojos abiertos de par en par y temblando», o «echaban a correr dando vueltas en círculo y llorando», o «se encogían formando una bolita», o incluso salían en trance a campo abierto y se ponían a coger flores mientras las bombas estallaban a su alrededor. Otros se venían abajo debido a la presión de las patrullas y se ponían a llorar de forma repentina gritando: «¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar!». Los oficiales jóvenes tenían que vérselas a veces con «hombres que de pronto se ponían a lloriquear, se encogían en un rincón y se negaban a levantarse o a salir de una trinchera y a seguir adelante bajo el fuego». Aunque algunos soldados recurrieron a las autolesiones, un número menor, aunque desconocido, se suicidó.

Los médicos militares tenían que atender también asuntos más triviales. Las picaduras de pulga sufridas en granjas y pajares podían infectarse. Muchos accidentes innecesarios eran fruto de una mezcla de agotamiento y Calvados a palo seco, que los soldados llamaban «aguardiente de manzana» o a veces «rayo blanco», debido a lo fuerte que era. El número de casos de diarrea se incrementó de manera alarmante, pero el estreñimiento era también un problema, especialmente entre las tripulaciones de los blindados. El contenido de las raciones K, excesivamente salado, resultaba odioso. Incluso la limonada en polvo con vitamina C era utilizada para limpiar y fregar los platos. Se popularizó un chiste que decía que los prisioneros de guerra alemanes se quejaban de que obligarles a comer las raciones K era una violación de la Convención de Ginebra. 30 Todos soñaban con helados, perritos calientes y batidos. La única esperanza que tenían de gozar de esas comodidades se producía cuando estaban en la reserva y aparecía el carrito de rosquillas de la Cruz Roja americana conducido por jóvenes voluntarias. Su aparición añadía además la promesa de un poco de cháchara con una chica de casa. Pero en los momentos de descanso los soldados recurrían también a actividades más viriles. Los días de paga podían verse partidas de todo tipo de juegos, de dados o de seven cardstud [variante de póquer]. Y si no había dinero, los hombres se jugaban los cigarrillos, como solían hacer antes, cuando esperaban que llegara el Día D.

También costaba trabajo mantener la higiene personal en aquel verano tan húmedo, cuando había pocas oportunidades de lavarse. Evidentemente algunas mujeres francesas no podían evitar su curiosidad, para incomodidad de la modestia de los americanos. «Me cuesta un poquillo de trabajo acostumbrarme a las mujeres de aquí mirando cómo se bañan los hombres», anotó un oficial médico en su diario. «Había decenas de hombres desnudos como su madre los trajo al mundo lavándose y nadando en el estanque alrededor del molino, y dos mujeres sentadas por allí con el mayor aplomo, levantándose a veces y mirando la escena.» 31

Poner cualquier cosa a salvo de la lluvia aquel mes de julio requería buenas dosis de ingenio. Un sargento de la 1.ª División de Infantería contaba que siempre tenía un par de calcetines secos y un poco de papel higiénico en la parte superior del forro de su casco. Los soldados debían además

tener mucho cuidado con su equipo, pues los niños, fascinados con él, a menudo intentaban llevarse alguna cosa como souvenir. Los niños franceses atosigaban a los americanos pidiendo «cigarettes pour papa», pero una vez conseguidos, se fumaban los pitillos ellos mismos. Constantemente rondaban por los comedores de campaña en la retaguardia, a pesar de las órdenes repetidas una y otra vez de que debían ser echados de allí. Pero los soldados americanos siempre se mostraban indulgentes con ellos. «Los niños franceses solían andar a nuestro alrededor, con sus cubitos de lata, y se ponían en la cola del comedor, y siempre nos encargábamos de que nos dieran un poco más de comida para dársela.»

En Caumont, detrás de las líneas de la 1.ª División, convencieron a un gendarme de que probara el chicle. Una de las principales tareas del buen hombre era vigilar a los soldados que iban registrando las bodegas en busca de vino o de Calvados. Tanto sus hombres como él habían tenido la idea de garabatear la palabra «Minas» en las paredes situadas junto a la entrada. Pero si bien estaba dispuesto a perdonar a los soldados que sentían una necesidad desesperada de alcohol, le chocó enormemente comprobar, al encontrar a su primer soldado aliado muerto, que alguien le había robado las botas. «Sé que carecemos de todo, pero aún así», escribiría más tarde. El pillaje al que se lanzaban sus conciudadanos le llevaba a mirarlos como si no los conociera. «Nos llevamos una gran sorpresa cuando lo encontramos en todas las clases de la sociedad. La guerra ha despertado los instintos primitivos de la gente y ha transformado a muchos individuos pacíficos en delincuentes.» 34

Mientras que el 7.º Ejército alemán temía que Périers se convirtiera en el centro inmediato de la próxima ofensiva americana, Bradley seguía decidido a tomar Saint-Ló desde la cresta de Martinville, al noreste de la ciudad.

A los mandos alemanes les preocupaba el sector de la cresta de Martinville porque la 3.ª División Paracaidista de Schimpf iba a quedar en terreno bajo. Una interceptación de Ultra permitió a Bradley enterarse de que el II Cuerpo Paracaidista de Meindl había perdido seis mil hombres. A Rommel no le quedó la menor duda de la gravedad de la situación cuando visitó al general Meindl en el cuartel general del II Cuerpo Paracaidista la noche del 14 de julio. (Aquel día había hecho un tiempo malísimo, y Rommel había podido viajar sin miedo a la intervención de los cazas de los aliados.) Meindl le advirtió que la exigencia de Hitler de mantener la actual línea de frente a toda costa podía resultar desastrosa. Menos de una semana después, Meindl se lamentaría ante el general Karl Student, comandante en jefe de las tropas paracaidistas, de que ninguna de las dos peticiones de refuerzos que había hecho había recibido respuesta. Los que llegaban, a menudo no eran aptos para el combate y enseguida pasaban a engrosar el número de bajas, como por otra parte habían podido comprobar americanos y británicos. Algunos de esos paracaidistas de reemplazo habían sido pilotos bien entrenados que no habían podido completar sus cursos de vuelo en Alemania debido a la tremenda escasez de combustible.

Rommel era perfectamente consciente de los peligros. Había sido advertido de que la «costura» que unía al 7.º Ejército y a la Panzergruppe West (que correspondía al límite entre británicos y americanos) podía romperse. De hecho, a lo largo de toda la línea se necesitaban desesperadamente tropas de reserva, sobre todo cuando una formación completa, como la 353.ª División de Infantería, había quedado reducida a menos de setecientos hombres después de once días de lucha. Y eso había sido en un período durante el cual la fuerza aérea norteamericana se había visto obligada a permanecer en tierra como consecuencia del mal tiempo.

A los americanos también les preocupaban las graves pérdidas sufridas, así como la lentitud de

su avance. En la margen derecha del Vire, la 35. a División había intentado abrirse paso a la fuerza, mientras que en el lado más alejado del río la 30. a División había intentado también romper las líneas con escaso éxito. El temprano revés sufrido por la 9. a División, que se vio obligada a reducir la marcha, había hecho que la 30. a quedara con el flanco derecho desguarnecido. Esta misma unidad comprobó además que se enfrentaba a algunos grupos de la 2. a División Acorazada de la SS Das Reich.

La situación no empezó a mejorar hasta el 15 de julio, el día del «golpe definitivo» de Corlett. El XIX Cuerpo fue al menos capaz de aprovechar el apoyo aéreo de los P-47 Thunderbolt, que ametrallaron y bombardearon las posiciones alemanas. Por desgracia, un par de Thunderbolt identificaron erróneamente un destacamento del Comando de Combate B y destruyeron un tanque americano y un semioruga. Pero utilizando aquella mañana una treta muy bien preparada, la 35. a División logró romper las líneas alemanas y forzar la retirada del enemigo. La presión a lo largo de todo el frente del XIX Cuerpo, con un potente fuego de contrabatería de su artillería, había obligado a los alemanes a utilizar casi toda su munición. El comandante de la 30. a División calificó aquel día de auténtico «aporreio».[³⁶]

Todos los ojos de la estructura de mando norteamericana estaban fijos en la 20. a División, responsable del sector que constituía la llave de Saint-Ló. Su llamativo comandante, el general Gerhardt, estaba decidido a aprovechar plenamente la ocasión. Gerhardt no atraía desde luego el respeto de todos. Bradley Holbrook, corresponsal de guerra del Baltimore Sun agregado a la 29. a División, había observado los deseos de notoriedad de Gerhardt a medida que progresaba la batalla de Saint-Ló. «Recuerdo que una mañana subí al sitio en el que estaba él», contaría más tarde. «Las bajas eran cada vez mayores y a mí me parecía una cosa totalmente inútil. Le pregunté por qué estábamos teniendo tantas bajas cuando podíamos simplemente rodear aquel lugar y seguir adelante. El se dio media vuelta, me miró y dijo: "Porque es un nombre que todo el mundo va a recordar". Y yo pensé: "¡Ah, mierda! ¿Pero qué clase de guerra estamos haciendo?"»

Al igual que Patton, también Gerhardt era muy exigente en lo tocante a la corrección del atuendo en el campo de batalla. No podía hacer mucho respecto al desaliño general de sus hombres, pues las posibilidades de afeitarse llegaban sólo cuando un batallón estaba en la reserva. Más justificada, en cambio, estaba su exasperación por el hecho de que la mayoría de los soldados se ataran la correa de su casco de acero por detrás de la cabeza, y no por debajo de la barbilla. Esta costumbre se debía al absurdo temor a que una explosión cercana le arrancara a uno la cabeza si el casco estaba bien atado. Gerhardt llevaba siempre su casco correctamente sujeto con la hebilla, y rara vez lo cambiaba por otro tocado, al parecer porque deseaba ocultar a la vista su calvicie.

El objetivo inmediato de su división era la localidad de Martinville, en lo alto de la colina principal. Se trataba de un puñado de casas rústicas normandas de piedra, con patios cercados a uno y otro lado de la carretera sin asfaltar que recorría la cresta de oeste a este. Los setos eran tan espesos y tan altos como en cualquier otro lugar de la comarca, y los huertos de manzanos densamente poblados proporcionaban a los vehículos y a los escondites de los cañones una cobertura perfecta frente a las labores de observación desde el aire. Los paracaidistas alemanes se habían protegido astutamente en profundos refugios subterráneos y en bunkeres tapados con troncos y tierra, capaces de sobrevivir a cualquier cosa excepto a un golpe directo con una bomba o un obús de gran calibre. Se habían reforzado con ingenieros de combate y con otras compañías de su propia división, así como con lo que quedaba de la 30. a Brigada Móvil, provista de ametralladoras y morteros, y algunos restos de la 352. a División de Infantería y cañones de asalto bien camuflados, colocados para disparar desde lo alto de los setos.

El ataque americano contó con el apoyo de trece batallones de artillería, así como de varios P-47 Thunderbolt, que lanzaron bombas de quinientas libras sobre las baterías de cañones de 88 mm. Pero en casi todos los ejes de avance, el fuego alemán produjo numerosas bajas. A las 19:30, el general Gerhardt ordenó que se llevara a cabo una última embestida antes del anochecer, en los siguientes términos:

- ¡Calen sus bayonetas! ¡Chicos del Veintinueve! ¡Adelante!³⁶

El 116.º de Infantería arremetió casi de frente a lo largo de la cresta de la colina desde el este con tres batallones. Tras varias horas sufriendo graves pérdidas, Gerhardt interrumpió la acción a regañadientes dando órdenes de que se cavaran trincheras y se defendiera el terreno ganado. Pero la instrucción tardó bastante en llegar al comandante Bingham, que estaba al mando del 2.º Batallón. Cuando lo hizo y Bingham se precipitó al encuentro de su primera compañía, ésta ya había llegado a su objetivo de La Capelle, en la carretera de Bayeux. Bingham nunca pensó en retroceder. Inmediatamente ordenó a su batallón que cavara trincheras para montar una defensa en redondo. Martinville, en lo alto de la colina, había sido despejada, pero los paracaidistas alemanes, siguiendo la práctica habitual en ellos, se infiltraron de nuevo por detrás de la fuerza de Bingham, de modo que ésta quedó aislada.

Gerhardt quedó sorprendido al enterarse de que el 2.º Batallón había logrado pasar. No quería que se retirara, pero la unidad se encontraba en una posición muy arriesgada, con la cresta de la colina todavía parcialmente en manos de los alemanes. Ordenó al 115.º de Infantería, situado a la derecha, avanzar al amanecer del día siguiente, 16 de julio, bajando tan rápidamente como pudiera por la carretera de Isigny a Saint-Ló. Si lograban pasar, los alemanes de la cresta probablemente se verían obligados a retirarse. Pero el 115.º se encontró con un fuego tan pesado de morteros, ametralladoras y cañones de asalto que no tuvo más remedio que esconderse.

Los hombres de Bingham, acorralados en la carretera de Bayeux, lograron repeler un contraataque, pero estaban quedándose sin municiones y sin víveres. El agua no representaba problema alguno, pues había por allí dos pozos, pero el batallón tenía 35 heridos y sólo tres sanitarios inexpertos para atenderlos. Un avión de observación de artillería les lanzó algo de plasma, pero murieron varios hombres que habrían sobrevivido si hubieran podido ser evacuados. El batallón de Bingham, en cualquier caso, fue enormemente afortunado. La mala comunicación existente entre los alemanes hizo que su posición no fuera identificada con claridad por la artillería enemiga, que durante todo el día, para deleite de los observadores americanos, había apuntado sus bombas contra sus propias tropas casi tanto como contra el adversario.

En lo alto de las colinas, a medio kilómetro al este de Martinville, el 1.º Batallón sufrió feroces contraataques de los paracaidistas alemanes armados con lanzallamas y respaldados por tres tanques. Los soldados de infantería americanos salieron de sus trincheras para asegurarse de que abatían a los equipos de lanzallamas, cargados con un peso enorme, antes de que llegaran a una distancia que les permitiera utilizar sus armas. Una compañía del 1.º Batallón, situada a la derecha, había perdido a todos sus oficiales el día anterior. Se hallaba ahora al mando del soldado Harold E. Peterson, pues los supervivientes lo habían elegido como su comandante. Un joven teniente fue enviado a ponerse al frente de la compañía, pero como era novato, tomó la acertada decisión de hacer todo lo que Peterson le decía.

Los alemanes atacaron de nuevo desde Martinville. Esta vez llevaban un tanque de apoyo, que voló el seto en el que se ocultaban los hombres de Peterson. El equipo encargado de la bazooka fue puesto fuera de combate, y los que recogieron el arma fueron tiroteados también. Los supervivientes tuvieron que salir corriendo, llevando tras de sí a rastras a los heridos «como si de un trineo se

tratará». Pero se reunieron otra vez bajo el liderazgo de Peterson y otro soldado, un americano nativo de pura cepa «llamado simplemente "Jefe"». Peterson acechó al tanque con un lanzagranadas, que apenas tenía efectividad a la hora de atravesar el blindaje. Logró lanzar seis granadas contra el exterior, y sólo el ruido que produjeron los proyectiles debió de convencer a la dotación del tanque de que más valía dar media vuelta y regresar a Martinville. Lo que quedaba de la compañía de Peterson volvió a ocupar sus posiciones.

Aquella noche, Peterson ordenó que un soldado de los dos que ocupaban cada trinchera permaneciera despierto mientras el otro dormía. A la mañana siguiente, a primera hora, salió arrastrándose de su hoyo para comprobar cómo estaban las otras. En algunas de aquellas cuyos dos ocupantes se habían quedado dormidos, descubrió quejes habían cortado el cuello. El grupo de paracaidistas enemigos que habían llevado a cabo la incursión, integrado por unos quince hombres, seguía por allí y Peterson los atacó con granadas. Se vio forzado a retroceder, pero luego consiguió situar dos ametralladoras ligeras y una bazooka que le permitieron mantener a raya a los paracaidistas alemanes. De hecho con ellas logró reducir al enemigo a pedazos, en algunos casos literalmente. Murieron todos los alemanes. Durante todo este tiempo, el cuartel general del batallón estuvo sin saber que era Peterson el que estaba al mando.

Durante la noche del 15 de julio, el general Gerhardt ordenó a su segundo, el general de brigada Norman Cota, que reuniera «en tres horas» un destacamento especial con el fin de completar la ocupación de Saint-Ló. Quizá fuera una orden un poco prematura, teniendo en cuenta la feroz batalla que estaba librándose en la cresta y la escasez de munición de artillería que tenía la división. También esa noche llegaron 269 reemplazos, que fueron enviados de inmediato a reforzar al 1. er Batallón del 116.º de Infantería en lo alto de las colinas. El suyo fue un bautismo de fuego brutal, en contra de las recomendaciones del psiquiatra de la división, pero Gerhardt no quería perder la iniciativa.

El 3. er Batallón, al mando del comandante Thomas D. Howie, se encontraba también muy mermado de fuerzas, pero recibió sólo un puñado de oficiales nuevos. El batallón de Howie debía atacar por el oeste antes del amanecer a lo largo de la ladera sur de la colina, con el fin de reunirse abajo con los hombres de Bingham y luego avanzar juntos hacia Saint-Ló. Para aprovechar el factor sorpresa, ordenó a sus hombres recurrir a la bayoneta. Sólo dos hombres por escuadrón recibieron autorización para disparar en caso de emergencia.

El batallón de Howie «hizo su aparición» el 16 de julio, cuando sólo había un pequeño resplandor que anunciaba el amanecer, avanzando rápidamente en columna por compañías. Tuvieron la suerte de que los envolviera una niebla matutina, pero reaccionando probablemente ante el ruido que hacían, las ametralladoras alemanas abrieron fuego en su dirección. Tal como se les había ordenado, los soldados de Howie no respondieron a los disparos. La disciplina y la rapidez de la marcha los llevaron a alcanzar su objetivo cerca del batallón de Bingham hacia las 06:00. Howie se lo comunicó por radio al comandante de su regimiento. Le dijeron que su misión consistía en penetrar de inmediato hasta las afueras de Saint-Ló, poco más de un kilómetro hacia el oeste. «Lo haremos», respondió. Sus hombres repartieron rápidamente sus raciones de comida con los del hambriento 2.º Batallón, aunque no andaban sobrados de munición. Pero justo cuando el comandante Howie dio la orden de avanzar hacia Saint-Ló, una bomba de mortero alemana explotó entre los integrantes de su cuartel general. Howie murió al instante. El capitán H. Puntenney, el oficial ejecutivo, asumió el mando e intentó continuar al ataque. Pero la artillería y las baterías de mortero alemanas habían localizado finalmente su posición y empezaron a bombardear también aquel tramo de la carretera Bayeux- Saint- Lo.

El 3. er Batallón cavó inmediatamente trincheras para protegerse del bombardeo y se preparó para resistir al contraataque. Por fin se produjo uno a última hora de la tarde, pero lo repelieron. Los tanques alemanes se oían en la distancia, de modo que se solicitó un ataque de la aviación antes de que cayera la noche. La 506.ª Escuadrilla de Cazabombarderos realizó una salida de emergencia y se lanzó contra la concentración de carros blindados. Su actuación resultó muy desmoralizadora para los alemanes, pero además supuso una gran inyección de moral para los americanos. Algunos hombres de Puntenney descubrieron un depósito alemán de municiones en las proximidades. Supuso un gran alivio, pues a la unidad le quedaba sólo una carga de bazooka. Cogieron algunas tellerminen y las colocaron a lo largo del camino de Bayeux y en la ruta secundaria que cruzaba la carretera por La Madeleine. Fue una noche angustiosa. Puntenney tenía la sensación de que resistían por chiripa. Pero a la mañana siguiente, 17 de julio, recibieron una sorpresa milagrosa. De repente apareció un médico austríaco dispuesto a rendirse. Logró salvar las vidas de varios heridos utilizando el plasma lanzado por los aviones el día anterior.

En la cresta, encima de donde estaban ellos, el 1. er Batallón proseguía el ataque contra Martinville, utilizando una pequeña fuerza provista de un cañón antitanque y un tanque destructor para tomar posiciones en el lado este del pueblecito. Los otros dos regimientos de la 29.ª División, el 175.º más arriba por la carretera de Bayeux, y el 115.º, que seguía intentando bajar por la carretera de Isigny, no hicieron muchos progresos aquel día. Un batallón del 115.º logró desviarse para atacar la colina de Martinville por su lado norte, pero aquella tarde fue golpeado por los alemanes con una fortísima concentración de fuego de mortero, y muchos heridos murieron aquella misma noche sin recibir atención médica. La escasez de sanitarios en todo el frente era ya crítica, sobre todo debido a las numerosísimas bajas sufridas y a la falta de reemplazos bien entrenados.

El batallón del 115.º Regimiento, conmocionado por el número de bajas, había empezado a cavar trincheras esa misma noche al este de Martinville cuando llegó el oficial al mando de su unidad. De manera increíble, recibió la orden de seguir avanzando sin demora. «Esta orden causó una consternación enorme en el batallón», comentó el comandante del regimiento. Pero una vez acallados los rumores de protesta, los soldados se vieron avanzando a lo largo de la ladera oeste de la colina en dirección a Saint-Ló sin encontrar demasiada resistencia. Parecía que los alemanes se hubieran esfumado en la noche.^[37]

Los dos batallones, el de Bingham y el de Puntenney, aislados al pie de la colina cerca de la Madeleine, podían ahora recibir pertrechos desde el norte a través de una línea de salvación a través del barranco. Pero esta ruta de aprovisionamiento seguía siendo una tarea azarosa en medio del fuego mortal de los cañones de 88 mm situados al sur de la carretera de Bayeux. La compañía del soldado Peterson fue reforzada con 85 reemplazos y un nuevo oficial al mando, el capitán Rabbitt. Entre los reemplazos había recién llegados y veteranos, para que los primeros no fueran víctimas del pánico tan fácilmente. Esta compañía se encargaría de la ruta de aprovisionamiento a través del barranco, con pequeños grupos en cada parcela armados con ametralladoras. Para su sorpresa, de repente avistaron una columna de soldados alemanes que bajaban la colina. Las ametralladoras abrieron fuego y los abatieron a todos.

Durante la noche del 17 de julio, los alemanes evacuaron la colina y en su retirada tuvieron que dar un gran rodeo. Rebasados por los blancos en la carretera de Bayeux y en la cresta de Martinville, se vieron obligados a replegarse al sector que tenía enfrente a la 35.ª División, e incluso a abandonar una cantidad considerable de equipos y de armamento. El general Corlett dijo a Gerhardt la mañana del 18 de julio que tomara Saint-Ló, que las tropas americanas denominaban ahora «Stilo». El destacamento especial del general Cota, reforzado con elementos de reconocimiento,

tanques Sherman, tanques destructores e ingenieros, estaba listo para ponerse en marcha. «Parece que estamos todos preparados», comunicó Gerhardt al cuartel general del cuerpo. A las 14:30, Cota envió el siguiente mensaje: «Listo para marchar». Su columna empezó a bajar por la carretera de Isigny a Saint-Ló, donde se reunió con ella un batallón del 115.º de Infantería. Tras los duros combates de las últimas semanas, la resistencia alemana parecía relativamente poca. Sufrieron el acoso de las posiciones de la artillería alemana situadas al sur de Saint-Ló, y algunos grupos de la 30.ª Brigada Móvil opusieron cierta resistencia en algunos puntos de la ciudad.

El destacamento especial de Cota entró en «el esqueleto de una ciudad», aplastada por el primitivo bombardeo aliado del 6 de junio y por el fuego de artillería de la batalla más reciente. Podía verse el cielo a través de las ventanas de los pisos altos de los edificios sin tejado. Las calles estaban bloqueadas por vehículos destruidos y escombros, que impedían prácticamente la circulación. Se asignaron distintos grupos encargados de ocupar los puntos claves de la población y de luchar casa por casa contra los grupos de rezagados de la 30.ª Brigada Móvil. A las 19:00 Gerhardt estaba en condiciones de afirmar que la plaza estaba asegurada. Los ingenieros y las apisonadoras blindadas se pusieron manos a la obra despejando las calles para permitir la libre circulación de vehículos y personas, pero el fuego de hostigamiento no cesó. Un observador avanzado de la artillería de la división planeaba utilizar una de las dos agujas gemelas de la pequeña catedral de Saint-Ló como punto de observación, pero antes de que tanto él como sus hombres ocuparan la posición, la artillería alemana había derribado las dos torres. El general Dutch Cota resultó herido por varios fragmentos de bomba, tras mostrar tan poco aprecio por su seguridad personal como en la playa Omaha. «Cota resultó herido por un fragmento de bomba en el brazo», escribió un teniente de la unidad de reconocimiento de caballería. «Recuerdo cómo la sangre le corría por la manga y goteaba de sus dedos. No era una herida grave, pero él siguió hablando como si tal cosa. No le molestaba lo más mínimo.»

La toma de Saint-Ló supuso cierta dosis de exceso de confianza. Cuando al día siguiente la unidad de reconocimiento de la 29.ª División fue relevada por el 25.º Escuadrón de Caballería, los recién llegados cargaron de frente, a pesar de las advertencias de que había algunos cañones antitanque alemanes, y perdieron varios jeeps y carros blindados. 39

El avance general llevado a cabo entre el 7 y el 20 de julio había costado a los americanos unas 40.000 bajas. Pero ajuicio de Bradley, finalmente se había logrado asegurar el flanco izquierdo de la Operación Cobra y se había aplastado a las fuerzas alemanas hasta tal punto que la embestida que se planeaba tenía muchas más posibilidades de éxito. El general Gerhardt quiso marcar la victoria de la 29.ª División con un acto simbólico. Ordenó que el cuerpo del comandante Howie, jefe de batallón muerto justo antes de que diera comienzo el asalto final de la localidad, fuera traído a la ciudad en ruinas. El cadáver de Howie, envuelto en una bandera norteamericana, llegó en un jeep. Fue colocado sobre un montón de escombros en la iglesia episcopal de Notre Dame. Howie fue llamado en adelante «Comandante Saint-Ló». Su muerte pasó a representar el sacrificio de todos aquellos a los que el general Montgomery, en su discurso de agradecimiento, llamó «los magníficos soldados americanos que tomaron Saint-Ló». 40 Pero las autoridades militares alemanas, incluso después de la guerra, seguían pensando que el enorme esfuerzo realizado por los americanos para tomar la ciudad había sido innecesario. Saint-Ló habría podido ser flanqueada inmediatamente cuando el gran ataque americano, la Operación Cobra, se abriera hacia el oeste justo una semana más tarde.

19. Goodwood

Tras los costosos combates por la conquista del norte de Caen, a Montgomery comenzó a preocuparle todavía más la crisis que padecía la infantería. Las pérdidas de británicos y canadienses ascendían en aquellos momentos a 37.563 hombres. Sir Ronald Adam, general responsable del aparato administrativo del ejército británico, había visitado Normandía para advertir a Montgomery y a Dempsey de que iban a quedarse sin reemplazos en las próximas semanas.

Sin embargo, el 2.º Ejército de Dempsey no andaba escaso de tanques. Contaba ahora con tres divisiones acorazadas, cinco brigadas blindadas independientes y tres brigadas de carros de combate. Si por un lado Montgomery seguía fiel a su idea de mantener ocupadas en su frente a las formaciones acorazadas alemanas para permitir el avance de los americanos, por otro Dempsey estaba firmemente decidido a poner fin a aquel maldito estancamiento. La cabeza de puente al este del Orne parecía ofrecer una buena oportunidad para lanzar por el sureste un gran asalto con los carros blindados campo a través en dirección a Falaise. Dempsey había quedado fuertemente impresionado por el poder destructivo de los bombarderos pesados durante el ataque llevado a cabo el 7 de julio. Pero parece que estaba extrañamente equivocado respecto a la falta de efectividad militar que había tenido.

El 12 de julio Dempsey convenció a Montgomery de que debía unir las tres divisiones acorazadas al VIII Cuerpo del general Richard O'Connor. Montgomery era extremadamente reacio. No le gustaba la idea de que unas formaciones de tanques «fueran dando vueltas de un lado para otro con aires de superioridad», como había ocurrido en el desierto occidental, a veces con consecuencias realmente nefastas. Pero se daba cuenta de que no le quedaba más remedio en aquellas circunstancias. No quería correr el riesgo de que la infantería se viera obligada a librar otra gran batalla, pero tenía que hacer algo para atajar las críticas que empezaban a escucharse en Londres y en el cuartel general del SHAEF. El ataque en Caen no había permitido ganar el terreno necesario para la construcción de aeródromos ni el despliegue del 1.º Ejército canadiense.

Pero lo más importante de todo, ajuicio de Montgomery, es que esa ofensiva representaba un duro golpe en el frente de Caen antes de que los americanos pudieran poner en marcha la Operación Cobra en el oeste. Al menos, evitaría que los alemanes consiguieran trasladar sus divisiones acorazadas para contrarrestar el ataque del 1.º Ejército a las órdenes de Bradley. Sin embargo, sigue sin estar claro qué pensaba Montgomery en realidad. O bien se convenció de repente de que la operación iba a permitir grandes progresos, o bien se vio obligado a despistar a sus superiores con el fin de asegurarse la participación de bombarderos pesados para romper las líneas enemigas. Desde el punto de vista político, fue un proceder muy poco inteligente.

El 12 de julio intentó vender a Eisenhower el plan de Dempsey, aduciendo que ofrecía la posibilidad de dar un paso adelante decisivo. El comandante supremo, que se había desesperado ante la cautela de Montgomery, contestó eufóricamente al cabo de dos días en los siguientes términos: «Estoy considerando las perspectivas con gran optimismo y entusiasmo. No me sorprendería en absoluto ver cómo usted obtiene una victoria que haría que algunas de las "clásicas del pasado" parezcan una escaramuza entre un par de patrullas». El 14 de julio, Montgomery escribió al mariscal Brooke, diciendo que «ha llegado la hora del "momento decisivo" en el flanco oriental». A continuación, al día siguiente, dio a Dempsey y a Connor las nuevas directrices revisadas. Eran más modestas en sus objetivos. Montgomery quería que se avanzara sólo un tercio del camino que

llevaba a Falaise, y luego ver cómo iban las cosas. Es probable que esa valoración fuera más acorde con la realidad y con lo que podía hacerse, pero Montgomery nunca la comentó con Eisenhower ni con su propio cuartel general del XXI Grupo de Ejército. Las consecuencias serían nefastas para la reputación y la credibilidad de este general británico.

La División Acorazada de la Guardia, cuya llegada al continente había debido ser pospuesta por culpa de la gran tormenta, ya estaba preparada para entrar en acción. Sus oficiales visitaron inmediatamente en jeep los distintos frentes para adquirir el mayor conocimiento posible de la situación en el campo de batalla. Pero la experiencia no resultó precisamente alentadora. «Pude ver una formación de seis o siete tanques británicos Sherman», escribió un integrante de la Guardia Irlandesa, «todos ellos con un boquete en un lado. La mayoría había sufrido un incendio. Es evidente que una rápida sucesión de proyectiles había hecho blanco en ellos, probablemente disparada por la misma arma de artillería». A su regreso, cuando fueron convocados para informarles de la Operación Goodwood, se les dijo que iban «a lanzar un ataque frontal». Goodwood, que como Epsom debía su nombre a un hipódromo, daría lugar al chiste de que iba a ser como «un día en las carreras de caballos».

Montgomery, valiéndose de su estrategia de «alternar ataques» 3 para desequilibrar a los alemanes antes de llevar a cabo la principal ofensiva, convenció a Dempsey de que se emprendieran más al oeste asaltos de diversión. Poco antes de la medianoche del 15 de julio, los británicos lanzaron un ataque cerca de Esquay, la Colina 112 y Maltot con tanques Crocodile lanzallamas. 4 En plena oscuridad, estos carros de combate debían de parecer una especie de dragones blindados. Más al oeste incluso, el XXX Cuerpo organizó un pequeño avance. «Una brisa fresca y agradable mueve los trigos que maduran», escribió un capitán que se encontraba en las inmediaciones de Fontenay-le-Pesnel. «En medio de los campos de grano puede verse cómo despuntan los cañones y los tanques, y también las llamaradas y las nubes de polvo que se levantan cuando disparan... un día más gloriosamente caluroso. Polvoriento, calinoso, con el humo de los cañones cubriendo los campos de grano como niebla del mes de noviembre.» 5

Una vez más, en la Colina 112, en el «monte Calvario», se vivió el combate más encarnizado. El comandante en jefe de la 9.ª División Acorazada de la SS Hohenstaufen contaría que la tarde del 16 de julio los británicos levantaron unas cortinas de humo tan densas y espesas en ese cerro, que sus hombres se pusieron malos y pensaron que se trataba de un ataque con gases. Los tanques británicos consiguieron abrirse paso aproximadamente a las 21:00, capturando a sesenta de sus Panzergrenadiere. Pero los Panther de la división Hohenstaufen que se encontraban en la ladera opuesta contraatacaron y, según su versión de los hechos, lograron inutilizar quince tanques aliados. 6

La 277.ª División de Infantería alemana acababa de llegar al frente de Evrecy procedente de la ciudad de Béziers, junto a la costa del Mediterráneo. Un joven artillero integrado en esta división, Eberhard Beck, viajó en tren con su regimiento de artillería hasta el Loira, y de allí se trasladó a su destino caminando toda la noche. Incluso los caballos de tiro que arrastraban los obuses de 150 mm y los armones marchaban medio dormidos. Cuando la columna se detenía, cosa que ocurría a menudo, los caballos apenas podían dar paso, y los soldados adormilados en la trasera de la cureña que iba delante de un animal se encontraban de pronto con el morro de éste pegado a la cara. El único aspecto excitante de su viaje fue el saqueo de la bodega de un castillo llena de botellas de vino. Beck y sus compañeros no tenían ni idea de lo que les esperaba en Normandía.

Cuando ya se encontraban más cerca del frente, se les unió un grupo de soldados de infantería

que llevaban al hombro sus lanzagranadas Panzerfaust antitanque. Pudieron ver en la distancia la pálida luz de las bengalas de magnesio y cómo «se iluminaba y relampagueaba toda la extensión del frente». Beck quería esconderse en las profundidades de un bosque. «Soldados y caballos fuimos presa de un nerviosismo increíble.» El sonido de aviones sobrevolándonos se convirtió en «un rugido continuo e implacable».

El comandante en jefe de sus baterías, el Oberleutnant barón Von Stenglin, los condujo a su primera posición de combate al oeste de Evrécy. Casi de inmediato comenzaron a explotar bombas y granadas. Un pedazo de metralla arrancó de cuajo la cabeza de un conductor apellidado Pommer. Los caballos retrocedían espantados, y un contenedor con comida caliente, que habían subido hasta allí desde la cocina de campaña, saltó por los aires, cubriendo la tierra de gulasch. Beck tenía dos preocupaciones. Una era poder dormir un poco después de aquella agotadora marcha. Y la otra era que, como la mayoría de los soldados más jóvenes, no quería morir virgen.

Los bombardeos contra las concentraciones de tanques británicos en los alrededores de Evrécy fueron escasos, debido a la falta de municiones. Hubo muchos días en los que su batería sólo dispuso de tres proyectiles por cañón. Como les sobraba tiempo, Beck y los otros artilleros jugaban al ajedrez y al skat cuando no estaban sometidos al fuego intenso del enemigo. Por otra parte, los ataques aéreos aliados contra sus líneas de aprovisionamiento redujeron sus raciones de comida. Beck pasaba tanta hambre que se le ocurrió la «disparatada idea» 9 de adelantarse hasta la línea del frente para desenterrar patatas. Pero al igual que los soldados británicos que había al otro lado, casi todos los alemanes padecían de disentería, dolencia que se había extendido por culpa de los insectos que se alimentaban de cadáveres.

No tardarían en encontrarse con jovencísimos Panzergrenadiere de la SS vestidos con uniformes de camuflaje, «increíblemente bien equipados» en comparación con su propia infantería. «Sin embargo, no teníamos nada que envidiarles», pensó Beck. «Tenían ambición y en el frente eran unos soldados excelentes. Todos sentíamos respeto por ellos.» Pero «para nosotros ya hacía tiempo que la guerra estaba perdida. Lo importante era sobrevivir». Es indudable que ésa era la opinión de los soldados más veteranos. «Eran más maduros, estaban más preocupados, eran más paternales y más humanos. No les interesaban las heroicidades.» A veces, Beck y sus camaradas tenían que ir a las posiciones avanzadas con una carretilla de dos ruedas a recoger heridos, que les decían que, como soldados de artillería, tenían la suerte de no estar en la primera línea. «Ahí arriba es un infierno.» Los jóvenes artilleros, cuando se refugiaban de los bombardeos en sus trincheras, también solían hablar del tipo exacto de Heimatschuss cuya gravedad les permitiera el traslado a un hospital en Alemania. «Mis pensamientos», escribía Beck, «eran: herida, puesto de socorro, hospital, casa y final de la guerra. Sólo quería salir de aquella miseria». Pero los bombardeos de los británicos, incluidos los de su artillería naval que abrían cráteres de cuatro metros de diámetro y dos de profundidad, provocaban heridas tanto físicas como psicológicas. Cuando un sargento primero saltó por los aires por culpa de una granada, el soldado de diecisiete años encargado de las comunicaciones que se encontraba a su lado perdió el control y sufrió un ataque de nervios. 10 Las pérdidas de la infantería alemana fueron tan importantes que en tres semanas fue pulverizada una división. El cuartel general de Rommel señaló que a fecha 16 de julio la 277.ª División de Infantería había perdido treinta y tres oficiales y ochocientos hombres, todos ellos en los últimos días. 11 En aquellos momentos había sido reforzada con parte de la 9.ª División Acorazada de la SS Hohenstaufen, pero incluso esta unidad había perdido tantos hombres que se había visto obligada a unir sus dos regimientos de Panzergrenadiere para formar tres débiles batallones.

Durante la noche del 16 de julio, Ultra interceptó un mensaje del Generalfeldmarschall Hugo Sperrle, comandante en jefe de la 3.ª Flota Aérea. En él el alto oficial alemán avisaba de la posibilidad de que se produjera una gran ofensiva, «determinante para el curso de la guerra, al sureste de Caen la noche del 17 al 18». Los aviones de reconocimiento alemanes habían logrado penetrar las líneas aliadas y habían sobrevolado la cabeza de puente del río Orne para fotografiar los preparativos. En cualquier caso, los británicos sabían perfectamente que los alemanes instalados en el distrito industrial de Colombelles, en la margen derecha del Orne, contaban con puestos de observación en lo alto de las elevadas chimeneas de la zona y que podían ver prácticamente todo lo que sucedía en la cabeza de puente. Sin embargo, el comunicado de Ultra avisando con claridad de que los alemanes eran perfectamente conscientes de la inminencia de la gran ofensiva británica no hizo que Dempsey revisara la lista y el orden de sus prioridades. No fue una sorpresa, pues, que su única posibilidad de éxito pasara por atacar con determinación inmediatamente después del bombardeo.

El general Eberbach de la Panzergruppe West no creía que sus fuerzas, con ciento cincuenta tanques, pudieran contrarrestar el asalto de ochocientos carros de combate británicos. Cuando el 7.º Ejército de Hausser solicitó el envío de una división acorazada de la zona de Caen porque se había quedado sin fuerzas de reserva para enfrentarse al ataque de los americanos en las inmediaciones de Saint-Ló, Eberbach dijo que ese tema estaba totalmente «fuera de discusión». Rommel respaldó su postura.

El 17 de julio el Standartenführer Kurt Meyer, comandante en jefe de la División de la SS Hitlerjugend, recibió la orden de informar de la situación al mariscal Rommel en el cuartel general del I Cuerpo Acorazado de la SS de Dietrich. El grueso de su división se había retirado cerca de Livarot para poder descansar y recuperar fuerzas tras el descalabro vivido en Caen. Rommel preguntó a Meyer cuál era su valoración del inminente ataque de los británicos. «Las unidades pelearán, y los soldados seguirán muriendo en sus posiciones», contestó Meyer, «pero no podrán impedir que los tanques británicos pasen por encima de sus cadáveres y avancen hasta París. La abrumadora supremacía aérea del enemigo hace que sea prácticamente imposible llevar a cabo una maniobra táctica. Los cazabombarderos atacan incluso a nuestros correos militares». 14

Rommel se exaltó con la conversación. Habló de cómo lo exasperaba el OKW, que seguía negándose a escuchar sus advertencias. «Ya no se creen mis informes. Debe hacerse algo. La guerra en el oeste tiene que acabar... ¿Pero qué ocurrirá en el este?» Cuando Rommel abandonaba la reunión, Sepp Dietrich le aconsejó evitar la carretera principal en su viaje de regreso a La Roche-Guyon. Al parecer, Rommel rechazó la sugerencia con una sonrisa.

No había transcurrido ni una hora cuando el Horch descapotable de Rommel fue atacado por dos aviones Spitfire a la altura de Sainte-Foy-de-Montgommery. El mariscal alemán salió despedido del automóvil y quedó gravemente herido. Una francesa que se dirigía a comprar carne se vio obligada a encogerse en el suelo cuando los cazas aparecieron en el cielo. Contó que a la gente del lugar le pareció toda una ironía que el ataque se hubiera producido en las inmediaciones de un pueblo con un nombre tan parecido al del comandante enemigo del alto oficial alemán. 15 Rommel fue trasladado primero a una farmacia de Livarot y más tarde a un hospital en Bernay. Había quedado fuera de la guerra.

Eberbach, al enterarse de la noticia, partió inmediatamente con un médico del ejército. A las 21:30, Speidel telefoneó al cuartel general de la Panzergruppe para comunicar que Hitler había ordenado que el mariscal Von Kluge asumiera el mando del Grupo de Ejército B, sin abandonar su cargo de comandante en jefe del oeste. A su regreso, Eberbach recibió una llamada del Estado Mayor

de Kluge ordenando el traslado de una división acorazada al 7.º Ejército para impedir que los americanos se abrieran paso en Saint-Ló. Aunque sus palabras no están recogidas en los registros, es evidente que el general Eberbach se negó. En cuestión de minutos, el propio Kluge estaba al otro lado del teléfono. Eberbach dijo «que la Panzergruppe se enfrenta a una gran ofensiva de los ingleses». 16 A continuación, dio los detalles del tipo de amenaza del que estaba hablando. La única reserva disponible era la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, que le acababan de quitar. En el transcurso de lo que a todas luces fue una conversación tensa y destemplada, Kluge rechazó de plano la petición de refuerzos que le hizo Eberbach, pues era un tema que estaba fuera de toda discusión. El informe añade a continuación que Kluge puso de relieve la situación en el frente oriental, tras la gran embestida del Ejército Rojo según lo previsto en la Operación Bagration. Pero Eberbach no se dejó intimidar por sus palabras y volvió a la carga, hablando de la amenaza que se cernía sobre su sector y de las consecuencias que iba a tener el traslado a Saint-Ló de una de sus divisiones acorazadas.

Aquella noche empezaron los bombardeos preliminares de la Operación Goodwood, y también de la Operación Atlantic. La idea era ocultar el sonido de los motores de los tanques que avanzaban a sus posiciones, pero sólo vino a confirmar lo que los alemanes ya sabían. La Operación Atlantic era la ofensiva que iban a lanzar simultáneamente los canadienses con el objetivo, en parte, de tomar Vaucelles, el sector sur de Caen y sus alrededores. La artillería canadiense hizo saltar por los aires un gran depósito de combustible y munición en Vauceñes, provocando una enorme explosión.

De todas las ofensivas lanzadas en Normandía, la Operación Goodwood fue la más evidente para el enemigo. Los intentos de ocultarla con medidas de diversión, como, por ejemplo, la transmisión de «mensajes por radio grabados de antemano» para simular un ataque en Caumont, estaban condenados al fracaso. Incluso si los alemanes no hubieran estado al corriente de esta ofensiva de buenas a primeras, ya fuera por las fotografías obtenidas en sus vuelos de reconocimiento o por los informes transmitidos desde sus puestos de observación en Colombelles, las nubes de polvo, con unas temperaturas curiosamente tan elevadas como las de aquel mes, indicaban el movimiento de formaciones de tanques. Los letreros a un lado de la carretera que avisaban de que «El polvo mata» (porque atraía el fuego de la artillería alemana) no parecían más que un recordatorio irónico cuando la policía militar, con sus polainas de lona y sus guantes blancos, saludaron a los vehículos a su paso.

Goodwood representó también un fracaso de los servicios de inteligencia militar. A pesar de disponer de las fotografías tomadas por los Mustang de la RAF en sus misiones de reconocimiento, el Estado Mayor de Dempsey dio por hecho que las defensas de Eberbach tenían una profundidad inferior a los cinco kilómetros. Pero la realidad era que contaban con cinco líneas que se extendían hasta el otro lado de la cota de Bourgébus, a diez kilómetros de distancia. Y aunque habían identificado a la 16 Luftwaffe-Feld-Division, desconocían el número de cañones de 88 mm que habían llegado con el Flakkorps del teniente general Pickert. Los regimientos de caballería maldecirían más tarde a los miembros de los servicios de inteligencia, a los que apodaban «los adivinos de la bola de cristal».

La 11.ª División Acorazada encabezó la marcha cruzando el río Orne hasta llegar aquella noche a la cabeza de puente situada más al este. A pesar de la revisión del plan llevada a cabo por Montgomery, el cuartel general de Dempsey no había tomado medida alguna para rebajar unas expectativas delirantes. «¡Avanzaremos a toda velocidad!», dijo a sus oficiales el comandante de una brigada de la 7.ª División Acorazada. 19 «Sin duda estamos ante una batalla mucho más importante

que la del Alamein», escribió en su diario el jefe de un escuadrón del 13.º/18.º de Húsares.

«Hay que ver la aglomeración de hombres al este del Orne para creerla. No hay un huerto, ni un campo, que esté vacío.» Los recuerdos de la victoria en el norte de África probablemente rondaran en muchas cabezas, tal vez también por el gran calor, el horrible polvo «que todos coincidimos en comparar con el del desierto» y los inhumanos enjambres de mosquitos. Los soldados se quejaban de que el insecticida que les había entregado el ejército, más que repeler, los atraía.

Los oficiales de la División Acorazada de la Guardia eran muy conscientes del hecho de que no habían combatido en el norte de África y de que ésa iba a ser su primera batalla. Rex Whistler, el pintor y escenógrafo, aunque tenía quince años más que los demás jefes de tropa del batallón blindado de la Guardia Galesa, había decidido quedarse con los de su escuadrón. Y precisamente porque estaban en guerra, no veía razón alguna para dejar de pintar. En Inglaterra, Whistler había encargado al herrero de su pueblo que le fabricara una caja de metal para acoplarla a la parte externa de la torreta de su tanque y en la que poder guardar sus pinturas, sus pinceles y algunos lienzos de pequeñas dimensiones. Pero como era el subalterno más veterano, Whistler fue nombrado oficial de enterramientos del batallón. A la supersticiosa tripulación de su tanque no le gustaba mucho tener que llevar veinte cruces de madera en el vehículo.

Al igual que Keith Douglas, el poeta, parece que Whistler intuyó su propia muerte. Dijo a un amigo que no quería ser enterrado en un gran cementerio militar, sino allí donde hubiera caído. Poco antes de que el comandante en jefe de su división, el general Adair, se reuniera con los oficiales para dar las últimas órdenes, Whistler escribió una carta a su madre desde el huerto en el que habían acampado. Le enviaba también «una ramita de muérdago del árbol que está encima de mi vivac», la lona alquitranada que se extendía a los lados del tanque bajo la cual dormía la dotación. Al anochecer del 17 de julio, Francis Portal, un oficial compañero suyo, estuvo hablando con Whistler mientras se comprobaba por última vez el perfecto funcionamiento de los motores de los tanques. «Probablemente nos volvamos a ver mañana por la noche», le dijo Portal cuando partían. «Eso espero», respondió Whistler entre pensativo y melancólico.

Todos los altos oficiales del bando aliado rezaban para que Montgomery se decidiera por fin a dar un gran salto adelante. Ni siquiera sus enemigos de la RAF, entre ellos Bomber Harris, pusieron objeciones a su petición de apoyo de bombarderos pesados. El comandante en jefe de las fuerzas aéreas tácticas, el mariscal del Aire Coningham, que aborrecía a Montgomery más que nadie, quería desesperadamente una victoria que permitiera disponer del terreno suficiente para la construcción de aeródromos en posiciones avanzadas. El mariscal del Aire Tedder, que había estado hablando en privado con Coningham sobre la posibilidad de destituir a Montgomery, escribió al comandante en jefe una nota en la que le aseguraba que todas las fuerzas aéreas iban a estar «listas para apoyar este plan tan ambicioso y decisivo que ha preparado». 22

A las 05:30 del 18 de julio la primera oleada de bombarderos apareció por el norte para atacar sus objetivos. Durante las dos horas y media siguientes, dos mil bombarderos pesados y seiscientos bombarderos medianos de la RAF y de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos lanzaron 7.567 toneladas de bombas sobre un frente de siete mil metros. Fue la mayor concentración de fuerzas aéreas en apoyo de una ofensiva terrestre conocida hasta entonces. Los barcos de guerra de la Marina Real británica anclados frente a la costa también hicieron su aportación con intensos bombardeos. Las tripulaciones de los tanques que esperaban para entrar en acción se subieron a las torretas de sus vehículos para ver las espectaculares nubes de polvo levantadas por aquella sucesión de explosiones que parecía no tener fin. Para los que contemplaban la escena, era impensable que alguien lograra sobrevivir a semejante carnicería.

Los alemanes que resistieron a aquel terremoto provocado por la mano del hombre quedaron conmocionados y ensordecidos. Los heridos, y los que habían enloquecido, gritaban y gritaban sin parar. Algunos, incapaces de soportar durante más tiempo el estruendo, las ondas expansivas y los temblores de tierra, se pegaron un tiro. Las explosiones hicieron que los tanques pesados Tiger dieran vueltas de campana o quedaran semienterrados en cráteres enormes. Pero como el polvo y el humo habían ocultado los objetivos, los británicos no pudieron apreciar que los bombardeos habían sido muy poco precisos. Y seguían sin saber que Eberbach había formado cinco líneas de defensa. La más importante de ellas, situada junto a Bourgébus, debía ser tomada si el 2.º Ejército avanzaba hacia Falaise. Pero en esta línea no cayó casi ninguna bomba.^[38]

El 3. er Regimiento Real de Carros de Combate avanzó para conducir a la 11. a División Acorazada al campo de batalla. Ante ellos apareció una gran extensión de campos ondulados, principalmente de cereal, salpicada de aldeas de casas de piedra normandas rodeadas de huertos. El terreno ascendía en una pequeña cuesta hacia el objetivo principal, la cota de Bourgébus, que los ingleses rápidamente apodaron Buggersbus («Autobús de maricones»).

Muy pronto surgió un grave inconveniente en el plan. En su avance, la 51. a División Highland se había encontrado con un campo de minas que no figuraba en los mapas. El general O'Connor se dio cuenta de que no podían barrer todo aquel campo sin alertar a los alemanes, preocupación que en aquellos momentos ya carecía de sentido, de modo que se despejaron durante la noche únicamente una docena de estrechos caminos. Ello supuso la ralentización de todo el avance, con consecuencias desastrosas.

Por otro lado, detrás se produjeron grandes atascos de tráfico, cuando la 7. a División Acorazada y la de la Guardia tuvieron que esperar a que la 11. a Acorazada despejara la zona para que pudieran cruzar los seis puentes Bailey del Orne. El sol cada vez se elevaba más sobre el horizonte. Las tripulaciones de los tanques se pusieron a comer o incluso a echar un sueñecito en los campos de cereal que bordeaban la carretera. A pesar del polvo y el humo de los motores, Rex Whistler y unos cuantos oficiales de la Guardia Galesa jugaron para matar el tiempo. Incluso cuando las columnas comenzaron a moverse, el panorama recordaba el que ofrecían «los coches que avanzan a paso de tortuga en su viaje de vuelta a Londres, procedentes de la costa, un domingo cualquiera de verano, parados en largas hileras que llegan más allá de donde alcanza la vista y que para avanzar tienen que formar una sola». El mariscal del Aire Coningham, que se encontraba cerca del cuartel general de O'Connor en compañía de Dempsey, se sentía impotente ante la situación y estaba fuera de sí. El lento avance de las brigadas acorazadas por el campo de minas significaba que la conmoción que habían provocado los bombardeos iba a ser en balde.

En el flanco occidental de la principal línea ofensiva de O'Connor, la 3. a División canadiense avanzaba hacia Vaucelles, el sector del sur de Caen al otro lado del Orne. Pero la firme resistencia de los alemanes obligó al Régiment de la Chaudière a detenerse a las 10:30 horas. El Queen's Own Régiment de Canadá se desvió hacia la izquierda para evitar la obstrucción y tomar Giberville, y a continuación los Regina Rifles cruzaron el Orne en Caen y tomaron Vaucelles. Mientras tanto, los Highlanders de Nueva Escocia procedieron a tomar la localidad vecina de Mondeville. El Regimiento North Shore atacó las instalaciones industriales de Colombelles en la margen derecha del Orne, donde los soldados de infantería de la 16 Luftwaffe-Feld-Division, sumamente debilitados, quedaron tan conmocionados por los bombardeos que al principio no fueron capaces ni de echar a andar. En el lado izquierdo de la principal línea ofensiva, la 3. a División de Infantería británica, apoyada por una brigada acorazada, avanzaba hacia Touffreville para luego seguir hacia Troarn.

Durante las dos primeras horas de la batalla, los atacantes vieron muchos indicios sumamente

alentadores. El 3.º Regimiento Real de Carros de Combate dio con un grupo de soldados de infantería alemanes completamente aturridos, que apareció en medio de los campos de cereal con las manos en alto en señal de rendición. Las tripulaciones de los tanques los mandaron a la retaguardia. El Escuadrón B del 11.º de Húsares encontró unas trincheras alemanas en las que los hombres parecían dormir. Sus cuerpos no presentaban herida alguna, pero estaban muertos, sin duda a consecuencia de las ondas expansivas. El 13.º/18.º de Húsares que avanzaba por el flanco oriental hacia Touffreville con la 3.ª División de Infantería, disparaba con sus ametralladoras contra las trincheras hasta que el enemigo se rendía y salía con los brazos en alto. «Ante nosotros pasa una marea continua de prisioneros, aterrorizados a consecuencia de nuestros bombardeos», escribió un comandante integrado en el 1.º Batallón Paracaidista canadiense que se encontraba en la cabeza de puente sobre el Orne. Hasta el comandante en jefe de la Panzergruppe West, el general Eberbach, escribiría que «el avance [enemigo] parecía inevitable».

El grueso de las fuerzas de la 16 Feld-Division habían sido aplastadas por los bombardeos que las habían dejado «completamente vapuleadas». La 21.ª División Acorazada, que había contado con el apoyo de los Tiger del 503.º Batallón de Tanques Pesados, era la formación acorazada alemana que había quedado más maltrecha. «Algunos carros de combate habían sido alcanzados de lleno, otros habían volcado o habían caído en los cráteres abiertos por las bombas. Sus torretas habían quedado atrancadas por el polvo que se había formado, y las miras de los cañones y sus aparatos de radio inutilizados.» La 21.ª División no tardaría en recibir la orden de Eberbach de participar en un contraataque junto con la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler, pero más tarde hubo de posponer la acción en dos ocasiones debido al estado en que se encontraba la unidad. Los observadores de la artillería alemana seguían sin apenas poder ver bien por culpa del polvo y el humo, de modo que sus baterías pesadas instaladas detrás de la cota de Bourgébus permanecían en silencio. «A las 10:00 horas», escribió Eberbach, «llegó la terrible noticia de que, el enemigo había logrado avanzar y abrir una brecha de diez kilómetros de profundidad». 28

Los del 3.º Regimiento Real de Carros de Combate no tardarían en descubrir, sin embargo, que la Operación Goodwood no iba a ser como «un día en las carreras». Cuando se dirigían hacia Le-Mesnil-Fremontel, una pequeña aldea de casas de piedra situada en las inmediaciones de Cagny, se vieron sorprendidos por el fuego intenso de las baterías antitanque alemanas. «De pronto un Sherman que iba por mi izquierda se detuvo vomitando humo», escribía el jefe del escuadrón que iba delante. Todos los cañones giraron hacia el punto del que procedía el proyectil. Pusieron fuera de combate a los cañones alemanes, pero entonces se vieron sorprendidos por el fuego que venía de otra dirección. Muchos Sherman fueron alcanzados y los trigales que los rodeaban empezaron a arder.

A su izquierda, el escuadrón que iba a la cabeza del 2.º Regimiento Fife and Forfar Yeomanry quedó atrapado en medio de un fuego devastador procedente de Cagny. Era el lugar en el que durante los bombardeos aéreos se había refugiado una batería de cañones de 88 mm perteneciente a la 16 Feld-Division, junto con otros dos de 105 mm. El escuadrón fue prácticamente aniquilado en pocos minutos.

La 3.ª de Carros de Combate recibió la orden de sortear Le Mesnil y dirigirse hacia el suroeste en dirección a Grentheville. Otra grave deficiencia en el plan de Dempsey comenzaba a vislumbrarse. O'Connor había querido enviar a la infantería con los regimientos acorazados para limpiar las aldeas y los pueblos defendidos por los alemanes, pero a raíz de las limitaciones que imponía el campo de minas, Dempsey le dijo que retuviera a la infantería. Para las tripulaciones de los vehículos blindados, toda aquella palabrería de que por fin iban a entrar en «un terreno bueno

para los tanques» sonaba en aquellos momentos a broma macabra. El alcance y la precisión de los cañones de 88 mm enemigos hacían que se encontraran en una situación de inferioridad mucho mayor que la que habían vivido durante los combates en el bocage.

Había posiciones de baterías antitanque por todos los alrededores de Gretheville, así como cañones de asalto perfectamente ocultos. La 3.ª de Carros de Combate no tuvo más remedio que cargar contra las armas enemigas como una unidad de caballería, y varios vehículos se pusieron a arder. Sus tripulantes, convertidos en antorchas humanas, se retorcían llenos de dolor en el suelo, intentando apagar las llamas. Las pérdidas del regimiento fueron tan importantes, que se vio obligado a retirarse y a pedir la ayuda del 13.º Royal Horse Artillery. La 11.ª División Acorazada había sufrido un golpe inesperado al poco de empezar la batalla, cuando cayó su oficial de enlace de la RAF. No podía ponerse en contacto con los aviones Typhoon que sobrevolaban la zona, dispuestos a atacar el objetivo que se les indicara.

La División Acorazada de la Guardia, mientras tanto, había llegado a la llanura ondulada. Sus oficiales, conscientes del hecho de que eran novatos en la batalla, intentaron mostrar una despreocupación innecesariamente peligrosa, con actos, por ejemplo, como no meter la cabeza dentro de la torreta cuando eran atacados. El 2.º Batallón Acorazado de los Granaderos se dirigió a Cagny, donde el Fife and Forfar había sido pulverizado. Los cañones de 88 mm alemanes trituraron también a nueve de sus tanques Sherman. Este revés detuvo inexplicablemente el avance de la División Acorazada de la Guardia, que habría tenido que seguir adelante hacia Vimont sin esperar que llegara la infantería. El general Eberbach no podía creer su golpe de suerte. Con cierta exageración, escribió: «Lo ocurrido era incomprensible para un soldado de las fuerzas blindadas: ¡Los tanques del enemigo permanecieron inmóviles durante las decisivas horas comprendidas entre las 10:00 y las 15:00!».

En el flanco derecho los del escuadrón de Rex Whistler con sus tanques Cromwell tenían la misión de apoyar a la infantería canadiense que avanzaba hacia Giberville, a unos tres kilómetros y medio de la línea de partida. Rodearon Giberville por el este para cortar la retirada al enemigo. El pueblo parecía desierto. Uno de los Cromwell tuvo que detenerse, pues una de sus ruedas se había enredado con una alambrada. Whistler bajó de su tanque y se acercó con unas tenazas para cortar el alambre. No habría debido salir de su vehículo. El enemigo abrió fuego. Whistler fue corriendo al tanque del sargento de su tropa para darle la orden de responder a los disparos que procedían del pueblo. Pero en lugar de permanecer al abrigo del Cromwell del suboficial mientras maniobraba hacia adelante, volvió a toda prisa a su tanque, quedando al descubierto. Una bomba de mortero estalló a sus pies, haciéndolo volar por los aires y partiéndole el cuello. Whistler, que había sido nombrado oficial de enterramientos del batallón, fue la primera baja de la unidad.

Las baterías antitanque alemanas, y no los tanques, fueron las principales responsables de lo que más tarde se denominaría la «cabalgata de la muerte» de las divisiones acorazadas británicas. La ausencia de infantería en los regimientos que iban a la cabeza tendría consecuencias desastrosas. Cagny no fue tomada hasta las 16:00 horas, cuando el 1.º Batallón de Granaderos motorizado entró en la localidad a pie. Los cañones de asalto y de 88 mm no contaban con protección de infantería, y los granaderos se hicieron con ellos rápidamente.

A mediodía, el general Eberbach había ordenado una contraofensiva con los tanques que quedaban de la 21.ª División Acorazada y los de la 1.ª División Acorazada de la SS, que se habían mantenido en la reserva detrás de la cota de Bourgébus. Recibieron la orden de dirigirse a Hubert-Folie para concentrarse ante la inminente llegada de una punta de lanza del enemigo, la 11.ª a

División Acorazada. Pero al cabo de dos horas, la 21.ª, que se había quedado tras los bombardeos con sólo cinco carros de combate Tiger y ocho Mark IV, seguía sin poder moverse. El grupo de tanques de la Leibstandarte tuvo que ponerse en marcha solo.

A las 13:05, Eberbach pidió también que entrara en acción lo que quedaba de la 12.ª División Acorazada de la SS, unidad que, por orden personal del Führer, había sido retirada a los alrededores de Lisieux para recuperar fuerzas. Como ya no podía contar con «más tropas de reserva», su petición pasó del Grupo de Ejército B en La Roche-Guyon al OB West en Saint-Germain-en-Laye, y de allí al OKW, que en aquellos momentos se encontraba en el cuartel general Wolfsschanze que tenía Hitler en Prusia oriental. La autorización no llegó hasta dos horas más tarde.

La 1.ª División Acorazada de la SS, organizada ahora en tres grupos de combate, llegó a la zona de Soliers, cerca del extremo occidental de la cota de Bourgébus, a eso de las tres de la tarde. Ya estaba en posición de ataque cuando la 3.ª de Carros de Combate y una parte de la 29.ª Brigada Acorazada -el Fife and Forfar y el 23.º de Húsares- avanzaron hacia la aldea de Iffes-Bras. En esta localidad la 3.ª División de Carros de Combate se enfrentó a los Panther de la Leibstandarte, a los que sólo los Sherman Firefly podían esperar derrotar. Los otros Sherman se concentrarían en eliminar los cañones antitanque. Mientras tanto, la Northhamptonshire Yeomanry en sus Cromwell torció hacia el oeste para atacar desde el flanco, pero perdió en el camino una docena de tanques. Ese día, el jefe de escuadrón de la 3.ª División de Carros de Combate logró escapar por segunda vez de un Sherman en llamas, de modo que tuvo que trasladarse a un tercer tanque. Hacía falta ser muy valiente para volver a meterse en un tanque tras haber estado a punto de morir «cocido».

La 11.ª División Acorazada habría debido recibir el apoyo de la 7.ª, pero los atascos de tráfico y los retrasos provocados por el campo de minas en la línea de partida hicieron que las Ratas del Desierto no pudieran prácticamente entrar en acción. O'Connor, perfectamente consciente de que la ofensiva no había salido como esperaba, solicitó un nuevo ataque de los bombarderos contra la cota de Bourgébus, pero su petición fue rechazada. No obstante, incluso cuando la Leibstandarte ya había entrado en acción, Montgomery, en el peor de los momentos, proclamó el éxito de la ofensiva.

A las 16:00 horas transmitió al mariscal Brooke el siguiente mensaje: «Operaciones de la mañana, éxito absoluto. Los bombardeos han sido decisivos, y el espectáculo increíble... la situación es muy prometedora, y es difícil prever qué puede hacer el enemigo en estos momentos. Hasta ahora sólo se han encontrado unos pocos tanques enemigos, y ninguna (repito) ninguna mina». A continuación afirmaba, con bastante inexactitud, que la 11.ª División Acorazada había llegado a Tilly-la-Campagne, y que la División Acorazada de la Guardia había tomado Vimont. Montgomery no sólo transmitiría una información errónea a Brooke, sino que también emitiría un comunicado similar para la BBC y daría una conferencia de prensa. Según uno de sus generales de brigada, se dirigió a los periodistas allí reunidos «como si fueran niños». Este hecho daría lugar a una reacción muy negativa.

Los británicos perdieron unos doscientos tanques aquel día. Por fortuna, disponían de unas reservas de casi quinientos. Muchos de ellos avanzaron por la noche hasta la cabeza de puente sobre el río Orne. La 29.ª Brigada Acorazada -la 3.ª División de Carros de Combate, el Fife and Forfar y el 23.º de Húsares- era la primera que debía beneficiarse después de las graves pérdidas que había sufrido. Aunque los británicos habían visto cómo quedaban fuera de combate muchos de sus tanques, la mayoría de los tripulantes de los carros blindados habían conseguido salvarse relativamente con pocos heridos. Fueron concentrados en la cabeza de puente sobre el Orne a la espera de que les asignaran un nuevo tanque. Pero en lo que podríamos calificar de cruel ironía, al final la Luftwaffe se

atrevió a realizar una incursión aérea, y muchos de los que ese día habían logrado sobrevivir acabaron heridos o muertos.

Por su parte, los equipos alemanes de recuperación de tanques remolcaron los vehículos dañados hasta los talleres secretos que tenían instalados en el bosque de Cingláis. Conscientes de las pocas reservas con las que podían contar, sus mecánicos trabajaron con gran dedicación e ingenio, y volvieron a poner en funcionamiento todos los tanques que les fue posible. «Hacíamos la guerra del pobre», escribiría Eberbach.

En el flanco oriental, la 3.ª División de Infantería británica se había visto obligada a detener su avance tras encontrarse con una resistencia mucho más fuerte de lo esperado. Se trataba de uno de aquellos objetivos de los bombarderos que no habían sido destruidos. Sin embargo, una parte de la división consiguió abrirse paso por el extremo sur del bosque de Bavent y llegar a las puertas de Troarn al caer la noche. Tras los combates de ese día, la situación de la 346.ª División de Infantería alemana era tan precaria que el general Eberbach comenzó a mostrar una gran preocupación; una preocupación que fue en aumento por la brecha que se había abierto entre Troarn y Emiéville, que, afortunadamente para él, había pasado inobservada a los británicos. «El enemigo no tenía más que avanzar en esa dirección, y luego se produciría la embestida. Pasábamos por muy malos momentos.»

A las 17:45 mandó a la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend a llenar ese hueco en el frente. Pero apenas quince minutos más tarde, Eberbach recibió la noticia de que la Hitler Jugend había sido atacada por los cazabombarderos aliados y había perdido diez tanques. Al caer la noche, según Eberbach, «los británicos seguían sin moverse, como si se hubiera producido un milagro». 40 La Hitler Jugend pudo llenar el hueco, y el frente de Eberbach volvió a ser una línea continua, pero frágil y delgada.

Al día siguiente, 19 de julio, las divisiones británicas lanzaron nuevos ataques, pero ninguno de ellos particularmente duro. El cielo se nubló y empezó a llover, de modo que los Typhoon brillaron por su ausencia. Se tomaron unas cuantas aldeas, pero la cota de Bourgébus siguió prácticamente en manos de los alemanes. Las baterías de cañones de 88 mm instaladas en ella continuaron bombardeando los tanques con facilidad. Los alemanes pudieron traer tropas de la retaguardia en sustitución de las bajas, así como otras divisiones para reforzar el frente. Su 2.ª División Acorazada, que se encontraba al otro lado de la línea divisoria entre los ejércitos británico y americano, se dirigió hacia el este para reforzar el flanco izquierdo de la Panzergruppe West, y la 116.ª División Acorazada comenzó a avanzar desde Amiens. El único efecto importante verdaderamente positivo que tendría la Operación Goodwood sería que Eberbach y Kluge acabarían convencidos de que la gran ofensiva en Normandía iba a producirse en el frente británico con el objetivo de avanzar hacia París. Al cabo de unos días, los mensajes interceptados por Ultra pondrían de manifiesto esta idea que tenían los alemanes.

El mariscal Brooke voló a Francia al mediodía, en parte para resolver un ridículo litigio con Churchill, que estaba convencido de que Monty pretendía impedir que visitase Francia. Cuando se entrevistó con Montgomery después del almuerzo, «lo vio en gran forma y feliz por su triunfo en el este de Caen». 41 Tal vez Montgomery estuviera haciendo simplemente de tripas corazón. El abismo existente entre sus declaraciones antes de comenzar la operación, y la realidad de la situación que se puso de manifiesto tras dar su conferencia de prensa, estaba convirtiéndose en un grave apuro para él.

El día previo a la batalla, se había hablado a los corresponsales de guerra de una «embestida a

la rusa» que podría llevar al 2.º Ejército a avanzar entre ciento cincuenta y doscientos kilómetros. Varios de los periodistas presentes señalaron que eso significaba llegar a París. Cuando dos días más tarde el mismo coronel tuvo que reconocer que la ofensiva había quedado estancada, se levantaron muchos gritos de protesta. El oficial intentó explicar la inesperada aparición de tanques Tiger y Sherman, y que el general Montgomery había recibido órdenes estrictas de las más altas instancias de no poner en peligro el éxito de la operación. Nadie creyó esas declaraciones.

Al día siguiente se recurrió al general de brigada Alfred Neville del XXI Grupo de Ejército para aplacar el enfado de los periodistas. El alto oficial intentó ofrecer una perspectiva positiva de lo que se había conseguido. El 2.º Ejército había ocupado el sector sur de Caen y controlaba ahora una importantísima red de comunicaciones. Pero a continuación declaró que el objetivo no había sido nunca abrir una brecha en las posiciones alemanas, sino simplemente penetrarlas. Los periodistas le echaron en cara que sus palabras distaban mucho de lo que se les había explicado antes de lanzar la ofensiva. Al día siguiente, el jefe del Estado Mayor de Dempsey intentó exponer de nuevo cuál era la situación, pero esta vez utilizando una jerga militar incomprensible. Un corresponsal americano provocó grandes carcajadas cuando pidió una traducción del informe.

El 20 de julio amaneció con un calor insoportable, y luego se puso a llover con fuerza de nuevo. Con aquel diluvio el polvo se convirtió en barro, y las trincheras se llenaron de agua. Las orugas de los tanques se hundían casi medio metro en el barro. Las condiciones eran tan horribles que supusieron la excusa perfecta para dar por terminada oficialmente la Operación Goodwood.

Para las tropas que habían participado en ella, aquello representó una amarga decepción después de tantas promesas. Un oficial de infantería integrado en la 7.ª División Acorazada estuvo al vivaque con su batallón cerca de Demouville en «un campo sembrado de alemanes muertos». «Los cadáveres estaban cubiertos de enjambres de moscas. Los gusanos asomaban por las heridas abiertas. Era nauseabundo, pero no pude apartar los ojos de un muchacho que apenas había cumplido los dieciséis; no tenía ni barba, sólo pelusa. Sus ojos abiertos parecían mirar al infinito, sus dientes al descubierto indicaban una muerte agónica. El chico no habría dudado en disparar contra mí; sin embargo, me embargó la tristeza.

Para algunos la tensión había sido demasiada. El jefe de escuadrón de la 3.ª de Carros de Combate contó que tres sargentos veteranos pidieron ser relevados de misiones con blindados. «Llega un momento en el que el pozo del valor se seca», comentó. 44 Las tripulaciones de tanques de otras formaciones quedaron impactadas también por las pérdidas sufridas por la 11.ª División Acorazada. «O bien fueron fruto de una manera incompetente de conducir la operación por parte de los altos mandos», escribió en su diario el comandante Julius Neave del 13.º/18.º de Húsares, «o bien de unas pésimas "dotes de adivino". Tal vez pensaran que sólo había una fina corteza, y que una vez traspasada ésta, ya estaba todo hecho. Sin embargo, me parece monstruoso que una división que ha sido entrenada durante tres años -y al máximo nivel- pierda dos terceras partes de sus tanques en su segunda batalla.» 45

El único consuelo durante aquel diluvio era poder permanecer relativamente secos dentro de los tanques o debajo de la lona alquitranada que extendían a uno de sus lados. «A Dios gracias que no soy un soldado de infantería que tiene que elegir entre estar «al seco» sobre la superficie o esquivar el impacto de los morteros saltando a una trinchera con un metro de agua», escribió el comandante Neave.

La unidad sanitaria de campaña de la 3.ª División de Infantería tenía su base en Escoville, cerca del problemático campo de minas. «Llovía a cántaros y había una verdadera plaga de

mosquitos, y te levantabas por la mañana con la cara llena de ronchas», escribió uno de sus médicos. «Fue allí donde tuvimos muchísimos casos de fatiga [de combate]. Algunos de nuestros hombres se contagiaron, y eso sí que fue muy preocupante. Más tarde empezó a dar la sensación de que estábamos gafados, porque los heridos llegaban en bastante buena forma y de pronto, sin razón aparente, empezaban a decaer y a apagarse. Y murieron más en nuestras manos que en otro lugar.» 46

Entre británicos y canadienses las bajas ascendieron en aquella breve operación a 5.537. Esta cifra elevaba las pérdidas de estos dos contingentes en Normandía a un total de 52.165 hombres. Goodwood había fracasado por una combinación de razones. Había habido falta de claridad por parte de los cerebros que había detrás de la operación y falta de franqueza en las reuniones y sesiones informativas. Mientras Dempsey seguía soñando con romper la línea del frente enemigo, Montgomery no había dejado de presionar a O'Connor, recordándole que debía proceder con suma cautela. Pero una carga a medias estaba prácticamente condenada a perder un mayor número de tanques que un ataque firme y decidido. El mayor error de O'Connor no fue admitir que nunca habrían debido confiar en que iban a ser capaces de ocultar a los alemanes la operación. Habrían tenido que limpiar todo el campo de minas. Sólo entonces, con un avance muy acelerado, habrían podido aprovechar al máximo el estado de conmoción provocado por los bombarderos pesados entre las filas enemigas.

A pesar de su intensidad, los bombardeos fueron mucho menos efectivos de lo que se había imaginado. Los oficiales del Ejército de Tierra se quejaron después a la RAF de que habrían debido lanzarse más bombas en la cota de Bourgébus, y menos en los objetivos más cercanos, pero este error en la lista de prioridades fue culpa en gran medida del personal de los servicios de inteligencia militares. Por su parte, la RAF estaba furibunda. Tedder, Harris y Coningham se sentían engañados por Montgomery. Monty había prometido llevar a cabo un espectacular avance con tal de asegurarse el apoyo de los escuadrones de bombarderos pesados, pero en su fuero interno sabía que iba a lanzar una ofensiva muy limitada. Ese enfado seguiría enfrentándolos mucho tiempo después de acabada la guerra. «Se le recordó al general Montgomery», dice la versión de los primeros, «que las Fuerzas Aéreas confiaban en la rápida conquista de territorio más allá de Caen, pero a los pocos días parecía aceptar la situación con una especie de complacencia». 49

Liddell-Hart, sin embargo, temía que el problema fuera más fundamental. Consideraba que había habido «una decadencia nacional en cuanto a audacia e iniciativa». El cansancio de la guerra había fomentado una actitud de «dejar que la máquina gane la batalla». Los británicos eran obstinados en la defensa, como reconocían los alemanes en sus informes. Pero había lo que Liddell-Hart definía como «un rechazo cada vez mayor a llevar a cabo sacrificios en el ataque». «Cuando se analizan a fondo las operaciones de Normandía, resulta inquietante y deprimente comprobar lo pobre que fue la actuación de las fuerzas de ataque en muchos casos. En repetidas ocasiones fueron repelidas, o incluso obligadas a retirarse, por pequeños grupos de alemanes inferiores en fuerza, pero dirigidos de manera audaz. De no ser por nuestra superioridad aérea, que suponía en todo momento un incordio constante para los alemanes, los resultados habrían sido mucho peores. Parece que nuestras fuerzas demostraron poquísima iniciativa en acciones de infiltración, además de falta de determinación, por supuesto, con algunas excepciones... Las misiones de respaldo fueron limitadas y se realizaron con poca agilidad.» 50

Aunque las duras observaciones de Liddell-Hart contenían grandes verdades, también ponían de manifiesto falta de imaginación. Por decirlo suavemente, resultaba muy desmoralizador para los tripulantes de los tanques atacar las baterías de los temidos cañones de 88 mm, a sabiendas de que

sus pobres vehículos podían saltar por los aires mucho antes de que pudieran trabar combate. Y una vez más, no debemos olvidar nunca que no cabía esperar de los soldados de una democracia, esencialmente civiles, que mostraran el mismo nivel de sacrificio personal que los miembros adoctrinados de la Waffen-SS, convencidos de que estaban defendiendo a su país de la aniquilación.

En el hospital de base principal, cerca de Bayeux, el coronel Ian Fraser contaba cómo solía pasar visita a los prisioneros alemanes heridos. Todos le respondían con una sonrisa cuando los saludaba. Al cabo de un tiempo, una mañana, todos le dieron la espalda. La monja que estaba al frente del cuerpo de enfermería le dijo que habían traído a un soldado de la SS herido, y que ahora los demás tenían miedo de mostrarse amables con el enemigo. Fraser examinó al soldado de la SS, cuyo estado era tan grave que se hacía necesaria una transfusión de sangre. «Pero cuando ya tenía clavada la aguja, el vehemente joven nazi preguntó de repente: "¿Es sangre inglesa?". Cuando le dijeron que sí, se arrancó la aguja y exclamó: "Moriré por Hitler". Y eso fue efectivamente lo que hizo.» Fraser comentaba que al poco tiempo los otros prisioneros alemanes volvieron a mostrarse amables. 51

Muchos prisioneros gravemente heridos pertenecientes a la 12.ª División Acorazada de la SS HitlerJugendst comportaron de manera similar. El asistente de Churchill, Jock Colville, que participó en la guerra pilotando un Mustang de reconocimiento, oyó comentar a una joven enfermera británica sus experiencias. «Un muchacho de unos dieciséis años se arrancó el vendaje con el que [ella] había cubierto su gravísima herida mientras gritaba que quería morir por su Führer. Otro le tiró a la cara la comida que le trajo. Calmó a un tercero con la amenaza de que iba a ordenar que le efectuaran una transfusión de sangre judía». Es difícil imaginar a un prisionero de guerra británico o canadiense diciendo que quería morir por Churchill o por el rey Jorge VI. Su lealtad en la guerra era mucho más limitada. No querían fallar a sus camaradas.

Independientemente de los graves defectos de la Operación Goodwood y de las falsas afirmaciones de Montgomery tanto entonces como después, no cabe la menor duda de que los británicos y los canadienses consiguieron mantener ocupadas a las divisiones acorazadas alemanas en el momento crucial. Los canadienses volvieron a atacar el 25 de julio, para coincidir con la Operación Cobra, la gran ofensiva lanzada por Bradley en el oeste. Esto convenció una vez más a los alemanes de que el gran ataque de los aliados para liberar París iba a producirse por la carretera de Falaise. Una embestida en este punto era su principal temor, porque habría aislado por completo al 7.º Ejército que se enfrentaba a los americanos. Kluge y sus oficiales no supieron ver por dónde iba a llegar realmente el peligro hasta que ya era demasiado tarde. Así pues, la «cabalgata de la muerte» de las divisiones acorazadas británicas no fue del todo en vano.

Los alemanes también estaban conmocionados por la noticia del intento de asesinato de Hitler, perpetrado en la Wolfsschanze, cerca de Rastenburg, el 20 de julio. De hecho, la amenaza de un gran avance aliado en Normandía y la negativa de Hitler a afrontar la realidad habían desempeñado un importante papel en el desarrollo de la conspiración.

20. La conspiración contra Hitler

Hay una teoría de la conspiración con la que los nazis pretenden explicar su derrota en Normandía, que comienza con el propio Día D. Los partidarios de Hitler siguen acusando al jefe del Estado Mayor de Rommel, el teniente general Hans Speidel, de haber impedido que las divisiones acorazadas contraatacaran a los británicos. Esta leyenda de una primera «puñalada traperera» en 1944 afirma que Hitler estaba despierto en la madrugada del 6 de junio, y que la demora en el despliegue de divisiones acorazadas no fue culpa suya. El Führer estaba seguro desde un principio de que la invasión iba a empezar por Normandía. Pero entonces Speidel, actuando en ausencia de Rommel, hizo todo lo necesario para sabotear la respuesta alemana. Esta versión absurda de los hechos, que pretende eximir de toda responsabilidad a Hitler y acusar de alta traición a oficiales del Estado Mayor alemán, está llena de lagunas y contradicciones.

Es verdad que durante mucho tiempo se estuvo urdiendo una conspiración contra Hitler en el seno del ejército, pero a fecha 6 de junio no había nada preparado. De modo que afirmar que Speidel estaba intentando manipular la actuación de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend, y que retuvo a la 2.ª y a la 116.ª División Acorazada para dar un golpe de Estado en Francia justo en ese momento, es pura fantasía. No obstante, Speidel fue una figura clave en la conspiración que seis semanas más tarde dio lugar a la infructuosa explosión de una bomba en Prusia oriental.

Había otro tipo de oposición a Hitler que no creía en el asesinato del dictador. Esta oposición tenía como eje al propio Rommel, que quería obligar a Hitler a firmar la paz con los aliados occidentales.^[39] Si se negaba a ello, le abrirían un proceso. Pero los tiranicidas del círculo del general de división Henning von Tresckow y el coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg rechazaban esa posibilidad por considerar que estaba condenada al fracaso. La SS y el Partido Nazi habrían presentado su firme oposición. La situación habría podido acabar en una guerra civil. Sólo la repentina decapitación del régimen nazi mediante un golpe de Estado podría permitirles crear un gobierno que esperaban, con un optimismo ciertamente equivocado, fuera reconocido por los aliados occidentales.

Speidel conocía a Rommel desde los tiempos de la primera guerra mundial, cuando habían servido juntos en el mismo regimiento. Con motivo de su nombramiento como jefe del Estado Mayor de Rommel, el 1 de abril había sido convocado al cuartel general del Führer en el Berghof. Jodl le había dado instrucciones sobre la «misión de defender la costa a capa y espada», y le había comentado que Rommel era «propenso al pesimismo» a raíz de la campaña de África. Su misión era infundir ánimos a Rommel. 1

Cuando Speidel llegó a La Roche-Guyon dos semanas después, Rommel habló con amargura de sus experiencias en África «y sobre todo de los constantes intentos de Hitler de hacer ver lo que no era». Añadió que la guerra debía «acabar lo antes posible». Speidel le habló entonces de sus contactos con el General Ludwig Beck, antiguo jefe del Estado Mayor del ejército, y del movimiento de Resistencia en Berlín que estaba «dispuesto y decidido a acabar con el régimen actual». En conversaciones posteriores, Rommel condenaría «los excesos de Hitler y la absoluta anarquía que reinaba en el gobierno», pero aún se mostraba reacio a la opción del asesinato.

El 15 de mayo, Rommel asistió a una reunión secreta con su viejo amigo el general Karl-Heinrich von Stülpnagel, comandante militar de Bélgica y el norte de Francia. Aunque formaba parte del grupo conspirador contra Hitler, Stülpnagel era «un acérrimo antisemita». De no haberse pegado

un tiro más tarde, es muy probable que al final de la contienda hubiera tenido que enfrentarse a las acusaciones de crímenes de guerra ante un tribunal por sus actividades en el frente oriental y por la persecución de judíos en Francia. Los dos estuvieron hablando de las «medidas que debían adoptarse inmediatamente para poner fin a la guerra y acabar con el régimen de Hitler». Stülpnagel sabía que no podían contar con el General Von Rundstedt, aunque el «viejo prusiano» fuera perfectamente consciente de «la catastrófica situación» y detestara al «caporal bohemio». Pensaba que si se producía una sublevación, «el mariscal Rommel sería la única persona que gozaba del respeto incontestable del pueblo y las Fuerzas Armadas de Alemania, e incluso de los aliados».

Varios simpatizantes de la causa fueron visitando La Roche-Guyon, que se convirtió en un «oasis» para los integrantes de aquella resistencia. A finales de mes, el general Eduard Wagner del OKH^[40] se entrevistó con Rommel para concretar los preparativos del grupo de resistencia en el seno del ejército. El escritor ultranacionalista Ernst Jünger, que prestaba sus servicios en el Estado Mayor de Stülpnagel en París, le ofreció sus ideas acerca de la paz que había que firmar con los aliados. Speidel regresó a Alemania a finales de mayo para reunirse con el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, el barón Konstantin von Neurath, y con Karl Strólin, el alcalde de Stuttgart. Ambos creían que la participación de Rommel era esencial para ganarse la confianza del pueblo alemán, así como la de los aliados. Speidel creyó oportuno poner al general Blumentritt, jefe del Estado Mayor de Rundstedt, al corriente de las conversaciones.

Rommel y Speidel habían acordado una lista de posibles representantes para parlamentar con Eisenhower y Montgomery. Estaba encabezada por Geyr con Schweppenburg, que hablaba perfectamente el inglés, pero a raíz de su destitución se vieron obligados a considerar a otros candidatos. Propondrían la retirada de los alemanes de todos los territorios ocupados en el oeste, aunque la Wehrmacht mantendría un reducido frente en el este. Rommel insistía en que Hitler debía ser procesado por un tribunal alemán. No quería ser el líder del nuevo gobierno. En su opinión, este papel debía corresponderle al Generaloberst Beck o a Cari Goerdler, antiguo alcalde de Leipzig. No obstante, estaba dispuesto a asumir el mando de las Fuerzas Armadas.

Al parecer, fueron pocos los conspiradores que pensaron en algún momento que los aliados occidentales rechazarían su oferta, aun cuando hubieran estado en posición de hacerla. Sus propuestas incluían el reconocimiento por parte de los aliados de la anexión de los Sudetes por Alemania y del Anschluss con Austria, así como la aceptación del restablecimiento de las fronteras de Alemania de 1914. Alsacia y Lorena debían ser independientes. No tenían planes de restaurar una democracia plenamente parlamentaria; de hecho, parece que su solución consistía básicamente en una recuperación del II Reich, pero sin kaiser. Semejante fórmula habría sido acogida con incredulidad por los gobiernos americano y británico, así como por la inmensa mayoría de los alemanes. 4

Speidel y Rommel comenzaron a sondear al ejército, a los cuerpos militares y a los comandantes de las divisiones. Los dos partidarios más evidentes, al mando de tropas de combate, eran el teniente general conde Von Schwerin, comandante el jefe de la 116.ª División Acorazada, y el teniente general barón Von Lüttwitz, de la 2.ª División Acorazada. Esta última era la unidad que se había hecho cargo de las enfermeras alemanas capturadas en Cherburgo que habían devuelto los americanos. Cuando más tarde Hitler se enteró de este contacto con el enemigo, se puso hecho una furia. Ya había empezado a sospechar que sus generales pudieran haber comenzado a negociar con los americanos los términos de una paz a sus espaldas.

Tras la humillante visita a Berchtesgaden realizada en compañía de Rundstedt el 29 de junio, Rommel llegó a la conclusión de que iban a tener que actuar. Hasta Keitel, el peor de los lacayos de Hitler, le hizo la siguiente confidencia en privado: «Yo también sé que ya no puede hacerse nada».

Incluso dos altos oficiales de la Waffen-SS, Hausser y Eberbach, parece que llegaron a la conclusión de que era necesaria alguna forma de acción unilateral. A comienzos de julio, muy poco antes de la caída de Caen, el favorito de Hitler, el Obergruppenführer Sepp Dietrich, que estaba al frente del Cuerpo Acorazado de la SS, se presentó en La Roche-Guyon para preguntar qué iba a hacer el comandante en jefe en vista de la «catástrofe inminente». Según Speidel, Dietrich les aseguró que tenía a todas las unidades de la SS «absolutamente en sus manos». No está suficientemente claro hasta qué punto le fueron comunicados a Dietrich los planes previstos. Del mismo modo, el nuevo comandante en jefe del 7.º Ejército, el Obergruppenführer Hausser, también pronosticó el desastre.

El 9 de julio, el día en que los británicos y los canadienses entraron en Caen, el teniente coronel Casar Von Hofacker, primo de Stauffenberg, fue enviado por el general von Stülpnagel a París para entrevistarse con el mariscal Von Kluge. Kluge había estado en contacto con el grupo opositor del ejército alemán durante su etapa en el frente oriental, pero ahora prevaricaba. Hofacker era el principal contacto de Stülpnagel con los conspiradores de Berlín. En nombre de los integrantes del movimiento opositor, intentó convencer a Kluge de que pusiera fin a la guerra en el oeste lo antes posible mediante una «acción independiente». Los aliados no iban a negociar nunca con Hitler ni con ninguno de sus paladines, como, por ejemplo, Góering, Himmler o Ribbentrop; por lo tanto era esencial la destitución de los líderes nazis y que se produjera un cambio de gobierno. Le preguntó a Kluge durante cuánto tiempo podría resistir el frente de Norman-día, porque de su respuesta dependían las decisiones que tomara la Resistencia en Berlín. «Dos o tres semanas como mucho», contestó. «Luego hay que esperar que se rompa y se produzca un gran avance que no seremos capaces de detener.»

Rommel y Kluge se entrevistaron el 12 de julio para hablar de la situación militar y las consecuencias políticas. Rommel iba a sondear a los comandantes de su cuerpo por última vez, y luego prepararía un ultimátum que presentarían a Hitler. Mientras Rommel consultaba a los comandantes del cuerpo, Speidel fue a visitar a Stülpnagel que ya se estaba preparando para eliminar a la Gestapo y la SS en Francia. Dos días más tarde, Hitler se trasladó de Berchtesgaden a la Wolfsschanze en Prusia oriental. 5 En el frente del este, la gran ofensiva del Ejército Rojo amenazaba peligrosamente en aquellos momentos a todo el Grupo de Ejército Centro. Se habían construido nuevos bunkers, y en los bosques de los alrededores habían sido instaladas defensas antiaéreas mucho más potentes. Pero las obras no habían terminado, de modo que seguía habiendo en el lugar numerosos trabajadores de la Organización Todt.

Al día siguiente, Rommel escribió un informe de valoración del frente occidental para Hitler. En él avisaba de que los aliados no tardarían en romper las defensas germanas para plantarse rápidamente en la frontera alemana. El documento concluía con las siguientes palabras: «Debo pedirle, mein Führer, que saque usted sin demora las conclusiones pertinentes de esta situación. Rommel, mariscal del Aire». Cuando hubo entregado este mensaje para que se procediera a su envío, Rommel hizo el siguiente comentario a Spiedel: «Le he dado a Hitler otra oportunidad. Si no saca las conclusiones pertinentes, tendremos que actuar». 6

El 17 de julio, en el curso de su entrevista en el cuartel general de la Panzergruppe West, Rommel preguntó a Eberbach cómo veía la situación cuando estuvieron a solas. «Estamos viviendo el abrumador desastre de una guerra en dos frentes», contestó Eberbach. «Hemos perdido la guerra. Pero debemos luchar y causar en las filas de los aliados occidentales el mayor número de bajas posible para llevarlos a un alto el fuego, y luego evitar que el Ejército Rojo pueda seguir su avance y entrar en nuestra Alemania.»

«Estoy de acuerdo», respondió Rommel, «¿pero puede llegar a imaginarse al enemigo

entablando negociaciones con nosotros mientras Hitler siga siendo nuestro líder?» Eberbach tuvo que darle la razón. «Así pues, las cosas no pueden continuar como están», siguió diciendo Rommel. «Hitler debe irse.» El frente oriental necesitaba desesperadamente a las divisiones acorazadas. En el oeste, estas unidades se retirarían a la Línea Sigfrid mientras se intentaba negociar.

«¿No daría eso lugar a una guerra civil, que aún es peor que todo lo demás?», preguntó Eberbach. Ese era el gran temor de la mayoría de los oficiales. Les traía recuerdos del mes de noviembre de 1918 y las sublevaciones revolucionarias que se desencadenaron en Berlín y en Munich y del motín de la flota en Wilhelmshaven. Una hora más tarde Rommel sufrió una fractura de cráneo en el curso de un ataque de Spitfires cerca de Sainte-Foy-de-Montgommery. No tenía ni idea de que se había planeado llevar a cabo un asesinato tres días después.

Hitler había sufrido con anterioridad otros atentados, pero la mala suerte había frustrado esas acciones.^[41] Todas las veces escapó de una muerte segura por haber cambiado sus movimientos en el último momento, como si poseyera un sexto sentido innato. Pero los conspiradores se enfrentaban a un problema mucho más fundamental del que parecían no ser conscientes: ¿Cuál sería la actitud de los aliados?

Los británicos no estaban en absoluto convencidos de que la destitución de Hitler fuera una ventaja. La manera que tenía el Führer de dirigir los asuntos militares desde poco antes de la batalla de Stalingrado había resultado desastrosa para la Wehrmacht. Seis semanas antes del Día D, el XXI Grupo de Ejército resumía la posición británica en los siguientes términos: «Cuanto más tiempo siga ahora Hitler en el poder, mejores serán las posibilidades que tengan los aliados». Sin embargo, en junio se produjo un pequeño giro. «Los jefes del Estado Mayor», se comunicó a Churchill, «coincidían plenamente en que, desde un punto de vista estrictamente militar, era casi una ventaja que Hitler siguiera dirigiendo la estrategia alemana, vistos los disparates que ha cometido, pero desde un punto de vista más general, cuanto antes desapareciera, mejor». 9 El Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés) tomó esta declaración como la luz verde para comenzar a planear la Operación Foxley, su propio intento de asesinar a Hitler. 10 La idea era tender una emboscada al Führer cerca del Berghof, pero nunca se empezó a trabajar seriamente en este proyecto. En cualquier caso, Hitler ya había abandonado Berchtesgaden para no regresar nunca, pero lo más importante es que Churchill cada vez estaba más convencido de que Alemania debía ser derrotada en el campo de batalla. El primer ministro británico creía que el Armisticio de noviembre de 1918, y la consiguiente imposibilidad de ocupar Alemania, había ofrecido a los nacionalistas y los nazis la oportunidad de crear el mito de la puñalada traper. Se habían convencido a sí mismos de que el ejército alemán había sido traicionado en el país por los revolucionarios y los judíos. 11

En 1943, Stalin había anulado sus propios planes de asesinar a Hitler, aunque por razones muy distintas. Después de la victoria en Stalingrado, la Unión Soviética no había sufrido ninguna derrota, y el dictador georgiano empezó a temer de pronto que si Hitler desaparecía, los aliados occidentales podrían tener la tentación de llegar a una paz con Alemania de manera independiente. No hay prueba alguna de que se llegara a considerar esa idea, pero hasta el final de la guerra, Stalin, que tendía a juzgar a los demás por la forma que él tenía de comportarse, estuvo obsesionado con la idea de una Wehrmacht rearmada por la industria americana con el fin de dar un giro al victorioso avance del Ejército Rojo. En realidad, Churchill y Roosevelt estaban totalmente comprometidos con el principio de forzar la rendición incondicional de Alemania.

Puede considerarse que Stauffenberg, Tresckow y la mayoría de sus camaradas fueron unos verdaderos ingenuos al pensar que los aliados occidentales estarían dispuestos a entablar negociaciones tras la muerte de Hitler. Sorprendentemente, su plan y su manera de organizarse

parecen propios de aficionados, sobre todo si se tiene en cuenta que hablamos de individuos preparados para desempeñar funciones en el Estado Mayor. Varios de ellos habían sido admiradores de Hitler desde los comienzos, hasta que se vieron obligados a enfrentarse con la realidad criminal del régimen. Pero nadie puede arrojar la menor sombra de duda sobre su coraje y capacidad de sacrificio. Anhelaban, en cierto modo, conservar su imagen idealizada de Alemania, una versión más elevada, y menos nacionalista, de la época guillermina anterior a 1914. Y tal vez esperaran salvar fincas familiares de la destrucción soviética, aunque probablemente se dieran cuenta de que ya era demasiado tarde. Su razón dominante, sin embargo, se había transformado en fuerza moral. Sabían que este acto tendría muy poco apoyo popular, de modo que ellos y sus familias iban a ser tratados como traidores por todo el mundo, no sólo por la Gestapo. Las posibilidades de éxito eran escasas. Pero como diría Stauffenberg, «como los generales no han hecho nada hasta el momento, ahora tienen que intervenir los coroneles». Era su deber intentar salvar el honor de Alemania y el ejército alemán, a pesar de correr el riesgo de sentar los cimientos para la posteridad de otra leyenda de una puñalada traperera.

Durante los interrogatorios a los que fue sometido por los oficiales de los servicios de inteligencia aliados al finalizar la guerra, el general Walter Warlimont describió los acontecimientos que ocurrieron el 20 de julio en Prusia oriental. La reunión celebrada al mediodía para analizar la situación se celebró como siempre en el alargado barracón de madera. Hitler llegó a eso de las doce y media. El interior de esa dependencia estaba vacío, con la excepción de unas sillas y una voluminosa mesa de roble de seis metros de longitud que se extendía prácticamente a lo largo de toda la sala. Entre los asistentes figuraban el mariscal Keitel, el Generaloberst Jodl, el general Warlimont, el general Buhle, el Gruppenführer Fegelein y los ayudantes de Hitler: el general Schmundt, el almirante Von Puttkamer y el teniente coronel Von Below.

El general Heusinger, en representación del jefe del Estado Mayor del ejército, había comenzado a hablar cuando entró Stauffenberg.

Stauffenberg era el jefe del Estado Mayor del Ejército de Reemplazo, el Ersatzheer. Según Warlimont, llevaba «un maletín sorprendentemente voluminoso» que colocó debajo de la mesa de roble, no lejos de Hitler, que daba la espalda a la puerta. Absorbidos por los temas que se trataban en la reunión, ninguno de los presentes se dio cuenta de que Stauffenberg abandonó la sala al cabo de unos minutos.^[42]

A las 12:50 «se produjo de pronto una horrible explosión que llenó prácticamente la sala de polvo, humo y llamas, e hizo saltar todo por los aires». Cuando Warlimont recobró el sentido, vio cómo sacaban a Hitler «por la puerta, con la ayuda de varios asistentes». Curiosamente las bajas fueron muy pocas, pues la onda expansiva fue absorbida por las ventanas y los finos tabiques. Hitler se había salvado porque Stauffenberg no había podido montar la segunda bomba y gracias a la voluminosa mesa de roble que se interpuso entre él y la bomba cuando se produjo la explosión.

En un principio, las sospechas recayeron en los trabajadores de la Organización Todt, pero ya a primera hora de la tarde, un sargento al servicio del Estado Mayor comentó que el coronel Von Stauffenberg había llegado con un maletín y se le había visto marchar sin él. Había tomado un avión de vuelta a Berlín.

Stauffenberg, convencido de que nadie había sobrevivido a la explosión, se había dirigido inmediatamente al aeródromo en automóvil. Mientras tanto, un confuso mensaje de un conspirador que se encontraba en la Wolfsschanze dejó en un terrible estado de incertidumbre a los generales

conspiradores que aguardaban en Berlín. Se habían congregado en el Bendlerblock, el cuartel general del Ejército de Reemplazo en la Bendlertrasse. Nadie sabía con seguridad si la bomba había estallado o no, si Hitler seguía vivo o había muerto. El Generaloberst Friedrich Fromm, comandante en jefe del Ejército de Reemplazo, se negó a poner en marcha el golpe que respondía a la palabra en clave «Valquiria» hasta estar seguro de que Hitler estuviera muerto. Si el Führer seguía vivo, el golpe de Estado no tenía prácticamente posibilidad alguna de coronarse con éxito.

Para empeorar las cosas, no hubo ningún coche que aguardara en el aeropuerto de Tempelhof para recoger a Stauffenberg, lo que retrasó una hora más su llegada al Bendlerblock. El ayudante de Stauffenberg telefoneó directamente desde el aeropuerto para comunicar que Hitler estaba muerto. Stauffenberg también insistió en la veracidad de la noticia cuando por fin llegó al edificio berlinés, pero Keitel había telefonado a Fromm para preguntarle por el paradero de Stauffenberg. Keitel había hecho hincapié en las heridas leves sufridas por el Führer. En consecuencia, Fromm se negó a seguir adelante con el plan, pero otros oficiales que participaban en la conspiración, no. Enviaron mensajes a distintos cuarteles generales comunicando la muerte de Hitler.

El plan consistía en aprovechar un mecanismo existente, concebido específicamente para sofocar una revuelta en Berlín contra el régimen de Hitler. Las autoridades alemanas temían que estallara una sublevación porque había «más de un millón de trabajadores extranjeros en Berlín, y si comenzaba una revolución, toda esa gente podría convertirse en una grave amenaza». 14 La palabra en clave para poner en marcha este plan contrarrevolucionario era «Gneisenau». Parece que alguno de los que se encontraban en Bendlerblock ya había hecho saltar la alarma, tal vez a causa de la llamada telefónica realizada desde el aeropuerto de Tempelhof para comunicar que Hitler estaba muerto. Pues a las 15:00 horas, el comandante Otto Remer, al frente del Regimiento de la Guardia Grossdeutschland, fue convocado con la palabra en clave «Gneisenau» a las oficinas de otro alto oficial participante en la conspiración, el Generaloberst Paul von Hase, comandante militar de Berlín.

Exactamente a esa misma hora, la conspiración se ponía en marcha en París. Al general Blumentritt, jefe del Estado Mayor de Kluge, le comunicó uno de sus propios oficiales que Hitler había muerto en el curso de una «motín de la Gestapo». 15 Blumentritt telefoneó a La Roche-Guyon para hablar con Kluge, pero le dijeron que éste se encontraba visitando el frente en Normandía. El general de división Speidel le pidió a Blumentritt que viniera de inmediato, pues Kluge iba a estar de vuelta aquella misma noche. Blumentritt, sin embargo, no sabía que el general Von Stülpnagel, el comandante militar, estaba despachando órdenes para que se procediera a la detención de todos los oficiales de la Gestapo y la SS de París.

Hubo tantos altos oficiales involucrados en la conspiración, y tan poca organización y comunicación efectiva, que la incertidumbre sobre la suerte de Hitler no haría más que provocar retrasos y aumentar la situación de caos. Cuando Remer llegó al despacho de Hase, percibió que el ambiente era muy tenso. Le dijeron que el Führer había muerto en el curso de un incidente, que había estallado una revolución y que «los poderes ejecutivos han sido trasladados al ejército». 16 Remer más tarde afirmaría haber formulado una serie de preguntas. ¿De qué había muerto el Führer? ¿Dónde había estallado la revolución, pues no había visto nada extraño en el recorrido que había realizado por la ciudad para llegar hasta aquel despacho? ¿Eran los revolucionarios trabajadores extranjeros? ¿Por qué el poder ejecutivo había pasado al ejército en lugar de la Wehrmacht? ¿Quién iba a suceder a Hitler, y quién había firmado las órdenes de pasar el control al ejército?

Como cabe suponer, los conspiradores no se habían preparado para dar respuesta a este tipo de

preguntas. Contestaron con evasivas e inseguridad. Remer comenzó a sospechar, pero seguía confundido. Regresó a su cuartel general y mandó llamar a sus oficiales. Les ordenó que establecieran un cordón de vigilancia alrededor de los edificios del gobierno de la Wilhelmstrasse. Sus sospechas fueron en aumento cuando se enteró de que un general destituido por Hitler había sido visto en Berlín. Más tarde recibió del general Von Hase la orden de detener a Goebbels. Remer se negó, pues Goebbels había sido el gran patrocinador de la división Grossdeutschland. Mientras tanto, un oficial, el teniente Hans Hagen, que recelaba incluso más que Remer de todo lo que estaba ocurriendo, había ido a ver a Goebbels para averiguar la verdad. Entonces Hagen convenció a Remer de que Goebbels, en su calidad de Reichskommissar de Defensa de Berlín, era su inmediato superior. Aunque el general Von Hase le había prohibido concretamente que visitara a Goebbels, Remer fue al Ministerio de Propaganda. Seguía confuso por todas aquellas historias contradictorias, y no se fiaba ciegamente de Goebbels.

«¿Qué sabe de la situación?», preguntó Goebbels. Remer contó lo que a él le habían contado. Goebbels le dijo que aquello no era cierto y se puso en comunicación con la Wolfsschanze. Al cabo de un momento se vio hablando con el mismísimo Hitler. La voz del Führer era inconfundible.

«Ahora tenemos a los criminales y sabotadores del frente oriental», le dijo Hitler. «Sólo hay unos cuantos oficiales involucrados, pero vamos a arrancar esa mala hierba de raíz. A usted le ha tocado ocupar una posición histórica. Su responsabilidad consiste en utilizar la cabeza. Usted estará a mis órdenes hasta que llegue Himmler para asumir el mando del Ejército de Reemplazo. ¿Me ha entendido?»

El mariscal Hermann Göring llegó también al despacho y preguntó qué había dicho el Führer. Remer se lo contó. Göring dijo que tenían que llamar a la SS. Remer contestó que era un asunto del ejército y que ellos se encargarían de ese trabajo. Cuando Remer salió de allí vio que un destacamento de carros blindados, que los conspiradores habían hecho venir desde el centro de adiestramiento de tanques de Dóberitz, había llegado al Berlinerplatz. Habló con su oficial y asumió el mando de la formación. Tras ordenar deshacer el cordón de Wilhelmstrasse, dirigió a sus tropas a la Bendlerstrasse. La conspiración ya estaba condenada al fracaso en Berlín.

En Francia, mientras tanto, Kluge había llegado a eso de las ocho de la tarde a La Roche-Guyon, donde inmediatamente había convocado una reunión. Blumentritt sospechaba que Kluge tenía algo que ver en la conspiración simplemente porque se habían recibido dos llamadas telefónicas anónimas desde el Reich que preguntaban por él. Una de ellas la había hecho el general Beck, que en el último momento no consiguió convencerlo de que se adhiriera a la causa. En una conversación en privado con Blumentritt, Kluge insistió en que no había tenido conocimiento de nada relacionado con aquel «ultraje». No obstante, reconoció que un año antes había sido contactado por los conspiradores, pero que «al final» se negó a unirse a ellos.

A las 21:10, los centros de interceptación de Ultra captaron un mensaje del mariscal Von Witzleben, que irónicamente llevaba la marca de prioridad máxima «Führer-Blitz». Comenzaba así: «El Führer ha muerto. He sido nombrado comandante en jefe de la Wehrmacht, y también...». Aquí se interrumpió la transmisión. Treinta minutos más tarde, Kluge recibió un mensaje del OKW en Prusia oriental. «Hoy al mediodía se ha cometido un despreciable intento de asesinato contra el Führer. El Führer está perfectamente sano y salvo.» 19 Kluge ordenó rápidamente a Stülpnagel que dejara en libertad a todos los oficiales de la Gestapo y la SS que habían sido detenidos en París.

La confirmación de que Hitler estaba vivo hizo que los cobardes salieran huyendo inmediatamente para esconderse, aunque más tarde no lograrían salvarse de la Gestapo. La noticia de

que Himmler había sido nombrado comandante en jefe del Ejército de Reemplazo fue recibida con horror por los oficiales del ejército, que a veces solían llamarlo el Unterweltsmarschall, el «mariscal del infierno». Al mismo tiempo fue emitida una orden por la que el saludo convencional militar debía cambiarse ahora por el «saludo alemán» del partido nazi.

Sin saber que Kluge ya había ordenado a Stülpnagel que pusiera en libertad a sus prisioneros, Himmler mandó a la jefatura superior de la SS que telefonara a Sepp Dietrich. Se le ordenó que se preparara para marchar sobre París con la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler. Al parecer, Himmler desconocía que esta unidad estaba enzarzada en una gran batalla y no podía por ningún concepto abandonar la cota de Bourgébus en un momento tan delicado. También desconocía que el «fiel discípulo» de Hitler, Sepp Dietrich, se había transformado, en palabras de Eberbach, en «prácticamente un revolucionario».[⁴³] 22

Mientras tanto en Berlín reinaba el caos en el Bendlerblock. El Generaloberst Fromm, en un vano intento de quedar libre de toda sospecha, ordenó la detención y el juicio sumarísimo de cuatro de los oficiales involucrados en el atentado por un tribunal militar. Permitió al Generaloberst Beck que se quedara con su pistola, siempre y cuando la utilizara inmediatamente para pegarse un tiro. Tal vez porque le temblara la mano, Beck se disparó dos veces en la cabeza. La primera bala le rozó el cráneo, pero la segunda lo hirió gravemente. Fromm, exasperado, ordenó a un sargento -aunque algunas versiones dicen que fue a un oficial- que lo rematara.

Los cuatro oficiales, incluido Stauffenberg que intentó asumir toda la responsabilidad del atentado fallido, fueron ejecutados en el patio del Bendlerblock a la luz de los faros de un automóvil. Un destacamento de hombres de Remer, que acababa de llegar, fue el pelotón de fusilamiento. Cuando le llegó el turno, Stauffenberg, iluminado por los faros, gritó: «¡Larga vida a la sagrada Alemania!». Fromm, desesperado como siempre por salvar el pellejo, pronunció un grotesco discurso sobre sus cadáveres, cubriendo de elogios al Führer y acabando con un triple «Sieg Heil!».

En Francia el mariscal Von Kluge ordenó la detención de Stülpnagel a las 01:25 horas de la mañana del 21 de julio. Aquella tarde, Stülpnagel fue introducido en el automóvil que iba a trasladarlo a Berlín para ser interrogado por la Gestapo. Debido a su rango, el escolta que lo acompañaba no le había retirado la pistola. Cuando el vehículo hizo un alto en el camino, presumiblemente para que sus ocupantes pudieran orinar, Stülpnagel intentó suicidarse, pero sólo consiguió que los ojos se salieran de la fosa orbitaria. Fue conducido a un hospital en Verdun, donde le colocaron unos vendajes para que pudiera seguir viaje hasta Berlín; en la capital alemana sería juzgado y ejecutado en la horca. A las 22:15 se emitió el siguiente comunicado: «El comandante militar de Francia, el general Von Stülpnagel, ha sufrido una emboscada y ha sido herido por los terroristas».

La noticia del intento de asesinato «cayó como una bomba», en palabras del teniente general Bodo Zimmermann, uno de los altos oficiales del Estado Mayor de Kluge. 26 «Como ocurre con cualquier acontecimiento repentino e inesperado, al principio se produjo una cierta parálisis.» Para la mayoría de los oficiales la «cuestión candente» era la siguiente: «¿Qué dicen y hacen los hombres en el frente? ¿Seguirán resistiendo?». Cuando se tuvo conocimiento del atentado en una Kampfgruppe de la 21.ª División Acorazada cerca de Troarn, los rumores «corrieron como la pólvora por toda la columna». No obstante, «en el frente se siguió combatiendo como si nada hubiera ocurrido». La «gran tensión emocional de la batalla» hizo que la noticia sólo afectara al soldado medio, «en el límite de su conciencia... el soldado de combate estaba en otro mundo». El general Eberbach, por

otro lado, diría más tarde que quedó «muy sorprendido» por «la indignación y la rabia» que el intento de golpe de Estado había provocado «no sólo entre las divisiones de la SS, sino también entre algunas divisiones de infantería». La mayoría de los oficiales no podían creer que los conspiradores hubieran sido capaces de romper su juramento de lealtad al Führer.

Eberhard Beck, que formaba parte de la 277.ª División de Infantería, recordaría qué ocurrió cuando la noticia llegó a su batería de artillería. «Nuestro encargado de comunicaciones oyó por la radio que se había producido un atentado contra Adolf Hitler. Su muerte habría supuesto para nosotros un verdadero punto de inflexión, pues teníamos muchas esperanzas de que esta guerra absurda llegara a su fin.» El jefe de su batería, el Oberleutnant barón Von Stenglin, se acercó y nos dijo que el atentado había fracasado. Hitler estaba vivo.

Se había dado la orden de que, a partir de aquel momento, todos los soldados debían adoptar el «saludo alemán» (el saludo nazi), en vez del militar. Stenglin indicó claramente cuáles eran sus simpatías cuando «saludó tocándose la visera con la mano, al modo militar». Beck contaría que todos sus compañeros estaban decepcionados por el fracaso del atentado. Al cabo de unos días, la aviación aliada sobrevoló las líneas alemanas para lanzar panfletos de propaganda. En estos opúsculos se daban detalles de la conspiración y el atentado con bomba, así como del nuevo decreto Sippenhaft de los nazis, en virtud del cual se ordenaba que se tomaran las medidas pertinentes de represalia contra las familias de los involucrados. 30

La reacción de Stenglin y de Beck no fue en absoluto la general. La mayoría de los oficiales jóvenes se sintieron conmocionados y confundidos, pero prefirieron no seguir hablando del asunto. Por otro lado, los oficiales del Estado Mayor, como Zimmermann, se vieron abrumados por una «sensación de presión moral y preocupación». La noticia de que Stauffenberg había colocado la bomba y luego se había ido de allí dejó curiosamente muy perplejos a algunos de ellos. Un asesinato con pistola, durante el cual el homicida había sido abatido, les parecía mucho más acorde con el honor del cuerpo del oficial alemán. Sin embargo, lo que más les deprimía era que el atentado fallido ponía en manos de los fanáticos todo el poder y eliminaba cualquier posibilidad de alcanzar una paz de compromiso.^[44] «Los más clarividentes», escribió Zimmermann, «pensaban que aquello era el principio del fin, una señal terrible. Los incondicionales pensaban lo siguiente: es bueno que los reaccionarios traidores hayan sido desenmascarados y que ahora podamos deshacernos de ellos».

En Londres se comenzó a abrigar la esperanza de que el atentado fallido «pudiera convertirse en la piedra proverbial que desencadena la avalancha». Pero el convencimiento de Hitler de que la providencia lo había salvado no hizo más que reafirmarlo en su idea de que era un verdadero genio militar, para desesperación de sus generales. Sin embargo, tenía razón en una cosa. Consideraba que una tregua con los británicos y los americanos, tal vez convenciéndolos incluso de unirse a una guerra contra la Unión Soviética, no era más que «una idiotez». Los conspiradores, decía, eran «increíblemente ingenuos», y su intento de asesinarlo «como una historieta del salvaje oeste».

En los círculos nazis no pararon de florecer teorías de la conspiración durante los meses siguientes, una vez que comenzó a conocerse al nutrido número de oficiales participantes en la conjura y a sus simpatizantes. En total se detuvo a unas cinco mil personas. Esas teorías iban más allá de la idea de que Speidel había hecho deliberadamente un mal uso de las divisiones acorazadas el 6 de junio. Cuando por fin se dio cuenta de que la Operación Fortitude y la amenaza de un segundo desembarco en el paso de Calais no habían sido más que una trampa con excelentes resultados, la SS quedó convencida de que se había cometido una traición en el seno del Fremde Heere West, el departamento del servicio de inteligencia militar que se ocupaba de los aliados occidentales. Exigió respuestas a su pregunta: ¿cómo era posible que el servicio de inteligencia militar se hubiera tragado

una mentira sobre todo un grupo de ejército que no había existido nunca? Los oficiales del Estado Mayor fueron sospechosos de haber inflado deliberadamente las fuerzas de los aliados, se les acusó de «falsificar la verdadera situación del enemigo». 33

Durante el mes siguiente, la tensión existente entre la Waffen-SS y el Ejército alemán se haría cada vez más fuerte en los campos de batalla de Normandía. Como las raciones de comida se redujeron drásticamente debido a los ataques aéreos de los aliados contra los medios de transporte de aprovisionamiento, los grupos de forrajeadores de la SS se dedicaron al pillaje sin el menor escrúpulo, y amenazaron a los soldados del ejército que intentaran imitarlos.

La única cosa en la que el ejército y la Waffen-SS parecían coincidir en Normandía era su continua exasperación con la Luftwaffe. El general Bülowius, comandante en jefe del II Cuerpo Aéreo, consideraba sus comentarios totalmente injustos. Los aliados, debido a su supremacía aérea, interceptaban a sus aviones en cuanto éstos despegaban, y los bombarderos se veían obligados a soltar sus cargas mucho antes de alcanzar el objetivo previsto. Tenía que aguantar «los informes diarios del ejército, que llegaban incluso al cuartel general del Führer, en los que se decía que la Luftwaffe y la aviación brillaban por su ausencia». En consecuencia, era constantemente objeto de «muchos reproches y desagradables acusaciones» por parte de las altas esferas. 34

Las tripulaciones de la Luftwaffe en Normandía estaban formadas por un puñado de ases de la aviación que habían conseguido sobrevivir, y una inmensa mayoría, que no era más que carne de cañón acabada de salir de la escuela de vuelo. El comandante Hans-Ekkehard Bob, jefe de un grupo de cazas con cincuenta y nueve victorias a sus espaldas, solía encontrarse en situaciones sumamente comprometidas, como, por ejemplo, la de ser perseguido por ocho o diez Mustang a la vez. Lograba sobrevivir utilizando sólo su destreza en el vuelo, haciendo malabarismos con su aparato, como, por ejemplo, virar y descender hasta casi rozar el suelo alrededor de bosquecillos y campanarios de iglesia. Sostiene que le fue de gran ayuda la intensa rivalidad existente entre los pilotos americanos, que intentaban desesperadamente abatirlo cortándose unos a otros el paso.

Como todos los aeródromos conocidos eran regularmente bombardeados y atacados por las fuerzas aéreas aliadas, los escuadrones de cazas se desplegaban hacia los bosques cercanos a un tramo recto de carretera, que podían utilizar como pista de despegue. Después de aterrizar tenían que desviarse hacia los árboles, donde los equipos de tierra aguardaban para cubrir los aviones con redes de camuflaje. Para este tipo de misiones, el Focke-Wulf 190, con su amplio tren de aterrizaje y su sólida estructura, resultaba mucho más idóneo que el Messerschmitt 109.

Como habían advertido Rommel y Kluge, las fuerzas alemanas de Normandía estaban a punto de llegar al límite de sus posibilidades. Sólo habían recibido un reducido número de hombres para reemplazar a sus bajas. «Unidades de urgencia», compuestas por administrativos y otros hombres catalogados en tono despectivo como «medio soldados», llegaron al frente para cubrir algunos de los huecos de las divisiones. Los alemanes no sólo perdían hombres por culpa de las acciones del enemigo. La escasez de raciones de comida debida a los ataques aéreos aliados dio lugar a desertiones, no sólo de polacos, Ostruppen, alsacianos y Volksdeutsche, sino también de alemanes nacidos en el territorio del Reich.^[45]

Algunos de esos desertores eran soldados que no creían en el régimen nazi o que simplemente detestaban la guerra. Un médico británico receló de la ayuda entusiasta de un joven recluta alemán que se había rendido. Al percibir esa desconfianza, el muchacho sacó una fotografía de su prometida y, mostrándosela, exclamó: «¡No, no! ¡No intento hacerle ninguna jugarreta! ¡Quiero vivir para volver a verla!».

El teniente general von Lüttwitz, comandante en jefe de la 2. a División Acorazada, quedó estupefacto cuando tres de sus soldados austríacos desertaron, pasándose al enemigo. Advirtió a sus hombres que los nombres de todos los desertores serían publicados en su pueblo o ciudad natal para que se tomaran las medidas pertinentes contra sus familias. «Si alguien traiciona a su propio pueblo», anunció, «entonces su familia tampoco pertenece a la comunidad de la nación alemana». 36 Lüttwitz podía haber apoyado la idea de enfrentarse a Hitler, pero no por ello dejaba de estar dispuesto a adoptar medidas propias de todo un nazi.

El trato dispensado a los soldados de la SS era incluso peor. En virtud de un decreto del Führer, los soldados de la SS podían ser acusados de alta traición si eran hechos prisioneros sin haber resultado heridos. Esta norma les había sido inculcada una y otra vez justo antes de la invasión. Por lo tanto, no es de sorprender que los británicos y los canadienses capturaran tan pocos hombres de la SS vivos.^[46] Pero quizá la historia más espantosa relacionada con la disciplina de la SS sea la de un recluta alsaciano de la 1. a División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler. Un paisano suyo de la 11. a Compañía del 1. er Regimiento de la División de la SS Leibstandarte, que también había sido reclutado a la fuerza, desertó e intentó escapar escondido en una columna de refugiados franceses. Fue reconocido y detenido por miembros de su regimiento. El comandante en jefe de la compañía ordenó entonces a sus hombres que lo mataran a palos. Con todos los huesos hechos añicos, su cadáver fue arrojado luego a un hoyo que había abierto una bomba al estallar. El capitán señaló que aquello era una demostración de «Kameradenerziehung», 37 esto es, «enseñanza de la camaradería».^[47]

21. Operación Cobra: la gran ofensiva

El 21 de julio, los alemanes interceptaron un mensaje por radio en el que se convocaba a los altos mandos norteamericanos a una reunión de jefes. ¹ Este hecho vino a confirmar sus sospechas de que el 1. er Ejército estadounidense se preparaba para llevar a cabo una ofensiva a gran escala, pero seguían sin saber dónde. Tras los duros combates en Saint-Ló, el Oberstgruppenführer Hausser esperaba que se produjera un avance hacia el suroeste por el valle del Vire desde Saint-Ló hasta Torigni. El mariscal Von Kluge, por su parte, estaba convencido de que el principal ataque en Normandía iba a venir de nuevo de los británicos en el frente de Caen. En el mundo en la sombra de las interceptaciones de las transmisiones radiotelegráficas, los aliados gozaban de una enorme ventaja. El general Bradley sabía por Ultra que las fuerzas alemanas, excesivamente presionadas, estaban a punto de sucumbir. El momento de la gran ofensiva por fin había llegado.

Las fuerzas de Bradley habían alcanzado el largo tramo recto de carretera que iba desde Lessay, en la costa oeste, a Périers y Saint-Ló, la línea desde la que iba a lanzarse la Operación Cobra. El único problema se encontraba en el sector de Lessay. El 22 de julio, los alemanes habían lanzado un repentino ataque y la infortunada 90. a División americana, que había continuado su espiral descendente debido a las bajas sufridas por la oficialidad, se llevó la peor parte. «Una unidad se entregó al enemigo», afirmaba el informe, «y casi todas las restantes se desmoronaron y se retiraron desordenadamente». Patrón anotó en su diario que «un batallón de la 90. a División se ha comportado hoy de forma realmente vergonzosa», y que el comandante de la división habría debido ser relevado del mando.

La Operación Cobra se retrasó varios días debido a las copiosas lluvias que empezaron a caer el día 20 de julio, y porque el cielo siguió muy nublado algún tiempo. Los chaparrones habían sido tan intensos que las cajas de raciones K usadas por los soldados para alinear sus trincheras se desintegraron formando una especie de papilla irreconocible. Al igual que los británicos y los canadienses, los americanos también eran atormentados por los mosquitos. A muchos la demora les resultaba demasiado pesada. Un oficial de la 3. a División Acorazada se expresaba en términos más filosóficos. «En un noventa por ciento la guerra consiste en esperar», escribió en su diario, «cosa que no está tan mal mientras siga habiendo material de lectura». ⁴ Pero el general de brigada Maurice Rose, que se revelaría uno de los mejores comandantes de blindados del ejército americano, no malgastó los días de mal tiempo. Antes bien, los utilizó para llevar a cabo un entrenamiento intensivo con sus equipos de infantería de tanques.

Bradley necesitaba buena visibilidad. Estaba decidido a romper el frente enemigo con los bombarderos pesados, pero quería evitar el gran error cometido durante la Operación Goodwood, en la que el avance no se había producido con la rapidez suficiente para aprovechar la conmoción provocada por los bombarderos. Bradley voló a Inglaterra el 19 de julio para estudiar el plan de bombardeo con los comandantes de las fuerzas aéreas. Sólo quería emplear bombas ligeras, para impedir que se produjeran profundos socavones que ralentizaran el avance de sus fuerzas acorazadas. La zona designada para el bombardeo de saturación debía ser un rectángulo a lo largo del lado sur de la carretera Périers-Saint-Ló.

Los jefazos del Aire accedieron a las peticiones de Bradley, pero dejaron bien claro que no podrían atacar siguiendo la línea de la carretera.^[48] Habrían debido irrumpir desde el norte sobrevolando a un ejército que estaba sobre aviso y los esperaba, y no como lo habían hecho en

Omaha. Se basaban en el hecho de retirar las tropas de vanguardia sólo un kilómetro, como proponía Bradley para asegurar un aprovechamiento rápido de la acción, no proporcionaría un margen suficiente de seguridad. El ejército y la fuerza aérea regatearon sobre este punto y se pusieron de acuerdo en efectuar una retirada de 1.200 m. Los informes meteorológicos indicaban que el cielo estaría lo suficientemente claro a mediodía del 24 de julio, y se fijó las 13:00 como hora H.

El mariscal del Aire Leigh-Mallory se había trasladado a Normandía para observar en persona la operación. A mediodía el cielo todavía no estaba despejado, tal como había sido pronosticado. Leigh-Mallory decidió entonces que la visibilidad no era lo bastante buena. Envío un mensaje por radio a Inglaterra para posponer el ataque hasta el día siguiente, pero los bombarderos ya habían despegado. Se dio la orden de abortar la misión, pero a la mayoría de las tropas que estaban esperando el ataque no se les dijo nada. Los periodistas y los oficiales de los ejércitos aliados, incluido el Ejército Rojo, habían sido invitados a los puestos de mando avanzados para que tuvieran una buena visión del espectáculo. «Los observadores andaban por ahí sin hacer nada, se movían con nerviosismo, contaban chistes, y esperaban», anotó un oficial de la 4.ª División de Infantería. 5

La mayoría de los aparatos recibieron la orden a tiempo y dieron media vuelta. Algunos lanzaron sus bombas al sur de la carretera, tal como había sido planeado, pero en el primer avión de una escuadrilla, un bombardero tuvo problemas con el mecanismo de lanzamiento y dejó caer accidentalmente su carga a más de un kilómetro al norte de la carretera Périers-Saint-Ló. El resto de la escuadrilla pensó que se trataba de la señal convenida y lanzó también la suya. Los soldados de la 3.ª División situados debajo no estaban en sus trincheras. Andaban ociosos o estaban sentados sobre sus vehículos, y no se fijaron en los bombarderos que los sobrevolaban. De repente oyeron el «característico susurro en el cielo» que indicaba que había sido lanzado un gran número de bombas. 6 Salieron corriendo en todas direcciones intentando encontrar dónde cubrirse. Murieron veinticinco hombres y resultaron heridos 131. El general Bradley se puso hecho una furia. Se había convencido a sí mismo de que los mandos de la aviación habían accedido a su petición de efectuar el ataque a lo largo de la línea marcada por la carretera, y no en perpendicular al objetivo. Había que tomar rápidamente una decisión, si se quería lanzar la Operación Cobra al día siguiente. Los altos mandos de la fuerza aérea insistieron en que todos debían seguir el mismo enfoque, de lo contrario se produciría una nueva demora. Bradley pensó que no tenía más remedio que darles la razón.

Un número aún mayor de observadores se había reunido en el cuartel general del VII Cuerpo de Collins para contemplar «el gran espectáculo». Los periodistas, impacientes se empujaban unos a otros mientras esperaban. El corresponsal de guerra soviético, coronel Kraminov, que tenía siempre una palabra mordaz para casi todo el mundo, describió a Ernest Hemingway diciendo que miraba a todos por encima del hombro. «Aquel knickerbocker pelirrojo y rimbombante», añadió, «contaba anécdotas tan aburridas como sus numerosas y superficiales obras». Cuando el general Bradley terminó su informe para los corresponsales, los oficiales del Estado Mayor continuaron dando explicaciones. «No se trata de un ataque con un objetivo limitado. Eso es. Se trata de la gran ofensiva». No se aludió en ningún momento a las bajas producidas por sus propias bombas.

Una misión militar soviética procedente de Londres estaba visitando también por aquel entonces al 1.º Ejército estadounidense. El general Hodges llegó al V Cuerpo de Gerow con un grupo de oficiales soviéticos vistiendo unos pantalones con raya roja y charreteras doradas. Los oficiales del Ejército Rojo se mostraron muy interesados por todo lo que veían y preguntaron por los soldados enemigos capturados. Se «pusieron perceptiblemente rígidos», sin embargo, cuando un miembro del cuartel general de Gerow dijo: «No valían gran cosa; eran polacos y rusos». Probablemente no fuera el desdén por sus cualidades militares lo que les disgustó, sino la forma de recordarles que casi un

millón de antiguos soldados del Ejército Rojo prestaba servicio con uniforme de la Wehrmacht bajo distintos grados de coacción.^[49] 9

El teniente general Leslie J. McNair, comandante de las fuerzas de Tierra, era otro de los observadores. Su visita al frente había sido mantenida en secreto porque debía suceder a Patton como comandante en jefe del I Grupo de Ejército norteamericano, totalmente ficticio, que amenazaba al paso de Calais.^[50] McNair se encontraba en el cuartel general de la 30.ª División, pero entonces decidió trasladarse al 120.º Regimiento de Infantería para contemplar el bombardeo desde primera línea.

Un presagio siniestro tuvo lugar justo antes del ataque. De repente los alemanes dispararon una salva de artillería certera y rápida. Dos soldados americanos de la 30.ª División, que habían salido corriendo en direcciones distintas para lanzarse a la misma trinchera en busca de protección, se clavaron uno a otro la bayoneta. Un sanitario fue corriendo a prestarles ayuda y les vendó las heridas. 10 Poco después, el general McNair, que tuvo noticia de este insólito accidente, mandó llamar al sanitario para preguntarle por el suceso. Pero esta misma desgracia estaba a punto de repetirse a una escala mucho mayor.

Aquella mañana, 25 de julio, la hora H estaba prevista para las 11:00. El proceso de bombardeo se repitió. El rugido de los primeros cazabombarderos se oyó llegar a la 09:40, justo a la hora prevista. Durante los veinte minutos siguientes distintas escuadrillas, en sucesivas oleadas, bombardearon sus objetivos situados entre el frente y la carretera Périers-Saint-Ló, con gran precisión. Los soldados, unos sentados y otros de pie sobre sus vehículos, saludaron con gestos y vítores la llegada de los aviones. Luego, antes incluso de que el ruido de los motores de los Thunderbolt se disipara, pudo oírse el constante rugido de los bombarderos pesados que venían desde atrás, y todos pudieron ver cómo se aproximaban en formación mil B-17 Flying Fortresses y B-24 Liberators.

Parece que a nadie se le había ocurrido pensar que las cosas pudieran salir mal por segunda vez. El general McNair había dejado su coche oficial detrás de un tanque y se adelantó un poco a pie para gozar de una vista mejor. Soplaban una brisa del sur, cuyo efecto no se había tenido en cuenta. Las primeras bombas fueron lanzadas sobre el objetivo, pero el viento alejó el humo y el polvo hacia el norte, más allá de la carretera Périers-Saint-Lo, de modo que las siguientes oleadas de bombarderos empezaron a lanzar su cargamento antes de la zona marcada. Las compañías más adelantadas se dieron cuenta del peligro y lanzaron granadas de humo naranja como señal de advertencia, pero la cantidad de humo y de polvo era tal que las tapó por completo. Entre las fuerzas de tierra y los bombarderos pesados no había comunicación por radio.

Los tripulantes de los tanques se metieron a toda prisa en sus vehículos y cerraron las escotillas, pero la infantería y el general McNair quedaron totalmente al descubierto. En los regimientos de infantería más avanzados se produjeron en total 101 muertos y 463 heridos. Uno de los médicos que fue a prestar ayuda se sorprendió al constatar que «las caras de los muertos seguían sonrosadas». 11 Presumiblemente se debiera a que murieron como consecuencia de la explosión y no de las heridas de metralla.

McNair fue una de las víctimas. Su cadáver fue trasladado a un hospital de campaña y todo el personal del mismo juró guardar el secreto. Al margen de las bajas sufridas, el efecto de aquel segundo error sobre los hombres que se encontraban a punto de lanzar la ofensiva fue devastador. Un teniente recordaba que sus hombres quedaron enterrados en sus trincheras. «En muchos casos sólo asomaba entre los escombros un brazo o una pierna, y hubo que desenterrarlos.» 12 La 4.ª División de Infantería comunicó que «todos los soldados y oficiales que fueron bombardeados fueron testigos

de la terrible conmoción que supuso la experiencia. Muchos hombres se quedaron confusos durante un rato, mirando con los ojos ausentes e incapaces de entender cuando les preguntaban». 13 En la 30.ª División, hubo 164 hombres que tuvieron que ser evacuados víctimas de fatiga de combate como consecuencia del incidente.

Las compañías que habían sufrido el bombardeo esperaban que la hora H se pospusiera tras lo ocurrido, pero Bradley insistió en que la operación diera comienzo de inmediato. Su actitud suponía un optimismo excesivo, dadas las circunstancias. Aparte del shock sufrido, los tanques que debían acompañar el avance de la infantería se habían replegado durante el bombardeo y habían perdido contacto con ella.

Los alemanes, que habían sufrido de lleno la embestida del bombardeo, se hallaban en una situación mucho peor. La Panzer-Lehr-Division de Bayerlein y la 275.ª División de Infantería se hallaban en el ojo del huracán. La Panzer Lehr había sufrido graves daños el día anterior, a pesar de que el bombardeo había sido muy limitado, y la artillería alemana había utilizado una gran proporción de su reducida provisión de municiones, dando por supuesto que se trataba del ataque principal. Bayerlein había replegado el grueso de sus fuerzas, lo que las situó justo en la zona marcada como objetivo para el día 25. Algunos mandos alemanes creían incluso que habían logrado repeler el ataque abortado, de modo que el retraso de un día vino a confundir aún más al enemigo y no desenmascaró el plan de los americanos. Kluge pensó incluso que el bombardeo del día 24 quizá fuera una táctica de diversión para ocultar una gran ofensiva de los británicos. Inmediatamente se trasladó al frente a visitar a la Panzergruppe West y discutió la situación con el general Eberbach.

Sus sospechas parecieron confirmarse porque Montgomery, con un sentido de la oportunidad perfecto, lanzó la Operación Spring al amanecer del día siguiente, justo cuatro horas antes de que empezara en serio la Operación Cobra. Fue el intento de tomar la cresta de Verrières, junto a la carretera Caen-Falaise, que llevó a cabo el II Cuerpo canadiense. Aunque la ofensiva fracasó estrepitosamente, lo cierto es que no habría podido tener mejores consecuencias. Kluge se convenció aún más de que Falaise era el objetivo fundamental de los aliados. Así pues, no accedió a trasladar dos divisiones acorizadas del sector británico al americano hasta más de veinticuatro horas después del lanzamiento de la Operación Cobra y todas estas fuerzas tardaron en llegar al frente otros dos días.^[51] La Operación Goodwood y la Operación Spring lograron, pues, el principal objetivo de Montgomery, aunque ni una ni otra consiguió ningún hito importante.^[52] 14

El bombardeo en toda regla del 25 de julio tuvo un efecto devastador sobre los soldados y los vehículos alemanes. «Todo el lugar parecía un paisaje lunar; todo estaba quemado y reventado», escribió Bayerlein. «Resultaba imposible poner en marcha los vehículos o recuperar los que habían sido dañados. Los supervivientes estaban como locos y no eran de ninguna utilidad. No creo que el infierno pueda ser peor de lo que hemos visto aquí.» 15 Bayerlein, que era propenso a la exageración, afirmó al principio que la Panzer-Lehr-Division había perdido 35 tanques, 15 cañones de asalto y 2.000 hombres. Luego revisó esas cifras y dijo que habían sido 25 tanques, 10 cañones de asalto y casi 1.000 hombres. 16 Un regimiento paracaidista de su sector fue también aniquilado. En cualquier caso, no cabe duda de la conmoción que debió de suponer. Un médico americano anotó en su diario que «muchos [de los prisioneros capturados] apenas podían balbucir, estaban como atontados».

Un oficial de artillería americano que se internó en la zona marcada como objetivo observó que «al término de esta gran operación de bombardeo la tierra parecía como si hubiera sido surcada por

un arado. Dentro de un área de varios kilómetros cuadrados, no podía verse prácticamente a ningún ser humano o animal vivo y había toda clase de camiones, cañones y máquinas de todo tipo en absoluto desorden sobre el suelo cubierto de profundas cicatrices». En algunos casos los tanques Panther habían volcado y se apoyaban en su caparazón como si fueran tortugas. Varios días después del ataque, Patton sobrevoló el sector correspondiente a la Operación Cobra a unos mil metros de altura en un avión de observación. Incluso allí arriba, el hedor de las vacas muertas resultaba insoportable.

Sin embargo, no había sido eliminada toda la resistencia. La 4.ª División de Infantería comenzó su avance mientras esperaba que sus tanques la alcanzaran. Tras los primeros setecientos metros, se encontró con las posiciones alemanas, que contaban con el apoyo de tanques escondidos en un sendero hundido entre los setos. Los grupos de bazookas dejaron fuera de combate los tanques, que quizá estuvieran estropeados, y acribillaron al grupo de alemanes que les salió al encuentro junto al seto. «El resto se apelotonaron en un rincón del seto y se pusieron a gritar: "Kamerad!"» Uno de los jefes del pelotón se adelantó y les hizo señas de que se acercaran. Mientras lo hacía, alguien le pegó un tiro. El otro jefe del pelotón se adelantó también, pero fue alcanzado por una granada. No podíamos ver de qué parte de la posición enemiga procedía el fuego y no podíamos poner en peligro a nadie más, así que abatimos a balazos a los alemanes que se querían rendir.» 19

La 4.ª División de Infantería no consiguió avanzar más de dos kilómetros aproximadamente. «El resultado del primer día no puede decirse que fuera una verdadera ofensiva general», reconocía el cuartel general de la unidad. 20 La 9.ª División, a su derecha, y la 30.ª, a su izquierda, no hicieron mucho más. Se generalizó la sensación de que el bombardeo había resultado profundamente decepcionante. Tanto los mandos como las tropas se mostraban extremadamente cautelosos, en parte a consecuencia de las largas semanas de combate en el bocage. El comandante del cuerpo, el general Collins, tomó entonces una decisión muy audaz. El 26 de julio acordó sacar a las divisiones acorazadas antes de lo previsto.

Ese día, los alemanes enviaron sus últimas reservas a La-Chapelle-en-Juger, pero fueron víctima de los ataques de los cazabombarderos. No tardó en quedar patente que el sector comprendido entre la 4.ª y la 9.ª División estaba prácticamente abierto. Choltitz y Hausser no comprendieron el verdadero alcance del peligro, sobre todo porque los bombardeos habían destruido muchas líneas telefónicas y telegráficas.

Por el centro, la 4.ª División de Infantería avanzaba ahora sin problema. «La eficacia del bombardeo seguía siendo evidente», comunicó la división. «Aunque ya había pasado un día, muchos alemanes seguían pareciendo turbados. Fueron capturados muchos prisioneros y daba la sensación de que estaban totalmente abatidos.» En una ocasión, tres tanques Panther fueron rodeados por la infantería y sus tripulaciones se rindieron. A una unidad le hizo mucha gracia descubrir en un tanque abandonado por la Panzer-Lehr-Division «toda una colección de ropa de mujer, incluidas medias de seda y bragas». En el flanco este, tras recuperarse notablemente bien del bombardeo accidental sufrido el día anterior, la 30.ª División hizo frente a duros combates en torno a Hébécrevon, al noroeste de Saint-Ló. Pero luego la resistencia alemana empezó a venirse abajo rápidamente.

La mañana del 26 de julio, Collins ordenó que la 1.ª División, junto con un comando de combate de la 3.ª División Acorazada, arremetiera por la derecha. Mientras tanto, el comando de combate del general de brigada Rose, de la 2.ª División Acorazada, debía atacar por la izquierda, primero junto con la 30.ª División, y luego avanzando solo hacia el sur en dirección a Saint-Gilés. El entrenamiento intensivo realizado previamente por Rose para «armonizar» a la infantería y a los blindados en una táctica conjunta surtió efecto. Tenía al 22.º Regimiento de Infantería de la 4.ª

División para tripular los tanques, ocho hombres por cada Sherman, y cuatro por cada tanque ligero. El tercer batallón venía detrás en camiones. Los socavones provocados en las carreteras por los bombardeos aéreos y por la artillería los obligaban a entretenerse a veces, y cuando encontraban alguna resistencia, la infantería se apeaba de los vehículos. Avanzaban arrastrándose por el suelo para localizar los carros blindados enemigos, tarea facilitada en gran medida por la costumbre de los alemanes de dejar los motores de sus tanques encendidos. La infantería indicaba entonces su posición a sus blindados, que procedían a entablar combate con ellos. Consciente de que el principal problema iba a ser el reavituallamiento, Rose había ordenado que se cargara en los tanques el doble de raciones de comida, de granadas y de bandoleras de balas de fusil para la infantería.

La 2.ª División Acorazada, orgullosamente conocida como «el Infierno sobre Ruedas», había sido organizada por el propio general Patton. Se jactaba de ser una formación de grandes bebedores y grandes combatientes. Esos tankers adoptaban aires de superioridad con la infantería, a cuyos integrantes llamaban los «doughs», y el espíritu de temeridad de Patton se reflejaba también en su gusto por el juego. Un oficial reconocía que eran «pero que muy aficionados al saqueo». Las tropas encargadas de tripular los tanques en todos los ejércitos suelen ser los peores saqueadores, aunque sólo sea porque son los primeros que entran en acción con la infantería, pero tienen más oportunidades que ésta de esconder el botín. Otro oficial observaba, en cambio, que pocos de sus hombres perdían el control en la batalla. «El número de individuos a los que les gusta matar es afortunadamente muy pequeño», escribía. «Son traicioneros y desmañados y es peligroso tenerlos cerca.» En cualquier caso, la profesionalidad y la actitud chovinista de la 2.ª División Acorazada era exactamente lo que se necesitaba para aprovechar la oportunidad proporcionada por la Operación Cobra.

La marcha de los tanques cargados con la infantería, que se vio ralentizada por los setos y los socavones, alcanzó una media de aproximadamente un kilómetro y medio por hora, pero con todo era un avance incomparablemente más rápido que el de las semanas anteriores, durante los combates en el bocage. El 22.º Regimiento de Infantería se apeó de los vehículos para despejar la pequeña localidad de Saint-Gilíes, en la carretera Coutances-Saint-Ló. Cuando los tanques se dirigían al sur para abandonar el pueblo, pasaron ante el «soldado De Castro, que yacía junto a la carretera gravemente herido. Tenía el pie derecho casi cercenado por encima del tobillo, colgando sólo del tendón. En el hombro derecho se le veía además un corte terrible. Cuando pasamos ante él, intentó incorporarse, agitó el brazo izquierdo y dijo: "¡A por ellos, chicos!"».

Una vez que la columna de blindados de Rose salió de la zona bombardeada y pasó Saint-Gilíes, la velocidad de avance aumentó, aunque ya había caído la noche. Rose no vio motivo para detenerse durante las horas de oscuridad. Sus acorazados rebasaron las posiciones alemanas. Algunos vehículos enemigos, pensando que la columna quizá fuera una de sus unidades en retirada, se unieron a ella y enseguida fueron capturados. En la carretera al sur de Canisy, los Sherman de Rose volaron unos semiorugas alemanes que para su defensa no llevaban más armamento pesado que una ametralladora.

Canisy estaba en llamas, tras ser bombardeada por los P-47 Thunderbolt. La columna de blindados tardó en atravesar aquel montón de ruinas. En el castillo de la localidad encontraron un hospital de campaña alemán en el que capturaron a los soldados heridos, a los médicos y a las enfermeras. Rose no quería perder tiempo. Ordenó a sus hombres proseguir hacia Le-Mesnil-Herman, a más de doce kilómetros al sur de Saint-Ló.

Por el flanco derecho, la 1.ª División de Infantería y el Comando de Combate A de la 3.ª

División Acorazada, a las órdenes del general de brigada Doyle O. Hickey, lanzaron un ataque hacia el sur. Localizaron un cañón de asalto y un tanque Mark IV en Montreuil-sur-Luzon. Comunicaron la noticia por radio a una escuadrilla de P-47 Thunderbolt, que se precipitó sobre el cañón de asalto en vuelo rasante y lo destruyó. La tripulación del tanque saltó del vehículo y huyó a la carrera. 26

Cada comando de combate disponía de un destacamento de apoyo aéreo que iba en unos tanques proporcionados por orden de Bradley a los oficiales de enlace de la fuerza aérea. Se había establecido una relación de trabajo extraordinariamente eficaz con el teniente general Elwood R. Quesada, jefe del 9.º Comando Táctico Aéreo. A diferencia de la mayor parte de los militares de aviación, Pete Quesada, de cuarenta años de edad, sentía un verdadero entusiasmo por el papel del ataque por tierra. Se creó así la base para el sistema de «cobertura de columnas de blindados», en el que había siempre a mano escuadrillas de cazabombarderos que se relevaban constantemente encargados de prestar apoyo aéreo, como en el sistema de reserva de Typhons que operaba con el 2.º Ejército británico. Aquel día, los cazabombarderos de Quesada salieron con todos sus efectivos. Un comandante alemán se quejó amargamente de que los tenían «ahí arriba, como halcones acechando cualquier movimiento en tierra para lanzarse al ataque».

El comando de combate de Hickey y la 1.ª División prosiguieron hacia el sur hasta Marigny, seis kilómetros más allá de la carretera Périers-Saint-Ló. A las 13:00 del 26 de julio, el piloto de un Piper Cub comunicó la presencia de «tanques amigos» en Marigny. Pero la ciudad no cayó inmediatamente. Las calles estaban bloqueadas por los escombros y las paredes de las casas en llamas se venían abajo. Los americanos hicieron casi doscientos prisioneros alemanes, muchos de ellos reemplazos que acababan de llegar de sus batallones de adiestramiento. «Un soldado veterano», comentó el teniente Schneider, que fue capturado entre ellos, «es el que lleva en este sector desde el domingo». Al anochecer, Marigny había quedado completamente asegurada. Las bajas de los americanos habían sido muy pocas. Un batallón comunicó que sólo había tenido una docena de heridos en todo el día.

Por fortuna para las unidades de tanques americanos, entre los alemanes habían empezado a escasear las bombas de 88 mm, como reveló un mensaje interceptado por Ultra a primera hora del 26 de julio. Otra interceptación de Ultra obtenida ese mismo día informó de que los alemanes seguían creyendo que la ofensiva principal iba venir desde el frente de Caen y no desde el oeste, bajando por la costa del Atlántico. Choltitz, cada vez más cerca de la crisis, empezó a replegar sus fuerzas entre Périers y la costa. Sólo dejó atrás una pequeña pantalla protectora, que no pudo hacer gran cosa cuando la 6.ª División Acorazada estadounidense entró en Lessay. «Pasábamos por las calles en medio de la gente que nos saludaba y nos tiraba flores», comunicaba el comandante de un escuadrón de tanques, cuando de pronto los alemanes abrieron fuego con ametralladoras y metralletas. 29 La 6.ª División Acorazada siguió adelante por la carretera de la costa, dejando a la infantería tras de sí para despejar la zona.

El general Patton, que aguardaba con impaciencia el momento en que su 3.º Ejército estuviera operativo, recibió una llamada de Bradley diciéndole que fuera a cenar vestido con «ropa buena». Patton se sintió ligeramente desconcertado.

- Siempre visto así -fue el comentario que hizo por toda respuesta.

En realidad Bradley no había querido decirle por teléfono el verdadero motivo de su invitación. Debían enterrar al general McNair en absoluto secreto.

La acometida decisiva de los americanos tuvo una notable repercusión sobre la moral de los alemanes. Los soldados empezaron a hablar entre ellos de un modo en el que no se habían atrevido a

hacerlo nunca hasta entonces. Un veterano suboficial médico llamado Klein relata lo ocurrido la noche del 26 de julio, cuando recibieron la orden de abandonar su puesto de socorro al sur de Saint-Ló con 78 heridos graves, y replegarse a Vire. Gracias a él conocemos las conversaciones de los heridos mientras caminaban.

Un cabo que había obtenido la Cruz Alemana de oro por haber destruido cinco tanques en el frente oriental le comentó:

- Te diré una cosa, sanitario, esto de aquí en Normandía ya no es una guerra. El enemigo es superior en hombres y en material. A nosotros simplemente nos mandan a la muerte sin armas suficientes. Nuestro mando supremo [Hitler y el OKW] no hacen nada para ayudarnos. Ni un solo avión, munición insuficiente para la artillería... Bueno, para mí la guerra se ha acabado.

Un soldado de infantería con una herida de metralla en el hombro señaló:

- Ese pedazo de hierro que me hirió a mí ojalá le hubiera dado al Führer en la cabeza el 20 de julio; así la guerra se habría acabado ya.

Otro soldado que ayudaba a Klein a llevar al herido dijo:

- No tengo consuelo. Dos hermanos míos fueron sacrificados en Stalingrado y fue en vano. Y aquí tenemos otra vez lo mismo.

Los heridos más jóvenes preguntaban «si su herida era suficiente». Querían saber si los iban a mandar a casa o si simplemente eran trasladados al punto de socorro central. Los heridos leves, como los que habían perdido algún dedo o habían recibido un balazo en la pierna sin que se hubiera roto el hueso, eran enviados de nuevo al frente al cabo de cinco días. 31

El 27 de julio a mediodía, Bradley dio nuevas órdenes. La Operación Cobra estaba saliendo tan bien que quería llevar a cabo un avance en toda regla hacia Avranches, la puerta de entrada a Bretaña. El comandante de las fuerzas aerotransportadas británicas, el teniente general sir Frederick Boy Browning había intentado vender a Bradley la idea de un lanzamiento de paracaidistas sobre Avranches, en la retaguardia alemana. Pero Bradley rechazó la propuesta. Un lanzamiento aéreo habría reducido muchísimo la flexibilidad que necesitaba en una operación de ese tipo, pues habría creado el imperativo moral de relevar a la fuerza aerotransportada antes que cualquier otra cosa. 32

Bradley decidió dar a Patton de forma no oficial el mando del VIII Cuerpo en el oeste, aunque el 3. er Ejército no fuera a ser operativo hasta el 1 de agosto. «Me siento mucho más contento con la guerra», anotó Patton en su diario. «Todavía puedo meterme de lleno.» 33 Siguiendo los firmes preceptos de Patton, la 4. a División Acorazada de Wood y la 6. a División Acorazada de Gerow se convirtieron en las dos puntas de lanza del VIII Cuerpo.

De repente los altos mandos alemanes comprendieron la enormidad del desastre al que se enfrentaban. Su reacción había sido lenta en gran medida debido a la táctica americana de cortar todos los cables telegráficos y las líneas telefónicas. En muchos lugares, las tropas alemanes ignoraban por completo que se había producido una ofensiva. A menudo se quedaban sorprendidas cuando encontraban tropas estadounidenses muy por detrás de donde se creía que estaba la línea del frente. Algunos oficiales que iban en un Kübelwagen estuvieron a punto de chocar con una columna americana y en varias ocasiones un motociclista alemán se acercó a los vehículos americanos a ver qué era lo que estaba pasando simplemente para ser abatido a tiros.

El general Meindl comunicó que el II Cuerpo Paracaidista al sur de Saint-Ló, en el valle del Vire, había quedado reducido a 3.400 hombres. «Debido a las graves pérdidas sufridas ya no [eran] capaces de afrontar la fuerte presión de los aliados.» 34 Kluge se vio así obligado a aceptar que la

ofensiva americana constituía el principal peligro. Accedió a la aterrorizada petición de blindados que le hizo Hausser y ordenó el traslado de la 2.ª y de la 116.ª División Acorazada del frente británico al americano.

El 26 de julio por la noche, Lüttwitz fue a visitar el cuartel general de Meindl, donde se encontró con «una situación bastante confusa». El propio Meindl escribió que el estruendo de los obuses y de los motores de los tanques era tan grande que resultaba totalmente imposible hablar por teléfono». 36 Su puesto de mando estaba escondido entre unos montones de escombros que al menos proporcionaban un buen camuflaje frente a los cazabombarderos norteamericanos. Meindl, que se irritó muchísimo al comprobar que Lüttwitz no estaba directamente a sus órdenes, dijo que era una locura lanzar un ataque, especialmente a la luz del día. Las cosas iban tan mal que prácticamente no podían seguir así.

- ¿Qué está usted pensando? -replicó Lüttwitz-. Lo único que quiero es que se encargue usted de que mi flanco derecho esté debidamente guardado durante el ataque.

Meindl contestó que le guardarían el flanco, pero que no podían seguir al ritmo de los acorazados.

Lüttwitz fue llamado entonces al cuartel general del 7.º Ejército de Hausser, a 15 km al sur de Percy. Allí fue informado por su nuevo comandante del cuerpo, el general Von Funck. Debía cruzar el Vire alrededor de Tessy, y luego avanzar hacia el noroeste para bloquear la carretera de Saint-Ló a Percy. Se trataba de la carretera por la que avanzaba la columna del general Rose. En cuanto llegara, la 116.ª Panzer-Division seguiría los pasos de Lüttwitz.

Meindl, que todavía se sentía irritado, decidió hablar personalmente con el general Von Funck. De ese modo, aunque su unidad se encontraba en medio de un combate desesperado, montó en su Kübelwagen, al que apodaba su Jaboflitzer o «esquiva-cazabombarderos», y siguió a Lüttwitz hasta el puesto de mando del 7.º Ejército para protestar de que la 2.ª Panzer-Division no hubiera sido puesta a sus órdenes. La visita no le resultó nada bien. Durante el viaje de vuelta, tuvo que parar en varias ocasiones y tirarse a la cuneta debido a los ataques de los cazas americanos.

A su regreso, encontró al teniente coronel Von Kluge, hijo del mariscal del mismo nombre, esperándolo con impaciencia en su cuartel general junto con el Generaloberst Heinz Guderian, nuevo jefe del Estado Mayor. Von Kluge mandaba a su hijo «de cuartel general en cuartel general en calidad de lo que él llamaba "viajero del frente"», escribió Meindl, «o sea, en calidad de lo que, según nuestra manera de hablar, se llama espía, para recoger impresiones y transmitírselas a su padre». Meindl, que estaba de un humor de perros, dijo al joven Von Kluge que hiciera saber a su padre que ya no era posible resistir en Normandía y que el ataque de las dos divisiones acorazadas no iba a servir de nada. Por el contrario, los blindados debían utilizarse para formar una defensa antitanques, «en vez de lanzarlos en vano contra objetivos imaginarios, como si se tratara de unas maniobras con carros blindados sobre el mapa».

Meindl no ocultó su desdén por los comandantes de las unidades blindadas, «esos hombres superiores». No salían nunca de sus «carretas movidas con gasolina» a reconocer el terreno a pie, «pues no resultaba agradable meterse en la zona de fuego. Era mucho más seguro meterse dentro y cerrar la escotilla. Sólo unos cuantos comandantes de tanque tenían inteligencia suficiente para ver -o se les podía convencer de ello en una discusión- que para nosotros ya había pasado el momento de las grandes batallas con carros blindados. ¡Tenían que despertar de un hermoso sueño!»

«Al parecer, los de arriba seguían esperando que ocurriera un milagro. Además, nuestra propaganda hizo público el atentado del 20 de julio y sus consecuencias. De modo que a nosotros como paracaidistas nos tocaba asegurarnos de que nuestro honor no quedara manchado. El mundo

estaba empeñado en nuestra destrucción. ¡Pues bien! Echaríamos mano a nuestros trabucos.»

Aunque el 27 de julio estuvo nublado, circunstancia que salvó a la 2.ª Panzer-Division de los ataques aéreos durante su marcha hasta el Vire, esta unidad no empezó a cruzar el río a la altura de Tessy hasta la noche, sesenta horas después de que diera comienzo la Operación Cobra. Pero entonces era ya demasiado tarde para detener el avance de los americanos.

En la costa oeste, cuando la 6.ª División Acorazada llegó a Coutances el 27 de julio, recibió la grata sorpresa de que su unidad de reconocimiento ya había tomado la ciudad. Vivaquearon allí aquella noche y luego «simplemente siguieron adelante a toda velocidad» para dirigirse a Granville. La infantería alemana se ocultaba en los setos a uno y otro lado de la carretera, de modo que los tanques ligeros de la 6.ª División Acorazada avanzaban a casi veinticinco kilómetros por hora, disparando ráfagas de ametralladora a derecha e izquierda. La columna de la 3.ª División Acorazada del general Hickey se dirigía también a Coutances. Pero el general Collins, así como el coronel Luckett, del 12.º Regimiento de Infantería, agregado a esa división, criticaron a su unidad por avanzar con demasiada prudencia.

El 27 de julio el avance resultó más difícil para las formaciones norteamericanas por el centro de la ofensiva. Las divisiones acorazadas se demoraron debido a la densidad del tráfico militar por las carreteras, con columnas que se extendían a lo largo de casi veinticinco kilómetros. Los atascos se debían por lo general a la presencia de vehículos alemanes fuera de combate que bloqueaban los caminos. Bradley, que había previsto estos problemas, había reunido para la Operación Cobra un contingente de 15.000 ingenieros. Su principal tarea consistía en «abrir y mantener grandes rutas de aprovisionamiento» a lo largo de todo aquel boquete. Ello significaba tener que rellenar socavones, despejar los vehículos alemanes destruidos e incluso construir pasillos para rodear las poblaciones que habían sido destruidas.

El 28 de julio, para alivio de los comandantes norteamericanos, la visibilidad mejoró. La acometida de Lüttwitz con la 2.ª Panzer-Division al oeste del río Vire fue rápidamente neutralizada mediante ataques aéreos. La 116.ª Panzer-Division no salió mucho mejor parada. El cuerpo que comandaba Choltitz estaba en peligro de verse rodeado y el cuartel general del 7.º Ejército le ordenó replegarse hacia el centro, a las proximidades de Roncey. El Obersturmbannführer Tychsen, nuevo comandante de la división Das Reich, resultó muerto cerca de su puesto de mando por una unidad de reconocimiento norteamericana. Y esa misma noche, el Standartenführer Baum, de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen, asumió el mando de lo que quedaba de ambas divisiones.

El avance de los americanos se aceleró por la carretera de la costa. Teniendo el mar a su derecha, la 6.ª División Acorazada avanzó casi cincuenta kilómetros. Cada vez que llegaban a un puesto de bloqueo en la carretera, el oficial de enlace de aviación que iba en el tanque o en el semioruga simplemente pedía ayuda a una escuadrilla de P-47 Thunderbolts y la posición defensiva era destruida, habitualmente en el plazo de quince minutos. 40

Los alemanes cayeron víctimas de la espiral descendente marcada por la retirada y la destrucción de las comunicaciones. Eran pocos los mandos que sabían dónde estaban sus tropas. Las divisiones estaban fragmentadas y en las carreteras reinaba el caos. El aprovisionamiento de munición y de combustible no llegaba, de modo que tanques y vehículos debían ser abandonados. La resistencia era mantenida sólo por pequeños grupos de soldados, provistos de un cañón antitanque o un cañón de asalto como apoyo. La Panzer-Lehr-Division comunicó que no disponía de «fuerzas aptas para el combate». Lo que quedaba de ella tuvo que volver a Percy. Ese mismo día, el cuartel

general del II Cuerpo Paracaidista informó de que «no estaba disponible munición alguna de obús de campaña ni ligero ni medio». 41

Por el centro, los duros combates continuaron cerca de Cérisy-la-Salle, pero en realidad no eran más que un intento desesperado por parte de una formación alemana acorralada de encontrar una salida luchando, no una muestra de resistencia a toda costa. La artillería de campaña y las baterías antiaéreas de los americanos eran «utilizadas para disparar a quemarropa contra los atacantes». Los P-47 Thunderbolt también entraron al ataque, pero se produjo asimismo una inesperada salida de Messerschmitt 109, que ametrallaron a las tropas americanas.

Parte de la Kampfgruppe Heintz logró abrirse paso por detrás de los setos y evitando las poblaciones urbanas hasta encontrar un hueco por el que escapar del círculo en el que había quedado encerrada. Algunos hombres sugirieron que debían rendirse, pero sus oficiales se negaron. «Durante cinco días», escribió un suboficial, «no tuvimos nada que comer, nada más que fruta sin madurar y las raciones de hierro que quitábamos a nuestros camaradas muertos. Una vez más el ejército fue sacrificado para salvaguardar a las unidades de la SS y que éstas no fueran hechas prisioneras... Tuvimos que dejar atrás a 178 heridos». 43 La rendición no era siempre una opción segura. Un oficial americano de la 9.ª División señala que «cuando otros elementos del enemigo, como, por ejemplo, los polacos, intentaban rendirse, la SS disparaba contra ellos». 44 Durante las marchas nocturnas para intentar escapar, la moral empezaba a decaer rápidamente y se producían arranques de malhumor. Los paracaidistas echaban la culpa a la SS del estado en que se hallaban y la SS a su vez les echaba la culpa a ellos. 45 Algunos oficiales no pudieron soportar la tensión nerviosa y el agotamiento y se vinieron abajo.

En el sector este de la gran ofensiva, en el valle del Vire, la 2.ª División Acorazada estaba ya más allá de Villebaudon, a la misma altura que Tessy. El comando de combate de Rose se dirigía a Saint-Sever-Calvados, en la carretera Villedieu-Vire. De repente el cuartel general del 7.º Ejército tuvo miedo de que el cuerpo que comandaba Choltitz, al oeste, quedara totalmente aislado. Choltitz recibió una orden del Generalmajor Pemsel, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, diciendo que contraatacara en dirección a Percy para aislar a la punta de flecha de los americanos. Choltitz sabía que aquello provocaría un verdadero caos y que los expondría a los ataques de los cazabombarderos en cuanto amaneciera. Además dejaría la carretera de la costa totalmente abierta hasta Avranches. Pero Hausser insistió en que obedeciera la orden.

Esa noche, mientras escuchaba en la Roche-Guyon la decisión que había tomado el 7.º Ejército de escapar por el sureste, Kluge perdió los nervios. Telefoneó al Oberstgruppenführer Hausser y le ordenó que revocara la orden de inmediato. Hausser respondió que probablemente ya fuera demasiado tarde, pero que lo intentaría. A eso de la media noche un mensaje enviado a través de un oficial en motocicleta llegó finalmente a manos de Choltitz, pero éste no tenía comunicación alguna con sus divisiones. Continuaron el ataque hacia el sureste, lejos de la costa.

Kluge, que temía destituir por este error a Hausser, perteneciente a la Waffen-SS, ordenó que fuera sustituido Pemsel. 46 El general Von Choltitz, que fue mandado llamar para hacerse cargo de la comandancia de la región de París, debía entregar el LXXIV Cuerpo al general Elfeldt. Además Hitler se enfureció cuando se enteró de que la carretera que conducía a Avranches y, de paso, a Bretaña había quedado expedita. El OKW dio orden de contraatacar sin dilación. Kluge solicitó además refuerzos inmediatos. Pidió que le mandaran la 9.ª División Acorazada, que estaba en el sur de Francia, y más divisiones de infantería. El OKW aceptó su petición con una insólita rapidez.

Mientras muchas de las tropas alemanas en retirada se concentraban en los alrededores de Roncey, el Comando de Combate B de la 2. a División Acorazada americana empezó a establecer puestos de bloqueo a lo largo de una línea en dirección sur. Pero durante la noche del 28 de julio, el ejército estadounidense fue víctima de su propio exceso de mecanización. Las rutas situadas más al norte estaban tan bloqueadas en el corredor de la invasión que los elementos de avance del cuartel general de la 4. a División de Infantería «se pasaron en la carretera toda la noche». Se provocaron cuellos de botella, debidos en todos los casos a algún «vehículo enemigo fuera de combate que interceptaba parcialmente el camino en un punto particularmente embarrado». Los ingenieros no lograron encontrar un pasillo para despejar los obstáculos. En un caso en concreto, un oficial del Estado Mayor tuvo que ponerse al mando de un bulldozer y mover él solo un vehículo calcinado. Algunos franceses, que trabajaron frenéticamente ayudando a rellenar los socavones, se negaron a aceptar que les pagaran, insistiendo en que «lo hacían para ayudarnos a matar a más boches». A

El general Huebner, de la 1. a División de Infantería, la «Gran Uno Rojo», estaba decidido a no permitir que nada detuviera su avance. Insistió en que «únicamente tendría validez un tráfico en un solo sentido» por las estrechas carreteras normandas. 49 Ni siquiera a las ambulancias se les permitiría dar media vuelta. «Los heridos tendrían que ser cuidados como mejor se pudiera en la ruta de avance.» La infantería blindada de la 3. a División Acorazada se montaba en los tanques para que sus semiorugas pudieran cargarse de latas de gasolina, munición y otros pertrechos. En la costa, la 6. a División Acorazada había decidido también que no era momento de volcar los víveres ni de distribuir raciones en las zonas de vivaque. «¡Diablos! En un par de días», comentó un oficial, «estaremos repartiendo raciones de comida como Santa Claus en su trineo, con los repartidores y los beneficiarios en plena marcha». 50 Los tripulantes de los Sherman no se paraban casi nunca a cocinar ni a hacer sus necesidades. Seguían adelante a base de huevos duros y café instantáneo. Hablando de los cascos-flaneros de los tripulantes de los tanques, un oficial médico decía: «Cagaban en ellos y guisaban en ellos». 51 Otro oficial médico de la 2. a División Acorazada comentaba otra ventaja del avance rápido. Había muy pocas bajas por minas o trampas explosivas. Los alemanes no habían tenido tiempo de dejar tras de sí ninguna de sus criminales sorpresas.

El 29 de julio, el Comando de Combate A de Rose, de la 2. a División Acorazada, tuvo que librar una dura batalla en la carretera al sur de Villebaudon. Se encontró con una Kampfgruppe de la 2. a Panzer-Division de Lüttwitz en el cruce de La Denisière, con casi 20 tanques y dos compañías de granaderos acorazados en semiorugas. La división de Lüttwitz y la recién llegada 116. a División Acorazada habían recibido la orden de atacar por el oeste para aislar a los americanos en su avance, uniéndose a la división conjunta de la SS. Pero Lüttwitz se dio cuenta de que era imposible. Decidió que era más importante proteger el flanco a lo largo del río Vire, que era acosado por la 30. a División de Infantería americana. Los tanques destructores estadounidenses dejaron fuera de combate varios panzers y obligaron al resto a retirarse hacia el este hasta Moyon, donde tuvo lugar una batalla todavía más dura. Una columna de tanques del comando de combate de Rose, con los destacamentos de infantería de la 4. a División de Infantería que tenía agregados, se adentró en la pequeña localidad de Moyon, mientras el capitán Reid se ponía al frente de una patrulla de su compañía por el lado este. Los hombres de Reid abatieron a tiros al equipo de un cañón antitanque, pero luego se vieron atacados por un carro de combate alemán. El soldado Sharkey, «un sabueso del bazooka», localizó un blindado desde el extremo más alejado de un seto y lo dejó fuera de combate con su segundo y último disparo. Apareció otro tanque cerca del primero y empezó a disparar su ametralladora. El capitán Reid volvió arrastrándose junto al seto, se levantó y lanzó una granada de fósforo blanco por encima

del carro blindado y otra por debajo del mismo. El tanque ardió de inmediato.

En la propia Moyon, sin embargo, otro tanque alemán dejó fuera de combate a un Sherman. El comandante del batallón de tanques decidió retirarse del pueblo y bombardearlo con explosivos de gran potencia. Dijo a los escuadrones de infantería que iban delante que también se retiraran. Justo antes de hacerlo, el soldado Sharkey disparó la última carga de su bazooka contra otro tanque alemán, el primero de una columna de vehículos con soldados de infantería que se acerca a la población. Acertó a dar directamente en el anillo de la torreta. El capitán Reid gritó:

- ¡Salgamos de aquí antes de que nos apunten!

Pero evidentemente a Sharkey le hervía la sangre. Permaneció de pie junto al seto, disparando con su carabina a la infantería alemana. Una ráfaga de ametralladora procedente de otro tanque le arrancó un trozo de cara, pero el soldado logró retirarse en compañía de los demás, «con la carne del rostro colgándole». Caminaba erguido, mientras que los otros tenían que arrastrarse.

Les cortó el paso otra columna alemana encabezada por unos tanques. A Reid sólo le quedaban dos granadas de fósforo blanco, pero logró incendiar el blindado que abría la marcha. Sharkey se desplomó debido a la terrible herida que había sufrido, pero después de un pequeño descanso se recobró y al poco rato se unió al resto de la compañía haciendo el signo de la victoria con los dedos. «Sharkey realizó la mayor demostración de agallas que he visto en mi vida», diría después Reid. 53

El oficial al mando del batallón de infantería, el comandante Latimer, se enteró de que el comandante de tanques había decidido retirarse de la población demasiado tarde para impedirlo. Se sentía horrorizado por razones tácticas, pero también por el efecto que semejante acción pudiera tener sobre la moral de los hombres. Una cosa era que un tanque se replegara y dejara venir a otro, pero, en su opinión, una vez que la infantería había entrado en un sitio, tenía que retener el terreno que había ocupado. Los granaderos acorazados alemanes, a los que el asalto inicial había pillado por sorpresa, no tardaron en volverse a infiltrar en el pueblo. Trajeron más tanques y artillería, además de la columna que habían visto los hombres de Reid.

«Se desencadenó un verdadero duelo entre los tanques alemanes y los nuestros, con la infantería en medio», afirma el informe de la acción. «Constituyó una experiencia terrible y las pérdidas fueron muy altas. Nuestras fuerzas sufrieron además muchísimo a causa del fuego de artillería. Aparte de las graves pérdidas físicas, algunos soldados de infantería y ciertas tropas de las fuerzas acorazadas se vinieron abajo a causa de la tensión.» Ese mismo día el destacamento especial fue relevado más tarde por parte de la 30.ª División. La única satisfacción que tuvieron al retirarse fue ver cómo llegaban unos bombarderos alemanes que atacaban por error a sus propias fuerzas de tierra. 54

Más al oeste, durante la tarde del 29 de julio, unos P-47 Thunderbolt del 405.º Grupo de Cazas localizó una enorme aglomeración de vehículos alemanes en la carretera situada al este de Roncey. Durante seis horas y media se dedicaron a bombardearlos y ametrallarlos en tandas sucesivas. Los pilotos aseguraron haber destruido 66 tanques, 206 vehículos y 11 cañones, y haber causado daños a otros 56 tanques y 55 vehículos. Se trata de unas cifras exageradamente optimistas, pero en cualquier caso la carnicería fue considerable. El ejército estadounidense pidió además ayuda a los Typhoons de la 121.ª Escuadrilla de la RAF. Estos atacaron otra columna al sur de Roncey y dijeron que habían destruido 17 tanques y que habían averiado otros 27. En realidad, la investigación de las operaciones demostraría más tarde que sólo dieron a cuatro tanques y a cinco semiorugas. La mayor parte de los vehículos habían sido abandonados y destruidos por sus propias tripulaciones. No obstante, la falta de precisión de los Typhoons quedó más que compensada por el efecto psicológico que la escaramuza tuvo sobre las dotaciones de los tanques alemanes.

Mientras tanto, el Comando de Combate B de la 2.^a División

Acorazada acabó de preparar sus bloqueos de carreteras y sus emboscadas en la zona de Grimesnil. Los alemanes aislados en la bolsa de Roncey, duramente acosados por la 3.ª División Acorazada desde el norte, se vieron obligados a intentar escapar en esa dirección.

Cerca de Saint-Denis-le-Gast, a poco más de un kilómetro de Grimesnil, el 82.º Batallón de Reconocimiento instaló un puesto de bloqueo protegido por cañones antitanque y por el 92.º Batallón de Artillería de Campaña. Vieron venir una columna de vehículos encabezada por un par de carros blindados americanos, pero se trataba de unos tanques que habían sido capturados y eran utilizados como una estratagema. Cuando pasaban por delante, un cañón antitanque localizó un semioruga alemán inmediatamente detrás de ellos y abrió fuego. La artillería reaccionó también con rapidez y comenzó a disparar contra objetivos perfectamente visibles, de modo que la columna alemana fue completamente destruida. 55

Poco después, el puesto de mando de la reserva de la 2.ª División Acorazada estuvo a punto de ser rebasado en el curso de un ataque sorpresa, pero los defensores, en su mayoría administrativos y personal subalterno, conservaron su sangre fría. Aprovechando la luz de la luna y la de los vehículos en llamas, dispararon contra el enemigo a corta distancia cuando la infantería alemana se lanzó al ataque. Así quedó patente esa misma mañana, cuando los oficiales salieron a examinar los cuerpos de los atacantes. Los alemanes habían muerto «de un solo disparo de fusil, y no por ráfaga de ametralladora». 56

Otro informe citaba el valor del sargento Bishop, cuyo cadáver fue encontrado con siete alemanes muertos a su alrededor, y el del sargento primero Barnes, que cortó el cuello a tres atacantes alemanes con un puñal. «Durante el combate la acción resultaba tan confusa que cuando un sanitario levantó los ojos vio que compartía la trinchera con otro sanitario alemán. Durante unos minutos los dos hombres se señalaron frenéticamente el brazalete de la Cruz Roja que llevaban, y a continuación se cachearon para comprobar que no tenían armas.»

Esa misma noche, unos kilómetros al sureste de allí, dos compañías de infantería acorazada que estaban colocando un puesto de bloqueo fueron pilladas por sorpresa cuando los alemanes «bajaron por la colina hacia la carretera de Grimesnil con los motores de sus vehículos apagados». En la lucha desesperada que se desencadenó en la oscuridad, la infantería acorazada sufrió muchas bajas, no sólo víctimas del fuego enemigo, sino también de su propia artillería y de sus tanques. Cuando el teniente coronel Crowley llegó a las 07:00 del 30 de julio con la compañía de reserva de su batallón, la refriega prácticamente ya había terminado. Toda la zona estaba plagada de vehículos en llamas. El propio puesto de bloqueo había quedado destruido y Crowley no pudo contactar por radio con una de las compañías atacadas. Pero los alemanes estaban agotados y eran intimidados por la artillería. Los hombres de Crowley hicieron más de trescientos prisioneros en la zona. Aquella mañana lo peor para ellos sería el fuego constante de la 4.ª División Acorazada americana al que se vieron sometidos por el oeste. «Ni siquiera el empleo de humo amarillo los detuvo, hasta que el coronel Crowley logró establecer comunicación por radio con ellos.»

Hubo principalmente dos columnas alemanas que intentaron escapar aquella noche. Una de ellas constaba de 96 vehículos, incluidos «tanques, cañones de 150 y de 170 mm -remolcados y autopropulsados-, semiorugas, coches oficiales, motocicletas y camiones». Las tropas pertenecían a tres divisiones, la 275.ª de Infantería, la 17.ª de Granaderos Acorazados de la SS, y el batallón de reconocimiento de la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich. «Los morteros incendiaron los vehículos, y luego la artillería del 62.º y del 78.º [de artillería acorazada de campaña] empezó a disparar contra el cruce de caminos y, sin marcar los objetivos, siguió bombardeando toda la

carretera.»

Un tanque destructor M-10 que había resultado gravemente dañado se detuvo en la cuneta de la carretera de Saint-Denis a Lengronne. Los tripulantes que iban en su interior se hicieron los muertos cuando pasó la columna alemana, pero en cuanto los adelantó el último semioruga, apuntaron con su cañón de 3 pulgadas y empezaron a ponerlos a todos fuera de combate, disparando en total 28 cargas.

La fuerza principal que había en el cruce tuvo que replegarse a un terreno más elevado en el que la infantería pudiera proteger a los Sherman de los soldados alemanes de a pie que intentaban asaltarlos con lanzagranadas Panzerfaust. El primer vehículo de la columna alemana, un blindado Mark IV que remolcaba un cañón de 88 mm, avanzó hacia la posición defensiva y fue destruido por una bomba disparada por un tanque. «Entonces dio comienzo la matanza organizada», informaría un oficial. 60 El destacamento de morteros abrió un fuego rápido contra la fila del convoy, «a razón de una bomba de fósforo blanco por cada tres de explosivo de gran potencia». Los vehículos empezaron a arder por efecto de las bombas de fósforo blanco, iluminando toda la escena, lo que permitió a los cañones de los tanques y los equipos de las baterías de mortero lanzar ráfagas de explosivos de gran potencia contra la trasera abierta de los semiorugas alemanes. Mientras los artilleros seguían marcando sus objetivos, los comandantes de los tanques se encargaban de repeler a la infantería alemana con la ametralladora.50 montada encima de la escotilla.

Un oficial señaló que «cuando amaneció, casi 300 soldados de infantería alemanes intentaron avanzar a través de una charca hacia el norte de la carretera de Grimesnil... Los tanques fueron tras ellos y mataron a casi todos. Se encontraron cerca de 300 cadáveres en esa charca y sus alrededores». Aparecieron otros 600 muertos junto a la carretera que había sido bombardeada, «un amasijo sangriento de brazos, piernas y cabezas, [y] cuerpos calcinados... se encontraron al menos tres mujeres alemanas más o menos decapitadas». Una de ellas iba conduciendo el coche oficial de un general de división. «El general de división fue identificado por su uniforme, pero cuando los oficiales del batallón regresaron más tarde, comprobaron que los cazadores de recuerdos le habían quitado todas sus ropas.»[53] 1

El servicio americano de Registro de Sepulturas localizó 1.150 alemanes muertos de aquel convoy de 96 vehículos. «Toda la zona estaba plagada de carne humana en los vehículos calcinados y destrozados», observaba un oficial. Otro informe afirmaba que «llegaban prisioneros a tal velocidad que resultaba imposible contarlos. Muchos afirmaban no haber comido nada desde hacía dos o tres días». Mientras tanto, el 82.º Batallón de Reconocimiento se trasladó un poco más al sur para tomar los puentes sobre el río Sienne.

Siguiendo la retirada de los alemanes, el comando de combate del general de brigada Hickey, de la 3.ª División Acorazada comprobó en Roncey que gran cantidad de «equipo alemán, abandonado y roto, bloqueaba el camino hasta tal punto que resultaba imposible avanzar por la calle principal, y el destacamento especial se vio obligado a transitar por las calles secundarias para salir de la población». 62 Hubo que traer un tanque apisonadora para despejar la carretera. Eran tantos los soldados alemanes que se rendían, que tuvieron que mandarlos a la retaguardia sin vigilancia. Cuando la 3.ª División Acorazada llegó a la zona de Grimesnil y Saint-Denis-le-Gast, un oficial médico anotó en su diario: «Cruel carnicería. Entre otras cosas cabezas de enemigos totalmente aplastadas por nuestros tanques». 63

El general barón Rudolph-Christoff von Gersdorff, nuevo jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, que había llegado a su puesto de mando avanzado a cinco kilómetros al noreste de Avranches la tarde del 29 de julio, se encontró con una situación desastrosa.[54] Nadie había

ordenado volar ningún puente y no existían comunicaciones telefónicas ni telegráficas de ningún tipo. A consecuencia de la retirada alemana de la costa, que tanto había enfurecido a Kluge, la 6.ª y la 4.ª División Acorazada estadounidenses se encontraban ahora prácticamente sin oposición. 64 En Granville, en la costa, los alemanes empezaron a volar las instalaciones portuarias a la 01:00 y siguieron haciéndolo durante cinco horas. La comisaría de policía de la localidad comunicó que los soldados alemanes estaban saqueando el pueblo y que robaban cualquier vehículo que pudieran encontrar con el fin de escapar hacia el sur. 65 Un escuadrón de tanques americanos pasó incluso a cien metros escasos del puesto de mando del 7.º Ejército sin descubrirlo. A media noche, el Oberstgruppenführer Hausser y su Estado Mayor se replegaron para retirarse por el este a Mortain.

En La Roche-Guyon reinaba una consternación absoluta, lo mismo que en la Wolfsschanze, en Prusia oriental. En el cuartel general del Führer, el general Warlimont recuerda que se dieron a Kluge «órdenes urgentes de impedir toda penetración hasta Avranches. Todo el mundo veía que el frente de Normandía estaba viniéndose abajo en su totalidad». A Hitler le preocupaba también la suerte de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berlichingen, a la que parecía que «prácticamente se hubiera tragado la tierra» durante la retirada. «Nadie sabía ni se podía figurar lo que le había ocurrido, a pesar de las frenéticas investigaciones realizadas. Naturalmente nos interesaba en especial esta división porque el tema de las cualidades de una división de la SS como combatiente era un "hierro al rojo vivo", una cuestión que ni siquiera se podía tocar. Hitler se inclinaba a creer cualquier cosa que fuera favorable a sus tropas de la SS. Nunca permitió que se hiciera reproche alguno a su "guardia negra".» 66

El grueso de las fuerzas alemanas se había retirado en dirección a Percy. Intentando encontrar una ruta hacia esa localidad que no estuviera defendida, una unidad de reconocimiento americana registró las carreteras secundarias, pero descubrió que todas estaban bloqueadas. En una pequeña pista rural, el sargento que iba en el jeep de cabeza localizó a algunos soldados alemanes agazapados en un seto.

- ¡Contra éstos! -gritó al soldado situado en la parte trasera y encargado de manejar la ametralladora. 50. Éste lanzó una ráfaga que mató a casi todos ellos con balas «incineradoras» (trazadoras). Luego bromeó diciendo que las balas eran muy humanas, pues esterilizaban las heridas de entrada y de salida. Muchos soldados veían en aquello un pasatiempo después de los duros combates que habían tenido que soportar en el bocage. 67

Los alemanes no habían dejado prácticamente ninguna fuerza encargada de defender la carretera de la costa. En el lado sur del río Sienne, un batallón de reemplazos de campaña detuvo a unos cuantos rezagados que habían logrado colarse entre la barrera de protección norteamericana. La 6.ª y la 4.ª División Acorazada, finalmente al mando de Patton, estaban ya camino de Avranches. Patton no admitía excusa alguna para la demora. «Lo que hay que hacer es obligarlos a salir corriendo a toda velocidad antes de que puedan prepararse», decía en su diario el 29 de julio. 68 Estaba de un humor excelente. Se había logrado llevar a cabo la gran ofensiva. Estaba a punto de comenzar la gran desbandada, que estaba convencido de que le pertenecía a él por la gracia de Dios.

22. La desbandada tras la Operación Cobra

El 30 de julio, cuando la 4.ª División Acorazada estaba a una distancia notable de Avranches, Montgomery lanzó la Operación Bluecoat. Normalmente Monty no emprendía una ofensiva con tanta precipitación. Parece que una vez más la iniciativa había partido de Dempsey, pero eso no impidió que Montgomery diera a entender que el plan era suyo. Envío el siguiente mensaje por radio a Eisenhower: «He ordenado a Dempsey que arroje por la borda toda cautela y asuma los riesgos que quiera, que acepte cualquier número de bajas que puedan producirse, y que apriete el acelerador en dirección a Vire». 1

El 13.º/18.º de Húsares estaba en la reserva, realizando algunas labores de mantenimiento muy necesarias en sus tanques, cuando el comandante de la brigada «detiene su jeep» y dice a uno de sus oficiales que el regimiento va a tener que tomar parte en una batalla el domingo por la mañana. Tenían que salir a las 06:00 del día siguiente. Los motores de los tanques habían sido desmontados y hubo que empezar a montarlos de nuevo a marchas forzadas. Algunas unidades recibieron el aviso con sólo treinta y seis horas de anticipación.

Trasladar dos formaciones desde el frente de Caen al extremo más occidental del sector británico en menos de cuarenta y ocho horas representaba una verdadera pesadilla debido a la estrechez de las carreteras. Muchas unidades no recibieron la orden de operatividad hasta que no estaban cerca de sus puntos de partida. Un jefe de escuadrón del 13.º/18.º oyó un rumor en el cuartel general y lo anotó en su diario: «Monty está decidido a hacer cualquier cosa para que alcancemos a los yanquis, que lo están haciendo estupendamente. Lo único que los diferencia de nosotros es: a) que su ejército es el doble de grande, y b) que tenemos enfrente el doble de oposición». Aunque las proporciones están un poco exageradas, las tropas británicas y canadienses pensaban, hasta cierto punto con razón, que ellos eran los que habían estado librando una guerra de desgaste contra las divisiones acorazadas alemanas y que eran los americanos quienes ahora se llevaban toda la gloria en los periódicos.

La Operación Bluecoat se desarrolló al sur de Caumont, donde los británicos se habían hecho cargo de una parte del frente correspondiente a los americanos. Uno de los motivos de que se eligiera ese sector fue que en él no había divisiones acorazadas de la SS. El VIII Cuerpo de O'Connor debía ir encabezado por la 15.ª División (Escocesa) y la 6.ª Brigada de Tanques de la Guardia. Detrás de ellas estaban la 11.ª División Acorazada y la División Acorazada de la Guardia, listas para lanzarse al ataque. A su izquierda, el XXX Cuerpo de Bucknall, junto con la 7.ª División Acorazada, recibió la orden de tomar Aunay-sur-Odon y luego el macizo del Mont Pincon. La idea era apoderarse de las colinas de esa zona para controlar las carreteras situadas al sur del macizo, que los alemanes necesitaban para su retirada.

El domingo 30 de julio fue un día tan bochornoso que la infantería recibió permiso para atacar en mangas de camisa, pero al menos el cielo estaba despejado para poder disponer de cobertura aérea. La Operación Bluecoat fue precedida de sendos bombardeos, uno de la aviación y otro de la artillería pesada. La 15.ª División (Escocesa) empezó con buen pie, atacando un frente bastante estrecho. Al verse detenido su avance por la 326.ª División de Infantería alemana, los tanques de apoyo del 4.º Batallón Coldstream y el 3.º de la Guardia Escocesa entraron en acción. Sus comandantes dijeron a la infantería que siguieran sus huellas. Aquello iba contra la doctrina del ejército británico, pero antes de que diera comienzo la batalla, los comandantes de la 6.ª Brigada de

la Guardia y de la 15. a División Escocesa habían acordado actuar así si era necesario.

Las empinadas y frondosas laderas de las colinas habrían acabado con casi cualquier tanque, pero los Churchill, a pesar de sus muchos defectos como máquinas de combate, se las arreglaron extraordinariamente bien. Los alemanes, que no esperaban que los blindados británicos lograran pasar, carecían de cañones pesados antitanque en su primera línea. Habían colocado su batallón de cañones de asalto bastante atrás. En consecuencia, los tanques del batallón Coldstream alcanzaron su objetivo, la Colina 309, a las 16:00. Habían logrado penetrar unos ocho kilómetros por detrás de las líneas alemanas. A su derecha, los tanques de la Guardia Escocesa habían cargado contra la Colina 226 a través de los setos y los huertos. «Sus tripulantes habían sufrido mil sacudidas y arañazos, y los comandantes habían recibido los golpes de las ramas bajas de los árboles y un auténtico bombardeo de manzanas de sidra, pequeñas y duras, que se acumulaban en el suelo de las torreras.» Aquella noche, los batallones escoceses alcanzaron a los dos batallones de tanques de la guardia y prepararon la cima de las colinas para su defensa.

Los alemanes reaccionaron con una insólita lentitud. Cuando Eberbach reconoció por fin la amenaza, ordenó a la 21. a División Acorazada que cruzara el Orne y entrara en combate. Mientras tanto, la 326. a División de Infantería montó una serie de contraataques a la desesperada en las dos colinas citadas, pero su comandante, el general Von Drabich-Wá'chter, resultó muerto. 4 En un determinado momento llegaron a echar de la colina al batallón Coldstream y el 2.º de Highlanders de Glasgow, pero los británicos contraatacaron y volvieron a tomarla poco después.

El XXX Cuerpo no pudo avanzar por la izquierda porque un arroyo de riberas sumamente escarpadas le cortó el paso, dejando al descubierto el flanco del VIII Cuerpo. Por ahí era por donde quería atacar Eberbach, pero cuando el coronel Oppeln-Bronikowski logró reunir a la 21. a División Acorazada, el contraataque llegó demasiado tarde. Comenzó a las 06:00 del 1 de agosto, con tres batallones de granaderos acorazados, cada uno integrado por menos de 200 hombres, los últimos catorce tanques MarkIV del 1. er Batallón de su regimiento blindado, y los últimos ocho Tiger del 305.º Batallón de Tanques Pesados. Los británicos contraatacaron, alcanzando el puesto de mando de la 21. a División Acorazada. Los oficiales del Estado Mayor del cuartel general tuvieron que huir a la desesperada, abandonando todos sus vehículos. La 21. a División se retiró, tras perder casi una tercera parte de sus fuerzas. En el cuartel general del cuerpo se desencadenó una pelea terrible como consecuencia del fracaso. 5

La cooperación entre los blindados y la infantería británica había mejorado muchísimo después de la Operación Goodwood, pero sus tanques Churchill y Cromwell seguían teniendo muy poco que hacer frente a los Tiger del 305.º y el 502.º Batallón de Tanques Pesados de la SS, así como frente a los enormes cañones de asalto Jagdpanzer («cazacarros») Ferdinand. Un pelotón del 3.º de la Guardia Escocesa, tras alcanzar su objetivo después de una carrera terrible campo a través, se topó con tres Ferdinand, que en un instante dejaron fuera de combate a doce de sus dieciséis tanques. 6 Uno de los Ferdinand pasó cerca de un oficial de artillería británico. Este pudo ver con claridad al comandante del cazacarros, que «iba vestido sólo con un chaleco, probablemente a causa del calor, y estaba riendo». El II Panzerkorps fue desviado también para cortar el paso a los británicos en su avance.

Mientras la 15. a División Escocesa y la 6. a Brigada de Tanques de la Guardia libraban sus batallas, la División Acorazada de la Guardia atacó Saint-Martin-des-Besaces, un pueblo grande del que salían carreteras en todas direcciones. Pero los alemanes lo defendieron con ferocidad, con apoyo de cañones de asalto.

Por la derecha, la 11. a División Acorazada tuvo un golpe de suerte, que no perdió tiempo en

aprovechar. El 31 de julio, una unidad de carros blindados del 2.º Regimiento Household de Caballería logró colarse entre las líneas alemanas en el bosque de l'Évéque. Unos diez kilómetros más adelante, descubrieron que el puente sobre el Souleuvre estaba intacto. Enseguida se deshicieron del único centinela que lo guardaba. El puente se hallaba en la frontera entre dos divisiones alemanas, la 326.ª y la 3.ª Paracaidista, y probablemente ése fuera el motivo de que nadie se hubiera hecho propiamente responsable de él. Cuando comunicaron por radio su descubrimiento, el oficial al mando del Regimiento Household de Caballería no podía creérselo, y pidió que le volvieran a confirmar su posición. Inmediatamente informó al general Pip Roberts, de la 11.ª División Acorazada. Aunque la ruta estaba al oeste de su línea de avance y en el sector del V Cuerpo americano, Roberts envió hasta allí a toda velocidad a la 29.ª Brigada Acorazada, con soldados de infantería montados en los tanques, con el fin de asegurar el vado. Para entonces era llamado ya el «puente de Dickie», por el nombre del jefe de escuadrón que lo había tomado, teniente D. B. Powle. Consiguientemente Roberts pidió a O'Connor la aprobación de ese cambio de eje. Aquel espectacular avance, que condujo a la 11.ª División Acorazada directamente a las colinas que rodeaban Le Béný-Bocage, obligó al general Meindl a retirar su 3.ª División Paracaidista.

Poco más de cincuenta kilómetros al suroeste, los primeros tanques de la 4.ª División Acorazada de Word entraron en Avranches, la puerta de Bretaña y del centro de Francia, poco antes del anochecer del 30 de julio. En la ciudad reinaba el caos. En la costa oeste, las fuerzas alemanas que quedaban sabían que les corría mucha prisa escapar de la situación de acorralamiento en la que se hallaban. La batería naval de costa situada cerca de Granville había destruido sus cañones y se había trasladado al sur, por detrás de la punta de lanza de los norteamericanos. El coronel Von Aulock y su Kampfgruppe intentaban también escapar hacia el sur a través de Avranches. Kluge todavía esperaba poder resistir en aquella posición clave, pero los americanos avanzaban de frente con cuatro divisiones acorazadas -la 6.ª, la 4.ª, la 5.ª y la 2.ª-, y a él no le quedaban reservas para detenerlas.

Aunque los tanques americanos estaban ya en Avranches, algunos grupos de alemanes rezagados seguían intentando cruzar la ciudad. Un pequeño destacamento de ingenieros de la 256.ª Infanterie-Division permaneció largo rato en los acantilados montado en un camión soviético que habían capturado en el frente oriental, gozando de aquella «vista inolvidable». «A nuestros pies la marea baja con el Mont-Saint-Michel a la luz de la luna y frente a nosotros Avranches en llamas», escribió el cabo Spiekerkötter. «Los americanos ya estaban allí y querían impedir que escapáramos. Todavía no sé cómo pudimos atravesar la ciudad y cruzar el puente. Sólo recuerdo que dos oficiales con las pistolas desenfundadas tuvieron que sacarnos del camión.» 9

A la 01:00 del 31 de julio, el mariscal Von Kluge recibió una llamada del teniente general Speidel, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército B. Speidel avisó al OB West de que el LXXXIV Cuerpo se había replegado hacia Villedieu, pero que no era posible contactar con él. «La situación es extraordinariamente grave. La capacidad de combate de las tropas ha decaído de manera notable.» 10 El OB West, añadía, debía saber que el flanco izquierdo había sucumbido. La amenaza contra Bretaña y los puertos de la costa occidental era clarísima. Muchos oficiales y soldados habrían expresado la idea de forma más contundente. Calificaban la sensación de desastre que los embargaba de Weltuntergangsstimmung, sensación de que el mundo se venía abajo. En el flanco izquierdo de la gran ofensiva, las divisiones americanas estaban obligando a los alemanes a volver a cruzar el río Vire.

Treinta y cinco minutos después, Kluge habló con el general Farmbacher, comandante del XXV

Cuerpo, destinado en la península de Bretaña. Farmbacher le habló de las unidades formadas de manera improvisada que intentaba reunir y solicitó «una orden más enérgica a la Marina, cuya cooperación es insuficiente». 11 Kluge llamó por teléfono también a Eberbach para preguntarle si la Panzergruppe West estaba en condiciones de traspasar más formaciones al VII Ejército. Eberbach contestó que eso era imposible. El doble ataque de los británicos contra Vire y por Aunay-sur-Odon ya había dado comienzo. Si se traspasaban más divisiones acorazadas, los británicos lograrían por fin penetrar hasta Falaise y Argentan, aislando así también a todo el 7.º Ejército.

A las 02:00 Kluge hizo pública una orden según la cual «bajo cualquier circunstancia, el puente de Pontaubault [al sur de Avranches] debe seguir en nuestro poder. Hay que volver a tomar Avranches». Kluge seguía furioso con Hausser en la idea de que «la funesta decisión del 7.º Ejército de intentar escapar por el sureste ha dado lugar a la caída del frente».

Aunque la 3.ª División Acorazada fue criticada por la lentitud de su avance, el Destacamento Especial X, al mando del teniente coronel Leander L. Doane, realizó un extraordinario progreso. Su columna abandonó las colinas situadas al sur de Gavray a las 16.07 para dirigirse a Villedieu-les-Poêles. El tiempo estaba totalmente claro, y los veinte P-47 Thunderbolt que prestaban cobertura aérea a la columna eliminaron a todas las columnas alemanas sorprendidas por la rapidez del avance de Doane. Este mantenía comunicación directa por radio con ellos y podía dirigir a los pilotos contra cualquier objetivo que se presentara. En tierra, los soldados que iban en los vehículos blindados quedaron impresionados por la ráfaga de casquillos vacíos que caían cuando los Thunderbolt rugían sobre sus cabezas ametrallando las presuntas posiciones enemigas.

A las 18:00 llegaron a las afueras de Villedieu. Pese a haber avanzado 16 kilómetros en menos de dos horas, el coronel Doane recibió la siguiente orden: «No se detenga en su objetivo inicial. Continúe hasta el río Sée antes de detenerse a pasar la noche. El comandante del cuerpo le ordena avanzar con mayor rapidez». El Sée estaba justo después de Brécey, otros veinticinco kilómetros más al sur. Doane ordenó a sus hombres dejar a un lado Villedieu y seguir adelante a toda velocidad. Pidió también a los Thunderbolt que reconocieran el camino que tenían ante sí.

El apoyo de proximidad de los P-47 era tal, que un piloto comunicó por radio a Doane que iba a bombardear a un tanque alemán situado sólo a cincuenta metros a su izquierda y que le convenía buscar dónde protegerse. La cooperación de la aviación y los blindados no podía ser más estrecha. El piloto de otro Thunderbolt que volaba a tiro de piedra del Destacamento Especial Z «comentó en broma» a su comandante «que más le valía bajar la antena», pues se disponía a lanzarse al ataque justo sobre sus cabezas. 14

Cuando llegaron a las afueras de Brécey, Doane, que iba en el tanque de cabeza, dijo a los Thunderbolt que esperaran, pues parecía que no había enemigos a la vista. Pero en cuanto su Sherman dobló la esquina y tomó la calle mayor del pueblo vio «una multitud de soldados alemanes descansando en el bordillo». Incapaz de abrir fuego en ese momento, ya que su operador de radio ocupaba el asiento del soldado encargado del cañón, Doane empezó a disparar al azar contra la infantería alemana con su pistola Colt del 45. Fue «prácticamente una escena de película», afirma el informe de acción. Los tanques que venían detrás, sin embargo, giraron sus torretas a la izquierda y a la derecha y barrieron la calle y las casas con ráfagas de ametralladora.

El principal puente sobre el Sée había sido destruido, de modo que la columna giró hacia el este en busca de otro puente, justo a la salida de la población. Localizaron a un grupo de soldados de infantería alemanes tumbados en un huerto y también los barrieron con fuego de ametralladora. Pero cuando llegaron al cruce, descubrieron que también aquel puente había sido destruido. Doane

comunicó la noticia por radio y no tardó en presentarse una unidad de ingenieros. Su comandante decidió que sus hombres construyeran un vado en las inmediaciones utilizando un tanque apisonadora. Los tripulantes de los blindados se apearon para transportar piedras con las que dar algún tipo de base al lecho blando del río, pero sólo unos cuantos vehículos lograron cruzar el vado antes de que resultara inutilizable.

Mientras tanto la parte trasera de la columna se acercaba a Brécey, pero la infantería alemana había logrado reorganizarse y ofrecía una fuerte oposición. Doane arremetió con los tanques de cabeza y llegó a la vertiente norte de la Colina 242 cuando cayó la noche. En Brécey, la lucha era sumamente confusa. El capitán Carlton Parish Russell, del 36.º Regimiento de Infantería Acorazada, dejó su semioruga al final de la columna para ver lo que pasaba. Vio unos cuantos jeeps con la red de camuflaje ardiendo. Luego vio a un soldado que intentaba tirar todos los objetos que estaban en llamas. Le gritó que si no se quitaba el uniforme de camuflaje, sería tomado por un alemán. El hombre dio media vuelta y Russell comprobó que en efecto pertenecía a la Waffen-SS. Aquel destacamento alemán, que había quedado aislado, intentaba coger los vehículos que habían escondido para salir huyendo. El soldado de la SS le arrancó la pistola de la mano de un golpe y levantó el fusil, pero Russell se lo quitó a su vez y lo dejó fuera de combate. Lo utilizó en el tiroteo que a continuación se desencadenó con los alemanes en medio del pueblo. 15

El Destacamento Especial Z, que el 31 de julio se dirigía hacia el sur desde Gavray a Avranches, tuvo que hacer frente a mucha más resistencia, y encontró controles de carreteras protegidos por blindados y cañones antitanque. Pero cogió también desprotegida a una columna alemana que intentaba huir cruzando la misma ruta que él traía. Infligió graves daños a los vehículos de reconocimiento y a los semiorugas enemigos. El general Doyle O. Hickey, que iba en un semioruga casi en primera línea del destacamento especial, vio cómo uno de sus cañones de 105 mm autopropulsados volaba uno de los vehículos enemigos a una distancia de menos de cincuenta metros. 16 Cuando otra columna de la 3.ª División Acorazada llegó a Avranches, Ernest Hemingway se hallaba justo detrás de la punta de lanza. El oficial que lo acompañaba, el teniente Stevenson, comentó que estar cerca de Hemingway era «más peligroso que ser asistente del [general de brigada] Roosevelt». Hemingway, que se había colocado como agregado de la 4.ª División de Infantería del general Barton, convenció a Stevenson de que lo acompañara en algunos viajes peligrosos en un Mercedes descapotable o en una motocicleta con sidecar, vehículos ambos abandonados por los alemanes en su retirada. Hemingway escribió a su enésima esposa, Mary Welsh, hablándole de la «vida muy alegre y divertida [que llevaba], llena de muertos, botines de alemanes, un sinfín de tiros, un sinfín de peleas, setos, pequeñas colinas, caminos polvorientos, paisajes verdes, campos de trigo, vacas muertas, caballos muertos, tanques, cañones de 88 mm, Kraftwagen, y chicos americanos muertos». No tardó en unírsele Robert Capa, al que a punto estuvo de matar cuando se perdieron y toparon con un cañón antitanque alemán. Hemingway, que tuvo que buscar refugio en una zanja bajo un intenso fuego, acusó luego a Capa de no haberlo ayudado en plena crisis sólo para poder «tomar la primera fotografía del cadáver de un escritor famoso». 19

Tras las líneas mal definidas del frente, la gran ofensiva americana produjo un caos muy distinto. En Granville, en la costa, la población local había empezado a saquear las casas abandonadas por los alemanes. Incluso los ciudadanos más respetables se apoderaban de muebles de todo tipo, desde sillas de comedor hasta una cuna. Una multitud de unas trescientas o cuatrocientas personas quiso colgar a un colaboracionista. A la policía le costó mucho trabajo convencerla de que se calmara y entregara al prisionero para someterlo a un juicio como era debido. Durante los días

siguientes estuvieron buscando a los alemanes rezagados que intentaban esconderse, a menudo vestidos con ropas de paisano robadas. En la carretera de Villedieu, una mujer se había compadecido de un soldado alemán y lo había escondido. Fue detenida y encerrada en el cuartel de bomberos de la localidad, mientras que sus hijos fueron entregados para su salvaguardia a Madame Roy, encargada de cuidar el jardín público.

Un anciano suboficial alemán que se había escondido en una granja cerca de Avranches fue capturado vestido de paisano. «¡Ay señor!», dijo al granjero que había llamado a una patrulla americana para que se hiciera cargo de él. «¡Qué desgracia la mía! ¡Yo estoy aquí y mi hijo es soldado del ejército americano!» El granjero, que había oído decir que muchos emigrantes alemanes jóvenes prestaban servicio entre las fuerzas estadounidenses, se sintió inclinado a creerlo.

La 6.ª División Acorazada avanzó también por la brecha de Avranches. En las primeras acciones en las que participaron, los tripulantes de los tanques se habían mostrado muy propensos a apretar el gatillo en cuanto localizaban a algún grupo de alemanes, por pequeño que fuera. Pero cuando treinta alemanes salieron de detrás del seto con las manos arriba, tuvieron que llevárselos consigo, pues no podían prescindir de ningún hombre. Los mandaron sentar en el capó de los semiorugas y de los jeeps. «Aquel día nuestros chicos consiguieron muchos souvenirs», comentó un oficial. La escolta de su avance estaba formada por una compañía de tanques, una compañía de infantería en semiorugas, una batería de infantería de campaña, una compañía de tanques destructores, una sección de ingenieros en semiorugas, dispuestos a encargarse de las minas, y una sección de reconocimiento. Avanzaban a una velocidad constante de casi veinticinco kilómetros por hora, y a veces daban alcance a «alemanes desprevenidos que iban en bicicleta o a pie». Las tripulaciones de los Sherman cargaban todo lo que no era esencial fuera del tanque, para poder almacenar en su interior «150 bombas de 75 mm y 12.000 cartuchos del calibre 30», dos veces la cantidad de munición que cargaban habitualmente.

Por si tuvieran pocos problemas, un poco más al sur los alemanes sufrían ataques cada vez más audaces de la Resistencia. Un tren de unos sesenta y nueve vagones cargados con la munición de artillería que se necesitaba con tanta urgencia había sido volado poco antes en las Landas, 23 mientras que un tren blindado había descarrilado en un túnel al norte de Souülac. Los británicos interceptaron un comunicado por radio que solicitaba el envío de un tren de construcción «bajo una poderosa escolta militar».

La noche del 31 de julio, Patton fue al puesto de mando del VIII Cuerpo a ver a Middleton. La 4.ª División Acorazada de Middleton había asegurado la línea del río Sélune, al sur de Avranches, tal como le habían ordenado, pero no pudo ponerse en contacto con Bradley para que éste le dijera lo que tenía que hacer a continuación. Patton, controlando aparentemente su exasperación, le dijo que «a lo largo de la historia siempre ha resultado fatal no cruzar un río». Aunque no asumía el mando oficialmente hasta las 12 de la mañana del día siguiente, dejó patente que el VIII Cuerpo debía cruzar inmediatamente. Poco después, llegó un mensaje diciendo que el puente de Pontaubault había sido capturado. Había resultado dañado, pero se podía cruzar por él. Patton dijo a Middleton que hiciera pasar el río con la mayor rapidez posible a la 4.ª y a la 6.ª División Acorazada.

Al sur de Pontaubault, la carretera se bifurcaba. Un ramal se dirigía hacia el sur y el oeste, en dirección a Rennes y Brest. El otro iba hacia el este, en dirección al Sena y a París. Patton se acostó a la una de la madrugada del 1 de agosto sabiendo que once horas más tarde, el 3.º Ejército estaría plenamente operativo bajo su mando con cuatro cuerpos de ejército, el VIII de Middleton, el XV de

Haislip, el XX de Walter y el XII de Cook. El 15.º Ejército envió inmediatamente a sus tres divisiones una orden de aviso que revelaba con toda claridad el estilo de Patton. «Que haya tantas tropas motorizadas y tanques como sea posible para que encabecen la marcha.» 26 Asimismo a las doce del mediodía del 1 de agosto, Bradley se convirtió en comandante en jefe del XII Cuerpo de Ejército, mientras que el general Hodges asumió el mando del 1. er Ejército, que debía seguir atacando hacia la línea del Vire y luego hacia Mortain.

El 1 de agosto Kluge se encontraba en el cuartel general avanzado del 7.º Ejército junto con Hausser y su nuevo jefe del Estado Mayor, el coronel Von Gersdorff, cuando se enteraron de que los americanos habían tomado Avranches. Según su asistente, el teniente Tangermann, dijo: «Caballeros, esta penetración de los americanos significa para nosotros y para el pueblo alemán el comienzo de un final decisivo y triste. Ya no veo posibilidad alguna de detener el progresivo avance del enemigo». Algunos colegas suyos pensaron que empezaban a manifestarse las consecuencias del serio accidente de coche que había sufrido en Rusia el año anterior. Estaba perdiendo la determinación que había mostrado cuando sucedió a Rundstedt.

Tan pronto como llegó la noticia a la Wolfsschanze, en Prusia oriental, Hitler mandó una orden a Kluge. «El enemigo no debe avanzar bajo ninguna circunstancia sin encontrar impedimento. El Grupo de Ejército B preparará un contraataque con todas las unidades acorazadas con el fin de abrirse paso hasta Avranches, aislar a las unidades que han logrado penetrar y destruirlas. Todas las fuerzas acorazadas disponibles serán sacadas de las posiciones que ahora ocupan sin ser reemplazadas y serán utilizadas con esta finalidad a las órdenes del general de las tropas acorazadas Eberbach. El futuro de la campaña de Francia depende de este contraataque.»

Kluge advirtió que la retirada de las divisiones acorazadas habría dado lugar a la caída de todo el frente, incluido el sector británico. Propuso en su lugar que las tropas alemanas se retiraran más allá del Sena, abandonando todo el oeste de Francia. Las divisiones acorazadas podrían proteger la retirada de las divisiones de infantería sin necesidad de que éstas utilizaran transporte motorizado. Hitler rechazó tajantemente la propuesta e insistió en que si sus órdenes eran cumplidas habría «cierta victoria al final». Kluge presentía que semejante decisión iba a resultar catastrófica, pero no había nada que él pudiera hacer. Hitler, que estaba obsesionado con sus mapas, pero que no tenía la menor idea de la realidad sobre el terreno, había empezado a planear la Operación Lüttich, el gran contraataque desde Mortain hacia Avranches. Pero el enemigo estaba avanzando sin encontrar impedimento. A mediodía, la 4.ª División Acorazada norteamericana había cruzado el Sélune y había «doblado hacia Bretaña».

Por la izquierda, los americanos encontraron una resistencia mucho más fuerte de los alemanes, con duros combates en torno a Percy y a Villedieu, por la que la 3.ª División Acorazada había pasado de largo. La 4.ª División de Infantería solicitó cuatro batallones de artillería para atacar las posiciones alemanas. Los «Long Tom» de 155 mm cantaron en total tres «serenatas», el tipo de bombardeo más intenso que había, hasta que por fin los cañones alemanes callaron. A última hora de la tarde, el pelotón de reconocimiento de la 4.ª División entró en Villedieu.

Tessy fue tomada también ese día tras duros y sangrientos combates. Los alemanes en retirada llegaron a recurrir a la brutalidad del frente oriental. Según el teniente coronel Teague, al frente del 3. er Batallón del 22.º Regimiento de Infantería, «uno de nuestros camiones (una ambulancia) fue enviado por la carretera del norte desde el puesto de socorro situado cerca de La Tilandière a Villebaudon. Los alemanes atacaron la carretera, capturaron el camión, pegaron un tiro a los seis heridos que iban en él y lo utilizaron para bloquear la carretera». 30

Las tropas de primera línea adoptaron una actitud muy despectiva hacia el gran número de

prisioneros que tomaban. El VIII Cuerpo de Middleton había hecho en sólo tres días 7.000 prisioneros, del total de 20.000 que capturó todo el 1. er Ejército en seis días. 31 Cuando un batallón de la 8. a División de Infantería apresó a un par de centenares de alemanes, los enviaron a la retaguardia con un solo vigilante. A veces devolvían las armas a los prisioneros polacos y rusos y les decían que escoltaran a los alemanes; tal vez ése fuera el motivo de que algunos de éstos no llegaran vivos a la cárcel. También se utilizaban con esa finalidad los camiones de suministros vacíos que regresaban al norte. «Nos cruzamos con columnas de prisioneros, a pie y en camiones, pero todos bajo vigilancia», anotó un oficial de la 29. a División de Infantería cerca de Percy. «Los viejos parecían bajos de moral. Los únicos que mostraban una actitud desafiante eran los jóvenes.» Empezaron a correr entre las unidades alemanes rumores optimistas de que iban a ser retiradas más allá del Sena.

El 2 de agosto, los combates continuaban en la parte sur de Villedieu, a pesar de que la mayor parte de la población había quedado despejada. Los tanques americanos obligaron a un grupo de soldados de infantería alemanes armados con lanzagranadas Panzerfaust a meterse en la estación de ferrocarril. Los Sherman dispararon con su principal cañón de 75 mm contra el edificio hasta que sepultaron en él al enemigo.

En la carretera que llevaba al bosque de Saint-Sever, donde estaban reorganizándose numerosas unidades alemanas, los duros combates continuaron a uno y otro lado de las colinas, especialmente en la 213. El teniente coronel Johnson condujo a su batallón dando la vuelta a la colina para rebasar a los alemanes situados en la cima. «Cuando llegamos a la cresta y vimos la carretera tuve que restregarme los ojos porque no daba crédito a lo que veía», escribió. «Pensé que habíamos mezclado nuestras direcciones. Toda la carretera estaba atestada de tráfico de la 3. a División Acorazada y los vehículos chocaban unos con otros: tanques, camiones, jeeps y ambulancias. Miré al otro lado de la carretera y vi un centro de primeros auxilios.» 34 Nadie parecía darse cuenta de que sólo 500 m más allá estaba librándose una gran batalla. Por el este, el fuego de la artillería alemana desde el bosque de Saint-Sever era muy intenso y causó muchas bajas. Esta circunstancia, junto con los ataques de la Luftwaffe por la noche, hizo que los hombres estuvieran «nerviosísimos», lo que daría lugar al incremento de los casos de fatiga de combate. 35

Mientras que algunos alemanes se batieron en retirada luchando sin piedad, otros respetaron las leyes de la guerra. El capitán Ware, cirujano de un batallón, comunicó que dos de sus hombres habían caído estando de patrulla y no habían sido localizados. Cuatro médicos, al mando del cabo Baylor, salieron a buscarlos en un jeep que llevaba una gran bandera con una cruz roja. «Un hombre iba en lo alto del capó con la bandera desplegada, para que no le pasara desapercibida a nadie. Al doblar una curva, el jeep dio con el primer desaparecido. Estaba muerto. Mientras el sanitario lo examinaba, los alemanes abrieron fuego con una ametralladora, que alcanzó al cabo Baylor en el pecho. Los otros tres hombres tuvieron que volver a rastras por el suelo tirando del herido y dejando atrás los cadáveres de los otros dos y el jeep.» El capitán Ware decidió abortar el intento de rescate. «Pero justo cuando acababa de tomar esta decisión salió de detrás de la curva un alemán con un brazalete de Ginebra [de la Cruz Roja] portando una bandera blanca que caminaba hacia ellos. Todos le apuntaron inmediatamente. Las armas de todos los hombres lo tenían en su punto de mira, pero afortunadamente no se disparó ni un solo tiro. Cuando llegó hasta nosotros el alemán, pudimos ver que sudaba copiosamente. Pero no se arrugó. Me entregó la nota que traía y que ninguno de los allí presentes era capaz de leer. Se mandó llamar a un soldado de la unidad antitanque que conocía la lengua. El alemán le dijo que había sido enviado por su teniente a pedir disculpas por el hecho de que sus soldados hubieran disparado contra los médicos americanos. El alemán seguía sudando [y]

no dejaba de quitarse el casco para secarse la frente. Dijo que se había presentado voluntario para esa misión. Nos dijo también que los americanos caídos habían muerto. El alemán comentó que la nota de su teniente nos aseguraba que podíamos volver y retirar nuestras bajas y el jeep, y que los alemanes no dispararían otra vez. Le preguntamos si quería quedarse con nosotros ahora que había cruzado las líneas. Se echó a reír y respondió que suponía que no había gran diferencia en que él se quedara a uno u otro lado de las líneas, pero señaló que si permanecía con nosotros, los americanos no quedaríamos muy bien, pues los alemanes pensarían que había sido retenido por la fuerza.» 36

El avance de los americanos se vio ralentizado todavía por los atascos de tráfico que se producían en las estrechas carreteras rurales y también por los ataques de ciertos grupos de alemanes rezagados. «Esa pequeña cantidad de alemanes causan unas dificultades que no guardan ninguna proporción con la escasez de su número», señalaba el cuartel general de la 4.ª División de Infantería. «Sin embargo, probablemente forma parte del plan dejar al enemigo bien posicionado en nuestro flanco izquierdo con la esperanza de rodearlo.»

Este juicio sobre cuáles eran las ideas de Eisenhower y Bradley era prematuro, pero se acercaba bastante a la realidad. El plan original consistía en penetrar por la brecha de Avranches y tomar los puertos de Bretaña con el fin de acelerar las líneas de aprovisionamiento de los aliados con vistas al avance hacia el Sena. Pero ahora se abría un enorme boquete entre el 7.º Ejército alemán y el Loira. El 3 de agosto, la 4.ª División Acorazada del general John Wood dobló al oeste de Rennes y se dirigió hacia el sur. Andaba escaso de combustible y de municiones, de modo que no podía tomar la ciudad, pero había dejado aislada toda la península de Bretaña. Si miraba hacia el este, tenía la sensación de que los alemanes no tenían reservas con las que frenar un ataque directo sobre París y el Sena. Eisenhower y Bradley llegaron a una conclusión parecida. Se les presentaba una oportunidad muy rara en cualquier guerra. Los generales alemanes veían aterrados aquellas implicaciones. La noticia de que una división americana había llegado a Rennes, escribía Bayerlein, «tuvo sobre nosotros un efecto demoledor, como un bombazo».

23. Bretaña y la Operación Bluecoat

Bretaña, como sabían perfectamente los aliados, era uno de los principales núcleos de resistencia en Francia. Por esa razón las primeras tropas aliadas que saltaron en Francia habían sido los hombres del 2^{éme} Régiment de Chasseurs Parachutistes (4.^º SAS) poco antes de la medianoche del 5 de junio. A finales de aquel mes la Resistencia de las FFI, dirigida por los gaullistas, y los FTP, bajo la dirección comunista, sumaban un total de 19.500 personas. A finales de julio, esta cifra había ascendido a 31.500 individuos, de los cuales trece mil setecientos cincuenta estaban armados.

El 4 de julio, el general Koenig, que dirigía las actividades de las FFI desde Londres, había convocado al coronel Eon en su despacho de Upper Grosvenor Street. Eon iba a asumir el mando de las fuerzas de la Resistencia en Bretaña. Su jefe del Estado Mayor iba a ser el principal oficial de los servicios de inteligencia de De Gaulle, André de Wavrin, llamado siempre por su alias, coronel «Passy». Iban a disponer de veinte oficiales, así como del apoyo de nueve equipos Jedburgh de tres hombres cada uno para colaborar en el adiestramiento y en la conducción de sus fuerzas. Se suministrarían armas para treinta mil hombres. Pero con el aparente estancamiento en el frente británico y en el americano, el lanzamiento de las armas no se consideró objetivo prioritario.

La conquista de Avranches el 1 de agosto por parte de los estadounidenses cogió por sorpresa a los oficiales del Estado Mayor de Londres. Dos días después, a las 18:00 horas, la BBC lanzó el mensaje codificado con el que debía iniciarse una guerra de guerrillas por toda Bretaña. La mañana del 4 de agosto, Koenig se llevó a Eon aparte para preguntarle si estaría de acuerdo en que todo su cuartel general saltara en paracaídas en bloque, independientemente de que hubieran recibido o no instrucción paracaidista. Eon, que nunca había saltado en paracaídas, aceptó, y lo mismo hicieron los demás oficiales y hombres que no habían sido entrenados para estos saltos. Las autoridades británicas, no obstante, insistieron en que Eon, cuando ya se dirigía en un automóvil al aeródromo, debía firmar «una declaración escrita en la que asumía toda la responsabilidad por saltar en paracaídas sin haber sido entrenado para ello». 1 Afortunadamente, sólo algunos de los paracaídas utilizados para lanzar cajas de armamento fallaron y no se abrieron, y el grupo aterrizó sano y salvo. En uno de esos contenedores había nueve millones de francos. Cuando lo encontraron a tres kilómetros de distancia de la zona de lanzamiento, ya faltaba un millón.

El general Bradley, en contacto permanente con Koenig, que seguía en el cuartel general del SHAEF en Inglaterra, dictó una disposición en virtud de la cual todos los grupos de la Resistencia en Bretaña pasaban ahora a estar bajo las órdenes del 3. er Ejército del general Patton. Debían proteger la línea ferroviaria que recorría la costa septentrional de la península de Bretaña, tomar las alturas situadas al norte de Vannes, dotar de guías a las fuerzas estadounidenses e «intensificar las acciones propias de una guerra de guerrillas, dejando de lado los combates a campo abierto, en toda Bretaña». Cuando Eon y su grupo tocaron tierra, seis mil miembros de las FFI ya habían ocupado la zona del norte de Vannes y tenían bajo su control la línea ferroviaria. Y la noche del 4 de agosto, un escuadrón con refuerzos compuesto por ciento cincuenta franceses del SAS, pertenecientes al 3^{éme} Régiment de Chasseurs Parachutistes, fue lanzado tras las líneas enemigas para que pudiera proteger la red ferroviaria del este de Brest, al norte de la península. En realidad, las FFI y los FTP iban a tener que hacer mucho más de lo que Bradley les había pedido.

La ofensiva de Patton en Bretaña con la 6. a y la 4. a División Acorazada no tardó en resultar confusa, por no decir caótica. Ello se debió en parte a un mal sistema de comunicaciones. Los

aparatos de radio eran simplemente bastante deficientes para las distancias a las que debían operar, y por otro lado Patton y Middleton, comandante en jefe del VIII Cuerpo, tenían formas muy distintas de enfocar la situación. Patton, un impetuoso soldado de caballería, pero muy susceptible en el fondo, creía en el avance temerario y en coger al vuelo todas las buenas oportunidades que se presentaran. Middleton era magnífico como comandante de un cuerpo, pero no dejaba de ser un hombre de infantería. En su opinión cualquier avance debía ser cuidadosamente planificado. No estaba preparado para el estilo de guerra de Patton.

El general John Wood de la 4.ª División Acorazada compartía la opinión de Patton: «un segundo general Patton, si es que puede haber otro como él», observaría un oficial de la 8.ª División de Infantería. 3 Wood, «un tipo robusto y jovial», 4 era igualmente inmune a la indecisión. Desde Pontaubault avanzó rápidamente hacia el sur hasta llegar a Rennes, capital de la región. La ciudad estaba demasiado bien defendida para conseguir tomarla sin la infantería, de modo que, a primera hora del 3 de agosto, avanzó hacia el sur bordeándola y esperó la llegada de refuerzos y de más combustible. Su instinto le decía que avanzara hacia Angers y luego hacia París, pero sabía que aquello habría alarmado a Middleton.

En la propia Rennes grupos mixtos de soldados alemanes, principalmente restos de la 91.ª Luftlande-Division, se dedicaban a preparar su huida y a destruir equipos y documentos. Mientras tanto, la 8.ª División de Infantería de los Estados Unidos había llegado a las puertas de la ciudad y había empezado a bombardearla. Miembros de la Resistencia francesa se habían infiltrado detrás de las líneas para informar a los americanos de la posición exacta del cuartel general de la Gestapo. No comentaron que se encontraba justo enfrente del hospital en el que estaban retenidos los prisioneros americanos y británicos, pero, por fortuna, hubo pocos heridos. Otros miembros de la Resistencia, al ver cómo la Gestapo huía precipitadamente, saquearon su cuartel general, y se llevaron toda la comida para alimentar a los malnutridos prisioneros. Aquella noche, otro grupo de las FFI voló un almacén de munición alemán situado en las afueras de la ciudad. Un médico francés pudo ponerse entonces en contacto con los americanos y llevarles noticias de los prisioneros; la artillería de la 8.ª División dio la orden de alto el fuego. 5

Las tropas alemanas huyeron por la noche en dirección a Saint-Nazaire, en la desembocadura del Loira. Los únicos rezagados fueron «un puñado de borrachos». Fueron localizados y capturados rápidamente por la infantería americana el 4 de agosto, «pero tuvieron que ser protegidos de la furia de los franceses». Los habitantes que quedaban en la ciudad -unos 60.000 de un total de 120.000- salieron a las calles para dar la bienvenida a los americanos, que enviaron rápidamente unidades médicas al hospital. «Un paracaidista, que había sido gravemente herido en la cara, se me acercó, me dio la mano y se puso a llorar», informó un capitán. 6 Los soldados pusieron inmediatamente todo lo que tenían a disposición de aquellos hombres, incluso su propio equipo de combate para los que tenían el uniforme hecho jirones. 7

En el cuartel general del VIII Cuerpo, Middleton se enfrentaba a una difícil decisión. Compartía el deseo de Wood de avanzar hacia el este, pero sus órdenes seguían siendo capturar los puertos de la costa bretona, y no podía establecer contacto con Patton. Se desplazó en automóvil para entrevistarse con Wood y envió a la 4.ª División Acorazada de nuevo hacia el suroeste para tomar Vannes y a continuación Lorient. Vannes no tardó en caer, pero Lorient parecía inexpugnable. El 4 de agosto, el propio Patton, escoltado por un vehículo blindado, se dirigió a Bretaña. Estaba siguiendo el avance de la 6.ª División Acorazada del general Grow, a la que había ordenado que marchara rápidamente hacia Brest, el principal puerto de Bretaña, sorteando todo tipo de resistencia alemana.

Patton daba saltos de alegría cada vez que se salían de un mapa y tenían que desplegar uno nuevo. Era la clase de guerra que le gustaba. Pero no había informado a Middleton del objetivo que había encomendado a la 6.ª División Acorazada. Fue entonces cuando Grow recibió un mensaje de Middleton, con la orden de detenerse en Saint-Malo, en la costa septentrional de la península, para atacarla al día siguiente. Grow pidió que se cancelara esta orden, pero Middleton se mantuvo firme.

Grow estaba a punto de sentarse para tomar un café a las puertas de su tienda instalada en un campo de cereal, cuando Patton apareció de improviso. «¿Qué demonios haces sentado aquí?», exclamó Patton. «Creo que te dije que te dirigirías a Brest.» Grow le contó la orden que había recibido de Middleton, y su jefe de plana mayor se la mostró por escrito. Patton leyó la nota, y luego la dobló. «Y fue también un buen soldado de infantería durante la primera guerra mundial», murmuró Patton, hablando para él mismo. «Iré a ver a Middleton», le dijo a Grow. «Tú sigue adelante y haz lo que te dije.» 8

Seguía reinando la confusión, pero Patton logró solucionar el problema de las comunicaciones con las divisiones que estaban repartidas por una zona de cientos de kilómetros. Encomendó al VI Grupo de Caballería la tarea de ir informando de la posición exacta de todas sus divisiones y columnas blindadas, así como de las del enemigo. Sus trece secciones de reconocimiento, cada una de ellas dotada con seis vehículos blindados y seis camiones con una capacidad de arrastre de doscientos cincuenta kilos, contaban con unos aparatos de radio de alta potencia que también podían funcionar como instrumento auxiliar si el sistema del Cuerpo de Comunicaciones fallaba. El VI de Caballería no tardaría en ser conocido como la «Caballería de la Guardia Real de Patton». 9

La 6.ª División Acorazada no encontró poca resistencia en su camino hacia Brest. Grupos improvisados de combate y de soldados alemanes rezagados realizaron acciones con el fin de impedir el avance. Durante el día, las columnas contaban con el apoyo de los Mustang del 363.º Grupo de Cazas, pero «todas las noches, entre el 3 y el 6 de agosto, tuvimos que pelear para poder acampar», comentaba el capitán Donley de la 6.ª División Acorazada. El 5 de agosto se comunicó que Huelgoat estaba despejada, de modo que el general Grow entró en esta localidad con un tanque y un vehículo blindado. Fue recibido con «fuego intenso de armas de poco calibre, procedente de todas direcciones». Se envió a la compañía de infantería acorazada de Donley para que lo sacara de allí con la ayuda de los carros de combate. Los paracaidistas alemanes que había en el pueblo quedaron entonces atrapados. La infantería acorazada se encargó de muchos de ellos, pero las FFI solicitaron que se les permitiera acabar con el resto. Se decía que «los paracaidistas habían cortado las manos a una mujer», y las FFI «estaban deseando cargárselos a todos». 10

La 6.ª División Acorazada subió a los miembros de las FFI en jeeps de reconocimiento, los llamados «peeps», para que hicieran de guía. Y los hombres del batallón de carros de combate que abría la comitiva colocaron bolsas de arena en la parte frontal de sus Sherman para absorber la onda expansiva de las cargas antitanque de 50 mm. Si un pueblo parecía desierto, normalmente era indicio de que había alemanes. «Lo primero que hicimos fue volar el campanario de la iglesia para eliminar cualquier posible [puesto de observación] o a los posibles francotiradores.» 11

Con grupos de soldados alemanes rezagados vagando por los campos por los que se avanzaba, los jeeps se veían obligados a moverse de un lado a otro a toda velocidad como si fueran los Pony Express. Los francotiradores y las bandas de alemanes, muertos de hambre, intentaban tender emboscadas a los vehículos de aprovisionamiento. «Los camiones parecían diligencias avanzando a toda velocidad por territorio indio.» Los reemplazos que llegaban para incorporarse a sus unidades veían cómo de pronto tenían que entrar inmediatamente en acción. Los americanos pidieron a las FFI que hicieran lo que estuviera en sus manos para proteger sus líneas de comunicación.

Patton no supo valorar lo suficiente a la Resistencia francesa. Más tarde diría que su apoyo fue «mejor de lo esperado y menos de lo anunciado». 14 No obstante, su contribución en Bretaña fue realmente considerable. «Ayudaban a cargar las municiones pesadas», comentó un oficial de la 6. a División Acorazada, «y barrían a los francotiradores, mientras nuestras columnas seguían avanzando». 15 También aseguraban puentes, suministraban información secreta y no dejaban nunca de hostigar a los alemanes. El 6 de agosto un informe alemán enviado al cuartel general de Kluge se lamentaba de que el avance de los americanos hacia Brest se estaba llevando a cabo «con la ayuda de terroristas». 16 El general Koenig, que estaba en Londres, era catalogado de Terroristenführer, y al día siguiente los alemanes informaban de «batallas contra terroristas por todas partes». Ni que decir tiene que las acciones de represalia por parte de los alemanes fueron sumamente violentas, y se llevaron a cabo dos matanzas en la península de Finisterre, cerca de Brest. Veinticinco civiles fueron fusilados en St. Pol-de-Léon el 4 de agosto, y otros cuarenta y dos, entre hombres, mujeres y niños, fueron asesinados en Gouesnou el 7 de ese mismo mes por marineros de la 3. a MarineflakbrigadeP.

El 6 de agosto, las fuerzas del coronel Eon consiguieron la rendición de un batallón de Osttruppen en Saint-Brieuc. Pero cuando Eon y Passy regresaron exhaustos a su cuartel general aquella noche, su campamento fue atacado por doscientos cincuenta alemanes de la 2. a División Paracaidista. Tras seis horas de combates, consiguieron repelerlos. Passy y un pequeño grupo de hombres fueron rodeados, pero lograron romper el cerco. Cuando se reunieron con los demás compañeros del cuartel general, se enteraron de que se había informado a Londres de su pérdida. Pero al poco tiempo los ataques lanzados por las FFI y los FTP obligaron a los alemanes a emprender la retirada a localidades costeras, que podían ser defendidas con mayor facilidad. Más al sur, otros destacamentos de las FFI se dedicaron a ayudar a la 4. a División Acorazada de Woods, e incluso llegaron a limpiar manualmente un campo de minas.

Las primeras tropas de Grow llegaron a Brest el 6 de agosto. Tras mostrar un tanto a la ligera su exceso de optimismo, pensando que la ciudad iba a rendirse ante una exhibición de fuerza, Grow no tuvo más remedio que aceptar que una división acorazada no bastaba para tomar una ciudad importante perfectamente fortificada. No sabía que el comandante de la «fortaleza de Brest» era el general de las fuerzas paracaidistas Hermann Ramcke, militar veterano que había jurado a Hitler que iba a defender la ciudad hasta las últimas consecuencias.^[55]

Por si fuera poco, Grow se encontró con que era atacado por la retaguardia por la 266. a División de Infantería alemana, que intentaba unirse a la importante guarnición de Brest. Sus tropas no tardaron en repeler la ofensiva, pero Brest sería un hueso muy duro de roer, como Patton supo ver enseguida.

La 8. a División de Infantería acudió en ayuda de la 6. a División Acorazada. Entre sus misiones figuraba la de patrullar de noche para impedir que los nutridos grupos de forrajeadores alemanes, a veces de hasta ciento cincuenta hombres, robaran alimentos a los campesinos locales. Las FFI solían pedir armamento y combustible, pero también traían prisioneros. La 8. a tuvo que instalar una prisión militar para custodiar a seiscientos alemanes. A uno de sus oficiales le encantó «recibir un puñal ceremonial Hermann Goering de uno de los paracaidistas» enemigos. 22 Los de la 8. a de Infantería no podían imaginar con qué cosas iban a encontrarse en aquel momento tan poco convencional de la guerra. Un día apareció un oficial de las fuerzas especiales británicas, que había sido lanzado en paracaídas detrás de las líneas enemigas, buscando combustible; otras veces se veían metidos en líos de rivalidades políticas de los franceses. En cierta ocasión dos oficiales franceses de rango bastante elevado se presentaron vestidos de uniforme para ofrecer sus servicios, pero los miembros de la

Resistencia que habían estado ayudando a los americanos insistieron con vehemencia en que jamás colaborarían con ellos. Eran lo que ellos llamaban «naftalinas», esto es, individuos que habían servido al régimen de Vichy y que ahora sacaban sus uniformes del armario en cuanto veían aparecer a los aliados. Los americanos «se deshicieron amablemente de los viejos oficiales».

La liberación tendría también dos caras. «Los ciudadanos eran tan amables con nosotros que me costó lo mío mantener a mis hombres sobrios», contaba un teniente. Los soldados americanos encontraron a los bretones mucho más afables que los normandos. Pero también fueron testigos de la peor faceta de los primeros: su sed de venganza de las mujeres acusadas de collaboration horizontale con los alemanes. «Tuvimos una fiesta de rapados de cabeza», añadía el teniente. «Varias jóvenes recibieron además patadas en el estómago y tuvieron que ser hospitalizadas.»

Para los americanos, especialmente para los de la 6.ª División Acorazada, la campaña de Bretaña acabó de modo decepcionante. Los dejaron asediando Brest, Saint-Nazaire y Lorient, donde la 6.ª relevó a la 4.ª División Acorazada de Wood, aunque en realidad no había peligro de que alguna de aquellas guarniciones intentara hacer una salida. Los batallones de las FFI, con algún apoyo de los americanos, eran capaces de mantener acorralados a los alemanes. Por su parte, la 83.ª División de Infantería, que había atacado con dureza Saint-Malo porque las fuerzas presentes en la ciudad suponían una grave amenaza para la retaguardia de las tropas que actuaban en Bretaña, consiguió por fin la rendición de esta localidad.

Bradley estaba perfectamente al corriente de esa frustrante situación, pero el asedio de Brest, aunque en aquellos momentos carecía de sentido desde el punto de vista estratégico, se había convertido en una cuestión de orgullo. «No le diría esto a nadie más que a ti», confesó Bradley a Patton, «y he dado todo tipo de excusas a mi Estado Mayor y a las jerarquías superiores, pero debemos tomar Brest para mantener viva la idea de que es imposible derrotar al ejército de los Estados Unidos». Patton se mostró totalmente de acuerdo. «Siempre que nos pongamos a hacer algo, debemos acabarlo», escribió en su diario. Sin embargo, ni Patton ni Bradley perdían de vista el flanco abierto al norte del río Loira que permitía avanzar hacia Orleans y París.

Patton se daba perfecta cuenta de que Bretaña iba a ser como un remanso de paz. Acogió con sumo agrado la nueva orden de Bradley de enviar al XV Cuerpo de Haislip al sureste, a Le Mans, y al XX Cuerpo de Walker al sur, hacia Angers, junto al Loira, para proteger su flanco derecho cuando se dirigieran al este. La gloria aguardaba en las tierras del Sena.

Una de las divisiones destinadas al contingente de Haislip acababa de desembarcar en la playa Utah. Se trataba de la 2.ª División Acorazada francesa, que se haría célebre en su país como la Deuxième División Blindée, o 2ème DB. Era sin duda una formación extraordinaria, a las órdenes de un hombre extraordinario.

El general conde Philippe de Hautcloque era más conocido por su nombre de guerra, Leclerc, que había adoptado para evitar las posibles represalias de los alemanes contra su familia. Era un devoto católico del Ancien Régime. Había reclutado como capellanes a doce miembros de los Padres Blancos, una congregación religiosa fundada originalmente en el siglo XIX para llevar la fe cristiana a los tuaregs. Bajo la dirección del padre Houchet, vestían hábito blanco y llevaban largas barbas.

Leclerc, hombre alto y delgado, con muchas arrugas alrededor de los ojos y un bigote rectangular propio de militares, era reconocido fácilmente por sus hombres por los anteojos de soldado de división acorazada que rodeaban su quepis y el roten que siempre llevaba. Era muy respetado por su valor, su determinación y su destreza en el campo de batalla. Muy austero, era todo

un patriota. Al igual que a De Gaulle, le amargaba la idea de que, desde el desastre de 1940, los británicos hubieran acumulado tanto poder, mientras que Francia había quedado sumida en la decadencia. En opinión de los dos, los ingleses aprovechaban cualquier oportunidad para sacar beneficio de ello. En su resentimiento, no podían ver que Gran Bretaña, a pesar de su aparente fuerza, se había arruinado, tanto física como económicamente, durante los cinco años de guerra. 26 Fue un detalle lamentable que parte de su división hubiera zarpado rumbo a Bretaña desde Mers-el-Kebir, donde en 1940 la escuadra naval del almirante Somerville había hundido la flota francesa para impedir que cayera en manos de los alemanes. «Incluso para nosotros los gaullistas», escribió un joven oficial, «eso era una espina que teníamos clavada en el corazón».

De Gaulle consideraba que Leclerc y su división encarnaban el espíritu de la Francia Libre. Esta unidad estaba formada por oficiales y soldados de todas las tendencias políticas. Junto a católicos a ultranza de la *vieille France*, había comunistas, monárquicos, socialistas, republicanos e incluso varios anarquistas españoles: todos servían juntos por una misma causa. Esto animó a De Gaulle a pensar que en la Francia de posguerra podría alcanzarse una solidaridad parecida, pero se llevaría una gran decepción.

Habían sido los Estados Unidos, con su cuerno de la abundancia industrial y militar, los que habían vestido, equipado, armado y entrenado a la 2^{éme} DB (más tarde a los americanos no les sentaría nada bien que los franceses les preguntaran por la calle por qué el ejército de los Estados Unidos no tenía «un uniforme distinto del nuestro»). A Leclerc, a pesar de sus ideas algo anticuadas, no era en absoluto un reaccionario en lo concerniente a la guerra. Sentía una gran afinidad con Patton y Wood. Patton estaba deseoso de ayudar a Leclerc, y la división acorazada francesa no le decepcionaría en los combates que estaban a punto de tener lugar. Pero las intenciones que tenía De Gaulle de utilizar la 2^{éme} DB al servicio de otros intereses franceses por encima de las prioridades de los aliados, se convertirían en una fuente de conflictos con otros generales americanos.

Para los soldados de la división, el momento del desembarco en Francia el 1 de agosto fue sumamente emotivo. El mar había estado muy picado, y algunos habían tenido que vomitar en sus cascos, como les ocurriera a sus predecesores, los americanos, casi dos meses antes. Los marineros británicos, al ver los condones en los cañones de los fusiles, hicieron los consabidos chistes acerca de las «gomas francesas gratuitas». Casi todos los que saltaron a tierra no habían visto su país desde hacía cuatro años o más. Algunos recogieron unos puñados de arena de la playa Utah para guardarla en urnas. La noticia de la llegada de las tropas francesas se propagó enseguida por la península de Cotentin, y no tardaron en presentarse cien jóvenes dispuestos a engrosar sus filas voluntariamente. En diez días, entrarían en combate por primera vez.

Mientras las dos divisiones acorazadas de Patton penetraban en Bretaña, los británicos continuaban con la Operación Bluecoat. La 11.ª División Acorazada de Robert avanzó con brillantez hacia la ciudad de Vire, con la infantería montada en los tanques. Los carros blindados del 2^º Regimiento Household de Caballería tuvieron que detenerse en un pueblo a instancias del alcalde, que salió a su encuentro agitando los brazos. Ante ellos, la carretera aparecía cubierta de trozos de papel. Los habitantes de la localidad habían visto a los alemanes poniendo minas en el camino, y en cuanto se marcharon corrieron a señalar todas ellas. 30

La 11.ª División Acorazada todavía tuvo que enfrentarse a la llegada del II Cuerpo Acorazado de la SS por su flanco izquierdo. En cuanto fueron avistados los tanques enemigos, la infantería se apeó. El sargento Kite, del 3.º Regimiento Real de Tanques, describió más tarde el momento de la muerte de su vehículo cuando fue herido de gravedad. «Más allá, en el campo vecino, aparecieron

las siluetas de dos Panther. El trigo estaba muy alto y casi maduro. Cada vez que disparaban, las bombas abrían un estrecho surco entre las espigas. Uno de [los Panther] fue puesto fuera de combate. De repente el otro giró su cañón y apuntó en mi dirección. Vi el fogonazo del disparo y el trigo doblarse a lo largo de la línea de vuelo de la bomba que estaba a punto de impactar contra nosotros.»

El 2 de agosto la 11.ª División Acorazada estaba a punto de tomar Vire, cuando de repente Montgomery ordenó a Roberts que se dirigiera con su unidad hacia el este. En vez de tomar Vire, debía cortar la carretera que discurría al este de la ciudad y ocupar las colinas de Perrier. El límite entre los ejércitos británicos y americanos había sido objeto de modificaciones. Vire iba a ser ahora un objetivo americano. Todavía no está claro si Montgomery temía que su división quedara aislada como consecuencia de un contraataque alemán, o si accedió a una petición de los americanos.

En cualquier caso, Meindl, alarmado por la amenaza que se cernía sobre Vire, prácticamente indefensa, recurrió rápidamente a una división recién llegada para rellenar el hueco. Luego, como esa unidad no estaba entrenada, la reforzó con su 9.º Regimiento Paracaidista y el 12.º Batallón de Artillería. Adelantó además dos baterías de cañones antiaéreos de 88 mm, para que se encargaran de los tanques británicos que doblaban hacia el este. La tragedia de la decisión de Montgomery, tema que éste intentó evitar al término de la guerra, no fue sólo la ocasión que perdió. Los refuerzos de Meindl estaban ya operativos cuando los americanos lanzaron su ataque contra la ciudad cuatro días después, y les ocasionaron graves pérdidas.

La 5.ª División de Infantería americana, que avanzaba a la derecha de la unidad de Roberts, había empezado a quedar acorralada en un sector más estrecho cuando Roberts aprovechó la ocasión que le ofreció la toma del «puente de Dickie». Al igual que los británicos, ellos también se habían encontrado con una región complicada, llena de colinas y bosques. El comandante de una compañía describió una extraña experiencia que tuvieron cuando avanzaban por una pista forestal. «Los bosques parecían echar un maleficio mágico sobre nosotros, como si fuéramos objeto del encantamiento de las hadas», escribió. Sus hombres y él escucharon de repente un palmoteo suave y tranquilo. «Cuando nos acercamos, pudimos ver las formas sombrías de unos cuantos hombres, mujeres y niños franceses, a un lado y otro del camino, sin hablar, algunos llorando en silencio, pero casi todos aplaudiendo con suavidad, a lo largo de varias decenas de metros a ambos lados del sendero. Una niña se me acercó. Era rubia, bonita; quizá tuviera cinco años. Puso confiadamente su mano en la mía y estuvo caminando un ratito a mi lado, luego se detuvo y me saludó agitando la mano hasta que la perdí de vista.» Incluso cincuenta años después, ese oficial podía oír el sonido de los suaves aplausos en el bosque.

La 5.ª y la 35.ª División de Infantería fueron integradas luego al 3.º Ejército de Patton, y Vire pasó a ser responsabilidad de la 29.ª División del XIX Cuerpo. El ataque de los americanos no se llevó a cabo hasta el anochecer del 6 de agosto, cuatro días después de que Montgomery retirara de esta localidad a la 11.ª División Acorazada de Roberts. Vire, una antigua ciudad situada en lo alto de una escarpada colina, ya había sido destruida parcialmente durante los bombardeos del Día D. Los refuerzos de Meindl supusieron una inquietante seguridad para la población civil que seguía en la ciudad: «Defenderemos vuestra ciudad casa por casa». 34 A la 29.ª División Americana le esperaban arduos combates en medio de ruinas y cascotes.

Mientras que el avance del VIII Cuerpo por el flanco derecho había sido importante, el del XXX Cuerpo de Bucknall seguía siendo bastante lento. Dempsey había advertido a Bucknall la primera noche de la ofensiva que debía abrirse paso hacia Aunay-sur-Odon con mayor rapidez. Esta zona del frente estaba plagada de minas, pero esta circunstancia no fue aceptada como excusa. Al día

siguiente, Dempsey destituyó a Bucknall con la aprobación de Montgomery.

Para nombrar a su sustituto, Montgomery llamó al teniente general sir Brian Horrocks, que se encontraba en Inglaterra tras recuperarse de las heridas sufridas en el norte de África. Durante los dos días siguientes Dempsey también destituiría al general Erskine, de la 7.ª División Acorazada, y al general de brigada Loony Hinde. La pérdida de su comandante en jefe supuso una verdadera conmoción para los hombres de la 7.ª Acorazada. «Todo el mundo anda muy deprimido», escribió un oficial del Estado Mayor en su diario. «No parecía que fuera la manera correcta de tratar al conquistador de Trípoli.» Pero casi todos los altos oficiales pensaban que Dempsey habría debido cortar cabezas tras el gran fiasco de Villers-Bocage en el mes de junio. En cualquier caso, la noticia de la llegada de Horrocks fue recibida con mucho agrado.

El problema que tenía el XXX Cuerpo para avanzar con agilidad se debía en buena parte a la situación que atravesaban la 50.ª División Northumbrian y la 43.ª División Wessex. Sus hombres se encontraban exhaustos. Muchos estaban debilitados por la disentería y tenían el cuerpo plagado de apostemas. También estaban deshidratados porque el agua, traída en cisternas por la noche, estaba muy racionada. Cuando los británicos se lanzaban al ataque a través de un campo de cereal maduro, los alemanes disparaban a veces bombas incendiarias, y «los pobres heridos eran pasto de las llamas». 36 Pero los aliados no es que pudieran quejarse, considerando el uso que hacían del fósforo blanco y los tanques lanzallamas.

En las distintas secciones sólo se dejaba un puñado de hombres experimentados. Los demás eran todos reemplazos. Los capellanes eran de los que más trabajaban, evacuando a heridos y celebrando breves ceremonias fúnebres durante las horas de oscuridad. «No podía dejar de pensar en un verso de la elegía "El entierro de sir John Moore"», escribió el capellán del 4.º de Dorsets. «"Lo enterramos lúgubremente, en plena noche".»

Sometidos a la presión de sus comandantes, los batallones de infantería del XXX Cuerpo siguieron su avance y conquistaron Villers-Bocage, Jurques y Ondefontaine. Aquellos días de agosto tampoco fueron agradables para las tripulaciones de los tanques. «En los pequeños campos de Normandía, entre los pomares», escribió un comandante de tanques, «cualquier movimiento en aquel caluroso verano provocaba una lluvia de pequeñas manzanas ácidas y duras que caían como una cascada dentro de las torretas a través de las escotillas abiertas. Al cabo de unos días, es probable que hubiera suficientes para obstruir la torreta. Cinco hombres apretujados, tres en la torreta y dos debajo, en la cabina de conducción, metidos todos en un horno de gruesas paredes metálicas, enseguida producían un olor apestoso: a humanidad, a manzanas, a cordita y a sudor». La cabeza les vibraba por el ruido: «el constante "mush" por los auriculares veinticuatro horas al día, acompañado del chirrido de la maquinaria -con el zumbido del motor de fondo- y el silbido sordo típico [del mecanismo] de la torreta y el estrépito y el traqueteo de los cañones». 38

Stanley Christopherson, al frente de la Sherwood Rangers Yeomanry, era perfectamente consciente de la tensión a la que se veían sometidos sus hombres. «Ser el primer tanque de la primera sección del primer escuadrón del primer regimiento de la primera brigada, que se ve obligado a avanzar por un camino estrecho hacia un pueblo que se sabe que está defendido por la infantería y las tropas blindadas del enemigo, resultaba entonces, como ha resultado siempre, muy poco atractivo. Acababa en la mayoría de los casos con tu carro de combate envuelto en llamas debido a la acción de la batería antitanque o del tanque enemigo que te hubiera visto primero. Debía de ser una experiencia igualmente desagradable para los primeros soldados de la infantería, aunque al menos éstos podían saltar a una zanja y encogerse, pero ni siquiera el Todopoderoso era capaz de reducir el tamaño de un tanque Sherman avanzando pesadamente por un camino angosto.»

Sin embargo, los alemanes permitían a menudo que el primer tanque pasara, a veces incluso varios de ellos, antes de abrir fuego. «Era una mañana preciosa, y el sol estaba a punto de brillar con todo su esplendor y de dispersar la neblina que cubría los campos», escribía Christopherson el 3 de agosto. «Cruzamos la localidad de Jurques sin encontrar resistencia alguna, pero los problemas comenzaron al llegar a La Bigne, una aldea situada un poco más allá, cuando los dos tanques que me seguían fueron alcanzados por el fuego enemigo». Murió al instante un jefe de grupo que acababa de incorporarse y viajaba en uno de esos tanques. «Uno de los vehículos en llamas bloqueó por completo la carretera, impidiendo cualquier tipo de maniobra. Pero el sargento Guy Sanders, en una muestra más de su tranquilidad habitual, y sin tener en cuenta su propia seguridad, se metió en el tanque y lo condujo a la cuneta, despejando así el camino. Fue un verdadero acto de heroísmo, sobre todo porque los proyectiles que había en el compartimento de munición habían comenzado a estallar.»

Los oficiales de la División Acorazada de la Guardia hacían lo que estaba en sus manos para mitigar las incomodidades de la guerra de blindados, aun cuando esto supusiera olvidarse en muchas ocasiones de la estricta observación de las normas de vestimenta que caracterizaban a su unidad. Con sus uniformes de batalla de color marrón claro, empezaron a utilizar bufandas de seda para protegerse el rostro del polvo, así como botas de piel Wellington suministradas por Gieves, «porque te las podías poner y quitar con facilidad». 40 Varios oficiales, a los que no les gustaron los sacos de dormir entregados por el ejército, adquirieron otros más confortables en Fortnum & Masón. El cuartel general de la 6.ª Brigada de Tanques de la Guardia también se benefició de la previsión de su oficial de abastecimientos, Terence O'Neill, que más tarde sería primer ministro de Irlanda del Norte. Había traído de Inglaterra aves de corral y jaulas metidas «dentro de un LST». 41 Su primo, Jock Colville, secretario particular de Churchill, había cenado con ellos poco antes de que se pusiera en marcha la Operación Goodwood. «La Brigada de la Guardia», anotó en su diario, «tan magnífica en el combate como cualquier otra del mundo, no considera que la austeridad durante el servicio activo sea una virtud».

A partir de la Operación Goodwood, la División Acorazada de la Guardia había mejorado también muchísimo la colaboración entre la infantería y los vehículos blindados. A ello había contribuido la instalación de un teléfono en la parte posterior del tanque. A través de este aparato un oficial de infantería podía hablar directamente con el comandante del carro de combate, sin tener que subirse a la torreta en medio del fuego intenso para dirigir a la sección contra una posición enemiga. Pero a un capitán del 5.º Coldstream, que manipulaba el teléfono como un loco mientras las balas silbaban a su alrededor, no le gustó la ligereza compulsiva de su colega del 1.º Batallón que se encontraba dentro del Sherman. «El comandante del tanque respondía siempre a las llamadas diciendo, "Sloane 4929". A él probablemente le hiciera mucha gracia, pero a mí desde luego no.» 43

Los alemanes tendían emboscadas mortales con pequeños grupos de combate, normalmente compañías de granaderos improvisadas alrededor de un cañón de asalto. Pero su moral cada vez se resentía más de la violenta embestida aliada. Destacamentos de su policía militar se instalaban en puentes para atrapar a soldados rezagados que luego colgaban de los árboles de los alrededores con el fin de lanzar un mensaje de advertencia a los que tuvieran la tentación de desertar.

El capellán del 4.º de Dorsets estuvo conversando con un prisionero llamado Willi, «un camillero alemán menudo; un muchacho con gafas y pinta de estudioso». El joven alemán no podía comprender por qué los británicos no atacaban con toda la artillería y los tanques. Los soldados alemanes, dijo, estaban esperando la oportunidad de rendirse, siempre y cuando sus oficiales y suboficiales no se dieran cuenta. «Pues entonces es una verdadera lástima», contestó el capellán,

«que varios de tus camaradas salieran con los brazos en alto y luego lanzaran granadas contra nuestros hombres». Los labios del muchacho empezaron a temblar, «y parecía que iba a romper a llorar como un niño por la traición cometida por sus compatriotas». 44 Al igual que otros subalternos del cuerpo médico capturados, Willi impresionó a los médicos británicos por sus conocimientos y buena disposición, pues no tenía inconveniente en ayudar a heridos tanto británicos como alemanes mientras los morteros seguían disparando. No obstante, a pesar del sermoneo del capellán sobre soldados alemanes que rompían las normas de la guerra, lo cierto es que en muchas ocasiones fueron los británicos los que mataban sin más ni más a los soldados de la SS. «Muchos de ellos probablemente merecen morir en cualquier caso, y lo saben», decía escuetamente un informe del XXX Cuerpo. 45

Aunque algunas zonas de la región parecían no haber sufrido prácticamente los estragos de la guerra, en otras las escenas de destrucción eran espantosas. Casi todos los que vieron la localidad de Aunay-sur-Odon quedaron conmocionados. Este importante pueblo llevaba sufriendo bombardeos desde el 11 de junio, y acaba de ser arrasado de nuevo por la artillería del XXX Cuerpo. «Aparte de la torre con chapitel de la iglesia y tres cascotes de casas, está completamente arrasado», anotó en su diario un oficial de caballería. 46 Otro oficial, en este caso de artillería, estaba consternado por haber participado en aquel desastre. «Tenías que aprender realmente a distanciarte de ese tipo de cosas si querías cumplir con tus obligaciones militares», comentaría más tarde. «Lo único que podías hacer era disparar y rogar a Dios que los franceses se hubieran marchado ya.» 47

La aparición de supervivientes en los pueblos arrasados por las bombas y los proyectiles de los morteros siempre parecía un milagro. André Heintz, de la Resistencia de Caen, había seguido hasta las ruinas de Villers-Bocage a los equipos encargados de limpiar los campos de minas. Al llegar pudo contemplar los restos de los tanques alemanes y británicos de la batalla de junio, aplastados unos contra otros.

Describió aquel espectáculo como «un amasijo de acero». Descubrió que en el castillo de Villers, situado en un extremo del pueblo, el vizconde de Rugby, alcalde de la localidad, había dado cobijo a doscientas personas en un sótano parecido a un túnel. El estado de todas ellas era «patético». En otro pueblecito, un soldado del 4.º de Infantería Ligera (Somerset) tuvo que apartarse de su grupo un momento para hacer sus necesidades. Sus botas militares con clavos resbalaron al cruzar entre un montón de escombros. Al caer, su mano dio con algo blando. Era la mano herida de una niña. Entonces oyó la orden de su jefe de patrulla: «¡A formar, muchachos! ¡Es hora de seguir adelante!». Todo lo que pudo hacer fue garabatear en la losa una cruz y las letras R. I. P. 49

Los soldados, conmovidos a menudo por los animales, no fueron indiferentes a la situación en la que se encontraban las bestias abandonadas. Las vacas sin ordeñar se morían de dolor. Permanecían quietas para evitar cualquier movimiento que les hiciera balancear las ubres. Los muchachos procedentes de zonas rurales se ponían a ordeñarlas inmediatamente para aliviar su presión. Un oficial médico quedó conmovido ante una tristísima escena: «Un potrillo se movía describiendo un pequeño círculo alrededor de su madre que acababa de morir. Con sus cascotes había dejado la hierba chafada, dibujando ese mismo círculo, y el animal no quería apartarse de su madre». 50

Mientras por la derecha la 11.ª División Acorazada seguía combatiendo contra la 10.ª SS Panzer-Division Frundsberg al este de Vire, junto a la cota de Perrier, y la División Acorazada de la Guardia abría una gran brecha en el frente alemán, el XXX Cuerpo se acercaba por fin a Mont Pincon. La infantería montada en tanques respiraba a duras penas debido a la espesa capa de polvo

rojizo que cubría esa zona.

El ataque estaba previsto para el lunes 6 de agosto. Muchos soldados y suboficiales recordaron que ese día era fiesta en Inglaterra. Así comenzaron a evocar imágenes de sus familias y del mar, pero apenas tuvieron tiempo de seguir con sus sueños. El enérgico general Thomas de la 43.ª División (Wessex) no dejaba de ejercer la máxima presión sobre sus subordinados, como recordaría el oficial al mando de uno de los regimientos acorazados que le prestaban apoyo. «Los comandantes de las brigadas y los batallones de la 43.ª División tenían bastante miedo de Von Thoma, quien a su vez los irritaba de mala manera cuando insistía en que debían "pelear en sus batallas", y no los dejaba en paz una vez dadas las últimas órdenes del plan.» 51

Julius Neave, al frente de un escuadrón del 13.º/18.º de Húsares, estaba resignado a librar otra dura batalla. «Pretendemos conquistar Mont Pincon -la altura más importante de Normandía- con una brigada de infantería con las fuerzas mermadas y un regimiento acorazado exhausto.» Incluso durante la reunión de jefes celebrada en el cuartel general, se vieron sorprendidos por el «feroz bombardeo» de los morteros alemanes.

La infantería estaba aún más desmoralizada ante aquella perspectiva. «Cuanto más cerca estábamos de nuestro objetivo», escribió el cabo Proctor, «más imponente nos parecía la misión. Las tierras bajas de las laderas eran campos de cultivo divididos por enormes setos en pequeñas parcelas. En lo alto había bosques. La cima parecía estar cubierta de aulagas. Fuera del alcance de la vista, en la cresta de la colina, había unas instalaciones de radar alemanas que debían ser destruidas. A los pies del monte discurría un arroyo que íbamos a tener que cruzar». El día era sofocante y caluroso.

La artillería abrió una cortina de fuego a las 15:00 horas. Los del 4.º Somerset avanzaron por la izquierda, y el 5.º Batallón del Regimiento Wiltshire, por la derecha. Unos cien metros después del arroyo, sus flancos y el frente se vieron sorprendidos por el fuego intenso de las ametralladoras. Todas las compañías que iban a la cabeza quedaron inmovilizadas por la lluvia de proyectiles. Algunos hombres dieron marcha atrás con la intención de refugiarse en la orilla del riachuelo, que se llenó muy pronto de soldados. «Enseguida fue evidente que éramos muchos los que buscábamos algo de protección», escribió el sargento Partridge del Regimiento Somerset. 54 Los del Somerset y los del Wiltshire esperaban que los alemanes se quedasen sin municiones, pero la intensidad de sus disparos no disminuía nunca. Los del Wiltshire fueron de los más castigados y se quedaron sin su oficial al mando.

El sargento primero de la compañía de Partridge perdió su nariz de un disparo. Cuando vio que se tambaleaba hacia atrás mientras sostenía unas vendas de campaña apretadas contra la cara, Partridge acudió en su ayuda y lo acompañó hasta el puesto de socorro del regimiento, situado cerca del cuartel general del batallón. Allí se enteró de que el comandante Thomas, oficial al frente de la Compañía B, había sido abatido al lanzarse solo al asalto de una ametralladora alemana. «Muy valeroso», escribió Partridge, «pero hacía tiempo que había aprendido que los soldados muertos no ganan batallas, y mi principal obligación era seguir con vida y preservar las vidas de todos los que me fuera posible».

Llegó una orden tajante del oficial al mando diciendo que había demasiados suboficiales en el puesto de socorro. «Por favor, reúnanse con sus tropas.» Partridge reconoció que se trataba de un reproche bien merecido. Regresó a la Sección 17, donde encontró a «cuatro tíos en una trinchera abandonada llorando a lágrima viva». Aquellos recién llegados no eran unos adolescentes, sino hombres de treinta y muchos años, «demasiado viejos para vivir la vida que llevamos». Procedían de una unidad antiaérea desmantelada, y habían sido mandados por delante sin entrenamiento de

infantería en un desesperado intento de rellenar los batallones de primera línea.

Poco antes del anochecer, un Sherman del 13.º/18.º logró cruzar el arroyo y proporcionar fuego de cobertura, pero las posiciones de las ametralladoras alemanas estaban muy bien camufladas. Se adoptó un plan diferente. Una vez hubo caído la noche, las compañías fueron reorganizadas. Empezaron a avanzar detrás de una cortina de humo en fila de a uno lo más sigilosamente posible. Se comprobó el equipo de cada hombre para asegurarse de que no hubiera nada que hiciera ruido.

Aunque no creían que pudieran pasar sin que nadie los viera o los oyera, continuaron subiendo por la ladera. Podían oír las voces de los alemanes a uno y otro lado, pero por fortuna no se toparon con ninguna de esas posiciones de ametralladora. Las dos primeras compañías del 4.º Regimiento Somerset llegaron a la cima, y no tardaron en unírseles las otras dos. Intentaron abrir trincheras con el fin de prepararse para el inevitable contraataque alemán, pero comprobaron que el suelo era de roca.

El sargento Partridge oyó un ruido de lo que parecía un Panther o un Tiger. Entre murmullos hizo llegar al hombre encargado del arma antitanque que le pasara el lanzagranadas PIAT (lanzador antitanque de infantería, PIAT por sus siglas en inglés). Pero el soldado se disculpó. El PIAT era demasiado pesado para subirlo por la colina y lo había dejado atrás. Partridge mostró un gran dominio de sí mismo al no estrangularlo en el acto. En realidad, el tanque que les causaba tanta alarma en la oscuridad pertenecía casi con toda certeza al 13.º/18.º de Húsares, uno de cuyos escuadrones había encontrado una ruta hasta lo alto del Mont Pincon a primera hora de la noche. En medio de la confusión, no sabían, al parecer, que la infantería ya había llegado a la cima, y pedían por radio que les enviaran apoyo. Su oficial al mando les mandó otro escuadrón, al tiempo que solicitaba urgentemente refuerzos de infantería.

El 7 de agosto por la mañana, la altura más elevada de Normandía estaba por fin en manos de los británicos. En realidad, los alemanes se habían esfumado. Su retirada respondía a un intento absolutamente necesario de recortar sus líneas, en parte con el fin de compensar el traslado de la 1.ª División Acorazada de la SS para el contraataque que se preparaba en Mortain.

La Operación Bluecoat había sido el punto culminante de una dura batalla en una y otra ladera. El 4.º Regimiento Somerset había perdido «más hombres en cinco semanas que [los que perdería] en los nueve meses siguientes hasta el final de la guerra». Más al oeste, en dirección a Vire, la 10.ª División Acorazada de la SS Frundsberg había sido pulverizada por la 11.ª División Acorazada y la División Acorazada de la Guardia. El cuartel general de Eberbach había informado la noche anterior de «duros ataques del enemigo a lo largo de casi todo el frente». En un último esfuerzo, la Frundsberg había lanzado un contraataque contra la 11.ª División Acorazada al sur de Presles en un intento de cerrar la brecha existente entre el 7.º Ejército y la Panzergruppe West.

Al día siguiente, cuando la Panzergruppe West se convirtió oficialmente por orden de Hitler en el 7.º Ejército Acorazado, Eberbach comunicó que en la 10.ª División Acorazada de la SS sólo había «tres tanques utilizables». Tenía que retirarla de la primera línea. El «espíritu de lucha» de su ejército era «insatisfactorio» como consecuencia de las «pérdidas, de la retirada y del agotamiento». No cabía ni siquiera plantear el repliegue del II Cuerpo Acorazado, o de la 12.ª División de la SS Hitlerjugend, o de la 21.ª División Acorazada para que participaran en el contraataque de Mortain. Hasta Kluge advirtió que «era ya una decisión grave retirar la 1.ª División Acorazada de la SS». 57 Ese mismo día, el Grupo de Ejército B comunicó que desde la invasión había sufrido 151.487 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos. Y había recibido menos de 20.000 reemplazos.

24. La contraofensiva de Mortain

El 2 de agosto, justo antes de la medianoche, el general de artillería Warlimont llegó al castillo de La Roche-Guyon procedente de Prusia oriental. Había volado hasta Estrasburgo, donde lo aguardaba un coche oficial. Sus órdenes eran hacer una evaluación de la gran ofensiva americana, pero aquel día la Panzergruppe West había estado mucho más preocupada por el embate de los británicos contra Vire, junto con el ataque del XXX Cuerpo de Ejército. «La situación es todavía más grave», comunicó Eberbach. «Los aliados intentan empalmar las distintas cuñas de penetración por el flanco occidental y por el centro del frente.» 1

La noche antes de que Warlimont abandonara la Wolfsschanze, él y Jodl habían sido convocados por Hitler. Habían discutido la opción de la retirada al bajo Sena, pero los meandros y las revueltas del río hacían que la línea resultara muy difícil de defender. El Führer estaba indeciso. Era sumamente reacio a desaprovechar el contacto con España y Portugal, con la consiguiente pérdida de materias primas. Replegarse habría supuesto también el fin de las bases de submarinos en la costa del Atlántico. Hitler se mostró más realista de lo que esperaba Warlimont, aunque le dio órdenes sumamente estrictas de no discutir el asunto con Kluge. «En cuanto está preparada una línea de defensa por detrás de la línea del frente», comentó el Führer, «mis generales no piensan más que en replegarse a ella».

Tras mantener una conversación con Kluge, Warlimont visitó diversos cuarteles generales de campaña. Vio al general Eberbach, de la Panzergruppe West, y a Sepp Dietrich, del I Cuerpo Acorazado de la SS, en el frente de Caen. Parece que el bullicioso Meindl fue el que habló con más franqueza, especialmente cuando Warlimont realizó el dramático relato de las ocasiones en que había estado a punto de ser alcanzado por los cazas aliados durante el viaje. Meindl diría luego de Warlimont: «Pertenece a la serie de soldaditos de juguete en cuyas manos el hado había puesto nuestra fortuna». 4 Todos los oficiales con los que habló Warlimont estaban «descorazonados» por el abrumador efecto del poderío aéreo de los aliados.

El 4 de agosto por la mañana, Warlimont regresó al cuartel general de Kluge en La Roche-Guyon. Acababa de ser recibida una orden de Hitler en la que se decía que debían concentrar todas las divisiones acorazadas y atacar Avranches con el fin de cortar las líneas de comunicación de Patton. La operación iba a llamarse Lüttich. El propio Kluge ya había considerado llevar a cabo un plan similar, pero temía «no poder aguantar la línea y lanzar al mismo tiempo la contraofensiva». 5 Pero como se sospechaba que había estado complicado en la conjura de la bomba, Kluge no estaba en condiciones de oponerse a la voluntad del Führer.

Desde la reunión mantenida con Jodl y Warlimont, la actitud de Hitler se había vuelto más rígida y ahora rechazaba cualquier idea de retirada. El jugador que había en él, junto con su afición por lo teatral, le había inspirado una de sus fantasías sobre el mapa. Había estado contemplando los símbolos de las divisiones sobre el papel, negándose al mismo tiempo a reconocer que la mayoría de ellas habían quedado reducidas a una fracción de la que era teóricamente su fuerza. Para él, la idea de aislar al 3. er Ejército de Patton resultaba irresistible. Justificaba además su idea de aguantar en Normandía aduciendo que casi todas las divisiones de infantería carecían de medios de transporte mecanizados. La retirada las habría dejado, pues, a merced de las divisiones blindadas estadounidenses y de las fuerzas aéreas aliadas. Al mismo tiempo, cuando planeó la Operación Lüttich, se negó a tener en cuenta el poderío aéreo de los aliados. Semejante actitud era típica de su

propensión a ver sólo lo que le convenía.

El tiempo corría en su contra, como sabía Kluge mucho mejor que Hitler. El 4 de agosto por la noche, Patton regresó de Bretaña y se entrevistó con Haislip, comandante del XV Cuerpo. Bradley había dado órdenes al 3. er Ejército de que atacara por el este, a lo largo del frente abierto de los alemanes. Menos de dos horas después, Haislip informaba a los comandantes de sus divisiones de que a la mañana siguiente iban a lanzar una ofensiva. La 79. a División de Infantería debía tomar Laval, mientras que la 90. a debía tomar la ciudad de Mayenne, un poco más al norte.

Patton se había mostrado bastante mordaz al referirse a la 90. a División de Infantería tras encontrársela en la carretera, al este de Avranches, tres días antes. «La división está en malas condiciones, hay poca disciplina, los hombres están sucios y los oficiales son apáticos, muchos de ellos se quitan las insignias y disimulan las marcas de sus cascos. Ví a un teniente de artillería saltar de su jeep y esconderse en una zanja cuando un avión voló sobre ellos a gran altura y se puso a disparar un poco.» 6 Pero a las órdenes de su nuevo comandante, el general Raymond McLain, la 90. a División demostraría enseguida cómo una formación baja de moral podía dar un giro de ciento ochenta grados gracias a un buen liderazgo y a un cambio de las circunstancias. El 5 de agosto, la 90. a tomó la ciudad de Mayenne en sólo seis horas. El principal puente sobre el río había sido minado, pero «un chico francés de unos quince años se subió al puente y cortó los cables». 7 La 79. a tomó Laval a la mañana siguiente. El ataque de los americanos contra Bretaña, aunque no hubieran logrado conquistar ningún puerto importante, había servido en cualquier caso para distraer a los alemanes de la amenaza real que se cernía sobre su flanco sur. No habían esperado nunca que el 3. er Ejército avanzara hacia el este con tanta rapidez.

Patton seguía desdeñando en privado la preocupación de Bradley por la posibilidad de que los alemanes lanzaran una gran contraofensiva al norte de su posición, cerca de Mortain. «Personalmente no doy mucho crédito a esa posibilidad», había anotado en su diario el 1 de agosto, cuando Bradley le había planteado el asunto. Al día siguiente se puso hecho una furia cuando Bradley ordenó que se reforzara el extremo del frente, en las cercanías de Fougères. Patton pensaba que

Bradley estaba siendo tan excesivamente cauteloso como lo habían sido los británicos. Pero el instinto de Bradley era acertado, aunque en ese momento no tuviera informaciones del servicio de inteligencia que confirmaran sus sospechas.^[56] 8

Para Patton, el problema más urgente era de orden logístico. Sus divisiones acorazadas andaban escasas de combustible y sus fuentes de aprovisionamiento seguían estando al norte de Avranches. En la retaguardia las carreteras estaban atascadas de columnas de camiones de pertrechos y de tropas. La policía militar se veía sobrepasada cuando intentaba controlar de algún modo el tráfico que pasaba por el cuello de botella de Avranches veinticuatro horas de veinticuatro. Incluso los comandantes de las divisiones y los distintos cuerpos de ejército intentaban sortear el caos como podían. «Aproximadamente 13.000 camiones, tanques, jeeps, semiorugas y obuses cruzaban por el puente de Pontaubault, a una media de un vehículo cada treinta segundos.» 9 La Luftwaffe, que había recibido la orden de hacer todo tipo de sacrificios para atacar la ruta de Avranches, efectuaba incursiones aéreas de día y de noche con bombarderos y cazabombarderos. Pero los americanos, que habían sobrestimado sus necesidades de batallones de artillería antiaérea en Normandía, pudieron concentrar una potencia de fuego formidable en torno a los principales puentes al sur de Avranches.

Mientras daba comienzo el avance hacia el este del 3. er Ejército de Patton, el 1. er Ejército de Hodges continuaba acorralando a los alemanes al sur de Vire. Por la derecha, la 1. a División de Infantería norteamericana recibió la orden de avanzar hacia Mortain y luego crear un nexo de unión

con las fuerzas de Patton situadas al sur. La 1.ª División de Huebner había tomado Mortain y había asegurado la principal altura que dominaba la ciudad, la Colina 314, llamada los Rochers de Montjoie. Cuando el comandante del cuerpo de ejército al que pertenecía, el general Collins, le recordó la importancia de la cota, Huebner pudo darle una respuesta satisfactoria:

- Joe, ya la tengo.¹⁰

Mortain era una localidad tranquila en medio de un paisaje espectacular. La población, alargada y estrecha, se hallaba situada en lo alto de la ladera oeste de la colina de Montjoie, con el barranco del río Canée a sus pies. En el extremo norte del pueblo había dos cascadas. La mayor parte de las casas tenían una vista magnífica del barranco y de las empinadas colinas situadas al fondo. Avranches se encontraba a menos de 30 km a vuelo de pájaro.

Los franceses que habían intentado escapar de los combates que se libraban más al norte habían buscado refugio allí. La mayoría había llegado a pie, pues los alemanes habían requisado sus bicicletas y sus carretas para huir. Los refugiados envidiaban a los habitantes de Mortain porque su ciudad no había sufrido ningún daño. Los que podían permitírselo, almorzaban agradablemente en el Hotel Saint-Michel y soñaban con la paz venidera. Los únicos signos de la guerra eran los aviones aliados que volaban sobre sus cabezas. Los alemanes de las inmediaciones eran prácticamente invisibles durante el día, y sólo aparecían cuando oscurecía.

Desde detrás de las cortinas, otros habitantes de la comarca observaban la retirada de los alemanes hacia Domfront. «Algunas tropas siguen en buen estado, otras se encuentran completamente relajadas, hombres a caballo, en carretas, empujando carretillas. Todo eso nos recuerda el éxodo del 40.» n Cuando los alemanes ordenaban a los habitantes de las aldeas y los pueblos evacuar sus poblaciones, el alcalde les aconsejaba simplemente esconderse en los pajares y en el campo. Cuando los combates estaban cerca, las madres comprobaban que sus hijos llevaran etiquetas cosidas a la ropa con la dirección de algún pariente, por si a ellas las mataban.

El 5 de agosto por la noche, el general Huebner recibió la orden de trasladar la 1.ª División de Infantería a Mayenne. Al mismo tiempo, la 30.ª División de Infantería, de reserva cerca de Tessy-sur-Vire, debía trasladarse de inmediato a Mortain en camiones para relevar a las tropas de Huebner. Pero se tardó algún tiempo en reunir los medios de transporte necesarios y, por si fuera poco, las carreteras estaban tan atascadas que los convoyes de la 30.ª División avanzaban a una media de poco más de 5 km por hora. Sus primeros efectivos no llegaron a Mortain hasta el 6 de agosto a media mañana. Los oficiales de la 1.ª División les informaron de la situación. El sector estaba tranquilo, excepto por algunas salvas de artillería y la actividad de algunas patrullas en el flanco de la colina de Montjoie. No ocultaron, sin embargo, su sorpresa ante el hecho de que la noche anterior la Luftwaffe atacara Mortain con bombas y cargas incendiarias. El ataque no había sido muy efectivo, de modo que nadie lo consideró significativo.

Cuando el coronel Hammond D. Birks, el oficial al mando del 120.º Regimiento de Infantería, llegó a Mortain, se encontró las tiendas abiertas y los hoteles llenos de gente. A algunos de sus hombres les «pareció un lugar excelente para disfrutar de un pequeño descanso y un poco de relax», comentó. Pero de repente dio la sensación de que el ambiente cambiaba por completo. «Cuando llegamos aquí», escribiría luego un sanitario del 120.º Regimiento de Infantería, «los pocos franceses que quedaban en el pueblo empezaron de pronto a desaparecer. Llegó a nuestros oídos el rumor de que los franceses habían sido avisados de que los alemanes estaban a punto de atacar y habían ido a refugiarse a unas cuevas situadas cerca del pueblo. Esta información parecía totalmente increíble y seguimos tumbados ociosamente en la hierba».

El 2.º Batallón del 120.º Regimiento se apeó de los camiones en la calle mayor de Mortain y

escaló la parte rocosa de la cresta de Montjoie para ocupar las posiciones de la 1.º División alrededor de la Colina 314. Su oficial al mando, el teniente coronel Hardaway, tomó la desafortunada decisión de establecer su puesto de mando en el Grand Hotel, en el casco urbano, y no en lo alto de la Colina 314, junto con su batallón. Otras compañías se situaron en los puestos de bloqueo que conducían a la ciudad por el norte y por el sur. Un batallón fue enviado también al sureste de la población para asegurar la pequeña localidad de Barenton. 14

La mayoría de las divisiones alemanas estaban ya escondidas en sus puestos de reunión en el sector Sourdeval-Mortain. La división Das Reichyh. 116. a Acorazada se habían retirado el día 3 de agosto aprovechando la oscuridad. La 1. a División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler se había replegado también abandonando la línea sur de Caen para unirse al ataque, pero tenía un largo camino que recorrer. Los restos de la 17. a División de Granaderos Acorazados Gótz von Berlichingen fueron enviados a reforzar la Das Reich, cuya misión era cubrir el flanco sur de la ofensiva y atacar Mortain. Por el centro, la principal fuerza debía estar formada por la 2. a División Acorazada, que tenía que dirigirse sin dilación a Juvigny-le-Tertre, otros 25 km más allá. En el flanco norte, la 116. a División Acorazada debía atacar desde las proximidades de Mont Furgón, al este de Sourdeval. En cuanto llegara a su destino, la 1. a División Acorazada Leibstandarte Adolf Hitler debía pasar entre las otras unidades cuando éstas rompieran las líneas de los americanos, y proseguir sin dilación hacia Avranches.

Jodl advirtió a Kluge que Hitler deseaba que el ataque se hiciera con la máxima fuerza y le dijo que retrasara la ofensiva hasta el 8 de agosto. Pero Kluge, que acababa de enterarse de que los americanos avanzaban desde el río Mayenne hacia Le Mans, pensó que no podía esperar. Detrás de Le Mans se enconaba la base de aprovisionamiento del 7. a Ejército de Alençon.

Kluge, Hausser y su jefe del Estado Mayor, Gersdorff estudiaron esta amenaza. Los alemanes habían capturado un mapa americano que mostraba una ofensiva desde Le Mans contra París, pero no hacia el norte, lo que habría supuesto dejarlos aislados. Este hecho los indujo a pensar que los aliados no pretendían rodearlos. Los feroces ataques británicos fueron «los mayores obstáculos a la hora de tomar la decisión», anotó Gersdorff. Hitler no mostraba demasiada preocupación por el avance del 3. er Ejército. En su opinión, sólo significaba que la ofensiva no serviría más que para aislar un número todavía mayor de tropas americanas.

Kluge veía la ofensiva de Avranches como un medio de perjudicar a los aliados antes de retirarse al Loira por el sur y al Sena por el este. Hitler, por su parte, con su optimismo enloquecido, la veía como un primer paso hacia el restablecimiento del frente existente en Nor-mandía a comienzos de julio. El OKW prometió mil cazas en apoyo de la operación, pero ninguno de los máximos comandantes creía que fuera a cumplir su palabra. «Habían sido engañados muchas veces en el pasado y pensaban que iban a ser engañados de nuevo», reconocería Warlimont una vez acabada la guerra. 15 Pero él mismo había sido uno de los que habían engañado a Hitler, convenciendo a los generales de que la situación era mejor de lo que en realidad era.

La Operación Lüttich debía ser dirigida por el general de las tropas acorazadas, barón Hans von Funck, comandante del XLVII Pan-zerkorps, que causaba desagrado a todo el mundo. El teniente general conde Gerhard von Schwerin, el hombre intelectualmente presumido que estaba al mando de la 116. a División Acorazada, ya había tenido una serie de furibundas peleas con Funck por la forma en que había manejado el contraataque al oeste del Vire el 28 de julio. Funck había acusado a la 116. a División Acorazada de «resistencia pasiva, cobardía e incompetencia». 16 Schwerin se había enzarzado ahora en una nueva discusión con Funck por la lucha para mantener el punto de partida de

la Operación Lüttich. La 84.ª División de Infantería, recién llegada a la zona y situada a su derecha, que supuestamente debía encargarse de ese sector, estaba empezando a ceder debido a la reanudación de los ataques americanos. Además Funck creía equivocadamente que Schwerin no había trasladado a la 2.ª División Acorazada un batallón de Panther, como le habían ordenado. Exigió que Schwerin fuera relevado del mando. Como el ataque estaba a punto de comenzar, el Oberstgruppenführer Hausser se negó. Es evidente que todos los oficiales de mayor rango estaban muy nerviosos.

El 6 de agosto, a las 15:20, menos de cuatro horas antes de la hora a la que debía dar comienzo la ofensiva, el mariscal Von Kluge recibió un comunicado por radio que empezaba de un modo conocido por todos: «El Führer ha ordenado...». La Operación Lüttich, decía, no debe ser dirigida por el general Von Funck, sino por el general Eberbach. Hitler odiaba a Funck porque había sido oficial del Estado Mayor personal del Generaloberst barón Werner von Fritsch, al que el Führer había destituido en 1938. En 1942, Funck estaba destinado a asumir el mando del Afrika Korps, pero Hitler nombró en su lugar a Rommel.

Kluge quedó aterrado ante aquella decisión. Llamó inmediatamente por teléfono al OKW en Prusia oriental para protestar diciendo que un cambio de mando unas pocas horas antes de que diera comienzo la ofensiva era «prácticamente imposible». Cuando le respondieron que la operación debía ser retrasada, como quería el Führer, Kluge contestó: «El ataque debe llevarse a cabo esta noche. Si esperamos más, tendríamos que hacer frente a un grave deterioro de nuestra situación. La demora de un solo día acarrea el peligro de que las fuerzas aéreas del enemigo destruyan las zonas de reunión».

Kluge logró persuadir al OKW de posponer la cesión del mando a Eberbach, pero tenía además otros quebraderos de cabeza. Los elementos avanzados de la 1.ª División Acorazada de la SS heibstandarte Adolf Hitler no habían llegado más que hasta Flers. Kluge llamó por teléfono al cuartel general del 7.º Ejército para decir que tenía dudas de poder llegar a tiempo. Aunque la Leibstandarte había empezado a replegarse el 4 de agosto por la noche, su traslado a la zona de Mortain se había visto retrasado por una repentina acometida de los canadienses, y luego por los atascos de tráfico y un violento ataque aéreo.

Pese a los temores que abrigaba Kluge de que se produjeran incursiones de bombardeo en sus zonas de encuentro, la jornada experimentó «muy poca actividad aérea». 19 La 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich estaba bien escondida bajo las hayas y los robles del antiguo bosque de Mortain, una cresta frondosa de forma alargada situada al sureste de la localidad. A la derecha tenía al Regimiento de Granaderos Acorazados Führer, en el centro al grupo de combate de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS Gótz von Berli-chingen, ya la izquierda estaba el Regimiento Deutschland, apoyado por el 2.º Regimiento Acorazado de la SS, dispuesto a doblar hacia el suroeste después de pasar por Mortain.

La 30.ª División de Infantería norteamericana, situada en Mortain y sus inmediaciones, todavía ignoraba casi por completo lo que se avecinaba. La 4.ª de Infantería, que estaba en la reserva, anotó en su diario de operaciones: «La guerra parece prácticamente acabada». Este optimismo se vio estimulado por la noticia de que Turquía había roto sus relaciones con Alemania, por los intentos de Finlandia, Bulgaria «y posiblemente Hungría» de salir de la guerra, por los avances de los americanos hacia Brest y Mayenne, y por la llegada del Ejército Rojo a las afueras de Varsovia y a la frontera de Prusia oriental. El 6 de agosto, el 12.º Regimiento de Infantería de la división finalmente se retiró a descansar en un «bonito vivaque cerca del pintoresco pueblecito de Brécéy. Enseguida se tomaron disposiciones para la instalación de duchas, espectáculos, películas y chicas "donuts" de la Cruz Roja. Por primera vez desde el Día D los chicos de ojos hundidos y mejillas demacradas del

12.º grupo de combate pudieron relajarse». Aquella tarde y noche, los decodificadores de Bletchley Park empezaron a trabajar febrilmente en una verdadera oleada de interceptaciones. Habían pedido a la Luftwaffe que proporcionara protección nocturna con cazas a la 2.ª División Acorazada de la SS con vistas a un ataque sobre Mortain y sus alrededores. La 2.ª y la 116.ª División Acorazada, así como la Leibstandarte, fueron identificadas también como integrantes de un ataque cuyo punto de partida se hallaba entre Mortain y Sourdeval. Aunque más escéptico frente a las informaciones de Ultra que la mayoría de los comandantes, a Bradley no le quedaba la menor duda respecto a la seriedad del ataque. Se aseguró de que todos los batallones de artillería disponibles fueran enviados urgentemente al sector amenazado, entre los ríos Sée y Sélune. Se remitió un mensaje a la 30.ª División de Infantería instándole a reforzar el batallón de la Colina 314, que dominaba Mortain, pero parece que no llegó a tiempo. Por el noroeste, el alcalde de Le Mesnil-Tove advirtió al oficial al mando de una compañía del 117.º Regimiento de Infantería de la 30.ª División que había tropas alemanas con tanques escondidas en los bosques en las cercanías de Bellefontaine, detrás de las líneas americanas. Cuando el comandante de la compañía informó de la noticia, el cuartel general de su división le respondió que «dejara de propagar rumores». 24

El inicio del ataque, que originalmente debía producirse a las 18:00, fue retrasado varias veces por la demora de la Leibstandarte. Además, se hicieron cambios de última hora en las formaciones, sobre todo porque otras unidades que debían reforzar la operación no llegaron a tiempo a consecuencia de la presión de los aliados en otros lugares del frente. Kluge, que quiso hacer unos cambios de última hora en el plan, fue persuadido de que dejara las cosas como estaban. Por último, a media noche, el avance dio comienzo sin preparación de artillería. El plan consistía en infiltrarse lo más posible detrás de las líneas enemigas antes del amanecer.

El primer choque tuvo lugar en el flanco norte, antes incluso de que diera comienzo oficialmente la Operación Lüttich. A las 22:30 del 6 de agosto, dos motocicletas semioruga alemanas se saltaron un puesto de bloqueo de la 39.º Regimiento de Infantería al este de Chérencé-le-Roussel, pero fueron puestas fuera de combate por otra compañía un poco más adelante en la propia carretera. Todo quedó entonces tranquilo, pero alrededor de la media noche se oyó ruido de tanques por la carretera situada un kilómetro más al sur que conducía de Bellefontaine a Le Mesnil-Tóve. Nadie lo asoció con el anterior aviso del alcalde.

Dos horas más tarde, a las 02:00 del lunes 7 de julio, el batallón del valle fue atacado por unos soldados de infantería alemanes provenientes de Mont Furgón, un poco más al norte, y más contingentes de infantería con apoyo de tanques de la 116.ª División Acorazada procedentes del este. Con el refuerzo de unos cuantos Sherman del 746.º Batallón de Tanques, la agresión pudo ser repelida. Los americanos seguían dando por supuesto que se trataba simplemente de un ataque localizado. Pero pronto quedó patente que el principal eje del avance alemán estaba situado en la pequeña carretera situada al sur, que atravesaba Le Mesnil-Tóve. Se trataba de la columna norte de la 2.ª División Acorazada y a las 05:00 los alemanes se habían dispersado por todo el pueblo y se dirigían a Le Mesnil-Adelée.

El avance de la columna sur de la 2.ª División Acorazada se retrasó hasta las 05:00. En Saint-Barthélemy, parte del 117.º Regimiento de Infantería oyó el ominoso ruido de los blindados avanzando, pero la niebla era tan espesa que la visibilidad se había reducido a poco más de veinte metros. Mientras que algunos puestos de bloqueo fuera de la localidad fueron rebasados con facilidad, una posición antitanque logró cortar el paso a un destacamento de Panther, poniendo a dos fuera de combate. Otros grupos de Panther, con apoyo de infantería, lanzaron ataques desde otras

direcciones, entre ellos un destacamento avanzado de la 1.ª División Acorazada de la SS. La infantería americana tuvo que librar duros combates con la ayuda de bazookas. Resistió «extraordinariamente bien», como reconocería más tarde el general Von Lüttwitz, de la 2.ª División Acorazada. 26

En Saint-Barthélemy entraron ocho Panther y se detuvieron en la calle mayor, justo delante del cuartel general avanzado del teniente coronel Frankland, del 1.º Batallón del 117.º de Infantería. Uno de sus oficiales se asomó a la ventana y vio de pronto un Panther en la calle. Entonces oyeron ruidos en la parte de atrás de la casa. Frankland fue a investigar y comprobó que dos de sus radiotelegrafistas eran obligados a marchar con las manos en alto. Abatió de un tiro a dos soldados de la SS que los conminaban a salir y vio otro Panther en la calle, en la parte posterior de la casa. Sorprendentemente, el grupo de combate de Frankland logró salir huyendo por una ventana y reunirse con una de las compañías. Ante la acometida de los granaderos acorazados de la SS, la mayoría del batallón de Frankland emprendió la retirada, saltando los setos y escabulléndose por las cunetas.

Aunque el batallón de Frankland había sido rebasado, la feroz defensa de Saint-Barthélemy que realizaron causó un retraso esencial al avance de la 2.ª División Acorazada hacia Juvigny-le-Tertre. Los Panther no reanudaron su avance hasta última hora de la mañana. Esta circunstancia dio a los americanos tiempo para traer refuerzos a toda prisa, especialmente para bloquear a la columna norte en Le-Mesnil-Adelée, a cuatro kilómetros al oeste de Le-Mesnil-Tóve.

Poco después de la media noche, las tres Kampfgruppen de la División Das Reich y de la Gotz von Berlichingen se habían acercado a Mortain y a la Colina 314. Contaron además con la ayuda de la espesa niebla, que amortiguó el ruido de sus motores.

El 7 de agosto, a la 01:25, el batallón americano instalado en la Colina 314 se levantó al oír disparos de arma corta. Los alemanes habían encontrado una ruta para saltarse el puesto de bloqueo situado más abajo, en la entrada sur al pueblo. Lanzaron un ataque contra la colina y contra la propia Mortain. El coronel Hammond Birks, comandante del 120.º de Infantería, envió una compañía a Mortain a despejar la zona, pero los alemanes estaban ya bien asentados en el pueblo. A las 02:00, atacaron la Colina 314 también desde el norte.

Birks no tenía reservas, y el teniente coronel Hardaway, atrapado en el Grand Hotel en el centro del pueblo, no podía reunirse con el grueso de su batallón, que estaba en lo alto de la colina. En compañía de su grupo, en el que había otros tres oficiales, intentó salir del Grand Hotel y abrirse paso a través del pueblo hasta la colina, pero las patrullas de granaderos acorazados los obligaron a buscar refugio en una casa abandonada. 28

Aunque la mayor parte de los puestos de bloqueo fueron rebasados enseguida, la posición defensiva instalada junto a la Abbaye Blanche, justo a la salida de la población por el norte, infligió graves bajas a sus atacantes, pertenecientes a la División de la SS Das Reich. El escuadrón de tanques destructores del teniente Springfield, con sus cañones de tres pulgadas, disparó relativamente desde cerca contra cada semioruga alemán que aparecía entre la niebla. «Un ruidoso estrépito, seguido de un resplandor rojo, revelaba cada tiro que daba en el blanco. En cuanto a los ocupantes de los transportes blindados de personal, en el momento en que salían dando tumbos de sus vehículos recién abatidos, eran barridos con ráfagas de ametralladora. Las balas trazadoras rebotaban violentamente al dar contra el pavimento o en los costados blindados de los vehículos inmovilizados.» El coronel Birks, consciente de la importancia del puesto de la Abbaye Blanche, lo reforzó con otras dos secciones. Uno de sus comandantes, el teniente Tom Andrews, no tardó en asumir la dirección de los combates defensivos en esta posición.

Una compañía del batallón del teniente coronel Lockett, del 117.º de Infantería, había sido

enviada con cuatro tanques destructores a Romagny, a dos kilómetros al suroeste de Mortain, para bloquear el cruce de carreteras. Se llevaron una amarga sorpresa cuando descubrieron que los alemanes ya habían tomado la población. El batallón de Lockett no sólo estaba dividido en distintos destacamentos, sino que éstos además venían en tres direcciones distintas y los alemanes se infiltraban en sus posiciones utilizando armas americanas capturadas. Al oír el ruido característico que hacían, los soldados americanos pensaban que eran atacados desde su propio lado. A Lockett sólo le quedaban unos treinta hombres directamente a sus órdenes. Muchos de ellos no eran fusileros, pero tuvieron que combatir como tales. La unidad de primeros auxilios del batallón se vio casi superada por el número de bajas a las que tenía que atender.

Al otro lado del valle, en la Colina 314, la situación del 2.º Batallón del 120.º Regimiento era ya desesperada. Estaban rodeados por la Kampfgruppe de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS. Sus heridos se hallaban a la intemperie, y eran vulnerables a los disparos de los morteros. Las posiciones de la compañía estaban aisladas y andaban escasos de municiones porque no podían llegar a su arsenal, que en esos momentos se hallaba defendido por el fuego de los francotiradores. Debido a la ausencia de Hardaway, se dijo al capitán Reynold C. Erichson que asumiera el mando del grueso del 2.º Batallón en la posición situada en la cima de la colina. Utilizando cantos rodados, pequeñas trincheras y maleza, el «Batallón Perdido», como pasó a llamarse, se dispuso a resistir en la Colina 314. Su mayor tesoro era un observador avanzado de artillería que, en cuanto levantó la niebla, pudo dirigir y corregir el fuego desde su posición elevada.

Necesitados urgentemente de apoyo para detener a los blindados alemanes, el general Bradley y el general Hodges se pusieron en contacto con la IX Fuerza Aérea del general Quesada. En cuanto levantó la niebla alrededor de las 11:00, los P-47 Thunderbolt entraron en acción. Pero los americanos, reconociendo que los cohetes de los Typhoon de la RAF constituían el arma más eficaz contra los tanques, se pusieron en contacto con la Fuerza Aérea Táctica (TAF, por sus siglas en inglés) del mariscal del aire Coningham. Coningham y Quesada acordaron que los Typhoon «se ocuparan exclusivamente de las columnas blindadas enemigas», mientras que los cazas americanos proporcionarían una pantalla de protección, y los cazabombarderos de esta misma nacionalidad atacarían a los transportes en las zonas de retaguardia de los alemanes. 30

Aunque en la pista de Fresne-Camilly, al norte de Caen, la mañana se había presentado húmeda y brumosa, habían sido enviados dos Typhoon en misión de reconocimiento. Localizaron a los blindados alemanes avanzando por la zona de Mortain. Regresaron de inmediato, y en cuanto aterrizaron los dos pilotos salieron corriendo y se encaminaron a la tienda de los servicios de inteligencia. Se mandó un jeep a la zona en la que estaban las tiendas de las tripulaciones de los aviones, situada detrás de un seto bastante alto, y el conductor fue tocando la bocina en señal de aviso. El personal de tierra preparó a toda prisa los Typhoon para que despegaran cuanto antes, mientras los pilotos se reunían en una tienda para recibir órdenes.

- Este es el momento que hemos estado esperando todos, caballeros -dijo el comandante de escuadrilla Charles Green, tras obtener del cuartel general de Coningham unos minutos antes la confirmación de la misión-. La oportunidad de pillar a los Panzer al descubierto. Y hay un montón de esos hijos de puta.

Debían atacar en parejas, no en formación de escuadrilla. La duración del vuelo hasta el objetivo era de apenas quince minutos. Ello significaba que toda la escuadrilla debía formar un «ciclo continuo de salidas de Typhoons».

Los pilotos corrieron a sus aviones. Uno de ellos, movido por una superstición personal,

insistió en no romper su costumbre de orinar contra la cola del aparato antes de meterse en la cabina. Los pilotos de la Escuadrilla 123 procedían de muchas naciones distintas. Constituía casi una especie de legión extranjera de aviación, con pilotos británicos, belgas, franceses, canadienses, australianos, neozelandeses, sudafricanos, noruegos, polacos y argentinos, e incluso un judío alemán llamado Klaus Hugo Adam (posteriormente el cineasta sir Ken Adam). 32

Los rayos del sol disiparon la niebla cuando despegaron apresuradamente las dieciocho escuadrillas del Grupo 83. Además del cañón de 20 mm, los Typhoon tenían unos raíles debajo de las alas que llevaban ocho cohetes, cada uno de ellos con una cabeza de sesenta libras de explosivo de gran potencia. Algunos pilotos afirmaban que sus salvas eran el equivalente a la andanada de un crucero ligero. Las pruebas efectuadas, sin embargo, habían demostrado que un piloto medio que disparara sus ocho cohetes tenía «más o menos un 4 por 100 de probabilidad de dar en un blanco del tamaño de un tanque alemán». El avión al menos tenía una «fuerza bruta y una robustez» que lo hacían sobresalir por encima de casi todos los demás aviones frente a los disparos efectuados desde el suelo.

La primera oleada entró en acción contra la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler en la carretera que discurría al oeste de Saint-Barthélemy. El polvo pardo que levantaban las orugas de los vehículos blindados reveló a los Typhoon la posición de su objetivo en cuanto llegaron. Los pilotos novatos intentaban recordar la cantinela de los entrenamientos: «Lanzarse en picado -Disparar- ¡Largarse!», y la necesidad de evitar que el aparato se deslizara a un lado y «patinara» de costado. 34 El primer objetivo era el vehículo que iba en cabeza. El segundo era el último de la columna. Unas veces disparaban sus cohetes en salvas de ocho y otras los «ondulaban», disparando en una secuencia de parejas. Una vez agotados los cohetes, los pilotos intentaban que los proyectiles de sus cañones de 20 mm rebotaran sobre el pavimento a corta distancia del blanco, para que dieran en la parte más vulnerable del tanque o del semioruga, la panza. Muy pronto el humo negro procedente de los blindados en llamas haría difícil ver con claridad, y el peligro de colisión en el aire sería cada vez mayor.

A los veinte minutos del despegue, los Typhoon estaban de vuelta en el aeródromo para reabastecerse de munición y de combustible en un verdadero alarde de cadena de montaje. En tierra, los pilotos sudaban impacientes en el calor terrible de sus cabinas, con la capota de plexiglás echada. Las hélices de los Typhoon, movidas por los motores Sabré, levantaban nubes de polvo por doquier, de modo que el personal de tierra y los armeros, desnudos de cintura para arriba en el calor de agosto, tenían que ponerse delante de la cara pañuelos atados por detrás de la cabeza, como los bandidos. En cuanto el piloto recibía la señal de aprobación con el pulgar levantado, podía dar media vuelta y despegar de nuevo. Y así se desarrolló aquel puente aéreo. El avance de la 2.ª División Acorazada alemana sobre Juvigny-le-Tertre también se detuvo.

Los escuadrones de cazas americanos desempeñaron su papel admirablemente. Muy pocos de los trescientos cazas de la Luftwaffe prometidos llegaron a menos de sesenta kilómetros de Mortain. La Luftwaffe llamó luego por teléfono al 7.º Ejército para pedir disculpas. «Nuestros cazas se han visto envueltos en combates aéreos desde el momento mismo del despegue y no han podido llegar a la zona que se habían marcado como objetivo. Esperan, no obstante, que los combates aéreos en los que han intervenido hayan resultado igualmente útiles.» El oficial del Estado Mayor del 7.º Ejército replicó con sequedad:

- No se ha producido ningún alivio digno de mención.³⁶

La principal oposición a los Typhoon provino de las ametralladoras. Se perdieron tres aparatos y muchos resultaron dañados, pero la Leibstandarte no tardó en informar de que sus vehículos

blindados se estaban quedando sin munición.

Alrededor de Mortain, donde las fuerzas enfrentadas estaban más mezcladas y eran más difíciles de diferenciar, hubo varios casos de Typhoons que atacaron posiciones americanas por error. Destruyeron varios vehículos de esta nacionalidad y causaron algunas bajas. Por ejemplo, en el puesto de bloqueo de la Abbaye Blanche, al mando del teniente Andrews, hirieron a dos integrantes de la dotación de un tanque destructor. Pero «los británicos fueron perdonados enseguida», diría luego el teniente Andrews, pues «hicieron un trabajo estupendo contra los alemanes».

A los soldados americanos capturados por los alemanes en Mortain les resultaba muy desconcertante tener que protegerse de la aviación aliada. Un sanitario que se vio obligado a permanecer pegado al suelo durante el ataque, comprobó que tenía que levantar el pecho de la tierra para reducir el efecto de choque de las explosiones. Cuando se fueron los Typhoon, sus guardianes examinaron los vehículos en llamas y menearon la cabeza con un gesto de desesperación diciendo:

«Alies kaputt!».

En esta ocasión, lo primero que los alemanes habían quitado a los prisioneros eran las pastillas para depurar el agua, la morfina y otros suministros médicos para sus propios heridos. Habitualmente, a sus captores alemanes les interesaba más apoderarse de los cigarrillos o las golosinas que pudieran llevar los prisioneros, ansiosos de satisfacer unos deseos que sus propias raciones raramente cubrían.

A las 16:00, el humo y el polvo que se cernían sobre los objetivos imposibilitaron la realización de más operaciones en vuelo rasante. La mayor parte de los Typhoon fueron desviados al este de Vire para que se ocuparan del contraataque alemán contra la 11.ª División Acorazada británica. Las dieciocho escuadrillas de Typhoon del Grupo 83 habían realizado 294 salidas. «A medida que fue pasando el día», escribió el mariscal del aire Coningham en su informe oficial, «fue haciéndose patente que estábamos escribiendo la historia de la aviación». A continuación repasaba los logros alcanzados. «Durante esta jornada los Typhoon lanzacohetes de la II Fuerza Aérea Táctica afirman que han destruido 89 tanques, probablemente han destruido otros 56 vehículos con oruga y han visto humear otros 47 vehículos a motor. En estos cálculos no se incluyen 56 tanques enemigos dañados y 81 vehículos a motor averiados.»

Cinco meses después, Coningham se puso hecho una furia cuando recibió el informe de la sección de investigación de operaciones, que examinó la zona inmediatamente después de la batalla y analizó los vehículos alemanes abandonados. En la zona de Mortain descubrieron que de los 78 vehículos blindados alemanes destruidos, sólo 9 podían atribuirse a un ataque aéreo. Evidentemente, algunos de los que resultaron menos gravemente dañados fueron recuperados por los alemanes antes de retirarse, pero las conclusiones generales acerca de la precisión de los Typhoon supusieron una dura sorpresa para la Real Fuerza Aérea. Parece que Coningham consideró el informe bastante desleal y lo rechazó, pero un segundo informe confirmó los hallazgos del primero.

Los generales alemanes, por su parte, atribuyeron enseguida el revés sufrido al poderío aéreo de los aliados. «Lo entiendan o no», dijo Geyr von Schweppenburg sin el menor miramiento a los americanos que lo interrogaron al término de la guerra, «fueron los aviones lanzacohetes británicos los que detuvieron nuestro contraataque sobre Avranches, no su 30.ª División de Infantería». 41 En la mayoría de los casos su argumento se basaba en meros pretextos. Sin embargo, las fuentes alemanas no son las únicas en atribuir el revés sufrido en Mortain a esos ataques con cohetes.

En muchos casos, el temor a los Typhoon hizo que los tripulantes de muchos blindados abandonaran sus tanques aterrorizados, aunque a decir verdad habrían estado más seguros dentro de ellos que fuera. Un sargento americano observó: «No hay nada como un ataque aéreo para obligar a

la tripulación aterrada de un Panzer a hacer eso». Y un tanque abandonado era casi tan eficaz como un tanque destruido para bloquear a una columna en una carretera estrecha. En cualquier caso, la operación de los Typhoon del 7 de agosto obligó a la 2.ª División Acorazada y a la Leibstandarte a abandonar las carreteras y a ponerse a cubierto, deteniendo así su avance. Esta circunstancia dio al 1.º Ejército estadounidense la oportunidad de recurrir a la artillería y a los blindados para reforzar la línea. 43

Pronto habría doce batallones y medio de artillería de campaña disparando en apoyo de la 30.ª División de Infantería, entre ellos tres batallones de «Long Tom» de 155 mm. Los observadores aéreos de los aviones Cub les permitían dirigir y ajustar los disparos, de modo que todas las rutas importantes se hicieron prácticamente intransitables. Pero aunque la ofensiva alemana fue frustrada, la posición de las unidades americanas en los alrededores de Mortain seguía en peligro.

El puesto de bloqueo de carretera del teniente Andrews en la Abbaye Blanche sufrió frecuentes disparos de Nebelwerfer, aunque, por fortuna, los defensores habían ocupado unas trincheras alemanas muy bien construidas provistas de protección en la parte superior. Se mantuvo asimismo abierta una peligrosa ruta de abastecimiento a través de Le Neufbourg. Pero no había muchas esperanzas de enviar socorros al 2.º Batallón del 120.º de Infantería en lo alto de la Colina 314. Las tropas del capitán Erichson se habían dividido entre tres posiciones. Había muchos heridos y tenían escasez de municiones. Sólo el fuego de la artillería americana, dirigido por el teniente Robert Weiss, el observador avanzado que estaba con el «Batallón Perdido», había impedido que la Kampfgruppe de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS los rebasara. Había marcado todas las vías de ataque previsibles y las zonas de reunión existentes debajo de su posición para que la artillería de campaña les prestara apoyo incluso durante las horas de oscuridad.

A las 19:00, el teniente coronel Lockett envió una parte de su batallón del 117.º Regimiento de Infantería (que había sido agregado al 120.º) a Le Neufbourg, la localidad situada en el extremo norte de Mortain y cerca de la Abbaye Blanche. La idea consistía en despejar Mortain, pero en cuanto la primera compañía entró por el extremo noroeste del pueblo, las ametralladoras alemanas abrieron fuego desde las casas situadas a ambos lados de la calle, y empezó a caer una verdadera lluvia de bombas de artillería y de mortero. La compañía sufrió 73 bajas en muy poco tiempo, y se vio obligada a retirarse. Dándose cuenta de la imposibilidad de tomar Mortain por asalto con una fuerza tan reducida y reconociendo la importancia del puesto de bloqueo de la Abbaye Blanche, dijo a los efectivos de la compañía que le quedaban que se sumaran a las tropas de éste. Pero varios de ellos habían quedado traumatizados por el fuego intensísimo de que acababan de ser objeto y no participaron demasiado en el resto de los combates.

Mientras tanto, en la propia Mortain, un grupo de unos 45 hombres de la Compañía C del 120.º Regimiento se había quedado atrapado sin comida y sin agua y con varios heridos. Habían infligido numerosas bajas a los granaderos acorazados de la SS que intentaban limpiar de enemigos la ciudad. El coronel Lockett quería sacarlos de allí para poder bombardear Mortain a su antojo. Se reunió una patrulla de salvamento con varios rezagados de la compañía acorralada y una docena de camilleros para transportar a los heridos. Iban capitaneados por el sargento William Stasko, que había llevado a cabo un reconocimiento de la peligrosa ruta que bajaba hasta el fondo de la garganta y llegaba por arriba hasta la parte más alejada. Tenían fuego de cobertura proporcionado por el escuadrón de morteros, que gozaba de una visión muy clara desde su posición en lo alto de una colina al oeste del barranco. La patrulla consiguió llegar adonde estaba la mayoría de los hombres y sacarlos de allí, pero lo empinado de la ladera hizo que el descenso resultara tan difícil que tuvieron que cargar a los

heridos a la espalda para llegar abajo.

El 8 de agosto, la principal preocupación de la 30.ª División era conservar la posición del «batallón perdido» en la Colina 314. Intentaron lanzarles pertrechos por medio de aviones de observación Piper Cub, pero la división Das Reich recurrió a sus cañones antiaéreos para impedirlo. El batallón perdido era «una espinita que tenían clavada», como reconocería más tarde el comandante de un cuerpo de ejército alemán. «Su valeroso compromiso paralizó todos los movimientos en la zona de Mortain.» 44 Pero sin agua, municiones, comida y recursos médicos, sus esperanzas de resistir parecían esfumarse a pasos agigantados.

Ese día, mientras los combates seguían en Mortain y sus alrededores, los americanos lanzaron un contraataque contra Romagny, al suroeste de la localidad. Mientras tanto, Bradley trajo a la 2.ª División Acorazada y a un regimiento de la 33.ª División de Infantería para atacar los flancos sur de los alemanes en los alrededores de Mortain. La 2.ª División Acorazada, que avanzaba desde Barenton, se encontró de manos a boca con lo que quedaba de la 10.ª División Acorazada de la SS Frundsberg, que Eberbach se había visto obligado a retirar tras el vapuleo que le había propinado la 11.ª División Acorazada británica al este de Vire. La fuerza cada vez mayor de los americanos alrededor de Barenton aseguraba que los alemanes no pudieran relanzar su ofensiva más al sur, tal como habían esperado.

Con la Operación Lüttwich frustrada por una respuesta de los americanos más vigorosa de lo esperado, la tensión a la que se veían sometidos los soldados alemanes y sus comandantes aumentó de forma espectacular. Un soldado americano que había sido hecho prisionero recuerda cómo los oficiales y los soldados rasos enemigos fortalecían sus nervios con botellas de coñac, cada vez que se abatía sobre ellos la cortina de fuego de la artillería estadounidense. 45 Y las unidades de primera línea habían empezado a oír decir a las tropas de intendencia que el avance del 3.º Ejército norteamericano hacia el sur amenazaba con dejarlos aislados.

En la retaguardia, en el cuartel general de la formación, la tensión estalló en peleas furibundas, entre las cuales destaca especialmente la venganza que se tomó el general Von Funck del general Von Schwerin, de la 116.ª División Acorazada. En el ambiente cargado de sospechas que se creó tras la conjura de la bomba, Schwerin era muy vulnerable debido a sus frecuentes comentarios irónicos en contra de los nazis. Tras acusar falsamente a la 116.ª de no haber tomado parte en la operación, Funck finalmente persuadió al Oberstgruppenführer Hausser de que relevara del mando a Schwerin, aunque siguieran los combates.

Kluge estaba al borde de la desesperación. La ofensiva canadiense, la Operación Totalize, lanzada contra Falaise la noche del 7 de agosto, significaba que no podía sacar más fuerzas del 5.º Ejército Acorazado. Había contado además con que la 9.ª División Acorazada se le uniera en la ofensiva contra Avranches, pero ahora veía que necesitaba desesperadamente efectivos en su retaguardia. El 3.º Ejército americano había enviado a uno de sus cuerpos al norte, en dirección a Alençon y la base de aprovisionamiento del 7.º Ejército alemán. «Era bastante evidente», escribió el jefe del Estado Mayor de Hausser, «que aquél iba a ser el golpe de gracia y el fin del ejército y de todo el frente occidental».

La posibilidad de verse rodeados se había convertido ya en una amenaza real, pero Hitler insistía en que la ofensiva de Avranches debía reanudarse. El 9 de agosto, el general de infantería Walter Buhle, del OKW, llegó al cuartel avanzado del 7.º Ejército en las cercanías de Flers para asegurarse de que así era. «Insistió en ver personalmente al general Hausser», escribió Gersdorff, su

jefe del Estado Mayor. «Preguntó en forma directa a Hausser acerca de las órdenes de Hitler, si consideraba "que la continuación de la ofensiva podía tener algún éxito". Hausser respondió afirmativamente.» Suponía que cualquier otra respuesta habría dado lugar a su destitución inmediata. El mariscal Von Kluge, aunque sabía que la operación estaba conduciéndolos al desastre, tampoco estaba en condiciones de negarse. Ordenó a Hausser que relanzara el ataque con lo que ahora llamaban la Panzergruppe Eberbach. Los dos hombres sabían que aunque sus tropas llegaran a Avranches, nunca habrían tenido fuerzas suficientes para retener la posición. 46

En Mortain propiamente dicha, el teniente coronel Hardaway, el oficial al mando del 2.º Batallón del 120.º Regimiento, logró escabullirse de la ciudad por el lado este, pero fue capturado cuando intentaba trepar por la Colina 314 para reunirse con sus hombres.

A las 18:20, un oficial de la Waffen-SS, acompañado por un soldado de la SS portando una bandera blanca, se acercó a una de las defensas del batallón. Afirmó que ofrecía «formalmente» a los americanos de la colina la oportunidad de una rendición honrosa. Estaban rodeados y su posición era desesperada. Si no se rendían antes de las 22:00, sus tropas los harían «saltar en pedazos». La respuesta fue que no se rendirían mientras tuvieran «municiones para matar alemanes, o les quedara una bayoneta para clavársela en la barriga a un cabeza cuadrada». Aquella noche la SS atacó con blindados, gritando, según parece, «¡Rendios! ¡Rendios!», pero le cortaron el paso con cañones antitanque y bazookas. Únicamente consiguió cruzar un carro blindado, que hizo un solo prisionero americano.

El puesto de bloqueo de la Abbaye Blanche repelió también numerosos ataques, entre ellos uno con lanzallamas. En un intento de ayudar a sus defensores y de controlar la carretera que salía de Mortain hacia el norte, se hicieron esfuerzos por tomar el cruce de carreteras de la Colina 278, a mitad de camino entre Mortain y Saint-Barthé-lemly. Parte del 12.º Regimiento de Infantería, que había sido traído desde su zona de descanso en Brécey, intentó obligar a retroceder a la Kampfgruppe norte de la División de la SS Das Reich. Tenían luego que dirigirse al sur y entrar en Mortain para relevar a las avanzadillas acorraladas de la 30.ª División. El 2.º Batallón del 12.º Regimiento de Infantería casi había llegado al trascendental cruce de carreteras cuando recibió un «tremendo golpe» de los blindados de la Leib-standarte. Los americanos se replegaron hacia el oeste de un arroyo e intentaron hacer pasar los tanques y los tanques destructores a través de aquel terreno pantanoso, pero resultó imposible. 48

El 9 de agosto, los alemanes atacaron de nuevo aprovechando la niebla matutina al sur de Saint-Barthélemy. Se vieron granaderos acorazados de la SS vestidos con retazos de uniformes estadounidenses y llevando armas americanas. Un grupo llevaba «zapatos, calzones, guerreras de campaña y cascos americanos». 49 A veces los combates eran peleas cuerpo a cuerpo, en las que los granaderos acorazados- se lanzaban contra los soldados del 12.º de Infantería en sus trincheras. El fuego de la artillería alemana fue particularmente intenso. «Por primera vez tuvimos que soportar un fuego más fuerte que el nuestro», observaría luego un oficial. 50 La tensión de cuatro días de combates a la desesperada se dejó sentir después de tantas semanas de lucha. «El Regimiento tuvo unos trescientos casos de agotamiento durante este período.»

La ferocidad de la lucha nos la indica este extraordinario informe del 12.º Regimiento de Infantería. El soldado Burik, de la Compañía E, 2.º Batallón, oyó que se acercaba un carro blindado por el norte. «El tanque que logró ver bajaba por la carretera en dirección al huerto. Cogió su bazooka, lo cargó y salió al camino. En su primer intento de disparar el bazooka, la carga no salió. Se dio cuenta de que el seguro estaba echado. Mientras el tanque seguía avanzando hacia él, [Burik]

quitó el seguro y disparó a quemarropa contra el tanque.» El blindado abrió fuego directamente contra él y logró abatirlo, causándole graves heridas. Pero él se levantó, cargó el bazooka, apuntó y disparó de nuevo. El tanque lanzó otra ráfaga y volvió a derribarlo. «Arrastrándose logró ponerse otra vez de pie y colocarse en posición de disparo. [Burik] cargó el bazooka por tercera vez y desde su posición inestable disparó contra el tanque. Los alemanes se hartaron y se retiraron colina arriba. Con evidente desprecio de su seguridad, [Burik] intentó entonces meter a otro soldado herido en una trinchera.» Dio media vuelta y pidió más munición para el bazooka; luego cayó sin conocimiento a un lado de la carretera. Más tarde moriría a consecuencia de las heridas. 51

Otra intentona de tomar el cruce de carreteras de la Colina 278 fue capitaneado por el teniente coronel Samuel A. Hogan, con un batallón del 119.º de Infantería montado en los tanques de la 3.ª División Acorazada. Tomaron una ruta indirecta rodeando Mortain por el oeste y cruzando el puente del ferrocarril cerca del puesto de bloqueo de la Abbaye Blanche. Les cortó el paso el Regimiento Der Führer de la división Das Reich, y tuvieron que pasar la noche en defensa circular al este de la carretera. Luego, el 10 de agosto se enzarzaron en furiosos combates entre los elevados setos, que costaron a Hogan nueve Sherman.

Hubo un seto en particular que los Sherman tuvieron que atravesar para seguir adelante. Después de que un tanque «rinoceronte» lograra abrir una brecha, el teniente Wray, que había reconocido que se trataba de una misión suicida, encabezó la carga a través de la brecha. Cuando su Sherman logró salir a un campo de trigo, un Panther alemán que estaba escondido le asestó un golpe directo. Varios tripulantes del tanque murieron al instante. El propio Wray saltó del vehículo en llamas, con el cuerpo lleno de terribles quemaduras. Cayó de bruces, mientras que el escuadrón de infantería que le prestaba apoyo, al mando del teniente Edward Arn, contemplaba la escena horrorizado. «Logró ponerse en pie», contaría Arn, «y empezó a caminar de nuevo hacia el seto por el que acababa de pasar. Parece que de pronto se acordó de algo, porque volvió al tanque. Ayudó a salir a otro hombre y entonces los dos echaron a correr, pero los alemanes los abatieron con una ráfaga de ametralladora».

El escuadrón de Arn se había replegado al seto más cercano, pero para su sorpresa la venganza no tardó en llegar. Apareció un grupo de alemanes que fue a inspeccionar el tanque en llamas de Wray. «Salieron formando un pequeño puñado de hombres y se colocaron a su alrededor [del vehículo]», dice Arn. «Curiosidad, supongo.» Arn y sus hombres acabaron con ellos.

El grupo de combate de Hogan andaba tan escaso de efectivos, que el sargento Kirkman volvió a Le Neufbourg a buscar refuerzos. Regresó con treinta y seis reemplazos carentes de experiencia cruzando en medio del fuego de la artillería alemana. Varios perdieron la vida o fueron heridos por el camino. Según Kirkman, al hombre que estaba a su lado se le clavó una astilla de un árbol volado por una bomba, que le entró por la nuca y le salió por el rostro. Cuando llegaron a la posición del grupo de combate, los recién llegados estaban terriblemente trastornados. El teniente Arn preguntó a Kirkman dónde estaban sus reemplazos.

- Ahí, debajo de ese tanque -respondió el sargento.

La mayoría de los reemplazos, al verse «de repente bajo el potente fuego de la artillería y las ametralladoras enemigas, quedaron paralizados». Naturalmente eso los hacía doblemente vulnerables. Arn cuenta que «realmente tuvo que sacarlos a puntapiés y hacer que se movieran por su propio bien. Un hombre se quedó encogido en una trinchera con las manos cruzadas por encima de la cabeza; un 88 le pegó directamente un tiro que le arrancó la cabeza de cuajo». De los 36 novatos, sólo sobrevivieron cuatro.

Las fuerzas de Hogan, severamente mermadas, a una distancia casi pasmosa de su objetivo,

fueron atacadas por el flanco por un batallón de granaderos acorazados. Los americanos repelieron la embestida, y luego, en cuanto los alemanes desaparecieron en sus trincheras, los bombardearon con fósforo blanco. La lluvia de partículas incandescentes los obligó a salir corriendo de su refugio. Los americanos entonces cambiaron de munición y dispararon explosivos de gran potencia para acabar con ellos de una vez. Poco después del anochecer, se presentó la aviación alemana dispuesta a bombardear las posiciones americanas, «pero, en cambio, bombardearon a sus propias tropas, que disparaban desesperadamente bengalas verdes para detener aquel golpe inesperado». El coronel Hogan comentó que el espectáculo fue «muy agradable».

El 10 de agosto, antes de amanecer, la Kampfgruppe de la SS que tenía acorralado al «Batallón Perdido», inició el primero de una serie de ataques. El teniente Weiss dirigió de nuevo desde su posición elevada el fuego de los batallones de artillería que los cubrían. Sin embargo, las comunicaciones cada vez resultaban más dificultosas, pues no podía recargar las baterías de su emisora de radio. Necesitaban urgentemente suministros médicos. El batallón carecía de médico y los sanitarios cuidaban de los heridos en profundas trincheras. Todos los soldados se sentían débiles por la falta de alimento. Los más osados salían por la noche en partidas de forrajeadores a buscar zanahorias, patatas y rábanos en las huertas que había al pie de la colina. Dos sargentos lograron incluso encontrar unos conejos en unas jaulas que eran cebados por alguien del pueblo para comérselos.

Aquella tarde, unos aviones de transporte C-47, escoltados por P-47 Thunderbolt, lanzaron sobre la Colina 314 71 contenedores, pero debido al viento, sólo unos pocos cayeron en el área de los americanos. Las municiones y las raciones de comida fueron recogidas, pero las baterías y los suministros médicos no. 54 El 230.º Batallón de Artillería de Campaña intentó entonces lanzarles paquetes que contenían plasma, morfina, sulfamidas y vendas, utilizando bombas de humo huecas de 105 mm. Sólo pudieron recoger tres paquetes, pero el plasma no sobrevivió a aquel viaje explosivo.

Aunque poco pudo hacerse por los heridos de la Colina 314, en otros lugares las ambulancias trasladaban a los heridos de los combates a la retaguardia para su tratamiento. Además de las heridas habituales en el campo de batalla, hubo muchas causadas por fragmentos de rocas. El 128.º Hospital de Evacuación que había cerca de Tessy-sur-Vire, se quedó sin tiendas de campaña. Las ambulancias que llegaban a descargar sus heridos tenían que quedarse esperando a más de un kilómetro de distancia en la carretera. 56

El 11 de agosto por la noche, la división Das Reich se vio obligada a retirarse de sus posiciones al oeste de Mortain. Y aunque los contraataques americanos desde el sur por medio de la 35.ª División de Infantería y de la 2.ª División Acorazada estuvieron muy mal coordinados con la 30.ª División de Infantería, llegaron finalmente a la Colina 314.

Aquel día, Kluge logró convencer al OKW y a Hitler de que, como medida provisional antes de reanudar la ofensiva de Avranches, parte de la Panzergruppe Eberbach contraatacara a las visiones americanas que amenazaban la base de aprovisionamientos de Alençon. Aquella era la única forma que tenía Kluge de emprender una retirada antes de quedar rodeado. «Con el pretexto de esa operación, el 7.º Ejército iba a retirarse», observó el comandante de uno de los cuerpos de ejército a sus órdenes.

Aquella noche, después de disparar casi toda la munición de artillería que tenían, las unidades alemanas empezaron a replegarse. Ocultaron muy bien sus huellas en casi todas partes, y se retiraron detrás de una retaguardia agresiva. Los americanos no estuvieron seguros de lo que estaba pasando

hasta que amaneció el 12 de agosto. En su avance, el 1.º Batallón de la 39.ª División de Infantería fue encontrando notas jocosas de agradecimiento de los granaderos acorazados alemanes por el chocolate, los cigarrillos, y la munición que habían lanzado sobre sus posiciones por error, en vez de hacerlo sobre la Colina 314 que dominaba Mortain.

La retirada no pasó desapercibida al teniente Weiss, en los Rochers de Montjoie. Pidió que dispararan contra las tropas y los vehículos que se dirigían al este, y al cabo de poco tiempo cinco batallones de artillería estaban bombardeando su vía de escape. El «Batallón Perdido» fue por fin rescatado. Detrás de las tropas que escalaron a pie la colina llegaron camiones con alimentos y suministros médicos.

El 2.º Batallón del 120.º Regimiento de Infantería que había resistido en la Colina 314 había perdido casi 300 hombres de los 700 con los que contaba. El batallón recibió una mención presidencial por su extraordinario aguante y valor. Su heroica defensa había sido un elemento fundamental de la victoria.

El coronel Birks, comandante del 120.º Regimiento de Infantería, fue corriendo primero al puesto de bloqueo de la Abbaye Blanche, temiendo encontrar sólo un puñado de supervivientes. Se sorprendió al enterarse de que sólo habían muerto tres hombres y que habían resultado heridos veinte. Birks recorrió las diferentes carreteras para examinar todos los vehículos alemanes quemados o aplastados. «Era el mejor espectáculo que había visto en la guerra», diría más tarde. Bajó la colina y entró en Mortain.

La calle mayor resultaba intransitable para los vehículos. El centro de la población era apenas un montón de ruinas, entre las cuales sólo quedaban en pie algunas paredes y chimeneas. La mayor parte de aquella destrucción se había producido el día antes de la liberación. De modo casi increíble, el jefe del Estado Mayor de la 30.ª División dijo:

- Quiero que Mortain sea arrasada... Demoledlo todo durante la noche, quemadlo todo para que no quede nada vivo.

Esta inocente población francesa había sido destruida en un terrible arranque de rencor. Para mayor sorpresa suya, Birks vio cómo lo abrazaba un pequeño grupo de oficiales y hombres emocionadísimos, que se habían visto atrapados allí durante varios días y durante los bombardeos de la noche anterior. 60

El 13 de agosto, a última hora, el 12.º Regimiento de Infantería y sus «tropas increíblemente cansadas» volvieron a la 4.ª División a descansar. 61 Parece que su comandante, el general Barton, no apreció del todo lo que habían sufrido sus hombres. Le preocupaba más «la actitud de "motín silencioso" que recientemente ha aparecido entre algunos hombres que hasta ahora han sido buenos soldados. Esos hombres han llegado a la conclusión de que son tratados de mala manera, de que nadie se preocupa por ellos, y han decidido que están hartos y que van a dejar de esforzarse». Daba a entender que la culpa era en parte de los oficiales por no mantener en sus hombres un «espíritu de lucha». 62

Cuando Warlimont le informó del fracaso de la Operación Lüttich, Hitler estuvo escuchándolo durante casi una hora en la Wolfsschanze, en Prusia oriental. «Kluge lo ha hecho a posta», fue todo lo que dijo cuando acabó de hablar Warlimont. «Lo ha hecho para demostrarme que era imposible cumplir mis órdenes.» 63

25. Operación Totalize

Mientras la 30.ª División americana luchaba desesperadamente para no perder Mortain, el recién creado 1.º Ejército canadiense lanzaba otra gran ofensiva en la carretera que conducía a Falaise. Era la Operación Totalize. Montgomery no tenía muy buena opinión del comandante en jefe de esa unidad, el teniente general Henry Crerar, y no dudó en expresarlo con claridad. Lo consideraba un artillero de la primera guerra mundial, un tipo poco inspirador y pesado. La rigidez de Crerar no había sido una cualidad para la 1.ª División de Infantería canadiense en Italia, cuyos hombres prefirieron servir a las órdenes de los expertos comandantes británicos del 8.º Ejército. 1

Había también una dimensión política en todo aquello. Crerar estaba firmemente determinado a defender los intereses de Canadá. Monty veía en esta postura un desafío a su mando. Los altos oficiales canadienses detectaban una actitud de desdén hacia ellos, percepción que se vio agravada cuando Montgomery envió a algunos de sus oficiales del Estado Mayor al cuartel general de Crerar para que supervisaran la operación. Montgomery también consideraba que el general Rod Keller de la 3.ª División canadiense era «poco apropiado para ejercer el mando de una división». Por otro lado, sentía una gran admiración por el teniente general Guy Simonds del II Cuerpo de Canadá, planificador y máximo responsable de la Operación Totalize.

Debido a la escasez de tropas canadienses, el 1.º Ejército de Canadá tuvo que ser reforzado con el I Cuerpo británico y la recién llegada 1.ª División Acorazada polaca. El ataque debía iniciarse poco antes de la medianoche del 7 de agosto. La 51.ª División Highland, que recuperaba ahora su anterior prestigio, avanzaría por el lado oriental de la carretera Caen-Falaise, mientras que la 2.ª División canadiense lo haría por el occidental. El general Crerar, perfectamente consciente de que los relatos que hablaban de soldados de la SS matando a prisioneros canadienses habían corrido como la pólvora entre los reclutas recién llegados, dictó una orden contra cualquier desmán con el que se pretendiera «vengar la muerte de nuestros compañeros».

Simonds había aprendido mucho de los errores que los británicos habían cometido con anterioridad, especialmente de los de la Operación Goodwood. Así pues, decidió lanzar un ataque nocturno para reducir las pérdidas que pudieran causar los potentísimos cañones antitanque de 88 mm de los alemanes. También montó en vehículos blindados a las unidades de infantería que iban a la cabeza. Con el fin de proveerlos de los suficientes vehículos de arrastre, se desmontaron los cañones de artillería de 105 mm de los «Priests» [«curas» o «sacerdotes»] autopropulsados, los llamados defrocked Priests [«curas apartados del sacerdocio»]. Ello permitiría a las formaciones que se lanzaran al asalto avanzar con la infantería inmediatamente después de que los bombarderos hubieran acabado de saturar las posiciones alemanas en primera línea.

Simonds, sin embargo, contaba con una información errónea proporcionada por un desertor yugoslavo de la 89.ª División de Infantería alemana, que había cruzado las líneas para rendirse. El individuo en cuestión contó que su unidad acababa de sustituir a la 1.ª División Acorazada de la SS. Simonds, que no supo darse cuenta de que la Leibstandarte había sido trasladada a Mortain para contraatacar, pensó que esta formación simplemente había sido retirada para fortalecer la segunda línea del frente alemán entre Saint-Sylvain y Bretteville-sur-Laize. Esta idea influenciaría su visión de la batalla. Decidió que la segunda fase, encabezada por las divisiones acorazadas de polacos y canadienses, no debía empezar hasta que se concluyera otro bombardeo a las 13:00 horas del día siguiente.

El punto de partida de la Operación Totalize era la cota de Bourgébus. Los canadienses ya habían perdido a muchos hombres en duros enfrentamientos en las localidades de Verrières, Tilly-la-Campagne y La Hogue, donde, de hecho, su ataque había retrasado el traslado de la Leibstandarte a Mortain. Las dotaciones de los tanques de la 33.ª Brigada Acorazada británica y los hombres de la 51.ª División Highland celebraron una «última cena» compuesta por carne de vaca enlatada y galletas duras «de perro», tazas de té con un sabor horrible debido al exceso de cloro del agua y una ración de ron servida de un botellón de cerámica. Era una noche muy calurosa; los tripulantes de los tanques sólo llevaban los calzoncillos debajo de su traje de faena de dril. La mayor parte de los hombres percibían una sensación de estómago vacío y ese habitual escalofrío que recorre la espalda ante la inminencia de la batalla.

A las 23:00 horas del 7 de agosto, un millar de aviones Lancaster y Halifax comenzaron a bombardear los flancos de la zona de asalto. Sin aguardar, se lanzó la ofensiva con siete columnas móviles de tanques y Priests cargados de soldados de infantería. Antes abrió fuego la artillería con un bombardeo que fue avanzando noventa metros por minuto. Cada columna -tres británicas al este de la carretera y cuatro canadienses al oeste- comenzó a avanzar acompañada de cuatro tanques. Habían practicado la marcha en formación en medio de la noche. «¡Caray! Ejercicios de instrucción en tanques», comentó un operador de radio del 1.º Northants Yeomanry desde la izquierda. 4

Para ayudar en la oscuridad a los tripulantes de los vehículos blindados, se creó una «luz de luna artificial», iluminando las nubes con reflectores y disparando con Bofors proyectiles trazadores cuya estela verde les indicaba el camino. Pero las nubes de polvo levantadas por el constante bombardeo, y los cráteres que comenzaron a encontrar a su paso, enseguida deshicieron las formaciones en columna. Un par de tanques cayeron en un cráter en medio de la oscuridad. Por aquel terreno desigual, los Sherman y los Cromwell se balanceaban y subían y bajaban como barcos en un mar agitado. Los tanques barreminas abrían camino haciendo estallar los artificios explosivos. Se detenían y se ponían en marcha una y otra vez, con frecuentes paradas, debido normalmente a los innumerables setos que había que despedazar en medio de la oscuridad; un miembro de la dotación se apeaba del vehículo blindado para dirigir al conductor con la difusa luz de un cigarrillo encendido.

Cumpliendo las órdenes, las columnas británicas no dejaron de avanzar, aun cuando en su retaguardia seguían los encarnizados combates por la conquista de La Hogue y Tilly-la-Campagne. A los canadienses también les costó mucho encontrar el camino en medio de la oscuridad y todo aquel polvo. En el flanco derecho, los Highlanders de Calgary se encontraron con cañones de 88 mm enemigos perfectamente situados en su avance hacia May-sur-Orne, y sus compatriotas del Black Watch también sufrieron lo suyo en su ataque a Fontenay-le-Marmion. La falta de experiencia en el combate de la 2.ª División canadiense fue una de las razones de sus numerosas bajas. 5 Los alemanes resistían con uñas y dientes, aunque ya sentían la presión a la iba a someterlos la 59.ª División británica, que acababa de tomar las cabezas de puente que conducían a su retaguardia en el bosque de Grimbosq.

Uno de los batallones de infantería de la 59.ª División, el 7.º Norfolk, había cruzado el Orne siguiendo a un oficial de elevadísima estatura, el capitán Jamieson, cuya intrepidez lo había llevado a seguir adelante para valorar la posibilidad de vadear el río. 6 El 7 de agosto, el 26.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS de la División Hitler Jugend había contraatacado. El sargento Courtman de los Norfolk consiguió inutilizar dos Panther y un Mark III con su cañón antitanque, lo que subió enormemente la moral de sus compañeros. Aquella noche los del Norfolk pudieron

percibir en el bosque el movimiento de tanques a poca distancia de ellos, por lo que solicitaron la ayuda de la artillería. La rapidez de los disparos de las baterías de veinticinco libras hizo pensar a los soldados alemanes que los británicos habían inventado una versión de artillería de la ametralladora.

A la mañana siguiente los granaderos acorazados alemanes contraatacaron de nuevo a los Norfolk. El capitán Jamieson, herido en el ojo derecho y el brazo izquierdo, se ganó la Cruz Victoria por liderar la defensa de la compañía D. Cuando estaban a punto de ser arrollados, Jamieson pidió fuego de artillería para su posición. Por fortuna, las comunicaciones por radio funcionaban bien, y una vez más el apoyo de la artillería fue excelente. También tuvo sus muestras de comprensión. «El trabajo de la artillería es la mar de sencillo comparado con el de la infantería», anotó un joven oficial artillero en su diario. Desde una colina situada al oeste del Orne, un oficial médico integrado en la 59.ª División describió así la batalla: «Había una magnífica vista del valle del Orne extendiéndose hasta el pueblecito de Thury Harcourt. En el extremo más alejado del valle, los bosques eran pasto de las llamas provocadas por el fuego de los cañones y los morteros». 8

El sector del Orne siguió siendo un hueso duro de roer, a pesar de la conquista de Mont Pincon. «Aquí en el frente británico», escribía Myles Hildyard en el cuartel general de la 7.ª División Acorazada, «[los alemanes] están siendo repelidos poco a poco, pero pelean denodadamente, como es natural, para que no consigamos rodearlos. Es un combate agotador, nada estimulante, pero sirve para inmovilizar y matar a los alemanes». 9 En el curso de la Operación Totalize, los soldados del 5.º Wiltshire que cumplían penas militares se dedicarían a enterrar a los caídos en la batalla de Mont Pincon. «Durante todos esos días parecía que no hacía más que enterrar muertos», escribiría el capellán del regimiento. Lo que resultaba más edificante, a su juicio, era la sorprendente capacidad de adaptación de la población civil francesa al sufrimiento. «Cuanto más avanzábamos», escribiría, «más maravilloso era el ánimo de los franceses, para los que "la liberación" normalmente significa perderlo todo». 10

A uno y otro lado de la carretera de Falaise, la mayoría de las columnas de Simonds habían llegado a sus objetivos el 8 de agosto. Al este de la carretera, el 1.º Northants Yeomanry y el Black Watch habían tomado posiciones en bosques y huertos al sur de Saint-Aignan-de-Cramesnil. Estaban muy cerca de Gaumesnil, donde el Oberführer Kurt Meyer, comandante en jefe de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitlerjugend, había instalado un puesto de observación. Ese fue el momento más crítico de la toda operación. Simonds, seguro de que los alemanes habían establecido una segunda línea muy fuerte con la ayuda de la 1.ª División Acorazada de la SS, había organizado un nuevo bombardeo aéreo para poco después de mediodía. Sus dos divisiones acorazadas de asalto estaban listas para entrar en acción, pero tuvieron que esperar a los bombarderos.

«Panzermeier» había seguido adelante, alarmado por informes que hablaban de la derrota de la 89.ª División de Infantería a manos de los atacantes. Meyer, de pie en su KÜBELWAGEN, quedó horrorizado al ver a soldados de esta unidad en franca huida hacia Falaise. Afirma que saltó de su vehículo y se puso en medio de la carretera, solo, armado únicamente con una carabina, para obligarlos a reincorporarse por vergüenza a la defensa de Cintheaux. El general Eberbach, que todavía no había cedido a Sepp Dietrich el mando del 5.º Ejército Acorazado, avanzó con esta unidad para ir a su encuentro. Prometió enviar a la 85.ª División de Infantería en cuanto ésta llegara, pero sus primeras formaciones aún se encontraban a unos veinte kilómetros de distancia. Meyer ya se había enterado del avance de la 1.ª División Acorazada polaca por el este de la carretera, y del de la 4.ª División Acorazada canadiense por el oeste. Las dos unidades aliadas se habían detenido en

su punto de encuentro, a la espera de poner en marcha la siguiente fase de la operación.

Meyer dijo que su única esperanza era confundir al enemigo lanzando un contraataque por sorpresa. Eberbach coincidía con él. Los dos sabían que si los británicos y los canadienses conseguían llegar a Falaise, el 7.º Ejército, que seguía tratando de emprender un nuevo contraataque en Avranches, quedaría completamente aislado. Meyer decidió que debía retirar inmediatamente del bosque de Grimbosq a los granaderos acorazados de la Kampfgruppe A Nüßelt para lanzarlos contra los canadienses.

Así pues, se dirigió a Cintheaux para entrevistarse con Waldniel, uno de los dos comandantes de Kampfgruppe que iban a tener que atacar, y con un as de los carros de combate, Wittmann, que lo apoyaría con su compañía de tanques Tiger. Meyer sostiene que cuando estaban discutiendo su plan, vieron aparecer en el cielo a un único bombardero americano que lanzó una señal. Sabedores de lo que aquello significaba, se dirigieron a toda prisa a sus vehículos. Si avanzaban sin dilación, evitarían la peor parte del bombardeo que iba a tener lugar. Desde el norte de Cintheaux, Meyer vio cómo los Tiger de Wittmann avanzaban a toda velocidad hacia Saint-Aignan,

a pesar de que la artillería aliada había empezado a abrir fuego. Los granaderos acorazados de Waldmüller los seguían rápidamente en sus semiorugas. Un artillero avisó a Meyer, señalando hacia el norte. Los bombarderos americanos se acercaban. Meyer cuenta que uno de sus jóvenes soldados de la SS, un berlinés, gritó: «¡Cuánto honor! ¡Chur-chill envía un bombardero para cada uno de nosotros!». 11

Cuatro tanques Sherman del 1.º Northants Yeomanry se encontraban perfectamente ocultos detrás de unos setos, en un pequeño campo de cultivo al sur de Saint-Aignan. De pronto oyeron a su jefe de escuadrón gritar por la radio: «¡Atención, oigan todos! ¡Tres Tiger dirigiéndose al norte! ¡Formen!». Los monstruos blindados estaban avanzando por un camino que corría paralelo a la carretera principal. El jefe de escuadrón ordenó que no dispararan. A aquella distancia, el cañón de 75 mm del Sherman tendría el mismo efecto que «una cerbatana contra un muro de hormigón» en el blindaje de un Tiger de 56 toneladas. Había que esperar a que los Tiger estuvieran más cerca. Los tres Sherman, con sus cañones de 75 mm, podrían entonces sofocarlos con sus disparos, mientras que el único tanque Firefly, con su potente arma de diecisiete libras, trataría de acabar con ellos.

Como conocían perfectamente la estadística, repetida hasta la saciedad, de que un Tiger valía por tres Sherman, a los tripulantes de los tanques se les secó la garganta por lo que veían venir. Los cargadores comprobaron que tuvieran un proyectil perforador de blindaje en la recámara en vez de un obús de alto explosivo. El artillero, sin dejar de mirar por el visor telescópico, hizo girar la torreta motorizada muy lentamente, siguiendo al objetivo que su jefe de escuadrón les había asignado. El Tiger que abría la comitiva y el último eran el blanco principal.

Después de una espera que se hizo interminable, sus presas se encontraban a menos de ochocientos metros de distancia. El jefe de escuadrón dio la orden por la radio. Wittmann y las tripulaciones de sus Tiger no pudieron ver la emboscada a la que se dirigían, y fueron sorprendidos. Los Tiger respondieron de inmediato a los disparos de los tanques aliados, pero no pudieron localizar claramente a los Sherman, que permanecían ocultos. Los primeros dos Tiger fueron pasto de las llamas; el tercero, en el que probablemente viajaba Michael Wittmann, voló por los aires. Los Sharpshooters que habían caído en una emboscada en Villers-Bocage había sido por fin vengados por un regimiento de caballería hermano.

Las tripulaciones de los tanques Sherman del Northants Yeomanry no podían creer que habían

logrado destruir tres Tiger sin sufrir pérdidas.^[57] Pero no había tiempo para celebraciones. Por los campos de cereales que se extendían ante ellos avanzaban los Mark IV y los granaderos acorazados de la Kampfgruppe Waldmüller.

Los soldados de la División Acorazada polaca, con sus características boinas bien centradas en la cabeza, estaban a la izquierda del Northants Yeomanry, a la espera de recibir la orden de ponerse en marcha. Análogamente, la 4.ª División Acorazada canadiense había avanzado al oeste de la carretera de Falaise y se había detenido. Allí tendría lugar otra catástrofe provocada por el «fuego amigo» cuando llegara el grueso de los bombarderos americanos.

Las formaciones compuestas por más de quinientos bombarderos B-17 empezaron a atacar seis zonas de objetivos al otro lado del frente. Las fuentes alemanas sostienen que sus baterías antiaéreas derribaron a uno de los primeros aviones, que no atinó cuando dejó caer sus cargas y que los que venían detrás siguieron su ejemplo. Un oficial de la artillería británica que estaba observando la escena cuenta que también vio cómo el fuego antiaéreo rompió la formación de los bombarderos. «Otros aviones no podían localizar su objetivo y soltaban sus bombas detrás de las líneas aliadas, provocando un sinnúmero de bajas», escribiría. Un médico que tuvo que atender a los heridos anotó en su diario lo siguiente: «Las fuerzas aéreas americanas tienen mala fama. Igual nos bombardean a nosotros que a los alemanes; en consecuencia, se han producido muchas bajas entre los canadienses y los polacos». 14

Las tropas canadienses y polacas que se vieron sorprendidas por el ataque de los de su propio bando comenzaron a lanzar rápidamente granadas de humo amarillo para marcar sus posiciones. Pero, debido a lo que puede calificarse de caso flagrante de mala coordinación entre las fuerzas terrestres y aéreas, lo cierto es que los americanos estaban utilizando marcadores amarillos para sus bombardeos. En resumidas cuentas, trescientos quince hombres, entre canadienses y polacos, perecieron o resultaron heridos en esa acción. Los polacos, con una dosis considerable de autodominio, describieron el incidente como «una ayuda funesta de nuestra propia aviación». 15 Pero el golpe que supuso en la moral de los hombres y la confusión que provocó ralentizarían el desarrollo de la segunda fase de la ofensiva de Simonds, con unas consecuencias nefastas. El bombardeo en sí mismo sólo logró perjudicar el avance. Como puede verse en retrospectiva, Simonds habría debido prescindir de esos bombardeos y haber aprovechado el impulso del momento. Habría debido poner en marcha a sus dos divisiones acorazadas por la mañana, mientras los alemanes seguían medio atolondrados como consecuencia del ataque que habían sufrido por la noche, en vez de detenerlas y obligarlas a esperar a los bombarderos.

A pesar de la destrucción del grupo de tanques Tiger de Wittmann, el contraataque de las dos Kampfgruppen de Meyer cogió por sorpresa a las dos nuevas divisiones acorazadas de los aliados. Su actuación posterior fue vacilante, por no decir otra cosa. Tras una desastrosa carga de caballería en tanques, los polacos comenzaron a actuar con suma cautela debido a su falta de hombres. La mayoría de ellos habían combatido contra los alemanes durante la invasión de Polonia en 1939, luego habían escapado, cruzando Europa, para defender Francia en 1940 y por último habían llegado a Inglaterra para continuar la guerra. Los soldados alemanes llamaban a esos voluntarios exiliados «los turistas de Sikorski», por el nombre de su comandante en jefe y por sus sorprendentes viajes. 16

Los equipos de reclutamiento polacos se habían dedicado incluso a recorrer los campos de prisioneros de guerra en busca de soldados de la Wehrmacht de origen polaco para constituir sus formaciones. En consecuencia, fueron bastantes los soldados de esa nacionalidad que sirvieron en uno y otro bando durante la campaña de Normandía. Los canadienses también andaban escasos de

hombres tras las importantes pérdidas sufridas al sur de Caen, especialmente en Verrières y la cota de Bourgébus. A diferencia de los británicos, no podían crear unidades de refuerzo desmantelando divisiones.

La tarde del 8 de agosto puso claramente de manifiesto que las fantásticas posibilidades creadas por la Operación Totalize se habían perdido en un abrir y cerrar de ojos. Los canadienses al oeste de la carretera de Falaise se vieron perjudicados por la mala comunicación y la lectura errónea de los mapas. Simonds se exasperó ante la falta de dinamismo demostrada por la 4.ª División Acorazada; pero, a pesar de su insistencia, lo cierto es que fueron pocas las columnas que demostraron su ímpetu. Ordenó que siguieran avanzando durante la noche, pero muchas unidades optaron por retirarse a posiciones exclusivamente defensivas y aguardar a que amaneciera.

Los alemanes, sin embargo, todavía no sabían si el contraataque de Meyer había sido efectivo o no. Desde el mediodía, Eberbach seguía sin poder establecer comunicación con Meyer. A las 21:10 de la noche, Kluge, desesperado por el fracaso en Mortain, declaraba que la situación en el frente de Falaise era «cada vez más grave». 17 Pensaba que la 89.ª División de Infantería y la Hitler Jugend habían sido «prácticamente destruidas» y que el grueso de la artillería se había perdido. Avisó que si los aliados seguían avanzando hacia el sur, en dirección a Falaise, su «propio ataque contra Avranches carecería de sentido». Kluge prometió enviar un batallón de tanque Panther de la 9.ª División Acorazada y otro de la división de la SS Hohenstaufen, pero ninguna de las dos pudo retirarse de su campo de batalla.

Al día siguiente, 9 de agosto, los granaderos acorazados de la Hitler Jugend siguieron resistiendo ferozmente en pequeños grupos, cortando el paso a unas fuerzas aliadas increíblemente superiores. Pero el mayor obstáculo al avance de las divisiones blindadas, como ocurriera en el curso de la Operación Goodwood, continuaban siendo los cañones de 88 mm, tanto los de la SS como los de la Luftwaffe. El III Flakkorps de la Luftwaffe había trasladado otros cuarenta de ellos al frente de Falaise.^[58]

Antes de que amaneciera, Simonds ordenó a una columna, llamada «las fuerzas de Worthington», que avanzara hacia el sur siguiendo la carretera de Falaise para capturar la Colina 195, situada al noreste de Fontaine-le-Pin. Esa columna, formada por el regimiento blindado British Columbia y dos compañías de los Algonquines, emprendería una marcha hacia la muerte. Cruzó la carretera de Falaise al sur de Cintheaux, y en lugar de regresar al lado oeste, siguió adelante y ocupó la Colina 140 en vez de la prevista, que se encontraba a unos siete kilómetros al suroeste. Convencida de que había tomado la colina correcta, informó del éxito de la operación y se puso a esperar.

El nuevo puesto de observación de Meyer se hallaba a apenas cinco kilómetros al sur, en otra colina junto a La Brèche-au-Diable. En cuanto la SS localizó a aquel destacamento aislado, la Kampfgruppe Waldmüller se preparó para entrar en acción. Las fuerzas de Worthington fueron rodeadas y atacadas una y otra vez a lo largo de todo el día. Cuando pidieron la ayuda de la artillería, la 4.ª División Acorazada canadiense, pensando que se encontraban en la Colina 195 como habían indicado, efectuó un bombardeo de interdicción en la zona, que empeoró aún más las cosas. El fatídico error cometido por Worthington sólo fue descubierto por la tarde. La Guardia de Granaderos de Canadá, un regimiento acorazado, fue enviada en su ayuda, pero perdió veintiséis tanques Sherman en la acción. El coronel Worthington cayó en combate, y sus fuerzas fueron prácticamente aniquiladas. Algunos de los supervivientes consiguieron escapar y se unieron a la división blindada polaca.

Aquella misma noche, en el flanco del Orne, la 271.ª División de Infantería alemana recibió

permiso del general Eberbach para retirarse al bosque de Cingláis. Su comandante en jefe, el teniente general Paul Dannhauser, contó que habían perdido la mitad de sus oficiales y suboficiales. También confesó que, como la aviación alemana apenas intervenía, sus hombres abrían inmediatamente fuego contra ella, pensando que era la aliada.

Los británicos, que ya se encontraban al sur de Mont Pincon, al oeste del Orne, habían topado con la nueva línea de las defensas alemanas a uno y otro lado de Plessis Grimoult. No dudaron en cambiar el nombre de la localidad por el de «Bloody Village, a second and even worse Stonkville», [59] por la lluvia de cohetes que lanzaban los Nebelwerfer. 19 Varios comandantes de tanque murieron a consecuencia de la explosión de una bomba en la copa de un árbol.

A pesar de la presión a la que se veía sometido en el flanco del Orne, Kluge recibió buenas noticias durante la tarde del 9 de agosto. La línea avanzada alemana en Falaise había sido restablecida, con mucha más celeridad de lo que habría imaginado apenas veinticuatro horas antes. Tras una conversación con el OKW, accedió a volver a poner en marcha la Operación Lüttich, el contraataque en Avranches. Eberbach asumió el mando del grupo de carros blindados del frente de Mortain, mientras que Sepp Dietrich lo sustituía como jefe del 5.º Ejército Acorazado.

La decisión de los alemanes de volver a lanzar una ofensiva en Avranches suscita una cuestión sumamente intrigante, pero sin respuesta. ¿Se convirtió al final el fracaso de la Operación Totalize en una ventaja para los aliados? Si los canadienses habían llegado a Falaise, y Kluge había decidido iniciar su retirada de Mortain el 9 de agosto, ¿habrían conseguido escapar más tarde muchos más hombres del 7.º Ejército alemán de la bolsa en la que cayeron, o muchos menos?

Simonds, profundamente decepcionado, siguió intentando el avance al día siguiente, 10 de agosto. Quería abrirse paso por el bosque de las inmediaciones de Le Quesnay y cruzar el río Laizon. Aunque el I Cuerpo Acorazado había quedado reducido a sólo cuarenta tanques, la mayoría de sus cañones de 88 mm seguían funcionando y constituían una poderosa cortina de protección alrededor de Potigny. En concreto los polacos pensaban que los «adivinos y su bola de cristal» habían infravalorado gravemente las defensas antitanque de los alemanes. Además, las escuadrillas de aviones Typhoon apenas podían actuar como apoyo, debido a la pésima visibilidad, pero los británicos y los canadienses seguían aparentemente sin alcanzar los niveles de cooperación tierra-aire a los que habían llegado los americanos.

A última hora de la tarde de aquel día, la Hitler Jugend informó de la destrucción por su parte de 192 tanques aliados en las últimas dos jornadas. El comunicado emitido por el OKW ascendió la cifra a 278 tanques aliados destruidos a uno y otro lado del río Orne. 22 En cualquier caso, los aliados habían perdido más de ciento cincuenta tanques, y el general Simonds se sintió en la obligación de interrumpir la ofensiva aquella misma noche. No podía más que reflejar su amargura por no haber sabido aprovechar el 8 de agosto el impulso de sus tropas. La obligación de esperar a la incursión de los bombarderos durante la segunda fase de su plan había puesto en bandeja de plata una gran oportunidad para los alemanes.

Los combates por hacerse con la carretera de Falaise constituyeron, al parecer, otra encarnizada batalla. Las advertencias lanzadas por el general Crerar con el fin de evitar posibles actos de represalia parece que no surtieron efecto, considerando que sólo ocho prisioneros pertenecientes a la odiada Hitler Jugend figuran en la lista de los 1.327 hombres capturados, conducidos a la retaguardia por el II Cuerpo canadiense. Por supuesto, los jóvenes fanáticos de la SS eran los que menos se rendían, incluso en circunstancias extremas, pero la cifra no deja de ser sorprendentemente baja.

A diferencia de las tropas de Simonds durante el ataque a Falaise, el 3.º Ejército del general

George Patton, que avanzaba como un vendaval rompiendo la retaguardia alemana a unos ciento quince kilómetros al sur, no tenía que preocuparse demasiado por los cañones antitanque de 88 mm. La principal obsesión de Patton era mantener a su ejército perfectamente abastecido. «Las fuerzas son tan ingentes», escribía, «yo solo ya cuento con doce divisiones, que el sistema de aprovisionamiento es colosal». Según el general John C. H. Lee, jefe de los servicios de retaguardia del SHAEF, Patton intentaba «apropiarse de todo el suministro de combustible para su ejército». Adulaba a los conductores de los camiones, regalándoles emblemas del 3. er Ejército, y a veces incluso requisaba los vehículos de transporte para trasladar rápidamente a otro lugar a su infantería.

26 Todo esto provocaba la exasperación, pero también una gran admiración, entre sus colegas. El Ejército de los Estados Unidos era la fuerza mejor mecanizada que había visto el mundo, pero esto conllevaba sus problemas. Un tanque consumía una media de treinta y dos mil litros de combustible a la semana. La 3. a División Acorazada calculaba que, sólo para seguir avanzando por la carretera, esta unidad necesitaba doscientos cuarenta mil litros al día. Si tenía que adentrarse en los campos, el número de litros se multiplicaba vertiginosamente. (Un oficial de intendencia de la 3. a Acorazada estimaba que su división necesitaba quinientos mil litros para avanzar cien metros.) Además de combustible, una unidad de esas características necesitaba treinta y cinco toneladas de raciones de comida al día para veintiún mil hombres (cifra que incluía a los que habían sido integrados en ella) y, dependiendo de la intensidad de los combates, muchísimas más toneladas de municiones.

Los americanos se enfrentaron a este desafío dándole en todo momento máxima prioridad. «Los convoyes de aprovisionamiento», cargados de combustible y gasolina, tenían siempre preferencia. Cada transportador M-25 llevaba unos sesenta y cuatro mil litros. Incluso llegaron a utilizar los camiones de munición de la artillería para transportar más gasolina. La policía militar y los Piper Cub se encargaban de controlar el avance de los convoyes, y los ingenieros trabajaban las veinticuatro horas para reparar y mejorar carreteras y puentes. En Le Mans construyeron el puente Bailey más grande que se había visto en Francia, y lo llamaron «Miss América». No es de sorprender que los alemanes quedaran atónitos de envidia ante lo que denominaban «la guerra de un millonario».

El 8 de agosto, cuando la batalla por la conquista de Mortain y la Operación Totalize estaban en su momento más álgido, Bradley empezó a obsesionarse con la idea de acorralar a los alemanes entre Argentan y Falaise. Eisenhower, que estaba de visita en su cuartel general en aquellos momentos, dio el visto bueno. Ese mismo día también se recibió la visita de Henry Morgenthau, secretario del Tesoro. Bradley, mientras le mostraba entusiasmado el mapa, dijo: «Esta es una oportunidad que un comandante tiene sólo una vez cada cien años. Estamos a punto de aniquilar a todo un ejército hostil».

Bradley telefoneó a Montgomery para acabar de perfilar el plan. Montgomery dio el visto bueno, pero tenía sus dudas. Prefería un envolvimiento más amplio a poca distancia del Sena. (Si la idea de Bradley hubiera sido propuesta veinticuatro horas más tarde, cuando ya se sabía que el ataque de Simonds había quedado a medio camino, es muy probable que Montgomery la hubiera rechazado.) Patton, que también prefería atrapar en el Sena a los alemanes en retirada, tenía más dudas incluso, pero accedió a trasladar al XV Cuerpo de Haislip al norte de Le Mans hacia Alençon y Argentan, para que se reuniera con el 1. er Ejército canadiense que avanzaba hacia el sur desde Falaise. Pensó que siempre estaba a tiempo de tender una segunda trampa más adelante.

Mientras tanto, el XX Cuerpo de Patton seguía barriendo su flanco sur en el valle del Loira.

Cuando se aproximaba a Angers, una compañía de tanques Sherman cortó el paso a un pequeño convoy alemán y descubrió que había capturado «la paga de toda una división». El 9 de agosto, parte del cuerpo atacó Angers con tres batallones de frente. Su avance se vio bloqueado por una enorme zanja antitanque. Los ingenieros, con la ayuda de los bulldozer, la rellenaron parcialmente para que los tanques pudieran cruzarla. Poco después entraban en la ciudad. Los tres puentes del río Mayenne habían sido destruidos, pero los ingenieros lograron que uno de ellos volviera a ser utilizable. La noche del 10 de agosto los americanos comenzaron a cruzar a la margen derecha del río. El 2.º Regimiento de Infantería de la 5.ª División comenzó a barrer el pueblo. 32 «Los franceses pegaban a los colaboracionistas», contó un teniente, «y, aunque nos los llevábamos, volvían a por ellos y seguían apaleándolos».

Los intentos por parte de los alemanes de defender su flanco sur parecían condenados al fracaso en medio de aquel caos. Las fuerzas de su 9.º División acorazada se habían visto gravemente mermadas y la 798.ª División de Infantería había sido aniquilada. Sólo sesenta rezagados aparecerían más tarde.^[60] El comandante de Le Mans fue acusado de haber «perdido su coraje» por un tribunal militar. 34

Kluge y Eberbach no sabían muy bien hasta dónde habían llegado las puntas de lanza de Patton. Pero el 10 de agosto, los alemanes interceptaron un mensaje por radio de la 5.ª División Acorazada. En él se confirmaban sus temores: el flanco izquierdo del 3.º Ejército de Patton avanzaba hacia el norte, en dirección a Alençon, amenazando tanto a su retaguardia como a su principal centro de aprovisionamiento. Inmediatamente se formaron en la ciudad unidades improvisadas con «soldados de intendencia, secciones de mantenimiento y tanques que estaban siendo reparados» pertenecientes a los restos de la Panzer-Lehr-Division. Los lanzagranadas Panzerfaust fueron distribuidos indistintamente entre los mecánicos y los cocineros. Pero la caída de Alençon ya estaba escrita.

El 11 de agosto, al mediodía, Eberbach llegó al cuartel general del LXXXI Cuerpo en el nordeste de Alençon para entrevistarse con Kluge y Hausser. Se enteraron de que su 9.ª División Acorazada había sufrido un duro golpe y se estaba retirando a los bosques del norte de la ciudad. Esta unidad, reducida ahora a poco más de un batallón de infantería, otro de artillería y seis carros blindados, no conseguiría resistir mucho tiempo más. Los americanos estaban a punto de asaltar el cuartel general del cuerpo. Los altos oficiales allí presentes comenzaron a prepararse para marchar a toda prisa hacia el este. Ya no quedaba tiempo para que Eberbach lanzara su contraofensiva en el flanco sur con la ayuda de las divisiones acorazadas que habían sido retiradas del frente de Mortain. En cuanto llegaran, sólo podrían intentar formar una línea de defensa. El orden militar alemán en Francia comenzaba a desmoronarse a su alrededor, pero Hitler seguía en sus trece: «¡Debe lanzarse un contraataque en Avranches!». 36 Eberbach casi no podía hablar de la rabia que sentía. «Era incomprensible que el OKW no se diera cuenta de aquella trampa, sobre todo después de lo ocurrido en Stalingrado, en Túnez y en Crimea.»

De pronto pudo oírse muy cerca el rugido de los tanques. «Comenzaron a llover proyectiles enemigos en nuestra zona», escribió Eberbach. «A nuestro alrededor todo era nubes de humo provocadas por los vehículos en llamas. No pudimos salir de allí hasta que oscureció. Cuando pasábamos por Sées, me di cuenta de que una compañía de panaderos tomaba posiciones defensivas. Las calles estaban llenas de efectivos de retaguardia saliendo en tropel hacia el norte». Los miembros de la Feldgendarmarie y de los tribunales militares se instalaron en los cruces de las carreteras para detener a los desertores. La mayoría de los soldados rezagados pasaron a formar parte de equipos de combate improvisados.

Al día siguiente, por orden de Eberbach, la 116.ª División Acorazada, la primera en llegar desde Mortain, avanzó hacia Sées, pero topó con la 2^{éme} DB francesa, que acababa de unirse al cuerpo de Haislip. Por la noche Eberbach supo que la división había sido prácticamente aniquilada por la artillería y los tanques aliados, y que los americanos estaban abriéndose paso hacia Argentan. El reducido Estado Mayor de Eberbach consiguió escapar de nuevo, pero tardó seis horas en recorrer treinta kilómetros. Las estrechas carreteras estaban plagadas de vehículos de la Wehrmacht que avanzaban a paso de tortuga. La pérdida del centro de aprovisionamiento de las inmediaciones de Alerón suponía que tanto el 7.º Ejército como la Panzergruppe Eberbach tenían que ser abastecidas por el 5.º Ejército Acorazado, en el que a su vez escaseaban peligrosamente el combustible y las municiones.

La noticia de la destrucción de la 9.ª División Acorazada aún no había llegado a las divisiones alemanas que se retiraban de la zona de Mortain hacia el este. Creían que el flanco sur estaba en aquellos momentos protegido. Los cazabombarderos aliados seguían eligiendo como blanco a los vehículos de chapa blanda, especialmente a los camiones encargados del transporte de suministros. Esta táctica se reveló sumamente efectiva. La falta de combustible obligó a la 1.ª División Acorazada de la SS Leibstandarte Adolf Hitler a abandonar y destruir varios de sus tanques. Sus tropas emprendían la retirada en cualquier vehículo que tuvieran a mano, normalmente con un observador aéreo recostado sobre uno de los guardabarros frontales que vigilaba la posible aparición de cazas aliados. A una compañía aún le quedaba un autobús Fiat, botín de la guerra en Italia, pero sus neumáticos estaban tan agujereados que tuvieron que rellenarse de heno en vez de aire. 40

Más al sur, el Gefreiter Spiekerkötter y el pequeño grupo de zapadores que habían escapado a través de Avranches se dirigían en aquellos momentos hacia el este, sólo un poco por delante de las columnas de Patton. En la parte trasera de su vehículo de seis ruedas soviético los soldados llevaban escondido un pequeño barril de Calvados entre las minas. Su comandante, el teniente Nowack, que se reencontró con sus hombres en la placita de un pueblo, por desgracia también encontró su alcohólico tesoro oculto. No hacía mucho que, en estado de embriaguez, había brindado irónicamente diciendo: «¡Calvados sigue en manos alemanas!». 41

Con la ayuda de bombas de mortero y otro tipo de explosivos, los zapadores seguían preparando puentes para demolerlos. En cierta ocasión, en un pueblo, habían acabado su trabajo cuando un tanque destructor de la SS, que protegía la retaguardia, se puso a avanzar pesadamente por el puente y rompió todos los cables con sus orugas. Antes de que pudiera repararse el daño, apareció un Sherman y empezó a cruzar el puente. El tanque destructor alemán hizo blanco en él con su primer disparo, y el Sherman comenzó a arder. El comandante de la SS, un Unteroffizier, dijo a todos que había que salir corriendo del pueblo. No hizo falta que lo repitiera: en un momento comenzó una lluvia de proyectiles de la artillería americana. Cuando esto ocurrió, el camión soviético de los alemanes ya no funcionaba, de modo que requisaron un Citroën para escapar a París. Probablemente este hecho les ayudara a pasar inadvertidos a los pilotos de la aviación aliada y a la Resistencia francesa.

De las divisiones que se retiraron tras el fallido contraataque en Avranches, sólo la 2.ª División Acorazada del general Von Lüttwitz podía ser considerada apta para el combate. Se le encomendó la misión de resistir en el sector de Ecouché, donde debía enfrentarse a la 2.ª División Acorazada francesa, la 2^{éme} DB, que avanzaba desde Alerón hacia el norte con la 5.ª División Acorazada de los Estados Unidos a su derecha. Poco después del amanecer del 13 de agosto, la

2éme DB se llevaría un buen susto, cuando varios tanques Panther, probablemente de la 116. a División Acorazada, chocaron con su cuartel general. Los Sherman de los franceses tuvieron que acabar con ellos en un enfrentamiento cara a cara... 42

La división de Leclerc siguió limpiando el bosque de Ecouves aquel día y estuvo a punto de capturar al general Von Lüttwitz. Uno de sus destacamentos se encontró con dos hombres «muy mal disfrazados» de civil que empujaban un carro. En este vehículo había dos sacos con uniformes alemanes. Los soldados franceses se echaron a reír a carcajadas cuando los descubrieron; sin embargo, sus prisioneros parecían sentirse aliviados porque la guerra había acabado para ellos. Guerre kaputt!, exclamaron. 43 ' 44

En el lado aliado también reinaba el caos, pues algunas divisiones que intentaban avanzar hacia el norte se encontraban con el paso bloqueado por otra que avanzaba cruzando su camino. El general Leclerc de la 2éme DB demostraría en el asalto al bosque de Ecouves su más absoluto desprecio por las órdenes recibidas del cuerpo. Cuando tomó la carretera principal que conducía a Argentan, asignada a la 5. a División Acorazada, provocó una situación caótica al cortar el paso a los camiones cisterna de la división americana.

En medio de la confusión, las FFI y otros franceses, gente normal y corriente, ayudaban siempre que podían proporcionando información. Un batallón de tanques de la 5. a División Acorazada fue avisado justo a tiempo por un niño de que en el pueblo en el que iban a entrar había un cañón antitanque de 88 mm escondido. Pero a los franceses también les desconcertaba la frialdad de algunos americanos para matar. En un pueblecito, una francesa fue a preguntarles qué debía hacer con cuatro alemanes que se habían refugiado en su casa. «No había nadie que pudiera encargarse de ellos», informó un teniente del 10.º Batallón de Tanques, «de modo que los pusimos contra una pared y los fusilamos». 45

La 2éme DB y luego la 90. a División del cuerpo de Haislip cortaron el paso al primer regimiento de la recién llegada 80. a División americana. El coronel McHugh, su comandante en jefe, sobrevoló la zona en un Piper Cub de reconocimiento para ver qué ocurría. El obstáculo era un puente destruido, y tenía que buscar una ruta alternativa. «Un francés se me acercó y en un inglés perfecto me indicó correctamente cómo llegar a un puente que no estaba muy lejos», contaría McHugh. «Me impresionó tanto que hice que me acompañara. Más tarde supe que se trataba de un americano que trabajaba para nuestros Servicios Estratégicos [OSS] y que llevaba varios meses viviendo en la zona.» 46

McHugh tuvo los problemas habituales que da una formación novata cuando entra en acción por primera vez. «Era nuestro primer combate real, y me costaba mucho hacer que los hombres avanzaran. Tenía que darles literalmente una patada para que se levantaran y atacaran; para animarlos yo me ponía a andar por la carretera sin que nadie me cubriera». Entonces aparecieron los tanques alemanes. «El oficial al mando de mi primer batallón fue presa del pánico, y sus hombres se contagiaron. Fue necesario sustituir a todo el batallón para recuperar el vigor». La 80. a División americana también sufrió en sus carnes los mismos errores cometidos con anterioridad en el sistema de reemplazos. Un regimiento «recibió a diecisiete cocineros sin haber tenido ni una baja en esa sección». No podía devolverlos, de modo que tuvo que poner a aquellos pobres desgraciados en el campo de batalla como soldados de infantería cuando nunca habían sido entrenados para ello. Tres días de combate supusieron para el regimiento quinientas veintitrés bajas, de las cuales ochenta y cuatro correspondían a muertos en acción. El 13 de agosto McHugh, al enterarse de que parte de la 2éme DB francesa estaba «librando una encarnizada batalla con sus tanques cerca de Carrouges», volvió a subirse al Piper Cub para ver desde lo alto lo que ocurría. El Grupo Acorazado D y la 90. a

División Americana estaban luchando contra la 2.ª División Acorazada alemana y parte de la Leibstandarte.

Otro grupo acorazado de la 2^{éme} DB atacó luego a un destacamento de la 16.ª División Acorazada alemana en Ecouché. Cuando los Sherman de los franceses entraron en el pueblo, un cura se asomó a la ventana y gritó, «Vive l'Amérique!».

«C'est la France!», le respondió un capitán. El sacerdote salió corriendo de su casa con una bandera tricolor y exclamó, «Vive la France!». Entonces el capitán le dijo que también debía gritar «Vive de Gaulle!». 47

La 2^{éme} DB ya había tenido cerca de seiscientas bajas; este número incluía las ciento veintinueve que se produjeron durante un bombardeo el 8 de agosto, antes incluso de que entrara en acción. En consecuencia, no desaprovechaba la oportunidad de aumentar el número de reclutas con los centenares de jóvenes franceses que deseaban alistarse. En Ecouché permitió incluso que se enrolara un alsaciano que acababa de desertar de la Leibstandarte, y que diez días después participaría en la liberación de París vestido con el uniforme francés.^[61] 49

La tarde del 13 de agosto, una patrulla de combate francesa entró en Argentan, pero enseguida fue obligada a retirarse. Había llegado otra parte de la 116.ª División Acorazada alemana, y en aquellos momentos la defensa de la ciudad se veía reforzada con lo que quedaba del 24. Panzer-Regiment, un regimiento de baterías antiaéreas con un cañón cuádruple de 20 mm y unos cuantos de 88 mm. La 116.ª tenía la orden de resistir en Argentan a cualquier precio para impedir el avance aliado hacia Falaise. 50 La 2^{éme} DB seguía en su posición al sur de la ciudad y hacer de «tapón sólido». 51

La noche anterior Patton había dado a Haislip la orden de seguir avanzando hacia el norte. «Tras tomar Argentan, avanzad poco a poco en dirección a Falaise... Al llegar a Falaise, seguid avanzando poco a poco hasta contactar con nuestros aliados». Luego había hablado con Bradley por teléfono desde su cuartel general avanzado cerca de Laval para rogarle que le permitiera cubrir ese hueco, pero Bradley se negó. Poco después del mediodía del 13 de agosto, Patton lo intentó una vez más, pero desde el cuartel general de Bradley le dijeron categóricamente que detuviera al XV Cuerpo de Haislip en Argentan. «Este cuerpo podía avanzar con facilidad hasta Falaise», escribió en su diario aquel mismo día, «y cubrir totalmente el hueco, pero se ha ordenado que nos detengamos porque los británicos sembraron la zona de bombas de efecto retardado. Estoy convencido de que este alto en el camino es un gran error, pues estoy convencido de que los británicos [sic] no se acercarán a Falaise». Más tarde sospecharía que todo ello se debió a «los celos que sentían los británicos de los americanos o al más absoluto desconocimiento de la situación o a una combinación de ambos factores».

Un avance hacia el norte tal vez no habría resultado tan fácil como creía Patton. La 5.ª División Acorazada, al igual que la 2^{éme} DB, encontró en su camino numerosas posiciones de cañones de 88 mm estratégicamente ubicadas, y perdió muchos hombres y vehículos mientras exploraba el terreno. Pero Bradley no quería llevar a sus fuerzas a una zona asignada al XXI Grupo de Ejército de Montgomery. Tanto él como Eisenhower estaban muy preocupados por los bombardeos que pudieran efectuar los americanos y los canadienses o por la posibilidad de que se bombardearan entre ellos, pues avanzaban desde direcciones opuestas.

Bradley también temía que el XV Cuerpo fuera demasiado débil para resistir en el hueco existente entre Argentan y Falaise a las divisiones alemanas, ansiosas por huir. Y le preocupaba además que su flanco izquierdo estuviera desguarnecido por el lado del 1.º Ejército de Hodges, el mismo por el que Hitler pretendía que Eberbach lanzara su contraataque. Todo lo que podemos decir

es que la decisión de efectuar un envolvimiento entre Argentan y Falaise fue un error. Sin embargo, Montgomery sería más tarde muy criticado en muchos ámbitos por haberse negado a cambiar la línea divisoria que separaba a los grupos de ejército de británicos y americanos y no permitir que Patton avanzara como una flecha hacia el norte.

El fracaso de la Operación Totalize en la conquista de Falaise ha generado más debates que prácticamente cualquier otro aspecto de la batalla de Normandía. Montgomery cometió un grave error de cálculo cuando supuso que los canadienses llegarían a Argentan antes que los americanos. Había dado por hecho que los alemanes enviarían más formaciones para defender su flanco sur de las fuerzas de Patton. También había subestimado de nuevo las dificultades que comportaba lanzar divisiones acorazadas formadas por novatos contra un muro de cañones de 88 mm. La obsesión de los aliados con los Tiger y los Panther oscureció el hecho, no reconocido en su momento, de que se perdieron muchos más carros blindados Sherman y Cromwell debido a la eficacia de las armas antitanque alemanas y del tanque destructor Jagdpanzer. 54

Fuera cuales fuesen las razones exactas que contribuyeron a que la misión de cubrir el hueco existente entre Argentan y Falaise acabara en un rotundo fracaso, el hecho es que los americanos montaron en cólera, y el que más Patton. Ahora debían buscar más al este el campo de la muerte de los ejércitos alemanes en retirada.

26. El martillo y el yunque

El 12 de agosto, el comandante Neave, con el 13.º/17.º Regimiento de Húsares, que seguía adentrándose en el valle del Orne, escribió en su diario: «Mucho calor -pero no hace buen tiempo para luchar-; la infantería avanza sudorosa y polvorienta, y nosotros simplemente nos asamos dentro de los tanques». Pero todos se consolaban pensando que pronto iba a acabar aquello. «La imagen vista de cerca es terrible. El viejo "Sangre y Agallas" [Patton] se está metiendo en París, y aquí en Normandía los alemanes están a punto de ser rodeados.» 1

Los alemanes, sin embargo, no estaban a punto de ser rodeados. Todavía había un hueco de unos treinta y tantos kilómetros entre el cuerpo de ejército canadiense de Simonds, al norte de Falaise, y el XV Cuerpo de Haislip, en las cercanías de Argentan. Los intentos llevados a cabo ese mismo día por parte de la 59.ª División de ampliar su cabeza de puente sobre el Orne cerca de Thury-Harcourt fueron frustrados por la 271.ª División de Infantería alemana y las escarpadas y frondosas colinas existentes a ambos lados del río.

A la mañana siguiente, 13 de agosto, Simonds informó a su unidad acerca de una nueva ofensiva, la Operación Tractable. Mientras que el grueso de las tropas canadienses volvía a atacar en dirección a Falaise, debido a la insistencia de Montgomery, la 1.ª División Acorazada polaca, en el flanco izquierdo, se dirigiría más al este, hacia Trun. Parece que Montgomery no había discutido claramente los planes con Bradley, a pesar de que se había reunido con él ese mismo día. Da la impresión de que había vuelto a su anterior idea de rodear a los alemanes en el Sena. En vez de enviar a la 7.ª División Acorazada para reforzar la ofensiva canadiense, la mandó al este, en dirección a Lisieux. Montgomery había empezado ya a presionar a Eisenhower para que le diera todos los suministros y apoyos que necesitara, de modo que fuera el XXI Grupo de Ejército el que cargara contra Berlín.

Simonds lanzó la Operación Tractable a las 11:00 de la mañana del 14 de agosto. En vez de aprovechar la oscuridad para evitar pérdidas a manos de las defensas antitanques alemanas, organizó una espesa cortina de humo provocada por la artillería. También se usaron bombarderos, a pesar de los contratiempos sufridos durante la Operación Totalize. Esta vez, la mayoría de los 811 bombarderos medianos, fueron bastante precisos, aunque 77 de ellos lanzaron sus cargas sobre las tropas canadienses y polacas de retaguardia y causaron 391 bajas. Resulta increíble que volviera a cometerse el mismo error y se utilizaran marcadores de objetivo de color amarillo y granadas de humo igualmente amarillas para señalar a las propias tropas.

Los canadienses enseguida se dieron cuenta de que el río Laizon representaba un obstáculo antitanque más serio de lo que se habían imaginado. Algunos de sus regimientos acorazados sufrieron ese día graves pérdidas. A su izquierda, los polacos avanzaron con gran ímpetu, encabezados por su sección de reconocimiento, el 10.º Regimiento de Fusileros Montados.

El 14 de agosto, la Panzergruppe Eberbach recibió una orden de Hitler enviada por radio. «El ataque ordenado por mí mismo al sur de Alençon debe llevarse a cabo bajo cualquier circunstancia de inmediato como preparativo para el ataque sobre Avranches.» Eberbach, furioso por aquella incesante fantasía de Hitler, se replegó con las unidades de tanques de sus divisiones: la Leibstandarte Adolf Hitler tenía 30; la 2.ª Acorazada, 25; la 116.ª Acorazada tenía 15, y la 9.ª Acorazada había quedado reducida a una compañía de granaderos acorazados.

«La moral de combate de las tropas alemanas se ha venido abajo», escribía Eberbach. «No sólo estaban agotadas y debilitadas por el hambre. Las promesas propagandísticas han resultado todas falsas, la imbatibilidad del Muro Atlántico, las armas V que iban a obligar a Gran Bretaña a hincarse de rodillas, y toda esa palabrería sobre los nuevos aviones y submarinos que iban a asegurar la victoria final.» Eberbach era consciente de que los soldados tiraban las ametralladoras y de que los tanques eran abandonados sin motivo, o incluso sin haber sido volados. «Los rezagados sin armas eran bastante numerosos. Hubo que inaugurar "líneas de captura" por detrás del frente [para coger a los desertores y a los que huían sin autorización]. Ni siquiera la SS constituía una excepción a la regla. La 1. a División Acorazada de la SS nunca había combatido de un modo tan miserable como en este momento.» Los alemanes temían además que se produjera un aterrizaje aerotransportado por su retaguardia, plan que, en efecto, los aliados habían considerado, pero que luego habían descartado. 4

Ese mismo día, Patton, que estaba totalmente desesperado por la inactividad forzosa del XV Cuerpo en Argentan, tomó un avión y fue a ver a Bradley. «Realmente es un plan estupendo, totalmente mío», escribió en su diario, «y he obligado a Bradley a pensárselo. Estoy muy feliz y animado. Tenía a todo el cuerpo de ejército en marcha a las 20:30, de modo que si Monty intenta ir con cuidado, será demasiado tarde». 5 El general Cook y su puesto de mando del XII Cuerpo cerca de Le Mans recibieron un mensaje típicamente lacónico de Patton, entregado por un alto oficial del Estado Mayor del 3. er Ejército. «Tome Orleans de una vez.» 6 Al cabo de unas horas, el comando de combate A de la 4. a División Acorazada estaba ya en la carretera de Saint-Calais a Orleans, en un «brinco de 120 km».

Tres divisiones de Haislip, la 80. a , que estaba recién llegada, la 90. a y la 2^{ème} DB francesa, debían quedarse en Argentan mientras el resto se abría paso por el este hacia Dreux, situada apenas a 50 km del Sena. La rapidez del avance supuso una inyección de moral enorme, anotó Patton al día siguiente. «El número de casos de fatiga de guerra (el nuevo nombre dado a la cobardía) y de autolesiones ha descendido materialmente desde que estamos moviéndonos. A la gente le gusta jugar en un equipo ganador.»

Los tripulantes de los tanques del 3. er Ejército, siempre mal afeitados, se habían convertido en los héroes de las tropas de intendencia y de otros soldados de la retaguardia. «Algunos reclutas intentaron incluso dejarse la barba para emular a las unidades de combate», escribía un médico del 2.º Hospital de Evacuación, «pero nuestro oficial al mando no tardó en poner freno a todo eso».

Algunos se dejaron arrastrar demasiado por el clima de entusiasmo en aquel avance aparentemente imparable. Un corresponsal de guerra americano, decidido a batir a todos sus rivales, apareció en Chartres dispuesto a ser testigo de la toma de la ciudad. Por desgracia, todavía faltaban dos días para eso. El 6.º Regimiento de Seguridad alemán no tardó en hacerlo prisionero.

El cabo Spiekerkotter, todavía con el grupo de zapadores de la 256. a División de Infantería que había escapado de Avranches, llegó a Chartres en su maltrecho Citroen. Mientras las tropas de la guarnición eran organizadas para defender la ciudad del avance de los americanos, Spiekerkotter y sus camaradas encontraron un depósito de suministros de la Wehrmacht. Había sido abandonado por el personal de intendencia, pero aún no había sido saqueado. Estuvieron dando vueltas por él, contemplando con asombro las estanterías cargadas de todo tipo de alimentos, vinos, licores, cigarrillos, incluso máquinas de afeitar eléctricas, guantes de cabritilla y grandes frascos de agua de colonia, lujos que el soldado de primera línea no había visto nunca. «Nos hubiera gustado pasar allí el resto de la guerra», observó Spiekerkotter. 9 Cargaron el Citroen con latas de comida, cigarrillos, los guantes de piel y un frasco de colonia, y se dispusieron a cruzar el Sena por Melun. Tuvieron suerte de que no los detuviera la Feldgendarmarie y los obligara a integrarse en una unidad

improvisada para defender la ciudad.

El 15 de agosto, mientras los canadienses tenían que pelear a brazo partido en su intento de avanzar hacia Falaise, los polacos abrieron brecha por la izquierda. Por suerte para ellos, la mayoría de los cañones de 88 mm de la Luftwaffe habían sido retirados, pero su progresión, que los condujo hasta el río Dives, cerca de Jort, supuso una hazaña impresionante. Mientras tanto, al este de Caen, el I Cuerpo británico, integrado ahora en el 1.º Ejército canadiense, obligó a los alemanes a replegarse a la línea del bajo Dives. Pero como suele ocurrir a mediados de agosto, el calor dio paso de pronto a una tremenda tormenta y una lluvia torrencial. El terreno duro y polvoriento se convirtió en una «pasta fangosa». 10

El cuartel general de Kluge, perfectamente consciente de los peligros, escribió que la situación del aprovisionamiento estaba «haciéndose más crítica cada hora que pasa». 11 El 5.º Ejército Acorazado calificaba su escasez de munición de «catastrófica». 12 La 85.ª División de Infantería había quedado reducida a un batallón y medio y la Hitler Jugend disponía sólo de quince tanques. Pero ese día, mientras los maltrechos restos de los ejércitos alemanes en el norte de Francia intentaban escapar del desastre total que habría supuesto el hecho de quedar rodeados, en el sur se confirmaba el fin de la ocupación de Francia por los nazis.

La invasión del sur de Francia, la Operación Anvil (Yunque), había sido un elemento fundamental de los planes americanos ya desde finales de 1943. Churchill se había opuesto a la idea con incansable obstinación. No quería distraer tropas del frente de Italia, sobre todo porque soñaba con invadir Austria y los Balcanes para impedir que la frontera soviética de posguerra recorriera el Adriático de arriba abajo.

El presidente Roosevelt, irritado por la que él consideraba excesiva desconfianza de Churchill hacia Stalin, maniobró de forma que dejó a los británicos desarmados en la Conferencia de Teherán de noviembre de 1943. Sin avisar a Churchill, habló con Stalin acerca del plan de invadir el sur de Francia, además de Normandía. Los británicos quedaron horrorizados. Stalin aprobó la idea de inmediato. Dijo incluso que los suizos eran unos «cerdos» y propuso «invadir el país al subir por el valle del Ródano». La falta de buques y lanchas de desembarco impidió que la invasión del sur de Francia coincidiera con la Operación Overlord, tal como querían los americanos, lo que no les supondría obstáculo lanzarla más adelante.

Para exasperación de Roosevelt, Marshall y Eisenhower, los británicos no dejaron en ningún momento de intentar alejar la Operación Anvil, rebautizada Dragoon, del sur de Francia. Las acaloradas discusiones llegaron a tensar las relaciones angloamericanas más que cualquier otro desacuerdo en materia de estrategia. Eisenhower creía por otra parte que la Operación Dragoon, con el empleo de las divisiones francesas destinadas a Italia y al norte de África, justificaría la enorme inversión realizada por los americanos y además convertiría a los franceses en socios y amigos.

El 4 de julio Churchill propuso repentinamente a Roosevelt trasladar la Operación Dragoon a Bretaña, aunque ningún puerto de la región estaba operativo y el sistema de aprovisionamiento de los aliados en el norte de Francia estaba al borde de la quiebra. «No puedo pretender que tenga elaborados todos los detalles», añadía torpemente el primer ministro británico. 14 Roosevelt rechazó con firmeza la idea. Churchill volvió a intentarlo el 5 de agosto, cuando visitó a Eisenhower. «Ike dijo que no», escribió su asistente, «siguió diciendo que no toda la tarde, y acabó diciendo que no en todas las formas que le permitía su dominio del inglés». 15 Eisenhower estaba «prácticamente agotado» cuando se fue Churchill.

Los hechos demostraron que los americanos tenían toda la razón. El desembarco de 151.000 tropas aliadas en la Costa Azul, desde Niza hasta Marsella, se llevó a cabo sin encontrar prácticamente oposición, el importante puerto de Marsella quedó asegurado y la invasión provocó la rápida retirada de los alemanes del centro y el suroeste de Francia. Incluso Hitler se vio obligado a reconocer la necesidad de hacerlo, escribió el general Warlimont, «especialmente cuando se comprobó que las primeras operaciones de paracaidistas y tropas aerotransportadas habían tenido un éxito inmediato. Fue la única ocasión que recuerdo en la que Hitler no vaciló demasiado antes de decidir la evacuación del territorio». 16 Pero la repentina retirada de los alemanes desembocó en un feroz ciclo de violencia en Francia.

Presintiendo la victoria, la Resistencia incrementó sus ataques, y los alemanes, especialmente la SS, respondieron con represalias brutales e indiscriminadas. La policía de seguridad y la Gestapo masacraron en muchos lugares a sus prisioneros antes de retirarse. En total fueron fusiladas 600 personas, entre ellas casi todos los judíos que estaban bajo la custodia de los alemanes. En algunas zonas, la Resistencia había intentado convertir la guerra de guerrillas en insurrección abierta, por lo general con resultados catastróficos.

En el Vercors, el altiplano situado entre Grenoble y Valence, una gran fuerza de unos 3.200 maquis había despejado ya la zona de alemanes a finales de junio y había izado la bandera tricolor. En Argel, el general Cochet no les había dicho que aguardaran los desembarcos en el sur de Francia. Aun así, su intento de retener el terreno ganado frente a las tropas regulares iba en contra de todas las reglas de la guerra de guerrillas. El 14 de julio los americanos lanzaron en para-caídas mil contenedores cargados de armas, pero para entonces los alemanes ya habían rodeado la meseta con 10.000 soldados con apoyo de artillería. Una semana después, las tropas de la SS aterrizaron en planeadores y al poco tiempo toda la zona había quedado sometida. Los maquis habrían debido dispersarse para seguir combatiendo en otro momento pero, a pesar de carecer de armas pesadas, intentaron librar una batalla convencional contra un número abrumadoramente superior de enemigos. El heroísmo desesperado acabó en matanza. Las represalias fueron brutales, como afirma la historia oficial de la guerra en Francia elaborada por el SOE. «Una mujer fue violada sucesivamente por diecisiete hombres, mientras un médico alemán le tomaba el pulso, para hacer que los soldados se pararan cuando la víctima se desmayaba. A otra le sacaron las tripas y la dejaron morir con los intestinos colgando alrededor del cuello.»

La Resistencia hacía de la Gestapo y la SS su objetivo siempre que podía. El 6 de agosto, el Sturmbannführer L Kepplinger, de la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS, sufrió una emboscada en Villiers-Charlemagne, al sur de Laval. Al día siguiente, el jefe de la Gestapo de Châteauroux fue asesinado de un pistoletazo. El 10 de agosto por la noche, las autoridades alemanas anunciaron que ese día «han sido eliminados en combate 128 terroristas en territorio francés». 18 Tres días después, en Tourouvre, en el departamento del Orne, dieciocho hombres fueron ejecutados y la calle mayor del pueblo incendiada, casi con toda seguridad por miembros de la división Hitler Jugend. El regimiento de artillería de la Hitler Jugend dictó una orden en la que afirmaba que «las represalias no serán nunca bastante duras». 19

Las matanzas continuaron casi hasta finales de agosto, incluso cuando ya se había esfumado cualquier esperanza de resistir en Francia. Sólo seguía viva una saña feroz. En Buchères, cerca de Troyes (Aube), una unidad de la SS mató a 68 civiles, entre ellos mujeres y niños, algunos incluso bebés. El 25 de agosto, a raíz de un ataque de la FFI contra un camión de la Wehrmacht en el que resultaron heridos tres soldados alemanes, la SS asesinó a 124 personas, entre ellas 42 mujeres y 44 niños, en Maillé (Indre et Loire), y el pueblo fue destruido. En el departamento del Aisne, en Tavaux

y en Plomion, unos miembros de la división de la SS Leibstandarte Adolf Hitler y de la Hitler Jugend asesinaron a un total de 34 civiles, de los cuales sólo uno pertenecía a la Resistencia. En las veintiséis peores matanzas llevadas a cabo en Francia en 1944, fueron asesinados 1.904 civiles.^[62]

20

La gran ofensiva en Normandía, combinada con los desembarcos del 15 de agosto en el sur de Francia, desencadenó la precipitada retirada no sólo de los alemanes, sino también de la odiada organización pa-ramilitar de Vichy, la Milicia (Milice). Durante los días sucesivos, se replegaron el personal de la Luftwaffe y de la Marina de los puertos del sur y del oeste de Francia, los oficiales de la Organización Todt, el personal de intendencia y administrativo de los depósitos militares, y de la policía de seguridad, en definitiva, todo el aparato de la ocupación alemana creado a lo largo de los últimos cuatro años. Se libró una incesante batalla en toda Francia contra la Milicia. Concientes de lo que les esperaba si se quedaban en Francia, aquellos paramilitares criminales buscaron su salvaguardia en el este de Francia y luego en Alemania. Requisaron vehículos, bicicletas y caballos, así como alimentos para facilitar su huida.

Las fuerzas alemanas establecidas en el suroeste ordenaron a sus hombres escapar en «grupos de marcha». Pocos consiguieron huir. La mayoría sucumbió al hambre y al cansancio, y se vieron obligados a rendirse a la FFI o a los americanos. La Resistencia mató relativamente a pocos de los militares alemanes capturados. Los entregaron orgullosamente a los aliados o a las fuerzas regulares francesas, pero casi ningún miembro de la Gestapo, de la SS o de la policía de seguridad sobrevivió a su captura.

En cumplimiento de la política de tierra quemada practicada durante la retirada, los destacamentos alemanes recibieron la orden de destruir puentes, instalaciones telefónicas, ferrocarriles y puertos, así como cualquier establecimiento que pudiera contribuir a su reparación. Los grupos de enlace del SOE en el XXI Grupo de Ejército y del cuartel general avanzado del SHAEF trasladaron a la Resistencia peticiones de «acciones antidestrucción», lo que significaba la frustración de los intentos de los alemanes de inutilizar tras de sí los sistemas y medios de comunicación.²¹

El colapso de las fuerzas de ocupación alemanas supuso también el colapso del régimen de Vichy. En Normandía, un alto funcionario de Vichy comunicaba durante el momento de la gran ofensiva americana que «al haber tomado una nueva dirección los acontecimientos militares», iba a retirarse para «alcanzar el territorio francés según las órdenes del gobierno». Se retiró junto con el Feldkommandant de la localidad, que le proporcionó combustible para su coche. Pero cada vez que intentaba establecer una nueva subprefectura, primero en Gavray, luego en Saint-Poix y por fin en Mortain, la rapidez del avance de los americanos lo obligaba a seguir huyendo a toda velocidad. Pierre Laval, primer ministro del mariscal Pétain, intentó persuadir a este último de que buscara refugio en el cuartel general de Eisenhower.^[63]

23

El vacío de poder existente en grandes zonas de Francia, especialmente en Dordogne, en el Limousin, en Corrèze, el Macizo Central, y el suroeste, dio lugar a que los diferentes grupos del maquis empezaran a saldar cuentas. Se vengaron de verdaderos colaboracionistas, pero también de los enemigos de clase a los que consideraban como tales. Una vez iniciada la invasión, no era difícil prever que así ocurriera. Un informe enviado de Vichy a París justo después de que se produjera la invasión hablaba de «regiones en las que se desatará la odiosa guerra civil». En julio, un agente informaba a Londres de la situación reinante en el Limousin, creada por los ataques de la Resistencia

y las feroces represalias de los alemanes. «Ante estos actos de barbarie, toda la región tiembla. Los campesinos se ocultan en los bosques y los vigías avisan de la llegada de cualquier vehículo alemán. El país experimenta a un tiempo la violencia del enemigo, del maquis y de la Milicia. Ya no hay ninguna autoridad legítima».

Había muchas cosas de las que vengarse, pero la ofensa moral de la venganza ocultaba también cierto grado de oportunismo político y personal. Se saldaron algunas cuentas personales y fueron eliminados algunos posibles rivales del poder de posguerra. Los grupos de la Resistencia quitaron la vida a unas 6.000 personas antes de que los alemanes se retiraran. Luego, en la llamada *épuration sauvage* o «purgas no oficiales», fueron asesinadas al menos 14.000 personas más. Algunas tropas británicas y americanas mataron también a algunos franceses colaboracionistas, pero la mayoría prefirió hacer la vista gorda, en la idea de que no habiendo experimentado la ocupación alemana, no estaban en condiciones de juzgar. Las estadísticas que quizá resulten más chocantes sean las de Bretaña, donde una tercera parte de las personas asesinadas fueron mujeres.

Los franceses y las tropas aliadas se sintieron asqueados por el trato dispensado a las mujeres acusadas de *collaboration horizontale* con los soldados alemanes. Algunas víctimas eran prostitutas que habían ejercido su oficio tanto con alemanes como con franceses. Otras eran chicas un poco simples que se habían relacionado con los soldados alemanes por simples bravatas o por aburrimiento. Muchas más eran madres jóvenes, cuyos maridos estaban en campos de prisioneros de guerra alemanes. Carentes a menudo de medios de subsistencia, su única esperanza de conseguir comida para ellas y para sus hijos durante aquellos años de hambruna había sido aceptar la relación con un soldado alemán. Como observaba el escritor alemán Ernst Jünger desde el lujoso ambiente del restaurante parisino La Tour d'Argent, «la comida es poder».

Tras la humillación que suponía que les afeitaran la cabeza en público, las *tondues* -las «rapadas» o «pelonas»- solían ser obligadas a desfilar por las calles, a veces al son de un tambor, como si Francia reviviera la revolución de 1789. Algunas eran untadas de alquitrán, otras iban medio desnudas y a algunas les pintaban la cruz gamada por todo el cuerpo. En Bayeux, el secretario particular de Churchill, Jock Colville, registró su reacción ante este tipo de escena. «Vi pasar un camión descubierto, acompañado del griterío y los silbidos del populacho, en cuya trasera iban unas diez desgraciadas a las que habían afeitado la cabeza. Las pobres mujeres iban llorando, con la cabeza gacha, avergonzadas. A pesar de sentirme asqueado por tanta crueldad, pensé que los británicos no habíamos conocido ningún tipo de invasión ni ocupación durante casi novecientos años. Por consiguiente, no éramos los mejores para juzgar a nadie.» 26 El historiador americano Forrest Pogue observa a propósito de las víctimas que «su aspecto, en manos de sus sayones, era el de un animal acosado». 27 El coronel McHugh, cerca de Argentan, comunicó: «Los franceses hacían redadas buscando colaboracionistas, les cortaban el pelo, hacían con él grandes montones y lo quemaban, de modo que el olor se sentía a varios kilómetros de distancia. Las colaboracionistas eran castigadas además a una especie de carrera de baquetas, en la que les propinaban una buena paliza».

Era, en efecto, «un carnaval feo», como lo define cierto escritor, pero respondía a un modelo establecido poco después del Día D. 29 En cuanto una ciudad, una población de tamaño medio, o incluso una aldea pequeña era liberada por los aliados, los esquiladores se ponían manos a la obra. A mediados de junio, el primer día de mercado después de la toma de Carentan por la 101.ª División Aerotransportada, una docena de mujeres fueron rapadas en público. En Cherburgo, el 14 de julio, un cargamento de mujeres jóvenes, en su mayoría adolescentes, fueron paseadas por las calles en un camión. En Villedieu, una de las víctimas fue una mujer que simplemente había trabajado como limpiadora en la Kommandantur. Sólo en el departamento de Manche, 621 mujeres fueron

arrestadas bajo la acusación de collaboration sentimentak. En otros lugares, a algunos hombres que habían trabajado voluntariamente en fábricas alemanas, también les afeitaron la cabeza, pero aquello solía ser una excepción. Las mujeres eran casi siempre el primer objetivo. Era envidia disfrazada de ofensa moral. La envidia la provocaba la comida que habían recibido como consecuencia de su actuación.^[64] Sencillamente, aquellas jóvenes eran el chivo expiatorio más fácil y más vulnerable, en particular para los hombres que deseaban ocultar su falta de credenciales en la Resistencia.

También en el bando aliado existía confusión moral, si no simple y llanamente hipocresía. En su aeródromo en las proximidades de Bayeux, a Jock Colville le pareció irónico que Montgomery ordenara el cierre de todos los burdeles. «Se colocaron policías militares a la puerta, para asegurarse de que la orden era obedecida. Sin dejarse amedrentar y con todo el descaro, varias de aquellas señoras desahuciadas se presentaron en un campo que lindaba con nuestro jardín. Había largas filas de aviadores, entre ellos, lamento mucho decirlo, dignos francocanadienses de confesión católica romana, que hacían cola para disfrutar de sus servicios, utilizando como medio de pago artículos tales como latas de sardinas.» Los franceses, mientras tanto, encontraban chocante la actitud de los soldados americanos, que, al parecer, pensaban que, en materia de francesas jóvenes, «todo se compra». Después de una noche de borrachera, llamaban a la puerta de las casas de campo preguntando si había alguna «mademoiselle» para ellos. Los soldados más espabilados habían aprendido algunas palabras francesas en los manuales de idiomas editados por el ejército. También proporcionaban tácticas supuestamente útiles en las lecciones publicadas a diario por el periódico Stars and Stripes, como por ejemplo la traducción francesa de «Mi esposa no me comprende». 33 La incompreensión mutua y el choque de unas culturas muy diferentes se dejaron sentir en las relaciones franco-americanas tal vez más incluso que la alegría de la liberación. Una mujer de una localidad al sureste de Mortain manifestaba su alegría agitando banderas y cantando la Marsellesa cada vez que llegaba una columna de la 2.ª División Acorazada americana. A los franceses les hacía gracia el acento criollo de los «cajuns» de Louisiana, pero a su vez quedaban desconcertados cuando veían que los americanos «nos consideran claramente un pueblo subdesarrollado. Uno de ellos me pregunta (en inglés) si he visto alguna vez un cine». La mujer contestó que el cine había sido inventado en Francia, lo mismo que el automóvil. «Se quedó de piedra, pero no parecía demasiado convencido.» 34

Muchos soldados americanos, que ya consideraban Francia casi un país enemigo debido a la ocupación alemana, vieron reforzados sus prejuicios al ver que tanta gente denunciaba a «sus vecinos por simpatizar con los alemanes». Incluso los miembros del OSS y del Cuerpo de Contrainteligencia no entendían demasiado la política francesa y la guerrefranco-frangaise que había estado latente desde la época de la Revolución y que estaba ahora de nuevo en plena efervescencia. Estaba muy extendida la opinión, profundamente arraigada en la historia americana, de que los problemas del Viejo Mundo provenían de la existencia de una aristocracia corrupta y de los males del colonialismo europeo.

Semejantes ideas eran fomentadas por los izquierdistas de la Resistencia que les suministraban información, especialmente por el FTP, capitaneado por los comunistas. Aquellos individuos tenían buenos motivos para odiar al régimen de Vichy debido a las ejecuciones de los militantes del Partido Comunista tomados como rehenes durante la ocupación. Creían también que había llegado la hora de una nueva revolución. Intentaban, por tanto, convencer a los oficiales americanos, a menudo con éxito, de que todos los miembros de la aristocracia y la burguesía francesa eran colaboracionistas.

Movidos por sus propios fines políticos, deliberadamente no hacían distinción alguna entre las personas, fuera cual fuese su clase social, que habían apoyado al mariscal Pétain tras la debacle de 1940 y las que habían ayudado activamente a los alemanes.

La tarea de filtrar a las decenas de miles de franceses, hombres y mujeres, detenidos por colaboracionistas durante el verano de 1944 resultó abrumadora para la incipiente administración del gobierno provisional de De Gaulle. Aquel otoño, seguía habiendo más de 300.000 casos por resolver. En Normandía, los prisioneros fueron llevados al campo de Sully, cerca de Bayeux, por la Sécurité Militaire, la gendarmería e incluso algunos por la policía militar estadounidense. 36 Había además gran número de extranjeros desplazados, rusos, italianos y españoles, que intentaban sobrevivir saqueando las granjas.

El tipo de acusaciones presentadas contra los ciudadanos franceses era muy variado y a menudo bastante vago. Entre ellas estaban las de «aprovisionamiento del enemigo», «relaciones con los alemanes», denuncias de miembros de la Resistencia o de los paracaidistas aliados, «actitud antinacional durante la ocupación», «actividades pro alemanas», «proporcionar ropa de paisano a los alemanes», «pillaje en tiempo de guerra» e incluso «sospecha desde el punto de vista nacional». Casi todos los que se habían visto obligados a tener algo que ver con los alemanes en algún momento podían ser denunciados y arrestados.

Se suscitaron tensiones entre liberadores y liberados a raíz de distintos incidentes, grandes y pequeños. Una importante fuente de resentimiento fueron los centenares de accidentes de carretera, sobre todo muertes de reses, pero también de civiles, debido a la constante marea de vehículos pesados que se dirigían al sur con suministros para las tropas combatientes. En el otro extremo de la escala se sitúa una mujer que se enfureció al ver a un soldado británico regalar una naranja a un soldado alemán, porque los niños franceses no habían probado nunca nada parecido. No obstante, los cocineros del ejército y mucha más gente se mostraba amable con los niños, cuyos ojos se abrían como platos al ver las rebanadas de pan blanco que les cortaban, aunque no estaban tan contentos cuando les daban bocadillos de mermelada.

El historiador Claude Quétel, por entonces un niño que vivía en Bernières-sur-Mer, recuerda a las tropas canadienses y su asombro al ver entre ellas por primera vez en su vida a un negro. El joven Claude no pudo evitar preguntarle por qué era negro.

- Es porque no me lavo bastante -le respondió el soldado en broma.

Claude se tomó sus palabras al pie de la letra. Quiso corresponder a la generosidad que habían mostrado con él los soldados, así que salió corriendo hacia su casa y robó una pastilla de jabón que su madre guardaba como un tesoro. Volvió a toda prisa para regalársela al soldado negro justo antes de que salieran para el frente. Al ver la mano extendida del niño con la pastilla de jabón, todos los soldados se echaron a reír. Cuando la columna de camiones se puso en marcha, Claude se quedó llorando sin poder contener los sollozos.

Las tropas aliadas, sin embargo, se exasperaban por las constantes sustracciones de materiales. Las autoridades francesas las denominaban eufemísticamente réquisitions irrégulières 9 Surgió un mercado negro basado al principio en cigarrillos americanos e ingleses, y luego ampliado a combustible y neumáticos robados. Pero los soldados aliados no tenían nada de inocentes en materia de robos. En Caen, un oficial del equipo de asuntos civiles escribió que el saqueo por parte de tropas británicas «de tiendas y establecimientos plantea bastantes problemas, pero los culpables son severamente castigados cuando son cogidos». 40 En medio del caos de la guerra, muchos soldados que no habrían robado nunca nada en su país, eran tentados por lo que consideraban sencillas

sustracciones. «Nuestros soldados han cometido algunos actos de pillaje», anotó Myles Hildyard en el cuartel general de la 7.ª División Acorazada, «incluso hay dos policías militares de esta división que atracaron a dos ancianas condesas en un castillo por aquí cerca». 41 También los oficiales británicos sustraían algunos objetos cuando eran alojados en casas de campo, lo que dio pie a que muchos franceses comentaran que «los alemanes eran mucho más correctos».

Pero la espina que los normandos tenían más clavada en su corazón era la terrible destrucción sufrida por sus ciudades y sus campos. Un médico americano describía los bosques despojados de hojas por el fuego de la artillería, las carcasas de las reses pudriéndose en los campos, y las ciudades reducidas a montones de escombros, «con algún toque cínico ocasionalmente, como un anuncio de máquinas de coser Singer clavado en una pared que no había sido demolida, o una casa cuya fachada había sido volada delante del comedor, dejando al descubierto, como si fuera el escenario de un teatro, la mesa y las sillas cuidadosamente colocadas alrededor». Cuando los franceses que habían huido de las zonas de combate regresaban a sus hogares convertidos en ruinas, algunos quedaban traumatizados al ver la escena irreconocible, y otros se mostraban tristes y resignados ante aquella destrucción inútil. A veces un pequeño detalle recordaba a las tropas aliadas el sufrimiento de los franceses. Ese fue el efecto que tuvo en un soldado británico la visión de una casa llamada «Mon Repos» destruida por las bombas. 43

A pesar de la labor de los equipos aliados y franceses, las minas y las bombas sin explotar seguirían mutilando a los labradores y a los niños de la región durante los años venideros. Todas las obras de reconstrucción se centraban en la mejora de las instalaciones de aprovisionamiento de los ejércitos aliados. En Caen, 15.000 soldados fueron puestos a trabajar para la reapertura del puerto fluvial, al fondo del canal, pero se reservaron muy pocos para restablecer los servicios esenciales para la población civil. 44

Normandía fue, en efecto, una región mártir, pero su sacrificio salvó al resto de Francia. Paradójicamente, como ha señalado un destacado historiador francés, la lentitud del avance de los aliados durante los primeros dos meses, pulverizando al ejército alemán, actuó a favor de los franceses, «cuya liberación fue más rápida y menos destructiva de lo que habría cabido esperar, excepto en los campos de batalla de Normandía». 45

La batalla de Normandía estaba llegando a su punto culminante. El 14 de agosto, Kluge decidió que sus tropas debían salir de allí y escapar en dirección al noreste; «de lo contrario hay que contar con la pérdida de todas [nuestras] fuerzas». 46 Las unidades de artillería alinearon sus cañones y lanzaron todas las bombas que les quedaban antes de retirarse. El 16 de agosto, Kluge ordenó una retirada inmediata a la línea del Orne y aquella misma noche empezaron a cruzar el río. Se trajeron unidades antiaéreas para guardar los puentes, pero parece que la actividad aérea de los aliados no supuso una gran amenaza durante los dos días siguientes, cuya importancia sería vital. Las tropas tenían prohibido detenerse y ponerse a descansar en la zona. Los vehículos eran sacados de la carretera si se averiaban, y la Feldgendarmarie veló por una disciplina estricta del tráfico. No se permitió que nada obstaculizara la retirada. Las tropas acorazadas provocaban la cólera de los Landser por la forma en que pasaban tranquilamente por encima de los cadáveres de sus compañeros, aplastándolos con sus orugas.

El 16 de agosto, los canadienses se abrieron paso en medio de duros combates hasta la ciudad en ruinas de Falaise, en cuyo gran castillo había nacido Guillermo el Conquistador. Una vez más se enfrentaron a sus fanáticos adversarios de la Hitler Jugend. Sesenta de aquellos adolescentes endurecidos por la lucha resistieron durante tres días. Los dos únicos que fueron capturados vivos estaban heridos.^[65] 49

Al este de Falaise, la sección de reconocimiento del 10.º Regimiento de Fusileros Montados polacos, apoyada por el 12.º de Dragones en tanques Cromwell, ya había asegurado los cruces del Dives el 15 de agosto. 50 Su éxito fue una buena manera de celebrar el aniversario de su victoria sobre el Ejército Rojo en la batalla del Vístula de 1920. Aquella noche los polacos repelieron en su cabeza de puente varios contraataques, mientras que las tropas de reconocimiento penetraban por la carretera en dirección a Trun. El 16 de agosto, Simonds quiso enviar también a Trun a su 4.ª División Acorazada, pero se perdió todo el día siguiente en operaciones de repliegue y reorganización. El comandante de su división mostró poca iniciativa y poco ímpetu. La consiguiente falta de apoyo a la división acorazada polaca, que había quedado peligrosamente expuesta, obligó a ésta a detenerse a menos de 12 kilómetros de Trun.

Ultra seguía informando de que los alemanes pretendían contraatacar a los americanos por el sur y avanzar entre Argentan y Sées. La noticia reafirmó a Montgomery en su idea de que debían volver a una táctica de envolvimiento en el Sena, en vez de aislar a los alemanes al sur de Trun. En consecuencia, cometió el error de no reforzar a los polacos con la 7.ª División Acorazada, a la que había ordenado avanzar hasta Lisieux. La falta de una coordinación precisa con los americanos en esta fase fue fundamentalmente más culpa de Montgomery que de Bradley. Entre uno y otro no habían sabido decidir con claridad dónde debían dejar aislados a los alemanes. Fue sólo el 16 de agosto cuando Montgomery decidió volver a cerrar la bolsa entre Trun y Chambois. Pero para entonces parte del cuerpo de ejército de Haislip había sido despachado hacia el Sena.

El general Patton estaba mucho más interesado en las novedades que se producían en el Sena. El 16 de agosto, el general de división Kenner, oficial médico jefe del SHAEF, fue embaucado por Patton, que se lo llevó a visitar el XV Cuerpo de Haislip con motivo de la reciente toma de Dreux. Patton estaba exultante. Acababa de visitar dos hospitales de evacuación aquella mañana y había comprobado que «por primera vez nuestros heridos querían volver y ponerse a luchar». 51

Salieron en dos jeeps, uno de los cuales llevaba una ametralladora pesada. El guardia de Corps de Patton, Al, llevaba también un fusil automático Browning. Kenner, preocupado a todas luces por la seguridad de Patton en aquel paseo por una zona boscosa llena de alemanes en retirada, propuso ocupar el asiento delantero.

- ¡No, por Dios! -le respondió Patton-. Nadie monta delante de mí. 52

Según Kenner, «a Haislip casi le dio un ataque» cuando se enteró de cómo habían venido. Insistió en proporcionarles una escolta para el viaje de vuelta, pero Patton se puso a lanzar juramentos al oír semejante idea. En cualquier caso, deseaba ver qué progresos iba haciendo el XX Cuerpo en Chartres.

Cuando llegaron al puesto de mando de la 7.ª División Acorazada, Patton preguntó cuándo iban a tomar la ciudad.^[66] Le dijeron que todavía había alemanes luchando en algunas zonas de la población y que llevaría algún tiempo. Según Kenner, Patton replicó:

- No hay ningún alemán. Ahora son las tres en punto. Quiero tener Chartres tomada a las cinco o habrá un nuevo comandante en jefe.

Kenner quedó impresionado por el «instinto para el enemigo» que tenía Patton, pero éste estaba equivocado. Las fuentes de la inteligencia americana habían calculado que los defensores de la ciudad eran sólo mil, pero el día anterior había llegado otro regimiento de seguridad alemán. El general de infantería Kurt von der Chevallerie, comandante en jefe del 1.º Ejército al sur del Loira, había mantenido una entrevista en Chartres cuando vieron que los tanques de la 7.ª División Acorazada avanzaban hacia la ciudad.

Un destacamento especial había logrado despejar la mayor parte de la ciudad tres horas antes de que llegara Patton, pero el otro destacamento especial se había visto obligado a dar marcha atrás ante la fuerte resistencia de los alemanes en la parte exterior de la ciudad. Los americanos habían recurrido a la artillería, pero se dieron órdenes de que ésta disparara sólo contra objetivos visibles directamente. «Se hicieron todos los esfuerzos para librar de la destrucción a los edificios históricos.» La batalla, sin embargo, se completó al día siguiente, cuando el segundo destacamento especial atacó a los alemanes que se habían retirado a los campos de trigo de las afueras. Aquella batalla desigual se convirtió en una matanza. Las unidades de mortero lanzaron granadas de fósforo blanco «por todas partes y cuando los campos se pusieron a arder, los alemanes salieron corriendo como ratas. Mientras sucedía esto, los tanques estaban disfrutando de un día de campo matando a los alemanes de a pie por todas partes», comunicó la 7.ª División Acorazada. «Toda la operación fue un completo éxito: aquella pequeña fuerza dejó fuera de combate numerosos cañones antitanque, capturó a cerca de cuatrocientos enemigos, y mató a varios miles de ellos a costa sólo de cuatro tanques y 62 bajas propias.»

En cualquier caso, el miércoles 16 de agosto había sido una jornada memorable para Patton. Las divisiones del 3.º Ejército habían entrado en las importantes ciudades de Dreux, Chartres, Châteaudun y Orleans o las habían tomado en su totalidad. Patton se atribuiría además todo el crédito debido a sus hazañas, una vez levantado el secretismo impuesto a la Operación Fortitude. Estas restricciones de seguridad habían exasperado a los corresponsales de guerra, ansiosos por escribir acerca de las hazañas de Patton. Eisenhower se había limitado a decir públicamente en una conferencia de prensa que la ofensiva contra el Sena era dirigida por el 3.º Ejército comandado por el propio Patton. El viejo «Sangre y Agallas» se convirtió de inmediato en una estrella internacional. Y por fin ese día Patton se enteró de que había sido confirmado con carácter permanente en el cargo de general de división, ascenso que se remontaba al año anterior.

Mientras el 3.º Ejército de Patton avanzaba a toda velocidad hacia el Sena, los americanos sufrieron un retraso de todo un día debido a la confusión mientras reorganizaban sus fuerzas en torno a Argentan. La noche del 16 de agosto, el general Gerow, comandante del V Grupo de Ejército, recibió del general Hodges, del 1.º Ejército estadounidense, la orden de asumir el mando de las tres divisiones -la 80.ª, la 90.ª y la 2.ª DB-, que Haislip había dejado alrededor de Argentan. El aviso de contraataque alemán facilitado por Ultra lo impulsó a marchar durante la noche a Alençon, donde estableció un cuartel general provisional en el Hotel de France. No logró descubrir dónde se suponía que estaba el cuartel general del XV Cuerpo. Finalmente se enteró por el comandante de la 80.ª División de que Patton había enviado a su jefe del Estado Mayor, general Hugh Gaffey, para que tomara el mando de las tres divisiones. Encontró a Gaffey en un puesto de mando provisional al norte de Sées, y los dos altos oficiales sellaron un pacto. Gaffey dirigiría el ataque hacia el norte ordenado por el general Patton para el 17 de agosto, y luego Gerow asumiría el mando por la noche. Pero el general Bradley confundió los mensajes de Hodges y Patton, y dijo a Gerow que asumiera el mando de inmediato. 54

El 17 de agosto Patton tomó un avión para ir a ver a Bradley y salir de aquel lío. Había dejado dicho al Estado Mayor de su 3.º Ejército que el ataque hacia el norte para cerrar la bolsa debía llevarse a cabo directamente al mando de Gerow si llamaba por teléfono y decía: «Cambiad de caballos». 55 A las 12:30, Patton llamó desde el cuartel general del XII Cuerpo de Ejército con esas palabras. Añadió a continuación que una vez tomado el objetivo original, las tres divisiones debían continuar «de ahí en adelante». Su jefe del Estado Mayor le preguntó qué significaba «de ahí en adelante».

- Otro Dunkerque -dijo en tono de broma. Este comentario típicamente improvisado fue recogido más tarde por un corresponsal de guerra, que lo tradujo demasiado libremente de la siguiente forma: «Que me dejen continuar a mí y echaré a los ingleses al mar». De hecho, los cambios de mando efectuados en aquel momento crucial lo único que consiguieron fue dar a los alemanes otras veinticuatro horas para sacar más hombres y vehículos de la bolsa.

Por suerte, ese mismo día, jueves 17 de agosto, los rumores de que Eisenhower y Bedell-Smith estaban de nuevo irritados con Montgomery se habían filtrado a Downing Street y al palacio de Buckingham. Sir Alan Lascelles, secretario particular del rey Jorge VI, mantuvo una larga conversación con el general Pug Ismay, asesor militar de Churchill, y registró sus pensamientos en su diario. «Ismay tiene de los americanos una visión muy sensata, que demuestra además una gran amplitud de miras. [Los americanos] Han demostrado su valía, y ya han pasado los días en los que podíamos tratarlos como soldados novatos y sin experiencia; en realidad llegó a decir que podíamos tener mucho que aprender de ellos, y que quizá habíamos sido un poquito demasiado "académicos" en nuestra forma de hacer la guerra.» 56

Las tensiones aumentaron con otro aliado cuando las tropas americanas llegaron a París. Cuando el general Philippe Leclerc se enteró de que la 2^éme DB iba a quedarse en Argentan mientras que el resto del XV Cuerpo avanzaba hacia el Sena, fue a protestar a Patton. «Leclerc, de la 2. a División Acorazada francesa, entró muy nervioso», escribió Patton en su diario. «Dijo, entre otras cosas, que si no se le permitía avanzar hacia París, dimitiría. Le dije en mi mejor francés que era un niño, y que no pensaba tolerar que mis jefes de división me dijeran dónde iban a luchar, y que, en cualquier caso, lo había dejado en el lugar más peligroso. Al despedirnos, quedamos como amigos.» Leclerc, que se llevaba bien con Patton, no quedó ni mucho menos satisfecho. Pero tanto él como el general De Gaulle, que se hallaba de camino a Francia, estaban muy preocupados ante la perspectiva de que Bradley quisiera pasar de largo ante París. Los dos temían que una sublevación de la Resistencia en la capital fuera aprovechada por los comunistas. Y en caso de guerra civil, los americanos intentarían casi con toda seguridad reforzar su gobierno militar, como quería el presidente Roosevelt.

27. El campo de la muerte de la bolsa de Falaise

Mientras que el 16 de agosto había sido un día maravilloso para Patton, Hitler dijo que «el 15 de agosto ha sido el peor día de mi vida». 1 Estaba convencido de que el mariscal Von Kluge había comenzado en secreto a entablar negociaciones con los aliados en Normandía. «Hitler sospechaba que el mariscal Von Kluge era culpable de ese delito de traición», contó el general Warlimont. El Führer ya consideraba a Kluge uno de los cómplices de los conspiradores de julio. En aquellos momentos estaba totalmente convencido de que la puñalada traperera de la segunda guerra mundial no iban a dársela ni los judíos ni los revolucionarios, como en 1918, sino los aristócratas del Estado Mayor alemán.

La tarde del 14 de agosto Kluge abandonó La Roche-Guyon. Pasó la noche en el cuartel general de retaguardia del 5.º Ejército Acorazado en el castillo de Fontaine l'Abbé, al este de Bernay. El 15 de agosto, poco después de amanecer, salió hacia el oeste en dirección a la bolsa de Falaise para entrevistarse con los dos comandantes del ejército, los generales Hausser y Eberbach. Viajó en su Kübelwagen, acompañado de su asistente, el Oberleutnant Tangermann, de otro oficial en moto y de un vehículo de comunicaciones.

El reducido convoy no tardó en ser localizado por los aviones Typhoon de la RAF, que atacaron de inmediato. Con su cañón destruyeron el vehículo de comunicaciones e hirieron a sus ocupantes, a uno de ellos mortalmente. El número de cazabombarderos aliados que sobrevolaban la zona hacía que cualquier movimiento por carretera resultara extremadamente peligroso. Kluge, que ya acusaba su agotamiento nervioso, sufrió por lo visto una especie de crisis. Lo condujeron a la sombra de un árbol para que descansara y se tranquilizara. Sólo se puede especular sobre su estado mental, aunque sí es posible afirmar que le costaba mucho aceptar que su nombre iba a quedar asociado para siempre con el derrumbamiento de los ejércitos alemanes en el oeste. El Oberleutnant Tangermann creía incluso que con su aventura de adentrarse en aquel Kessel, o bolsa, pretendía ir al encuentro de la muerte en presencia del enemigo.

Cuando el general Jodl telefoneó aquel día desde Prusia oriental para hablar con Kluge y le comunicaron que no sabían nada de él desde la mañana, la desconfianza de Hitler se transformó inmediatamente en convencimiento de que estaba negociando los términos de la rendición. Jodl ordenó al Grupo de Ejército B y al general Eberbach que pusieran todo su empeño en averiguar el paradero de Kluge y que fueran informando cada hora. A las 21:00, un télex KR-Blitz, el de máxima prioridad, llegó de Prusia oriental. Decía: «El Führer ha ordenado: como se desconoce el paradero del Generalfeldmarschall Von Kluge, que sigue ausente de su puesto de mando, confío al Generaloberst Hausser el gobierno del 5.º Ejército Acorazado y de la Panzergruppe Eberbach»

Kluge y sus acompañantes sólo pudieron seguir su viaje cuando se hizo de noche. Llegaron por fin al puesto de mando de Eberbach a las 22:00. Para recorrer apenas noventa kilómetros habían tardado dieciséis horas. El mariscal Keitel insistió en hablar con Kluge en cuanto tuvo noticia de su llegada. Parece que el OKW creyó la explicación que dio Kluge de sus movimientos, pero Hitler, que en cualquier caso ya había pensado en sustituirlo a raíz del fracaso en el contraataque de Avranches, ordenó inmediatamente al mariscal Model que partiera en avión para Francia y asumiera el mando. Model, «uno de los comandantes militares más severos y temidos», 4 era fiel seguidor de Hitler, quien le había concedido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con Brillantes. Al igual que le ocurriera al propio Kluge antes de asumir el mando, a Model lo habían convencido de que el

desastre de Normandía se debía enteramente al mal liderazgo.

El teniente Dankwart conde Von Arnim, oficial del Estado Mayor en París, fue despertado a las 04:30 del 17 de agosto para anunciarle que Model acababa de llegar. Debía presentarse de inmediato en el cuartel general del Oberkommando West en Saint-Germain-en-Laye. Lo primero que le dijeron es que Model, al encontrarse allí sólo con un médico del ejército completamente ebrio, se puso hecho una fiera y mandó que le pegaran un tiro. Arnim debía acompañar a Model a La Roche-Guyon. Había una neblina propia de las primeras horas de la mañana cuando se pusieron en marcha y cruzaron el valle del Sena, en un convoy escoltado por una compañía de cañones antiaéreos de 200 mm autopropulsados que los acompañaba por orden de Hitler. Arnim iba sentado junto al conductor en el automóvil blindado oficial de Model. Este lo reprendió severamente por llevar la gorra del uniforme en vez de un casco.

Cuando cruzaron la entrada del castillo, Arnim pudo ver los rostros de algunos oficiales del Estado Mayor que miraban por la ventana visiblemente nerviosos. Speidel, el jefe del Estado Mayor, los recibió a los pies de la escalera. Detrás de él se encontraba Kluge, que había recibido la noticia de su sustitución en un teletipo hacía apenas una hora. Según el teniente general Bayerlein, que asistió a la entrevista, Model dijo tajantemente que los soldados de Normandía «eran un puñado de cobardes, que era mucho más fácil luchar contra los aliados occidentales que contra los rusos, y que él iba a encargarse de que las cosas tomaran otro derrotero». 5

Kluge aceptó su destino con dignidad. Sin embargo, no sólo temía que fueran a responsabilizarlo de todo lo que había salido mal, sino también que, en aquel ambiente de sospechas y recelos, fuera procesado y condenado a muerte como los otros altos oficiales involucrados en la conspiración de julio. Se sentó para escribir una larga carta a Hitler, pidiendo al Oberstgruppenführer Sepp que se encargara de entregarla más tarde. Además de explicar por qué le había sido imposible llevar a cabo la tarea encomendada, escribió: «No puedo soportar que se me reproche que he sellado el destino del oeste con malas estrategias, y no tengo medios con los que defenderme. He sacado una conclusión de todo ello, y me estoy trasladando al lugar en el que ya se encuentran miles de compañeros». 6 La carta era respetuosa y en ningún momento intentaba culpar a Hitler. No cabe la menor duda de que Kluge deseaba salvar a su familia de las represalias de los nazis en virtud del Sippenhaft.

Al final sostenía, como había hecho Rommel antes que él, que con tan pocas probabilidades de victoria, era mejor poner fin a la guerra: «El pueblo alemán ha soportado un sufrimiento tan indecible, que ha llegado la hora de terminar con este horror». Aunque por fin Kluge se había dado cuenta de la espantosa locura que suponía aquel conflicto de proporciones gigantescas, seguía sin tener en cuenta el enorme sufrimiento que habían causado con sus invasiones. Esta consideración simplemente no tenía cabida en la Weltanschauung del ejército alemán, con su confusión fundamental de causas y efectos.

Se envió un automóvil con escolta para conducir a Kluge de vuelta a Berlín. Al mediodía, hicieron una parada en el bosque de Argonne, muy cerca de Verdun. No estaban muy lejos del lugar en el que el general Von Stülpnagel había intentado suicidarse sin conseguirlo. Kluge entregó a su ayudante otra carta, esta vez dirigida a su hermano; luego caminó hacia unos arbustos, y oculto detrás de ellos ingirió una pastilla de cianuro. Después de que Kluge se suicidara, Hitler ordenó abrir otra investigación para averiguar todos los detalles de su «misteriosa desaparición» en Normandía, pero una vez más fue imposible recabar pruebas de que hubiera mantenido una entrevista con oficiales americanos.

La bolsa de Falaise fue estrechándose el 16 de agosto, pero aún distaba mucho de quedar completamente cerrada, debido al retraso de los canadienses y del V Cuerpo de Gerow en Argentan. Gersdorff, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército, pudo «desplazarse en automóvil aquel día en ambas direcciones» por la brecha existente entre Trun y Chambois. Un general alemán observaría que, aunque mucho más pequeña, la bolsa tenía una forma increíblemente parecida al desafortunado rombo de Stalingrado.

El II Cuerpo Acorazado alemán fue enviado al bosque de Gouffern, en el noreste de Argentan, para defender este extremo de la bolsa, aunque apenas pudo reunir cuarenta tanques. 9 Al día siguiente, tras repostar combustible, lo que quedaba de las dos divisiones fue trasladado a la zona de Vimoutiers. El Oberstgruppenführer Hausser hizo salir de la bolsa a la 2.ª División Acorazada de la SS Das Reich. Quería que hubiera una fuerza preparada para contraatacar cuando los aliados intentaran sellar el hueco. Los oficiales del ejército, sin embargo, sospechaban que aquello no era más que un mero intento de salvar a la Waffen-SS. «En otras palabras, nosotros sí que valemos para quedarnos dentro de la bolsa», exclamó el general Meindl del II Cuerpo Paracaidista cuando se enteró de la noticia. «Los de la SS saben cuidarse.» 10

Otras Panzergruppen fueron trasladadas a uno y otro lado del cuello de la bolsa para ayudar a que ésta no se cerrara, pero con la concentración cada vez mayor de cazabombarderos aliados en la zona, los vehículos debían permanecer ocultos en los huertos y bosques durante las horas del día. Cerca de Trun, un habitante del lugar se puso a observar a un pequeño grupo de tanques ocultos bajos los árboles frutales. Un soldado se asomó por una torreta con un violín y comenzó a tocar unos vales vieneses. Parecía como si presintieran que aquella era la calma que precede a la tormenta. 11

Mientras los restos del 7.º Ejército alemán se retiraban al otro lado del Orne, el VIII y el XXX Cuerpo de los británicos avanzaban rápidamente hacia el oeste, liberando un pueblo tras otro. «Hemos sido recibidos calurosamente por todo el camino», escribió un oficial británico, «aunque hay bastante gente que aún parece desconcertada y aturdida. Los muy jóvenes no saben muy bien lo que está pasando. Vi a un niño saludando con orgullo al estilo nazi, como si ésta fuera la manera correcta de dar la bienvenida, y a otros que miraban a su madre como preguntando si debían saludar».

En Putanges, en el alto Orne, donde muchos alemanes habían quedado incomunicados, las escenas eran de caos: «Mientras hablaba con el general de brigada», escribió el comandante Neave en su diario, «un semioruga alemán, conducido por un teutón y cargado hasta los topes de teutones, pasó ante nosotros. Dos franceses vestidos de civil, probablemente maquis, iban sentados en la parte trasera con unas ametralladoras Sten, y otro francés en moto encabezaba la comitiva.

Los teutones parecían muy tristes, y los franceses estaban partiéndose de la risa». 13

Mientras tanto, el I.º Ejército de los Estados Unidos, a las órdenes de Hodges, avanzaba desde el suroeste, y el XII Cuerpo Británico lo hacía desde el noroeste. El 17 de agosto la 1.ª División Acorazada polaca recibió la orden de avanzar hacia Chambois. Pero como los polacos iban unos ocho kilómetros por delante de la 4.ª División Acorazada canadiense, sabían que iban al encuentro de duros combates hasta que llegaran refuerzos. Inmediatamente se reorganizaron. El general Maczek envió al 24.º de Lanceros y al 10.º de Dragones a Chambois, mientras que el resto de la división tomó posiciones alrededor de Mont Ormel. 14 Este era una de las colinas que dominan la elevada escarpa boscosa situada junto al río Dives que sella el extremo nororiental de la llanura de Falaise.

Aquel día, los de la 90.ª División americana en Bourg-Saint-Léonard, al sur de Chambois, recibieron una desagradable sorpresa cuando la Das Reich y los restos de la 17.ª División

Acorazada de la SS atacaron de repente, obligándolos a retirarse a toda velocidad. El mismo día, por la noche, el general Gerow ordenó que regresaran para reconquistar aquel territorio elevado tan vital.

El mariscal Model convocó una reunión a las 09:00 del 18 de agosto en Fontaine l'Abbé. Eberbach, a pesar de que se puso de camino a las 03:00, llegó dos horas tarde porque había muchas carreteras cortadas. El Oberstgruppenführer Hausser del 7º Ejército no podía llegar hasta allí, de modo que fue representado por Gersdorff, su jefe del Estado Mayor. Model ordenó que se efectuara una retirada a la línea del Sena. Las divisiones acorazadas debían mantener abierto el cuello de botella. Pero a mitad de la reunión llegó la noticia de que los canadienses habían logrado tomar Trun. 15 Eberbach se marchó inmediatamente para preparar una contraofensiva por parte del II Cuerpo Acorazado, que en aquellos momentos estaba fuera de la bolsa, pero la escasez de combustible iba a retrasar su puesta en marcha.

En la carretera de Vimoutiers el automóvil oficial de Eberbach fue acribillado a tiros por los cazas aliados, y el general tuvo que refugiarse en una zanja. La RAF y la 9.ª Fuerza Aérea Táctica de Quesada [9th (Tactical) USAAF] hicieron muchísimas salidas aquel día y el siguiente. Las condiciones meteorológicas eran fantásticas para volar, y con los restos de dos divisiones enemigas en una zona de apenas treinta y dos kilómetros por ocho, no había escasez de objetivos. Los impactos de los cohetes de los Typhoon en los vehículos alemanes se reflejaban en las enormes columnas de humo untuoso que provocaban. «No paraban de aparecer enormes hongos de humo negro», escribió el general Meindl, «señal de que a los aviones enemigos les iba bien la cacería». Se sentía desconcertado por lo que denominaba «el flagelo de una fabulosa superioridad aérea». 16 Además, estaba enfadadísimo con los conductores de los vehículos, cuyos desesperados intentos por escapar sólo producían más nubes de polvo que atraían la atención de los pilotos de los cazabombarderos. «Hacía que uno se tirara de los pelos y se preguntara si los conductores habían perdido completamente la cabeza y querían a toda costa ponerse a tiro de los aviones enemigos hasta conseguir que los volaran por los aires.» Apenas podían abrir fuego antiaéreo para disuadir a los pilotos aliados. Quedaban pocos vehículos de artillería antiaérea autopropulsados, y las unidades del ejército alemán, a diferencia de sus paracaidistas, no creían en la eficacia de armas pequeñas para luchar contra los aviones.

Los pilotos aliados parecían no tener ningún sentimiento de culpa. «Hacíamos silbar los cohetes», escribió el piloto australiano de un Typhoon, «luego, cada uno por su cuenta, disparábamos nuestro cañón contra la multitud de soldados. Abríamos fuego, y entonces, poco a poco, comenzábamos a apuntar hacia la multitud para luego remontar el vuelo, virar y volver a atacar, y así una y otra vez hasta que nos quedábamos sin munición. Después de cada pasada, que abría un camino sembrado de hombres triturados, enseguida volvía a formarse un río de soldados que intentaban escapar en tropel». El general Von Lüttwitz de la 2.ª División Acorazada pudo contemplar aquel día la escena con horror: «En la carretera podían verse esparcidos por todas partes montones de vehículos, de caballos muertos y de soldados muertos, y su número iba en aumento cada hora». El soldado de artillería Eberhard Beck de la 277.ª División de Infantería vio a un compañero sentado inmóvil en una roca. Lo cogió del hombro para sacarlo de aquel sitio peligroso, pero el hombre cayó de lado. Ya estaba muerto. 19

Sólo el 18 de agosto, la 9.ª Fuerza Aérea de los Estados Unidos calculó que sus aviones habían destrozado 400 vehículos, mientras que la RAF afirmó que el número de vehículos destruidos por su parte era de 1.159, además de haber causado daños de distinto tipo a otros 1.700; a estos totales

añadió 124 tanques destruidos y otros cien dañados. Pero estas cifras eran tan elevadas, que rayaban lo absurdo. Una vez más, el mariscal del Aire Coningham se pondría hecho una furia tras recibir más tarde el informe de Investigación de Operaciones. Sus equipos habían encontrado únicamente 33 vehículos blindados destruidos por un ataque aéreo. El informe llegaba a la conclusión de que la naturaleza aleatoria de los ataques aéreos aliados no había conseguido alcanzar un grado decisivo de destrucción.^[67] Por otro lado, los ataques aéreos de los aliados habían vuelto a sembrar el pánico entre las tripulaciones alemanas, llevándolas a abandonar sus vehículos, y la escasez de combustible había contribuido sin duda a elevar el número de vehículos blindados abandonados.

Con tantos escuadrones americanos y de la RAF atacando objetivos terrestres a discreción, se produjeron un sinfín de casos de «fuego amigo». El grito irónico de «¡Cubrios, muchachos, que quizá son de los nuestros!» se convirtió en algo perentorio. El cuartel general del XII Grupo de Ejército de Bradley reconocería que «algunos vehículos blindados británicos han sido atacados por equivocación», pero señalaba que las dotaciones de los tanques británicos llevaban tanto equipamiento fuera del vehículo que las estrellas blancas que los identificaban quedaban a menudo «tapadas por todo tipo de objetos». 23

Debido a la aleatoriedad de los ataques aéreos, la 4.ª División Acorazada canadiense se abstuvo de ocupar Trun hasta la tarde del 18 de agosto. La división también se vio obstaculizada por el letargo y la incompetencia de su comandante en jefe, el general George Kitching, así como por la idea de Simonds de que su brigada blindada estaba a punto de ponerse en marcha para encabezar el avance hacia el Sena. A última hora de la tarde del 18 de agosto, un destacamento de la división llegó a Saint-Lambert-sur-Dives, a mitad de camino entre Trun y Chambois, pero no pudo tomar el pueblo hasta que llegaron refuerzos.

El grupo de combate polaco que avanzaba hacia Chambois había cometido un grave error de lectura cuando estudió los mapas, y acabó a unos diez kilómetros al norte de su objetivo. Además, andaba escaso de munición y se estaba quedando sin combustible. La unidad de reconocimiento del 10.º Mounted Rifles había llegado a las puertas de Chambois, pero no tenía la capacidad para tomar la ciudad. Mientras tanto, con el apoyo de una parte de la 2.ª DB de Leclerc, avanzaba desde el sur la 90.ª División americana, que ya se encontraba a apenas dos kilómetros de Chambois. Montgomery y los comandantes americanos parecían creer que la batalla podría ganarse con la ayuda de la aviación y la artillería. Pero el muro que formaban canadienses, polacos y americanos era demasiado endeble para resistir a las oleadas de soldados alemanes que intentaban escapar de la bolsa, así como para hacer frente a un posible contraataque por la espalda por parte de restos de las formaciones acorazadas de la SS.

El 19 de agosto el 10.º Regimiento de Dragones polaco acudió como refuerzo de su unidad de reconocimiento a las afueras de Trun y se reunió con la 90.ª División Acorazada americana. Americanos y polacos se estrecharon la mano. «Eran excelentes en el combate y tenían mucha sangre fría», contaría más tarde un teniente americano. Chambois, a la que no tardarían en llamar «Shambles» [«el teatro de la matanza»], era pasto de las llamas a causa de los bombardeos y estaba llena de alemanes muertos y vehículos incendiados. Desde luego parece que los informes sobre las proporciones de la destrucción aumentaron la sensación de complacencia entre los comandantes aliados. Incluso el enérgico Simonds, al frente del II Cuerpo canadiense, se pasó la mañana siguiente «poniendo en orden la correspondencia oficial» en vez de impulsar el avance de sus divisiones.

La situación reinante dentro de la bolsa era, según fuentes alemanas, imposible de imaginar si

no se había visto. «Las calles estaban bloqueadas por hasta dos y tres vehículos parados uno junto a otro, acribillados a balazos y destruidos por el fuego», escribió un oficial alemán de la 21. a División Acorazada. «Había ambulancias carbonizadas llenas de heridos. Las municiones estallaban, los tanques ardían en llamas y los caballos yacían en el suelo agonizantes, moviendo nerviosamente las patas. Ese mismo caos se extendía por los campos de toda la zona. Los proyectiles perforadores de blindaje y de otras armas de artillería silbaban en todas direcciones entre aquel tropel de hombres que se movían por todas partes.» 26

El soldado de artillería Eberhard Beck, de la 277. a División de Infantería alemana, vio a algunos Landser adolescentes que avanzaban a trompicones: «En su rostro podía leerse toda la tragedia de aquella terrible experiencia que eran incapaces de soportar». Muchos hombres cayeron desmoronados tras largas noches sin poder dormir. Algunos empezaron a esconderse en los bosques, pues preferían ser capturados a tener que soportar semejante infierno. Beck no pudo más que compadecerse de los caballos, de los que tanto se esperaba: «Las cabezas, los lomos y los flancos de los caballos estaban cubiertos de sudor y blancos de espuma. íbamos de un lado para otro como una manada de reses en el matadero». 27

Durante el día, hombres y vehículos permanecían ocultos en bosques y huertas para evitar los ataques de la aviación aliada. Por la noche, soldados alemanes exhaustos y hambrientos deambulaban de un lado a otro, maldiciendo a sus jefes, que habían desaparecido en la oscuridad. Muchos utilizaban los carretones de dos ruedas de los franceses para transportar su equipo o armas pesadas. Comenzaban a encontrarse con soldados de los servicios de retaguardia, como, por ejemplo, destacamentos de la sección de calzado y sastrería, que intentaban también escapar, pero sin saber hacia dónde. Bengalas y luces «de árbol de Navidad», que descendían lentamente en para-caídas, iluminaban el horizonte y revelaban las siluetas de edificios en ruinas y árboles. El rugir constante de cañones pesados era ensordecedor, mientras que las carreteras seguían siendo el objetivo del fuego devastador de los batallones de artillería de americanos y franceses.

El 19 de agosto, los generales Meindl y Gersdorff pidieron insistentemente al Oberstgruppenführer Hausser que autorizara aquella misma noche la retirada hacia el este, al otro lado del tramo del Dives que discurría por Trun, Saint-Lambert y Chambois. La orden fue transmitiéndose por radio y boca a boca. Hausser mandó también que el II Cuerpo Acorazado de la SS atacara por detrás a los polacos y los canadienses para poder abrir una brecha.

A las 22:00 horas lo que quedaba de la 277. a División de Infantería alemana recibió la orden de «Fertigmachen zum Abmarsch» («preparense para la retirada»). Hausser y los miembros de su Estado Mayor que seguían ilesos se unieron a los restos de la 3. a División Paracaidista para avanzar juntos a pie. El teniente general Schimpf, comandante en jefe de esa división, había sufrido importantes lesiones y fue colocado en la parte posterior de un tanque con otros heridos. Los grupos en retirada iban encabezados por los últimos tanques Tiger y Panther disponibles, que podían apartar a un lado del camino a los vehículos que bloquearan la ruta. Landser corrientes y generales se montaban sin distinción en los semiorugas y otros vehículos blindados, preparados para apearse de un salto si hacía falta atacar. Un oficial afirmó que había visto cómo dos generales cuyas divisiones habían sido diezmadas se pusieron un casco de hierro y empuñaron una metralleta.

Poco después de la medianoche se inició un ataque contra Saint-Lambert. Los Argyll y Sutherland Highlanders de Canadá tuvieron que retirarse del pueblo. Debido a la falta de explosivos, no habían volado el puente. Ríos de soldados alemanes seguían cruzándolo cuando ya había amanecido.

El general Meindl había conseguido reunir a dos grupos de sus paracaidistas durante la noche.

Los condujo al río Dives, y se metieron en sus aguas con el mayor sigilo posible. La otra orilla era un zarzal empinado. En el lado opuesto, cuando llegaron a la carretera que unía Trun y Chambois, pudieron ver las siluetas de tanques aliados y oír la charla de sus tripulaciones. Cada vez que se disparaba una bengala, se tiraban al suelo. Avanzando a rastras, consiguieron sortear los tres tanques que habían visto, pero un cuarto los localizó y abrió fuego con su ametralladora. Afortunadamente para ellos, apuntó demasiado alto.

Más tarde, pasaron por delante de un grupo de caballos de tiro muertos, que habían sido acribillados a tiros por los cazabombarderos aliados mientras arrastraban un vehículo averiado de la Wehrmacht. Tras varios días de agosto sumamente calurosos, los cuerpos hinchados de aquellos animales producían un hedor espantoso. Al poco rato comenzaron a oír disparos a sus espaldas, pues había otros grupos que trataban de cruzar el cordón. Cuando esto ocurría, ya podían vislumbrar el primer resplandor que precede al amanecer. Otro grupo de paracaidistas que también había conseguido burlar al enemigo se les unió. De repente, oyeron cómo se acercaban unos tanques por el noreste. Meindl tuvo por un momento la esperanza de que fueran del II Cuerpo Acorazado alemán que avanzaba «desde fuera», desde Vimoutiers, para romper la bolsa. Pero el perfil de las torretas y los cascos era inconfundible. Se trataba de tanques Cromwell británicos. Tres de ellos se detuvieron cerca de la zanja seca en la que los paracaidistas alemanes permanecían ocultos entre los cañaverales. Sus tripulantes se pusieron a hablar. Tras un momento de incertidumbre, los alemanes se dieron cuenta de que hablaban polaco. «¡Así que era a polacos a quienes teníamos que dar las gracias!», comentaría con cierta amargura Meindl. Se vieron obligados a permanecer allí durante una hora y media, «sin atrevernos a mover ni un solo dedo» por si meneaban alguna caña. Ya eran las 07:30 del 20 de agosto.

Tuvieron otra amarga decepción cuando oyeron el ruido de los disparos de la artillería enemiga proveniente de la zona a la que se dirigían, la estribación de Coudehard, las escarpadas alturas que se extendían de norte a sur. La neblina se dispersó, el sol brillaba con fuerza, y en el «ambiente de invernadero» de su zanja sudaban abundantemente enfundados en sus uniformes empapados y hechos jirones.

Para desesperación de los alemanes que todavía no habían conseguido cruzar el Dives y la carretera Trun-Chambois, el 20 de agosto amaneció con un cielo tan «despejado y sereno» como el de los días anteriores. En cuanto se disipó la niebla matutina, la artillería americana comenzó a abrir fuego, y los cazabombarderos aparecieron por el horizonte, volando a la altura de los árboles y haciendo un ruido estremecedor con sus motores.

El 20 de agosto, al amanecer, Gersdorff, que había sido herido en una pierna, llegó a la localidad de Saint-Lambert en medio de un convoy formado por todo tipo de vehículos. Pero los que no lograron cruzar el cordón protegidos por la niebla de las primeras horas del día enseguida comprobaron cómo el fuego de la artillería americana y los vehículos que habían quedado inutilizados les cortaban el paso. Grupos de trabajo improvisados intentaban despejar un camino por el que pasar, aunque estuvieran sometidos al fuego intenso de la artillería americana y de los canadienses que se habían retirado.

Muchos más, incluidos los últimos quince tanques de la 2.ª División Acorazada, trataron de cruzar el Dives por un puentecito situado entre Saint-Lambert y Chambois que también se vio sometido a fuego intenso. «Personas, caballos y vehículos habían caído del puente a las profundidades del Dives, formando un montón espantoso», escribió el general Von Lüttwitz. «Sin dar tregua, columnas y columnas de fuego y humo se elevaban hacia el cielo desde los tanques en llamas;

las municiones explotaban, en el suelo yacían un sinnúmero de caballos, muchos de ellos gravemente heridos.» Lüttwitz, que había sido herido en el cuello y en la espalda, encabezaba con los miembros de su Estado Mayor los grupos que marchaban a pie hacia el noreste.

Al final, dos carros blindados de la 2.ª División Acorazada alemana dejarían fuera de combate a los destructores de tanques americanos que cubrían la carretera que iba de Trun a Chambois, y conseguirían pasar. «Fue la señal para que todos aprovecharan la brecha abierta... y comenzaron a salir de todo tipo de escondites muchos vehículos de reconocimiento, tanques, cañones de asalto, etc.»

La versión americana de las acciones llevadas a cabo aquel día, que fueron contempladas desde las colinas del sur de Chambois, ofrece una imagen algo distinta. «Desde el amanecer hasta el anochecer fue como un sueño para cualquier artillero», informó la 90.ª División de Artillería, «y cubríamos toda la carretera, disparando a los objetivos en cuanto aparecían». «Los alemanes, en su desesperación, intentaron poner en marcha una treta para cruzar aquella tierra de nadie», decía otro informe de la artillería americana. «En una zona que quedaba fuera de nuestra vista concentraron sus vehículos en un frente de unas seis unidades por cinco o seis de fondo, y a una señal hacían salir esta formación de transporte y la ponían al descubierto, basándose en la velocidad para ponerse a salvo cruzando la zona de fuego. El truco no funcionó. La artillería estaba preparada para abrir, en cuanto la avisaran, un fuego concentrado contra la carretera que los alemanes pretendían utilizar. Cuando el observador de artillería vio el resultado de su aviso, se puso literalmente a dar brincos de alegría. Una y otra vez los teutones intentaron hacer pasar sus vehículos por aquel infierno de fuego, y una y otra vez la artillería lanzó una lluvia de proyectiles contra ellos... Abría fuego una batería. Abría fuego una concentración de batallones. Y cuando el objetivo parecía particularmente interesante, lanzábamos contra él la artillería de toda la división o incluso de todo el cuerpo de ejército. Cuando comenzó a anochecer, la carretera era intransitable y los campos a uno y otro lado estaban llenos de la chatarra que otrora fuera parte del equipamiento de los alemanes. Fueron poquísimos los teutones que consiguieron escapar por aquella ruta.»

Pero en realidad habían logrado cruzar durante las primeras horas de la mañana muchos más alemanes de los que pensaban. Otros lo harían a lo largo del día, sobre todo en el sector canadiense, que no había sido reforzado adecuadamente, a pesar de las constantes peticiones de ayuda por parte de los que se encontraban en las inmediaciones de Saint-Lambert. Se suponía que la 4.ª División Acorazada se estaba preparando para avanzar hacia el Sena, pero aún no había sido relevada por la 3.ª División de Infantería canadiense. Este gravísimo error en el modo de dirigir la batalla fue fruto de la indecisión de Montgomery, que no sabía si era mejor llevar a cabo una gran operación de envolvimiento en el Sena o sellar el hueco abierto en el río Dives.

La principal fuerza polaca se encontraba en aquellos momentos en la estribación del Mont Ormel, al noroeste de Chambois. Tenía escasez de combustible y municiones, y hubo que abastecerla lanzando provisiones en paracaídas. No debe sorprendernos que los polacos vieran la batalla como una competición entre su águila blanca y el águila negra nazi. El orgullo y la historia trágica de Polonia estaban permanentemente en su pensamiento. El emblema de la 1.ª División Acorazada era el del casco y las alas del águila de los húsares que habían llevado en los hombros los caballeros polacos que salvaron Viena de caer en manos turcas trescientos años atrás. Su comandante, el general Maczek, declararía con gran orgullo: «El soldado polaco lucha por la libertad de otras naciones, pero sólo muere por Polonia». 34 Como se habían enterado de que sus compatriotas se habían

sublevado en Varsovia cuando el Ejército Rojo se acercaba a la capital, estaban todavía más determinados a matar a todos los alemanes que pudieran.

A Maczek, que en septiembre de 1939 había estado al frente de la 10. a Brigada de Caballería durante la defensa de Lwow ante el ataque de la 2. a División Acorazada alemana, le parecía un regalo de la Providencia que «la suerte haya dado a la 10. a Brigada de Caballería la posibilidad muy merecida de vengarse atacando a la misma división» en aquella batalla. Ese día el 10.º Regimiento de Infantería Montada capturó cerca de Chambois también al teniente general Otto Elfeldt, comandante en jefe del LXXXIV Cuerpo, con veintinueve oficiales del Estado Mayor. 36 Pero, como ya habían indicado los mensajes interceptados por Ultra, la verdadera amenaza para las principales posiciones polacas en los alrededores de Mont Ormel iba a llegar por la retaguardia, así como por los grupos de combate improvisados que se habían organizado en primera línea.

Los polacos, obligados a librar una encarnizada batalla, solicitaron también la ayuda de la 4. a División Acorazada canadiense. La negativa terca e injustificada de Kitching a prestarles apoyo hizo que Simonds lo relevara del mando de esta unidad al día siguiente.

A las 04:00 horas los restos del Regimiento Der Führer de la 2. a División Acorazada de la SS, que habían estado defendiendo la línea marcada por el río Touques, recibieron la orden de dirigirse con sus semiorugas hacia el sur, a Chambois, para abrir la bolsa. A las 10:00 avistaron diez tanques aliados. Sus cañones apuntaban hacia la bolsa. El capitán Werner, al frente del 3. er Batallón, había acabado de pasar por delante de un carro de combate Panther averiado que pertenecía a otra división acorazada de la SS. Volvió rápidamente al lugar. El soldado que había en el tanque dijo que el vehículo funcionaba, pero añadió que su comandante, un Untersturmführer, se encontraba en una casa vecina. El Untersturmführer no quería moverse de allí, pero Werner desenfundó su pistola y lo obligó a regresar al tanque. Werner se montó en la parte posterior, detrás de la torreta, sobre la cubierta del motor, y fue guiando al vehículo conducido por el Untersturmführer hasta el lugar en el que había visto los tanques aliados. Cuando estuvieron cerca, se apeó para buscar la mejor posición desde la que abrir fuego. En aquellos momentos el Untersturmführer ya demostraba una mayor disposición y entusiasmo. Según Werner, cogieron al enemigo totalmente por sorpresa, destruyeron cinco de sus tanques y produjeron graves daños en varios más.^[68]

Algunos efectivos de la 9. a División Acorazada de la SS Hohenstaufen también contraatacaron desde la zona de Vimoutiers, como Eberbach había planeado. Pero su avance no comenzó hasta las 10:00, debido a la falta de combustible. Un joven oficial del Estado Mayor, en su misión de reconocimiento de la carretera en una motocicleta con sidecar, se dio de bruces con un gran destacamento de soldados polacos. Su piloto fue herido mortalmente, y los polacos, cuando vieron su uniforme de la SS, querían ejecutarlo. Salvó la vida gracias a la intervención de un oficial de enlace canadiense, según parece, un ruso blanco que había escapado a Canadá en 1919.

Mientras tanto, Meindl y sus paracaidistas había podido avanzar hacia las colinas de Coudehard y Mont Ormel después de que el destacamento de tanques polacos decidiera cambiar de lugar e ir en busca de una nueva posición. 40 De pronto, Meindl divisó a otro grupo de paracaidistas que avanzaban campo a través en orden de ataque. Silbó. El joven comandante de la formación reconoció ese silbido, y Meindl oyó cómo exclamaba en voz baja: «¡Oh, es el jefe!». 41 Meindl lo puso inmediatamente al corriente de la situación y le dijo que se llevara a todos los paracaidistas. La única manera de cruzar la barrera que formaban los destacamentos de tanques enemigos era atacando al norte por los flancos. A su vez, el joven oficial informó de que el Oberstgruppenführer Hausser no

estaba muy lejos de allí.

Tras avanzar por una ruta indirecta, Meindl encontró al comandante en jefe del 7.º Ejército refugiado en un cráter abierto por una bomba junto con varios hombres del Regimiento de la SS Der Führer. Reunieron otros grupos de soldados de infantería y dos tanques Panther que aparecieron por allí. Meindl, orgulloso de sus paracaidistas hasta la obsesión, criticaría duramente a parte del personal del ejército que se había unido a ellos. Muchos habían abandonado sus armas. Había visto «miedo en sus ojos y cobardía en sus corazones» en su desesperación por escapar de la bolsa, en vez de unirse a la batalla para abrir una brecha. «Ahí pudo verse a los soldados de la zona de comunicaciones de Francia, que en los últimos tres años no habían tenido contacto alguno con la guerra. Era una escena lamentable. Pánico y debacle. Y en medio de ellos mis paracaidistas, con desdén en la mirada, cumpliendo con su deber de una manera ejemplar.» Sus hombres, y un puñado de soldados de la SS y de infantería, estaban preparados para inmolarse por los demás, mientras que aquellos «mequetrefes», como los llamaba, no mostraron más que su «estúpido egoísmo y su burda cobardía». «Por primera vez comprendí que la guerra era la peor manera posible de crear el mejor prototipo de ser humano... que en ella la mejor sangre se perdía y la más ruin permanecía.»

La improvisada ofensiva siguió adelante, y, «como por un milagro», tomaron las estribaciones de Coudehard a las 16:30 horas, cuando los tanques de la Waffen-SS comenzaron a atacar desde la otra dirección, rompiendo así el cordón y abriendo una brecha de unos tres kilómetros. El bajo número de prisioneros que hicieron confirmó que se habían enfrentado a la 1.ª División Acorazada polaca.

Mientras tanto, el general Hausser, que estaba malherido, fue retirado en la parte trasera de uno de los poquísimos tanques que quedaban. La principal preocupación que tuvo Meindl aquella tarde fue evacuar al resto de los heridos en una columna de ambulancias claramente señaladas. «No se disparó ni un tiro contra ellas», escribió Meindl, «y reconozco, con mi más profundo agradecimiento, la caballerosa actitud del enemigo». Cuando la columna desapareció en el horizonte, esperó más de media hora antes de volver a entrar en acción, «para que el enemigo no pudiera tener la más mínima sospecha de que nos habíamos aprovechado de la situación de manera sucia».

Detrás de sus líneas había corrido la voz de que se había abierto una brecha en Coudehard, y aquella noche una masa de soldados rezagados se puso en movimiento para aprovechar la oportunidad. Meindl, sin embargo, se sintió profundamente disgustado cuando escuchó decir a un alto oficial que se les unió que muchos hombres, incluidos oficiales, habían considerado la huida una misión imposible. El 21 de agosto, cuando comenzaba a amanecer, Meindl se fue dando cuenta de que no iban a ser capaces de mantener abierta la brecha un día más. Comenzó a despertar a sus hombres. No era un trabajo fácil. Tras organizar a los efectivos encargados de cubrir la retirada, partió a pie hacia el este, en dirección al Sena. Empezó a llover con fuerza. Aquello al menos ayudaría a ocultar la ruta seguida por la larga columna serpenteante de hombres exhaustos.

Aunque por fin una parte de la 3.ª División de Infantería canadiense había llegado para reforzar el cerco entre Trun y Saint-Lambert, pequeños grupos de alemanes habían conseguido cruzar al otro lado a lo largo de todo el día. Algunos de ellos se unieron a los equipos de combate de la SS que se esforzaban por mantener abierta la brecha, pero el avión de observación americano que sobrevolaba la zona seguía dirigiendo el fuego de la artillería contra las tropas en retirada. En el extremo sur de la brecha, un grupo de combate de la 2ème DB de Leclerc había tomado posiciones en una colina, desde donde pudo comprobar que estaba prácticamente codo con codo con las principales fuerzas polacas. Y más al suroeste, el destacamento de fuerzas de tarea conjunta de Langlade, integrado en la 90.ª División americana, luchaba contra «los alemanes que intentaban de una manera más o menos

desorganizada abrir un paso entre Chambois y el bosque de Gouffern».

Aquel día también fue muy significativo para los ciudadanos de Caen. Desde la línea del río Touques fue lanzada contra la ciudad la última bomba de la guerra: era «el sexagésimo sexto, y último, día del martirio de Caen». 43

En 21 de agosto la división acorazada de los polacos, que había quedado aislada en Mont Ormel, recibió por fin los refuerzos y provisiones de las tropas canadienses.^[69] La brecha pudo sellarse. El general Eberbach, al darse cuenta de que prácticamente nadie más conseguiría escapar, ordenó a los hombres que quedaban del II Cuerpo Acorazado de la SS que se replegaran hacia el Sena. El Obertstgruppenführer, malherido, fue trasladado al puesto de mando provisional del 7.º Ejército en Le Sap, donde comunicó al general Von Funck que lo sustituyera. (El general Eberbach asumiría el mando dos días después.) Los oficiales del Estado Mayor comenzaron a reunir a las tropas y a reorganizarlas. Para su sorpresa, comprobaron que, en muchos casos, habían conseguido escapar más de dos mil hombres por división, pero este número sigue pareciendo exagerado. 44

Las tropas alemanas que quedaron atrás apenas ofrecerían resistencia. Había llegado la hora de hacer prisioneros. «Losyankees dicen que hacían miles al día», escribió en su diario el comandante Julius Neave. «Los del 6.º de Infantería Ligera Durham acaban de informar de que se encuentran en una posición fantástica y pueden ver cómo cientos [de alemanes] caminan hacia ellos.» 45 Para muchas unidades hacer salir al enemigo de sus escondites en el bosque era como un deporte. Pero también se produjeron verdaderas tragedias. En Ecouché los alemanes habían colocado centenares de minas y bombas trampa. «Un niño de unos diez años salió de la iglesia para ir a nuestro encuentro», informó un joven oficial americano del 38.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería, «y voló por los aires al pisar una de esas minas antipersona». 46 Los zapadores británicos, que acababan de llegar, empezaron a barrer el pueblo para intentar que no ocurrieran más desgracias como aquella. Tuvieron que desactivar o hacer estallar 240 minas.

Al principio resultaba bastante difícil adentrarse en la zona de la bolsa porque las carreteras estaban bloqueadas por los vehículos que habían sido pasto de las llamas. Los tanques y otros carros equipados para la recuperación de vehículos tuvieron que trabajar las veinticuatro horas para despejar los caminos. Las escenas que podían contemplarse eran inimaginables. «Las carreteras estaban atestadas de restos chamuscados y de cadáveres hinchados de hombres y animales», escribió el comandante de una escuadrilla de aviones Typhoon, que quiso comprobar el resultado del trabajo llevado a cabo. Es evidente que quedó conmocionado. «En los tanques destrozados y en los troncos de los árboles había pedazos de uniforme pegados, y de los setos ennegrecidos colgaban restos humanos en posturas grotescas. Los cadáveres yacían en lagos de sangre seca, mirando al vacío como si los ojos estuvieran dirigidos desde el interior de su órbita. Dos cuerpos humanos vestidos de gris, ambos sin extremidades inferiores, aparecieron apoyados contra un terraplén enfangado como si estuvieran rezando.» Entre los esqueletos de los árboles chamuscados estaba esparcido el detritus de la guerra y la burocracia militar, de objetos como máquinas de escribir o sacas de correo que habían volado por los aires. «Cogí la fotografía de un sonriente recluta alemán acompañado de sus padres, dos campesinos solemnes que parecían clavar en mí una mirada acusadora.» Era el triste recordatorio de que «cada uno de aquellos cuerpos vestidos de gris era el hijo de una madre».

El escritor Kingsley Amis, testigo también de aquella escena, quedó impresionado por el enorme número de animales de tiro utilizado por los alemanes en su intento de escapar. «Los caballos llegaban a dar casi más pena; atados a las varas, estaban rígidos y con el labio superior levantado, dejando ver sus dientes, como si aún siguiera su sufrimiento.» 48

Los soldados americanos se sintieron atraídos por la posibilidad de hacerse con algún recuerdo que enviar a casa. Un grupo de la 6. a Brigada Especial de Ingenieros se encontró con todo un escuadrón de cosacos que yacían muertos junto a sus caballos. Como cuenta uno de sus miembros, «los cosacos del Don, los cosacos del Terek, llevaban todos ellos sus uniformes típicos de cosaco, con la excepción de un emblema alemán en el pecho, el águila y la cruz gamada. Tenían sus gorros de piel, y más tarde nos enteramos de que el jefe de su escuadrón se llamaba capitán Zagordny. Su esposa había caído junto a él. Ella lo acompañaba y cabalgaba a su lado. He sabido que los franceses tenían un miedo atroz de los rusos». El grupo de ingenieros se puso a reunir con avidez los largos sables rusos, «que aún lucían la hoz y el martillo». Algunos hombres cogieron incluso sillas de montar y otras armas, y lo colocaron todo en la parte posterior de sus camiones. 49 Más tarde se les permitiría llevar su botín a casa, pero no los sables, pues estaban marcados con el símbolo soviético. Las autoridades militares americanas no querían molestar a su gran aliado, tan sensible a todo aquello que estuviera relacionado con el tema de los antiguos soldados del Ejército Rojo que combatían en el bando alemán.

Además del gran número de prisioneros, había también varios millares de alemanes heridos a los que atender. En el curso de las operaciones de limpieza, fue descubierto un hospital de campaña alemán con doscientos cincuenta heridos, oculto en las profundidades del bosque de Gouffern. 50 La mayoría de los heridos abandonados en la bolsa no habían recibido ningún tipo de atención médica.

Los servicios sanitarios británicos y americanos enseguida se vieron desbordados. Sus médicos contaron con la diligente colaboración de los asistentes sanitarios alemanes. «Tras la caída de la bolsa de Falaise», escribió el teniente coronel Snyder, «llegaron setecientos cincuenta heridos alemanes. Algunos de ellos eran oficiales con lesiones leves, que se quejaban de que habían tenido que caminar. Uno de los asistentes alemanes los oyó por casualidad y, volviéndose a ellos, hizo la siguiente observación: "Cuando yo estaba en el ejército alemán, ustedes los oficiales nos decían que debíamos marchar todo el día sin rechistar"». 51

Muchos Landser, sin embargo, presentaban un estado lamentable, como, por ejemplo, los veinticinco casos de gangrena gaseosa. Dos equipos quirúrgicos los operaron en tiendas separadas para evitar contagios. No hicieron nada más que amputar los miembros gangrenados. El hedor de la gangrena gaseosa era tan espantoso que tuvieron que organizarse varios equipos para que fueran turnándose. «La atención médica durante una retirada resulta siempre una labor difícil para cualquier ejército», comentaría el coronel Snyder.

A los médicos británicos del Hospital General 6 también les llegaron casos de gangrena gaseosa. Además, tuvieron que tratar una epidemia de enteritis y hacer frente a una amenaza de tifus, cuando descubrieron el gran número de prisioneros alemanes que estaban plagados de piojos. «Sus sábanas han sido apartadas de las del resto, y se lavan antes de utilizarlas con otros pacientes.»

El principal foco de infección estaba dentro de la propia bolsa. Los caballos muertos y los cadáveres de los alemanes estaban cubiertos de moscas, y había una gran plaga de mosquitos. Los americanos recurrieron a trabajadores franceses para combatir el problema. Uno de éstos recordaría cómo había tenido que taparse la nariz con un pañuelo debido al hedor reinante mientras echaba un vistazo a los cuerpos carbonizados y a las grotescas muecas dibujadas en los cráneos chamuscados. Arrastraban los cuerpos de hombres y animales para formar grandes piras funerarias, que luego rociaban de gasolina para prenderles fuego. «El aire se hacía irrespirable», escribió. 53

El 21 de agosto Montgomery emitió el siguiente comunicado, dirigido al XXI Grupo de Ejército: «La victoria ha sido definitiva, total y decisiva. "El Señor poderoso en la batalla" nos ha

dado la victoria». 54 Muchos, sin embargo, no coincidían en que la victoria hubiera sido «definitiva, total y decisiva». El general Eberbach calculaba que probablemente unos veinte mil hombres, veinticinco carros de combate y cincuenta y cinco cañones autopropulsados habían escapado de la bolsa. «Se perdieron muchos más tanques debido a la escasez de gasolina que a la efectividad de todas las armas enemigas juntas», escribió más tarde. 55 Gersdorff pensaba que pudieron cruzar el Sena entre veinte mil y treinta mil hombres.^[70] 56 En el bando aliado, los más críticos con Montgomery serían los propios británicos.

«Uno de los mayores errores de Montgomery fue el de Falaise», dijo el mariscal del Aire Tedder una vez terminada la guerra. «Allí exigió imperiosamente a las tropas americanas que detuvieran su avance y que no invadieran el sector británico. No cerró el hueco.» Como era de prever, el mariscal del Aire Coningham, que detestaba a Montgomery, fue incluso más duro en sus comentarios: «Se supone que Monty ha hecho un gran trabajo en Falaise. [Pero] en realidad ayudó a los alemanes a escapar. Quiso en todo momento encargarse de todo, e impidió que los americanos avanzaran hacia el norte. Cerramos Falaise demasiado tarde». Coningham atribuía la actitud de Montgomery a la envidia que éste sentía de Patton, lo que no es enteramente cierto.

Según el jefe del Estado Mayor de Montgomery, el general Freddie de Guingand, Monty había sido «demasiado ordenado». Pensaba que a los americanos se les habría debido permitir unirse a los polacos en Trun. Monty consideraba a Bradley un soldado a sus órdenes. Según el general de brigada Williams, del XXI Grupo de Ejército, tenía que ser «el único gallo del corral.» Cuando Montgomery le dijo a Bradley que detuviera el avance en Argentan, «Bradley se indignó. Y nosotros nos sentimos indignados por Bradley». Siempre según Williams, Montgomery «estaba fundamentalmente más interesado en llevar a cabo una operación de envolvimiento total que esta otra de envolvimiento interno. No estábamos ni en un sitio ni en otro. Y [Monty] perdió su oportunidad de cerrar el cordón en el Sena por crear una bolsa en Falaise. Tal vez por temor a que los americanos se llevaran toda la gloria, Monty cambió de opinión y quiso arreglar la situación haciendo una carambola, pero ya era demasiado tarde».

Estas críticas ponen claramente de manifiesto la frustración que reinó entre los oficiales tanto británicos como americanos tras perder la oportunidad de destruir por completo a los ejércitos alemanes de Normandía. En determinados aspectos son injustas. Fue decisión de Bradley, y no de Montgomery, permitir a Patton que dividiera el cuerpo de ejército de Haislip en Argentan. Pero no cabe prácticamente duda de que el hecho de que Montgomery no enviara refuerzos a los canadienses en el momento crucial constituyó uno de los factores más decisivos que permitirían la huida de tantos y tantos soldados alemanes, especialmente los de las divisiones acorazadas de la SS. La única posibilidad de atrapar a las diezmadas fuerzas de Model durante los últimos diez días de agosto estaba en aquellos momentos en el río Sena.

28. La sublevación de París y la carrera hacia el Sena

Antes incluso de que comenzara la batalla para rodear a los alemanes en Falaise, al general Leclerc lo consumía la impaciencia. Tener a todas sus tropas atrapadas en los combates en torno a Argentan mientras casi todas las demás divisiones de Patton eran enviadas hacia el Sena lo había llenado de frustración. Luego, el 17 de agosto, cuando la 2^{éme} DB recibió la orden de atacar Trun, al principio Leclerc se negó. El comandante americano de su cuerpo de ejército «tuvo que preguntarle categóricamente si pensaba desobedecer una orden escrita». 1 Finalmente Leclerc dio marcha atrás. Al convertirse en comandante supremo de los aliados, Eisenhower había accedido a la petición de De Gaulle, que había insistido en que se permitiera a las tropas francesas ser las primeras en entrar en París. A cambio, De Gaulle había prometido que los franceses harían todo lo posible para apoyarlo. Lo político no podía separarse de lo militar, especialmente tratándose de gestos simbólicos de importancia vital para los franceses.

Mientras la división de Leclerc se hallaba ocupada junto con el V Cuerpo de Gerow en despejar el extremo sureste de la bolsa de Falaise, el 3. er Ejército de Patton había avanzado mucho más de lo que Bradley se había figurado. Patton, con sus diversos cuerpos de ejército diseminados por un área tan amplia, tuvo que abandonar su jeep y tomar un avión. «Este ejército cubre tanto terreno que tengo que volar a la mayor parte de los sitios en Cub», escribía. «No me gusta. Me siento como un blanco de tiro al plato.»

El XV Cuerpo de Haislip se había trasladado de Dreux a Mantés, a orillas del Sena, donde uno de sus regimientos cruzaría el río la noche del 19 de agosto. Tras realizar una visita relámpago, Patton anunció orgullosamente a Bradley que había «meado en el río esa mañana». Mientras tanto, el XX Cuerpo avanzaba hacia Fontainebleau y Melun, al sur de París. Cuando el XII Cuerpo de Cook tomó Orleans y Châteaudun, el general Patton dijo con su estilo inimitable:

- Id adonde os apetezca por el este, ¡qué coño! 4

Cook comentó que deseaba ir directamente a Coblenza, a orillas del Rin. Patton estaba totalmente a favor, recuerda Cook, pero Bradley no estaba tan seguro. Pensó que Montgomery pondría objeciones porque estaba empeñado en eliminar los emplazamientos de los cohetes en el paso de Calais, que era su máxima prioridad. Pero Patton se vio obligado entonces a mantener al XII Cuerpo en Orleans debido a la escasez de combustible.

Efectivamente, Montgomery empezó a poner objeciones. El 19 de agosto se había enterado en una entrevista con Bradley de que Eisenhower quería avanzar con el 12.º Grupo de Ejército americano a través del este de Francia directamente hacia la frontera alemana. Los británicos y los canadienses se encargarían de despejar el paso de Calais, y luego entrarían en Bélgica y tomarían el puerto de Amberes, como Montgomery había propuesto. Pero él no se fiaba de un avance frontal amplio. Quería que los dos grupos de ejército siguieran adelante formando un grupo compacto a las órdenes de un solo comandante de campo. Esta diferencia de opinión en materia de estrategia dio lugar a una desavenencia gravísima entre los altos mandos de los aliados. Era una batalla que los británicos, notablemente debilitados, estaban condenados a perder.

Las tensiones entre los americanos y los franceses empezaron también a agravarse a un nivel incluso superior. Eisenhower recibió el aviso del comandante en jefe de los británicos en el Mediterráneo de que el general De Gaulle estaba a punto de volar a Francia desde Argel. 5 De Gaulle, decidido a no tener que deber favores de ningún tipo a los aliados, se negó a dar cualquier

detalle de su plan de vuelo y rechazó la escolta de un caza para su Lockheed Lodestar. Los americanos, realmente preocupados por su seguridad, se ofrecieron a proporcionarle una Fortaleza Volante, pero De Gaulle insistió en que debería llevar insignias francesas y una tripulación francesa, y no había ningún aviador francés calificado para pilotar el avión. 6

El 19 de agosto, De Gaulle llegó al cuartel general de Eisenhower. Se enteró de que los americanos habían tomado Chartres.

- Debemos marchar sobre París -dijo al comandante supremo-. Tiene que haber allí una fuerza organizada para velar por el orden interno.

Eisenhower, sin embargo, pretendía pasar de largo por la capital. Al día siguiente, De Gaulle viajó a Rennes. Llegaron noticias de que había dado comienzo una insurrección en París. De Gaulle envió inmediatamente al general Alphonse Juin con una carta para Eisenhower insistiendo en que era «absolutamente necesario enviar a Leclerc a París».[71]

El comandante alemán del Gross-Paris -«Gran París»-era en aquellos momentos el teniente general Choltitz, antiguo comandante del LXXXIV Cuerpo en la costa de Cotentin. Hitler había mandado llamar a Choltitz a la Wolfsschanze la mañana del 7 de agosto, cuando empezaba el ataque contra Mortain. «Hitler me echó un discurso de tres cuartos de hora, como si fuera un acto público sólo para mí», diría más tarde en tono de queja. El Führer, con aspecto enfermizo e hinchado, estaba furioso con los conspiradores del 20 de julio. Dijo que había desenmascarado a la oposición de un plumazo y que iba a aplastarlos a todos. Choltitz estaba convencido de que realmente estaba trastornado y de que la guerra estaba perdida. Una vez calmado, Hitler le dio una serie de órdenes sobre París. En su calidad de comandante de una «fortaleza sitiada», Choltitz tenía plenos poderes sobre todo el personal de la Wehrmacht del Gran París. La ciudad debía ser defendida hasta el final.

Choltitz se presentaría luego a sí mismo como antinazi convencido, además de como el salvador de París, pero Hitler confiaba en él debido a su actuación en el sur de Rusia. En efecto, Choltitz había cumplido fielmente las órdenes de los nazis. Ese mismo otoño, en su cautiverio en Gran Bretaña, dijo al general caballero Wilhelm von Thoma:

- La peor tarea que llevé a cabo, aunque la llevé a cabo con gran eficiencia, fue la liquidación de los judíos. Cumplí esta orden hasta el más mínimo detalle.[72] 9

Sin embargo, Choltitz nunca tuvo que enfrentarse a un tribunal de crímenes de guerra por esos actos.

Choltitz llegó a París dos días después, cuando la contraofensiva de Mortain estaba estancada. El teniente conde Von Arnim se entrevistó con él en la Villa Coty, residencia del teniente general barón Von Boineburg-Lengsfeld, al que Choltitz venía a reemplazar. Arnim describe al general, de cincuenta años, como un hombre «de corta estatura y formas rechonchas, voz desapacible, acento medio sajón, medio silesio, con monóculo; en su cabeza más bien redonda lucía una pequeña raya casi en medio. Hablaba con rapidez». 10 Arnim, que como muchos oficiales del ejército residentes en París había estado relacionado con la conspiración de julio, al principio se mostró cauteloso con el nuevo comandante de la plaza, en parte porque era evidente que Hitler y el OKW confiaban en él y lo consideraban «un general audaz y experimentado».

Tras una sencilla cena, Choltitz, Boineburg y el jefe del Estado Mayor, coronel Von Unger, se retiraron para tener una charla tranquila, que duró más de dos horas. Choltitz les dijo cuáles eran las instrucciones de Hitler. «Sus órdenes fueron muy breves: destruir París, si el enemigo avanzara, y defender la ciudad desde las ruinas.» 11 Pero Boineburg y Unger, miembros los dos de la Resistencia del ejército, lograron convencerle de que destruir París no iba a tener ninguna utilidad militar.

Cuando los tres hombres salieron, era «evidente que Boineburg y Unger mantenían unas relaciones excelentes con Choltitz». A altas horas de la noche, Arnim acompañó a Choltitz al cuartel general del Gran París en el Hotel Meurice. Choltitz le pidió que se quedara en su Estado Mayor, en vez de trasladarse a una división acorazada, como había solicitado. Entendiendo que tenían muchos amigos en común, Arnim accedió.

En la región de París había varios cuarteles generales. El Alto Mando del Oeste estaba en Saint-Germain-en-Laye, y el cuartel general de la Luftwaffe del mariscal Sperrle en el Palais Bourbon. Estaba además el Marinekommando West del almirante Krancke, así como varios mandos de la SS y de la Gestapo, la embajada de Otto Abetz y otros numerosos organismos estatales y del partido nazi. Hitler había dicho a Choltitz que despidiera a todo el personal no combatiente y formara unidades de combate con todas las tropas de retaguardia. Boineburg volvía a Berlín para tomar posesión de otro puesto. Como oficial encargado del arresto de los miembros de la SS en París el 20 de julio, obedeciendo órdenes de Stülpnagel, su supervivencia era casi un milagro. Celebró una cena de despedida con Unger y Arnim. Intentaron olvidar la desastrosa marcha de la guerra y la terrible venganza de los conjurados que se había tomado Hitler hablando de sus familias, de caza y de caballos. Boineburg partió al día siguiente del Hotel Majestic, en la avenue de Jéna, en un convoy armado.

Hasta ese momento había habido en París pocos ataques contra las tropas alemanas, pero la inteligencia militar avisó de que iba a producirse una sublevación en cuanto se acercaran los aliados. El 14 de agosto, el día antes de que se viera atrapado en la bolsa de Falaise, el mariscal Von Kluge convocó una conferencia en Saint-Germain-en-Laye, con oficiales de la Luftwaffe, de la Kriegsmarine y del ejército, para discutir la defensa de París. Al día siguiente, Choltitz organizó una demostración de fuerza haciendo desfilar por las calles de París diecisiete tanques Panther, con la esperanza de desanimar a la Resistencia. En teoría contaba con 25.000 soldados, pero poco después le quitaron muchas de esas tropas y casi todos los tanques, que fueron enviados a reforzar las posiciones contra las puntas de lanza de Patton. 13

Choltitz afirma que le dejaron sólo un regimiento de seguridad de soldados veteranos, cuatro tanques, dos compañías montadas en bicicleta, algunos destacamentos antiaéreos y un batallón con 17 carros blindados franceses ya viejos. Sea cual sea el número exacto de tropas que quedaran, eran de poca calidad. Entre ellas había un «batallón de intérpretes» 14 que, como tal vez cabría esperar, «no mostró demasiado espíritu de lucha», y otra unidad de «individuos a menudo enfermos, que sólo valían para el trabajo administrativo». Algunos eran civiles alemanes residentes en París que habían sido llamados a las armas en el último momento.

Más tarde se dispuso un anillo exterior de defensa, reforzado con baterías antiaéreas de la Luftwaffe, al mando del general de división Hubertus von Aulock (hermano del comandante de Saint-Malo). Aulock, partidario de la línea dura, creía que «capitulación significa traición». Choltitz, sin embargo, pensaba que todo lo que podía hacer era retener los suburbios del sur y del oeste de la capital como vía de escape de las tropas alemanas que quedaban al oeste del Sena. El teniente general Bayerlein, de la Panzer-Lehr-Division, se lo encontró un día vestido de paisano en los Campos Elíseos. En cuanto lo vio, Choltitz se lamentó de que no tenía tropas suficientes para defender París. 15

La insurrección de la que había sido avisado Choltitz empezó a acelerarse esa semana. El coronel Rol-Tanguy, el comunista que dirigía las FFI en la región de París y en toda la Isla de Francia, ya había dado la orden de cortar los cables que comunicaban las posiciones alemanas de la

capital.

El 12 de agosto, los trabajadores del ferrocarril se pusieron en huelga. Tres días después, los 15.000 hombres que formaban la policía de París, a la que los alemanes pretendían desarmar, se negaron a ponerse el uniforme. Ese día, que coincidió con los desembarcos en el sur de Francia, el periódico del partido comunista, L'Humanité, invitó a una insurrection populaire. El 16 de agosto, llegó de Londres Jacques Chaban-Delmas, el delegado militar nacional gaullista. Se había trasladado a Inglaterra a avisar al general Koenig de que la sublevación era inevitable. Koenig le dijo que volviera a Francia y frenara la insurrección a toda costa. Los aliados no querían tomar París antes de primeros de septiembre. Aquella noche, el coronel Rol-Tanguy hizo públicas las instrucciones sobre la forma de atacar los tanques con cócteles molotov, siguiendo el «prestigioso ejemplo de los dinamiteros del ejército de la República Española».[73] 16

El 17 de agosto, el Consejo Nacional de la Resistencia y su ala militar celebraron una reunión para debatir la llamada a las armas. Los comunistas, capitaneados por Rol-Tanguy, querían empezar inmediatamente, aunque la Resistencia de París tenía poco más de 400 armas. Aunque los británicos habían lanzado en paracaídas casi 80.000 metralletas para la Resistencia, a París sólo habían llegado algo más de cien. Los gaullistas se hallaban en una posición muy difícil. A pesar de la orden de Koenig, sabían que si se negaban a actuar, los comunistas tomarían la iniciativa y quizá se harían con el poder en la capital.

Las esperanzas se intensificaron aquel día que pasó a llamarse la grande fuite des Fritz («la gran huida de los alemanes»). Paseando por las calles de la capital, el diarista Jean Galtier-Boissière observó encantado la marcha de muchos oficiales de alta graduación y del personal administrativo alemán, mientras los agentes de la Feldgendarmerie dirigían el tráfico con sus chapas colocadas en el extremo de un palo. «Por la rue Lafayette», escribió, «procedentes de los hoteles de lujo alrededor de l'Étoile, pasan deslumbrantes torpedos en cuyo interior van generales de rostro amoratado acompañados de rubias elegantes, que parece que vayan a algún centro de vacaciones a la moda.» La marcha fue acompañada de numerosos saqueos de última hora. El contenido de las bodegas era cargado en camiones de la Wehrmacht, así como alfombras enrolladas, muebles Luis XVI, bicicletas y obras de arte. Los parisinos, que habían intentado ignorar a sus ocupantes alemanes durante los últimos cuatro años, los abucheaban ahora abiertamente. Sylvia Beach, la fundadora de la librería Shakespeare and Company, cuenta cómo una multitud de parisinos salió a saludarlos agitando escobillas de váter, pero entonces los soldados abrieron fuego contra la gente.

Al día siguiente, 18 de agosto, aparecieron en las paredes numerosos carteles de los comunistas instando a la rebelión. Y el 19 de agosto, por la mañana temprano, 3.000 funcionarios de policía, vestidos de paisano, pero armados con sus pistolas, tomaron la Prefectura de Policía. Izaron la bandera tricolor y se pusieron a cantar la Marsellesa. Charles Luizet, nombrado por De Gaulle nuevo jefe de la policía de París se coló en el edificio situado en la rue de la Cité. Amédée Bussiére, su predecesor, nombrado por el gobierno de Vichy, fue confinado en su domicilio.

Los alemanes no tenían idea de lo que había pasado en la Prefectura de Policía. «Reinaba una calma engañosa en la ciudad resplandeciente bajo el cálido sol de agosto», escribiría después el teniente Von Arnim. Choltitz mandó a Von Arnim a recorrer la ciudad en un Kübelwagen descubierto con dos sargentos como guardaespaldas para que se enterara de lo que estaba pasando. Recorrieron los muelles de la orilla derecha del Sena y pasaron ante el Palais de Justice, que estaba «silencioso como una tumba». Parece que no notaron nada raro en la Prefectura de Policía. Pero cuando llegaron a la Place Saint-Michel, en la orilla izquierda, de repente empezaron a dispararles. El sargento que iba junto a Von Arnim gritó al sentir que le habían dado en el brazo. Cogieron sus metralletas y

respondieron al tiroteo a ciegas. Un disparo alcanzó a una de las ruedas delanteras. Arnim dio una palmada en la espalda al conductor y gritó: «¡Sigue! ¡Sigue!». 19 Por suerte para ellos, el fuego procedía sólo de un edificio y lograron llegar a la Feldkommandantur. Pero el sargento que había sido alcanzado en el brazo recibió también un balazo en el pecho y murió por la tarde.

Al enterarse por fin de la insurrección de la Prefectura de Policía, Choltitz envió a la infantería en camiones y en dos tanques, para obligarles a rendirse. Los Panther tenían sólo proyectiles perforadores de blindaje, que hicieron algunos boquetes en el edificio, pero causaron pocas bajas. Incapaz de conseguir su objetivo, la pequeña fuerza tuvo que retirarse. Aquello provocó un alegre entusiasmo y dio paso a un peligroso optimismo. Siguiendo la orden de Rol-Tanguy de «crear un estado de inseguridad permanente en el enemigo y de impedir todos sus movimientos», se llevaron a cabo numerosos ataques en vehículos aislados, pero al anochecer la Resistencia de París se había quedado casi sin municiones.^[74]

Durante las veinticuatro horas siguientes, los parisinos empezaron a montar barricadas para acorralar a los alemanes. La rué de Rivoli, en la que estaba el Hotel Meurice, fue bloqueada en numerosos puntos hasta la altura aúfaubourg Saint-Antoine. Los oficiales alemanes miraban lo que ocurría desde los balcones del hotel, pero pronto tuvieron que retirarse al interior de las habitaciones cuando las balas empezaron a llover sobre el hotel.

Llegaron al Hotel Meurice dos oficiales de la SS en un vehículo blindado. Arnim los llevó a ver a Choltitz. Le comunicaron que, por orden directa del Führer, venían a «salvar» el tapiz de Bayeux, que se encontraba en los sótanos del Louvre, y a llevárselo a Alemania. Para entonces las ventanas del Meurice eran tiroteadas constantemente desde el Louvre, pues algunos miembros de las FFI disparaban contra los estandartes nazis de color rojo y negro que colgaban de la fachada del edificio. Choltitz señaló al Louvre y dijo a los oficiales de la SS dónde estaba el tapiz. Comentó que para los mejores soldados 'del Führer seguramente sería una cuestión totalmente baladí apoderarse de él. Ninguno de los dos se atrevió a objetar nada a su sarcasmo. Convencidos de la imposibilidad de su tarea, se retiraron.

El conde Clemens Podewils, famoso reportero de guerra al servicio de la Deutsche Allgemeine Zeitung, fue el siguiente visitante. Su misión era «informar de la heroica defensa de la fortaleza París, para reforzar la voluntad de lucha de la patria». Pero Podewils no tardó en constatar que la ocupación alemana de la capital francesa tenía los días contados. Arnim experimentó «una opresiva sensación de parálisis», preguntándose qué era lo que iba a traer el fin.

Al día siguiente, 20 de agosto, por la mañana, un grupo gaullista se apoderó con audacia del Hotel de Ville. La acción formaba parte de su plan de ocupar el mayor número posible de edificios y ministerios importantes para establecer la «legalidad republicana» y frustrar las aspiraciones revolucionarias de los comunistas del FTP. Una vez más, la visión de la bandera tricolor francesa ondeando en los edificios públicos estimuló profundamente a los parisinos. Algunos individuos siguieron el ejemplo y empezaron a colgar la bandera francesa en sus balcones, incluso en la rué de Rivoli, cerca del cuartel general de Choltitz. Fueron localizadas largas filas de camiones de la Wehrmacht escondidos bajo los plátanos del boulevard de la Madeleine, listos para retirarse hacia el este. Empezaron a correr rumores de que los alemanes estaban a punto de huir.

El cónsul general de Suecia, Raoul Nordling, negoció entonces una tregua con Choltitz. El comandante alemán accedió incluso a reconocer a las FFI como fuerzas regulares y permitió a la Resistencia quedarse con los edificios públicos a cambio de respetar las fortalezas alemanas. La tregua fue aprobada en una reunión del Consejo Nacional de la Resistencia porque sólo asistió uno de los delegados comunistas. Rol-Tanguy se enfureció al enterarse. En cualquier caso, siguieron

produciéndose combates esporádicos. Hombres jóvenes en mangas de camisa y mujeres con vestidos de verano, algunos llevando viejos cascos de la primera guerra mundial, seguían al pie de 'las barricadas que habían levantado con adoquines, vehículos volcados, camas, muebles y troncos de árboles. Muchos empezaban a llevar brazaletes rojos, blancos y azules con las iniciales de las FFI bordadas por sus esposas o sus novias.

El lunes 21 de agosto, el Consejo Nacional volvió a reunirse. Todos los argumentos de Chaban-Delmas a favor de mantener la tregua fueron violentamente rechazados por los comunistas, que la consideraban un acto de traición. Finalmente, se llegó a un compromiso. La tregua no se rechazaría hasta el día siguiente. Los comunistas prepararon carteles en los que se ordenaba: «Tous aux barricades!». Las escaramuzas entre los alemanes y las FFI continuaron. En la place de l'Odéon, justo debajo de la fortaleza alemana del Palais du Luxembourg, fue arrojada una granada contra un camión alemán, que empezó a arder. La Resistencia de París estaba desesperada porque la BBC seguía sin aludir a la sublevación de la capital.

Aquel día, la 11.ª División Acorazada británica relevó a la 2^{ème} DB de Leclerc cerca de Argentan, permitiendo así que ésta quedara «disponible para nuevas misiones». Todos los pensamientos de la división iban «hacia París». Escucharon por la radio que las patrullas de reconocimiento americanas ya habían llegado a Rambouillet y al bosque de Fontainebleau, mientras que la 7.ª División Acorazada se disponía a cruzar el Sena al sur de París a la altura de Melun, Montereau y Sens. «¿Qué estamos haciendo aquí?» fue su angustiada reacción. «Es a nosotros a quienes tiene que corresponder el honor de liberar París. Se nos hizo la promesa formal.»

Las tropas de Leclerc sabían que París estaba en plena ebullición, y su general, lógicamente, pensaba que «París no puede seguir esperando mucho tiempo su solución». 26 Como francés, y especialmente como católico conservador que temía que se produjera algún tipo de golpe de Estado de los comunistas en la capital, consideraba imposible de aceptar el argumento de Eisenhower de que París debía esperar para poder llevar a cabo un avance rápido hacia el Rin.

Sin pedir permiso al general Gerow, Leclerc ordenó a uno de sus oficiales, Jacques de Guillebon, que efectuara una misión de reconocimiento detallado por la zona de Versailles y quizá hasta París con un escuadrón de tanques ligeros y una sección de soldados de infantería en semiorugas. Dijo asimismo al capitán Alain de Boissieu (futuro yerno de De Gaulle) que se llevara a los oficiales de enlace americanos a una excursión turística con el fin de mantenerlos alejados. Pero al día siguiente, uno de ellos descubrió lo que estaba pasando y dio el soplo al cuartel general del V Cuerpo. Gerow se puso hecho una furia. Inmediatamente ordenó que se hiciera dar media vuelta a la patrulla, pero Leclerc ignoró su orden. Este hecho marcó el rápido deterioro de unas relaciones que habían empezado siendo buenas. Hasta ese momento Gerow había reconocido que Leclerc no era sólo el comandante de una división, sino también el oficial francés de mayor rango que estaba con los ejércitos aliados en Normandía. Ahora Gerow compartía las sospechas que abrigan muchos altos mandos americanos de que los gaullistas estaban haciendo su propia guerra en Francia, no la guerra de los aliados contra Alemania. Se habría enfadado todavía más si hubiera sabido que la 2^{ème} DB había estado acaparando combustible en secreto, haciendo más pedidos de gasolina de los debidos o incluso robándola directamente de los centros de aprovisionamiento. Las tropas francesas sabían perfectamente que si Leclerc desobedecía las órdenes y hacía una escapada no autorizada a París, los americanos le cortarían el suministro.

Mientras las divisiones de Patton cruzaban el Sena cerca de París, los británicos y los

canadienses, al norte de la brecha de Falaise, avanzaban penosamente hacia el este, en dirección a Lisieux y la cuenca baja del río. A diferencia de los americanos, un poco más al sur, se enfrentaban a tres divisiones de infantería completas que combatían en retirada, de pueblo en pueblo y de río en río. Aquellas escaramuzas costaron un número asombrosamente grande de vidas. Cuando una compañía del batallón Tyneside Scottish de la 49.ª División de Infantería llegó a un pueblo, un destacamento del 2.º Regimiento de Granaderos Acorazados de la SS que acababa de retirarse, bombardeó inmediatamente la plaza con morteros. Los británicos buscaron refugio enseguida. Un soldado joven, el recluta Petrie, se metió en la casa de un erudito local y se escondió debajo de la mesa de la biblioteca. En ese momento, un trozo de metralla de una bomba de mortero atravesó el techo, traspasó un libro que estaba encima de la mesa -resultó ser *El Príncipe de Homburg* de Schiller- y finalmente se clavó en la garganta del infortunado joven. Murió al instante y fue enterrado por sus camaradas en un jardín vecino en cuanto cesó el bombardeo. Sólo la liberación de ese pueblecito costó ocho muertos y diez heridos.

En los bosques y los valles del Pays d'Auge, los alemanes tendían emboscadas a los tanques con sus cañones antiaéreos de 88 mm. El 22 de agosto, se perdieron veintiséis Sherman en un solo ataque. Desastres de este estilo resultaban incluso más sorprendentes al ser infligidos por un enemigo supuestamente derrotado. En consecuencia, el avance hacia el Sena no se llevó a cabo con demasiada rapidez. Un capellán de la división Wessex escribía hablando del enemigo: «Todo lo que sabemos es que ha perdido la guerra, y nos sentimos tanto más irritados cuando sufrimos cualquier baja».

Ese mismo día, cerca de Lisieux, «la infantería capturó a un par de hombres de la SS de aspecto malvado», escribió en su diario un teniente de artillería, «y estuve presente cuando fueron interrogados en el cuartel general del batallón. Eran bastante arrogantes, y cuando se los llevaron no pude menos que preguntarme si llegarían al calabozo de los prisioneros de guerra». 30

En muchos lugares, soldados alemanes corrientes pagaron por los crímenes de la SS. Al sur de Lisieux, cerca de Livarot, un último grupo de soldados de la SS en retirada se detuvo en una granja grande y pidieron leche. Las lecheras les dijeron que ya no les quedaba. Los alemanes siguieron adelante unos doscientos metros más y se sentaron a descansar en una zanja. Poco después vieron aparecer a unos exploradores canadienses. Las muchachas salieron corriendo a cortar unas flores para sus liberadores. En cuanto se fueron los canadienses, los soldados de la SS volvieron a la granja y se vengaron de las muchachas. Echaron mano a las metralletas y las granadas y mataron a seis de ellas. «Cogimos el mismo número de prisioneros alemanes que víctimas había habido en la granja de Le Mesnil-Bacley», escribiría después un miembro de la Resistencia de la localidad, «y les hicimos cavar sus propias tumbas... Y cuando acabaron fueron pasados por las armas en público». Y añade: «Unos días más tarde, en Livarot, para festejar la liberación, hicimos desfilar por las calles, después de raparles la cabeza, a todas las mujeres que habían tenido relaciones con el ocupante». Una mujer comentó cínicamente que, cuando llegaron los canadienses, «las chicas, entre ellas las más comprometidas en tiempos de los alemanes», fueron las primeras en acercarse a los vencedores, «con la sonrisa en los labios y los brazos llenos de flores». Observó asimismo que cuando las tropas aliadas tiraban al pasar chocolate y cigarrillos a las muchachas, éstas esperaban a que desapareciera el camión, y luego se arrodillaban un poco avergonzadas a recogerlos. 33

Muchos normandos hacían comentarios cínicos a propósito de la pertenencia a la Resistencia. «Es increíble la explosión de FFI», 34 observaba un abogado de la zona. «Todos los muchachos del pueblo que antes sólo andaban detrás de las chicas e iban al baile el sábado por la noche, van ahora con brazalete y metralleta.» No obstante, las tropas aliadas agradecían mucho la ayuda de los verdaderos combatientes de la Resistencia. «Los maquis están haciendo un trabajo excelente, cada

vez vemos más de ellos», escribía un comandante canadiense a su familia. Y Myles Hidlyard, de la 7.ª División Acorazada, anotó en su diario que durante el avance hacia el Sena, «cada carro [blindado] del 11.º de Húsares llevaba un maquis a bordo, que ofrecía una ayuda valiosísima». 36

También cerca de Livarot, un pelotón de la Guardia de Dragones Inniskilling se unió a una compañía del 1.º/5.º Batallón del Regimiento de la Reina poco después del amanecer. El comandante de la compañía les hizo una seña invitándoles a detenerse. El jefe del pelotón, el teniente Woods, saltó a tierra.

- ¿Te gustaría un Panzer Mark IV para desayunar? -preguntó el oficial de infantería. Y llevó a su compañero por un sendero hasta una huerta.

«Avanzando vacilante a la descubierta en lo alto de la siguiente cresta, a unos ochocientos metros, se hallaba la presa, que evidentemente no tenía ni idea de que era observada.» Woods cruzó el huerto de manzanos y trajo hasta allí su tanque cargado de hojas y frutos. Pasaron un tiempo que se les hizo interminable maniobrando para que el comandante y el artillero tuvieran el blanco a la vista; aquella lentitud volvía loco al conductor, el soldado Rose, mientras la tensión iba en aumento. «Los minutos pasaban; en la torreta el tono del diálogo se volvía cada vez más agrio.» Finalmente, tuvieron un tiro claro. El primer proyectil perforador de blindaje dio en la suspensión, casi en la parte trasera. La torreta del Panzer empezó a girar hacia ellos. El segundo proyectil también dio en el blanco, pero el cañón seguía girando hacia ellos. Sólo cuando la tercera bomba volvió a darle se detuvo. Al principio no se vio más que una pequeña columna de humo, pero enseguida aparecieron las llamas y la tripulación saltó del tanque aterrada.

Cuando se volvió al plan consistente en llevar a cabo un envolvimiento largo de los alemanes que se retiraban hacia el Sena, los americanos enviaron primero a la 5.ª División Acorazada y luego al XIX Cuerpo de Corlett, para que girara hacia el oeste remontando la orilla izquierda del río. Pero éstos también encontraron dificultades en su avance y tuvieron un combate muy duro en Elbeuf, donde el mariscal Model había ordenado a sus divisiones fragmentadas que les cortaran el paso para proteger los puentes río abajo.

Esta maniobra dio lugar a otra pelea entre los americanos y los británicos. En la reunión mantenida con Montgomery y Dempsey el 19 de agosto, Bradley había ofrecido a los británicos camiones suficientes para trasladar a dos divisiones y hacer que el flanco derecho avanzara. Dempsey declinó la oferta alegando que no iba a poder sacarlas de allí con la suficiente rapidez.

- Niño Bonito, si no puedes hacerlo tú, ¿pondrías alguna objeción a que lo intentáramos nosotros? -contestó Bradley-. Significaría tener que atravesar vuestro frente.

- ¿Por qué no? En absoluto -respondió Dempsey-. Estaríamos encantados de que lo hicierais.

Pero luego, cuando los corresponsales de la prensa británica le preguntaron por el avance hacia el Sena, Dempsey contestó que todo habría ido más rápido si no los hubiera entretenido el tráfico del ejército americano que cruzó por en medio de su frente. Monty pidió después disculpas a Bradley, diciendo que los periodistas debieron de interpretar mal las palabras de Dempsey, pero Bradley no quedó convencido. Nunca perdonó a Dempsey aquel comentario. Algunos años después, lo calificó de «una de las mayores injusticias que se han hecho al ejército americano».

El 21 de agosto, los ejércitos canadiense y británico habían alcanzado una línea que iba desde Deauville, en la costa, hasta Lisieux y luego hasta Orbec. Los canadienses fueron reforzados con la 1.ª Brigada de Infantería belga, que tomó Deauville al día siguiente, y la Brigada Real (Princesa Irene) de los Países Bajos, que avanzó hacia Honfleur, en el estuario del Sena. También llegó justo al final de la batalla una brigada acorazada checa. Las carreteras que conducían a los cruces del Sena

estaban bloqueadas a menudo por vehículos alemanes, unos abandonados por falta de combustible, y otros incendiados por los ataques de los cazabombarderos.

Una vez más los pilotos de los Typhoon hicieron declaraciones excesivamente optimistas. Calculaban que habían destruido 222 vehículos, pero de los 150 abandonados por los alemanes, se comprobó que sólo 13 habían sido destruidos en el curso de un ataque aéreo. 40 No cabe duda, sin embargo, de que sus cañones acabaron con una gran proporción de los 3.468 vehículos y cañones alemanes. Los Typhoon de la Escuadrilla 123 se llevaron también una sorpresa tremenda sobre el Sena, y cuatro aparatos cuando fueron «rebotados» por los Messerschmitt 109, que casi nunca lograban penetrar la pantalla protectora de las escuadrillas de Mustang y Spitfire que patrullaban por el interior. 41

Los alemanes que seguían en la margen izquierda del bajo Sena cruzaron el río por la noche, utilizando barcas e incluso un puente de pontones, que fue desarmado al amanecer para evitar los ataques aéreos. «Los embarcaderos en los que debía cruzarse el Sena fueron dispuestos y asignados a las distintas divisiones», escribió el general Bayerlein. «Esa distribución no fue respetada, y cada uno cruzó el río por donde quiso. La mayor parte de las barcas fueron confiscadas por la SS, que generalmente no permitió a los miembros de otras unidades que las utilizaran». Las unidades de artillería se habían quedado con sus caballos, y algunas ayudaron a cruzar a los animales a nado. 43 El 23 de agosto, cuando el mal tiempo impidió el concurso de los cazabombarderos aliados, el 21.º Batallón de Zapadores Acorazados empezó a construir un puente en Rouen para que cruzaran sus tanques. Pero el día siguiente fue soleado y el puente fue destruido dos horas después de estar acabado. Las escarpadas y boscosas márgenes del sinuoso valle permitieron al menos a los alemanes permanecer ocultos durante las horas del día.

El cuartel general de Model en la Roche-Guyon había sido abandonado ante la proximidad de las fuerzas americanas. La 5 Panzer-Armee trasladó su puesto de mando primero a Rouen y luego a Amiens, donde Eberbach y su jefe del Estado Mayor, Gersdorff, fueron capturados más tarde por la División Acorazada de la Guardia, aunque Gersdorff logró escapar pocas horas después. 44

Al sur de París, los restos del grupo de zapadores de la 276.ª División de Infantería llegaron a Melun en su Citroen poco antes de que lo hiciera la punta de lanza de Patton. El cabo Spiekerkötter y sus camaradas pensaban que habían llegado a lugar seguro y que podrían proseguir hacia Metz. Al ser identificados como zapadores por la Feldgendarmarie, recibieron la orden de trasladarse a París para preparar la demolición de los puentes del Sena. Junto con otros miembros de su batallón, los metieron en unos camiones Opel-Blitz nuevos, pero en cuanto llegaron a la place de la Concorde, se dieron cuenta de que las calles estaban vacías y de que reinaba un silencio amenazador. En las calles laterales podían verse barricadas llenas de hombres de las FFI.

Fueron conducidos a un fortín utilizado en 1871 durante el asedio de París, convertido en depósito de cabezas de torpedo de la Marina. Los marineros de la Kriegsmarine los ayudaron a cargar el explosivo en los camiones. Luego, mientras pasaban por los campos Elíseos, oyeron un disparo. Presa del pánico, los zapadores abrieron fuego en todas direcciones. Avergonzados, comprobaron entonces que uno de sus neumáticos había reventado. Por fortuna, no resultó muerto nadie. 45

El 22 de agosto, las FFI pusieron fin a la tregua y emprendieron una ofensiva general con la orden: «Tous aux barricades!». Ese mismo día, el general Von Choltitz recibió la orden tajante de Hitler de destruir París. Fue también el día en el que Ralph Nordling, hermano del cónsul general de

Suecia en la capital francesa logró llegar al cuartel general de Patton en Dreux para pedirle que salvara París. (Poco antes había llegado el comandante Roger Gallois, representante del coronel Rol-Tanguy, con una petición similar.) El general Gilbert

Cook, comandante del XII Cuerpo asistió a la reunión y anotó lo que se dijo en ella. «París debía ser declarada ciudad abierta y había que salvarla», explicó Nordling, tras describir la situación reinante en la ciudad en unos términos quizá super apocalípticos.

- Puedo abrirla y volver a cerrarla en veinticuatro horas -replicó Patton.

- Los alemanes tienen demasiada fuerza.

- Estoy muy bien informado -contestó Patton, presumiblemente como consecuencia de lo que Gallois le había contado esa misma mañana a primera hora. Accedió a enviar a Nordling y a sus acompañantes al cuartel general de Bradley, cerca de Laval, para que expusieran ante él su caso. 46

Nordling y Gallois, que también fue remitido al cuartel general del XII Cuerpo de Ejército, contaron con la ayuda de los urgentes comunicados por radio enviados a Eisenhower por De Gaulle y el general Koenig, que se habían enterado de la llegada de ambos emisarios. Bradley, que se hallaba con Eisenhower en Granville, escuchó sus argumentos a través de su jefe del Estado Mayor, el general de brigada Edwin L. Sibert. Le habían dicho que «entre 4.000 y 5.000 niños y ancianos morían cada día de hambre», y que en el metro el sistema de alcantarillado había sido minado.

Eisenhower empezaba ya a mostrar signos de debilidad en su determinación de pasar de largo por París.

- Bueno, ¡qué diablos!, Brad -exclamó-, supongo que tendremos que entrar.

Bradley reconoció que no había más opción. Eisenhower tenía que vender al general Marshall en Washington su cambio de postura como una decisión puramente militar con el fin de ayudar a la Resistencia. Roosevelt se pondría hecho una furia si pensaba que el cambio de planes era un intento de instalar a De Gaulle en el poder.^[75]

A las 19:30, Leclerc aguardaba ansioso el regreso de Bradley en la pista de aterrizaje del cuartel general del XII Grupo de Ejército.

- Han decidido enviarle a París.

Antes de que su jeep se detuviera, Leclerc gritó a uno de sus oficiales del Estado Mayor:

- Mouvement immediat sur París!

Aquella orden provocó lágrimas de tremenda alegría. Incluso para los miembros del ejército colonial que no habían visto nunca París, su liberación representaba todo aquello por lo que habían estado luchando durante los últimos años.

El general Gerow, del V Cuerpo, ya había sido convocado al cuartel general del 1.º Ejército estadounidense, donde fue informado de la sublevación, de que la Resistencia tenía escasez de municiones, y de los miles de personas que supuestamente morían cada día de hambre. El general Eisenhower, le dijeron, había dado la orden de que una fuerza de tropas francesas, americanas y británicas saliera para París inmediatamente.^[76] «Había que entrar en la capital sólo si la resistencia [del enemigo] era tal que pudiera ser superada con fuerzas ligeras. No tenía que haber combates encarnizados ni bombardeos aéreos o de artillería para evitar la destrucción de la ciudad.» En cuanto París quedara asegurada, el general Gerow debía entregársela al general Koenig, que había sido nombrado gobernador militar de la capital por De Gaulle. Gerow dictó inmediatamente una orden de aviso para la 2^{éme} DB y el 102.º Grupo de Caballería, que debían estar listos dentro de una hora para un avance rápido hacia el este. 48

El V Cuerpo dio sus órdenes poco después de la medianoche. La 2^{éme} DB, junto con la Sección B del 102.º Escuadrón de Caballería, debía cruzar la línea de partida a mediodía, para «hacerse con

el control de París en coordinación con las Fuerzas Francesas del Interior, y prepararse para avanzar hacia el este, tal como había ordenado el comandante del cuerpo». La 4.ª División de Infantería americana, con el resto del 102.º de Caballería, debía tomar una ruta más al sur. Pero Leclerc ya había dado sus propias órdenes antes de la medianoche. Y como señaló el Estado Mayor de Gerow, la 2ème DB no esperó. «La marcha sobre París comenzó esa misma noche.»

El 23 de agosto, tres groupements tactiques de la 2ème DB, el equivalente de los comandos de combate americanos, emprendió la marcha hacia el sureste bajo una fuerte lluvia con sus columnas aparentemente interminables de carros blindados Staghound, tanques ligeros Stuart, semiorugas, Sherman, tanques destructores, jeeps y camiones. Por delante del grueso de sus tropas, Leclerc llegó al castillo de Rambouillet, residencia oficial campestre de los presidentes de la República Francesa. Envío un mensaje a De Gaulle, quien contestó que se reuniría allí con él. Leclerc había empezado a interrogar a los miembros de la Resistencia y de la gendarmería de la localidad, con la esperanza de enterarse de cuál era la ruta peor defendida para entrar en la capital. Por sus informaciones y por las del comandante Guillebon, al mando de la patrulla de reconocimiento, daba la impresión de que debía evitar Versalles y desviarse más hacia el sur de París. El hecho de que así iba a colarse de rondón en la ruta de la 4.ª División norteamericana no le preocupaba lo más mínimo.

En la ciudad de Rambouillet, los oficiales de Leclerc se llevaron la sorpresa de encontrar en el Hotel du Grand Veneur a un conjunto de personajes dignos de una comedia hartamente improbable. En su mayoría eran periodistas que esperaban con impaciencia la liberación de París. Ernest Hemingway, oficialmente corresponsal de guerra de la revista Collier, estaba mucho más interesado en actuar como soldado irregular al lado de la Resistencia local. No ocultaba una pistola automática pesada que llevaba, aunque los no combatientes lo tenían terminantemente prohibido. Según John Mowinckel, un oficial de inteligencia americano allí presente, Hemingway quiso interrogar a un patético prisionero alemán que le habían traído sus nuevos amigos de la Resistencia.

- Yo le haré hablar -dijo en tono jactancioso-. Quitadle las botas. Le asaremos los pies con una vela.

Mowinckel dijo a Hemingway que se fuera al infierno y que dejara en paz al chico, que evidentemente no sabía nada. 49

Otro de los presentes en Le Grand Veneur era David Bruce, por entonces miembro del OSS y más tarde embajador americano en París. Estaba también el comandante Airey Neave, del MI9, la organización secreta británica que ayudaba a escapar a los prisioneros de guerra. Neave iba persiguiendo a un sargento británico que había traicionado a la Resistencia francesa y la había denunciado a los alemanes. También apareció por allí el especialista en historia de la guerra Sam Marshall. Más tarde tendría que proteger a Hemingway prestando falso testimonio y afirmando que no lo había visto nunca armado con una pistola. También se dejó ver Irwin Shaw, autor con el tiempo de *The Young Lions*, acompañado de un equipo de cámaras del Cuerpo de Transmisiones. Aquello no podía contribuir a calmar el ambiente, pues Hemingway estaba en el proceso de conquista de su amante, Mary Welsh, que no tardaría en convertirse en la cuarta señora Hemingway.

Shaw iba seguido de un grupo de corresponsales de guerra americanos, todos ellos ansiosos de poder afirmar que habían sido los primeros en entrar en París. «Todos parecían "aviadores veteranos" que aplastaban sus sombreros para estar a tono», escribió el teniente John Westover, el acompañante de Marshall. «Entre ellos estaban Ernie Pyle y Bob Capa. Pyle llevaba una gorra que hacía que se pareciera al mariscal Montgomery.» 50 Algunos se sintieron indignados, aunque no del todo sorprendidos, al ver a Hemingway actuar como si fuera el comandante militar de la plaza.

Cuando Bruce Grant, del Chicago Daily News, hizo un comentario sarcástico acerca del «general Hemingway y sus maquis», el aludido vino hacia él y le dio un puñetazo.

Mientras que muchos no podían pensar más que en la liberación de París, los altos mandos americanos estaban mucho más preocupados por el avance hacia Alemania. Patton voló ese día a Laval para entrevistarse con Bradley antes de salir para celebrar una entrevista con Montgomery y Eisenhower. Pero a Patton y a Bradley seguía preocupándoles que Eisenhower accediera a las exigencias de Montgomery y permitiera que el XXI y el XII Grupo de Ejército se dirigieran al norte. Según Patton, «Bradley estaba más cabreado que nunca desde que lo conozco y se preguntaba en voz alta "para qué valía el comandante supremo"». 51 Patton le dijo que ellos dos y Hodges presentarían su dimisión si Eisenhower no tomaba la ruta del este, y accedía a seguir la del norte, hacia el paso de Calais y Bélgica, como exigía Montgomery. Pero los temores de Patton eran infundados. Para entonces Eisenhower tenía la sensación de que Montgomery no era leal y se negó a escuchar sus argumentos.

Cuando De Gaulle llegó al castillo de Rambouillet aquella noche, se mostró preocupadísimo por la situación reinante en París. Temía que la revuelta capitaneada por los comunistas diera lugar a un desastre comparable al de la Comuna de 1871. El general tomó una cena a base de raciones C frías en el grandioso ambiente del comedor de gala de Rambouillet, tras la cual Leclerc le informó de su plan de ataque. De Gaulle le dio su aprobación.

- Tiene usted suerte -le dijo después de una larga pausa, pensando en la gloria que aguardaba al responsable de la liberación de París. 52

Acampados al lado de sus vehículos en el parque y en el bosque empapado de agua, los soldados de la 2^éme DB cocinaron sus raciones, limpiaron sus armas y se afeitaron cuidadosamente preparándose para la bienvenida que los esperaba.

29. La liberación de París

Cuando el coronel Rol-Tanguy dio la orden «Tous aux barricades!» el 22 de agosto, su plan era una copia del de los anarquistas de Barcelona en julio de 1936. Allí, el alzamiento de los generales derechistas en la ciudad fue frustrado debido a la colocación de barricadas que se encargó de levantar la clase trabajadora. Rol-Tanguy deseaba colapsar todo el tráfico de la Wehrmacht y sitiar a los alemanes en sus principales fortalezas, entre las cuales estaba el cuartel general de Choltitz en el Hotel Meurice, el Palacio del Luxemburgo, la Escuela Militar y los Inválidos, la Asamblea Nacional en el Palais Bourbon, y el cuartel Prinz Eugen junto a la place de la République.

La llamada a las armas se realizó por medio de carteles, folletos y una nueva emisora de radio, la Radiodiffusion de la Nation Francaise, que actuaba como la voz de la Resistencia. Cada vez que emitía la Marsellesa, prohibida por las autoridades, la gente abría las ventanas y aumentaba el volumen de la radio para que la gente de la calle pudiera oírla. En los distritos elegantes del oeste, el 7.º, el 8.º y el 16.º, se levantaron muy pocas barricadas. La inmensa mayoría estaban en los barrios del norte y del este, que en 1936 habían votado mayoritaria-mente por el Frente Popular.

La tensión reinante en París se hizo palpable a medida que los rumores fueron subiendo de tono. Unos decían que los americanos estaban a las puertas de la ciudad, otros afirmaban que se acercaban por el norte dos divisiones acorazadas alemanas y que la capital iba a ser destruida. El coronel Rol-Tanguy seguía publicando llamamientos a las armas. «Cada barricada puede ser una oficina de reclutamiento que recuerde a la "patria en peligro" de la Revolución». 1 Ordenó a las FFI que recorrieran la ciudad a través de los túneles del metro para evitar los tanques que vigilaban los cruces de calles más importantes. Asustado al oír decir que «los actos de saqueo parecen tomar unas dimensiones inadmisibles», 2 Rol-Tanguy ordenó que todo aquel que fuera pillado in fraganti fuera fusilado en el acto y que se pusiera un letrero en el cadáver que dijera: «Saqueador».

El marido de Colette, Maurice Goudekot, describe aquellos «días extraños, días vacilantes». «Los alemanes retenían París sólo a islotes y por medio de algunos tanques que hilvanaban torpemente las calles. París balbucía las primeras palabras de una libertad olvidada; empezaban a aparecer periódicos del tamaño de folletos; se confeccionaban banderas con retales. A la espera de que comenzaran los ajustes de cuentas, el parisino volvía a encontrar en lo profundo de su memoria la solidaridad de las barricadas, una guasa heroica, un olor a pólvora y a sudor.» 3

A pesar de los rumores que circulaban, los líderes comunistas y gaullistas estaban ya seguros de que la noticia que hablaba del envío a París de 150 tanques Tiger era falsa. De ese modo, el peligro de que la sublevación de París fuera aplastada como el Ejército Nacional Polaco en Varsovia disminuía notablemente. Los gaullistas estaban además dispuestos a unirse a la lucha, ahora que se habían asegurado los ministerios. Una de las primeras tareas, y también una de las más satisfactorias, consistió en retirar los retratos y bustos oficiales del mariscal Pétain. Alexandre Parodi, el representante de De Gaulle, celebró incluso un consejo de ministros simbólico en el Hotel Matignon, residencia oficial del primer ministro. Para los líderes gaullistas de París, la llegada de la 2ème DB era fundamental para dar solidez al incipiente esqueleto de su Administración.

Los comunistas, engañados por su propia propaganda, creían que el poder estaba en las barricadas de la calle y en los comités de la Resistencia. Entusiasmados con la euforia revolucionaria, no podían ni imaginarse que lo último que deseaba Stalin era una sublevación comunista en Francia que se mostrara en contra de los americanos, encargados de suministrarle ayuda

a través del programa de Préstamo y Arriendo.

El 24 de julio al amanecer, la 2^{ème} DB salió del bosque de Rambouillet. Como táctica de diversión, Leclerc mandó a Versailles un destacamento de espahíes de origen marroquí en tanques ligeros Stuart con el fin de convencer a los alemanes de que aquélla era su principal línea de avance. El resto del groupement tactique del coronel Paul de Langlade, acompañado de un escuadrón del 102.º de Caballería americano, debía proceder a través del valle de Chevreuse, aunque no tardó en encontrar una fuerte oposición en el bosque de Meudon. 4 La 12^{ème} Chasseurs d'Afrique perdió tres Sherman a manos de los cañones antitanque. En último término su objetivo era el puente de Sévres, en el extremo oeste de París.

El día amaneció gris y lluvioso, hasta tal punto de que provocó graves interferencias en las comunicaciones por radio. 5 La columna del coronel Billotte se dirigió a Arpajon y Longjumeau, mientras que el groupement tactique del coronel Dio se mantuvo de reserva. Las fuerzas de Billotte iban encabezadas por el batallón del 2.º Regimiento de Marcha del Chad del comandante Putz. Putz había sido uno de los jefes más respetados de las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española. Su 9.ª Compañía era llamada «la Nueve» porque estaba integrada casi en su totalidad por republicanos españoles. Su oficial al mando, el capitán Raymond Dronne, un pelirrojo fornido provisto de una poderosa barriga, había sido elegido para el puesto porque era capaz de mantener a raya a sus hombres, casi todos socialistas, comunistas y anarquistas de origen español.

La primera escaramuza importante de Putz tuvo lugar en Longjumeau. Diez de los heridos que sufrió su unidad fueron llevados al hospital civil de la localidad y los cadáveres de los ocho hombres muertos en combate fueron trasladados al depósito del mismo centro sanitario. Uno de los capellanes de la división, el padre Roger Fouquer, tuvo que presenciar una escena terrible al pasar por una casa que había sido derruida en parte por una bomba. Encontró a dos monjas de rodillas junto a una mujer joven que acababa de dar a luz y que había muerto con el pecho atravesado por un trozo de metralla. El recién nacido yacía en silencio junto a su madre muerta. Y entonces las campanas de la iglesia se pusieron a repicar para celebrar la liberación.

En muchos lugares fue un día de alegría y de horror a un tiempo. Slam Marshall y su acompañante, John Westover, llegaron en su jeep «Sweet Eloise» y se unieron a una de las columnas de Langlade, que se abría paso a través de los pueblos y las pequeñas ciudades del sureste de la capital. Pusieron en el vehículo una bandera americana para distinguirse de las banderas tricolores que los rodeaban. Avanzando lentamente, con el parachoques pegado al vehículo que llevaban delante, Westover describe la escena calificándola de «gran merienda campestre absolutamente desordenada». 6 Los vehículos eran obligados a detenerse por la multitud entusiasmada, que daba besos y botellas a los soldados, mientras que éstos tenían que suplicar a la gente que no estorbara y los dejara pasar. «Nos reímos tanto de toda aquella locura que nos echamos a llorar», dice Westover.

También hubo tragedias aquel día. «En cierta ocasión un hermosa joven se acercó a un Sherman del 501^{ème} Régiment de Chars de Combat levantando los brazos, segura de que la subirían a bordo cuando una ametralladora alemana abrió fuego contra el grupo. La chica cayó al suelo de espaldas, y quedó enganchada a la oruga del tanque. Su mejor vestido de verano estaba salpicado de agujeros de bala teñidos de rojo.»

A medio día, la columna de Putz había llegado a Antony, al sur de París. A su derecha, otra columna tuvo un animado encuentro cerca del aeródromo de Orly, pero luego se vio obligada a enfrentarse a unos cañones antitanque de 88 mm delante de la cárcel de Fresnes. Los cañones eran manejados por soldados alemanes que cumplían sentencia en la prisión. Seguían llevando el uniforme

de lona típico de los presos. Los veteranos de la 2^{éme} DB que habían luchado en el desierto pensaron que semejante atuendo hacía que se parecieran a sus antiguos adversarios del Afrika Korps. Tras perder dos Sherman, el resto de los tanques franceses lograron poner fuera de combate a los cañones enemigos. Uno cargó contra el edificio y se metió directamente en el patio de la cárcel. En el exterior había varios vehículos ardiendo. El capitán Dupont pasó andando por delante de uno, casi carbonizado, pero de repente explotaron unas granadas que había en su interior y murió. Sólo tres días antes había dicho al padre Fouquer que sabía que iba a morir. 9

El general Gerow, que esperaba en vano poder atar corto a la división francesa, abandonó aquella mañana su cuartel general de Chartres acompañado por su jefe del Estado Mayor, el general de brigada Charles Helmick. No lograron encontrar a Leclerc en ninguna parte. Gerow tuvo que regresar a Chartres y dijo a Helmick que diera con él «y que se quedara a su lado como representante superior del Ejército de los Estados Unidos». 10

Irritado por la forma en que Leclerc había avanzado con sus tropas hacia el sur sin avisar al cuartel general del cuerpo, Gerow dijo a su 4.ª División de Infantería que siguiera adelante hacia París sin aguardar a la 2^{éme} DB. Como indudablemente había visto los retrasos que ocasionaba la multitud que salía a darles la bienvenida, llegó precipitadamente a la conclusión de que la 2^{éme} DB estaba tomándose las cosas con calma. Se supone que dijo a Bradley que las tropas francesas estaban «yendo a París a paso de baile». 11 Pero el 12.º Regimiento de Infantería de la 4.ª División también fue entretenido por unas «mademoiselles francesas locas de entusiasmo» que insistían en besar a los conductores.

Gerow estaba muy equivocado. Nadie habría podido estar más impaciente aquel día que el general Leclerc. Para acelerar el avance, ya había obligado a sus tropas de reserva, el *groupement tactique* de Dio, a entrar en combate para tomar los suburbios industriales del extrarradio, pero Antony no cayó hasta las 16:00. Y resultó que la línea de avance por Arpajon se defendía con mucha más dureza de la esperada.

Temeroso de que pudieran llegar a la capital refuerzos alemanes procedentes del norte, Leclerc deseaba desesperadamente tener a sus tropas en el centro de París al anochecer. Para alentar a la Resistencia y animarla a no desfallecer, ordenó al piloto más veterano de sus aviones de observación que lanzara un mensaje metido en una mochila lastrada. Decía simplemente: «Tenez bon, nous arrivons!» (¡Aguantad, estamos llegando!»).

La compañía del capitán Dronne había logrado rebasar Fresnes y llegar a la Croix-de-Berny. Por fin divisaron la torre Eiffel. La compañía tenía órdenes de volver a la carretera de Orleans. Les salió al paso el general Leclerc, con los anteojos de soldado de división blindada alrededor del quepis y dando golpecitos en el suelo con el roten, muy impaciente.

- ¡Dronne! -exclamó el general-. ¿Qué hace usted aquí? -Vuelvo al eje [de avance] según las órdenes recibidas, mi general.

Leclerc le dijo que aquello era una tontería. Lo cogió de la manga y señaló a la capital:

- ¡Lárguese inmediatamente a París, al corazón de París! 14 Dronne, que iba sin afeitarse, en posición de firmes, con el quepis hecho un guñapo y la guerrera del uniforme americano manchada de sudor por encima de la tripa, saludó. El general, que había estado preguntando a la población civil, le dijo que cogiera las fuerzas que pudiera y que evitara las calles principales. Debía llegar al centro de París y decir a la gente que resistiera y no se desanimara. El resto de la división estaría en la ciudad al día siguiente.

A las 19:30, «la Nueve» de Dronne se puso en marcha con quince vehículos, entre ellos unos

cuantos semiorugas con los nombres de las batallas más célebres de la guerra civil española: Madrid, Guadalajara y Brúnete. Esta compañía de republicanos españoles de izquierdas se vio reforzada en el último momento por una sección de ingenieros y tres Sherman del 501.º Regimiento de Carros de Combate, integrado por gaullistas leales. Sus tanques llevaban nombres de batallas napoleónicas de 1814: Montmirail, Romilly y Champaubert. Iban al mando del teniente Richard, un cura de la orden de los Padres Blancos.^[77]

El semioruga Guadalajara iba en cabeza, guiado por un individuo de la zona en una vieja motocicleta. El hombre en cuestión conocía todas las calles secundarias y sabía dónde estaban los puestos de control alemanes, de modo que la columna de Dronne pudo abrirse camino sin dificultad por los suburbios de París hasta la Porte d'Italie, el punto más al sur de la capital. Los hombres se pusieron a dar vítores en cuanto pasaron los límites de la ciudad. La columna era detenida a menudo por civiles entusiasmados, que no podían creer que fueran tropas francesas que venían a salvar a la capital. Se presentó otro guía, un armenio, montado en un ciclomotor. Dronne le dijo que los llevara al Hotel de Ville, pero cuando volvió a su jeep vio que una opulenta alsaciana se había plantado en el asiento delantero para hacer de «Marianne», el símbolo de la República.

Maniobrando por calles secundarias, lejos de la avenue d'Italie, se encaminaron hacia el norte hasta llegar al puente de Austerlitz. En cuanto la columna alcanzó la otra orilla del Sena, dobló a la izquierda siguiendo los muelles. A las 21:20 los tanques y los semiorugas entraban ruidosamente en la place de l'Hôtel de Ville.

En el otro extremo de París, los tanques del coronel Langlade llegaban finalmente a su objetivo, el puente de Sévres. Al mando del comandante Massu, que luego se haría famoso por su despiadado papel en la batalla de Argel, un Sherman de los Cazadores de África empezó a cruzar el puente, acompañado de cuatro miembros de las FFI a pie. Para mayor alivio, no encontraron ninguna mina, pero fueron objeto del fuego intermitente de una batería de artillería alemana situada en el hipódromo de Longchamp. 15

En el Hotel de Ville, el capitán Dronne ordenó a sus hombres que se pusieran en posición de defensa total. Entró en el edificio y subió la gran escalera para presentarse a las autoridades. Los líderes de la Resistencia, encabezados por Georges Bidault, lo recibieron con un abrazo. Bidault intentó pronunciar un discurso, pero la emoción del momento se lo impidió. 16

Fuera, la población civil se aglomeró alrededor de los tanques y de los semiorugas. Al principio la gente estaba nerviosa, pero cuando vieron el símbolo de la división, que era un mapa de Francia con la Cruz de Lorena, se volvieron todos locos, abrazando y besando a los soldados. Algunos corrieron a las iglesias de las inmediaciones. Las campanas se pusieron a repicar y poco después la campana mayor de

Notre Dame, «le Bourdon», empezó a resonar por toda la ciudad en penumbra. Colette, que no podía salir de casa, con los ojos llenos de lágrimas de alegría, escribió refiriéndose a aquel crepúsculo decisivo:

«Cuando la noche se levantó como una aurora».

Fue el repique de le Bourdon lo que al fin convenció a la población de París. Una mujer de Normandía que se había refugiado en la capital estaba desnudándose para meterse en la cama cuando oyó las campanas. Luego la calle empezó a llenarse de gente que gritaba: «lis sont la!» («¡Ya están aquí!»).

Al fondo de la rue de Rivoli, lejos del Hotel de Ville, Choltitz y sus oficiales del Estado Mayor bebían champaña de las bodegas del Meurice en la antesala de su despacho. En aquella húmeda

noche de agosto, hablaban de la matanza de hugonotes durante la Noche de S. Bartolomé y de si este caso tenía alguna semejanza con su situación. Cuando oyeron las campanas, Choltitz se levantó y se dirigió a su despacho. Llamó por teléfono al teniente general Speidel y cuando acabó de hablar acercó el auricular a la ventana. Speidel comprendió inmediatamente lo que significaba. Choltitz, que sabía que no iba a volver a ver Alemania en mucho tiempo, le pidió que cuidara de su familia.

Cuando las campanas dejaron de sonar, el grupo de zapadores de la 256.ª División de Infantería, con su cargamento de torpedos, montaba guardia en el puente Alejandro III, enfrente del Quay d'Orsay. Su oficial, el teniente Novick, había sido convocado a una reunión de jefes. Cuando volvió, sus hombres le suplicaron que los dejara salir de París. Novick replicó con firmeza que todavía tenían que cumplir con su deber. Los soldados temían menos la perspectiva de luchar que la de ser linchados por la población cuando se rindieran. 19

Los hombres de Dronne, por su parte, fueron objeto de toda clase de amabilidades por parte de los civiles, deseosos de prestarles ayuda. Llamaron por teléfono a los parientes de los jóvenes para avisarles de su llegada. Algunas mujeres trajeron colchones y valiosísimas pastillas de jabón, e incluso se llevaron sus uniformes sucios para lavarlos y plancharlos.

La población de París se levantó temprano a la mañana siguiente en un ambiente de tensa excitación. Muchas mujeres no habían podido dormir, pues se habían pasado la noche entera cosiendo, confeccionando banderas y preparando vestidos de colores patrióticos para dar la bienvenida a los libertadores. Una mujer, que había fabricado una bandera americana, cortó todas las estrellas una a una de un vestido viejo.

Tras varios días de lluvia, el 25 de agosto, festividad del patrón de Francia, S. Luis, se reveló alegre y soleado en cuanto se disipó la niebla matutina. La multitud se congregó al suroeste de la ciudad para recibir a las tropas de Langlade. Cuando se divulgó la noticia, otros se precipitaron a la Porte d'Orleans y a la Porte d'Italie, por donde el comandante Putz entró al frente de la columna de Billotte. Detrás venía Leclerc, escoltado por espahíes montados en vehículos blindados Staghound. Vino a darle la bienvenida el líder de la Resistencia gaullista, Chaban-Delmas, y juntos se dirigieron a la Gare Montparnas-se, que Leclerc había designado como puesto de mando de su división debido a lo bien comunicada que estaba.

Los ciudadanos, locos de alegría, corrían por las calles ondeando banderas improvisadas y agitando las manos, que levantaban haciendo el signo de la victoria con los dedos. Las calles se despejaron en un momento de pánico cuando estalló un tiroteo, pero de nuevo volvieron a llenarse casi con la misma rapidez poco tiempo después. El padre Fouquer describe aquel momento como «una fiesta ruidosa, lírica, punteada de disparos». Las columnas de blindados tenían que detenerse cada vez que alguna mujer joven, vestida con sus mejores trajes veraniegos, se subían a la torreta para besar a los tripulantes, mientras que los hombres les ofrecían botellas de vino celosamente guardadas durante mucho tiempo para brindar por la liberación. Fouquer, que llevaba el mismo equipo de combate y la boina negra del 501.º Regimiento de Carros de Combate, se lamentó humorísticamente de que «nunca en mi vida había tenido las mejillas tan manchadas de pinta-labios». Los soldados avisaban a las chicas:

- ¡Cuidado! ¡No lo beséis demasiado! ¡Es nuestro capellán!

Pero entre los cantos de la Marsellesa y de la Internacional, los pensamientos del padre Fouquer estaban divididos. No podía dejar de pensar en la muerte del capitán Dupont en Fresnes la tarde anterior. Miraba además a la multitud con cierto escepticismo. «En la efusión espontánea que acompaña al entusiasmo de la liberación, resulta difícil distinguir a los verdaderos combatientes de los parásitos, o sea, a los milicianos y a los colaboracionistas de ayer.»

Para los parisinos que llenaban las calles, no era una victoria de los aliados, sino una victoria íntegramente francesa. La vergüenza de 1940 y la ocupación parecían haberse borrado. Una joven recordaba orgullosa, a la vista de los tanques Sherman con nombres franceses: «Victoriosa, la Libertad avanzaba rodando sobre sus orugas. Francia liberada por Francia. Llenaba de entusiasmo ser de esta nación». El hecho de que la 2^{éme} DB no pudiera haber llegado nunca a Francia en la forma que tenía actualmente sin la ayuda de los americanos se pasaba completamente por alto en el delirante patriotismo del momento.

Los primeros elementos del 38.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería americano y de la 4.ª División de Infantería entraron también en París a las 07:30 por la parte sur. Encontraron a la gente «desconcertada y asustada de nosotros. No estaban seguros de si éramos americanos o alemanes». Pero una vez convencidos de su identidad, «empezó la fiesta». Los civiles retiraban las barricadas para dejarlos pasar. Al cabo de una hora, estaban delante de Notre Dame. Como les habían dicho que los parisinos estaban hambrientos, los soldados americanos pensaron que tenían un aspecto muy saludable. «Las chicas francesas, guapísimas, se nos echaban encima y nos regalaban flores», escribía un sargento del Estado Mayor. «Algunas de esas chicas tenían unos dientes preciosos. Debían de haber encontrado buena comida en alguna parte.» 26

Avanzaron muy lentamente entre la multitud que gritaba:

- Merci, merci! Sank you, sank you! Vive l'Amérique!

«En cada una de las constantes paradas que hacíamos», recuerda el coronel Luckett, del 12.º Regimiento de Infantería, «las madres levantaban a sus hijos y nos los daban para que los besáramos, las chicas abrazaban a los soldados sonrientes y los cubrían de besos, los viejos saludaban y los jóvenes estrechaban vigorosamente nuestras manos y daban palmaditas en la espalda a los soldados». A diferencia del comandante de su cuerpo, el general Gerow, a Luckett y a sus hombres no parecía importarles que la 2^{éme} DB fuera la estrella del espectáculo. La 4.ª División de Infantería reconocía abiertamente que «París pertenecía a los franceses».

El general Gerow entró en la ciudad a las 09:30 y también se dirigió a la estación de Montparnasse para no perder de vista a Leclerc. Gerow tuvo la misma reacción que sus soldados y pensó que los rumores de hambre generalizada habían sido un poquito exagerados. «La población de París seguía yendo bien vestida y parecía bien alimentada», comunicó en el momento, aunque luego se corrigió diciendo que «no había signos de desnutrición permanente excepto en las clases más pobres». Los americanos simplemente no tenían en cuenta hasta qué punto la supervivencia física durante la ocupación había dependido de poder pagar los precios del mercado negro o de tener contactos en las zonas rurales. Los pobres de París realmente habían sufrido mucho.

Las procesiones triunfales cambiaban rápidamente cuando las columnas se acercaban a los centros de resistencia alemana. Al suroeste de la ciudad, los hombres de Massu despejaron el bosque de Boulogne, y luego las unidades de Langlade avanzaron a través del 16.º Distrito en dirección al arco de Triunfo.

El groupement tactique del coronel Dio tenía como objetivo algunos de los reductos alemanes que ofrecían mayor resistencia, la Escuela Militar, los Inválidos y el Palais Bourbon con la Asamblea Nacional. Mientras tanto, el capitán Alain de Boissieu, con un escuadrón de tanques ligeros Stuart y unos cuantos Sherman del 12.º de Coraceros, se encaminó al boulevard Saint-Michel para ocuparse de las defensas alemanas que había en el Palacio del Luxemburgo, sede del Senado, y sus alrededores. El joven oficial de caballería se sorprendió un poco al verse reforzado por el

batalión «Fabien» del FTP comunista.

Mientras tanto, algunos vehículos blindados Staghound tripulados por espahíes de origen marroquí habían llegado ya al boulevard Saint-Michel, procedentes del este, a través de la rue Saint-Jacques. El diarista Jean Galtier-Boissière se hallaba en su librería, cerca de la Sorbona, cuando oyó decir que habían llegado las tropas de Leclerc. Salió corriendo con su mujer a ver lo que ocurría. «Una multitud vibrante», escribe, «rodea los carros de asalto franceses, erizados de banderas y sembrados de ramos de flores. En cada tanque, en cada auto ametralladora, al lado de los tripulantes vestidos con monos caquis y tocados con pequeñas gorras de color rosa, racimos de chicas, de mujeres, de chavales, de fifis [FFI] con brazalete. El pueblo que vitorea, que aplaude, que tira besos, que da apretones de mano al pasar...».

Una vez hubo ocupado su posición la tropa de Boissieu, un oficial dio un silbido.

- Allons, les femmes! Descendez! On attaque le Sénat!

Las jóvenes bajaron de los vehículos blindados, y los artilleros y los cargadores volvieron a meterse en sus torretas. Los morteros alemanes de los jardines del Luxemburgo empezaron a abrir fuego, pero la muchedumbre de civiles seguía avanzando detrás de los vehículos acorazados hacia el escenario de los combates. Boissieu, sospechando que los alemanes tenían un puesto de observación en la cúpula del palacio, ordenó a dos Sherman disparar contra ella. Los blindados giraron sus torretas y levantaron los cañones hasta darles la máxima elevación. Cuando dispararon, Boissieu vio a los controladores de los morteros alemanes saltar por los aires y luego caer en el tejado. Pero la numerosa fuerza alemana estaba demasiado bien atrincherada en el parque como para obligarla a rendirse enseguida.

Cerca del arco de Triunfo, mientras la columna de Langlade se dirigía al centro, se reunió una multitud en la que se encontraban el actor Yves Montand y la cantante Edith Piaf, para presenciar la rendición de los alemanes del Hotel Majestic, en la avenue Kléber. La gente aplaudía y gritaba cuando salían los prisioneros, pero el jefe de la Iglesia protestante de Francia, el pastor Boegner, quedó horrorizado cuando vio que sacaban a rastras a cuatro soldados alemanes con la cabeza descubierta y la guerrera gris desabrochada para fusilarlos. Edith Piaf logró impedir que un joven fifi tirara una granada a un camión cargado de prisioneros alemanes.

Massu, que había aceptado la rendición, se fue caminando con Langlade hasta el arco de Triunfo para cuadrarse ante la tumba del Soldado Desconocido. En lo alto, una enorme bandera tricolor que acababa de ser izada dentro del arco por los bomberos de París, ondeaba suavemente movida por la brisa. Pero entonces oyeron sobre sus cabezas el silbido de una bomba de tanque. En \ amp;place de la Concorde, al otro extremo de los Campos Elíseos, un Panther había localizado a los tanques destructores de Langlade que se disponían a tomar posiciones a uno y otro lado del arco. Los comandantes de los blindados se pusieron a gritar y dieron la orden de abrir fuego. Uno de ellos dijo que dispararan a 1.500 metros, pero a su artillero, que era parisino, de repente le vino a la memoria un dato aprendido en sus años de escolar: que los Campos Elíseos tenían 1.800 m de longitud. Un pequeño ajuste y dio en el blanco a la primera. La multitud salió corriendo y se puso a cantar la Marsellesa. El pastor Boegner señalaría que los combates y la impresión de estar celebrando el 14 de julio se mezclaban en su cabeza «de un modo alucinante».

A las 11:00, el coronel Billotte había mandado un ultimátum al teniente general Von Choltitz a través del cónsul general de Suecia, Raoul Nordling. Exigía la rendición de la ciudad para las 12:15. Choltitz respondió con otro mensaje diciendo que el honor de un oficial alemán le impedía rendirse

sin luchar.

Quince minutos después de que expirara el ultimátum, Choltitz y sus oficiales del Estado Mayor se reunieron para almorzar juntos por última vez en el gran comedor del Hotel Meurice. «Mudos, esforzándonos por no mostrar ninguna emoción, nos reunimos como de costumbre a las doce y media para almorzar en el gran comedor del hotel», escribió el teniente conde Von Arnim. En vez de sentarse a la mesa junto a la ventana para disfrutar de la vista, como tenían por costumbre, ocuparon un sitio al fondo de la sala. Las balas disparadas desde el Louvre acribillaban los cristales de las ventanas y hacían que volaran por la habitación los desconchones de las paredes. «Pero por lo demás», añade Arnim, «la misma imagen, los mismos camareros, la misma comida».

Leclerc, que había puesto su cuartel general en un andén de la Gare Montparnasse, dejó allí al general Gerow y se dirigió a la Prefectura de Policía. Allí sería donde fuera conducido Choltitz en cuanto se rindiera. La impaciencia de Leclerc no se calmó con el caótico y ruidoso banquete que había preparado Charles Luizet. Se tragó apresuradamente unos cuantos bocados y luego se dirigió corriendo al Grand Salón. Había oído decir a Billotte que el ataque contra el Meurice daría comienzo a las 13:15, con la infantería y los Sherman del 501.º de Carros de Combate avanzando por la rué de Rivoli.

Cuando Choltitz y sus oficiales acabaron de comer, dio la impresión de que aumentaba el ruido fuera y que arreciaba los disparos. Arnim escoltó a Choltitz y al coronel Von Unger al piso de arriba. Mientras subían, Choltitz se detuvo a hablar con un soldado veterano encargado de manejar una ametralladora junto a la elaborada barandilla de hierro de la escalera. Le comentó que enseguida habría acabado todo y que no tardaría en estar de nuevo en casa, de una forma u otra. Cuando llegaron al despacho de Choltitz, oyeron varias explosiones y un sonido de cristales rotos. Arnim vio al coronel Von Unger, jefe del Estado Mayor, dirigirse a su escritorio, abrir su cartera y sacar unas fotos enmarcadas de su esposa, sus hijos y su casa a orillas del Steinhuder Meer, una imagen de paz y tranquilidad.

Las explosiones que habían oído eran los disparos efectuados por los Sherman contra los pocos Panther que quedaban en la place de la Concorde y los jardines de las Tullerías. La infantería francesa había ido bajando por la rué de Rivoli, corriendo de columna en columna a lo largo del pórtico por su lado norte, el que da enfrente del Louvre. Finalmente, lanzaron unas granadas de humo al interior del vestíbulo del Hotel Meurice y se produjeron estallidos de fuego automático cuando los soldados franceses, capitaneados por el teniente Henri Kracher, se precipitaron en el hotel, seguidos de algunos miembros de las FFI.

Kracher subió corriendo las escaleras y se dirigió al despacho de Choltitz, donde se le unió el comandante de la Horie, jefe del Estado Mayor de Billotte. «Tras una breve conversación en tono correcto», según Arnim, Choltitz declaró que se rendía junto con su Estado Mayor y las fuerzas de ocupación de París. 34 Choltitz y Unger fueron conducidos a continuación a la planta baja. Con el humo formando todavía remolinos en la mayoría de las habitaciones, el Meurice fue invadido por una multitud deseosa de presenciar personalmente la captura del comandante alemán de París. Los oficiales franceses sacaron precipitadamente a sus dos cautivos por la puerta trasera a la rué Mont Thabor y los condujeron a la Prefectura de Policía.

Algunos soldados y oficiales del Estado Mayor de menor graduación fueron menos afortunados y fueron escoltados hasta la calle por las FFI. La multitud vociferante se lanzó a por ellos para quitarles cada cual lo que pudiera. Al agregado de Arnim le arrancaron de las manos la cartera. La gente les metía las manos en los bolsillos, les quitaba las gafas y los relojes. Algunos les daban puñetazos en la cara y les escupían. Por fin, los prisioneros fueron obligados a ponerse en tres filas y

a desfilan por la calle. A sus escoltas de las FFI les costó mucho trabajo proteger a los prisioneros e incluso a sí mismos de la furia del populacho. Arnim vio cómo de entre la multitud salía «un gigante barbudo en mangas de camisa» que se lanzaba contra su amigo el Dr. Kayser, situado en primera fila, y poniéndole una pistola en la sien apretaba el gatillo. Arnim tropezó con el cuerpo del doctor. Siempre según Arnim, algunos miembros de la unidad de transporte de la Kommandantur, ya desarmados, fueron tiroteados en los jardines de las Tullerías después de haberse rendido. El padre Fouquer, de la 2^{ème} DB se sorprendió de ver a «la multitud, a menudo odiosa delante del enemigo desarmado por otros». 36

Choltitz y Unger fueron conducidos a la sala de billar de la Prefectura de Policía, donde los aguardaba Leclerc con Chaban-Delmas y el coronel Billotte. El general Barton, de la 4.ª División de Infantería americana, que también estaba presente, se retiró para dejar a los franceses el honor de recibir la rendición. Leclerc miró detenidamente a su prisionero.

- Soy el general Leclerc -dijo-. ¿Es usted el general Von Choltitz?

Choltitz asintió con la *cabeza*.

A pesar de su uniforme de general alemán, de sus medallas, y de las gruesas rayas granates de oficial del Estado Mayor que adornaban su pantalón, la figura rechoncha de Choltitz no resultaba muy impresionante. Su piel grisácea brillaba de sudor. El general alemán respiraba pesadamente y no tardó en tomar una pildora para el corazón. Cuando se sentó y se colocó el monóculo para leer el texto del documento de rendición, el coronel Von Unger estaba de pie a su lado, totalmente pálido y con la mirada ausente. Choltitz sólo hizo un comentario. A sus órdenes estaba únicamente la guarnición de París. Las otras bolsas de resistencia alemana no podían ser declaradas fuera de la ley si no obedecían sus órdenes. Leclerc aceptó este punto.

Mientras tanto, en un despacho contiguo, el coronel Rol-Tanguy y Kriegel Valrimont, otro destacado líder comunista de la Resistencia, protestaban ante Luizet diciendo que las FFI no debían ser excluidas de la rendición. Luizet se coló un momento en la sala de billar y se lo comunicó a Chaban-Delmas, que a su vez convenció a Leclerc de que dejara pasar a Rol-Tanguy, para que él también firmara el documento. Leclerc, que sólo deseaba que acabara la ceremonia cuanto antes, accedió. Pero luego De Gaulle, cuando vio que Rol-Tanguy había estampado su firma encima de la de Leclerc, se sintió profundamente irritado.

Más tarde, cuando Choltitz fue conducido desde la Prefectura de Policía a la Gare Montparnasse, fue interrogado por el general Gerow. Choltitz afirmó que había «salvado París». Sólo había «ofrecido la resistencia suficiente para satisfacer a su gobierno y que no pudiera decirse que la ciudad había capitulado sin honor». Gerow le preguntó cuándo iban a rendirse los nazis. Choltitz contestó que «los americanos iban a tardar un poco en volver a casa». Los alemanes, por otra parte, «no esperaban ya nada».

Gerow creía que Choltitz, que había sido su adversario en Normandía, debería haber «rendido París al V Cuerpo». Desde luego, no era aquélla una opinión que compartiera el general De Gaulle. La venganza de Gerow fue un insulto muy calculado. «El general Gerow, como máxima autoridad militar de París», decía su informe, «estableció su puesto de mando en el despacho del mariscal Pétain en los Inválidos».

El día de la liberación de París, en Gran Bretaña se decidió que podían ser desmantelados los campamentos falsos y los carteles e indicaciones relativos al quimérico I Grupo de Ejército americano inventado para la Operación Fortitude. El SHAEF insistió, sin embargo, en que la falsa emisora de radiodebía mantenerse para que los alemanes siguieran haciendo conjeturas acerca de

esa fuerza fantasma. 40

La victoria de los aliados había sido completa, pero en otros lugares de Francia la barbarie de la ocupación no había terminado todavía. En Maulé, al sur de Tours, unos soldados de la SS debidamente entrenados, que habían sido pasados por alto por el 3. er Ejército en su avance al norte del Loira, llevaron a cabo una matanza terrible en la que había sido una zona de notable actividad del maquis. Tras un enfrentamiento con los miembros de la Resistencia el día anterior, mataron a 24 de civiles, desde un niño de tres meses hasta una anciana de 89 años. Las tropas implicadas pertenecían a un batallón de reemplazo de la 17. a División Acorazada de la SS Gótz von Berlichingen destinado a Châtellerault. En la furia de la derrota, utilizaron una batería antiaérea contra sus víctimas y abrieron fuego incluso contra el ganado. 41

Durante la rendición, el general Von Choltitz había accedido también a enviar a varios de sus oficiales acompañados por emisarios franceses bajo bandera de tregua a convencer a los restantes reductos de que cesaran el fuego. Así, mientras seguían resonando en la ciudad los ecos de tiroteos intermitentes y en los jardines de las Tullerías humeaban todavía los Panther carbonizados, estos grupos emprendieron la marcha en unos cuantos jeeps armados únicamente con un trozo de tela blanca atado a la antena de la radio.

Los oficiales alemanes estaban aterrorizados ante la perspectiva de ser entregados a los «terroristas» franceses. Finalmente accedieron a rendirse. Pero el cabo Spiekerkötter y los otros zapadores de la 256. a División de Infantería, que habían formado parte de la guarnición del Palais Bourbon, pronto sufrirían el mismo acoso y los mismos malos tratos a manos de la multitud que padecieron los soldados a la puerta del Hotel Meurice. Se los llevaron en un viejo autobús urbano sin ventanas, que se detenía de vez en cuando «para dar a la población la oportunidad de descargar su cólera». Cuando llegaron al cuartel de los bomberos, donde debían ser encerrados, «buena parte de los oficiales tenían la cara chorreando sangre». 43 Spiekerkötter vio cómo su oficial al mando, el teniente Nowack, bebedor empedernido, que había brindado diciendo «Calvados sigue en manos alemanas» cuando salieron de Normandía, agarraba el frasco de colonia cogido en el depósito de Chartres y se lo bebía de un tirón.

Otras negociaciones de rendición resultaron más peligrosas para los emisarios. Un oficial alemán que había sido hecho prisionero y había sido enviado con una bandera blanca fue tiroteado junto con un oficial de las FFI. Y un oficial de una unidad antiaérea de la Luftwaffe se suicidó poniéndose una granada en el vientre y tirando de la anilla. Al anoecer, la 2éme DB se encontró que era responsable de más de 12.000 prisioneros a los que debía dar alojamiento y comida en medio de una población hambrienta que no quería que se diese de comer a los alemanes. A altas horas de la noche, los parisinos furiosos intentaron asaltar el cuartel de los bomberos y matar a los prisioneros del Palais Bourbon.

Tras una entrevista con Leclerc en la Gare Montparnasse, De Gaulle se dirigió al Ministerio de la Guerra en la rue Saint-Dominique para hacer una visita simbólica a su viejo despacho de 1940, cuando no era más que un ministro bisoño. Le dio la bienvenida una guardia de honor de la Garde Républicaine. Comprobó que no había cambiado nada. Hasta los nombres junto a los botones del teléfono eran los mismos. El edificio casi no había sido utilizado durante los cuatro años de ocupación, hasta que se hicieron cargo de él las FFI.

De Gaulle accedió finalmente a ir al Hotel de Ville, donde lo esperaban Georges Bidault y el Consejo Nacional de la Resistencia. Al margen de las sospechas que abrigaban unos y otros, la

aclamación que dispensaron todos al general que se había negado a abandonar la lucha fue abrumadora. Allí, en el gran salón, su líder, alto y desgarrado, pero con porte regio, pronunció uno de los discursos más famosos de su vida. «París, París atropellada, París rota, París martirizada, ¡pero París liberada! Liberada por sí misma, liberada por su pueblo, con la ayuda de toda Francia, es decir de la Francia que lucha, la verdadera Francia, la Francia eterna.»

Algunos miembros de la Resistencia presentes en el acto pensaron, sin embargo, que no había rendido suficiente tributo a su labor.^[78] Y cuando Bidault le pidió que proclamara la República ante la multitud que aguardaba fuera, De Gaulle se negó. No fue un desaire, como muchos creyeron. De hecho, lo que De Gaulle respondió fue: «¿Pero por qué deberíamos proclamar la República? Nunca ha dejado de existir». 44 En su opinión, el Etat Francais de Pétain era una aberración que no debía ser reconocida. Accedió, sin embargo, a hacer una aparición ante la multitud. De Gaulle se limitó a levantar aquellos brazos suyos, aparentemente interminables, haciendo el signo de la victoria. La respuesta fue tumultuosa.

Cuando terminaron los combates, la mayoría de los corresponsales se dirigieron al Hotel Scribe, que ya conocían de antes de la guerra. Hemingway y David Bruce, rodeados de parte de la milicia improvisada del escritor, fueron directamente al Ritz, que Hemingway estaba decidido a «liberar». Pero la parte más legendaria de la liberación fue lo que un joven oficial de la 2^{éme} DB describió como «les délices d'une nuit dédiée a Venus». 45 Las parisinas, que habían recibido a las tropas con el saludo sincero: «¡Llevamos esperándoos tanto tiempo!», dieron esa noche la bienvenida a los aliados en sus tiendas y en sus vehículos acorazados y lo hicieron con una generosidad sin límites. Cuando regresó a su unidad después de cenar con unos amigos, el padre Fouquer constató que la mayor parte de la 2^{éme} DB se había ido al bosque de Boulogne. «Me mantuve providencialmente lejos del bosque de Boulogne y de aquella noche de locura», escribió. 46 La 4. a División de

Infantería americana, que acampó en el bosque de Vincennes, al este de la ciudad, y en la l'île de la Cité, detrás de Notre Dame, disfrutó también de la generosidad de las muchachas francesas.

A la mañana siguiente la ciudad parecía sufrir una resaca colectiva. David Bruce recuerda en su diario que el día anterior habían bebido «cerveza, sidra, Burdeos blanco y tinto, borgoña blanco y tinto, champaña, ron, coñac, armañac y calvados... Semejante combinación bastaba para acabar con la constitución de uno».

«Lentamente las escotillas del tanque se abrieron», escribió un oficial americano, «y con mucha dificultad salieron de él unas mujeres con la ropa manchada». En el bosque de Boulogne, el capitán Dronne tuvo que hacer una ronda sacando a las mujeres de las tiendas de sus hombres. Una de ellas se le insinuó. Ante las risotadas de sus hombres, contestó:

- ¿A mí qué me cuentas? Yo soy maricón. 49 Los amantes de la noche desayunaron juntos una tanda de raciones K preparadas en hogueras improvisadas.

El sábado 26 de agosto fue también un hermoso día soleado. Había unos pocos miliciens y algunos soldados alemanes que seguían resistiendo, pero los tiroteos aislados vinieron sobre todo de miembros de la Resistencia demasiado entusiasmados. Muchos de ellos se paseaban peligrosamente por la ciudad en Citroéns negros con las letras FFI pintadas encima.

El general Gerow, al oír los disparos de armas cortas, se convenció de que la 2^{éme} DB no había llevado a cabo su obligación primaria de despejar la ciudad. Todavía le irritaba la forma en que los comandantes franceses se burlaban de su autoridad. Al enterarse de que el general De Gaulle

planeaba hacer un desfile de la victoria aquella tarde, envió el siguiente comunicado por radio a la 2éme DB a las 12:55: «Ordeno al general Leclerc que su comando no participe, repito no participe, esta tarde en el desfile, sino que siga realizando su actual misión de limpiar París y sus alrededores de enemigos. Debe aceptar sólo órdenes mías. Facilítese acuse de recibo, informen cuando la orden haya sido entregada a Leclerc. Firmado Gerow». 50

Una vez más Gerow fue ninguneado. A las 15:00 De Gaulle fue saludado solemnemente por el Regimiento de Marcha del Chad en el arco de Triunfo. Aquel momento único para los franceses no se vio en modo alguno deslucido por el carácter internacional de la 2éme DB, llena de españoles, italianos, judíos alemanes, polacos, rusos blancos, checos y otras nacionalidades. 51

Cuando De Gaulle emprendió la marcha para dirigirse a pie por los Campos Elíseos a Notre Dame, llevaba a uno y otro lado una guardia de semiorugas de la división. El cuartel general del coronel Rol-Tanguy había pedido a 6.000 miembros de las FFI que se situaran en fila a lo largo de la ruta de la procesión para actuar como servicio de orden, pero su presencia no contribuyó mucho a tranquilizar al entorno de De Gaulle. Este iba seguido de los generales Leclerc, Koenig y Juin. Tras ellos iban algunos miembros bastante contrariados del Consejo Nacional de la Resistencia, que en un principio no habían sido invitados. Pero la alegría de la enorme multitud congregada a uno y otro lado de la gran avenida, encaramada a las farolas, asomada a las ventanas, e incluso en lo alto de los tejados, era indudable. Se calcula que más de un millón de personas se congregaron en el centro de París aquella tarde.

Se desencadenó un tiroteo en el Palace de la Concorde que provocó el pánico y el caos. Nadie sabe cómo empezó, pero el primer tiro probablemente procediera de un fifi nervioso o demasiado aficionado a apretar el gatillo. Jean-Paul Sartre, que estaba asomado a un balcón del Hotel du Louvre, fue tiroteado, y Jean Cocteau, que se encontraba en el Hotel Crillon, afirmarí de forma muy poco convincente que una bala partió en dos el cigarrillo que tenía en los labios. Lo cierto es que un funcionario del Ministerio de Finanzas que estaba asomado a la ventana resultó muerto de un disparo y al menos otras seis personas murieron víctimas del fuego cruzado.

De Gaulle fue trasladado en coche a la catedral de Notre Dame. El cardenal Suhard brilló por su ausencia. Le habían prohibido asistir al acto porque había dado la bienvenida a París al mariscal Pétain, y recientemente había presidido el funeral en honor de Philippe Henriot, el ministro de Propaganda de Vichy asesinado por la Resistencia.

Cuando De Gaulle entró en Notre Dame se oyeron más tiros, tanto dentro como fuera de la catedral. Pero De Gaulle no se inmutó. Mientras que casi todo el mundo a su alrededor se arrojaba al suelo, él continuó andando por el pasillo, doblemente decidido a desarmar a las FFI, a las que consideraba una amenaza para el orden mucho mayor que cualquiera de los miliciens o de los alemanes que pudieran quedar en la ciudad. «El orden público es una cuestión de vida o muerte», dijo al pastor Boegner unos días después. «Si no lo restablecemos nosotros mismos, los extranjeros nos lo impondrán.» 54 Las fuerzas americanas y británicas eran consideradas ahora más «extranjeras» que aliadas. Francia había sido verdaderamente liberada. Como decía De Gaulle, Francia no tenía amigos, sólo intereses.

Aunque la renuencia de los franceses a reconocer la ayuda de los americanos seguía doliéndole, el general Gerow aceptó posteriormente los intentos de reconciliación de Leclerc. El 27 de agosto, su 2éme DB estaba lista para ponerse en marcha y entró en acción contra los alemanes cerca del aeródromo de Le Bourget. Ese mismo día, Eisenhower y Bradley efectuaron «una visita informal» a París. 55 Eisenhower había invitado a Montgomery, pero éste declinó el ofrecimiento alegando que

estaba demasiado ocupado. A pesar del carácter informal del evento, el general Gerow no pudo evitar reunirse con sus superiores en la Porte d'Orléans a las 09:30 con toda una escolta de blindados del 38.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería que debía acompañarlos a la ciudad. Al día siguiente, el V Cuerpo comunicó que «el general Gerow, como comandante militar de París, devolvía la capital al pueblo de Francia». 56 Cuando Gerow le informó del hecho, el general Koenig contestó que había estado al mando de París todo el tiempo.

Gerow se las arregló para que la 28.ª División de Infantería, recién agregada al V Cuerpo, pasara por París al día siguiente para que realizara «una demostración ante el pueblo del poderío del ejército americano moderno». Los generales Bradley, Hodges y Gerow se reunieron con el general De Gaulle en la tumba del Soldado Desconocido en el arco de Triunfo, donde depositaron una corona. Luego, los cuatro pasaron revista a las tropas desde un estrado erigido por unos ingenieros americanos con un puente portátil Bailey puesto del revés en la place de la Concorde. Era perfectamente natural que Norman Cota, a la sazón comandante de la 28.ª División, encabezara el desfile. Pocos hombres habían demostrado con tanta claridad como lo había hecho él en la playa Omaha la necesidad de un líder resuelto en el campo de batalla.

Pero el lado más feo de la liberación se puso de manifiesto casi de inmediato con las denuncias y las venganzas de las mujeres que habían tenido relaciones con los soldados alemanes. Marshall y Westover vieron cómo una mujer gritaba a otra: «Collaboratrice!». La muchedumbre se volvió contra la acusada y empezó a arrancarle la ropa. Marshall y Westover, con un par de periodistas americanos, lograron salvarla. También en París empezaron a afeitar cabezas. En el balcón de una alcaldía de barrio, los barberos se encargaban de pelar a las mujeres detenidas por collaboration horizontale con los alemanes. En la calle la gente lanzaba gritos de aprobación y aplaudía. Una joven que presencié este tipo de actos recordaría después cuánto llegó a despreciarse a sí misma por haber formado parte de aquella muchedumbre. 58 Y un joven oficial de la 2ème DB escribió: «Estamos asqueados por esos sinvergüenzas que maltratan a las mujeres afeitándoles la cabeza por haberse acostado con los alemanes». 59 Se calcula que en total afeitaron la cabeza a unas 20.000 mujeres francesas durante el verano de 1944. 60

También aumentó la desilusión entre liberados y liberadores. Los americanos y los británicos veían París no sólo como un símbolo de la libertad de Europa frente a la opresión nazi, sino también como un terreno de juego para su diversión. «Cuando nos acercábamos a la ciudad, se apoderó de nosotros una especie de entusiasmo salvaje», escribe Forrest Pogue. «Empezamos a reír, a cantar, a gritar y a hacer otras manifestaciones de exuberancia». 61 Los servicios americanos de aprovisionamiento, para mayor irritación de Eisenhower, requisaron todos los mejores hoteles para alojar a sus oficiales de mayor graduación a lo grande. No se permitía entrar a ningún francés sin invitación. Éstos naturalmente los envidiaban por la comida. Simone de Beauvoir describe el Hotel Scribe, reservado para los periodistas extranjeros, como «un enclave americano en el corazón de París: pan blanco, huevos frescos, mermelada, azúcar y carne de cerdo en conserva». 62 En el centro de la ciudad, la policía militar americana tenía plenos poderes, y a menudo trataba a la gendarmería local como a un mero cuerpo auxiliar. El Partido Comunista Francés no tardó en etiquetar a los americanos como «la nueva potencia de ocupación».

El propio Pogue quedó sorprendido cuando se enteró de que el Petit Palais había sido tomado, y que había un gran cartel anunciando la distribución gratuita de preservativos entre los soldados americanos. En Pigalle, rápidamente bautizado «Pig Alley» [el «Callejón del Cerdo»] por los soldados, las prostitutas atendían a más de 10.000 hombres al día. A los franceses les llamaba

también muchísimo la atención ver a los soldados del ejército americano durmiendo borrachos en las aceras de la place Vendôme. 63 El contraste con las tropas alemanas cuando estaban de permiso, que tenían prohibido hasta fumar por la calle, no podía ser mayor.

El problema era que muchos soldados americanos, cargados con los dólares de las pagas atrasadas, creían que la dureza de la vida en el frente les daba derecho a comportarse como quisieran en la retaguardia. Y los desertores americanos residentes en París, junto con unos cuantos chorizos de los servicios de intendencia, fomentaban la existencia de un mercado negro muy boyante. La capital de Francia era llamada «Chicago-sur-Seine».

Por desgracia, el comportamiento de una minoría muy poco representativa deterioró las relaciones franco-americanas más a fondo y de modo más permanente de lo que se pensó en la época. Distorsionó el enorme sacrificio realizado por los soldados aliados y la población civil francesa en la batalla de Normandía, que habían liberado al país de los sufrimientos y la humillación de la ocupación alemana. Llevó también a distraer la atención de la grandísima ayuda proporcionada por los americanos. Mientras los ingenieros de combate desactivaban minas y trampas explosivas, llegaban a París más de 3.000 toneladas de provisiones al día, y el avance de los aliados hacia Alemania quedaba prácticamente detenido.

«París había caído de forma muy repentina», comunicaba el Departamento Central de Suministros. «La gente pensaba que teníamos un surtido inagotable de alimentos, montones de ropa y cantidades ingentes de gasolina para sus coches. Nuestras oficinas estaban tan atestadas de gente como el metro de París». Había una demanda enorme de penicilina y de morfina para uso civil. El general de división Kenner, oficial médico jefe del SHAEF, organizó la asignación de una cantidad mensual para el gobierno francés. 64 Mientras tanto, los servicios médicos de los ejércitos americano, británico y canadiense hacían lo que estaba en su mano por la población civil herida o enferma de su correspondiente zona.

El éxito de la doble invasión aliada, primero en Normandía y luego en la costa del Mediterráneo, libró al menos a la mayor parte de Francia de una guerra de desgaste prolongada.

30. Las consecuencias

La noticia de la liberación de París había provocado casi tanto entusiasmo en el resto de Francia como en la propia capital. En Caen, el comandante Massey del equipo de asuntos civiles británico escribía: «He visto a los franceses en las calles llorando de alegría mientras se quitan el sombrero al oír la Marsellesa». ¹ Pero los ciudadanos de Caen y de otras ciudades y pueblos duramente castigados temían, comprensiblemente, que en medio del júbilo que se vivía en París su sufrimiento pasara al olvido. Y parecía que sus temores se cumplían a medida que la guerra iba trasladándose hacia la frontera alemana. De Gaulle visitó por fin Caen en octubre y prometió dar todo su apoyo a la ciudad, pero al cabo de dos meses el ministro para la reconstrucción avisaba a la región de que pasarían «muchos años» antes de poder reconstruir Calvados.

El cruel martirio de Normandía había servido efectivamente para salvar al resto de Francia. No obstante, el debate sobre el excesivo número de víctimas de los bombardeos y la artillería de los aliados está condenado a seguir vivo. En total perecieron 19.890 civiles en Francia durante la liberación de Normandía, y el número de heridos graves fue mucho mayor. A estas cifras hay que añadir los 15.000 muertos y los 19.000 heridos de los primeros cinco meses de 1944, durante el bombardeo preparatorio de la Operación Overlord. Los 70.000 civiles muertos en Francia por la acción de los aliados en el curso de la guerra son motivo de honda reflexión, y más si tenemos en cuenta que esta cifra excede el número total de víctimas británicas a causa de los bombardeos alemanes.

Aunque algunos pueblos y zonas rurales se salvaron milagrosamente de las consecuencias de la guerra durante las batallas, grandes regiones sufrieron los efectos de la devastación: socavones abiertos por bombas, bosques arrasados y huertas destruidas. El hedor pestilente de los cuerpos abotagados de los animales en descomposición seguía flotando en el aire. Con la ayuda de bulldozers, o incinerándolos tras rociarlos de gasolina, los ingenieros aliados hicieron todo lo posible por eliminar este grave problema, pero cuando las tropas abandonaban el lugar para continuar su avance, a los campesinos no les quedaba más que su propia fuerza física y una pala para enterrar los cadáveres. Tras la liberación, las víctimas siguieron sumándose debido a la explosión de las bombas sin estallar y a las minas. Se dice que en Troarn y su región murieron más personas después de la batalla que durante ella. Muchos niños perdieron la vida al jugar con granadas y otros explosivos abandonados por ambos bandos.

Al igual que las ciudades y los pueblos arrasados por los bombardeos, las aldeas y las casas rurales de piedra que los alemanes habían utilizado como fortín habían quedado devastadas por el fuego de la artillería y los morteros. Sólo en el departamento de Calvados, 76.000 personas habían perdido sus casas y prácticamente todas sus pertenencias. El saqueo y el daño innecesario llevados a cabo por los soldados aliados sólo vinieron a añadir más amargura en el mar de fuertes emociones mezcladas que muchos sintieron con la llegada de la liberación. Algunos murmuraban que habían recibido mejor trato de los alemanes. «Hay quienes celebran los desembarcos», decía la esposa del alcalde del régimen de Vichy de la localidad de Montebourg. «Pero para mí, fueron el comienzo de nuestras desgracias. Como saben, sufríamos una ocupación, pero al menos teníamos lo que necesitábamos.» ⁴ Aunque la mayoría de los normandos no habrían estado de acuerdo con su pensamiento político, lo cierto es que la enorme presencia aliada en Normandía resultó opresiva. En cualquier caso, como supieron comprender los soldados aliados más perceptivos, la población local

tenía mucho por lo que llorar, independientemente incluso de lo que pudieran haber perdido. Mucha gente estaba angustiada por los esposos y los hermanos que seguían prisioneros o se encontraban realizando trabajos forzados en Alemania. El temor era aún mayor cuando se trataba de miembros de la Resistencia que habían sido detenidos por la Gestapo y trasladados a un campo de concentración.

Los equipos de servicios civiles de los aliados, en colaboración con las autoridades francesas, hicieron todo lo que estuvo en sus manos por distribuir alimentos, ayudar a los refugiados y restaurar los servicios básicos. No obstante, algunas localidades seguirían sin suministro de agua o electricidad hasta bien entrado el otoño. Los sistemas de alcantarillado sufrieron daños considerables, y las plagas de ratas se convirtieron en una grave amenaza para la salud pública. En Caen, sólo había ocho mil casas habitables para una población de sesenta mil personas. Apenas quedaban siluetas de ciudades y pueblos reconocibles tras el derrumbamiento de campanarios y torres de antiguas iglesias a causa de los bombardeos por parte de tanques y cañones con el fin de destruir cualquier posible puesto de observación alemán. Otro de los factores que no haría más que intensificar los sentimientos de animadversión sería el trato dispensado a los prisioneros de guerra alemanes, que fueron puestos a trabajar por los aliados, y recibieron regularmente raciones de comida del ejército, de acuerdo con las normas establecidas por la Cruz Roja Internacional. Esto significaba que se alimentaban más y mejor que la propia población local.

A pesar de los ingentes esfuerzos que se exigieron a la sociedad normanda, sus hombres y mujeres descubrieron una «camaraderie du malheur», una solidaridad en el sufrimiento. 5 Los jóvenes habían demostrado un sorprendente grado de coraje y sacrificio personal en la Defensa Pasiva, mientras que la mayoría de los campesinos, a pesar de su reputación de independientes, e incluso de tacaños, habían demostrado una gran generosidad a los miles de refugiados que huían de las ciudades y pueblos bombardeados. La familia Saingt, propietaria de una fábrica cervecera en Fleury, al sur de Caen, había dado cobijo en las profundidades de sus bodegas a unas novecientas personas durante la batalla, a quienes además suministró todo aquello que estuvo en sus manos. 6 Incluso en los momentos de máxima tensión durante los bombardeos de la ciudad, apenas se produjeron enfrentamientos entre los refugiados, y prácticamente todo el mundo demostró una «disciplina ejemplar», hasta en las tareas de distribución de alimentos. La prolongada crisis, como muchos señalaron, no sólo supuso una especie de equiparación social, sino que también sirvió para sacar lo mejor de cada uno.

Muchos soldados británicos y americanos, abrumados por las calurosas bienvenidas que recibían en cuanto abandonaban los escenarios de las batallas, no pudieron evitar comparar aquellas muestras de efusión con las frías acogidas que a veces tuvieron en Normandía. Esto sólo viene a demostrar una gran falta de imaginación. No se puede culpar a los normandos de que temieran que la invasión fracasara con el consiguiente regreso de los alemanes para aplicar durísimas medidas de represalia. Y la población local, al contemplar los graves daños infligidos a sus vidas, difícilmente podía sentir alegría, aun cuando no hubiera el menor resquicio de duda respecto al éxito irreversible del desembarco aliado en el continente.

Considerando las circunstancias, la mayoría de los normandos mostraron una extraordinaria predisposición a perdonar. La 195.ª Unidad Sanitaria de Campaña instaló un puesto de socorro cerca de Honfleur, junto a un castillo que se asomaba al Sena. El comedor de oficiales se encontraba en una casita vecina, en la que los médicos eran acogidos con gran hospitalidad por parte del anciano que vivía solo en ella. Al cabo de unos días, como había cesado la resistencia al sur del Sena y los únicos pacientes eran civiles del lugar que habían resultado heridos durante los combates, los médicos decidieron dar una fiesta. «Invitaron a la condesa del castillo y a su familia.» La dama

aceptó, pero exigió que la fiesta se celebrara en el castillo. Tres días antes de su llegada, contó la condesa, la esposa de su anfitrión murió durante el ataque lanzado por un avión de la RAF contra los alemanes en retirada. Los oficiales médicos quedaron helados al pensar en la amabilidad demostrada por el anciano francés, «que había sufrido una pérdida tan trágica la víspera de la liberación», sobre todo teniendo en cuenta que el causante de la muerte de su esposa había sido un avión británico. 8

«La vida de civil resultará increíblemente aburrida», escribía en su diario el egocéntrico general Patton tras el triunfo de la campaña de Normandía. «Sin multitudes que te reciban llenas de júbilo, sin flores, sin aviones privados. Estoy convencido de que el mejor final para un oficial es la última bala de la guerra.»^[79] 9 Le habría ido mucho mejor si hubiera recordado la famosa frase del duque de Wellington: «Después de una batalla perdida, la mayor de las miserias es una batalla ganada».

La ferocidad de los combates en el noroeste de Francia es incuestionable. Y a pesar de los irónicos comentarios de la propaganda soviética, la batalla de Normandía fue sin duda comparable a la librada en el frente oriental. Durante los tres meses de aquel verano, la Wehrmacht sufrió casi 240.000 bajas y perdió a otros 200.000 hombres que cayeron en manos de los aliados. El XXI Grupo de Ejército de británicos, canadienses y polacos tuvo 83.045 bajas, y los americanos, 125.847. Además, las fuerzas aéreas aliadas perdieron a 16.714 hombres entre muertos y desaparecidos.

La disputa en la que se enzarzaron los generales aliados, reclamando la gloria y repartiendo culpabilidades en sus informes y en sus libros de memorias, fue igualmente feroz. Es presumible que aquel agudo observador de las flaquezas humanas, el mariscal sir Alan Brooke, no se sorprendiera de ello. A raíz de la pelea que mantuvieron en el mes de junio unos altos oficiales de la Marina ya había escrito el siguiente comentario: «Es curioso cómo hombres insignificantes y de poca talla puedan tener algo que ver con asuntos de mando». 10

Montgomery se colocó en el centro de aquella tormenta de posguerra debido principalmente a sus ridículas declaraciones afirmando que todo se había desarrollado según su plan maestro. Creía que debía ser equiparado a Marlborough y a Wellington, y denigraba implícitamente a sus colegas americanos. El solo prácticamente había conseguido en Normandía que la mayoría de los altos oficiales americanos se convirtieran en antibritánicos en el momento preciso en el que el poder de Gran Bretaña caía en picado. Así pues, su comportamiento constituyó un desastre diplomático de primera magnitud. Independientemente del mérito de sus argumentos a finales de agosto de 1944 acerca del ataque planeado contra Alemania, lo cierto es que Montgomery condujo pésimamente la situación. Había provocado también a los altos mandos de la RAF, cuya ira por su falta de claridad durante las operaciones llevadas a cabo en Normandía superaba a la de los americanos.

Eisenhower, que se caracterizaba por su gran tolerancia, se negó a perdonar a Montgomery a raíz de sus declaraciones al final de la guerra. «Ante todo es un psicópata», exclamó en una entrevista en 1963, harto ya del general británico. «No olviden lo siguiente. Es tan egocéntrico, que este hombre -todo lo que hace es perfecto- no ha cometido ni un solo error en su vida.» 11 Fue una verdadera pena que con su actitud Montgomery desviara al final la atención del mundo de sus incuestionables cualidades y del sacrificio de sus hombres, que fueron los que resistieron al grueso de las formaciones acorazadas alemanas y tuvieron que hacer frente a la mayor concentración enemiga de cañones antitanque de 88 mm.

La inesperada batalla de desgaste de Montgomery, tan imprevista como los sangrientos combates de los americanos en el bocage, se vio perjudicada evidentemente por los retrasos causados por unas condiciones meteorológicas impropias de mediados de junio. Sin embargo, también es cierto que tanto los británicos como los americanos subestimaron gravemente el espíritu

tenaz y disciplinado de los soldados de la Wehrmacht. Ello fue debido en parte a una equivocada valoración de la eficacia de la propaganda nazi a la hora de persuadir a sus hombres de que la derrota en Normandía significaba la aniquilación de la madre patria. Aquellos soldados, especialmente los de la SS, creían firmemente que tenía mucho que perder. Sus ejércitos ya habían ofrecido muchas razones para desatar la furia de los aliados.

La batalla de Normandía no se desarrolló en realidad según lo planeado, pero ni siquiera los críticos de salón pudieron poner en tela de juicio el resultado final, por imperfecto que fuera. También debemos pensar qué habría ocurrido si la extraordinaria iniciativa del Día D hubiera acabado en fracaso; por ejemplo, si la flota de la invasión hubiera zarpado para adentrarse en la gran tormenta de mediados de junio. El mapa de posguerra y la historia de Europa habrían sido efectivamente muy distintos.

Agradecimientos

Dice un viejo chiste que el nombre colectivo que define a los que se dedican a mi profesión es «pillerías de historiadores». Según mi experiencia, esto es absolutamente falso en el caso de los historiadores de la segunda guerra mundial. Verse obligado a pasar largos meses de soledad encerrado en archivos de países extranjeros es muy distinto a poder discutir fuentes y teorías con otros individuos cuyas opiniones y experiencia valoramos. A lo largo de los años la generosa ayuda de colegas y amigos ha sido sumamente reconfortante, además de un placer.

Hace más o menos diez años, cuando seguía obsesionado por el frente oriental, el difunto Martin Blumenson me dijo que lo que debía hacer primero era estudiar la cuestión de Normandía. Él también estaba interesado en hacer un análisis comparativo entre la guerra nazi-soviética y la campaña en el noroeste de Europa. Sir Max Hastings ha sido infinitamente generoso prestándome material y aportando interesantes sugerencias. El profesor Tami Davis Biddle, del US Army War College, me ha proporcionado una información muy útil sobre el papel de la aviación en la guerra, además de numerosos libros, apuntes y fotocopias de documentos. James Hollans también me ha prestado muchos libros y material, fruto de sus propias entrevistas. Sebastian Cox, jefe de la Air Historical Branch del Ministerio de Defensa británico, es uno de los integrantes de mi círculo de amistades aficionadas a entablar durante la sobremesa tertulias en las que se habla de la guerra. Otros muchos historiadores me han ayudado con sus consejos y su material. Entre ellos, Rick Atkinson, el profesor Michael Burleigh, el profesor M. R. D. Foot, el profesor Donald L. Miller, Claude Quézel y Niklas Zetterling.

He tenido la suerte extraordinaria de contar con la asistencia de muchos archiveros mientras investigaba para la preparación de este libro, especialmente el Dr. Tim Nenninger, máximo responsable de los Modern Military Records at the National Archives, College Park, Maryland; el Dr. Conrad Crane, director del US Army Military History Institute en Carlisle, Pensilvania, y su equipo; el personal de los National Archives en Kew; los administradores y el personal del Liddell-Hart Centre for Military Archives; Alain Talón de los Archives Départementales de la Manche; Frau Jana Brabant, del Bundesarchiv-Militärarchiv en Frei-burg-im-Breisgau; y Frau Irina Renz, de la Bibliothek für Zeitgeschichte de Stuttgart. Además de a Sebastian Cox, también estoy profundamente agradecido a Clive Richards, investigador jefe de la Air Force Historical Branch, por su colaboración.

En el National World War II Museum de Nueva Orleans, el Dr. Gordon H. Mueller, Jeremy Collins y Seth Paridon no podrían haberme recibido mejor mientras seguía mi trabajo en los archivos del Eisenhower Center. También quedé grata y profundamente sorprendido por la amabilidad de todo el personal del Memorial de Caen: Stéphane Grimaldi, Stéphane Simonnet, Christophe Prime y Marie-Claude Berthelot, que tanto aguante y tanta paciencia tuvo conmigo durante el tiempo que estuve allí.

Asimismo tengo una deuda contraída con los que con tanta amabilidad me prestaron sus propios diarios y cartas, o los de sus padres. Vaya desde aquí mi agradecimiento a David Christopherson, que me envió el diario de su padre, el coronel Stanley Christopherson; el profesor J. L. Cloudsley-Thompson; James Donald; L. B. Fiévet (sobrino nieto de Raoul Nordling); el general de brigada P. T. F. Gowam, OAM; Toby y Sarah Helm, por permitirme acceder al diario de su padre, el Dr. Bill Helm; el difunto Myles Hildyard; y Charles Quest-Ritson, por proporcionarme la correspondencia de

su padre, el teniente T. T. Ritson, RHA. Otras personas, como Mor-ten Malmo, Miles d'Arcy-Irvine y Philip Windsor-Aubrey, me han dado importantes indicaciones y material complementario, así como William Mortimer Moore, que me hizo llegar su biografía inédita del general Leclerc. La Dra. Lyubov Vinogradova y Michelle Miles me han prestado una valiosa ayuda en las investigaciones, y Angélica von Hase se ha encargado una vez más de comprobar mis traducciones y me ha aportado además un sinfín de útiles detalles.

También en esta ocasión, todo este proyecto ha contado con la gran colaboración de Andrew Nurnberg, mi agente literario durante los últimos veinticinco años, de mi editor Eleo Gordon, de Penguin, y de Leslie Levene, correctora del manuscrito. Pero como siempre, es a mi esposa, Artemis Cooper, a quien estoy más agradecido. Ella se ha encargado de editar, corregir y mejorar el texto de este libro desde el principio hasta el final.

European Theater Historical Interrogation, 1945, USAMHI.

Foreign Military Studies, USAMHI. Archiv des Instituts für Zeitgeschichte, Munich. Informes del comandante militar alemán en Francia, y resumen de los informes de los prefectos franceses, 1940-1944, editados por el Instituto Alemán de Historia de París y el Institut d'Histoire du Temps Présent, revisados por Regina Delacor, Jürgen Finger, Peter Lieb, Vincent Viet y Florent Brayard. International Military Tribunal. Archivos del Imperial War Museum, Londres. Harris Papers, RAF Museum, Hendon. Library of Congress, The Veterans' History Project, Washington DC. Liddell Hart Centre for Military Archives. Archivos del Memorial de Caen, Normandía. Montana Historical Society Archives. National Archives II, College Park, Maryland. National Archives of Canadá/Archives Nationales du Canadá.

National World War II Museum, Archivo del Eisen-hower Center, Nueva Orleans. Office of the Chief of Military History, Forrest Pogue Papers, apuntes de la entrevista a Forrest C. Pogue para *Supreme Command*, actualmente en USAMHI. *The Papers of David Dwight Eisenhower*, vol 111, *The War Years*, Alfred D. Chandler (ed.), Baltimore, MD, 1970. Portal Papers, Christ Church Library, Oxford. Rutgers Oral History Archive.

Service Historique de la Défense, Département de l'Armée de Terre, Vincennes.

Sénior Officers Debriefing Programme, US Army War College. Carlisle, Pensilvania.

Archivos del Second World War Experience Centre, Horsforth, Leeds.

The National Archives (anteriormente Public Record Office), Kew.

USAMHI United States Army Military History Institute, U.S.

Army War College, Carlisle, Pensilvania. WLHUM Wellcome Library for the History and Understanding of

Medicine, Londres. WWII VS World War II Veterans' Survey, USAMHI.

También se han utilizado los siguientes diarios privados:

Lieutenant Colonel Stanley Christopherson, Sherwood Rangers Yeomanry. Lieutenant William Helm, 210 Field Ambulance, 177th Brigade, 59th Infantry. División Captain Myles Hildyard, Intelligence Officer with 7th Armoured

División. Lieutenant TT Ritson, RHA.

1. La decisión

1. Stagg, p. 69.
2. Butcher, Harry C, *Three Years with Eisenhower*, Londres, 1946, p.
3. TNAWO 219/5187.
4. TNAKV 2/3 9-2/42 y 2/63 -2/71.
5. TNAKV2/2098.
6. Luftgau West France, TNA HW 1/2927.
7. TNA HW 8/86.
8. TNA HW 40/6.
9. D'Este, Carlo, *Eisenhower*, Nueva York, 2002, p. 518.
10. Reunión de las 10:00 horas del día 2 de junio, TNA WO 205/12.
11. Entrevista de Cornelius Ryan, Ohio University Library Department of Archives and Special Collections.
12. Alan Brooke, *War Diaries 1939-1945*, Londres, 2001, p. 575.
13. Hart-Davis, Duff (ed.), King's Counsellor, Abdication and War, the Diaries of Sir Alan Lascelles, Londres, 2006, p. 245.
14. LHCMA Liddell Hart 11/1944/11.
15. Moses, Harry, *The Faithful Sixth*, Durham, 1995, p. 270. Debo dar las gracias a Miles d'Arcy-Irvine, a los comandantes Philip Windsor- Aubrey y C. Lawton y a los señores Harry Moses, autor de *The Faithful*

Sixth, y Richard Atkinson, por su estimable colaboración a propósito de este incidente.

16. NA II407/427/24132.
17. Blumenson, Martin, *The Battle of the Generais*, p. 35.
18. General de división Kenner, oficial al mando del equipo médico, SHAEF, OCMH-FPP.
19. Citado en Butcher, p. 525.
20. Reconocimiento de Omaha, general de división L. Scott-Bowden, SWWECT2236.

21. Robert A. Williams, 149th Combat Engineers, NWWHM-EC.
22. Reddish, Arthur, *A Tank Soldier's Story*, publicación privada, p. 21.
23. Hills, Stuart, *By Tank into Normandy*, Londres, 2002, p. 64.
24. LofC.
25. Panter-Downes, Mollie, *hondón War Notes*, Londres, 1971, p. 324.
26. Ernest A. Hilberg, 18th Infantry, 1st División, NWWIIM-EC.
27. Stagg, p. 86.
28. Stagg, p. 88.
29. Stagg, p. 91.
30. Stagg, pp. 97-98.
31. Butcher, 4 de junio, p. 481.
32. Stagg, p. 99.

2. Con la Cruz de Lorena auestas

1. Alanbrooke, 5 de junio, pp. 553-554.
2. Coronel C. H. Bonesteel III, G-3 Plans, 12th Army Group, OCMH-FPP.
3. TNAHW1/12309.
4. CACCHAR 20/136/004.
5. Butcher citando al comandante Thompson, Butcher, 4 de junio, p.
6. Alanbrooke, 4 de junio, p. 553.
7. El primer ministro británico al presidente de los Estados Unidos, 23 de febrero, en respuesta al telegrama n.º 457, TNA PREM 3/472.
8. Citado en Lacouture, Jean, *De Gaulle - The Rebel, 1890-1944*, Nueva York, 1990, p. 511.
9. Tombs, Robert e Isabelle, *That Sweet Enemy*, Londres, 2006, p. 569.
10. El primer ministro británico al presidente de los Estados Unidos, 20 de abril, TNA PREM 3/472.
11. 13 de mayo, (n.º 538) TNA PREM 3/472.
12. Eisenhower y el CFNL, PDDE, p. 1592.
13. SCAF 24, 11 de mayo, TNA PREM 3/345/1.
14. El primer ministro británico al presidente de los Estados Unidos, telegrama n.º 674 de 12 de mayo, TNA PREM 3/472.
15. Misa por Juana de Arco el día 14 de mayo, SHD-DAT 11 P 218.
16. Citado en Hastings, Max, *Overlord*, Londres, 1984, p. 69.
17. El primer ministro británico al presidente de los Estados Unidos, 26 de mayo, n.º 682, TNA PREM 3/472.
18. 13 de mayo, n.º 538, TNA PREM 3/472.
19. Foot, M. R. D., *SOE in France*, Londres, 1966, p. 241.
20. «C» al primer ministro británico, TNA PREM 3/345/1.
21. Diario de Duff Cooper, 2 de junio, Norwich, John Julius (ed.), *The Duff Cooper Diaries*, Londres, 2005, p. 306.
22. TNA PREM 3/345/1.
23. De Gaulle, *Mémoires de Guerre*, vol. ii, pp. 223-224.

24. Citado en Lacouture, pp. 521-522.
25. Bedell Smith a Churchill, 5 de junio, TNA PREM 3/339/6.
26. Stagg, p. 113.
27. Butcher, p. 482.
28. Soldado de primera (*Private First Class*) Cari Cartledge, 501st Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, WWII VS.
29. William True, NWWIIM-EC.
30. Arthur B. «Dutch» Schultz, C Company, 505th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
31. Parker A. Alford, 3rd Battalion, 501st Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.
32. Don Malarkey, E-company, 506th Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, NWWIIM-EC.
33. Edward C. Boccafogli, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
34. Major General S. H. Matheson, First Lieutenant, Regimental Adjutant of the 506th Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, NWWIIM-EC.
35. BA-MA RW 2/V.44, citado en Lieb, p. 132.
36. Soldado de primera (*Private First Class*) Cari Cartledge, 501st Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, USAMHI WWII VS.
37. Edward C. Boccafogli, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
38. Butcher, p. 485.
39. Sherman Oyler, 502nd Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, NWWIIM-EC.
40. Edward J. Jeziorski, 507th Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.
41. Tomaso William Porcella, 3rd Battalion, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
42. El primer ministro británico a Stalin, 14 de abril, TNA PREM 3/472.
43. Stalin a Churchill, 24 de junio de 1943, TNA PREM 3/333/5.
44. Diario de Gusev, AVPRF 59^a/7/pl3/6 p. 357-358.
45. Vishinsky, AVPRF 06/6/p2/d22 p. 147.
46. Churchill a Stalin, 5 de junio, TNA PREM 3/346.

3. *Ojo AL CANAL*

1. «Er solí nur kommen. Warum kommen sie nicht?» Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.
2. Traudl Junge, *Until the Final Tour*, Londres, 2002, p. 79.
3. General de Infantería Blumentritt, interrogatorio de 6 de agosto de 1945, NA II 407/427/24231.
4. Entrevista de Rundstedt con Shulman, octubre de 1945. Shulman, *Defeat in the West*, 1986, Londres, p. 107.
5. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66. «Das Gesicht des Krieges hat sich schwer geändert. Es ist nicht mehr wie in Kino, dass die besten Plätze hinten sind.

Wir sind weiterhin in Bereitschaft und wünschen uns, dass sie bald kommen... Aber ich habe immer noch die Sorge, dass sie überhaupt nicht kommen, sondern uns allein auf dem Luftweg fertigzumachen versuchen»: Tte. Kurt Flume, 1 de junio de 1944, DtbA 270/1.

6. Citado en Speidel, Hans, *We Defended Normandy*, Londres, 1951, p.88.

7. «Wenn er nicht pariert, kann er einfach erschossen werden», *IfZ, NOKW-546, citado en Lieb, Peter*, Konventioneller Krieg oder Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/44, *Munich*, 2007, p. 121.

8. Generaloberst Heinz Guderian, Inspekteur der Panzertruppen, ETHINT 38.

9. General der Infanterie Blumentritt, interrogatorio de 6 de agosto de 1945, NA II407/427/24231.

10. General der Infanterie Blumentritt, interrogatorio de 6 de agosto de 1945, NA II 407/427/24231.

11. Teniente Cyril Rand, 2nd Battalion Royal Ulster Rifles, MdC TE

12. Lieb, p. 106.

13. «Es ist wirklich traurig, wenn man diese Kindergesichter im grauen Rock sieht». Boíl, *Briefe aus dem Krieg 1939-1945*, vol. II, p. 918.

14. Generalleutnant Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.

15. «Eine ängstliche Vorstellung über den Einmarsch sowjetrussischer Heere in Frankreich hervor», BAMA, RH 19 IV/129, 28.12.1943, citado en Lieb, p. 123.

16. IfZ-Archiv, MA-1024, citado en Lieb, p. 120.

17. «Tres diferente des "Heidi-Heidi-Ho" habitués qui résonaient á nos oreilles depuis 1940», Fernand Louvoy, MdeC, TE 38.

18. «Allemands de butin». Madame Richer, Bayeux, MdC TE 223.

19. «Vous allez être libérés... mais nous serons occupés pendant des années et des années». *Ibid.*

20. «Mit dieser División allein müssen Sie die Anglo-Amerikaner in das Meer werfen. Ihr Ziel ist die Küste. Nein, nicht die Küste... es ist das Meer». Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division. ETHINT 66.

21. Generalleutnant Edgar Fuechtinger, 21. Panzer-Division, FMS B-441.

22. Oberstleutnant Keil, FMS C-018.

23. Entrevista realizada por Shulman a Blumentritt, febrero de 1946. Shulman, *Defeat in the West*, p. 60.

24. «Der Feind wird bestimmt gut orientiert sein, denn hier ist es ein leichtes Ding, Spionage zu treiben, zumal alies bestens beschildert ist und ausserdem im allgemeinen die Beziehungen der Soldaten zum zarten Geschlecht sehr eng sind. Ich habe sehr schöne Tage hier verlebt, man muss Paris wirklich einmal gesehen und selbst erlebt haben. Ich bin froh,

dass ich dazu Gelegenheit hatte. Hier in Paris bekommst Du alies». Truppeningenieur, Stab/Pz.Pi.Btl.86, 9. Pz. Div., BfZ-SS.

25. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT

26. Entrevista de Shulman a Von Rundstedt, octubre de 1945. Shulman, p. 110.

27. Speidel, p. 98.

28. Franz Gockel, MdC, TE 500.

29. «Ich habe hier über 4 Kg Butter liegen und würde sie gerne abschicken, wenn ich nur die Gelegenheit dazu hätte»...»Für Führer, Volk und das Grossdeutsche Reich sein Leben gab»: carta del Hauptfeldwebel Helmut Lichtenfelds, Folder Newbold, Stefan, DDEL.

30. Diario de André Hientz, MdC, TE 32 (1-4).

31. «Mache Dir keine grossen Sorgen, wenn ich in nächster Zeit vielleicht weniger schreiben kann oder im Einsatz bin. So oft es geht, werde ich Dir schon wieder schreiben, auch wenn es wieder einmal heiss hergehen sollte. Es ist ja nicht ausgeschlossen, dass jetzt einmal der grosse Schlag gegen unser geliebtes Vaterland geführt wird, von dem unsere Feinde schon so lange schwärmen. Dass wir aber standhalter werden, darauf kannst Du Dich verlassen». Uffz. Leopold L., 5. Kp./Pz. Rgt 3, 2. Pz. Div., BfZ-SS.

32. Admiral Friedrich Ruge, Admiral bei der Heeresgruppe B, FMS, A-982; y Oberstleutnant Keil, FMS C-018.

33. Meyer, Hubert, *The 12 th SS. The History of the Hitler Youth Panzer Division*, vol. I, Mechanicsburg, Pensilvania, 2005, p. 87.

34. General Mahlmann, 353.^a División de Infantería FMSA-983.

35. Alfred Weisskopf, AdM 2 J 965.

36. Teniente coronel Fritz Ziegelmann, 352.^a División de Infantería FMS B-021.

37. Alarmstufe II. Generalleutnant Bodo Zimmermann, OB West, FMS B-308.

38. Ruge, FMS, B-282. '

4. Aislamiento de la zona de invasión

1. Cálculos de la DOE sobre la Resistencia: Mackenzie, William, *The Secret History of SOE. Special Operations Executive 1940-1945*, Londres, 2000, p. 602.

2. SHD-DAT 13 P 33.

3. Resistencia en el Orne, ADdC 9W4/2.

4. Recogida de información por la Resistencia, diario de André Hientz, MdC, TE 32 (1-4).

5. Cuartel general del 1.^{er} Ejército norteamericano, 10 de marzo, NA II 407/427/24368/595.

6. Foot, M. R. D., pp. 400-407.

7. «Uns wird hier in der Invasionsschlacht gehen genau so wie in Nordafrika. Die Verkehrswege werden zerstört sein und nichts wird über den Rhein herüberkommen, wie nichts über das Mittelmeer gekommen ist». Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.

8. Harris, carta de 24 de marzo al mariscal de la RAF, sir Charles Portal, jefe superior del Estado Mayor del Aire, HP, Fóldeo H83.

9. Biddle, Tami Davis, «Bombing by the Square Yard: Sir Arthur Harris at War, 1942-1945», *The International History Review*, xxi. 3, septiembre de 1999, pp.569-852.

10. TNAPREM 3/4727.

11. TNA PREM 3/4727.

12. Coronel C. H. Bonesteel III, G-3 Plans 12th Army Group, OCMH-FPP.

13. Teniente coronel de aviación Scarman, asistente de Tedder, OCMH-FPP.

14. Mariscal de la RAF lord Portal, OCMH-FPP.

15. Mariscal del aire sir James Robb, jefe del Estado Mayor (Aviación) de Eisenhower, OCMH-FPP.

16. «Petit sphynx insolent aux messages baroques dont dépendait le destin de la France...», Anónimo, MdC TE 83.

17. SHD-DAT 13 P 33.

5. El ataque de las fuerzas aerotransportadas

1. Howarth, David, *Datun o/D-Day*, Londres, 1959, p. 13.

2. Johnson, Garry y Dunphie, Christopher, *Brightly Shone the Dawn*, Londres, 1980, p. 36.

3. Private Tappenden, NWWIIM-EC.

4. Generalleutnant Joseph Reichert, 711 Infanterie-Division, FMS B-403.

5. Lieb, p. 173.

6. Neville Smith, 9th Battalion Parachute Regiment, MdC / TE 134.

7. Howarth, p. 61.

8. Howarth, *Dawn of D-Day*, p. 56.

9. Relato del general de brigada Hill, *Independent on Sunday*, 6 de junio de 2004.

10. Zuehlke, Mark, *Beach*, Vancouver, 2005, p. 129.

11. NA II 407/427/24170.

12. Legrand Johnson, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

13. Lieutenant John R. Blackburn, Sky Control officer, USS Quincey, NWWIIM-EC.

14. Roger L. Algood, C-47 pilot, Troop Carrier Squadron USAAC, NWWIIM-EC.

15. Richard H. Denison, 437th Troop Carrier Group, NWWIIM-EC.

16. NA II 407/427/24137.

17. Lieutenant John R. Blackburn, Sky Control officer, USS Quincey, NWWIIM-EC.

18. Major Leland A. Baker, 502nd Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

19. Die USA-Fallschirmtruppen sind mitten in unseren Stellungen ab- gesprungen. Das war eine Nacht. O'Geir. Hans S., 9. Kp. / Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div., BfZ-SS.

20. Sherman Oyler, 502nd Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

21. Parker A. Alford, 26th Field Artillery, 9th Infantry Division (con el 501.º Regimiento de Infantería Paracaidista), 101st Airborne (como oficial de observación de la artillería naval), NWWIIM-EC.

22. John Fitzgerald, 502nd Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

23. Captain R. H. Brown, 506th Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne, NA II 407/427/24242.

24. Fred C. Pathelger, 502nd Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

25. Charles Courneotes Kanaras, 507th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne Division, NWWIIM-EC.

26. Frank McKee, 82nd Airborne Division, NWWIIM-EC.

27. Charles Courneotes Kanaras, 507th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne Division, NWWIIM-EC.

28. Rainer Hartmetz, NWWIIM-EC.

29. Ken Cordry, 502nd Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

30. Don Malarkey, E-company, 506th Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

31. William Oatman, 506th Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

32. William M. Sawyer, 508th Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

33. Lieutenant Eugen Brierre, 501st Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne Division, NWWIIM-EC.

34. Briand North Beaudin, medical officer, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne

División, NWWIIM-EC.

35. Sherman Oyler, 502nd Parachute Infantry División, 101st Air borne División, NWWIIM-EC.

36. Parker A. Alford, (en) 501st Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

37. Rainer Hartmetz, NWWIIM-EC.

38. Don Malarkey, E-company, 506th Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne División, NWWIIM-EC.

39. John Fitzgerald, 502nd Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

40. John Fitzgerald, 502nd Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.

41. «[Tags darauf] kamen die Lastensegler wie ein Rabenschwarm, und dann ging der Krieg richtig los», O'Gefr. Hans, S., 9.Kp./Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf.-Div., BfZ-SS.

42. Charles E. Skidmore, Jr., 439th Troop Carrier, 91st Troop Carrier Squadron, NWWIIM-EC.

43. Pfc Cari Cartledge, 501st Parachute Infantry Regiment, 101st Airborne, USAMHIWWII VS.

44. Leigh-Mallory, carta de fecha 7 de junio, citado en D'Este, Cario, *Eisenhower*, p. 530.

6. La Armada cruza

1. La Royal Navy en la Operación Neptuno, Naval Plan TNA ADM 1/16259.

2. Gaitero Bill Millin, SWWEC, T654/666.

3. «A-hunting We Will Go», ADE Curtís, R Forcé, SWWEC 2000.384. «La Marsellesa», Dr. Ian Campbell RAMC 2 nd Field Dressing Station, SWWEC 2000.477.

4. Almirante G. B. Middleton, HMS *Ramil/ies*, carta de 12 de junio, IWM 01/2/1.

5. Bramall, Edwin, «D-Day Plus One», en *More Tales from the Travelers*, Oxford, 2005, p. 147.

6. Rev. P. Symes. 4th CLY, SWWEC, T563.

7. Reddish, Arthur, *A Tank Soldier's Story*, edición privada, p. 21.

8. VCorps, NA II RG 407/427/24235.

9. Operación Taxable y otros planes de diversión, TNA ADM 179/410.

10. Ronald Seaborne, Royal Navy Forward Observer, 50th División, NWWIIM-EC.

11. Osear Rich, 5th Field Artillery Battalion, 1st Infantry División, NWWIIM-EC.

12. Library of Congress Veterans' History Project, LofC.

13. Botsford, Gardner, *A Life of Privilege, Mostly*, Nueva York, 2003, p.21.

14. Everett P. Schultheis, 467th Anti-aircraft Artillery, NWWIIM-EC.

15. Baumgarten, Harold, *Eyewitness in Omaha Beach*, Jacksonville, Fla., 1994, p. 7.

16. K. G. Oakley, Royal Naval Beach Commando, Sword Beach, IWM 96/22/1.

17. Cyrus C. Aydlott, US Coast Guard, Utah. A bordo del USS *Bay-field*. NWWIIM-EC.

18. U. S. S. *Shubrick* Edgard T. Duffy, US Navy, NWWIIM-EC.

19. William F. Rellstab, Jr., 388th Bomber Group, 562nd Squadron, NWWIIM-EC.

20. Scott, Desmond, *Typhoon Pilot*, Londres, 1982, p. 99.

21. RAF-MoD.

22. Diario de Weldon J. Alien, piloto del 387.º Grupo Bombardero, NWWIIM-EC.

23. Theodor G. Aufort, 16th Infantry regiment 1st Infantry División, NWWIIM-EC.

24. Sgt. Harry C. Bare 116th Infantry 29th Infantry División, NWWIIM-EC.

25. Major George Young, Green Howards, SWWEC T2452.
26. Ludovic Kennedy, SWWEC T320.
27. Vincent Schlotterbeck, NWWIIM-EC.
28. Cyrus C. Aydlett, US Coast Guard, Utah, a bordo del USS *Bay-field*, NWWIIM-EC.
29. Lieutenant J. G. Pelly, IWM 91/15/1.
30. John Raaen, 5th Battalion, Rangers, NWWIIM-EC.
31. Seekommandant Normandle, Auszug aus dem Fernsprechemelde- buch der 352.1. D., Küstenverteidigungsabschnitt Bayeux, FMS, B-388.
32. Jean-Louis Salmón, MdC TE 213.
33. Generalleutnant Joseph Relchert, 711. a División de Infantería, FMS B-403.
34. Admiral G. B. Middleton, HMS *Ramillies*, carta de 12 de junio, IWM 01/2/1.
35. Anthony Drexel Duke, NWWIIM EC.
36. Kenneth Romanski, 16th Infantry Regiment, 1st Infantry Divl slón, NWWIIM-EC.
37. Major Dallas, 1st Battalion, 116th Infantry, 29th Infantry Divl slón, NAII 407/427/24034.
38. Lieutenant Francis W. Dawson, 5th Ranger Battalion, NWWIIM-EC.
39. Alfred F. Blrre, 237th Engineers, 4th Infantry División, Folder Blrre, Alfred, DDEL.
40. John Raaen, 5th Battalion, Rangers, NWWIIM-EC.
41. Ludovic Kennedy, SWWEC T320.
42. Robert L. Bogart, Staff Sergeant, 1st División, NWWIIM-EC.
43. Scannell, Vernon, *Argument of Kinas*, Londres, 1987, p. 145.
44. Kenneth Romanski, 16th Infantry Regiment, 1st Infantry Divl slón, NWWIIM-EC.
45. Ronald Seabome, Royal Navy Forward Observer, 50th División, NWWIIM-EC.
46. Diarlo de Stanley Christopherson.
47. Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, dlary, SWWEC T501.
48. 352. Infanterie-Division, anotación de 6 de junio, Sector Bayeux, FMS, B-388.
49. David Howarth, p. 185.
50. Conversación con M. R. D. Foot.
51. Combat Team 16th Infantry, NA II 407/427/5927.
52. PDDE 1588-9.

7. Omaha

1. V Corps, NA II RG 407/427/24235.
2. Para Gerow y la planificación de la Operación Omaha, véase espe cialmente Lewis, Adrián R., *Omaha Beach -A Flawed Victory*, Carolina del Norte, 2001.
3. Butcher, p. 453.
4. LHCMA Liddell Hart 11/1944/7.
5. Major General L. Scott-Bowden, SWWEC T2236.
6. Para los tanques DD del 741.º y el 743.º Batallón de Tanques, véan se NA II 407/427/34235, y Dean Rockwell, US Navy, NWWIIM-EC.
7. LHCMA Liddell Hart 11/1944/37.
8. Lewis, Adrián R., pp. 307-318.
9. Lewis, Adrián R., *Omaha Beach -A Flawed Victory*, Carolina del Norte, 2001, pp. 184-190.

10. NAI 407/427/5927.
11. ADdC6W4.
12. Michel Hardelay, MdC TE 59.
13. «Die Invasionsflotte war wie eine riesige Stadt mit Hochhäusern aus dem Meer am Horizont aufgetaucht... ungeheuerlich!» «Es war wie ein Erdbeben». Obergefreiter Alfred Sturm, 9. Kap., 2.º Batallón, 726.º Regimiento de Infantería, 716.ª División de Infantería, MdC TE 805.
14. Franz Gockel, MdC TE 500.
15. 352.ª División de Infantería, anotación del 6 de junio, Sector de Bayeux, FMS B-388.
16. Zetterling, Niklas, Normandy 1944, Germán Military Organization, Combat Power and Organizational Effectiveness, *Winnipeg, 2000, pp. 277-279 y 297-299.*
17. Para las disposiciones tomadas por Kraiss y un excelente resumen, véase Balkoski, Joseph, *Beyond the Beachhead*, Mechanicsburg, PA, 1999, pp. 73-78.
18. Sgt. Harry C. Bare, 116th Infantry, 29th Infantry División NWWIIM-EC.
19. Captain Joseph T. Dawson NA II 407/27/24011.
20. Edwin J. Best, First Lieutenant. 6th Engineer Special Brigade NWWIIM-EC.
21. John C. Raaen Jr, 5th Rangers, USAMHIWWII VS.
22. Robert E. Adams, U. S. COSAT Guard LCPV # 22, U. S. S. *Samuel Chase* NWWIIM-EC.
23. J. Robert Slaughter, 116th Infantry, 29th División, MdC TE 231, y además Baumgarten, Harold, *Eyewitness on Omaha Beach*, Jacksonville, Fla., 1994, p. 15.
24. Lieutenant (MC) Alfred A. Schiller USN, CWM/MGG 58A
25. 2nd Lieutenant Donald S. Newbury, NA II RG 407/427/24242.
26. E. Adams, U. S. COSAT Guard LCPV # 22, U. S. S. *Samuel Chase*, NWWIIM-EC.
27. Pozek, 116th Regiment, 29th División, NWWIIM-EC.
28. J. Robert Slaughter, 116th Infantry, 29th División, MdC TE 231.
29. William Huch, Folder Huch, William, DDEL.
30. Harold Baumgarten, 1st Battalion, 116th Infantry, 29th Infantry División, NWWIIM-EC.
31. Private Elmer E. Matekintis, 116th Infantry, 1st División, NA II 407/427/24242.
32. Harry Parley, 2nd Battalion, 116th Regiment, 29th División, NWWIIM-EC.
33. J. Robert Slaughter, 116th Infantry, 29th División, MdC TE 231.
34. V Corps, NA II 407/427/24235.
35. Staff Sergeant Robert L. Bogart, 1st División NWWIIM-EC.
36. William M. Jenkins, U. S. Navy Reserve, Navy Combat Demolition Unit 3 47, MdC TE 438.
37. William Huch, Company E, 116th Infantry Regiment, 1st Infantry División, Folder Huch, William, DDEL.
38. Lieutenant P. W. J. Mallory, 121st Combat Engineer Battalion NA II RG 407/427/24242.
39. 2nd Lieutenant John T. Czuba, 116th Infantry, NA II 407/427/24242.
40. Alan Anderson, 467th Anti-aircraft Battalion, NWWIIM-EC.
41. Robert V. Miller, US Navy NWWIIM-EC.
42. 116th Infantry, 29th Infantry División, NA II 407/427/24241.
43. Lieutenant Ed R. McNabb Jr., H Company, 116th Infantry, 29th División, NA II 407/427/24242.
44. NA II 407/427/24034.
45. John Raaen, 5th Battalion Rangers, NWWIIM-EC.
46. Captain C. N. Hall, assistant surgeon, 16th Infantry, 1st División, NA II 407/427/24242.

47. Andrew A. Fellner, 112th Combat Engineers, Easy Red, NWWIIM-EC.
48. NA II 407/427/24034.
49. Private Elmer E. Matekintis, 16th Infantry, 1st División, NA II 407/427/24242.
50. V Corps, NA II 407/427/24235.
51. 11th Field Artillery Battalion, NA II 407/427/24034.
52. Las horas han sido tomadas del registro que llevaba el comandante Thomas D. Howle, RCT 116 S-3, NA II 407/427/24151.
53. NA II 407/427/4034.
54. J. Robert Slaughter, 116th Infantry, 29th División, MdC TE 231.
55. Captain C. N. Hall, assistant surgeon, 16th Infantry, 1st División, NA II 407/427/24242.
56. After Action report, Headquarters Company 16th Infantry, NA 407/427/24011; confirmado por Major General Albert H. Smith, Jr., USA 16th Infantry Regiment, 1st Infantry División, NWWIIM-EC.
57. 352.^a División de Infantería al jefe del Estado Mayor del Cuerpo LXXXIV, diario de 6 de junio, FMS, B-388.
58. Harrison, Gordon A., *The United States Army in World War II - Cross-Channel Attack*, Washington D. C, 1951, p. 320 y pp. 330-331.
59. 11.10 de la mañana del 6 de junio, diario de la 352.^a División de Infantería, Sector de Bayeux FMS, B-388.
60. Pfc Harold F. Plank, 2nd Rangers, USAMHIWWII VS.
61. «Bei Pointe du Hoc hat der Feind die Steilküste (mit Strickleitern, die aus Geschossen herausfielen) erklommen. Der Kampf ist vom Stützpunkt aufgenommen». Auszug aus dem Fernsprechemeldebuch der 352. I. D., FMS B-388.
62. NA II 407/427/24034.
63. NA II RG 407/427/24235.
64. Franz Gockel, MdC TE 500 y NA II 407/427/24034.
65. V Corps, NA II 407/427/24235.
66. C Company, 1st Battalion, 116th Infantry, NA II 407/427/24034.
67. Captain Berthie B. Hawks, C Company, 1st Battalion, 116th Infantry, 29th División, NA II 407/427/24242.
68. NA II 407/427/24034.
69. 2nd Lieutenant George Athanasakos, 2nd Battalion, 116th Infantry, NA II 407/427/24242.
70. NA II 407/427/24034.
71. NA II 407/427/24241.
72. NA II 07/427/24034.
73. Cita de Harrison, Gordon A., *Cross-Channel Attack*, Washington D. C, 1950.
74. Barnett Hoffner, 6th Engineer Special Brigade, NWWIIM-EC.
75. Harrison, *op. cit.*, p. 322.
76. «Die Überlebenden der Widerstandsnester wurden nach der Einnahme bis auf 66 Gefangene, davon die Hälfte verwundet, brutal, entgegen der Genfer Konvention, exekutiert!» Obergefreiter Alfred Sturm, 9. Kp., II Battalion, 726. Inf. Rgt., 716. ID, MdC TE 805.
77. Bradley Holbrook, NWWIIM-EC
78. Pfc. Charles M. Bulap. 2nd Ranger Battalion, NA II 407/427/24241.
79. John C. Raaen Jr., 5th Rangers, USAMHI, WWII VS.

80. Nicholas Butrico, 5th Ranger Battalion, NWWIIM-EC.
81. NA II 407/427/24235.
82. Gale B. Beccue, 5th Ranger Battalion NWWIIM-EC.
83. Brugger, 16th Infantry, 1st Infantry División, NWWIIM-EC.
84. NA II 407/427/24034.
85. NA II 407/427/24034.
86. Herbert Zafft, 29th infantry División, NWWIIM-EC.
87. Colin H. McLaurin, 115th Infantry Regiment, 29th Infantry División, NWWIIM-EC.
88. NA II 407/427/24034.
89. Diario de Howie, NA II 407/427/24151.
90. NA II 407/427/24034.
91. NA II 407/427/24235.
92. «Verwundete können nicht mehr zurückgeschafft werden». Auszug aus dem Fernsprechmeldebuch der 352. I. D., 17:10 horas, FMS, B-388.
93. Carta del capitán Fred Gercke, 27 de junio, NARA 407/427/24011.
94. Roy Arnn, del 146.º Batallón de Ingenieros de Combate adjunto a la 1.^a División de Infantería, NWWIIM-EC.
95. Captain Benjamín A. Payson, 60th Medical Battalion, MdC TE
96. Treatment Omaha, Lleutenant (MC) Alfred A. Schiller USN, CWM/MCG 58A.
97. Frank Fedulk, pharmacist LST, NWWIIM-EC.
98. Vincent J. del Giudice, pharmacist, USS *Bayfield*, NWWIIM-EC
99. NA II 407/427/24235.
100. NA II 407/427/24034.
101. Pogue, Forrest C, *Pogue's War*, Lexington, Kentucky, 2001, p. 83
102. George Roach, Company A, 116th Infantry, 29th División, NWWIIM-EC.

8. Utah y las fuerzas aerotransportadas

1. Ralner Hartmetz, NWWIIM-EC.
2. Generalleutnant Karl-Wilhelm Graf Von Schlieben, 709 Infanterie-Division, FMS B-845.
3. «Es ist nicht nötig», Montebourg, Fernand Louvoy, MdC TE 38.
4. Brigadier General David E. Thomas, NWWIIM-EC.
5. Brland N. Beaudin, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
6. NA II 407/427/24206.
7. Howard van der Beek, U. S. S. LCC 60a, NWWIIM-EC.
8. NA II 407/427/24204.
9. NA II 407/427/24242.
10. Folder Blrre, Alfred F. Papers.
11. NA II 407/427/24240.
12. John Capell, 8th Infantry, 4th Infantry División, NWWIIM-EC.
13. NA II 407/427/24242.
14. DanièleHóflerMdC/TE71.

15. R. L. Delashaw, 405th Fighter Group, USAAC, NWWIIM-EC.
16. John L. Ahearn, 70th Tank Battallon, NWWIIM-EC.
17. 20th Field Artillery, 4th Infantry División, Alfred Donald Allred, Staff Sergeant, NWWIIM-EC.
18. William E. Jones, 4th Infantry División, NWWIIM-EC.
19. Captaln Carroll W. Wrlght, 33rd Chemical Company, NWWIIM-EC.
20. John A. Beck, 87th Chemical Mortar Battalion, 4th Infantry División, NWWIIM-EC.
21. Lieutenant John A. Le Trent, 8th Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24242.
22. R. R. Hughart, 2nd Battalion, 505th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
23. 325th Glider Infantry Regiment, NA II 407/427/24206.
24. Heinz Puschmann, 6.º Regimiento Paracaidista, relato personal de los hechos.
25. «Comme au cinema», «Ces aviateurs amis nous confortent dans l'idée que les Alliés ne bombardent pas a l'aveuglette les objectifs où des civils courent des risques», Jean Roger, Saint-Ló, MdC TE 316.
26. «Fenêtres et portes volent a travers la pièce, l'horloge tombe de tout son long, les tables les chaises dansent un ballet», «la nuit du grand cauchemar», «en pleine apocalypse», MdC, TE 285.
27. Michéle Chapron, MdC TE 278.

9. *GoldyJuno*

1. «C'est le débarquement?». Diario de André Heintz, MdC/TE 32 (1-4).
2. «Vous croyez que c'est 9a?» «Oh, pas par ici!» «Les pauvres gens des cotes, qu'est-ce qu'ils doivent prendre!» «Vous en faites pas, ils seront la ce soir. Chez les frises c'est la panique!» MdC TE 149.
3. «Oui, c'est bien le débarquement». Marianne Daure, MdC/ TE 48.
4. Marcel Ehly, panadero, MdC TE 11.
5. Madeleine Betts-Quintaine, MdC TE 25.
6. «Ils débarquent! La mer est noire de bateaux! Les boches son foutus!» Marianne Daure, MdC/TE 48.
7. Nadine Speck, MdC/TE 2.
8. Speidel, FMS B-718
9. FMSB-284.
10. Major George Young, Green Howards SWWEC T2452.
11. Clifford H. Sinnett, USNR, LST 530, NWWIIM-EC.
12. Diario de S. D. Christopherson.
13. Zuehlke, Mark, *wwó Beach. Cañadas D-Day Victory, June 6, 1944*, Toronto, 2005, pp. 31-32.
14. «Operación Tirar por la Borda», Zuehlke, p. 84.
15. Diario de Tony Hugill, CAC HUGL 1.
16. NA II 407/427/24200.
17. Sergeant Hill Hudson, A Troop, 48 Royal Marine Commando, MdC TE 84, y Zuehlke, *Mz.rk, Juno Beach*, Toronto, 2004, p. 202.

18. NAI 407/427/24200 y Zuehlke, p. 219.

19. «Mais que voulez-vous? C'est la guerre et nous n'avons pas de chaussures». Louise Hamelin, MdC TE 222.

20. J. Kyle, SWWEC T 1094.

21. Interceptación de Ultra transmitida por «C», jefe del M16, a Churchill el 11 de junio. 3. Luftflotte, TNA HW 1/2927.

IO. SWORD

Diario de Tony Hugill, CAC HUGL 1.

Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC.

N. G. Marshall, H Troop armoured support group with 41st RM Commando, SWWEC 2000.47.

MdC, TE 164, Lieutenant Ken Baxter, 2nd Battalion Middlesex Regiment, 3rd Infantry Division.

John y Jacqueline Thornton, NWWIIM-EC.

Diario de Tony Higill, CAC HUGL 1.

Lieutenant Cyril Rand, 2nd Battalion Royal Ulster Rifles, MdC TE 499.

Lionel Roebuck, 2nd Battalion East Yorkshire Regiment, MdC TE 199.

SWWEC T654/666 y K. G. Oakley, IWM 96/22/1.

SWWEC T654/666.

TNA DEFE 2/43 y Philip Biggerton Pritchard, *Soldiering in the British Forces in World Warll*, edición privada, sin fecha.

Harry Nomburg, NWWIIM-EC, y Meter Masters, NWWIIM-EC

MdC/TE131.

Carta de Otto Günsche, 2 de octubre de 1981, citada en Meyer, Hubert, *The 12th SS - TheHistory ofthe HitlerjugendPanzerDivisión*, vol. I, Mechanicsburg, PA, 2005, p. 97.

Shulman, Milton, *Defeat in the West*, pp. 118-119.

Louise Moulin, MdC TE 350.

General de división Wilhelm Richter, 716.^a División de Infantería, FMS, B-621.

Registro de llamadas telefónicas capturado en el mes de agosto por la 1.^a División Acorazada Polaca, NA II 407/427/6431.

Generalleutnant Bodo Zimmermann, OB West, FMS B-308.

NA II 407/427/24170.

Current Reports from Overseas, N° 56, NA II 407/427/24170.

Ibíd.

André Heintz, diario, MdC, TE 32 (1-4).

Dr. Robert Chaperon, MdC, TE 42.

MdC, TE 283.

«On apperçoit les ombres des vaches affolés, qui passent en courant devant les flammes; c'est un spectacle hallucinant.» Félix Drougard, MdC, TE 3.

«Si seulement j'étais un peu moins gros», MdC, TE 149.

MdC, TE 149

MdC TE 193.

«Magnifique attitude des médecins de la ville de Caen, qui se sont devoués sans compter...»,

informe del SIPEG (Service Interministeriel de Protection contre les Evénements de Guerre), 10 de junio, AN AJ/41/56.

Jean-Baptiste Pierre (Surveillant-Chef Adjoint de la Maison d'arrêt de Caen), MdC TE 521.

«Oh non! Non! Ma femme, mes enfants... mes enfants!»;»blème et évidemment terrifiée»; madame Blanche Néel, MdC TE 201.

«Avec une frénésie bestiale, les bombes éventraient les entrailles de la ville sans pitié». Nadine Speck, MdC, TE 2.

«Bombardement inutile autant que criminel.» Max Maurin, MdC Te 77 (2).

Seiscientos muertos el 6 de junio y doscientos más el 7. CRHCX

«La ville est en flammes et paraît complètement abandonnée par ses habitants.» Informe del SIPEG de 10 de junio de 1944, AN AJ/41/56.

«Presque détruite»... «tous les gendarmes tués ou blessés», informe del 9 de junio del Secours National, AN AJ/41/56.

Panther-Downes, Mollie, *London War Notes*, Londres, 1971, p. 328

Alanbrooke, 6 de junio, p. 555.

Véase D'Este, Carlo, *Decisión in Normandy*, Nueva York, 1983.

Lieutenant Cyril Rand, 2nd Battalion Royal Ulster Rifles, MdC TE 499.

NA II407/427/24170.

Registro de llamadas telefónicas del 7.º Ejército, NA II 407/427/6431.

«Er war immer noch davon überzeugt, die Landtruppen wieder zurück werfen zu können».

Below, Nicolaus von, *Ais Hitlers Adjutant, 1937-1945*, Maguncia, 1980, p. 374.

Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-División, ETHINT

«Was ist aus unserer stolzen Luftwaffe geworden?... Wie läuft der Angriffs der 21. Panzer-Division?... Warum ist die Panzer-Lehr-Division und die 12. SS angehalten worden?... Unsinn! Sie kommen natürlich jetzt zu spät, aber wir müssen sie sofort freibekommen.» BA-MA, MSg2/5025.

11. Se aseguran las cabezas de playa

1. NA II 407/427/24034.

2. 29th Infantry División USAMHIWWII VS.

3. Oberstleutnant Ziegelmann, 352. Infanterie-Division, FMS, B-489.

4. MP Sergeant Melvin Asche, 1006th Seabee Detachment, MdC TE 126.

5. «Ils nous virent, les premiers jours, d'un assez mauvais oeil.» Mme. Huet-Patry, Vierville-sur-Mer, MdC TE 22.

6. Barnett Hoffner, 6th Engineer Special Brigade, NWWIIM-EC.

7. Pogue, Forrest C, *Pogue's War*, p. 63.

8. Walter Vollrath Jr., USN, NWWIIM -EC.

9. Elmer H. Vermeer, 2nd Engineer Battalion, 2nd Infantry División, 2nd Ranger Battalion, NWWIIM-EC; Lieutenant Francis W. Dawson, 5th Ranger Battalion NWWIIM-EC; Lieutenant Rex F. Gibson, Head- quarters company, 116th Infantry, 29th División, NA II RG 407 II, RG 407/427/24242.

10. NARA 407/427/24034.

11. Brugger, 16th Infantry, 1st Infantry División, NWWIIM-EC.

12. Osear Rich, 5th Field Artillery Battalion, 1st Infantry División, NWWIIM-EC.

13. W. G. Schuler, 382nd Air service Squadron, 84th Group, NWWIIM-EC.
14. Louise Anthony de Flon, 816th Medical Air Evacuation, MdC TE 177.
15. Balkoski, *Beyond the Beachhead*, pp. 44-50.
16. John Hooper, 115th Infantry Regiment, 29th División, NWWIIM-EC.
17. Coronel Ziegelmann, 352^a División de Infantería, FMS, B-489 y B-636.
18. «Der Führer persönlich aber rechnete noch bis Anfang August mit einer zweiten Invasion über den Kanal gegen die 15. Armee.» General Günther Blumentritt, OB West, FMS B-637.
19. Lieutenant Cameron K. Brooks, 115th Infantry, 29th División, NA II 407/427/24242.
20. NA II 407/427/24240, Captain S. S. Suntag, USth Infantry, NA II 407/247/24242.
21. NA II 407/427/24240.
22. Captain Otto Graas, Headquarters Company, 29th División, NA II 407/427/24241.
23. Staff Sergeant Lester Zick, Anti-tank Company, 175th Infantry Regiment, 29th División, NWWIIM-EC.
24. Lieutenant George Wash, 224th Field Artillery Battalion, 29th Infantry División, NA II RG 407/427/24242.
25. Staff Sergeant Lester Zick, Anti-tank Company, 175th Infantry Regiment, 29* División, NWWIIM-EC.
26. Edwin R. Schwartz, 747th Tank Battalion, NWWIIM-EC; Staff Sergeant Lester Zick, Anti-Tank Company, 175th Infantry Regiment, 29th División, NWWIIM-EC; Balkoski, 170-174. Lieutenant George Wash, 224th Field Artillery Battalion, 29th Infantry División, NA II 407/427/24242.
27. FMSB-845.
28. Captain Claude J. Mercer, 29th Field Artillery Battalion, 4th Infantry División, NA II 407/427/24242.
29. Montebourg, Louis Lucet, MdC, TE 107; Valognes, MdC / TE 111.
30. Captain LeGrand K. Johnson, 502nd Parachute Infantry Regiment, NA II 407/427/24e242.
31. Lieutenant George W. Goodridge, 44th Field Artillery Battalion, 4th División, NA II 407/427/24240.
32. Captain Claude J. Mercer, 29th Field Artillery Battalion, 4th Infantry División, NA II 407/427/24242.
33. Sergeant W. C. Cowards, 22nd Infantry, 4th División, NA II 407/427/24242.
34. Captain Robert E. Walter, 19th Infantry División, USAMHI WWII VS; Pfc. Robert Boyce, 502nd Parachute Infantry Regiment, USAMHI WWII VS.
35. Barnett Hoffner, 6th Engineer Special Brigade, NWWIIM-EC.
36. Captain Elmer G. Koehler, Battalion Surgeon, 12th Infantry, 4th Infantry División, NARA 407/427/24242.
37. Tomaso William Porcella, 3rd Battalion, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División; Kenneth J. Merritt, 508th Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC.
38. Edward C. Boccafogli, 508th Parachute Infantry Regiment, 82nd Airborne División, NWWIIM-EC.
39. Hastings, Max, *Overlord*, Londres, 1989, p. 154.
40. Pogue, *Pogues's War*, pp. 111-112.
41. Perrigault, Jean-Claude, y Melster, Rolf, *Götz von Berlichingen - Normandie*, Bayeux, 2005, p. 77.
42. «Nun, wir wissen ja nicht, was uns noch alles bevorsteht. Könnte Euch viel Neues schreiben, aber es ist besser, ich schweige. Bis Euch diese Zellen erreichen, werdet Ihr auch schon mehr wissen.

Dass es so koramen musste, das hat man ja schon lange gewusst. Vielleicht benelden wlr noch jene, die schon gestorben sind.» SS-Mann Johann H., 36 380 D = 3. Kp./ SS-P1. Btl. 17, 17. SS-Pz.Gren. Div., 8 de junio, BfZ-SS.

43. «Zurück! Da vorn Ist alies verloren. Der Aml kommt gleich hlnter mir.» Perrigault y Melster, p. 203.

44. «Weil unser Bereltstellungsraum berelts besetzt Ist... aber vom Gegner». ídem.

45. Generalleutnant Richard Schlmpf, 3. Fallschlrnjäger División,

51. «Anbahnung einer kommunistischen Revolution»: IMT, vol. xxxvii, citado en Lieb, p. 364.

52. Para estas y otras matanzas, véanse Lieb, pp. 374-375, y AN AJ/41/56; según cierto informe, fueron ahorcadas 108 personas en Tulle, AN AJ/41/56; Oradour, Foot, M. R. D., *SOE in France*, pp. 398-399.

53. «Régions où sévira la hideuse guerre civile»... «des représailles tres rudes»...,AN AJ/41/56.

54. T/Sgt. Donald J. Walworth, 3rd Battalion, 26th Infantry, 1st Di visión NA II 407/2427/24242.

55. Harrison, p. 370.

56. Oberstleutnant Keil, FMS C-018.

57. «Kampfweise der Amerikaner hinterhältig und verschlagen... Kampfgeist schlecht...»: Perrigault y Meister, p. 245.

58. «Mittelschwere Verluste»: Perrigault y Meister, p. 247.

59. Heydte, FMS B-839, y Perrigault y Meister, p. 248.

12. Fracaso en Caen

1. Generalmajor Wilhelm Richter, 716. Infanterie-Division, FMS, B-621.

2. NA II407/427/24200.

3. TNAWO 208/4363.

4. Generalmajor Wilhelm Richter, 716. Infanterie-Division, FMS, B-621.

5. Entrevista mantenida por Shulman y Feuchtinger, agosto de 1945, Shulman, p. 121.

6. Geyrvon Schweppenburg, FMS B-466.

7. Generalmajor Fritz Kramer, 1. SS Panzerkorps, FMS C-024..

8. Alastair Bannerman, 2nd Battalion Royal Warwicks, SWWEC 2001-819.

9. Raymond Pouchin, MdC TE 86.

10. Cyril Rand, Lieutenant, 2nd Battalion Royal Ulster Rifles, MdC TE 499.

11. Ibíd.

12. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.

13. Douglas Keith, *The Complete Poems*, Londres, 2000, p. 117.

14. Hills, Stuart, *By Tank into Normandy*, Londres, 2002, p. 54.

15. Geyrvon Schweppenburg, FMS B-466.

16. Cyril Rand, Lleutenant, 2nd Battallon Royal Ulster Rifles, MdC TE 499.

17. Unterscharführer Alols Morawetz, 3. Panzerkompanle, SS Pan- zer-Regiment 12, Meyer, *The 12th SS*, vol. 1, p. 188.

18. *Op. cit*, p. 191.

19. Meyer, *op. cit*, p. 197.

20. «Une trentaine de soldats canadiens massacrés et mutilés par les Allemands», Nelly Quldot, MdC TE 228.
21. Sergeant Frank Geoffrey, Royal Winnipeg Rifles, NWWIIM-EC
22. Para las ejecuciones de prisioneros en Normandía, véase TNA TS 26/856.
23. *Draufganger*, Lieb, p. 163.
24. Lieb, p. 159.
25. Mensajes interceptados por Ultra y transmitidos por «C» a Churchill el 11 de junio, TNA HW 1/2927.
26. TNA KV 7171 y KV 7225.
27. Geyr, FMS, B-466.
28. TNAW0205/5D.
29. TNA, WO 205/5B.
30. TNA PREM 3/339/1, p. 6.
31. LHCMA De Guignand 2/1/1-6.
32. Army Group Intelligence Summary, 23 de abril de 1944, TNA WO 205/532 (2).
33. Geyr, FMS, B-466.
34. General Ornar Bradley, OCMH-FPP.
35. Generalmajor Fritz Krämer, I. SS-Panzerkorps, FMS C-024.-

13. VILLERS-BoCAGE

1. Scannell, Vernon, *Argument of Kings*, Londres, 1987, p. 165.
2. Scannell, Vernon, *Argument of Kings*, Londres, 1987, p. 156.
3. Major Peter Griffin, 1st Canadian Parachute Battalion, NAC/ ANC R5067-0-0-E
4. Lieutenant Colonel Terence Otway, SWWEC T689.
5. Blumenson, Martin [ed.], *The Patton Papers, 140-145*, Nueva York, 174, p. 461.
6. *D'Este, Carlo*, Decisión in Normandy: The Unwritten Story of Montgomery and the Allied Campaign, Nueva York, 1983, p. 60.
7. Reddish, Arthur, *A Tank Soldier's Story*, p. 29.
8. 7 de abril, Alanbrooke, *War Diaries*, p. 538.
9. LHCMA Liddell Hart 11/1944/36.
10. General Maxwell D. Taylor, SODP, US Army War College, Carlisle, Pa.
11. M. Diguet, MdC TE 220.
12. Agte, Patrick, *Michael Wittmann*, vol. I, Mechanicsburg, PA, 2006, p. 354.
13. Clarke, Dudley, *The Eleventh at War*, Londres, 1952, p. 339; y Myles Hildyard, diario, donde se afirma que estrangulaban a un guardia e hicieron prisionero al otro. Para los informes de Ultra de la 2.^a División Panzer, TNA KV 7707.
14. NARA 407/427/24170.
15. Abbé André Paul, MdC TE 21.
16. «Der Kampf in Westen hat ja nun begonnen, und Du wirst Dir denken können, dass wir dabei nicht fehlen, und die wenig Zeit da bleibt für Schreibarbeiten. Es geht hier um alles, um das Bestehen oder Untergang unseres geliebten Vaterlandes. Wie jeder einzelne von uns Soldaten dabei durchkommt, ist ziemlich gleich, die Hauptsache ist und bleibt, wir können bald einen gerechten,

dauernden Frieden erringen. Freilich sind wir auch nur Menschen mit Wünschen und Bitten an die Vorsehung, die man gerne erfüllt sehen möchte, wenn wir auch gelernt haben, im Laufe des Krieges oft auf alles zu verzichten, was die eigene Person oder Zukunft betrifft, und oftmals mit dem Dasein abgeschlossen haben, so ertappt man sich doch wieder, dass man in sich Wünsche hat, die wohl dem ganzen Leben beim Bersten der nächsten Granate in ein ewiges Nichts auslöschen können, aber doch unseren Glauben an unsere Ausdauer hochhielten. Wir sind hier zum höchsten Waffengang angetreten.» 15. Juni, Uffz. Leopold L. 25 644 = 5. Kp./Pz.-Rgt. 3, 2. Pz.-Div., BfZ-SS.

17. Myles Hildyard, diario, 19 de junio.

18. Major General G. L. Verney, diario citado en D'Este, *Decisión in Normandy*, pp. 212-21 A.

19. Stanley Christopherson, diario.

20. Cloudsley-Thompson, J. L., *Sharpshooter. Mentones of Armoured Warfare, 1939-1945*, Fleet Hargate, 2006, p. 109.

21. Teniente General sir Richard O'Connor a Churchill, 5 de mayo, LHCMA O'Connor 5/2/39.

22. Carta de 12 de junio. TNA W0205/5b.

23. Argel, 23 de agosto de 1943, Butcher, p. 339.

24. Anotación de 11 de junio, MdC TE 396.

25. Brigadier General Joseph A. Holly, 5 de julio, PDDE, p. 1973.

26. N.º 695, Prime Minister to President, 9 June, TNA PREM 3/472.

27. Alanbrooke, 12 de junio, p. 556-557.

28. Churchill a Edén, 12 de junio, TNA PREM, 3/339/7.

29. TNA PREM 3/339/7.

30. Admiral G. G. Middleton, HMS *Ramillies*, IWM 01/2/1.

31. Informe del oficial de enlace de la Armada británica, 16 de junio, TNA ADM 1/16018.

32. Cita de Henri Amouroux, *La grande histoire*, vol. VIII, p. 546; y Aron, Robert, *Histoire de la Liberation de la France*, París, 1959, p. 78.

33. TNA PREM 3/339/7.

34. Charles de Gaulle, *Mémoires de guerre*, vol. II, p. 376.

35. Pogue, *Pogue's War*, p. 115.

36. TNA PREM 3/339/7.

37. Montgomery a Churchill, 14 de junio, TNA PREM 3/339/7.

38. Roosevelt a Churchill, n.º 561, 14 de junio, TNA PREM 3/339/7.

39. Churchill a Edén, 12 de junio, TNA PREM 3/339/7.

40. «Cheval de Troie». Aron, Robert, *Histoire de la Liberation de la France*, París, 1959, p. 77.

41. MdC TE 195.

42. «Je ne peux plus voir du sang»... «Je suis au bout; je crois que si on m'amenait encore un blessé, je ne pourrais pas l'opérer». MdC TE 32 (1-4).

43. Dr. Robert Chaperon, MdC TE 42.

44. «Comme au moyen-âge», ibíd.

45. Céline Coantic-Dormoy, MdC TE 281.

46. «Les anglais depuis leur arrivée vident leur poches de chocolat et bonbons, cigarettes qu'ils distribuent a droite et á gauche», Le Dily, diario, 11 de junio, MdC TE 143.

47. Claude Guillotin, 1944, «L'aventure de mes quinze ans», Le Fresno-Camilly, MdC TE 397.

48. Dr. Ian Campbell, RAMC 2nd Field Dressing Station, SWWEC 2000.477.

49. «Dans la matinée, heureusement, les anglais occupent le village et leur premier souci est de

s'occuper des blessés français». MdC TE 144.

50. Cyril Rand, Lieutenant 2nd Battalion Royal Ulster Rifles, MdC TE 499.

51. Beevor, Antony, y Vinogradova, Lyuba [eds.], *A Writer at War. Vasily Grossmann with the Red Army, 1941-1945*, Londres, 2005, p. 109.

52. «Alie Welt ist nun gespannt auf den weiteren Verlauf der Invasion. Als ich heute mittag im Rundfunk die erste Meldung hörte, war ich ehrlich erfreut, denn durch diese Massnahme scheinen wir dem Kriegsende doch wieder um ein Beträchtliches näher zu rücken.» SS-Ustuf. Herbert E., 24 742C = 2. Kp. / Nachr. Abt. SS. Pz.-Div. «Hohenstaufen», 6 de junio, BfZ-SS.

53. «Wenn nun die Abwehr der Invasion vielleicht auch nicht so schnell geht, wie manche heute sich denken, so kann man aber doch wieder einige Hoffnung haben, denn es passiert etwas. Und die Vergeltung haben wir auch noch auf Lager.» SS-Ustuf. Herbert E., 24 742C = 2. Kp. / Nachr. Abt. SS. Pz.-Div. «Hohenstaufen», 10 de junio, BfZ-SS.

14. LOS AMERICANOS EN LA PENÍNSULA DE COSENTIN

1. NA II407/427/212.

2. Lieutenant (MC) Alfred A. Schiller, USN, CWM/MCG 58A.

3. Barnett Hoffner, 6th Engineer Special Brigade, NWWIIM-EC.

4. Orval Wakefield, Naval Combat Demolition Unit, NWWIIM-EC

5. Charles C. Zalewski, LST 134, NWWIIM-EC.

6. Ralph Crenshaw, LST 44, NWWIIM-EC.

7. Major John C. Geiglen, en Pogue, Forrest C, *Pogue's War*, pp. 127128.

8. T/Sgt. Eugene W. Griffin, 2nd Armored División, USAMHI WWIIVS.

9. Pogue, Forrest C, *Pogue's War*, p. 87.

10. Angelos Chatas, Naval Combat Demolition Unit, NWWIIM-EC.

11. NA II407/427/212.

12. NA II407/427/212.

13. Cyrus C. Aydlott, US Coast Guard, Utah, U. S. S. *Bayfield*, NWWIIM-EC.

14. Leigh-Mallory, 1 de julio, Headquarters AEAF, TNA ADM 1/16332.

15. Bradley, Ornar, *A Soldier's Story*, Nueva York, 1964, p. 292.

16. John Troy, 8th Infantry, NWWIIM-EC.

17. 91. Luftlande-Division, Oberst Eugen König, FM B-010.

18. «Nach 14tägigem Einsatz kam ich dann zum Tross und baute die sen mita uf, denn nach wenigen Tagen hatten wir alies verloren. Wir hatten weiter nichts als das, was wir am Leibe hatten. Am schlimmsten sind halt nach wie vor die Flieger, so dass alies bei Nacht gemacht werden muss. Die Hunde schieben auf jeden einzelnen mit dem Bordwaffen. Flak und Flieger sollten wir heir haben, davon ist aber nichts zu sehen. Dass wir moralisch dabei fertig werden, kannst Du Dir vorstellen. Jetzt heist es wider, in der nächsten Tagen sei ein Grossangriff mit Fliegern, die in ganz grosser Zahl bereitstehen», O'Gefr. Hans, S., 9. Kp./Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf.- Div., 13 273 B, 7 de Julio, BfZ-SS.

19. Blumenson, Martin, *Duel*, pp. 20-21.

20. *Blumenson*, *The Due if for Frunce*, ^, 11.

21. Generalleutnant Dietrich von Choltitz, LXXXIV Korps, FMS B-418.

22. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.
23. Generalleutnant Dietrich von Choltitz, LXXXIV Korps, FMS B-418.
24. LHCMA Liddell Hart, 11/1944/7.
25. TNAW0205/5B.
26. Operation of Air Support Parties, NA II 407/427/24204.
27. «Artificial Harbours in Operation Overlord», TNA ADM 1/17204.
28. Dean Rockwell, U. S. Navy, NWWIIM-EC.
29. Werner Hugo Saenger, LST 27, NWWIIM-EC.
30. Stagg, p. 126.
31. Colonel Thomas Bigland (oficial de enlace de Eisenhower en el 1. er Ejército de los Estados Unidos, integrado por aquel entonces en XII Grupo de Ejércitos), SWWEC 99-10.
32. «Ein bisschen plündern», «Es war ein frischfröhlicher Krieg», Oberst a. D. Dr. Hans Kessler, BA-MA MSg 2 / 249.
33. Lieutenant William Priestman, 315th Infantry, NA 11 -407/427/24242.
34. Lieutenant John E. Cunningham, 314th Infantry, 79th Infantry División, NA II 407/427/24242.
35. «Wir schossen zurück, wie die Verrückten», «Win Inferno kam hernieder. Dröhnen, Bersten, Zittern, Beben und Knallen. Dann Ruhe, Staub, Asche und Dreck grau war der Himmel und eine grauensvolle Stille lag über unserem Batteriegelände», Karl Hohmann, RAD, MdC TE 506.
36. Colonel Bernard B. MacMahon, 315th Infantry, 79th División, NA II 407/427/24242.
37. Lieutenant John R. Blackburn, Sky Control Officer, USS *Quincy*, NWWIIM-EC.
38. Rear Admiral Carleton F. Bryant, USN, Commander Battleship División 5, MdC TE 173.
39. K.Jum P ,SWWECTI823.
40. Lieutenant Colonel H. A. Délo, 346th Engineers, NA II 407/427/24242.
41. Lieutenant Ralph Powell, Cannon Company, 47th Infantry, 9th División, NA II 407/427/24241.
42. NA II 407/427/24242.
43. Oberstleutnant Keil, FMS C-018.
44. Generalleutnant Karl-Wilhelm von Schlieben, 709. Inf., FMS B-845.
45. Lieutenant John A. Le Trent, 8th Infantry, 4th Infantry División, NARA 407/427/24242.
46. Sgt. Walter M. Hedrick, 22nd Infantry, 4th Infantry División, NARA 407/427/24242.
47. BA-MA RH19 IV/132, citado en Lieb, p. 168.
48. Captain Elmer G. Koehler, Battalion Surgeon, 12th Infantry, 4th Infantry División, NARA 407/427/24242.
49. Clayton Storeby, 326th Airborne Engineer Battalion, NWWIIM-EC
50. Pogue, *Pogue's War*, p. 135.
51. Bradley, *A Soldier's Story*, p. 314.
52. General Warlimont, USAMHI ETHINT-1.

15. Epsom

1. «Feldmarschall Rommel, während er ein grosser und begeisternder Führer im Siege ist, bei der geringsten Schwierigkeit ein kompletter Pessi- mist wird», Schramm, BA-MA MSg2 247.
2. General Warlimont, ETHINT-4.

3. Geyrvon Schweppenburg, FMS, B-466.

4. Speidel, FMS, C-017. El relato de estos hechos se basa en las declaraciones de Speidel, Rundstedt (FMS B-633), Blumentritt, jefe del Estado Mayor del OB West (FMS B-284), y la obra escrita por Nicolaus von Below, ayudante de la Luftwaffe en el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Hitler, *AisHitlers Adjutant, 1937-1945*, Maguncia, 1980.

5. General der Infanterie Blumentritt, informe de las operaciones, 6 de agosto de 1945, NA II407/427/24231.

6. «Das wollte Hitler aus dem Munde eines Feldmarschalls zuletzt hören», Below, Nicolaus von, *AisHitlers Adjutant, 1937-1945*, Maguncia, 1980, p. 375.

7. Blumentritt, jefe del Estado Mayor del OB West, FMS B-284.

8. Panter-Downes, p. 330-331.

9. NWWIIM-EC, Cyrus C. Aydlott, U. S. Coast Guard, USS *Bay-field*.

10. LHCMA, Liddell Hart 11/1944/38.

11. Wing Commander R. Beaumont, SWWEC T537.

12. General Martin, AN AJ/41/56.

13. Alanbrooke, 27 de junio, p. 562.

14. TNAHW40/6.

15. Montgomery a Churchill, 14 de junio, TNA PREM 3/339/8.

16. G. Steer, 1/4th KOYLI, SWWEC 2002,1644.

17. LHCMA, LHP/1/230/22-23a.

18. Peter Rubie, CWM/MCG 58A 1 40.7.

19. Diario de Stanley Christopherson.

20. G. Steer, 1/4th KOYLI, SWWEC 2002.1644.

21. Información interceptada por Ultra en relación con la Panzer- Lehr-Division, 27 de junio, TNA KV 9826.

22. Keegan, John, *SixArmies in Normandy*, Londres, 1992, p. 174.

23. Sprot, Aidan, *Swifter than Eagles*, Edimburgo, 1998, p. 120.

24. FélixDrougard,MdC/TE3.

25. «Der kommandierende General sei der Ansicht, dass ohne Hilfe des II SS-Panzerkorps auch bei Einsatz des I SS-Panzerkorps erfolge, der bei Barón eingebrochene Gegner nicht mehr abgefangen werden könne, dass der Feind dann bis zur Orne durchstossen würde und Caen verloren ginge», 9. SS Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA MSg 2 / 4831.

26. «Oberbefehlshaber sieht in diesem Angriff die grosse Chance», Kriegstagebuch Panzergruppe West, 5. Panzerarmee, BA-MA MSg 2 / 4831.

27. Uno de los mejores relatos sobre la Operación Epsom lo ofrece d'Este, Carlo, *Decisión in Normandy*, Nueva York, 1983.

28. Myles Hildyard, diario, 22 de junio.

29. Geyr, FMS, B-466.

30. Blumentritt (jefe del Estado Mayor del OB West), FMS B-284.

31. Blumentritt, ETHINT 73.

32. General der Panzertruppen Eberbach, FMS, A-922.

33. Blumentritt, FMS B-284.

34. Speidel, FMS, C-017.

35. Speidel, FMS, C-017.

36. Eberbach, BA-MA, MSg 1/106.
37. General Alfred Jodl, FMS A-913.
38. William Oatman, 506th Parachute Infantry Regiment, NWWIIM-EC
39. Keltel y Jodl, FMS A-915.
40. Visita del coronel Vassilievsky, Reddlsch, p. 56.
41. General de división Galaktionov, *Pravda*, 23 de junio.
42. Ilya Ehreburg, «Los vientos del oeste», *Pravda*, 11 de junio.

16. La batalla del Bocage

1. Generalleutnant Dietrich von Choltitz, LXXXIV Corps, FMS B-418; y Oberst Eugen Kónlg.
91. Luftlande-Division, FMS B-010.
2. NA II 407/427/24203.
3. T/Sergeant Laurence E. Ousley, 330 th Infantry 83 rd División, NA II 407/427/24242.
4. NA II RG 407/427/6431.
5. «Gefallen für Grossdeutschland», Perrigault y Melster, p. 267.
6. Blumenson, Martin, *The Duelfor France 1944*, p. 23.
7. Choltitz, p. 184.
8. «Nachdem ich fast drei Tage ohne Schlaf sein musste, konnte ich heute zehn Stunden durchschlafen und sitze in einem bombardierten Bauerhof, der, bevor ihn das Schicksal ereilte, ganz gross gewesen sein muss. Es ist wirklich furchtbar, wie es da zugeht. Das Vieh und das Geflügel liegt umher, welches vom Luftdruckgetötet wurde. Nebenan sind scheinbar die Leute begraben, und unter den Trümmern sitzen unsere Russen, die Schnaps gefunden haben und singen, so gut sie können, "Es geht alies vorü- ber". Ja, wenn es nur einmal vorüber wäre oder die Menschheit Vernunft annehmen würde. Ich selber komme gar nicht mehr mit bei diesem Dur- cheinander und diesem grausamen Krieg. Im Osten machte ich mir weni- ger daraus, aber in Frankreich will es mir gar nicht einleuchten. Das einzig Schöne hier, dass es genug zu essen und zu trinken gibt... Das Sauwetter dauert immer noch an und setzt uns sehr zu. Doch dem Krieg hemmt es nicht, nur, dass die verdammten Flieger nicht so stark nicht. Auch ist jetzt endlich Flak da, und da haben die Amerikaner es doch nicht ganz ais Sport zu betrachten mit ihrer Fliegerei wie während der ersten Wochen der Inva sión. Das war einfach schrecklich.» O'Gefr. Hans S., 10 de julio de 1944, 9. Kp./Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div., 13 273 B, BfZ-SS.
9. NA II 407/427/24232.
10. NA II407/427/24232.
11. Pfc. Bertrand J. Cióse, 3rd Battalion, 32nd Armored Regiment, 3rd Armored División, USAMHIWWII VS.
12. Robert T. Gravelin, 23rd Combat Engineer Battalion, 3rd Armo- red División, USAMHI WWII VS.
13. NA II 407/427/24232.
14. 120th Infantry Regiment, 30th Infantry División, NA II 407/427/24037.
15. Maj or Yarborough, NA II 407/427/6431.
16. General Barton, 4th Infantry División, NA II 407/427/6431.
17. NA II 407/427/24242.

18. TNAWO 171/337.

19. «Mit der Gefangenschaft ist es auch so eine Sache. Manche gingen hin, doch fürchten sie die V2 und V3». O'Gefr. Hans S., 17. Juli, 9. Kp. / Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div., BfZ-SS.

20. «Ich habe heute einen alten Ostfrontkämpfer gesprochen, der sagte auch, dass es im Osten hart war, doch wie hier es nie gewesen. Dann fangen die Landser an überzulaufen, welches schon gleich gar nichts ist, wenn es so absichtlich geschieht. Die Familie bekommt keine Unterstützung, und wenn den Krieg gewinnen sollten, muss der Landser ausgeliefert werden und sehen, was mit ihm geschieht.» O'Gefr. Hans S., 20. Juli, 9. Kp. / Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div., BfZ-SS.

21. 22nd Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/6431.

22. NA II 407/427/6431.

23. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66

24. Geyr, FMS, B-466.

25. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66

26. NARA 407/427/24232; y Bayerlein ETHINT 67.

27. Lieb, p. 176.

28. Company E, 16th Infantry Regiment, 1st Infantry División, EL - Folder Huch, William.

29. FUSAG «Battle Experiences», NA II 407/427/24148.

30. 9th Medical Battalion, NA II 407/427/7545.

31. NA II 407/427/24170.

32. NA II 407/427/24242.

33. Eberbach, BA-MA, MSg 1/106.

34. Teniente general Richard Schlimpf, 3.^a División Paracaidista, FMSN-541.

35. Teniente John M. Wilder, ADC, al general Hickey, 3.^a División Acorazada, NA II 407/427/24242.

36. Pogue, Forrest C, *Pogue's War*, p. 105.

37. Lieutenant Samuel E. Belk III, 320th Infantry, 35th División, NA II 407/427/24242.

38. 4th Infantry División, NA II 407/427/24021.

39. Fussell, Paul, *The Boys' Crusade*, p. 108.

40. Fussell, p. 110.

41. FUSAG, «Battle Experiences», NA II 407/427/24148.

42. Robert B. Bradley, 120th Infantry Regiment, 30th Infantry División, MdC TE 366.

43. 29th Infantry División, Combat Exhaustion Survey, June-August. NA II 407/427/24035/84.

44. «Der Krammer, ein tüchtiger und tapferer Bursche, machte die Dummheit und schuss sich durch die Hand. Nun soll er erschossen werden»... «einen schönen Heimatschuss». Obergefreiter Hans S., 15.7.44, 9. Kap. / Gren. Rgt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div. 13 273 B, BfZ-SS.

17. CAEN Y EL MONTE CALVARIO

1. Butcher, p. 512.

2. Cario d'Este, sin embargo, sostiene que parece que el ejército británico se reservó unas fuerzas increíblemente ingentes de más de cien mil hombres para la defensa del Reino Unido, así como otros contingentes que habrían podido ser utilizados en Normandía. [Nota 1: D'Este, *Decisión in Normandy*, pp. 268-269.]

3. Erich Wohlgemut, citado en Meyer, Hubert, *The 12th SS*, vol. I, p. 463

4. BA-MAMSG2 4831.

5. McKee, p. 199 y p. 197.

6. NA II407/427/24200.

7. Hay algunos rumores, aunque poco fundados, que afirman que Churchill había considerado la posibilidad de relevar a Montgomery justo antes de la conquista de Caen, pero todo esto parece muy poco probable, dado el impacto que esta medida habría tenido en la opinión pública británica y en el extranjero.

8. 25 de junio, PDDE, p. 1949.

9. 25 de junio, PDDE, p. 1952.

10. Diario del teniente T. T. Ritson, RHA, colección privada.

11. William Helm, «The Normandy Field Diary of a Junior Medical Officer in 210 Field Ambulance, 177th Brigade, 59th Infantry División».

12. W. Kingsley, IWM P424.

13. Major Peter Griffin, 1st Canadian Parachute Battalion, carta de 8 de julio, NAC R5067-0-0-E.

14. Capt. Michael Bendix, Coldstream Guards SWWEC 2000-356.

15. Robert Thornburrow, 4th SLI, 43rd Wessex División, MdC / TE 120.

16. «Imaginez un rat cousu dans un bailón de football, un jour de match international.» MdC TE 149.

17. «Une aveuglante poussière, une acre fumée prennent à la gorge»... «Nous avons l'impression d'être ballottées sur un navire en détresse, battu par une horrible tempête et prêt à sombrer». MdC TE 145.

18. «Monsieur le Curé, allez dans le jardin. Je vous avais enterré une chemise et douze mouchoirs. Sans 9a, vous les auriez donnés...», MdC TE 149.

19. «Grandiose procession dans un cadre inoubliable sous un ciel magnifique, constellé d'étoiles, rougeoyant des lueurs des incendies qui crépitent partout... Nous sommes entourées de flammeches tombant de tous cotes et de bombes à retardement qui éclatent encoré», MdC TE 145.

20. Robert Thornburrow, 4th SLI, 43rd Wessex División, MdC / TE120.

21. El Centre de Recherche d'Histoire de la Universidad de Caen llegó a la conclusión de que el número total de víctimas en la ciudad fue de 1.150, 800 muertos durante los bombardeos del 6 y 7 de junio, y 350 durante el que se produjo el 7 de julio y los combates del día siguiente. El número de heridos se desconoce, con la excepción de los 1.734 que fueron ingresados en el hospital del Bon Sauveur entre el 6 de junio y finales de julio, de los cuales perecieron 233. El teniente coronel Kraminov, corresponsal de guerra soviético, aseguró que fueron más de veintidós mil los franceses que murieron y quedaron sepultados durante la destrucción de Caen, cuando en la ciudad no había ni un alemán. Esta grotesca afirmación, a todas luces exagerada, fue utilizada después de la guerra por el Partido Comunista de Francia como propaganda antibritánica. [Lieutenant Colonel Kraminov, MdC, TE 246.]

22. CRHQ.

23. Uno no puede más que preguntarse solidariamente cómo deberían sentirse más tarde las tripulaciones francesas de dos escuadrones de aviones Halifax que participaron en los bombardeos, el 346.º Escuadrón Guyenne y el 347.º Escuadrón Tunisie, al recibir al día siguiente los mensajes de agradecimiento y felicitación de *Bomber* Harris, Dempsey y Montgomery. [Escuadrones franceses, diario de vuelo de Roger Piroutet, MdC TE 262.]

24. «Observations on Bomber Command Attack on Caen, 7 July 1944», TNA AIR 37/1255, citado en d'Este, p. 315.
25. «Nur noch ein schwer passierbarer Trümmerhaufen», Eberbach, BA-MAMSG 1/106.
26. Rev. Jim Wisewell, 223rd Field Ambulance, 3rd Infantry División, SWWEC, Tape 1141.
27. William Helm, «The Normandy Field Diary of a Junior Medical Officer in 210 Field Ambulance, 177th Brigade, 59th Infantry División».
28. Diario de André Heintz, MdC / TE 32 (1-4).
29. Max Maurin, MdC / TE 77 (2).
30. Mme. Laberthe, MdC TE 74.
31. Major L. J. Massey, Civil Affairs Team, under Colonel Usher, Major Helmuth, MdC, TE 167.
32. Mme. Lucle Corbasson, MdC, TE 49.
33. Sapper Douglas Walte RE, MdC TE 182.
34. Henrlette Gulbé, MdC TE 237.
35. 9. SS Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA MSG 2 4832.
36. Carver, Michael, *OutofStep*, Londres, 19898, p. 193.
37. Sergeant W. Partridge, 4th Battallon Somerset Light Infantry, SWWEC 2006.419.
38. Maltot, Schwere Panzer-Abteilung 502, BA-MA MSG 2 4832.
39. Corporal Jones, citado en McKee, Alexander, *Caen: Anvil of Victory*, p. 230.
40. «Kein Meter Boden, der nicht immer wieder von Granaten umgeflügt worden wäre», 9. SS-Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA, MSG 2 4832.
41. Corporal D. Proctor, «Section Commander», DWS.
42. «Tapfer sind sie, die Angelsachsen!», «Eine Milchsuppe», ibíd.
43. «Wir haben ein Bild vor uns, wie es sich wohl jeder "Tiger" wünscht... Unser Kommandant schaltet kurz: "Panzergranate Feuer frei!"», ibíd.
44. Hubert Meyer, BA-MA MSG 2 4832.
45. Sergeant W. Partridge, 4th Battallon Somerset Light Infantry, SWWEC 2006.419.
46. Corporal D. Proctor, «Section Commander», DWS.
47. Sergeant W. Partridge, 4th Battallon Somerset Light Infantry, SWWEC 2006.419.
48. Corporal D. Proctor, «Section Commander», DWS.
49. «Mondlandschaft», 9. SS-Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA MSG 2 4832.
50. Ludwig Horlebeln, 9. SS-Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA MSG 2 4832.
51. MdC TE 149.
52. Major L. J. Massey, MdC TE 167.
53. TNA CAB 106/1092, citado en d'Este, p. 274.
54. Diario, Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC 2160T.
55. 6th Duke of Wellington's Regiment, 49th División, TNA WO 205/5G, citado en d'Este, p. 282.
56. 21st Light Field Ambulance, 13 de julio, LHCMA O'Connor 5/3/18.
57. Informe de 22 de julio a O'Connor, LHCMA O'Connor 5/4/14.
58. Stephen A. Hart, p. 31.
59. 21 de julio, LHCMA O'Connor 5/3/18.
60. O'Connor al general de división G. I. Thomas de la 43.^a División Wessex, 21 de julio, LHCMA O'Connor 5/3/18.
61. 129th Infantry Brigade Headquarters, Robert Thomburrow, 4th SLI, 43rd Wessex División,

62. Scanell, p. 152.

63. Jary, Sydney, *18Platoon*, Bristol, 1998.

18. La batalla final en Saint-Ló

1. Diario 4 de junio, Blumenson, Martin [ed.], *The Patton Papers*, p. 462.

2. *Op. cit.*, p. 464.

3. *Op. cit.*, p. 468-469.

4. Teniente general Richard Schimpf, 3.^a División Paracaidista, FMS B-541yFMSB-020.

5. *Op. cit.*, p. 470.

6. *Op. cit.*, p. 479.

7. 2nd Lieutenant Morton Kligerman, Graves Registration, 320th Infantry, 35th Infantry División, NA II 407/427/24242.

8. John Capell, 8th Infantry, 4th Infantry División, NWWIIM EC.

9. Sergeant Charles D. Butte, 603rd Quartermaster Graves Registration Company, VII Corps, First US Army, NWWIIM EC.

10. NA II 407/427/24232.

11. 2nd Infantry División, Max Feldman, NWWIIM EC.

12. NA II 407/427/24232.

13. Generalleutnant v. Lüttwitz, 2.-División, FMS B-257. Panzer

14. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66

15. NA II 407/427/24206.

16. Lieutenant George W. Godfrey, 90th División, NA II 407/427/24240.

17. Die Bevölkerung muss nun alles weg, und es ist eine reine Völkerwanderung. Am meisten schwitzen die dicken Schwestern mit ihren Karren, die sie schieben. Es ist hart anzusehen und mitzumachen in dem verdammten Krieg. An den Sieg noch zu glauben, ist schon sehr zweifelhaft, denn die USA fassen immer mehr Fuss». O'Gefr. Hans S., 17. Juli, 9. Kap. / Gren. Regt. 1058, 91. (LL.) Inf. Div., BdZ-SS.

18. Lieutenant James J. Williams, 47th Infantry, 9th División, NA II 407/427/24241.

19. Captain Thomas P. Jacobs, MD, 45th Armored Medical Battalion, 3rd Armored División, USAMHIWWII VS.

20. NA II 407/427/24232.

21. Pogue, *Pogue's War*, p. 130.

22. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 481.

23. 331 st Infantry, 83rd División, NA II 407/427/24203.

24. James H. Watts, Chemical Battalion, NWWIIM EC.

25. Captain Elmer G. Koehler, Battalion surgeon, 12th Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24242.

26. Captain William Pola, Medical Detachment, 66th Armored Regiment, 2nd Armored División, NA II 407/427/24242.

27. Captain William L. Johnston, 100th Evacuation Hospital, NA II 407/427/24240.

28. George Silverton, Chief of X Ray department of 2nd Evacuation Hospital, MdC TE 710.

29. Diary Captain Thomas P. Jacobs, MD, 45th Armored Medical Battalion, 3rd Armored División, USAMHI WWII VS.
30. USAMHI WWII VS.
31. Captain Jack H. Welch, 54th Armored Medical, 3rd Armored División, USAMHI WWII VS.
32. Sgt. Leroy N. Stewart, 26th Infantry Regiment, USAMHI WWII VS.
33. Vernon W. tart, 618th Ordnance Ammunition Company, NWWIIM EC.
34. «Je sais que nous manquons de tout, mais tout de même!»... «Notre surprise est grande de les rencontrer dans toutes les classes de la société. La guerre a réveillé les instincts ancestraux et transformé un nombre de paisibles individus en délinquants.» J. Le Gal, «Un gendarme á Caumont TÉventé», MdC TE 398.
35. BradleyHolbrook, NWWIIM EC.
36. NAII40//427/24232.
37. NA II407/427/24232.
38. Lieutenant Edward G. Jones, Cav. Recon. Troop, 29th Infantry División, USAMHI WWII VS.
39. Lieutenant Edward G. Jones, Cav. Recon. Troop, 29th Infantry División, USAMHI WWII VS.
40. NA II 407/427/242232.

19. GOODWOOD

- 14dejulio,PDDEiii,p.2004.
- Brigadier M. J. O. O'Cock, 2nd Battalion Irish Guards, SWWEC 2003.2287.
- Ashley Hart, Stephen*, Montgomery and «Colossal Cracks» - the 21st Army Group in Northwest Europe, 1944-1945, *Westport, Conn., 2000, p. 103.*
- Kriegstagebuch Panzergruppe West / 5. Panzer-Armee, BA-MA MSg2 4831.
- Captain S. Beck, MdC TE 570.
9. SS-Panzer-Division *Hohenstaufen*, General Sylvester Stadler, FMS B-470.
- «Das Pferd trottete dann im Halbschlaf nach»... «Eine unglaubliche Nervosität ging von der schon spürbaren Frontnähe auf die Soldaten und auf die Pferde über»... «Pausenloses, unnachgiebiges Dröhnen»... «Es zuckte und blitzte auf der gesamten Frontlänge», Eberhard Beck, 277. Artillerie-Regiment, 277. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/ 3242.
- «Es beschäftigte mich auch sehr, dass ich noch nie mit einer Frau geschlafen hatte.»
- «Hirnverbrannte Idee».
- «Hervorragend ausgerüstet»... «Trotzdem waren sie nicht zu beneiden. Sie hatten Ehrgeiz und waren an der Front grossartige Soldaten. Wir hatten alle von ihnen Respekt. Die SS-Einheiten waren blutjung. Für uns war der Krieg dagegen längst verloren, es galt zu überleben»... «Sie waren reifer, besorgter, väterlicher, menschlicher. Sie wollten keine Helmentaten»... «Mensch, bleib da, da vorne ist die Hollé»... «Meine Gedanken waren: Verwundung, Hauptverbandsplatz, Lazarett, Heimat, Kriegsende... Ich wollte nur raus aus der Misere.»
277. Infanterie-Division, Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 ix/86. XL 2287, citado en Bennett, p. 106.
- «Nicht in Frage kommt», Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 ix/86.
- Meyer, Kurt, *Grenadiers*, Mechanicsburg, Pensilvania, 2005, p. 270.
- Simone Grioux-Isabelle, MdC TE 419.

«Dass die Panzergruppe vor grossen englischen Angriffen steht», Kriegstagebuch *Panzergruppe West* I 5. Panzer-Armee, BA-MA MSg 2 4831.
 NA II407/427/24200.
 ADE Curtis, R Forcé, SWWEC 2000.384.
 N. F. Burrell, 1/7th Queens, 131st Lorried Infantry Brigade, 7th Armoured División, SWWEC LEEWW/2004.2680.
 Diario, Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC 2150T.
 Citado en Whistler, Laurence, *TheLaughter andthe Urn - The Life ofRex Whistler*, Londres, 1985, p. 287.
 Tedder y Coningham a propósito de la Operación Goodwood, Air Publication 3235, Air Ministry, 1955, p. 151, AHB.
 Whistler, p. 289.
 Major Peter Griffin, 1st Canadian Parachute Battalion, NAC R5067-0-0-E.
 Eberbach, *Panzergruppe West*, FMS, B-840.
 «16. Lw. Feld-Division ist am heutigen Tage glatt überrannt wor- den», Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 ix/86.
 Eberbach, *Panzergruppe West*, FMS, B-840.
 «Un 10:00 endlich kam die Schreckensnachricht, der Gegner sei 10 Kilometre tief durchgebrochen», BA-MA, MSg 1/106 Eberbach.
 W. H. Ciose, 3rd Royal Tank Regiment, SWWEC 2002.1713.
 «Das für jeden Panzermann Unbegreifliche war geschehen: Die Feindpanzer blieben in den entscheidenden Stunden von 10-15.00 ste- hen!», Eberbach, BA-MA, MSg 1/106 Eberbach.
 McKee, p. 263.
 Generalleutnant Edgar Feuchtinger, 21. Panzer-Division, FMS B-441.
 «Er beantragt die Freigabe der 12. SS-Panzer-Division HJ, da keine Reserve mehr vorhanden», Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA- MA RH 19 bc/86 y Kriegstagebuch Panzergruppe West, BA-MA MSg 2I 4831.
 1. SS-Panzer-Division *Leibstandarte AdolfHitler*, Tagesmeldun gen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 ix/86.
 Citado en Ellis, L. F., *Victory in the West*, Londres, 1962, vol. I, pp.344-345.
 Brigadier E. T. Williams, G-2,21st Army Group, OCMH-FPP.
 Eberbach, *Panzergruppe West*, FMS, B-840.
 «Der Feind brauchte dort nur zu marschieren, dann war der Durchbruch da. Es waren schwere Stunden für uns», Eberbach, BA-MA, MSg 1/106 Eberbach.
 «12. SS-Division *Hitler JugendhaX* auf dem Marsch allein 10 Panzer verloren», Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 ix/86.
 Eberbach, *Panzergruppe West*, FMS, B-840.
 19 de julio, Alanbrooke, p. 571.
 Para la «embestida a la rusa» y las conferencias de prensa, véase Lieutenant Colonel Kraminov, MdC TE 246.
 N. F. Burrell, 1/7th Queens, SWWEC LEEWW/2004.2680.
 Ciose, Bill,yf *Viewfrom the Turret*, Tewkesbury, 1998, p. 130.
 Diario, Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC 2150 T.
 Rev. Jim Wisewell, 223rd Field Ambulance, 3rd Infantry Divi sión, SWWEC T-1141.
 TNAWO 171/139.

Para las quejas del Ejército de Tierra, véase *Air Support*, Air Publication 3235, Air Ministry, 1955, p. 158, AHB.

Royal Air Force narrative, vols. III y IV, p. 81, AHB y «2nd TAF Operations Report by Air Marshal sir Arthur Coningham», TNA AIR 20/1593.

LHCMA, Liddell-Hart, 11/1944/45.

Brigadier Sir Ian Fraser, MdC TE 160.

Colville, *The Fringes of Power*, p. 474.

20. LA CONSPIRACIÓN CONTRA HITLER

1. Generalleutnant Hans Speidel, FMS, B-721.

2. *Evans, Richard*, *The Third Reich at War, How the Nazis led Germany from Conquest to Disaster*, Londres, 2008, p. 379.

3. Wilhelm Ritter Von Schramm, «Der 20. Juli 1944 in Frankreich», BA-MA, MSg 2/247.

4. Para un excelente estudio sobre los aliados y la oposición a Hitler por parte de alemanes, véase Howard, Michael, *Liberation or Catastrophe? Reflections on the History of the Twentieth Century*, Londres, 2007, pp. 80-93.

5. Traslado del cuartel general de Hitler a la *Wolfsschanze* el 14 de julio, General Warlimont, ETHINT 5.

6. Generalleutnant Hans Speidel, FMS, B-721.

7. «Wir erleben hier das erdrückende Verhängnis des Zweifrontenkrieges. Wir haben den Krieg verloren. Wir müssen aber kämpfen und den West-Alliierten möglichst hohe Verluste beibringen, um sie zu einem Waffenstillstand geneigt zu machen und dann die rote Armee vom Einbruch in unser Deutschland abzuhalten.» Rommel: «Einverstanden - aber können Sie sich vorstellen, dass der Gegner sich mit uns in irgendwelche Verhandlungen einlässt, solange Hitler bei uns an der Spitze ist?» Rommel: «So kann es nicht weitergehen. Hitler muss weg». Eberbach: «Wird es dann nicht zu einem Bürgerkrieg kommen, der schlimmer ist wie alles Andere?», Eberbach, BA-MA, MSg 1/1079.

8. «21st Army Group Intelligence Summary, 23 April, 1944», TNA WO 205/532 (2).

9. Ismay a Churchill, 21 de junio, TNA HS 6/623.

10. TNA HS 6/624; véase asimismo Seaman, Mark (ed.), *Operation Foxley, The British Plan to Kill Hitler*, Kew, 1998.

11. Para la opinión de Churchill a propósito de Hitler y una rendición incondicional, véanse TNA HS 6/625 y el discurso pronunciado por el primer ministro británico en la Cámara de los Comunes el 2 de agosto de 1944.

12. Citado en Kershaw, *Hitler 1936-1945, Nemesis*, Londres, 2000, p. 656

13. General Warlimont, ETHINT 5.

14. Otto Remer, Wach-Regiment Grossdeutschland, ETHINT 63.

15. Blumentritt, FMS, B-284.

16. Otto Remer, Wach-Regiment *Grossdeutschland*, ETHINT 63.

17. Otto Remer, Wach-Regiment *Grossdeutschland*, ETHINT 63.

18. Citado en Bennett, p. 110.

19. «Heute Mittag wurde ein nichtswürdiges Attentat auf den Führer verübt. Der Führer ist völlig gesund», 20:40 horas, 20 de Julio, Tagesmeldungen Heeresgruppe B, BA-MA RH19 ix/86.

20. Blumentritt, FMS, B-284.
21. Para lo relacionado a Dietrich y el SS-Hauptamt, véase Eberbach, **BA-MA**, MSg. 1/1079.
22. Eberbach, TNA WO 208/4363, citado en Neitzel, Sónke (ed.), *Tapping Hitler's Generáls, Transcripts of Secret Conversations, St. Paul, Mn, 2007, p. 101.*
23. Citado en Kershaw, *Nemesis*, p. 683.
24. Para la orden de Kluge de detener a Stülpnagel, véase BA-MA RH19 ix/86.
25. «Nach eingegangener Meldung solí Mil. Befh. Frankreich, General Von Stülpnagel, von Terroristen überfallen und verwundet worden sein», BA-MA RH19 ix/86.
26. Generalleutnant Bodo Zimmermann, OB West, FMS B-308.
27. «Auf der Fahrt dorthin erfuhren wir vom Führerattentat. Es ging wie ein Lauffeuer durch die Kolonnen», Hans Hóller, 21. Panzer-Division, MdC/TE98.
28. Zimmermann, *ibidem*.
29. Eberbach, grabación del 23 de diciembre, TNA WO 208/4364.
30. «Über Radio horren unsere Funker, dass ein Attentat auf Adolf Hitler verübt wurde. Sein Tod kónte uns die Wende bringen und wir hofften sehr, dass dieser sinnlose Krieg sein Ende findet»... «Dann grüsste unser Batteriechef durch Handanlegen an der Kopfbedeckung, den militárischen Gruss. Über das missglückte Attentat waren wir alie enttäuscht. Anschliessend kam Stenglin auf mich zu und sagte: 'Mensch Beck, sag bloss, Du last Dir Koteletten stehen'. Wir lachten beide», Eberhard Beck, 277. Artillerie Regiment, 277. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/3242.
31. *Hart-Davis, Duff (ed.), King's Counsellor, Abdication and War, the Diaries of Sir Alan Lascelles, sábado 21 de Julio de 1944, Londres, 2006.*
32. «Eine idiotische Idee»... «Unglaublich naiv»... «Es ist wie eine Wildwestgeschichte», Schramm, BA-MA, NSg2 247.
33. Meyer, Hubert, i, p. 36.
34. General Bülowius, II Fliegerkorps, FMS B-620.
35. Altken, Medical Officer, 24th Lancers, WLHUM RAMC 1668.
36. «Werr sein Volk verrát, dessen Familie gehört nicht in die deutsche Volksgemeinschaft», 1944, BA-MA, RH 21-5/50, citado en Lieb, p. 439.
37. Eugéne Finance, MdC TE331.

21. OPERACIÓN COBRA: LA GRAN OFENSIVA

1. Oberstleutnant Ziegelmann, 352. Infanterie-Division, FMS B-455.
2. NA II 407/427/24242.
3. Blumenson (ed.), p. 486.
4. Diary Captain Jack H. Welch, 54th Armored Medical, 3rd Armored División, USAMHIWWIIVS.
5. 4th Infantry División, NA II 407/427/6431.
6. *Ibíd.*
7. NA II 407/427/24245.
8. «Le rouquin flamboyant Knickerbocker racontait des anecdotes aussi ennuyeuses que ses nombreux et superficiels écrits». Coronel Kraminov, MdC TE 246.
9. Pogue, *Pogue's War*, pp. 167-168.

10. Robert B. Bradley, 120th Infantry Regiment, 30th Infantry División, MdC TE 366.
11. Robert B. Bradley, MdC TE 366.
12. NA II 407/427/24245.
13. NA II 407/427/6431.
14. Oberstgruppenfuhrer Paul Hausser, 7.º Ejército, ETHINT 48.
15. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.
16. ETHINT 66, y luego FMS A-903.
17. Captain Jack H. Welch, 54th Armored Medical, 3rd Armored División, diary, USAMHIWWII VS.
18. NA II407/427/24242.
19. Lieutenant Clyde Eddinger, 4th Infantry División, NA II 407/427/24021.
20. NA II 407/427/42021.
21. 4th Infantry División, NA II 407/427/6431.
22. Lieutenant Donald Dickinson, Company B, 22nd Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24021.
23. Lieutenant John B. Derden, 66th Armored Regiment, USAMHI WWIIVS.
24. Manuscript of Captain Jim R. Burt, 66th Armored Regiment, 2nd Armored División, USAMHI WWII VS.
25. Company E, 22nd Infantry, NA II 407/427/24021.
26. Brigadier General Doyle O. Hickey, Combat Command A, 3rd Armored División, NA II407/427/24088.
27. General Schmidt, 275. Infanterie-Division, FMSA-973.
28. NA II 407/427/6431.
29. Lieutenant George O. Grant, 69th Tank Battalion, 6th Armored División, NARA 407/427/24241.
30. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papen, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 489.
31. San-Uffz. Walter Klein, Kampfgruppe Heintz, FMS A-910.
32. Jefe de escuadrilla Scarman, asistente de Tedder, OCMH-FPP.
33. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papen, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 490.
34. TNADEFE3/63.
35. General der Panzergruppen Freiherr v. Lüttwitz, 2. Panzer División, FMS A-903.
36. General Eugen Meindl, II Fallschirmkorps, FMS A-923.
37. General Eugen Meindl, II Fallschirmkorps, FMS A-923.
38. Lieutenant George O. Grant, 69th Tank Battalion, 6th Armored división, NA II407/427/24241.
39. NA II 407/427/24235.
40. 69th Tank Battalion, 6th Armored División, NA II 407/427/24241.
41. TNADEFE3/63.
42. VII Corps, NA II 407/427/24235.
43. San. Uffz. Walter Klein, Kampfgruppe Heintz, FMS A-910.
44. Lieutenant James J. Williams, 47th Infantry, 9th División, NA II 407/427/24241.
45. Oberstleutnant Friedrich Freiherr Von der Heydte, 6. Fallschirm- regiment, FMS B-839.
46. Generalmajor Freiherr Von Gersdorff, Generalstabsoffizier der 7. Armee, FMS A-894.
47. NA II 407/427/24021.
48. Daily Operations, 4th Infantry División, NARA 407/427/6431.

49. Major William A. Castille, Combat Command B, 3rd Armored División, NA II 407/427/24088.
50. William M. King, 44th Armored Infantry Battalion, 6th Armored División, NA II 407/427/24241.
51. Captain Thomas P. Jacobs, MD, 45th Armored Medical Battalion, 3rd Armored División, USAMHIWWII VS.
52. General der Panzertruppen Freiherr v. Lüttwitz, FMSA A-903.
53. Captain Reid and Private Sharkey, 22nd Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24021.
54. NA II407/427/24021.
55. Major Willis T. Smith, 670th Armored Regiment, 2nd Armored División, NA II 407/427/24242.
56. Lieutenant Colonel Briard P. Jonson, executive officer of CCB 2nd Armored División, NA II407/427/24082.
57. Lieutenant Colonel Harry Hilliard, 3rd Battalion, 67th Armored Regiment, NA II407/427/24082.
58. Lieutenant Colonel Marshall L. Crowley, 41st Armored Infantry Regiment, 2nd Armored División, 22 September, NARA 407/427/24082.
59. Lieutenant Colonel John D. Wynne, 2nd Battalion, 67th Armored Regiment, NARA 407/427/24082.
60. Captain James R. McCartney, Company E, 67th Armored Regiment, 2nd Armored División, NARA 407/427/24082.
61. Lieutenant Colonel John D. Wynne, 2nd Battalion, 67th Armored Regiment, NARA 407/427/24082.
62. General Doyle O. Hickey, Combat Command A, 3rd Armored División, NA II 407/427/24088.
63. Captain Thomas P. Jacobs, MD, 45th Armored Medical Battalion, 3rd Armored División, USAMHIWWII VS.
64. Generalmajor Freiherr Von Gersdorff, Generalstabsoffizier der 7. Armee, FMS A-894.
65. Commissariat de Police de Granville, AdM 1370 W1.
66. General Warllmont, ETHINT 1.
67. Lieutenant Sancken, 4th Recon. Troop, NA II 407/427/6431.
68. Blumenson (ed.), p. 491.

22. La desbandada tras la Operación Cobra

1. Citado a partir de D'Este, *Decisión in Normandy*, p. 422.
2. Diary of Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC 2150 T.
3. Daglish, Ian, «Operation Bluecoat», en Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign 1944*, Oxford, 2006, p. 95.
4. BA-MA, MSg 1/106.
5. FMSB-631.
6. Major Charles Farell, SWWEC 2001.960.
7. McKee, Caen: Anvil of Victory, p. 308.

8. BA-MA RH19 ix/86.

9. «Unter uns das Wattenmeer mit dem Mont-Saint-Michel im Mondschein, (ein unvergesslicher Anblick) vor uns das brennende Avranches. Die Amerikaner waren schon da und wollten unseren Ausbruch verhindern. Wie wir durch die Stadt und über die Brücke gekommen sind, weiss ich nicht mehr. Ich erinnere mich nur, dass zwei Offiziere mit vorgehaltenen Pistolen versucht haben, uns vom LKW zu holen.» Gefreiter Spiekerkötter, 2. Pionier Kompanie, 256. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/5526.

10. «Dass die Lage ausserordentlich ernst ist. Die Kampfkraft der Truppe ist stark abgesunken.» BA-MA RH19 ix/86.

11. Registro Telefónico Diario del 7.º Ejército, NA II 407/427/6431.

12. BA-MA, MSg 1/106.

13. «Dass unter alien Umständen Brückenstelle Pontaubault in eigener Hand bleiben muss. Avranches ist wieder zu nehmen»... «Ist der Auffassung, dass der verhängnisvolle Entschluss der 7. Armee zum Durchbruch nach Südosten zum Zusammenbruch der front geführt hat.» BA-MA RH19 ix/86.

14. General Doyle O. Hickey, Combat Command A, 3rd Armored División, NA II407/427/24088.

15. Captain Carlton Parish Russell, 36th Armored Infantry Regiment, 3rd Armored División, USAMHIWWII VS.

16. General Doyle O. Hickey, Combat Command A, 3rd armored División, NA II 407/427/24088.

17. Daily Operations, 4th Infantry División, NA II 407/427/6431.

18. Whiting, Charles, *Papa Goes to War*, Marlborough, 1990, p. 66.

19. Capa, Robert, *Slightly out of Focus*, Nueva York, 1947, p. 168.

20. Commissariat de Pólice de Granville, AdM 1370 W 1.

21. «Ah Monsieur!... Grand malheur pour moi! Je suis la et mon fils est soldat dans l'armée américaine!» MdC TE 388.

22. Lieutenant D. S. Woodward, 69th Tank Battalion, 6th Armored División, NA II 407/427/24241.

23. LCMHAMisc24.

24. TNADEF3/62.

25. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 493.

26. XV Corps, NA II407/427/2420.

27. «Meine Herrén, dieser Durchbruch der Amerikaner bedeutet für uns und das deutsche Volk den Anfang vom nunmehr endgültigen bitteren Ende. Ich sehe keine Möglichkeiten mehr, dem fortschreitenden Angriff des Feindes Einhalt zu gebieten.» Wilhelm Ritter Von Schramm, BA MA, MSg 2/247.

28. Speidel, p. 138.

29. NA II 407/427/6431.

30. Lieutenant Colonel Teague, 22nd Infantry, NA II407/427/24021.

31. Blumenson, *The Duel for France*, pp. 143-144yl50.

32. 29th Infantry División, NA II407/427/24034.

33. Oberstleutnant Friedrich Freiherr Von der Heydte, 6. Fallschirm-regiment, FMS B-839.

34. Lieutenant Colonel Johnson and Captain Wright, 12th Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24203.

35. Captain Wright, NA II407/427/24203.
36. NA II407/427/24203.
37. NA II407/427/6431.
38. Generalleutnant FriteBayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT 66.

23. Bretaña y la Operación Bluecoat

1. «Une déclaration écrite lui laissant toute la responsabilité de son saut en parachute sans entraînement», SHD-DAT 13 P 33.
2. SHD-DAT 13 P 33.
3. Lieutenant Harold H. Goodman, 13th Infantry, 8th División, NA II407/427/24241.
4. Blumenson, *Duelfor France*, p. 166.
5. Para las actividades de la Resistencia francesa en Rennes, véase 2nd Lieutenant Edward W. Overman, 358th Infantry, 90th División, NA II 407/427/24242.
6. Captain Joseph Gray, 13th Infantry, 8th División, NA II 407/427/24241.
7. Para la liberación de los prisioneros de guerra, véase Lieutenant Harold H. Goodman, 13th Infantry, 8th División, NA II 407/427/24241.
8. Blumenson, *Duelfor France*, p. 176.
9. Lt. Col. Samuel Goodwin, 6th Cavalry Group, NA II 407/427/24242.
10. Captain John C. Donley, 44th Armored Infantry Battalion, 6th Armored División, NA II 407/427/24241.
11. Lieutenant D. S. Woodward, 69th Tank Battalion, 6th Armored División, NA II407/427/24241.
12. William M. King, 44th Armored Infantry Battalion, 6th Armored División, NA II 407/427/24241.
13. Para las experiencias de los reemplazos en Bretaña, véase Captain John C. Donley, 44th Armored Infantry Battalion, 6th Armored División, NA II407/427/24241.
14. Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 541.
15. William M. King, 44th Armored Infantry Battalion, 6th Armored División, NA II407/427/24241.
16. «Mit Hilfe der Terroristen», Tagesmeldungen, 6. August, BA- MA, RH19 ix/87.
17. 6. August, Ob. West, Tagesmeldungen, BA-MA, RH19 iv/45.
18. «Überall Kämpfe mit Terroristen», BA-MA, RH19 ix/87.
19. Lieb, pp. 576 y 579.
20. SHD-DAT 13 P 33.
21. Para un estudio más detallado de Ramcke y su actuación en Brest, véase Lieb, pp. 483-484.
22. Lieutenant Harold H. Goodman, 13th Infantry, 8th División, NA II 407/427/24241.
23. Lieutenant Harold H. Goodman, 13th Infantry, 8th División, NA II 407/427/24241.
24. Lieutenant Harold H. Goodman, 13th Infantry, 8th División, NA II407/427/24241.
25. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 532.
26. Para un análisis de los sentimientos y la actitud de Leclerc hacia los británicos, véase Christian Girard, *Journal de Guerre. 1939-1945*, París, 2000, p. 80.
27. «De fâcheuse mémoire envers les Anglais. Même pour nous Gaulloises, cela nous restait

sur le coeur», Marc de Possesse, MdC TE 361.

28. Pogue, *Pogue's War*, p. 178.

29. Marc de Possesse, MdC TE 36.

30. McKee, CaemAnvilofVictory, p. 315.

31. SergeantKit, 3rdRTR, BA-MA, MSg 2/4837.

32. General Eugen Meindl, 2. Fallschirmkorps, FMS, A-923.

33. Colonel Tom Gilliam, Company B, 2nd Infantry, 5th Infantry División, MdC TE 124.

34. Citado en Blumenson, *Duel for France*, p. 215.

35. Diario de Myles Hildyard, 3 de agosto, y carta del 5 de agosto.

36. Captain Michael Bendix, Coldstream Guards, SWWEC 2000356.

37. Rev. A. R. C. Leaney, IWM PP/MCR/206.

38. Citado en Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, Londres, 1967, p. 206. '

39. Diario de Stanley Christopherson.

40. Captain M. G. T. Webster, 2nd Battalion Grenadier Guards.

41. Colville, *Funges of Power*, p. 500.

42. *Ibid.* '

43. Captaln Michael Bendix, Coldstream Guards, SWWEC 2000-356.

44. Rev. A. R. C. Leaney, 4th Dorsets, 43rd Wessex División, IWM PP/MCR/206.

45. XXX Corps, TNAW0 171/342.

46. «Diary of Major Julius Neave», 13th/18th Hussars, SWWEC 2150T.

47. Major Robert Kiln, Hertfordshire Yeomanry, 86th Field Artillery, SWWEC 99-63.

48. «Imbroglia d'acier», Diario de André Heintz, MdC / TE 32 (1-4).

49. Robert Thornburrow, 4th SLI, 43rd Wessex División, MdC TE 120

50. William Helm, «The Normandy Field Diary of a Junior Medical Officer in 210 Field Ambulance».

51. Diario de Christopherson.

52. «Diary of Major Julius Neave», 13th/18th Hussars, SWWEC 2150T.

53. Corporal D. Proctor, 4th Somerset Light Infantry, DWS.

54. Sergeant W. Partridge, 4th Battalion Somerset Light Infantry, SWWEC 2006.419.

55. Sergeant W. Partridge, 4th Battalion Somerset Light Infantry, SWWEC 2006.419.

56. «Fast an gesamter Front der Armee starke fdl. Angriffe.» Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 6. August, BA-MA RH 19 a/87.

57. «Sind noch drei Panzer einsatzbereit»... «Kampf moral... unbefriedigend»... «Verluste, Absetzen, Übermüdung»... «Es war bereits ein grosser Entschluss, die 1. SS-Panzer-Division LAH abzuziehen.» Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 6. August, BA-MA RH 19 ix/87.

58. Ose, *Entscheidung*, p. 266, citado en Lieb, p. 422.

24. La contraofensiva de Mortain

1. TNADEF3/65.

2. Comandante Herbert Büchs, asistente de la Luftwaffe del Generaloberst Jodl, ETHINT36.

3. General Warlimont, ETHINT1.

4. General Eugen Meindl, 2. Fallschirmkorps, FMS A-923.

5. General Warlimont, ETHINT I.
6. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 497.
7. NA II 407/427/24242.
8. NA II 407/427/24203.
9. Reardon, Mark J., Victory at Mortain: Stopping Hitler's Panzer Counteroffensive, Lawrence, Ka., 2002, p. 39.
10. Collins, J. Lawton, *Lightning Joe: An Autobiography*, Novato, Ca., 1994, p. 250.
11. «Certains troupes se tiennent encore bien, d'autres sont complètement débandées, des hommes à cheval, en carriole, poussant des brouettes. Cela nous rappelle l'exode de '40.» P. Peschet, MdC TE 215.
12. NA II 407/427/24037.
13. Robert B. Bradley, 120th Infantry Regiment, 30th Infantry Division, MdC TE 366.
14. NA II 407/427/24037.
15. Warlimont, ETHINT I.
16. Generalleutnant Graf Von Schwerin, 116. Panzer-Division, ETHINT 17.
17. Warlimont, ETHINT 1.
18. «Der Führer hat befohlen...» «Dass dieser praktisch fast undurchführbar ist.» «Der Angriff muss heute abend durchgeführt werden. Wenn länger gewartet wird, ist mit erheblicher Erschwerung der Lage zu rechnen. Bei Verschiebung um einen Tag besteht Gefahr, dass die fdl. Luftwaffe die Versammlungsräume zerschlägt». Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 6. August, BA-MA RH 19 ix/87.
19. «Geringe Fliegetätigkeit», BA-MA RH 19 ix/87.
20. 4th Infantry Division, NA II 407/427/6431.
21. NA II 407/427/6431.
22. Interceptaciones del 6 de agosto, TNA DEFE 3/65.
23. D'Este, Carlo, *Decisión in Normandy*, p. 420-421.
24. NA II 407/427/24037.
25. 39th Infantry Division, NA II 407/427/24037.
26. General der Panzertruppen Freiherr v. Lüttwitz, 2. Panzer-Division, FMS A-903.
27. NA II 407/427/24037.
28. NA II 407/427/24037.
29. Reardon, Victory at Mortain, p. 100.
30. 2nd TAF Operation Report by Air Marshal Sir Arthur Coningham, TNA AIR 20/1593.
31. Golley, John, *The Day of the Typhoon*, Shrewsbury, 2000, p. 129.
32. Scott, Desmond, *Typhoon Pilot*, Londres, 1982, p. 193.
33. Gooderson, Ian, *Air Power at the Battlefront: Allied Close Air Support in Europe 1943-1945*, Londres, 1998, p. 76.
34. «The Rocket Racket», Air Ministry, AHB.
35. TNA AIR 25/704.
36. Diario Telefónico del 7.º Ejército, 7 de agosto, NA II 407/427/6431.
37. Robert B. Bradley, 120th Infantry Regiment, 30th Infantry Division, MdC TE 366.
38. Price Alfred, «The Rocket-Firing Typhoons in Normandy», en *The Royal Air Force Air Power Review*, vol. VIII, n.º 1, primavera de 2005, pp. 78-88.
39. 2nd TAF Operations Report by Air Marshal Sir Arthur Coningham, TNA AIR 20/1593.
40. Operational Research Section Reports; Joint Report n.º 3, «Rocket-firing Typhoons in close support of military operations», Operational Research in North-West Europe, TNA WO 291/1331; n.

° 2 ORS, 2nd TAF, Report n.º 1, Investigations of the Operation of TAF Aircraft in the Mortain Area - 7th August 1944, TNA AIR 37/61.

41. General der Panzertruppen Geyr von Schweppenburg, ETHINT

42. Operational Research Section, «Investigation of the Operation of TAF Aircraft in the Mortain Area, 7th August 1944» [con fecha 7 de diciembre de 1944], AHB.

43. Brigadier General James M. Lewis, 30th División Artillery, NA II 407/427/24037.

44. General der Panzertruppen Walter Krüger, LVIII Panzerkorps, FMS B-455.

45. Pfc John Colé, 8th Infantry, NA II 407/427/6432.

46. Diario de guerra del VII Ejército, general barón Rudolf von Gersdorff, FMSA-918.

47. NA II 407/427/24242.

48. NA II 407/427/6431.

49. Captain Dunbar Whitman, 12th Infantry, 4th Infantry División, NA II 407/427/24021.

50. NA II 407/427/24021.

51. NA II 407/427/6432, y Reardon, p. 256.

52. NA II 407/427/24038.

53. NA II 407/427/24037.

54. Reardon, p. 201.

55. Lieutenant Charles A. Bartz, 230th Field artillery Battalion, 30th División, NA II 407/427/24242, y Lieutenant Elmer Rohmiller, Company F, 120th Infantry, 30th División, NA II 407/427/24242.

56. Colonel John N. Snyder, MdC TE 648.

57. General der Panzertruppen Walter Krüger, LVIII Panzerkorps, FMS B-445.

58. NA II 497/427/24037.

59. NA II 407/427/24037.

60. 30th División G-3 Journal, 11:05 hours, 11 August; citado en Reardon, p. 267.

61. NA II 407/427/6431.

62. NA II 407/427/6432.

63. «Das hat Von Kluge mit Absicht gemacht. Er tat es, um mir zu beweisen, dass es unmöglich war, meine Befehle auszuführen.» Wilhelm Ritter Von Schramm, BA- MA MSg 2/247.

25. OPERACIÓN Totalize

1. Para la actuación de Crerar en Italia al frente del II Cuerpo, véase Copp, Terry, y McAndrew, Bill, *Battle Exhaustion, Soldiers and Psychiatrists in the Canadian Army, 1939-1945*, Montreal, 1990, pp. 66-68.

2. Para la opinión que a Montgomery le merecían Crerar y Keller, véanse LCHMA AP/14/27, y Ashley Hart, Stephen, *Montgomery and «Colossal Cracks» - The Ust Army Group in Northwest Europe, 1944-1945*, Westpoint, Conn., 2000.

3. Citado en Margolian, Howard, *Conduct Unbecoming- The Story of the Murder of Canadian Prisoners of War in Normandy*, Toronto, 1998, p.29.

4. Tout, Ken, *Tank! 40 Hours of Battle*, August, 1944, Londres, 1985,

5. «2nd Canadian Infantry División in Operation Totalize, Report by Canadian Military Headquarters», NA II 407/427/24200.

6. Lieutenant Colonel Freeland, 7th Battalion Norfolk Regiment, MdCTE168.
7. Lieutenant T. T. Ritson RHA (diario, 6 de agosto).
8. William Helm, «The Normandy Field Diary of a Junior Medical Officer in 210 Field Ambulance, 177 Brigade, 59 Infantry División».
9. Diario de Hildyard, 11 de agosto.
10. Rev. A. R. C. Leaney, IWM PP/MCR/206.
11. Meyer, Hubert, The 12th SS, The History of the Hitler Youth Panzer División, vol. ii, p. 25.
12. Tout, p. 111.
13. Major Robert Kiln, Hertfordshire Yeomanry, 86th Field Artillery, SWWEC 99-63.
14. Aitken Hughes, 6 General Hospital, WLHUM RAMC 1771.
15. SHD-DAT1K543 1.
16. SHD-DAT1K543 1.
17. «Und somit der eigene Angriff Richtung Avranches seinen Sinn verliert»... «Sehr ernst entwickelt», Tagesmeldungen, Heeresgruppe B, BA-MA RH 19 rx/87.
18. Generalleutnant Paul Dannhauser, 271. Infanterie-Division, FMS B-256.
19. «Diary of Major Julius Neave, 13th/18th Hussars», SWWEC 2150 T.
20. Para el fracaso de los servicios de inteligencia en la información relativa a las defensas antitanque alemanas, véase: Captain A. Potozynski, 10th Polish Mounted Rifle Reconnaissance of 1st Polish Armoured División, SWWEC LEEWW, 2000.327.
21. La *Hitler Jugend* comunicó a las 20:55 horas al jefe del Estado Mayor del V Cuerpo Acorazado alemán que había destruido 192 tanques aliados. Véase BA-MA RH 19 ix/87.
22. BA-MA MSg 2/3242.
23. Para el número de prisioneros procedentes de la *Hitler Jugend* durante la Operación Totalize, véase Lieb, p. 165.
24. Patton, carta de 9 de agosto, Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, p. 504.
25. General John C. H. Lee, Head of Com. Z, OCMH-FPP.
26. Véase Butcher, *Three Years with Eisenhower*, p. 550.
27. Lieutenant Colonel Eugene Orth, 3rd Armored División, NA II 407/427/24088.
28. Captain Cecil Oppenheim, QM 3rd Armored División, NA II 407/427/24240.
29. Lieutenant A. W. Loring, 133rd Engineer Combat Command, NA II 407/427/24242.
30. Bradley, *A Soldier's Story*, p. 372.
31. 2nd Lieutenant A. Dominic Scialla, 735th Tank Battalion, 8 Aug., NA II 407/427/24242.
32. Lieutenant Anthony J. Miketinae, 11th Infantry, 5th División, NA II 407/427/24241.
33. 2nd Lieutenant Derkvan Raalte, 2nd Infantry, 5th División, NA II 407/427/24241.
34. Oberst Erich Helmdach, FMS, B-822.
35. Bayerlein, FMSA-901.
36. Gersdorff, jefe del Estado Mayor del 7.º Ejército. Véase FMS A-921.
37. Eberbach, FMS, A-922.
38. Eberbach, FMS, A-922.
39. Oberst Erich Helmdach, FMS, B-822.
40. Para la retirada de Sourdeval de la 1.ª División Acorazada de la SS, véase Eugen Finanz, MdC TE 351.
41. «Calvados immer noch in deutscher Hand!», Gefreiter Spiekerkötter, 2. Pionier Kompanie, 265. Infanterie-Division, BA-MA, MSg2 5526
42. Service de Santé, 2ème D. B., SHD-DAT 11 P 232.

43. Marc de Possesse, 2ème D. B., MdC TE 361.
44. Algunos alemanes no dudaron en ponerse cascos americanos. Véase Louis Serres, MdC TE 383.
45. 2nd Lieutenant R. W. Conger, 10th Tank Battalion, 5th Armored Division, NA II407/427/24241.
46. Colonel McHugh, 318th Infantry, 80th Division, NA II 407/427/24242.
47. Reverend Père Roger Fouquer, aumonier divisionnaire de la 2ème Division Blindée, MdC TE 825.
48. SHD-DAT11P219.
49. MdCTE351.
50. Generalmajor Gerhard Müller, 116. Panzer-Division, FMS B-162.
51. «Bouchon solide», 2ème D. B., NA II407/427/24205.
52. USAMHI, citado en D'Este, *Decisión in Normandy*, p. 428.
53. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 508.
54. Para la efectividad de los cañones antitanque alemanes, véase Rowland, David, *The Stress of Battle, Quantifying Human Performance in Battle*, Norwich, 2006, pp. 106-141.

26. EL MARTILLO Y EL YUNQUE

1. Diary of Major Julius Neave, 13th/18th Hussars, SWWEC 501T.
2. Butcher, p. 551.
3. Copp, Terry, *Fields of Fire*, p. 229.
4. Eberbach, FMS A-922.
5. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 510.
6. Major General Gilbert Cook, XII Corps, Third Army, NA II 407/427/24241.
7. George Silverton, Chief of X Ray Department, 2nd Evacuation Hospital, MdC TE 710.
8. Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 14. August, BA-MA RH 19 ix/87.
9. «Hier hätten wir den Rest des Krieges gut ausgehalten.» Gefreiter Spiekerkötter, 2. Pionier Kompanie, 256. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/5526
10. Aitken Hughes Diary, WLHUM RAMC 1771.
11. «Wird stündlich kritischer.» Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 14. August, BA-MA RH 19 ix/87.
12. «Die katastrophale Munitionslage.» Kriegstagebuch, *Panzergruppe West 15*. Panzer-Armee, BA-MA MSg 2 4831.
13. Marshal of the RAF Lord Portal, OCMH-FPP.
14. N.º 742, Prime Minister to President, 4 August, TNA PREM 3/472.
15. Butcher, p. 545.
16. General Warlimont, ETHINTI.
17. Foot, M. R. D., *SOE in France*, Londres, 1966, p. 393.
18. «In französischem Raum wurden 128 Terroristen im Kampf niedergemacht.» BA-MA MSg 2/3242.
19. «Gegenmassnahmen können nicht hart genug sein», BA-MA M-854, citado en Lieb, Peter, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg?*, Munich, 2007, p. 463.

20. Lieb, Peter, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg?*, Munich, 2007, pp. 574-580.
21. Foot, *op. cit.*, p. 391.
22. «Les événements militaires ayant pris une tournure nouvelle.» Faugère, AN F/lcIII/1166.
23. *Ibid.*
24. «Régions où sévra la hâleuse guerre civile.» AN AJ/41/56.
25. TNA WO 171/337, citado en Lieb, p. 396.
26. Colville, p. 475.
27. Pogue, *Pogue's War*, p. 199.
28. Colonel McHugh, 318th Infantry, 80th Division, NA II 407/427/24242.
29. Alain Brossat, *Les tondues - Un carnaval moche*, Paris, 1992.
30. Véase Michel Boivin, *Les victimes civiles de la Manche*, p. 6.
31. Colville, *The Fringes of Power*, Londres, 1985, p. 499.
32. «Tout sâchete», Madame Richter, MdC TE 223.
33. Pogue, Forrest, *Pogue's War*, p. 134.
34. «[lis] nous considèrent nettement comme des sous-développés. L'un d'eux me demande (en anglais) si j'ai jamais vu un cinéma»... «Il en reste pantalons, et pas tellement convaincu.» P. Peschet, MdC TE 215.
35. NA II 407/427/24170.
36. ASdC 8 W 1/1 422.
37. «Ravitaillement de l'ennemi», «Relations avec les allemands», «Attitude anti-nationale pendant l'occupation», «Activité pro-allemande», «Pillage en temps de guerre», «Suspicion au point de vue nationale». AdM 1380 W 236 y AdM 1380 W 254.
38. «C'est parce que je ne me lave pas assez.» Quétel, Claude, «Avoir quatre ans et demi le 6 juin 1944 à Bernières-sur-Mer», *Bulletin d'Information de la Fondation Canadienne de la Bataille de Normandie*, marzo de 1993.
39. AdM 158 W159-202.
40. Major L. J. Massey, MdC TE 167.
41. Myles Hildyard, diary, 19 June.
42. George Silverton, Chief of X Ray Department, 2nd Evacuation Hospital, MdC TE 710.
43. R. Makin, IWM 88/34/1.
44. Major L. J. Massey, MdC TE 167.
45. «Dont la libération fut plus rapide et moins destructrice, hormis les champs de bataille de Normandie, qu'on avait pu le craindre», Bédarida, François, *Normandie 44, du débarquement à la libération*, Paris, 2004, p. 24.
46. «Sonst mit dem Verlust der gesamten Kräfte zu rechnen sei.» Heeresgruppe B, Tagesmeldungen, 14. August, BA-MA RH 19 ix/87.
47. BA-MA MSg 2/5117.
48. Beck, 277. Artillerie Regiment, 277. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/3242.
49. Copp, Terry, *Fields of Fire*, pp. 234-235.
50. SHD-DAT1K543 1.
51. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 513.
52. Major General Kenner, Chief Medical Officer, SHAEF, OCMH-FPP.
53. Combat Command B, 7th Armored Division, NA II 407/427/24096.
54. NA II 407/427/24235.

55. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, pp. 514-515.

56. *Hart-Davis, Duff (ed.)*, *King's Counsellor, Abdication and War, the Diaries of Sir Alan Lascelles*, Londres, 2006.

57. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 510.

27. *El campo de la muerte de la bolsa de Falaise*

1. Schramm, BA-MA MSg 2 / 247.

2. General Warlimont, ETHINT 5.

3. Wilhelm Ritter Von Schramm, MSg 2 / 247.

4. Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdC TE 819.

5. Generalleutnant Fritz Bayerlein, ETHINT 66.

6. Carta de Kluge a Hitler, citada en Shulman, Milton, *Defeat in the West*, Londres, 1986, pp. 174-144.

7. Generalmajor Rudolf Christoph Freiherr Von Gersdorff, General- stabschef der 7. Armee, ETHINT 59.

8. General Mahlmann, 353. Infanterie-Division, FMS A-984.

9. Eberbach, FMS, A-922.

10. General Eugen Meindl, II, Fallschirmkorps, FMS, A-923.

11. Marcel Labussière, MdC TE 471.

12. Captain S. Beck, 18 de agosto, MdC TE 570.

13. «Diary of Major Julius Neave, 13th/18th Hussars», 19 de agosto, SWWEC 501T.

14. SHD-DAT1K543 1.

15. Eberbach, FMS A-922, y Generalmajor Freiherr Von Gersdorff (según las respuestas que entregó por escrito a las preguntas que le formularon en octubre de 1945), NA II 407/427/24231.

16. General Eugen Meindl, II, Fallschirmkorps, FMS, A-923.

17. Veitch, Michael, *Tom Hall*, 2006, Sidney.

18. General der Panzertruppen Freiherr v. Lüttwitz, FMS, A-903.

19. Eberhard Beck 277. Artillerie Regiment, 277. Infantry División, BA-MAMSG 2/3242,

20. Leigh-Mallory, TNA CAB 106/980.

21. Operational Research Section, Report N.º 15, «Enemy Casualties in Vehicles and Equipment in the Retreat from Normandy to the Seine», AHB.

22. Rev. A. R. C. Leaney, IWM PP/MCR/206.

23. NA II407/427/24143.

24. Lieutenant George W. Godfrey, 358th Infantry, 90th División, NA II407/427/24240.

25. Citado en Copp, Terry, *Fields of Fire*, p. 243.

26. Hans Höller, 21. Panzer-Division, MdC / TE 98.

27. «In ihren Gesichtern las man die ganze Tragik dieser furchtbaren Erlebnisse, die sie nicht verkraften konnten»... «Die Knöpfe, Rücken und Leib der Pferde waren in Schweiss gebadet, weiss vor Schaum. Wir trieben wie eine Viehbande auf dem Schlachthof herum», Eberhard Beck, 277. Artillerie-Regiment, 277. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/3242.

28. Eberhard Beck, 277. Artillerie-Regiment, 277. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/3242.

29. Para el relato de la huida de Meindl y sus paracaidistas, véase General Eugen Meindl, II,

Fallschirmkorps, FMS, A-923.

30. Generalmajor Gerhard Müller, 116. Panzer-Division, FMS, B-162.

31. General der Panzertruppen Freiherr v. Lüttwitz, 2. Panzer-Division, FMS, A-903.

32. Generalmajor Rudolf Christoph Freiherr Von Gersdorff, FMS, A-919.

33. NA II RG 407/427/24242.

34. SHD-DAT1K543 1.

35. SHD-DAT1K543 1.

36. Para la captura del general Elfeldt, véase el testimonio del capitán A. Potozynski, del 10.º Regimiento Montado de Fusileros polaco, en SWWEC LEEWW: 2000.327.

37. Copp, *Fields of Fire*, pp. 249-250.

38. Hauptmann Werner, 3. Battalion, Infanterie-Regiment *Der Führer*, 2. SS-Panzer-Division *Das Reich*, MdC TE 158.

39. Herbert Ronstedt, 9. SS-Panzer-Division *Hohenstaufen*, BA-MA MSg 2/3225.

40. Hubert ayers, BA-MA MSg 2/4832.

41. General Eugen Meindl, II, Fallschirmkorps, FMS, A-923.

42. SHD-DAT11P221.

43. MdC TE 149.

44. Generalmajor Freiherr Von Gersdorff, Generalstabschef der 7. Armee (según las respuestas que entregó por escrito a las preguntas que le formularon en octubre de 1945), NA II 407/427/24231.

45. «Diary of Major Julius Neave, 13th/18th Hussars», SWWEC T 501.

46. 2nd Lieutenant Roy J. Bole, 38th Cavalry Recon Squadron, NA II 407/427/24240.

47. Desmond Scott, p. 129.

48. Amis, Kingsley, *Memoirs*, Londres, 1991, p. 221.

49. Barnett Hoffner, 6th Engineer Special Brigade, NWWIIM-EC.

50. NA II 407/427/24235.

51. Lieutenant Colonel John N. Snyder, MdC TE 648.

52. Véase el diario de Aitken Hughes en WLHUM RAMC 1771.

53. Jean Sorel MdC TE 504.

54. LHCMA De Guignand 3/1-27.

55. Eberbach, FMS, A-922.

56. Generalmajor Rudolph-Christoff Freiherr Von Gersdorff, Generalstabschef der 7. Armee, ETHINT 59.

57. Air Chief Marshal Tedder, OCMH-FPP.

58. Air Chief Marshal Coningham, OCMH-FPP.

59. Brigadier E. T. Williams, G-2, 21st Army Group, OCMH-FPP.

28. La sublevación de París

28. LA CARRERA HACIA EL SENA

1. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 516.

2. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 517.

3. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, pp. 521-522.

4. Major General Gilbert Cook, XII Corps, Third Army, NA II 407/427/24241.

5. Wilson al SHAEF, 16 de agosto, TNA ADM1/16018.
6. Norwich, John Julius (ed.), *The Duff Cooper Diaries*, 17 de agosto, p. 318.
7. Notas de la entrevista de Forrest C. Pogue para *Supreme Command*, OCMH-FPP.
8. Choltitz, *De Sebastopol a París*, París, 1964, pp. 203-209.
9. TNA WO 298/4364, citado en Neitzel (ed.), *Tapping Hitler's Generals*, p. 192.
10. «Klein von Statur, dabei rundlich, schnarrende Stimme, etwas sächsisch-schlesisch sprechend, Monokel im Auge, auf dem eher rund Kopf ein winziger Scheitel, fast genau in der Mitte. Er sprach schnell.» Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdC TE 819.
11. «Sein Befehl war kurz: París zu zerstören, wenn der Feind anrückte, und es aus dem Trümmern zu verteidigen.» *Ibíd.*
12. «Klar, dass Boineburg und Unger mit Choltitz im Besten Einvernehmen waren.» *Ibíd.*
13. Generalleutnant Freiherr Von Boineburg, FMS B-015.
14. Oberst Profesor Dr. Kurt Hesse, FMS B-611.
15. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT
16. «L'exemple prestigieux des dynamiteros de l'armée républicaine espagnole». SHD-DAT 13 P 42 1.
17. «Es herrschte eine trügerische Ruhe in der von einer heißen Augustsonne durchglühten Stadt». Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdCTE8 19.
18. «Totenstille». *Ibíd.*
19. «Fahr weiter! Fahr weiter!» *Ibíd.*
20. «Creer un état d'insecurité permanent chez l'ennemi, et d'interdire tous ses mouvements». SHD-DAT 13 P 42 1.
21. «Von der heldenhaften Verteidigung der 'Festung' París zu berichten, um den Kampfeswillen in der Helmat zu stärken». Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdC TE 819.
22. «Ein bedrohendes Gefühl der Lähmung». *Ibíd.*
23. «Disponible pour de nouvelles missions». NA II 407/427/24205.
24. «Toutes les pensées sont vers Paris». SHD-DAT 11 P 223.
25. «Qu'est-ce qu'on fait ici? C'est pourtant bien à nous que doit revenir l'honneur de délivrer Paris. On nous en a donné la promesse formelle». NA II 407/427/24082.
26. «Le général sent que Paris ne peut plus attendre longtemps sa solution». SHD-DAT 11 P 223.
27. SHD-DAT 11 P 226.
28. MdCTE97.
29. Rev. A. R. C. Leaney, IWM PP/MCR/206.
30. Lieutenant T. T. Ritson, RHA, private collection.
31. «On a pris le même nombre de prisonniers allemands qu'il y avait eu de victimes à la ferme de Mesnil-Bacley, pour leur faire creuser leurs propres tombes dans un herbage situé à gauche de la route de Vimoutiers à la sortie de Lavarot. Le travail terminé, ces mêmes prisonniers ont été passés par les armes en public.» Jean Marius Vesque, TE 401.
32. «Pour fêter la libération quelques jours plus tard à Lavarot, on a fait défiler dans les rues, après leur avoir tondu les cheveux, toutes les femmes qui avaient eu des relations avec l'occupant.» *Ibíd.*
33. «Et les jeunes filles, parmi lesquelles les plus compromises du temps des allemands, purent s'avancer au devant des vainqueurs, souriantes aux lèvres et des fleurs pleines les bras», Anón., MdC TE 83.

34. «C'est formidable l'explosion de FFI». Me. Qualré, MdC TE 469.
35. «Tous les gars du village qui couraient les filles et dansaient le samedi soir, se retrouvent avec brassard et mitraillette.» Ibid.
36. Hildyard, diary.
37. Major General H. G. Woods, SWWEC LEWW/2006.533.
38. Bradley, Omar, *A Soldier's Story*, p. 377.
39. Notas de la entrevista de Forrest C. Pogue al general Omar Bradley para *Supreme Command*, OCMH-FPP.
40. Operational Research Section Reports, Joint Report n.º 3, «Rocket-firing Typhoons in Close Support of Military Operations». Operational Research in North-West Europe, TNA WO 129 WO 291/1331.
41. Scott, Desmond, *Typhoon Pilot*, p. 129.
42. Generalleutnant Fritz Bayerlein, Panzer-Lehr-Division, ETHINT
43. Günter Peuckert, 272. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/5424.
44. Generalmajor Freiherr Von Gersdorff, Generalstabsoffizier der 7. Armee, NA II 407/427/24231.
45. Gefreiter Spiekerkötter, 2. Pionier Kompanie, 256. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/5526.
46. Major General Gilbert Cook, XII Corps, Third Army, NA II 407/427/24241.
47. NA II 407/427/24235.
48. V Corps, NA II 407/427/24235.
49. Mowinkel, John, Beevor, Antony, y Cooper, Artemis, *Paris after the Liberation, 1944-1949*, Londres, 1994, p. 46.
50. John G. Westover, MdC TE 436 (2).
51. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, pp. 526-527.
52. Lacouture, Jean, *De Gaulle - The Retel, 1890-1944*, Londres 1990, p.568.

29. La liberación de París

«Chaque barricade peut être un bureau d'engagement, rappelant la "Patrie en danger" de la Révolution.» Note de Service, 24 août, SHD-DAT 13 P 421.

«Les actes de pillage semblent prendre une ampleur inadmissible.»

Ibid.

«Jours étranges, jours vacillants... Les allemands ne tenaient plus Paris que par des îlots, et quelques tanks qui gauchement fauchaient les rues. Paris balbutiait les premiers mots d'une liberté désappréhensée, des jour-neaux grands comme des prospectus commençaient à paraître, des drapeaux se confectionnaient avec des lambeaux. En attendant de prochains règlements de comptes, le parisien retrouvait dans sa mémoire profonde la solidité des barricades, une gouaille héroïque, une odeur de poudre et de sueur.» Goudekot, Maurice, *Prés de Colette*, Paris, 1955, pp. 216-217.

SHD-DAT11P219.

NA II 407/427/24082.

John G. Westover, MdC TE 436 (2).

William Mortimer Moore, *Leclerc - The Making of a French Legend*, manuscrito inédito.

SHD-DAT11P226.

Reverend Père Roger Fouquer, aumônier divisionnaire de la 2^{ème} DB, MdC TE 825.

NA II407/427/242351349.

Blumenson, *The Duelfor France*, p. 353.

NA II 407/427/6431.

Journal de marche, 2^{ème} DB, SHD-DAT 11 P 230.

«Qu'est-ce que vous faites là?» «Je me rebats sur l'axe, selon les ordres, mon général!» «Filez immédiatement à Paris, au cœur de Paris!» SHD-DAT 11 P 226; Dronne, *La libération de Paris*, Paris, 1970, pp. 280-281; y Marc de Possesse, 2^{ème} DB, MdC TE 361.

NA II407/427/24021.

Marc de Possesse, 2^{ème} DB, MdC TE 361; Dronne, *La libération de Paris*, Paris, 1970, pp. 284-285; William Mortimer Moore, Leclerc - The Making of a French Legend, manuscrito inédito.

«Quand la nuit se leva comme une aurore.» Goudekot, Maurice, *Près de Colette*, Paris, 1955, pp. 271.

Madeleine Betts-Quintaine, MdC TE 25.

2. Pionier Kompanie, 256. Infanterie-Division, Gefreiter Spiekötter, BA-MA MSg 2/5526.

«Une fête bruyante, lyrique, ponctuée de tirs.» Reverend Père Roger Fouquer, aumônier divisionnaire de la 2^{ème} DB, MdC TE 825.

«De ma vie je n'eus jamais les joues aussi colorées de rouges à lèvres»... «Attention! N'embrassez pas trop! C'est notre aumônier!» Ibid.

«Dans la floraison spontanée qui accompagne l'enthousiasme de la libération il est difficile de distinguer les vrais combattants des parasites, voire les miliciens et collaborateurs de la veille.» Ibid.

«Victorieuse, la Liberté roulait sous leurs chenilles... La France livrée par la France... C'était exaltant d'être de cette nation-là!» Madame Talbot, MdC TE 133.

NA II 407/427/242351349.

NA II RG 407/427/24240.

Alfred Donald Allred, Staff Sergeant, 20th Field Artillery, 4th Infantry Division, NWWIIM EC.

Colonel J. S. Lockett, 12th Infantry Regiment, NA II 407/427/6431

NA II 407/427/242351349.

«Une foule vibrante entoure les chars d'assaut français hérissés de drapeaux et parsemés de bouquets. Sur chaque tank, sur chaque auto-mitrailleuse, à côté des servants en tenue kaki de mécanos et coiffés de petits calots roses, des grappes de jeunes filles, de femmes, de gamins, de "fifis" à brassard. Le peuple qui fait la haie, applaudit, envoie des baisers, donne des poignées de main au passage.» Galtier-Boissière, *Mon journal pendant l'Occupation*, pp. 275-276.

Boegner, Philippe, *Carnets du Pastear Boegner*, Paris, 1992, p. 287.

SHD-DAT11P218.

«Stumm, auch mit dem Bestreben, keine äussere Erregung zu zeigen, versammelten wir uns wie üblich um 12 Uhr 30 zum Mittagessen im grossen Speisesaal des Hotels.» Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdC TE 819.

«Doch sonst, dasselbe Bild, dieselben Kellner, dasselbe Essen.»

Ibid.

«Nach einem kurzen, korrekten Gespräch.» Leutnant Dankwart Graf Von Arnim, MdC TE 819.

«Auf ihn stürzte aus der Menge heraus ein hemdsärmeliger, bärtiger Riese, hielt ihm die Pistole an die Schläfe, drückte ab.» Ibid.

«La foule souvent hideuse devant l'ennemi désarmé par les autres.» Reverend Père Roger Fouquer, aumônier divisionnaire de la 2^{ème} DB, MdC TE 825.
 NA II407/427/24235.
 Ibid. TNAWO 199/1379.
 Matanza de Maillé, Fondation de la Résistance, Paris.
 «Nous ne pouvons nous rendre aux français, mais nous accepterons de nous rendre à un officier de l'Armée américaine.» SHD-DAT 13 P 42 1.
 «Um der Bevölkerung Gelegenheit zu geben ihre Wut auszulassen... «Ein grosser Teil der Offiziere blutete stark im Gesicht.» Gefreiter Spiekerkötter, BA-MA MSg 2/5526.
 Beevor, Antony, y Cooper, Artemis, Paris after the Liberation, 1944-1949, p. 56.
 Marc de Possesse, 2^{ème} DB, MdC TE 361.
 «J'ai été providentiellement tenu à l'écart du Bois de Boulogne et de cette folle nuit.» Reverend Père Roger Fouquer, aumônier divisionnaire de la 2^{ème} DB, MdC TE 825.
 John G. Westover, MdC TE 436 (2).
 «Moi je m'en fous. Je suis pédé!» Marc de Possesse, 2^{ème} DB, MdC TE 361.
 SHD-DAT11P218.
 SHD-DAT11P231.
 SHD-DAT13P421.
 Aron, Robert, Histoire de la Libération de la France, p. 442.
 Boegner, Philippe, *Carnets du Pasteur Boegner*, p. 301, citado en Beevor y Cooper, p. 63.
 NA II407/427/24235.
 NA II 407/427/24235.
 John G. Westover, MdC TE 436 (2).
 Madame Talbot, MdC TE 133.
 «Nous sommes écoeurés des faux culs qui maltraitent des femmes au crâne rasé pour avoir couché avec des allemands.» Marc de Possesse, 2^{ème} DB, MdC TE 361.
 Virgili, Frabrice, *Shorn Women: Gender and Punishment in Liberation France*, Oxford, 2002.
 Pogue, *Pogue's War*, p. 174.
 Beauvolr, SImone de, *La force des choses*, Paris, 1960, p. 29.
 Pogue, pp. 229-230.

30. Las consecuencias

1. Major L. J. Massey, MdC TE 167.
2. Hitchcock, William I, *Liberation. Europe 1945*, Londres, 2008, p. 57.
3. TNA WO 219/3728, citado en Hitchcock, William I, *Liberation: Europe 1945*, Londres, 2008, p. 44.
4. Mme. Ruet, Montebourg, MdC / TE 63.
5. MdC/TE 149.
6. Georges Hebert, MdC / TE 12.
7. Bernard Goupil, MdC / TE 191.
8. Watts, J. C, *Surgeon at War*, Londres, 1955, p. 110.
9. Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers*, p. 521.

10. 21 de junio, Alanbrooke, p. 561.

11. Cornelius Ryan Papers, Ohio University Library Department of Archives and Special Collections, citado en *The Times*, 9 de noviembre de 2007.

Bibliografía

- Agte, Patrick, Michael Wittmann, Mechanicsburg, Pensilvania, 2006.
- Alanbrooke, Field Marshal Lord, WarDiaries 1939-1945, Londres, 2001.
- Amouroux, Henri, La grande histoire des Français sous l'Occupation, vol. VIII, París, 1988.
- Aron, Robert, Histoire de la Liberation de la France, París, 1959.
- Baikoski, Joseph, Beyond the Beachhead, Mechanicsburg, Pensilvania, 1999.
- Baumgarten, Harold, Eyewitness on Omaha Beach, Jacksonville, Florida, 1994.
- Bédarida, Francois (ed.), Normandie44, du débarquement a la libération, París, 2004.
- Beevor, Antony y Cooper, Artemis, París after the Liberation 1944-1949, Londres, 1994. (Hay trad. cast.: Parts después de la liberación, Crítica, Barcelona, 2003.)
- Belfield, Eversiey amp; Essame, H., The Battlefor Normandy, Londres, 1975.
- Below, Nicolaus von, Ais HitlersAdjutant, 1937-1945, Maguncia, 1980.
- Bennett, Ralph, *Ultra in the West*, Nueva York, 1979.
- Bidault, Georges, *D'une Résistance a l'autre*, París, 1965.
- Biddle,Tami Davis, «Bombing by the Square Yard: Sir Arthur Harris at War, 1942-1945», The InternationalHistory Review, XXI, 3 de septiembre de 1999.
- Blumenson, Martin, *Breakout andPursuit*, Washington D. C, 1961.
- , The Battle ofthe Generáis, Nueva York, 1993.
- , The Duelfor France, Nueva York, 2000.
- , Martin (ed.), *ThePatton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974.
- Boegner, Philippe, Carnets du Pasteur Boegner, París, 1992.
- Boivin, Michel, Les Victimes Civiles de la Manche dans la Bataille de Norman-die, Caen, 1994.
- Boíl, Heinrich, Briefe aus dem Krieg 1939-1945, vol. II, Munich, 2003.
- Botsford, Gardner, A Life ofPrivilege, Mostly, Nueva York, 2003.
- Bradley, Ornar, A Soldier 's Story, Nueva York, 1951.
- Bramall, Edwln, «D-Day Plus One», en More Tales from the Travellers, Oxford, 2005.
- Brossat, Alaln, Les Tondues: un carnaval moche, París, 1992.
- Buckley, John (ed.), TheNormandy Campaign 1944, Oxford, 2006.
- Butcher, Harry C, ThreeYears withEisenhower, Londres, 1946.
- Butler, J. R. M., ScGwyer, M. A., Grand Strategy, vol. III, Londres, 1964.
- Calmette, A., Les Equipes Jedburgh dans la Bataille de France, París, 1966.
- Capa, Robert, Slightly out offocus, Nueva York, 1947. (Hay trad. cast.: Ligeramente desenfocado, La Fábrica, Madrid, 2009.)
- Carver, Mlchael, OutofStep, Londres, 1989.
- Chandler, Alfred D. (ed.), ThePapers of 'DavidDwightEisenhower, vol. III, The WarYears, Baltmore, MD. 1970.
- Choltitz, General Dietrich von, De Sebastopol a París, París, 1964.
- Clarke, Dudley, The Eleventh at War, Londres, 1952.
- Ciósé, Bill, A Viewfrom the Turret, Tewkesbury, 1998.
- Cloudsley-Thompson, J. L., Sharpshooter, Mentones ofArmoured Warfare, 1939-1945, Fleet Hargate, 2006.

Collins, J. Lawton, *Lightning Joe: An Autobiography*, Novato, California, 1994.

Colville, John, *The Fringes of Power, Downing Street Diaries 1939-1955*, Londres, 2004.

Copp, Terry y McAndrew, Bill, *Battle Exhaustion - Soldiers and Psychiatrists in the Canadian Army, 1939-1945*, Montreal, 1990.

- , *Fields of Fire*, Toronto, 2003.

- , *Cinderella Army, The Canadians in Northwest Europe, 1944-1945*, Toronto, 2007.

Daglish, Ian, *Operation Bluecoat, The British Armoured Breakout*, 2003.

- , «Operation Bluecoat», en Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign 1944*, Oxford, 2006.

Dansette, Adrien, *Histoire de la Libération de Paris*, París, 1946.

De Gaulle, Charles, *Mémoires de Guerre*, vol. II, París, 1959. (Hay trad. cast.: *Memorias de guerra*, Plaza y Janes, Barcelona, 1970.)

D'Este, Carlo, *Decisión in Normandy*, Nueva York, 1983. -, *Eisenhower*, Nueva York, 2002.

Doubler, Michael D., *Closing with the Enemy - How GIs fought the War in Europe, 1944-1945*, Lawrence, Kansas, 1994. Douglas, Keith, *The Complete Poems*, Londres, 2000. Dronne, Raymond, *La Libération de Paris*, París, 1970. Ellis, L. F., *Victory in the West*, Londres, 1962, vol. I. Evans, Richard, *The Third Reich at War, How the Nazis led Germany from Conquest to Disaster*, Londres, 2008. Foot, M. R. D., *SOE in France*, Londres. Fussell, Paul, *The Boys' Crusade*, Nueva York, 2003. Galtière-Boissière, Jean, *Mon journal pendant l'Occupation*, París, 1944. Girard, Christian, *Journal de Guerre. 1939-1945*, París, 2000. Golley, John, *The Day of the Typhoon*, Shrewsbury, 2000. Gooderson, Ian, *Air Power at the Battlefield: Allied Close Air Support in Europe 1943-1945*, Londres, 1998. Harrison, Gordon A., *The United States Army in World War II - Cross-Channel Attack*, Washington D. C., 1951. Hart, Stephen A., *Montgomery and «Colossal Cracks» - the 25th Army Group in Northwest Europe, 1944-1945*, Westport, Connecticut, 2000. -, «The Black Day Unrealised», en Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign 1944*, Abingdon, 2006. Hart-Davis, Duff (ed.), *King's Counsellor, Abdication and War, the Diaries of Sir Alan Lascelles*, Londres, 2006. Hastings, Max, *Overlord*, Londres. Hills, Stuart, *By Tank into Normandy*, Londres, 2002. Hitchcock, William L., *Liberation: Europe 1945*, Londres, 2008. Howard, Michael, *Liberation or Catastrophe? Reflections on the History of the Twentieth Century*, Londres, 2007. Howarth, David, *Dawn of D-Day*, Londres, 1959. Jary, Sydney, *18 Platoon*, Bristol, 1998.

Johnson, Garry y Dunphy, Christopher, *Brightly Shone the Dawn*, Londres, 1980. Keegan, John, *Six Armies in Normandy*, Londres, 1992. (Hay trad. cast.: *Seis ejércitos en Normandía*, Ariel, Barcelona, 2008.) Kershaw, Hitler 1936-1945, *Nemesis*, Londres, 2000. (Hay trad. cast.: *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2005.) Lacouture, Jean, *De Gaulle - The Rebel 1890-1944*, Nueva York, 1990.

Lewis, Adrián R., *Omaha Beach - A Flawed Victory*, Carolina del Norte, 2001. (Hay trad. cast.: *Omaha Beach: una amarga victoria*, Ariel, Barcelona, 2002.) Lieb, Peter, *Konventioneller Krieg oder Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenkämpfung in Frankreich 1943/44*, Munich, 2007. Mackenzie, William, *The Secret History of SOE. Special Operations Executive 1940-1945*, Londres, 2000. Margolian,

Howard, *Conduct Unbecoming - The Story of the Murder of Canadian Prisoners of War in Normandy*, Toronto, 1998. McKee, Alexander, *Caen: Anvil of Victory*, Londres, 1965. Meyer, Hubert, *The 12th SS, The History of the Hitler Youth Panzer Division*, vol. I, Mechanicsburg, Pennsylvania, 2005. Meyer, Kurt, *Grenadiers*, Mechanicsburg, Pennsylvania, 2005. Moses, Harry, *The Faithful Sixth*, Durham, 1995. Neltzel, Sónke (ed.), *Tapping Hitler's Generals, Transcripts of Secret Conversations*, St Paul, Minnesota, 2007. Norwich, John Julius (ed.), *The Duff Cooper Diaries*, Londres, 2005. Ose, Dieter, *Entscheidung im Westen 1944. Der Oberbefehlshaber West und die Abwehr der alliierten Invasion*, Stuttgart, 1982. Panter-Downes, Mollie, *London War Notes*, Londres, 1971. Perrigault, Jean-Claude, and Meister, Rolf, *Götz von Berlichingen - Norman- die*, Bayeux, 2005. Pogue, Forrest C, *The Supreme Command*, Washington D. C, 1954. -, *Pogue's War*, Lexington, Kentucky, 2001. Price, Alfred, «The Rocket-Firing Typhoons in Normandy», en *The Royal Air Force Air Power Review*, vol. VIII, n.º 1, primavera de 2005. Quellien, Jean y Garnier, Bernard, *Les victimes civiles du Calvados dans la bataille de Normandie, 1 mars 1944-31 décembre 1945*, Caen, 1995. Reardon, Mark J., *Victory at Mortain: Stopping Hitler's Panzer Counteroffensive*, Lawrence, Kansas, 2002. Ritgen, H., *Die Geschichte der Panzer-Lehr-Division im Westen, 1944-1945*, Stuttgart, 1979. Rosse, Captain the Earl of, and Hill, Colonel. E. R., *The Story of the Guards Armoured Division*, Londres, 1956. Rowland, David, *The Stress of Battle, Quantifying Human Performance in Battle*, Norwich, 2006. Salalta, George D., «Embellishing Omaha Beach», en *The Journal of Military History*, abril de 2008. Scannell, Vernon, *Argument of Kings*, Londres, 1987. Scott, Desmond, *Typhoon Pilot*, Londres, 1982. Seaman, Mark (ed.), *Operation Foxley, The British Plan to Kill Hitler*, Kew, 1998. Sheffield, Gary, «Dead Cows and Tigers: Some Aspects of the Experience of the British Soldier in Normandy, 1944», en Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign, 1944*, Oxford, 2006. Shulman, *Defeat in the West*, Londres, 1986. Speidel, Hans, *We Defended Normandy*, Londres, 1951. Sprot, Aidan, *Swifter than Eagles*, Edimburgo, 1998. Stagg, J. M., *Forecast for Overlord*, Londres, 1971. Tombs, Robert and Isabelle, *That Sweet Enemy*, Londres, 2006. Tout, Ken, *Tank! 40 Hours of Battle, August, 1944*, Londres, 1985. Virgili, Fabrice, *Shorn Women: Gender and Punishment in Liberation France*, Oxford, 2002. Vogel, Detlef y Wette, Wolfram (eds.), *Andere Helme - Andere Menschen? Heimaterfahrung und Frontalltag im Zweiten Weltkrieg*, Essen, 1995. Watts, J. C, *Surgeon at War*, Londres, 1955. Weigley, Russell F., *Eisenhower's Lieutenants*, Nueva York, 1981. Whistler, Laurence, *The Laughter and the Urn - The Life of Rex Whistler*, Londres, 1985. -, duque de, 653 Welsh, Mary, 470, 622 Werner, capitán, 593 Westover, John, 622, 627, 646 Weyman, general de brigada, 137 Weymouth, vizconde, 367 Whistler, Rex, 393, 395-396, 399 Whitehead, Don, 97 Wilmot, Chester, 75 Wisliczeny, Obersturmbahnführer, 364 Witt, Fritz, 69-70, 215, 248 Wittman, Michael, 241-242, 244 Wittmann, carro de combate, 536 538 Wood, John, 477, 480, 481, 486, 488 Woods, teniente, 615 Worthington, coronel, 541 Wray, teniente, 524-525

X-20, submarino de bolsillo, 11,102 X-23, submarino enano, 102

BCRA

Bureau Central de Renseignements et d'Action, servicio de operaciones especiales y secretas del general De Gaulle, dirigido por el coronel André Dewavrin, conocido por su nombre de guerra, «Passy».

Bocage

Vasta zona rural de Normandía consistente en pequeños campos rodeados de enormes setos, plantados en terraplenes, entre los cuales a menudo hay profundas veredas.

DUKW

Vehículo anfibio de transporte americano, fabricado por General Motors.

FFI

Forces Francaises de l'Intérieur. La organización de la Resistencia parecida a una formación militar, a las órdenes del general Koenig en Londres.

Fifi

En argot, un miembro de las FFI.

FTP

Francs-tireurs et Partisans. La sección de la Resistencia dirigida por los comunistas de Francia.

Hiwi

Abreviación del término alemán Hilfsfreiwillige o «voluntario». Eran principalmente prisioneros de guerra soviéticos que se habían visto obligados a elegir entre morir de hambre en un campo de concentración o servir en el ejército alemán como auxiliares. Unos pocos se convirtieron en leales seguidores de sus amos alemanes. Los que capturaron los aliados fueron entregados a Stalin. Algunos acabaron fusilados, pero la mayoría murió en los campos de trabajos forzados.

Jager

El equivalente en el ejército alemán de la infantería ligera o cazadores.

Jedburgh

Equipos americanos, británicos y franceses formados por tres hombres, dos oficiales y un operador de radio. Fueron lanzados en Francia en paracaídas antes de la batalla de Normandía y durante ésta. Su misión era entrenar y asesorar a los grupos de la Resistencia.

Kübelwagen

Fabricado por Volkswagen, era el equivalente del jeep utilizado por la Wehrmacht, pero un poco más grande y más pesado.

Landser

El equivalente alemán de un recluta o soldado raso, aunque normalmente indica que tenía experiencia en el frente como soldado de infantería.

Landing Craft Tank

Lancha de desembarco, tanques. Lancha de desembarco de carros de combate y otros vehículos utilizadas en las operaciones anfibias.

Landing Ship Tank

Buque de desembarco, tanques. Naves que permitían el transporte y el desembarco directamente en las playas de vehículos blindados y tropas en las operaciones anfibias. Como, por ejemplo, 91

Luftlande-Division:

División aerotransportada alemana, adiestrada para aterrizar con planeadores en apoyo del lanzamiento de unidades de Fallschirmjäger o paracaidistas.

Oberbefehlshaber West, o Alto Mando Oeste

Se designaba así al cuartel general del mariscal Gerd von Rundstedt (y más tarde del mariscal Von Kluge) en Saint-Germain-en-Laye, justo a las afueras de París.

Oberkommando des Heeres

Alto mando del ejército, responsable en la práctica del frente oriental. Oberkommando der Wehrmacht, alto mando de la Wehrmacht, responsable de los demás teatros de la guerra, especialmente del OB West durante la batalla de Normandía.

ORA

Organisation de Résistance de l'Armée. El ala más conservadora de la Resistencia, creada por los miembros del ejército francés autorizado por el armisticio, que establecieron sus propios grupos tras la reocupación por los alemanes de la zona desmilitarizada en noviembre de 1942.

OSS

Office of Strategic Services, Oficina de Servicios Estratégicos, el equivalente americano del SOE.

Ost-Battalion

Batallón formado por Ostruppen. «Tropas del Ostruppen este», antiguos soldados del Ejército Rojo capturados por los alemanes, en su mayoría pertenecientes a la ROA del general Vlasov, que sirvieron en Francia, vistiendo el uniforme alemán, a las órdenes de oficiales y suboficiales germanos.

Panzerfaust

Sencillo y eficaz lanzagranadas antitanque que se llevaba al hombro. Fue producido de manera masiva para la infantería alemana.

«Peep»

Jeep en argot.

Projector Infantry Anti-Tank

Un equivalente británico de la bazooka, pero de inferior calidad.

Rosskaya Osvoboditel'naya Armiya

Ejército Ruso de liberación. Esta unidad militar fue formada con antiguos soldados del Ejército Rojo por el general Andrei Vlasov.

Special Air Service

(Servicios Aéreos Especiales). Estas fuerzas especiales británicas fueron organizadas en dos brigadas para la invasión de Europa, pero incluían unidades y subunidades francesas y de otras nacionalidades.

Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force

Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada.

Special Operations Executive

Dirección de Operaciones Especiales. Esta organización fue creada por Churchill en 1940 para promover los movimientos de resistencia en la Europa ocupada.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

23/11/2009

notes

[1] Todavía era de día porque regía el horario de verano.

[2] Axis Sally era el nombre con el que las fuerzas estadounidenses llamaban a Mildred Gillars (1900-1988), una fracasada actriz americana originaria de Portland (Maine), que se había trasladado a Alemania en 1935 y que se convirtió en locutora de Radio Berlín. En sus programas emitía canciones y propaganda nazi concebida para socavar la moral de los aliados. Fue juzgada por alta traición en 1949, y permaneció doce años en la cárcel.

[3] Nótese el juego de palabras en inglés: *Miss Carriage*, «Miss Carruaje, Transporte», y *miscarriage*, «fracaso», «aborto», «pérdida». (*N. de los i.*)

[4] También Rommel deseaba abandonar Italia y retirar tropas del sur de Francia y de la costa del oeste para reforzar el canal, pero la idea fue rechazada por el cuartel general del Führer. Generalleutnant Speldel, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército B, FMS B-718-720. '

[5] Las bajas entre la población civil francesa ascendieron a quince mil muertos y diecinueve mil heridos en 1944, antes de la invasión. AN AJ 41/56.

[6] Uno de estos barcos, el crucero antiaéreo *Bellona*, de la Marina de Su Majestad, estaba listo para proteger del ataque a los acorazados, pero no disparó sus cañones en todo el día.

[7] El destructor francés *La Combattante* participó en el bombardeo de Oulstreham en apoyo del destacamento francés. Entre los buques de guerra franceses que formaron parte de la Operación Neptuno hubo varias fragatas encargadas de vigilar los convoyes, la *Aventure*, la *Découverte*, la *Escaramouche* y la *Surprise*, mientras que las corbetas *Aconit*, *Renoncule*, *Moselys* y *Estienne d'Orves* tenían funciones de vigilancia antisubmarina. Otros viejos buques franceses, como por ejemplo el acorazado *Courbet*, fueron utilizados para crear el rompeolas del puerto de Mulberry.

[8] Además del crucero polaco *Dragón*, los destructores *Krakowiak* y *Slazak*, de la misma nacionalidad, tomaron parte en la operación de apoyo a la playa, mientras que otros dos, el *Blyskawica* y el *Piorun*, fueron utilizados como fuerza de respaldo.

[9] La Kampfgruppe Meyer, la reserva de la 352.ª División, estaba formada por todo el 915.º Regimiento de Infantería, así como por el 352.º Fusilierbataillon. El general Kraiss, cuya base estaba

al sureste de Bayeux, había ordenado a las 03:15 que se dirigiera al estuario del Vire, tras recibir cinco minutos antes una llamada del LXXXIV Cuerpo de Ejército, en la que se le comunicaba que Carentan estaba amenazada.

[10] El V Cuerpo de ejército dio después unas cifras de bajas que asignaban 1190 a la 1.ª División, 743 a la 29.ª y 441 a otras tropas del cuerpo. Las pérdidas de los alemanes ascendieron a unos 1.200 hombres aproximadamente. El número total de americanos muertos durante las primeras veinticuatro horas fue de 1465. Para las bajas estadounidenses véase Harrlson, *op. cit.*, p. 330 y NA II 407/427/5919.

[11] Los franceses hablan siempre de *le débarquement*, y nunca de *l'invasion* para referirse al 6 de junio de 1944. Para ellos la palabra *invasion* significa las matanzas y la ocupación de los alemanes en 1940.

[12] *Assault Vehicle Royal Engineers* («Vehículo de Asalto de los Ingenieros Reales»). Este vehículo, basado en un tanque Churchill, había sido desarrollado por la 79.ª División Acorazada al mando del general Percy Hobart, para destruir los reductos de hormigón. Tenía otras funciones, como, por ejemplo, tender puentes y rellenar las zanjas antitanque con fajinas. Todos estos nuevos vehículos acorazados eran apodados las «gracias de Hobart».

[13] En total participaron en la Operación Overlord 107 navios canadienses. Véase NA II 407/427/24200.

[14] Una teoría de la conspiración nazi relacionada con estos hechos será analizada más adelante, en el capítulo 20.

[15] Dagmar Dreabeck, joven holandesa cuyo valor y amabilidad despertaba la admiración de todos -era llamada «l'Ange de la Prison»- fue separada de las prisioneras francesas y enviada a Ravensbrück. Murió menos de un año después, el día mismo en que el Ejército Rojo liberó el campo.

[16] La mayor parte de los regimientos acorazados británicos desplegaron sus valiosísimos tanques Firefly por toda la zona, asignando normalmente uno a cada escuadrón.

[17] *Fire in the hole!* (literalmente «¡Fuego en el hoyo!») es la expresión utilizada por las fuerzas armadas de habla inglesa cuando se lanza una granada o se activa una bomba para alertar a los que se encuentran cerca del lanzador. Procedería, al parecer, del aviso empleado por los trabajadores en las minas. (*N. de los t.*)

[18] Patton pensaba que la destitución de mandos empezaba a ser exagerada. «Collins y Bradley tienen una propensión excesiva a cortar cabezas», escribió. «Eso hará que los comandantes de las divisiones pierdan la confianza. Un hombre no debería ser condenado por un primer fallo con una nueva división.» Véase Blu-menson, Martin [ed.], *The Patton Papers, 1940-1945*, Nueva York, 1974, p. 479.

[19] Probablemente se refería a la matanza que se produjo en Taganrog, en Rusia meridional. A comienzos de 1942, esta división también asesinó a cuatro mil prisioneros soviéticos. Neitzel, Sónke (ed.), *Tapping Hitler's Generals. Transcripta of Secret Conversations*, St. Paul Mn, 2007, n. 93, p. 344.

[20] El comandante de la compañía de reparación y mantenimiento de la Pan-zer-Lehr-Division escribiría más tarde que el número de ochenta y cuatro semiorugas correspondía a las pérdidas de esos vehículos sufridas durante todo el mes de junio. [Véase Rltgen, H., *Die Geschichte der Panzer-Lehr-Division im Westen, 1944-1945*, Stuttgart, 1979, p. 100, citado en Zetterllng, Niklas, *Normandy 1944*, Winnipeg, 2000, p. 386.]

[21] Evidentemente Churchill no se aclaraba con el sistema de medición del tiempo siguiendo las 24 horas del día, o simplemente lo detestaba, de modo que «C», el jefe de los servicios secretos

de inteligencia, solía tachar ese tipo de horas para escribirlas en la habitual versión inglesa de doce con la indicación de «a. m.» o «p. m.» correspondiente.

[22] En su «Pronóstico de las Operaciones», Montgomery había previsto que el 14 de junio el 2.º Ejército británico se encontraría a menos de diez kilómetros de Caen en su avance por el sureste de la ciudad.

[23] Iosiv Joseph o José] Stalin era llamado a menudo en Occidente «el Tío Pepe» [Únele Joe]. (*N. de los t.*)

[24] Esos cuatro hombres eran respectivamente el coronel de Chevigné (nombrado delegado militar de la región), el comandante de Courcel (asistente personal de De Gaulle desde 1940), monsieur Francols Coulet, al que el general había nombrado la noche anterior comisario de la República en la región, y el comandante Laroque, que sería su jefe del Estado Mayor.

[25] Parte de la prensa americana, incitada por la Casa Blanca, decía que mientras los jóvenes americanos morían por la liberación de Francia, De Gaulle jugaba a la política para obtener el poder para sí mismo.

[26] Para un excelente estudio de la cuestión efectuado por el Ministerio de Defensa, véase Rowland, David, *The Stress of Battle*, Londres, 2006, pp. 48-56. La obra más conocida sobre este tema, *Men Under Fire*, fue escrita después de la guerra por un americano especializado en historia de los combates, el general de brigada S. L. A. Marshall. Aunque el uso que hace Marshall de sus fuentes ha sido puesto en tela de juicio, especialmente por el profesor Roger Spiller en el *RUSI Journal* (invierno de 1988), la imagen general que ofrece es indudablemente exacta.

[27] *Seabees* (término basado en la pronunciación en lengua inglesa del acrónimo CB, *Construction Battalion*) era el apelativo que recibían los miembros de estas unidades norteamericanas especializadas en obras de construcción e ingeniería civil. (*N. de los t.*)

[28] Como cabe suponer, se refería a las vistosas rayas negras y blancas que iban pintadas en el fuselaje y las alas de los aviones aliados con el fin de evitar precisamente que se produjeran ese tipo de errores.

[29] Incluso después de la conquista de Cherburgo y la puesta en marcha de esta ciudad como centro operativo, los americanos seguirían haciendo de las playas su zona más efectiva de desembarco, en detrimento del puerto. En el mes de agosto desembarcaron 266.804 toneladas y 817 vehículos en Cherburgo, 187.973 toneladas y 43.986 vehículos en Utah y 351.437 toneladas y 9.155 vehículos en Omaha. Los británicos desembarcaron una media de 9.000 toneladas diarias en Arromanches. También pudieron utilizar pequeños puertos pesqueros que no habían sido destruidos por los alemanes. [Para las toneladas y los vehículos desembarcados durante el mes de agosto, véase Normandy Base Section Communications Zone, 8 de septiembre, Com. Z, NA II 407/427/24133.]

[30] Lord Haw-Haw era el nombre con el que los británicos llamaban despectivamente a William Joyce, un colaborador del régimen nazi que, al igual que «Axis Sally», trabajó como locutor en un programa radiofónico emitido desde Berlín.

[31] No está claro si el aviso de que el II Cuerpo Acorazado de la SS iba a lanzar una gran contraofensiva pudo darse gracias a los documentos capturados al oficial alemán o a los dos mensajes codificados, interceptados y descifrados por Ultra el 29 de junio, uno de los cuales fue transmitido en menos de cuatro horas al 2º Ejército. Pero si la información procedió de Ultra, resulta difícil creer que Dempsey no tuviera noticia de ella. [Ultra, 29 de junio, XL 70, véase Bennett, Ralph, *Ultra in the West*, p. 82.]

[32] Un corresponsal de guerra destinado a este frente, Bob Miller, de United Press, escribió lo siguiente: «Si comparáramos el soldado americano, británico o canadiense medio con el soldado

alemán medio, costaría mucho trabajo negar que el alemán era con mucho, en la mayoría de los casos, un luchador superior. Estaba mejor entrenado, era más disciplinado, y la mayor parte de las veces llevaba a cabo su cometido con mucha más eficacia que nosotros... El combatiente americano medio en Europa está hoy día descontento, no quiere estar donde está; no es un soldado, es un civil de uniforme». NA II407/427/24242.

[33] Según las cifras del propio Bayerlein, su regimiento acorazado había pasado de tener 2.200 hombres y 183 tanques a disponer sólo de 400 hombres y de 65 tanques en el momento en que llegó al sector americano el día 7 de julio. El 901.º Regimiento de Granaderos Acorazados quedó reducido de 2.600 a 600 hombres, y el 902.º de 2.600 a 700. Véase Frltz Bayerlein, FMS A-903.

[34] El Maschlnengewehr 42, llamado Spandau en los ejércitos aliados, disparaba 1.200 balas por minuto y era muy superior al fusil ametrallador británico Bren o al fusil automático Browning de los americanos. Distribuido en grandes cantidades entre las unidades alemanas, les proporcionaba un volumen de fuego que ni la infantería británica ni la americana pudieron igualar nunca.

[35] Sólo el 14 por 100 de los soldados enviados al extranjero durante la segunda guerra mundial eran de infantería, pero sufrieron más del 70 por 100 de las bajas. En Normandía la infantería sufrió el 85 por 100 de las bajas.

[36] La 30.a División había sufrido desde el 7 de julio más de 2.300 bajas, de las cuales 961 se habían producido en los últimos dos días. NA II407/427/24232.

[37] El oficial al mando del 116.º Regimiento, el coronel Ordway, que apenas había podido dormir hora y media, regresó agotado a su cuartel general. El general Gerhardt lo llamó por teléfono a las 05:30. Ordway, haciendo gala de muy poco tacto, no se puso al aparato. Gerhardt volvió a llamar a las 06:15 para decirle que había sido relevado del mando. Considerando que su primer batallón había empezado ya a adentrarse por las afueras de Saint-Ló, Ordway se enfadó muchísimo, pues pensaba que su táctica había tenido buenos resultados, mientras que la de Gerhardt había sido desastrosa. [Entrevista al coronel Godwln Ordway Jr., oficial al mando del 115.º de Infantería, 20 de julio, NA II407/427/24034.]

[38] El informe oficial de la RAF reconocería más tarde los siguientes errores: en lo concerniente al bombardeo del sector M en los alrededores de Cagny, las primeras señalizaciones fueron bombardeadas en exceso. Se llevaron a cabo las correcciones, pero el humo y el polvo no tardaron en ocultar el objetivo, y no se destruyó una batería de cañones de 88 mm. En el Sector I en los alrededores de Troarn, a la izquierda, sólo un 18 por 100 de las bombas cayeron dentro de la zona marcada. Y en cuanto al Sector P, que comprendía Hubert-Folie, Sollers y la localidad de Bourgébus, sólo el 40 por 100 de las bombas cayeron en la zona marcada. [Informe de la RAF sobre los bombardeos de la Operación Goodwood. Alr Support, Alr Publications 3235, Alr Ministry, 1955, AHB.]

[39] Es muy probable que al final Rommel pensara también que el asesinato era la única forma de solucionar la cuestión. Según el general Eberbach, Rommel le dijo en el curso de su reunión del día 17 de julio, justo antes de resultar gravemente herido, lo siguiente: «El Führer debe morir. No hay otra salida, él ha sido realmente el motor y la causa de todo». [TNA WO 208/4363.]

[40] El OKH, *Oberkommando des Heeres*, era el Alto Mando del Ejército, pero su verdadera responsabilidad era el frente oriental, mientras que el OKW, *Oberkommando der Wehrmacht*, era responsable del frente occidental, así como de los demás frentes.

[41] La oposición en el seno del ejército y los planes para sacar a Hitler del poder empezaron con la crisis de los Sudetes de 1938. Entre los atentados fallidos de los que fue objeto, cabe destacar el perpetrado por un estudiante de teología suizo en 1938 y la explosión producida por un artefacto

instalado en el Bürgerbráukeller el 8 de noviembre de 1939 por un carpintero suabo que actuó solo. Sin embargo, en la mayoría de los atentados estuvo involucrada la Resistencia militar. Speidel participó en un plan para capturar a Hitler en Poltava en febrero de 1943, justo después del desastre de Stalnggrado. Un mes más tarde, otro ataque contra el Führer se vería frustrado. También se colocó una bomba en el Códor de Hitler, pero no hizo explosión. Un tercer intento de asesinar a Hitler se produjo ese mes: en una misión suicida, Gersdorff quiso acabar con la vida del Führer haciendo estallar una bomba, pero se vio sorprendido por el cambio que realizó Hitler en su programa en el último momento. Otros tres planes en diciembre de 1943 y en la primavera de 1944 acabaron también en nada.

[42] Las dos bombas, de las cuales Stauffenberg sólo tuvo tiempo de montar una, utilizaban espoletas de fabricación británica. Al parecer, el SOE las había hecho llegar a un grupo de la Resistencia francesa, pero habían sido capturadas por los alemanes. Más tarde, en septiembre de 1943, llegaron a manos de los conspiradores a través de un colaborador de la Abwehr. Anteriormente Stauffenberg ya había ido con las dos bombas a Rastenburg en dos ocasiones, el 6 y el 15 de julio, pero no encontró el momento oportuno para hacerlas detonar. [Espoletas británicas de las bombas, Foot, M. R. D., p. 331, n. 5.]

[43] Es importante recordar que muchos de los que se opusieron a Hitler por motivos militares no rechazaban necesariamente la «solución final», excepto en determinados particulares. Está atestiguado en una grabación que Eberbach le dijo ese mes de septiembre a su hijo que se encontraba cautivo en Inglaterra: «En mi opinión, uno puede llegar a decir incluso que el asesinato de aquel millón de judíos, o los millones que fueran, fue necesario llevarlo a cabo en interés de nuestro pueblo. Pero no era necesario matar a mujeres y niños. Eso es ir demasiado lejos». Su hijo, oficial de la Marina, contestó: «Bueno, si se va a eliminar a los judíos, entonces eliminemos también a las mujeres y los niños, o al menos a los niños. No hay ninguna necesidad de hacerlo públicamente, pero ¿qué beneficio saco de matar sólo a los viejos?». [TNAWO 208/4363.]

[44] Cuando aquel mes de septiembre Churchill se entrevistó con Roosevelt en el curso de la Segunda Conferencia de Quebec (Octagon), el mariscal Brooke redactó una breve «Explicación de la continuada resistencia alemana». «La continuada resistencia alemana se debe principalmente a la fanática determinación de los líderes del partido nazi de luchar hasta el final y a su posesión del necesario control político y psicológico en Alemania. Esta firme determinación se inspira en la doctrina defendida por los nazis, según la cual Alemania se rindió demasiado pronto en 1918; en su temor por su propia seguridad; en una fe fanática en sus propias capacidades que les impide apreciar correctamente la realidad de la situación; y en la falta de una alternativa a la resistencia continuada que pudiera ofrecerles la oportunidad de recuperar más tarde el poder». [«Explanation of Continued German Resistance», 8 de septiembre de 1944, LHCMA, Alanbrooke 6/1/5.]

[45] Algunos voluntarios soviéticos *Hiwi* de las fuerzas alemanas demostraron una lealtad que rayaba el fanatismo. Un miembro de la 272.a División de Infantería escribió que «teníamos muy buena relación con ellos». También fueron extremadamente efectivos en el arte del pillaje de alimentos para sus camaradas alemanes. Y *Panzer* Meyer, de la 12.a División Acorazada de la SS, tuvo un ordenanza cosaco que, por lo visto, lo adoraba. [«Diese hatten ein recht gutes Verhältnis zu uns», Günter Peuckert, 272. Infanterie-Division, BA-MA MSg 2/5424.]

[46] El ejército de los Estados Unidos llevó a cabo un estudio exhaustivo de sus prisioneros alemanes. Un informe especifica que la media de su edad era de veintiocho años, la media de su altura 167 cm y la de su peso unos 68 kg. Los de menor estatura eran los nacidos entre 1919 y 1921, los «años de hambruna» en Alemania. [Informe del Ejército de los Estados Unidos sobre los

prisioneros alemanes de Normandía, NA II 407/427/24242.

[47] En total fueron reclutados a la fuerza por la Wehrmacht y la Waffen-SS ciento treinta mil hombres procedentes de Alsacia, de Lorena y de algunas regiones del sur de Bélgica. Fueron clasificados como «Volksdeutsche», pero los francófonos reacios añadían a este título la coletilla «malgré-nous», o «a nuestro pesar». [«Malgré-nous», Nicolás Fank, 24. Panzer-Regiment, 116. Panzer-Division, MdCTE53 1.]

[48] Un bombardeo lateral habría significado abordar el lado más estrecho de la zona marcada como objetivo. Para ello habrían tenido que atacar en una formación muy limitada. Habría expuesto, además, sus aparatos al fuego de las baterías antiaéreas a lo largo de todo el frente alemán.

[49] El gobierno de Stalin era sumamente sensible a esta cuestión. El embajador soviético en Washington presentó una queja oficial cuando las anécdotas acerca de los antiguos soldados del Ejército Rojo que luchaban para los alemanes fueron presentadas por los corresponsales de Associated Press y United Press en Normandía. Véanse las cartas de Eisenhower de 26 y 27 de julio, PDDE III, pp. 2031 y 2032.

[50] Tres días después, el 28 de julio, los alemanes se dieron cuenta por ciertos documentos que lograron capturar, de que el 2º Ejército americano ya había pasado a Francia, pero el Estado Mayor que dirigía la Operación Fortitude ya estaba preparado para la eventualidad de que se produjera la filtración de este detalle. A través de sus agentes, habían engrosado la fuerza de invasión ficticia con un nuevo Grupo de Ejército y con el llamado «14.º Ejército estadounidense». TNA FIW 40/6.

[51] Patton e incluso Bradley estaban convencidos de que los alemanes habían trasladado dos divisiones acorazadas antes de que comenzara la Operación Cobra. Las fuentes alemanas revelan que no fue así. Bradley, p. 341.

[52] El oficial de enlace personal de Montgomery con el ejército norteamericano observaría más tarde que «la retirada de los acorazados alemanes y el lanzamiento de la Operación Cobra puso fin a los intentos, sobre todo por parte de Tedder, de que Churchill y Ike reemplazaran a Monty». Coronel Thomas Bigland, oficial de enlace con el 1.º Ejército americano, por entonces XII Grupo de Ejército, SWWEC 99-10.

[53] La identidad de este alto oficial es incierta. Quizá se tratara del teniente general Dietrich Kraiss, comandante de la 352.ª División de Infantería, aunque su muerte está registrada dos días después, el 2 de agosto. Véase Lieb, p. 548.

[54] Hitler, que había aprobado su nombramiento, no sabía que Gersdorff había estado a punto de matarlo en un atentado suicida en Berlín el 21 de marzo de 1943.

[55] Más tarde Ramcke destruiría sistemáticamente la ciudad con incendios y explosivos. «¡Fue barrida por completo!», comentó con jactancia al general Von Choltitz durante su período de cautividad en Gran Bretaña. Declaró que se había limitado a seguir el ejemplo del almirante Nelson cuando éste prendió fuego a Toulon en 1793. [TNA WO 208/4364.]

[56] El único indicio de que los alemanes pudieran estar planeando algo llegó el 2 de agosto a través de Ultra. El comunicado decía que la 2.ª División Acorazada había llevado a cabo «movimientos de retirada» en el disputadísimo sector situado al sur de Vire, y que la posición de la 1.ª División Acorazada no había cambiado. [TNADEF3/65.]

[57] Los observadores de la 12.ª División Acorazada de la SS Hitler Jugend y el oficial médico del 101.º Batallón de Tanques Pesados de la SS estaban convencidos de que habían sido cinco los Tiger destruidos. Los otros dos probablemente fueran batidos por el 144.º Regimiento del Real Cuerpo Acorazado. (Destrucción de cinco tanques Tiger, Hauptsturmführer Dr. Wolfgang Rabe, citado en Meyer, The 12th SS, vol. ii, pp. 29-30; véase asimismo Stephen A. Hart, «The Black Day

Unrealised», en Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign 1944*, Abingdon, 2006.)

[58] El III Flakkorps de la Luftwaffe [Cuerpo de Artillería Antiaérea] estaba a las órdenes del teniente general Wolfgang Pickert, que en noviembre de 1942 había retirado a su 9.ª División de Artillería Antiaérea de Stallngrad, cuando los soviéticos embolsaron al 6.º Ejército de Paulus.

[59] Una traducción bastante literal sería la siguiente: «Pueblo Maldito, una segunda, e incluso peor, Villabombardeo». (*N. délos t.*)

[60] El pobre comandante en jefe de la 708.ª División de Infantería, el general Edgar Arndt, fue hecho prisionero poco después por un destacamento de las FFI al mando del coronel Montcalm. El alto oficial alemán fue ejecutado junto con otros dos oficiales el 25 de agosto, el mismo día de la liberación de París, en represalia por la matanza cometida en Buchères por la 51.ª Brigada de Granaderos Acorazados. Esta unidad había asesinado a sesenta y seis civiles, en su mayoría mujeres y niños, y había prendido fuego a cuarenta y cinco casas.

[61] En pocos días, la 2ème DB crearía un centro de reclutamiento en un granero cerca de Sées para dar la instrucción pertinente a los voluntarios que no habían recibido ningún tipo de entrenamiento militar. Dos semanas después, la mayoría de ellos fueron trasladados en camión a Saint-Germain-en-Laye y alojados en los barracones que anteriormente había utilizado la guardia del cuartel general del mariscal Von Rundstedt.

[62] Antes de la retirada de agosto de 1944 habían muerto menos de 2.000 soldados alemanes a manos de la Resistencia. Ha sido imposible establecer las cifras de muertes durante la retirada. No obstante se sabe que, hasta la liberación, los alemanes y la Milicia de Vichy mataron a unas 20.000 personas. Otras 61.000 fueron deportadas a campos de concentración en Alemania, de las cuales sólo volvieron vivas el 40 por 100. Además, 76.000 judíos franceses y de otras nacionalidades fueron deportados a campos de concentración en el este de Europa. Fueron muy pocos los que volvieron. Para un estudio general y actualizado de las cifras de víctimas civiles francesas, véase Lleb, pp. 412-415.

[63] Aquel otoño, tanto Pierre Laval como el mariscal Pétain, este último entre grandes protestas, serían trasladados a Alemania, al castillo de Sigmaringen. En 1945, ambos serían juzgados en Francia. Laval fue condenado a muerte y el anciano Pétain a cadena perpetua.

[64] Cuando Arletty, la gran actriz y protagonista de *Les enfants duparadis*, murió en 1992, se escribieron numerosos obituarios llenos de admiración. Casi todos ellos pasaron por alto su controvertido romance, vivido en buena parte en el Hotel Rltz de París, con un oficial de la Luftwaffe (posteriormente convertido en diplomático de la República Federal de Alemania y devorado por un cocodrilo mientras se bañaba en el río Congo). Pero luego, las cartas enviadas a algunos periódicos pusieron de manifiesto un rencor guardado durante casi cincuenta años. Lo que irritaba a los autores de esas cartas no era el hecho de que se hubiera acostado con el enemigo, sino lo bien que había comido en el Rltz, mientras el resto de Francia pasaba hambre.

[65] Al término de la Operación Tractable los canadienses habían sufrido 18.444 bajas, de ellas 5.021 muertos. Copp, Terry, *CinderellaArmy*, p. 7.

[66] En su versión, Kenner confunde la 7.ª con la 5.ª División Acorazada, probablemente porque esta última se unió también al combate.

[67] La RAF sostuvo que mientras se llevaba a cabo el embolsamiento del enemigo, sus aviones habían destruido 257 vehículos blindados y otros 3.340 sin blindar; por su parte, los americanos hablaban de 134 vehículos blindados y 2.520. Pero el Departamento de Investigación de Operaciones sólo pudo encontrar 133 vehículos blindados destruidos en la zona. De ellos, únicamente 33 por ataque aéreo. Casi todos los demás habían sido abandonados y destruidos por sus propios

tripulantes. Pero de los 701 sin blindar que se hallaron, la mitad sí que habían sido destruidos por la aviación, en su mayoría por el fuego de los cañones y las ametralladoras.

[68] En su relato, Werner cuenta que se trataba de tanques Sherman de la 4.ª División Acorazada canadiense, aunque el testimonio de un oficial de la 12.ª División Acorazada de la SS *Hitlerjugendsostlene* que los tanques aliados eran polacos, que se encontraban en el norte cerca de la Colina 262, y que los otros emprendieron rápidamente la retirada.

[69] En sus combates en Normandía, los polacos habían perdido a 135 oficiales y 2.192 soldados. (Véase SHD-DAT 1 K543 1.)

[70] Los británicos y los americanos que se interpusieron entre ellos hicieron unos cincuenta mil prisioneros, y calcularon en diez mil el número de muertos del enemigo.

[71] Parece que Juin producía un particular desagrado a los altos oficiales, del SHAEF. Al igual que Leclerc, da la impresión de que Juin se había mostrado muy crítico con el uso indiscriminado de la artillería que habían hecho los americanos. Según el mariscal supremo del Aire, slr James Robb, jefe del Estado Mayor del Aire de Eisenhower, «Bedell, Ike y todo el mundo echan pestes de los franceses y dicen que no pueden fiarse de ellos. Bedell dice que ha quitado todo lo que significa algo para él a Juin, quien piensa que los americanos no saben cómo se hace una guerra. Dice que si un oficial americano le dijera lo que ha hecho Juin, le daría una bofetada en la cara». Forrest Pogue, que entrevistó más tarde a Juin, lo encontró «tan parecido a un secretario de la Cámara de Comercio americana» que no podía entender por qué los generales del ejército estadounidense desconfiaban tanto de él. [ACM slr James Robb, OCMH-FPP.]

[72] Choltitz se mostró horrorizado ante el discurso pronunciado por Churchill en la Cámara de los Comunes el 28 de septiembre. «¿Ha leído el discurso de Churchill?», dijo espantado al general Von Schlieben al día siguiente. «¡Tremendo! ¡No hay palabras! ¡Enviar una brigada de judíos a Alemania!» [TNA WO 208/4634.]

[73] Parece que los comunistas franceses ignoraban el hecho de que habían sido los miembros de la legión extranjera del general Franco los que en octubre de 1936 habían inventado lo que luego se llamaría el cóctel molotov, cuando atacaron los tanques soviéticos T-26 al sur de Madrid.

[74] Aquel día fueron asesinados unos 40 alemanes y otros 70 resultaron heridos, mientras que murieron 125 parisinos y hubo casi 500 heridos.

[75] Antes incluso de que Eisenhower tomara esta decisión, el departamento de intendencia del SHAEF empezó a prepararse para socorrer a París. El 21 de agosto, cuando llegaron las primeras noticias de la sublevación de París, un telegrama de la Com Z Forward (Zona de Comunicaciones Avanzada) alertó al general Ro-gers en Inglaterra de que probablemente iba a ser necesario suministrar alimentos a París. Rogers voló a Francia para empezar a planificar la operación. El primer convoy estaba de camino a París el 25 de agosto, el día de la liberación. [Central Base Section, NA II407/427/24201.]

[76] Por razones que todavía no están claras, Montgomery desatendió la invitación de Eisenhower de enviar una representación de tropas británicas, y luego se negó a acompañar a Eisenhower y a Bradley en su visita a París.

[77] El propio Dronne iba en un jeep llamado *Morí aux consl*, «¡Muerte a los gi-lipollas!». Cuando lo vio, Leclerc le preguntó: «¿Por qué quiere usted matar a todo el mundo?». William Mortimer Moore, *Leclerc - The Making of a French Legend*, manuscrito inédito.

[78] La liberación de París costó a los alemanes 3.200 muertos y 14.800 prisioneros. Las FFI probablemente fueran responsables al menos de 1.000 de las bajas alemanas. La 2.ª DB tuvo 71 muertos, 225 heridos y 21 desaparecidos en el avance hacia París y en la toma de la ciudad. En el

mes de agosto fueron asesinados en total 2.873 parisinos. Cf. SHD-DAT 11 P 218; y AVP.

[79]De hecho, Patton murió tras sufrir un accidente de tráfico en Alemania en diciembre de 1945.